

ISSN 0716-2510

N° 51

Primer Semestre de 2002

MAPOCHO

REVISTA DE HUMANIDADES

DIRECCIÓN
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

ÍNDICE

HUMANIDADES

Suplementos literarios en Chile: "Literatura y libros" del diario *La Época*
Alejandra Ochoa / 9

Desarrollo de la poesía chilena: 1960 (1973) 1990 (Una introducción)
Thomas Harris Espinosa / 41

El canto por angelito en la Poesía Popular Chilena
Marcela Orellana M. / 75

Mariano Picón Salas y las actuales relaciones internacionales en Iberoamérica
Ana María Maza S. / 95

"Nuestra América" hoy
Marcos García de la Huerta / 109

El delito femenino en Chile durante la primera mitad del siglo XIX
Marcelo Javier Neira Navarro / 119

El sujeto joven en América Latina: Sumergido en la teoría y en la historia
Gabriel Medina Carrasco / 139

Dar la razón al corazón: El arte de la oratoria en el Chile Republicano
Manuel Vicuña / 175

Zig-Zag o la imagen como gozo
Carlos Ossandón B. / 219

Permanencia y transformación del conflicto mapuche
Rolf Foerster G. y Jorge Iván Vergara / 235

TESTIMONIOS

Bizarrias de antaño
Antonio Bórquez Solar / 243

Discurso de recepción de los originales de Enrique Araya
Clara Budnik S. / 313

Enrique Araya, carácter y pensamiento
Domingo Araya / 317

Intervención de Gonzalo Rojas en el Aniversario 188 de la Biblioteca Nacional / 321

Chile y las sociedades latinoamericanas en un mundo globalizado.
Conferencia inaugural de la cátedra de estudios chilenos Pablo Neruda
Manuel Antonio Garretón / 327

RESEÑAS

WILLIAM BARRET, La ilusión de la técnica
Marcos García de la Huerta / 351

MARÍA INÉS ZALDÍVAR, Ojos que no ven
Rafael Rubio / 354

CRISTIAN HUNEUS, Artículos de Prensa (1969-1985)
Karla Eliessetch Foncillas / 359

DANIEL FUENZALIDA (comp.), Jorge Teillier Entrevistas (1962-1996)
Daniela Schütte González / 362

EDICIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



Exposición

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

El Comité Organizador de la Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

El Comité Organizador de la Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile



GOBIERNO DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

Exposición Internacional de la Juventud y el Deporte, del 10 al 15 de Agosto de 1988, Santiago de Chile

AUTORIDADES

Ministra de Educación
Sra. *Mariana Aylwin Oyarzún*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
Sra. *Clara Budnik Sinay*

Director Responsable
Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*

Secretarios de Redacción
Sr. *Pedro Pablo Zegers Blachet*
Sr. *Thomas Harris Espinosa*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*
Sr. *Gonzalo Catalán Bertoni*
Sr. *Marcos García de la Huerta Izquierdo*
Sr. *José Ricardo Morales Malva*
Sr. *Pedro Lastra Salazar*
Sr. *Carlos Ossandón Buljević*
Sr. *Manuel Vicuña Urrutia*

Diseño de portada: Claudia Tapia Roi, sobre un concepto de Iván Palmarola S.
Imagen de portada: Cerro Santa Lucía, Archivo Fotográfico de Chilectra S.A.
Agradecimientos: Daniela Schütte González

SUPLEMENTOS LITERARIOS EN CHILE:
"LITERATURA Y LIBROS" DEL DIARIO LA ÉPOCA

Alejandra Ochoa*

A mediados de la década del 80 se produce en Chile un resurgimiento de diversas manifestaciones de la vida artística, cultural, política, etc. En un momento de creciente movilización y oposición al régimen autoritario, el campo cultural opera sus propias dinámicas: en lo que dice relación específica con los medios de comunicación de masas, aparecen a la luz pública innumerables publicaciones periódicas, ligadas a lo cultural, artístico y político, las que en su mayor parte se caracterizan por estar en contra del régimen militar o que, en términos más amplios, problematizan el concepto de autoritarismo. Hacia la segunda mitad de la década de los 80, entonces, comienzan a aparecer algunos medios de prensa independientes, que revierten el periodo inmediatamente anterior —de silenciamiento y diáspora—, y que tendieron a desaparecer durante la transición democrática.

En ese contexto hace su aparición el diario *La Época*, fundado el año 1987, en las postrimerías del gobierno militar y que corresponde a un proyecto político e ideológico de oposición al autoritarismo, tal como lo testimonia su ex director, Ascanio Cavallo: "... la función que cumplieron *Apsi*, *Análisis*, *Hoy*, *La Época* en su momento fue la de contener al régimen (militar), ponerle problemas, hacerle la vida más difícil y obligar por esa vía al conjunto del sistema de medios a adaptarse lentamente a las posibilidades de una nueva vida democrática. En el caso de *La Época* eso es muy nítido: cuando sale el diario, dejan de ser vetados en los medios tradicionales un montón de personajes"¹.

El suplemento "Literatura y Libros" comienza a publicarse el año siguiente, en abril de 1988 y su último número corresponde a julio de 1998, es decir, tiene una duración de diez años. Se proyecta en el campo cultural chileno como un espacio alternativo a la cultura entonces oficial, posibilitando el conocimiento de la emergente literatura nacional, por una parte, y también de la literatura producida en otros países, desde —y este es uno de sus rasgos distintivos— una multiplicidad de perspectivas de acercamiento al fenómeno literario. Consta de 8 páginas y aparece regularmente los días domingo. Durante 1988 el editor fue Arturo Navarro² y el asesor literario, Mariano Aguirre. A partir de 1989 y hasta septiembre de 1992 el editor es Mariano Aguirre y el asesor literario Carlos Olivarez, quien sería, a partir de mayo de 1993 y hasta el cierre de *La Época*, el siguiente editor, una vez retirado Mariano Aguirre³. Carlos Olivarez

* Candidata a Doctorado en Literatura, Universidad de Chile. Beca MECESUP 2000.

¹ Entrevista a Ascanio Cavallo en Revista *Caras*, año 13, N°327, 13 de octubre de 2000, págs 110-112.

² Arturo Navarro, sociólogo y periodista, se desempeña actualmente como director del Centro Cultural Estación Mapocho.

³ De acuerdo a lo señalado por Morales, en su artículo "El género de la entrevista y la crítica literaria periodística en Chile (1988-1995)", se le pide la renuncia a Aguirre por diferencias en el proyecto crítico periodístico del suplemento y del diario. (Morales 1996: 86-87)

se refiere a los primeros años del suplemento: "Cuando se transformó en su editor (Mariano Aguirre) mantuvo una conducción que pasó siempre por el rigor técnico que era necesario y urgente para unos años (1990-1992) en que la literatura nacional necesitaba un impulso, pero también un resguardo". ("Literatura y Libros", 11 de enero de 1998).

1. ESTRUCTURA FORMAL DEL SUPLEMENTO

La estructura de este suplemento literario se mantuvo casi inalterada durante toda su existencia. En las dos primeras páginas se incluye un reportaje sobre algún tema general y amplio, como por ejemplo, "El rock: lírica de un siglo electrógeno" (Fabio Salas, 23 de julio de 1989), "El nuevo cuento hispanoamericano" (Julio Ortega, 6 de octubre de 1991), "Literatura y música", de Luis Sepúlveda (2 de marzo de 1997) o sobre algún escritor relativamente importante, tales como "T.S. Elliot: El comandante, los gatos y la cultura" (Alfonso Calderón, 25 de septiembre de 1988), "Díaz-Casanueva: escritura y trascendencia" (Federico Schopf, 25 de marzo de 1990), Luis Iñigo Madrigal (Universidad de Ginebra) "Carlos Droguett 1912-1996" (4 de agosto de 1996). En estas páginas también aparecen anticipos de obras de autores conocidos, lo que sucede por ejemplo con el primer número del suplemento, en el que se publica un texto de José Donoso, titulado "El pez en la ventana" que pertenece a su novela *El mocho* (17 de abril de 1989), con el anticipo de la novela de Diamela Eltit, *Vaca sagrada* (24 de noviembre de 1991) o con las memorias de Brigitte Bardot, "Memorias de Brigitte" (2 de febrero de 1997). Por último, en ocasiones este suplemento publica sus entrevistas, —un género periodístico siempre presente en "Literatura y Libros"— en las páginas iniciales y no en las páginas centrales como lo hace generalmente. Ejemplos de entrevistas son las realizadas a Jorge Edwards, (13 de octubre de 1996, por Ximena Poo), a Félix Martínez Bonati (6 de julio de 1997, por Carlos Olivarez) y a Carlos Fuentes (22 de diciembre de 1991, por Faride Zerán).

La página número tres está dedicada al comentario de libros, lo que entendemos como "crítica literaria", es decir, al comentario de obras de reciente aparición. Algunos ejemplos son los de Javier Edwards, "Las dos caras del relato" (Ana Vásquez, *Abel y sus hermanos*) (29 de enero de 1989), Soledad Bianchi "Un encuentro hecho de imágenes" (Waldo Rojas, *Fuente itálica*) (15 de marzo de 1992) y Patricia Espinosa "De cómo se constituyó nuestra diferencia" (sobre Beatriz Sarlo *Una modernidad periférica*) (9 de febrero de 1997)⁴.

Como ya señalamos, las páginas centrales del suplemento (números 4 y 5) están dedicadas a una entrevista y sólo en ocasiones a textos de otra naturaleza. Como ejemplos citamos las realizadas a Nelson Osorio (28 de agosto de 1988, por Ana María Foxley), a Clemente Riedemann ((20 de junio de 1993, por

⁴ Aclaremos que la descripción formal que proponemos del suplemento no contempla ciertos cambios que puedan producirse eventualmente, como por ejemplo que un texto ocupe tres páginas o que en algún número no aparezcan entrevistas.

Faride Zerán) y a Fernando Alegría (29 de octubre de 1995, por Carlos Olivarez). La página 6 ha sufrido cambios menores; en un comienzo, estaba rotulada como "Crítica" y en ella escribieron ese año Alfonso Calderón, Juan Armando Epple, Javier Edwards, Jaime Blume. Sin embargo, esta autoconciencia genérica se pierde el mismo año y "Literatura y Libros" ya no propondrá secciones con título en sus páginas de 1989 en adelante (salvo en la página 7), aunque la página continuará cumpliendo la misma función, conviviendo con algunos pequeños textos publicitarios.

Durante los dos primeros años, en la página 7 coexisten textos críticos con la sección denominada "Novedades" en la cual se comentan brevemente obras de reciente aparición. En octubre de 1989 aparece la sección llamada "Escritorio" a cargo hasta junio de 1993 de Carlos Olivarez, en la que se comentan libros de manera más extensa que en "Novedades", la que se transformó en una nueva sección sin título que contempla una ficha, autor y breve reseña de ocho textos presentados. Propio de esta página es también la sección "Han llegado", en la que se incluyen títulos nuevos y textos publicitarios. Finalmente, la página 8 comenzó con la sección "Dime qué lees" en la cual se entrevistaba a diversos personajes respecto a sus lecturas, para posteriormente insertar en esa página la sección "Grandes firmas" en la que figuran autores como Mario Bunge, Arturo Usler Pietri, Cristina Peri Rossi, Ernesto Ayala, Julio Ortega, entre otros. Más adelante se incorpora un ranking mensual de libros más leídos en diversos países del mundo el que coexiste con artículos diversos provenientes de agencias internacionales.

2. EVOLUCIÓN

Es posible que el cambio de editores que experimentó "Literatura y Libros" durante sus diez años de vida implique también un cambio en el suplemento. En otras palabras, postulamos que existiría una primera etapa desde 1988 hasta mediados de 1992 (primer periodo en el que a pesar de haber un cambio de editor, éste no parece ser tan importante o significativo, por cuanto corresponde a los primeros tiempos del suplemento, por lo que cabe suponer que su línea editorial todavía estaba en proceso de constitución) y una segunda desde 1993, año en que oficialmente asume Olivarez como editor, hasta 1998, momento en que se cierra el diario *La Época*.

En la primera etapa, que coincide con los dos últimos años del régimen militar y los dos iniciales del primer gobierno democrático, se percibe de manera más acusada una postura de oposición al autoritarismo y mayores referencias a los cambios políticos que necesita el país. Paradigmático en este sentido es el artículo que escribieran en conjunto Aguirre y Olivarez en el contexto de la pronta democratización del país y que se titula "Los nuevos días que se acercan", publicado el día domingo 10 de diciembre de 1989. La bajada del título dice lo siguiente:

Reconocernos en un propósito común tal vez sea la más profunda tarea de la Democracia. Los chilenos que viven la obsesión y el fervor que implica la literatura y sus alrededores recuperarán el espacio público que les ha sido negado durante estos duros años que terminan. Por primera vez los responsables de 'Literatura y Libros' ocupan estas páginas para emitir sus reflexiones —obviamente perfectibles— al respecto.

Es evidente que el espíritu que anima estas reflexiones es tanto el de compromiso con el cambio democrático que se avecina (Patricio Aylwin asume la presidencia el 11 de marzo de 1990) como de anhelo respecto al lugar que le corresponde al fenómeno cultural y literario en este nuevo escenario histórico. La esperanza parece ser el sello del artículo de Aguirre y Olivarez: "Deseamos entender con claridad cuál es la dirección de estos nuevos días y, si es posible, algunas de estas tardes acercarnos con toda dignidad y ser escuchados. Sabemos que así será y por ello brindamos del modo más entusiasta".

En este contexto, los articulistas finalizan señalando que la función del suplemento "Literatura y Libros" ha sido la de oponerse al autoritarismo, abriendo espacios a la imaginación literaria. Sin embargo, después de este artículo no vuelve a aparecer en estas páginas principios editoriales vinculados ya sea a lo político-ideológico o lo cultural y literario de manera tan explícita como en el texto antes mencionado. De allí que la postura de oposición al régimen autoritario a la que hacíamos mención como característica de esta primera etapa del suplemento aparecerá de manera tangencial en los diferentes textos de los críticos que colaboran en este medio. Así por ejemplo, en una crítica de Alfonso Calderón se puede leer la siguiente afirmación: "... la excelente revista española *Quimera*, la cual, en 122 páginas deja muy en claro nuestras limitaciones que nos dejan fuera de la actualidad, algo que ha sucedido sólo en los últimos quince años de Chile, y nunca antes" ("Literatura y Libros", 10 de julio de 1988).

Y un artículo de Ana María Foxley sobre las revistas culturales chilenas comienza con una reflexión sobre la censura:

Hubo tiempos de catacumbas y tiempos de censura. También existieron funcionarios que, armados de un plumón de plástico y de una mente de termita, embestían contra la palabra impresa tachando todo aquello que fuera peligroso o subversivo. (...) A pesar del aislamiento en que vive Chile, a pesar de la carencia de estímulos financieros o subsidios a la cultura, a pesar del IVA, ya saltada la valla hoy desvanecida de la censura previa y de la obligación de pedir permiso para editar nuevas publicaciones nacen y reviven revistas culturales... ("Literatura y Libros", 27 de noviembre de 1988).

Una vez consolidado el proceso de transición democrática y ya ocurrido el cambio de editor del suplemento —a partir de 1993 es Carlos Olivarez— las referencias a lo político virtualmente desaparecen de las páginas de "Literatura y Libros", produciéndose en ese sentido una "profesionalización" del medio, en

el sentido de preocuparse mayormente del fenómeno literario desde una autonomía relativa en relación al contexto socio-político.

El segundo rasgo que distingue ambas etapas es la presencia de un sujeto crítico colectivo y su paulatina sustitución por un pequeño número de colaboradores (un *staff*)⁵, sustitución que se verifica hacia la segunda etapa del suplemento. En todo caso, el *staff* al que hace mención Morales, no implica la desaparición de numerosos colaboradores en el suplemento, la diferencia está en que son otros —quizá menos conocidos— y que su número es menor aunque no despreciable. Se trata, en suma, de una diferencia de grado, más que de una radical oposición entre ambas etapas o periodos del suplemento. El grupo de colaboradores permanentes que se va formando en el periodo de Olivarez como editor está constituido fundamentalmente por Camilo Marks, Luis Ernesto Cárcamo, Patricia Espinosa, Ramiro Rivas.

El siguiente rasgo que permite la diferenciación entre estas etapas es la presencia, en este sujeto crítico colectivo, de un discurso feminista que se ocupa de un objeto también emergente, la literatura escrita por mujeres. En las páginas de "Literatura y Libros" aparece por primera vez un conjunto de voces de mujer asumiendo la actividad crítica desde una singular perspectiva⁶. Esta crítica literaria feminista ocupa un espacio en la primera etapa del suplemento, pero va gradualmente desapareciendo en la segunda, aunque no del todo. Diferenciamos en todo caso, la crítica literaria feminista de la crítica producida por mujeres, la que no necesariamente es feminista y que está presente durante los diez años de existencia del suplemento.

En relación a las temáticas privilegiadas por el suplemento, cabe señalar que en la primera etapa se articulan discursos que se relacionan tanto con la preocupación por establecer miradas panorámicas de la producción literaria nacional como el interés por reflexionar sobre el propio quehacer crítico. Es lógico suponer que un nuevo espacio dedicado a la literatura se dedicará en primera instancia a indagar sobre lo efectivamente escrito en el país, así como reflexionar sobre los presupuestos de su propia labor. De esa manera, se registra una mayor cantidad de artículos panorámicos referidos a la producción literaria y cultural chilena en 1988, los que van decreciendo durante los próximos años. En este primer año del suplemento se publican los siguientes textos: Ana María Foxley "Literatura de mujeres: ¿una palabra sospechosa?" (15 de mayo de 1988), Luisa Ulibarri "Motivos de la novela chilena 1973-1988: Largo viaje hacia la noche" (29 de mayo de 1988), Federico Schopf "Afirmación del 68" (12 de junio de 1988), "El no de los escritores" (2 de octubre), Ana María Foxley "Revistas culturales. Un respiradero con nuevo oxígeno" (20 de noviembre de 1988), Antonio Avaria "Novela chilena en el exilio: El paso de los convidados de piedra" (4 de diciembre de 1988). En 1989 no registramos artí-

⁵ En este sentido seguimos parcialmente lo planteado por Leonidas Morales.

⁶ Recordemos, por ejemplo, que en la década del 60 no hubo mujeres que practicaran la crítica, salvo la mencionada Ana Pizarro que publica dos artículos en el diario *El Sur* de Concepción; académica y crítica que después reaparecerá brevemente en "Literatura y Libros".

culos panorámicos y durante 1990 sólo se publican dos: Ana María Foxley "Talleres literarios: literatura en movimiento" (21 de enero de 1990) y Luis Ernesto Cárcamo "Poesía chilena: Variedad vital" (1 de abril de 1990). En los años siguientes, destaca Naím Nomez "Poetas de Chile" (Presentación del texto de la antología *Poesía Chilena Contemporánea*) (1992) e Iván Carrasco "El boom permanente" (Sobre poesía chilena) (26 de diciembre de 1993).

A partir de 1993 y hasta 1997, "Literatura y Libros" no publica artículos panorámicos, salvo el texto de Patricia Espinosa "Narradoras chilenas: últimos 17 segundos" (4 de mayo de 1997) y el de Horacio Eloy "Revistas literarias chilenas 1973-1990" (26 de octubre de 1997), lo que sugiere que ya se han acotado zonas amplias de producción y que lo que corresponde a partir de allí es la investigación y profundización de aspectos más específicos de lo literario, lo que en cierta manera se efectúa en la segunda etapa del suplemento.

Finalmente, uno de los episodios que mejor ilustra la primera etapa de "Literatura y Libros" es la polémica sobre la crítica, la que se desarrolla entre 1988 y 1990. El primer diagnóstico lo hace Carmen Foxley en su artículo "Las opciones de la crítica", en el cual hace una somera revisión de la crítica nacional, particularmente la académica, reconociendo que:

... lo que no siempre hemos demostrado es una conciencia historiográfica fundada en supuestos propios de la disciplina. (...) En ese aspecto la crítica ha sido insuficiente y lo es hoy. Falta la oportuna opinión sobre el aporte de la obra y su ubicación en el contexto literario y cultural que le da cabida, lo que la hace inteligible en su tiempo ("Literatura y Libros", 7 de agosto de 1988).

Sin embargo, la polémica propiamente dicha se inicia con el texto de Naím Nomez, "Disparen sobre el crítico", donde efectúa un recorrido por las falencias de la crítica nacional, preferentemente periodística: "Podríamos seguir citando ejemplos de desmesura crítica, de reacomodo, diletantismo, sensacionalismo y banalidad. Pero pensamos que es más importante levar anclas y echarse a la mar. En algún momento, la crítica debería transformarse en un cuerpo escritural serio (...) salir del provincianismo, la pacatería, el principismo ideológico, los tótems y tabúes ("Literatura y Libros", 22 de octubre de 1989).

Establecido el diagnóstico, Nomez propugna una crítica cuya función sea informar, ilustrar sobre lo que está pasando; en esa medida el crítico debe hacer de puente entre el autor y el lector y además confrontarse con los otros críticos. Posteriormente postula que la crítica debe reanonizar la historia literaria: "Se hace necesario articular los estudios y trabajos historiográficos y monográficos que se han realizado desde el siglo XIX, con el fin de armar una estructura coherente, abierta a la polémica y a la confrontación dialogante, seria e intencionalmente objetiva" ("Literatura y Libros", 22 de octubre de 1989).

Sin embargo, esta última propuesta escapa a los objetivos propios de la crítica periodística, cuyo diagnóstico realizara antes y se centra al parecer en la crítica académica, puesto que en ella es más probable que las grandes totalizaciones histórico-literarias tengan cabida. En este sentido, el artículo de

Nómez transita libremente por ámbitos diversos y no establece con claridad el referente de su discurso. Posteriormente, Manuel Espinoza contesta el artículo de Nómez con "Críticos en la palestra". En él señala un acuerdo parcial con el hecho de que la crítica se ha quedado rezagada en relación a los nombres más importantes de la lírica nacional, por ejemplo. Pero donde sí discrepa Espinoza es en el enfoque para entender lo literario: "... nosotros entendemos por crítica literaria la que se refiere de modo exclusivo al acto constructivo del texto, y no es, no puede ser un ejercitamiento en el campo de la interpretación de los significados y los valores sociales, históricos, psicológicos y políticos, con los que forzosamente se pretende relacionar el trabajo literario" ("Literatura y Libros", 5 de noviembre de 1989).

Según Espinoza este último enfoque es reiteradamente planteado y, no obstante su validez, debiera ser confrontado con otros puntos de vista, entre otros, el que él sostiene respecto a la autonomía del texto literario.

En un texto posterior, "Contra la crítica ingenua", de Miguel Vicuña Navarro, destaca su afirmación de que "No puede considerarse auténticamente crítica una crítica que no explicita sus presupuestos teóricos y sus hipótesis y no los exponga precisamente a la consideración crítica". (Literatura y Libros, 26 de noviembre de 1989). Finalmente, Naín Nómez vuelve a contestar directamente, con "Carta sobre la crítica", lo aseverado por Vicuña Navarro, señalando que elude el problema de fondo: "la diferencia entre una crítica taxonómica que alude a la escritura en forma idealizada y una crítica que se configura en torno a una práctica social, la literaria, con ciertas características específicas de producción, desarrollo y recepción y en la cual el sujeto de ambos polos sigue siendo el elemento central" ("Literatura y Libros", 3 de diciembre de 1989).

Respecto a la denominación de "ingenua" con que Vicuña califica la postura de Nómez, este último se defiende diciendo que se nutre de toda una tradición crítica latinoamericana y, por otra parte, al postular una visión "didáctica" de la crítica literaria periodística, que también sería ingenua para Vicuña, Nómez lo hace en consideración al receptor de los medios de prensa: "Escribimos en periódicos de cierta popularidad para gente común y corriente", sin olvidar, según Nómez, que "... venimos saliendo de una dictadura y que en este país hay cientos de jóvenes ávidos de intercambio y diálogo, docenas de talleres literarios populares, miles de poetas que quieren publicar y saber más, (...) y una tarea que la crítica posible no se puede farrear en disgresiones sobre la crisis o con una conceptualización academicista que se mediatiza hasta el infinito". Con esta carta parece quedar cerrada la primera polémica sobre la crítica literaria que se publicita en las páginas de "Literatura y Libros".

La segunda polémica comienza en abril de 1990 y se centra mayoritariamente en la crítica universitaria. Nelly Richard escribe "El discurso crítico en Chile: Un recuento posible", artículo en el cual valora las propuestas de Roberto Hozven y Rodrigo Cánovas. ("Literatura y Libros" N° 100, 1990). Posteriormente aparece el texto de Manuel Espinoza Orellana "El discurso crítico y sus caminos", en el cual enjuicia negativamente tanto la crítica periodística como universitaria que se cultiva en Chile:

El problema del comentario de prensa es –por lo general– que explica la presencia de un acto narrativo o poético por un suceder exterior, estableciendo la semblanza del autor en el espacio en que desarrolla su vida social. La biografía del escritor se condiciona como indispensable para explicar las obras.

En el análisis universitario se da un cierto escolasticismo que está involucrado en su necesidad de privilegiar una metodología emergente de la especialización. Se habla de actitud científica en el proceso de conocer el texto a través de la fragmentación de sus elementos (“Literatura y Libros”, 15 de abril de 1990).

La crítica que propugna Espinoza no corresponde a ninguna de las antes enjuiciadas⁷, sino a una especie de virtualidad entendida como una metaescritura fundada en el texto literario asumido como un todo autónomo.

Más adelante, aparece al texto de Patricio Varetto “Más sobre el discurso crítico” (“Literatura y Libros”, 29 de abril de 1990), en el que se refiere al problema sobre la crítica que se ha discutido en “Literatura y Libros”: “El problema se ha generado en torno a conceptos y posturas. Por una parte se ha hablado muchas veces, indistintamente, de “teorías”, “críticas”, “comentarios periodísticos” sin definir ni parcelar el campo simbólico, la praxis y el tipo de receptores que cultural e institucionalmente cada uno de estos conceptos implica y acota”.

El otro problema que detecta Varetto tiene que ver con que en los últimos 16 años los intelectuales literarios han tenido una formación desigual, razón por la cual

... cuando se habla de “crítica literaria” se reconozcan, aquí en este momento y en este suplemento, ecos foucaultianos, derridianos, lacanianos o barthesianos –desde el estructuralismo clásico al psicoanálisis y la deconstrucción– amenizados también por voces que defienden desde interpretaciones sociologizantes de los textos –posición que privilegia el contexto político de la dictadura como trasfondo de la creación poética y narrativa de estos años– a otras que, como la insistente de Manuel Espinoza Orellana, conciben la literatura y las obras literarias como productos “de”, “por” y “para” el lenguaje, es decir, como trasuntos simbólicos de una realidad que se explica y autosustenta desde los propios signos.

Varetto privilegia en su artículo la crítica periodística o “comentarios de prensa” cuyas falencias principales son, en primer lugar, el abuso de metaconceptos sin explicitar las perspectivas epistemológicas desde las cuales

⁷ Creemos que la visión de Espinoza está un poco desinformada de lo que ocurría en la prensa y la universidad en aquella época. Principalmente en lo que se refiere a la crítica periodística, hace bastantes años que no se privilegian los métodos biográficos en el análisis de obras literarias. Véase por ejemplo, nuestro capítulo sobre la crítica en la década del 60 o los mismos textos de crítica literaria del suplemento “Literatura y Libros”, de l diario *La Época* desde 1988 en adelante.

se enfocan los textos, lo que se traduce muchas veces en "un metalenguaje aplicado mecánicamente" y, en segundo, la carencia de "ideas" o "juicios" evaluativos bien fundados, pues "La mayor parte de las veces, si un comentario crítico no cae en el exceso del tecnicismo metaconceptual, se constituye en un resumen, a veces anecdótico, de la obra en cuestión". Al referirse a lo específico de la crítica en los medios de comunicación concluye que la crítica de los suplementos literarios no es tan pobre y que la pluralidad de voces existentes tiene la función de introducir las obras a sus primeros lectores antes que la crítica universitaria.

Al parecer, la visión de Espinoza Orellana sobre la crítica universitaria es la que causa más divergencia, como lo prueba el artículo de Pamela Molina "Discurso crítico: el objeto crea el método", en que la autora critica las palabras de Espinoza Orellana y de Nelly Richard referidas a la crítica académica por juzgar y generalizar de manera infundada. Postula que el enfoque teórico-crítico del texto literario ha evolucionado en Chile en las últimas décadas y también la prioridad que ha alcanzado el estudio contextual e interdisciplinario en las investigaciones universitarias. La autora defiende la formación universitaria, pues "Nuestros profesores, investigadores y críticos universitarios se esforzaron por transmitirnos, junto al pensamiento de los intelectuales europeos, el camino libre de la intuición creadora como vía de interpretación textual". ("Literatura y Libros", 23 de septiembre de 1990).

Espinoza Orellana responde a Pamela Molina en "Objeciones y confusiones sobre un texto crítico" ("Literatura y Libros", 21 de octubre de 1990). El autor rebate a Pamela Molina, a través de una serie de argumentos difíciles de probar, tales como que el enfoque estructuralista en las universidades en los años 60 enfrió en el alumnado el gusto por la lectura, lo que significó que las clases de literatura se convirtieron en una penitencia, constituyendo un factor importante en la pérdida del entusiasmo por la lectura, o que si, de acuerdo a Pamela Molina, las cosas han cambiado en el espacio de la crítica y de la concepción literaria, por qué no se aprecian cambios en las obras editadas en los últimos cuatro o cinco años. Se entiende que Espinoza se está refiriendo a obras literarias, pero en realidad es difícil argumentar que a una transformación de la crítica corresponda necesariamente un cambio en la literatura. Es más probable que se diera un fenómeno inverso, en el cual la crítica se transformaría a efectos de determinada influencia literaria.

Una evaluación de las polémicas aparecidas en "Literatura y Libros" durante el primer periodo (1988-1992), válida al suplemento como instancia de discusión de los presupuestos de su propia labor crítica, cuestión que indudablemente es necesaria sobre todo en los inicios de un medio de esta naturaleza, aun cuando no siempre las intervenciones posean todo el rigor necesario; no aclarando, en ocasiones, el nivel o el ámbito de la discusión, en especial el referido a la diferenciación entre discurso crítico periodístico y discurso especializado o universitario. Insistimos en que estas polémicas surgen en la primera etapa del suplemento, lo que coincide con el periodo de mayor participación que en él percibimos.

3. EL SUJETO DE LA ENUNCIACIÓN

Analizando desde una perspectiva global los diez años de existencia de este suplemento literario, una de sus características más sobresalientes es la pluralidad de voces que participan en este medio, estableciendo un diálogo múltiple entre periodismo y academia, interior y exterior del país, escritores y críticos, y en menor grado, permitiendo la existencia de un discurso feminista y mínimamente de un discurso proveniente de la provincia. El sujeto de la enunciación es, entonces, múltiple, plural, aun cuando ya señaláramos que en el segundo periodo o etapa se produce una transformación.

Los colaboradores de "Literatura y Libros" provienen de diversos ámbitos, destacando los críticos literarios que se han formado preferentemente en el circuito periodístico⁸, tales como Alfonso Calderón, Martín Cerda, Javier Edwards, Antonio Avaria, Gregorio Goldenberg, Camilo Marks, Luis Ernesto Cárcamo, Manuel Espinoza, Patricio Varetto, Jaime Lizama, Juan Andrés Piña, Carlos Orellana, Ramiro Rivas, Oscar Collazos, María Pilar Donoso, Miguel Castillo Didier, Ana María Güiraldes, Cristian Warnken, Jorge Aliaga, Patricia Espinosa, entre otros, y los estudiosos de la literatura provenientes del mundo universitario, fundamentalmente académicos de la Universidad de Chile, y en menor grado, de La Universidad de Santiago y Católica: Federico Schopf, Soledad Bianchi, Carmen Foxley, Manuel Jofré, Naín Nómez, Luis Vaisman, Grínor Rojo, Leonidas Morales, Bernardo Subercaseaux, Rodrigo Cánovas, María Eugenia Góngora. En este periodo cabe destacar también la presencia de académicos chilenos residentes en el extranjero que colaboran periódicamente en *Literatura y Libros*, nos referimos a Jorge Guzmán, Juan Armando Epple, Fernando Alegría y Marcelo Coddou.

Participan además en el suplemento una serie de escritores que ejercen la actividad crítica, ellos son: Marco Antonio de la Parra, Gonzalo Contreras, Poli Délano, Waldo Rojas, Jaime Valdivieso, Armando Uribe, Antonio Ostornol, Diamela Eltit, Carlos Franz, Jaime Quezada, Tomás Harris, Jaime Collyer, Pía Barros, Pedro Lemebel, Jorge Teillier, Humberto Díaz-Casanueva, Ramón Díaz-Eterovic, Teresa Calderón.

Otro sector importante lo constituye la presencia de periodistas vinculadas al mundo cultural y literario. En el caso de este suplemento, están a cargo de las entrevistas y de artículos literarios de tipo panorámico. Ellas son: Ana María Foxley, Luisa Ulibarri, Carmen Correa (corresponsal en Buenos Aires), quienes colaboran hasta 1990, año en que ingresa como entrevistadora Faride Zerán, la que con un intervalo en 1992, se reincorpora en mayo de 1993, publicando entrevistas hasta el cierre de *La Época*.

En la multiplicidad de perspectivas de "Literatura y Libros" tiene particular interés la inclusión de un discurso feminista, cuyas principales exponentes son Raquel Olea, Eliana Ortega, Eugenia Brito y la escritora Diamela Eltit.

⁸ Lo que no significa descartar la formación académica universitaria que cada uno de ellos haya podido recibir.

Otras dos críticas de reconocida trayectoria que escriben en el suplemento son Nelly Richard y Adriana Valdés. Finalmente, señalamos la mínima presencia que tuvieron las voces de provincia, básicamente de académicos de la Universidad de Concepción, Mario Rodríguez, Ivette Malverde, Mauricio Ostria, María Nieves Alonso y de la Universidad Austral, Iván Carrasco.

3.1. EL DISCURSO DE LOS CRÍTICOS PERIODÍSTICOS

Hacíamos mención a la constitución de un sujeto colectivo de enunciación como rasgo que caracteriza al suplemento literario de *La Época*. Esta polifonía es particularmente evidente en el caso de quienes cultivan la crítica literaria desde el territorio del periodismo, razón por la cual, dada la multiplicidad de voces que transitan por "Literatura y Libros", haya sido necesario hacer una selección de los críticos más significativos, tanto por su permanencia en el medio como por sus aportes crítico-literarios.

En su inicio, los críticos "oficiales" del suplemento fueron Alfonso Calderón, Martín Cerda y Javier Edwards, quienes compartieron precisamente la página que llevaba el título de "Crítica", es decir, el espacio donde se hacía el comentario de textos de reciente aparición, comentario que se caracteriza idealmente por tres operaciones básicas: la descripción, el análisis y la valoración explícita. Paralelamente, estos mismos críticos se hicieron cargo en ocasiones de las primeras páginas del suplemento, compartiéndolas con otros colaboradores. Por ejemplo, Alfonso Calderón escribe artículos sobre Raymond Chandler (24 de julio de 1988), T.S. Elliot (25 de septiembre de 1988), Alfonso Reyes (14 de mayo de 1989); Martín Cerda escribe sobre Yukio Mishima (19 de junio de 1988); Javier Edwards sobre J.R. Tolkien (31 de julio de 1988) y literatura italiana (4 de junio de 1989).

Alfonso Calderón escribe desde el primer número del suplemento (Sobre Juan Carlos Onetti, *Cuando entonces*) y lo hace hasta 1990, año en que publica sólo un texto, esta vez sobre el *Diario* de Luis Oyarzún (3 de junio de 1990). Durante 1988 publica 16 artículos y en 1989, 9 artículos. En relación a sus comentarios de texto, lo que entendemos como "crítica" en sentido restringido, Calderón privilegia el comentario de autores extranjeros, como por ejemplo Robert Graves (15 de mayo de 1988), Marguerite Yourcenar (12 de junio de 1988), Bruno Schulz (26 de junio de 1988), Peter Taylor (10 de julio de 1988), Peter Wright (17 de julio de 1988), A.B. Yehoshúa (6 de noviembre de 1988), Arthur Miller (15 de enero de 1989), Naguib Mahfouz (5 de febrero de 1989), Djuna Barbes (5 de marzo de 1989).

Hay dos elementos característicos de su escritura crítica; por un lado, la mención recurrente a otros autores y sus coincidencias de estilo o tema con la obra del escritor comentado, lo que evidencia la erudición del crítico y lo cual apunta necesariamente a un receptor culto. Por ejemplo, en su comentario a la novela de Peter Taylor, *Memphis*, se lee: "El libro, con un narrador que tiene algo del distanciamiento emotivo inherente a la exposición de *El gran Gatsby*,

aunque no su voluntad de estilización de la realidad en procura de una sustentación mítica...". (10 de julio de 1988). Otras comparaciones aparecen en la crítica a *El callejón de los milagros*, de Mahfouz: "Hay un sorprendente rigor chejoviano en cada personaje" o "No hay aquí lo que Pío Baroja, con Mahfouz tiene parentesco literario, llamó 'saltos al porvenir'" (5 de febrero de 1989) y en el artículo sobre Yehoshúa: "porque el monólogo interior del personaje nos encierra en un punto de vista envolvente y atractivo, como su maestro William Faulkner lo hace *Mientras yo agonizo* o en la historia profunda que es *iAbsalón, Absalón!*" (6 de noviembre de 1988).

La segunda característica apunta a la dominancia de la descripción, en desmedro del análisis, perceptible en la mayoría de sus colaboraciones. El crítico ha optado por esta modalidad, pues pareciera considerar negativamente la operación analítica, tal como se lee en la siguiente afirmación: "Cuando digo esto, sé que empiezo a contar el argumento, la vieja tentación maligna del crítico aficionado a oscilar entre las dos modalidades clásicas: resumir la historia, agregando algunas codas, o tentarse por una operación limpia de desarme y demolición de la novela, lo cual es, qué duda cabe, lo más parecido a una autopsia" (6 de noviembre de 1988).

Si examinamos el conjunto del discurso crítico de Alfonso Calderón, se puede concluir que su forma de enfrentar la escritura crítica se ha mantenido relativamente inalterada. El crítico ha preferido la operación de la "coda", por sobre la "autopsia", alejándose, por ende, de la operación analítica.

Martín Cerda, que se desempeñara por muchos años como crítico de la revista *PEC*⁹, colabora tres años en "Literatura y Libros", publicando 4 artículos en 1988, 2 en 1989 y 1 en 1990. En ellos privilegia la producción literaria e intelectual francesa. Por ejemplo, en 1988 publica artículos sobre Tzvetan Todorov, *La conquista de América y la cuestión del otro* (29 de mayo); sobre la obra de Georges Bataille (21 de agosto) y sobre Montaigne (23 de octubre). En 1989, publica sólo dos artículos: uno sobre Roger Caillois (15 de enero) y el segundo titulado "De la revolución al romanticismo" (9 de julio). No es exactamente un crítico literario, pues predominan en sus comentarios las obras ensayísticas y filosóficas, en las que evidencia un profundo conocimiento de los autores y sus obras.

Javier Edwards colabora desde 1988 con 7 artículos y continúa en el suplemento hasta 1991, año en que envía dos colaboraciones desde Barcelona. En 1989 publica 4 artículos, lo mismo que en el año 1990. En el primer año de colaboración, Edwards comenta de preferencia a escritores extranjeros, como por ejemplo Djuna Barnes (12 de junio), Marguerite Duras (14 de agosto), Leonardo Sciascia (16 de octubre), Carson McCullers (13 de noviembre), pero ya en su segundo año en el suplemento aparecerán comentados sólo escritores

⁹ Véase la recopilación hecha por Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers 1993 *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*. Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

nacionales: Ana Vásquez (29 de enero), Poli Délano (19 de febrero), Antonio Skármeta (10 de septiembre) y Ana María Güiraldes (12 de noviembre) y, finalmente, Agata Gligo en 1990. En 1991 escribe desde Barcelona sobre Arturo Uslar Pietri (20 de enero) y Álvaro Mutis (21 de julio).

Hay una clara estructuración en los textos críticos de Edwards; éstos se articulan en una presentación general o contexto para introducir la obra al lector, en ciertos casos explicitación de los criterios de análisis, descripción y valoración final del texto comentado. Quisiéramos destacar dos características de su escritura. La primera dice relación con la exposición de sus criterios o perspectivas de análisis. Por ejemplo en su comentario a Djuna Barnes postula una clasificación de las novelas en dos variantes de representación:

... la primera, de carácter extensiva, lleva al autor a desarrollar en forma horizontal y exhaustiva la situación novelesca que propone, en ella se busca el máximo grado de realismo (...); la segunda, que podríamos llamar intensiva, supone de parte del autor un análisis vertical y, por lo tanto, con predominio de lo aspectos interiores o subjetivos de los personajes. Cada una de estas actitudes literarias acercarán a uno o a otro autor a los tipos del filósofo, buscador descriptivo de la verdad, o del poeta, buscador constructivo de la misma (12 de junio de 1988).

A continuación, el crítico determina a qué vertiente de novela pertenece *El bosque de la noche*, de Barnes y continúa con su comentario. El mismo procedimiento lo encontramos, por ejemplo, en su artículo sobre la novela de Ana Vásquez, *Abel Rodríguez y sus hermanos* (29 de enero de 1989).

La segunda característica es que Edwards en ocasiones trasciende el comentario de la obra y reflexiona sobre sus condiciones de producción y recepción, esto especialmente en relación a novelas chilenas. Así entonces, leemos en su crítica a Ana Vásquez un comentario a la naciente producción literaria chilena (estamos hablando del año 1989) y, en el caso de su crítica a dos novelas de Antonio Skármeta, una revisión de la categoría epocal del posmodernismo en la cual inserta las obras:

... viene hoy a oponerse, una literatura que de igual manera asume los postulados de ese movimiento cultural que intenta cruzar la cultura occidental y se autodenomina posmodernismo: la última del proceso de autocritica que la cultura occidental viene desarrollando —como el máspreciado de sus bienes— desde la primera pregunta filosófica en la Grecia de Parménides. Este posmodernismo narrativo, que pareciera ser la actitud a la que ha venido arribando Antonio Skármeta, tiene un atractivo encanto si se utiliza positivamente... sin embargo, presenta también, el peligro de la simplificación, de la construcción de un pastiche que se aleja de la vida para formular escépticas miradas sobre el juego de la nada. Algo de este peligro, con diversos matices, se cierne sobre las novelas que comento (10 de septiembre de 1989).

La producción de Javier Edwards puede ser vista como un esfuerzo riguroso a la hora de enfrentar la actividad crítica. Existe en su discurso una clara conciencia de la estructura de un comentario crítico —o al menos de una opción consciente por una forma determinada— y el afán de trascender la obra a contextos más amplios.

Camilo Marks es posiblemente el crítico que colabora durante más años en "Literatura y Libros", 9 años, desde 1989 hasta el cierre de *La Época*. Durante 1989 escribe 4 artículos, en 1990 publica 8 textos, en 1991 también 8 textos, en 1992 12 artículos y en 1993, 40, coincidiendo con el año en que Carlos Olivarez asume como editor y momento en el cual se configura un *staff*, de acuerdo a lo señalado por Leonidas Morales (Morales 1996). En 1994 publica 27 artículos, en 1995, 13, en 1996, 14, en 1997, 10 y en 1998, 5 artículos.

Escribe básicamente sobre narrativa, tanto nacional como extranjera y no evidencia en su discurso tener áreas de interés muy definidas, salvo —como ya dijéramos, su predilección por el género narrativo. En relación con autores chilenos valora positivamente las obras de Guillermo Blanco, *Camisa limpia y Vecina amable* (15 de julio de 1990), Adolfo Couve, *El cumpleaños del señor Balande* (17 de noviembre de 1991), Diamela Eltit, *Vaca sagrada* (5 de enero de 1992), Gonzalo Contreras, *La ciudad anterior* (19 de enero de 1992), Arturo Fontaine, *Oír su voz* (3 de enero de 1993), Marcela Serrano, *Antigua vida mía* (16 de julio de 1995), Carlos Cerda, *Una casa vacía* (8 de diciembre de 1996), Carlos Franz, *El lugar donde estuvo el paraíso* (23 de febrero de 1997), Marta Blanco, *Maradentro* (28 de septiembre de 1997), entre otras obras comentadas. Pero también es categórico en su crítica, lo que ocurre, por ejemplo, con *Casi los ingleses de América*, de Poli Délano (9 de septiembre de 1990); *El paraíso*, de Elena Castedo (23 de diciembre de 1990); *De golpe, Amalia en el umbral*, de Ana María del Río (14 de julio de 1991); *De repente los lugares desaparecen*, de Patricio Manss (7 de junio de 1992); *Desencuentros desesperados*, de Andrea Maturana (7 de febrero de 1993) y *¿Quién mató a Cristián Kustermann?*, de Roberto Ampuero (19 de diciembre de 1993).

Son precisamente los juicios de valor explícitos lo que destaca como uno de los rasgos distintivos de la escritura crítica de Camilo Marks. Su crítica a Guillermo Blanco comienza con la siguiente afirmación: "Guillermo Blanco es uno de los mejores escritores chilenos, pero sus dos últimas novelas significan un salto cualitativo tan grande en su producción, que resulta difícil, dada la audacia, la envergadura de los temas y la perfección que alcanzan, compararlos con cualquier cosa que se escriba hoy en Chile e incluso en gran parte de Latinoamérica (15 de julio de 1990).

Por el contrario, en su apreciación de la novela *De repente los lugares desaparecen*, de Patricio Manss, se leen las siguientes aseveraciones: "Si el argumento de *De repente...* es malo, esto no se debe solamente a que pueda resumirse en las pocas líneas recién escritas y que en la novela se extiende a 240 interminables páginas. (...) En verdad, *De repente...* a falta de una definición mejor y, sobre todo, careciendo hasta de una trama, parece más bien una explosión de pura y simple verborrea" (7 de junio de 1992).

Y, en el caso de *El paraíso*, de Elena Castedo, Marks postula que la novela es mala por dos razones: su hibridez lingüística y por la ausencia de sucesos narrativos: "En efecto, el segundo y más grave problema de esta novela es su absoluta ausencia de interés narrativo. Las aventuras y desventuras de Solita en el fundo El Topacio, están presididas por una monotonía que convierte a las casi 400 páginas del libro en una sucesión desdibujada de naderías, banalidades y, para emplear una locución muy hispánica, fruslerías" (23 de diciembre de 1990).

Asumimos que el discurso crítico periodístico se caracteriza, como ya estableciéramos, por la presencia de la descripción, análisis y valoración. En el caso de la crítica de Marks sus juicios de valor parecieran funcionar de manera espontánea. De allí surge el otro rasgo: la ausencia de criterios o perspectivas de análisis, que en su discurso nunca se hacen evidentes, pues en su mayor parte, privilegia la descripción de las obras que comenta, proponiendo sólo en ocasiones perspectivas de lectura.

Lo anterior se relaciona con un tipo de lenguaje que podríamos calificar de adjetivo. Por ejemplo, en su comentario a *Mi amiga Chantal*, de Ana Vásquez, dice que "En esta novela su prosa es madura, inteligente, sin complicaciones y completamente eficaz". (27 de diciembre de 1992); en su comentario a Sergio Gómez y su volumen de cuentos *Adiós, Carlos Marx, nos vemos en el cielo*, señala que "Sergio Gómez no es confuso y posee un estilo abigarrado, bizarro, pletórico de recursos, en apariencia contradictorios, pero es también directo, simple y accesible para el lector de hoy". (20 de diciembre de 1992) y, en su crítica a *Oír su voz*, de Arturo Fontaine, afirma que: "La prosa de este escritor es maciza, avasalladora, fluvial y exagerada, pero también delicada en la observación minúscula". (3 de enero de 1993). Este tipo de calificativos no siempre aclaran la especificidad de los textos literarios que Marks comenta. En síntesis, el discurso crítico de Camilo Marks se estructura básicamente en las operaciones de la descripción y la valoración, dejando parcialmente de lado el análisis y las propuestas de lectura globalizadoras de las obras que comenta.

Luis Ernesto Cárcamo, crítico dedicado preferentemente a estudiar el género de la poesía, publica en 1990 su primer y único artículo: "Poesía chilena: variedad vital" (1 de abril de 1990). Durante 1991 no registramos colaboraciones suyas y en 1992 reaparece con 2 artículos. En 1993 escribe 17 textos críticos, en 1994, 22 y en 1995, 9. La mayor parte de sus textos críticos se concentra en el segundo periodo del suplemento, lo que lo haría partícipe, junto con Camilo Marks y Patricia Espinosa, del *staff* sugerido por Morales 1996.

Desde su primera colaboración, publicada en las páginas iniciales del suplemento, Cárcamo deja claro tanto su principal área de interés, la poesía chilena post dictadura, como su cabal conocimiento de ella. De allí en adelante, hará crítica literaria propiamente tal, comentando textos poéticos recientemente publicados, salvo algunos artículos panorámicos, tales como "Poesía en desconcierto" (28 de marzo de 1993), en el que analiza la presencia de la poesía de Nicanor Parra, Jorge Teillier y Enrique Lihn en las nuevas generaciones poéticas chilenas, y los artículos sobre la poeta argentina Alejandra Pizarnik (6 de

febrero de 1994), Sor Juana Inés de la Cruz (3 de julio de 1994), Enrique Lihn (28 de mayo de 1995) y Jorge Teillier (25 de junio de 1995). Comenta, entre otros poetas chilenos, a José Angel Cuevas (20 de diciembre de 1992), Hernán Miranda (17 de enero de 1993), Jorge Torres (7 de marzo de 1993), Juan Luis Martínez (4 de abril de 1993), Bruno Vidal (18 de abril de 1993), Floridor Pérez (2 de enero de 1994), Verónica Zondek y Alejandra Basualto (13 de marzo de 1994), Tomás Harris (27 de marzo de 1994), José Miguel Ibáñez Langlois (7 de agosto de 1994), Miguel Arteche (25 de septiembre de 1994), Gonzalo Millán (23 de abril de 1995).

Dado el grado de conocimiento del crítico respecto de su objeto de estudio, varios de los textos de Cárcamo se inician con una reflexión en torno a las posibles relaciones entre la obra comentada y la tradición poética chilena, abriendo de esta manera el texto a su contexto inmediato. Así ocurre, por ejemplo, con la crítica a José Angel Cuevas, donde leemos:

El escenario de la poesía chilena contemporánea —a primera vista— pareciera copado por la imagen sacra o emblemática del poeta; no obstante, en su reverso, junto a la figura ya instituida del antipoeta, nos encontramos con una variedad interesante de registros expresivos de una actitud de disenso o cuestionamiento ante dicha imagen. Entre los más recientes, Juan Luis Martínez y Rodrigo Lira pertenecen a esa lúcida especie... En este contexto tal vez sea atinado situar la publicación de *Treinta poemas del Ex poeta José Angel Cuevas*, en cuanto la metáfora de ex poeta coloca de manifiesto su corte provocador con la institucionalidad literaria (20 de diciembre de 1992).

El mismo o similar procedimiento lo encontramos en el análisis de *Poemas renales*, de Jorge Torres (7 de marzo de 1993), *Sonetos*, de Hernán Miranda (17 de enero de 1993) o *Poemas dogmáticos II*, de José Miguel Ibáñez Langlois (7 de agosto de 1994). Junto a esta contextualización, y dada la especificidad del discurso poético, Cárcamo se detiene tanto en el análisis de los aspectos lingüísticos como en la constitución del sujeto poético de cada obra comentada, proponiendo en la mayoría de sus textos críticos posibles claves interpretativas de los conjuntos poemáticos que comenta. Por ejemplo, en relación a *Memorias de un condenado a amarte*, de Floridor Pérez, postula que: "De allí que nos atrevemos a sostener que en esta poesía subyace un instintivo deseo de conservar valores y vínculos tradicionales: el amor, la solidaridad, la pareja, la familia. Actitud que se prolonga, hacia la última parte del libro, en una dimensión más cósmica y existencial, en cuanto emerge una preocupación explícita por la naturaleza y la vida" (2 de enero de 1994).

Esta propuesta de sentido integrador se hace presente en su discurso como rasgo distintivo, al igual que la contextualización de la obra con la tradición poética nacional de la cual forma parte. Luis Ernesto Cárcamo, al formar parte del *staff* del suplemento en su segundo periodo, lo hace desde un área específica, aportando su conocimiento, de raíz académica, al mundo del periodismo.

Patricia Espinosa comienza a escribir en el suplemento en diciembre de 1994 (2 artículos) y continúa hasta el cierre del diario. En 1995 escribe 41 artículos, en 1996, 22, en 1997, 16 y en 1998, 12. En sus casi cinco años de permanencia en el suplemento, privilegia el comentario de obras narrativas y ensayísticas; en algunas ocasiones se referirá a revistas, tales como *Revista de Crítica Cultural*, *Atenea* o *Trilce*. En relación a la literatura chilena, comenta a autores como Pía Barros, *Signos bajo la piel* (25 de diciembre de 1994); Roberto Ampuero, *Boleros en La Habana* (8 de enero de 1995); Luis Oyarzún, *Diario íntimo* (30 de abril de 1995); José Donoso, *Donde van a morir los elefantes* (11 de junio de 1995); Nicomedes Guzmán, *Los hombres oscuros* (5 de noviembre de 1995); Germán Marín, *El palacio de la risa* (10 de diciembre de 1995); José Miguel Varas, *Exclusivo* (29 de septiembre de 1996); Enrique Lafourcade, *Cuando los políticos eran inteligentes* (1 de diciembre de 1996); Jorge Edwards, *El origen del mundo* (23 de marzo de 1997); Sergio Gómez, *Partes del cuerpo que no se tocan* (14 de diciembre de 1997); Marcela Serrano, *El albergue de las mujeres tristes* (11 de enero de 1998); Marta Brunet, *Aguas abajo* (10 de mayo de 1998); Roberto Bolaños, *Llamadas telefónicas* (19 de julio de 1998), entre muchos otros.

Esta crítica se caracteriza por la rearticulación del conocimiento literario especializado en vinculación con lo periodístico, lo que de alguna manera la liga a la escritura de Luis Ernesto Cárcamo. Interesa en ella la asunción de la estructura de la crítica literaria periodística y cómo asume las operaciones de descripción, análisis y valoración. Durante su permanencia en el suplemento, su discurso crítico se va transformado sutilmente: desde las primeras colaboraciones, de tinte más personal, como su artículo "Volver a Kerouac" (18 de diciembre de 1994) o su comentario a *Boleros en La Habana*, de Roberto Ampuero (8 de enero de 1995), que sigue un esquema tipo: tipología de la novela negra, análisis de personajes, acontecimientos, narrador, tiempo, texto y, en este caso, propuesta de una estética kitsch para entender la novela, categoría que no se explica y que desdibuja el análisis; hasta una escritura crítica que propone pautas de lectura y que no le teme a la expresión de juicios de valor explícito, fundados en el análisis. Así por ejemplo, en el inicio de su crítica a *Partes del cuerpo que no se tocan*, de Sergio Gómez, afirma que la escritura de este autor ha evolucionado desde el afán de pertenencia a una generación hasta alcanzar un lenguaje propio:

Gómez ha desembocado, impecablemente, en un sistema literario que "rejuega" con el realismo, el lenguaje de lo explícito y los mitos de lo cotidiano (...) prima, fundamentalmente, la idea de un despliegue discursivo que se manifiesta en el corte preciso entre la sincronía y la mirada histórica, lo cual permite evidenciar —de paso— una suerte de "idiosincrasia" que no nos suena ni como amenaza ni como caricatura tercermundista (14 de diciembre de 1997).

Propuesta de lectura que remite a la totalidad del texto de Gómez y valoración positiva del escritor que remata, finalizado el análisis, en la siguiente afir-

mación: "Un momento sólido en su trayectoria revela Gómez quien, tras cinco años de publicar su primer libro, nos parece gratamente envejecido y seguro en su escritura.

La misma articulación de propuesta abarcadora de lectura con exposición de juicios valorativos se lee en el comentario de la novela *El albergue de las mujeres tristes*, de Marcela Serrano:

La retórica de Serrano asume una estandarización basada en un alto grado de convencionalismo y de confianza en la superación de los conflictos, lo que se convierte en la norma que dispone el universo entre el bien y el mal, lo bello y lo feo. La disposición textual aparece homogeneizada, lingüística e ideológicamente, por medio de un escaso nivel de problematización. *El Albergue...* resulta de este modo, un relato anclado en lo socialmente aceptado donde no expone ninguna oposición irreconciliable. Es más, la conciliación es predecible fácilmente, ya que todo se reduce a si Flavián aceptará o no en su cama a la esperanzada Floreana. (11 de enero de 1998).

En suma, creemos que esta articulación de análisis —de raíz académico— y valoración es lo que mejor caracteriza el discurso crítico de Patricia Espinosa en este suplemento.

A manera de síntesis parcial, quisiéramos señalar que al hablar de crítica "periodística" estamos privilegiando el ámbito desde el cual su discurso se inserta en lo público, que en este caso corresponde a la comunicación masiva y no al hecho de desconocer la formación académica en la disciplina de los estudios literarios que demuestran tener Cárcamo y Espinosa. En esa medida interesa destacar el modo en que asumen la estructura del discurso periodístico, sobre todo en relación al dispositivo valorativo, muy explícito en Marks y Espinosa. Destaca en este discurso el privilegio de lo actual, es decir, el comentario de textos publicados recientemente o también de reediciones. En ese marco, algunos de los críticos parecen tener zonas de interés, por ejemplo, Martín Cerda comenta básicamente la producción francesa (Tzvetan Todorov, Georges Bataille, Roger Caillois); Luis Ernesto Cárcamo se especializa en poesía y Camilo Marks y Patricia Espinosa privilegian la narrativa. En relación a la producción literaria chilena y extranjera no parece haber especialización dentro de los críticos, salvo —como señalamos— en el caso de Martín Cerda. En este sentido, es posible postular que los criterios de selección están mayormente determinados por el editor, de allí que los críticos "periodísticos" no parecieran tener zonas de interés específicas, sino que operan en base a las exigencias del medio, lo que hace que Marks y Espinosa, por ejemplo, comenten literatura nacional y extranjera, ensayos y revistas.

Aun cuando en sus inicios todos los críticos escriben sobre obras específicas, ocupando las páginas interiores del suplemento (con la excepción de Cárcamo, cuyo primer texto se centra en la poesía chilena de los años 80), posteriormente, gran parte de ellos escribe ocasionalmente en las páginas iniciales, sobre algún escritor o sobre un tema.

Observada en perspectiva, la participación e importancia de la crítica periodística es mayor en la segunda etapa del suplemento: Marks, Cárcamo y Espinosa, quienes forman un equipo estable hacia 1993, son, en cierto sentido, la base sobre la que se estructura e identifica al suplemento, así como lo que identifica al primer periodo de "Literatura y Libros" es la participación de una polifonía de voces, entre la que se destaca la de los académicos.

3.2. EL DISCURSO DE LOS ACADÉMICOS

La presencia del discurso académico en un medio de comunicación masivo no es un fenómeno usual en la prensa chilena. Obedece posiblemente al hecho de que en la época del régimen militar se constituyeron circuitos de investigación y análisis alternativos que posibilitaron el conocimiento mutuo de intelectuales provenientes de diversos territorios, los que compartían una posición política de rechazo al autoritarismo. La creación del suplemento literario del diario *La Época* en 1988 permitió la constitución de un espacio alternativo tanto de oposición a la dictadura como de análisis diversificado del fenómeno literario. El suplemento "Literatura y Libros" se constituye, entonces, como un espacio abierto a la participación y colaboración de una multiplicidad de voces disidentes, tanto periodísticas como académicas.

El periodo de mayor participación de los académicos en el suplemento comprende desde el año 1989 a 1991; hacia 1992, especialmente cuando Mariano Aguirre deja de ser editor, se percibe una brusca desaparición de colaboraciones ligadas al mundo universitario, produciéndose posteriormente un cierto repunte que nunca alcanzará al de años anteriores. Es en este periodo donde se publica la mayoría de las colaboraciones de Federico Schopf, Grínor Rojo, Soledad Bianchi, Manuel Alcides Jofré, Naín Nómez, Rodrigo Cánovas, Bernardo Subercaseaux, Leonidas Morales, María Eugenia Góngora, todos académicos de universidades santiaguinas.

El análisis del discurso crítico de los académicos universitarios en "Literatura y Libros" nos permite afirmar que una de sus principales características es que se trata de una producción intelectual relativamente liberada de los requerimientos editoriales del medio. Se trataría de contribuciones de un sujeto de la enunciación que puede proponer con cierta independencia, tanto su sistema de inclusiones y exclusiones, como su perspectiva de análisis. En otras palabras, sostenemos que estos académicos propusieron de motu propio sus textos al editor correspondiente, sin participar del sistema de "pauteo" que caracteriza en general la dinámica de los medios masivos. Al hablar de libertad o autonomía relativa como característica del discurso de los académicos, hacemos hincapié en lo de "relativa", por cuanto este tipo de discurso, a pesar de una determinada libertad para plantear sus preferencias, no está en lo absoluto ajeno a ciertas constricciones propias del medio masivo de comunicación; nos referimos concretamente al interés por lo nuevo, por lo actual, precisamente lo que constituye "noticia" y por ende, digno de aparecer en un medio. En esa medi-

da, cuando los académicos comentan textos específicos, éstos –aun cuando forman parte de sus intereses profesionales universitarios–, corresponden además a publicaciones recientes, de manera que cierta cantidad de colaboraciones están determinadas tanto por preferencias vinculadas a la investigación académica como por el afán de actualidad o novedad propio del universo de los medios masivos de comunicación.

Al cotejar los aportes al suplemento con las áreas de investigación de la mayoría de los académicos se percibe con claridad esta libertad relativa a la que hacíamos referencia. Por ejemplo, Federico Schopf, académico de la Universidad de Chile y un estudioso de la poesía chilena¹⁰, cuenta entre sus primeras colaboraciones con un texto que comenta el libro recientemente aparecido de Nelson Osorio, *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, (26 de marzo de 1989), dando a conocer de esta manera tanto sus intereses como un producto cultural proveniente del mundo académico. Además, publica textos en donde comenta a Vicente Huidobro (18 de junio de 1989 y 10 de enero de 1993), Pablo Neruda (27 de enero de 1991), Nicanor Parra (27 de agosto de 1989), Humberto Díaz-Casanueva (25 de marzo de 1990), Enrique Lihn (2 de julio de 1989), Clemente Riedemann (12 de mayo de 1991), Jorge Teillier (12 de mayo de 1996).

Schopf demuestra en sus comentarios un conocimiento amplio y profundo de la poesía chilena de siglo xx, lo que se evidencia en las referencias a la tradición poética chilena cada vez que comenta a un autor en particular, situándolo ya sea en congruencia u oposición al o los cánones de la literatura nacional. Al referirse a Nicanor Parra sostiene que su obra “está ya integrada a la historia literaria y constituye una parte insoslayable del horizonte de expectativas o modelos desde el que se lee poesía”. (27 de agosto de 1989) o en el inicio de su comentario a la obra de Clemente Riedemann que “La tendencia lírica sigue siendo un punto de apoyo –incluso negándola parcialmente– para un sector no sólo nostálgico de la joven poesía chilena. Fundada y legitimada estéticamente por Jorge Teillier, es una poesía del arraigo en un mundo signado por una habitación que (a)parece largamente depositada en las cosas” (12 de mayo de 1991).

Su perspectiva de análisis privilegia al sujeto poético y en la mayoría de sus textos críticos Schopf pone en evidencia el descentramiento, la desarticulación del sujeto poético de los autores que comenta, interesándole fundamentalmente las dinámicas deconstructivas.

Soledad Bianchi, también académica de la Universidad de Chile, publica en las primeras páginas del suplemento un artículo sobre Manuel Puig (12 de agosto de 1990), autor que fue objeto de estudio en su tesis doctoral; posteriormente aparecen comentarios sobre la poesía de Tomás Harris, Clemente Riedemann y Juan Pablo Riveros (21 de octubre de 1990), sobre los aportes de la Tribu No y Claudio Bertoni (22 de julio de 1990), sobre Cecilia Vicuña (2 de

¹⁰ Véase Federico Schopf 1986 *De la vanguardia a la antipoesía*. Roma, Bulzoni.

diciembre de 1990), Waldo Rojas (15 de marzo de 1992), Alfonso Alcalde (28 de junio de 1992), Pedro Lemebel (13 de octubre de 1996), Manuel Silva Acevedo (10 de diciembre de 1995) y Marta Jara (25 de mayo de 1997), autores que en su mayoría han sido analizados en seminarios universitarios y que forman parte de publicaciones de Bianchi¹¹; además, en varios de ellos existe una motivación específica que explica su publicación: en el caso de Manuel Puig, el artículo tiene su origen en la muerte del escritor argentino y, en relación a Cecilia Vicuña, Waldo Rojas, Pedro Lemebel y Silva Acevedo se trata de comentarios a obras de reciente aparición.

El texto titulado "Manuel Puig. La tentación de espiar" se establece como un recorrido por las obras en conexión con los espacios urbanos que habitara el autor, para luego indagar las claves de la narrativa de Puig, entendida su obra en una dimensión polifónica, tanto a nivel de personajes como a nivel textual. Bianchi analiza la presencia de modelos a imitar por parte de los personajes de Puig y de códigos como práctica intertextual (cine, folletín, novela policial, ciencia ficción), postulando la figura del *bricolage* –tomada de Levi-Strauss– para entender los textos del escritor argentino, brindando de esta manera una información amplia y con perspectiva de la narrativa de Manuel Puig. Hay otros dos textos de Bianchi a los que haremos referencia, en especial porque en ellos trata a dos autores chilenos que en pocas ocasiones han sido comentados por otros críticos. El artículo sobre la Tribu No y Claudio Bertoni se inicia con la historia del grupo, a inicios de los años 70, poniéndolo en relación con otras colectividades poéticas más conocidas de la época: "Ellos (los integrantes de la Tribu No) parecían no buscar imponerse en el medio de la poesía de los nuevos de esos años donde primaban los grupos surgidos en universidades como Trilce, de Valdivia; Arúspice, de Concepción y hasta Tebaida, de Arica, con sus revistas y actividades donde la Tribu No ni ninguno de sus miembros fueron invitados" (22 de julio de 1990).

Bianchi continúa con la historia del grupo hasta su disolución para después analizar dos libros de Claudio Bertoni, uno de los integrantes de la tribu, *El cansador intrabajable* y *El cansador intrabajable II*. La escritura de Bertoni es entendida como poesía de lo cotidiano en el sentido de que para el poeta-Bertoni todo es poetizable, desde lo más trivial a lo más trascendente. Bianchi indaga, además, tanto en las influencias que percibe en esta poesía: los beats, el arte pop, Nicanor Parra, como en la presencia del cuerpo y sus sentidos.

El comentario sobre Cecilia Vicuña, también integrante de la Tribu No, surge –como señalamos anteriormente– de la publicación de un libro de la poeta, *La Wik'uña* (1990). En este caso, Bianchi entrega la historia de las publicaciones y los silencios en la recepción de la obra de Vicuña, para a continuación detenerse en el análisis de los aspectos lingüísticos de este libro y en las influencias o "ecos" que percibe en la escritura de Cecilia Vicuña.

¹¹ Véase Soledad Bianchi 1990 *Poesía chilena (Miradas-Enfoques-Apuntes)* Santiago, Eds. Documentas-Cesoc y 1995 *La memoria: modelo para armar*. Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Centro de Investigaciones Barros Arana.

La escritura crítica periodística de Soledad Bianchi opera en gran medida en base a sus preocupaciones académicas; en ese sentido, sus artículos han privilegiado zonas de investigación propias: Manuel Puig, en primer lugar, posteriormente la poesía de autores que se inician en la década del 60 y finalmente la producción poética de la llamada generación del 80 (Harris, Riedemann y Riveros). Es posible que lo más significativo aparecido en "Literatura y Libros" sea la divulgación de la poesía de los grupos literarios de los años 60.

Naín Nómez, profesor de la Universidad de Santiago, quien realizara su tesis doctoral en Pablo de Rokha, en Canadá, publica su primer artículo precisamente sobre el poeta chileno el 16 de octubre de 1988¹². Más adelante aparecen artículos sobre Mario Vargas Llosa (12 de marzo de 1989), Literatura femenina canadiense (21 de mayo de 1989), Ariel Dorfman, *La última canción de Manuel Sendero* (3 de marzo de 1991), Fernando del Paso (25 de abril de 1993) y un texto titulado "Poetas de Chile", que corresponde a la presentación de su libro *Poesía chilena contemporánea* (21 de junio de 1992). Después de 1993 no volverá a haber colaboraciones de Nómez en el suplemento.

Leonidas Morales, de la Universidad de Chile, dedicado a estudiar los discursos de la cultura popular, publica dos comentarios sobre Violeta Parra durante el año 1989 (19 de febrero y 28 de mayo)¹³. Vuelve a publicar dos años después un artículo en el que comenta el libro de Bernardo Subercaseaux, *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*. Nuevamente, al igual que en el caso de Schopf cuando habla de un texto de Nelson Osorio, se está en presencia de una puesta en circulación masiva de la información y el conocimiento generado por instancias de investigación especializadas. Otros autores comentados por Morales son César Vallejo (11 de agosto de 1991), Jorge Teillier (12 de mayo de 1996), además del texto *Donoso. 70 años*, un conjunto de ensayos críticos sobre la obra del escritor chileno (22 de febrero de 1998).

Nos interesa destacar los artículos de Morales referidos a Violeta Parra. El primero, titulado "La creación artística de Violeta Parra" se centra por una parte en el análisis y caracterización del proceso creativo de la artista chilena y por otra, en el interés por instalar en el conocimiento público la perspectiva adecuada para entender tal creación: "El arte de Violeta sólo se vuelve inteligible estudiándolo a la luz de las relaciones de conflicto entre las dos culturas que lo atraviesan, lo marcan y lo tensan: la folklórica y la urbana. Es el supuesto metodológico principal. De él debe extraer su orientación todo estudio que pretenda en verdad ser productivo" (19 de febrero de 1989).

El segundo artículo de Morales surge como producto de la aparición de una nueva edición de las *Décimas* de Violeta Parra. En él, Leonidas Morales se propone caracterizar formalmente el discurso de las *Décimas*, para después situar y analizar el sujeto de la enunciación que se articula en la creación literaria

¹² Véase Naín Nómez 1988 *Pablo de Rokha: una escritura en movimiento*. Santiago, Documentas.

¹³ En la perspectiva del diálogo entre cultura popular y cultura urbana, Leonidas Morales publica *Figuras literarias, rupturas culturales*. Santiago, Pehuén, 1993, en el cual se incluye un ensayo sobre Violeta Parra.

de Violeta Parra. Para ello retoma los presupuestos antes esbozados, respecto a la tensión entre dos culturas, sosteniendo que la poesía y el arte de Violeta es un diálogo desgarrado entre dos culturas antagónicas y que en esta transformación, este diálogo está dirigido, necesariamente, a un receptor urbano propio de los tiempos modernos.

La lectura de estos textos de Leonidas Morales nos permite señalar que su aporte como crítico consiste, por un lado, en establecer —como él dice— los presupuestos metodológicos que fundan un saber y, por otro, en reorganizar el canon de la poesía chilena contemporánea al insertar en él la producción literaria de Violeta Parra como exponente de una cultura desarraigada. Es desde la academia, como territorio del saber, que se enuncia la incorporación de un discurso entendido como marginal a una producción literaria “cult”; en tal sentido, y en este caso particular, el medio de comunicación masiva sirve de “mediación” para que tal incorporación sea conocida.

Rodrigo Cánovas, académico de la Universidad Católica, en su primera colaboración escribe sobre Enrique Lihn (17 de septiembre de 1989), uno de los autores comentados en su tesis de magistratura, la que fue posteriormente publicada; más adelante aparecerán artículos sobre 4 novelas de la década del 80 (3 de febrero de 1991)¹⁴ y sobre los ensayos de Sonia Montecino, *Madres y huachos* (26 de mayo de 1991) y Nelly Richard, *Masculino/Femenino. Prácticas de la diferencia y cultura democrática* (7 de marzo de 1993); en sus últimos textos comenta sobre la *Revista de Crítica Cultural* (30 de enero de 1994) y sobre un texto ensayístico de Gilberto Triviños, académico de la Universidad de Concepción, *La polilla de la guerra en el Reino de Chile* (29 de mayo de 1994).

El artículo sobre cuatro novelas chilenas del 80 está centrado en el análisis de *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende; *La secreta guerra santa de Santiago de Chile*, de Marco Antonio de la Parra; *La nueva provincia*, de Andrés Gallardo y *Por la patria*, de Diamela Eltit. El crítico postula que esta narrativa “reflexiona sobre la generación simbólica de la autoridad en los siguientes escenarios: el país, la familia y la escritura”. Recordemos que Cánovas publica en 1997 su libro sobre narrativa chilena, por lo que este artículo ilustra cabalmente el hecho de que las colaboraciones de los académicos están ligadas a proyectos de investigación universitarios y en esa medida lo que aquí se produce es una puesta en circulación del conocimiento generado en instancias especializadas.

Bernardo Subercaseaux, académico de la Universidad de Chile, publica sólo tres artículos, vinculados a lo histórico: dos sobre Paul Johnson (17 de septiembre de 1989 y 19 de agosto de 1990) y el tercero sobre la literatura que se escribe a propósito de la revolución de 1891 (22 de septiembre de 1991)¹⁵.

¹⁴ Véase Rodrigo Cánovas 1986 *Lihn, Zurita, Ictus, Radrigán: Literatura chilena y experiencia autoritaria* y 1997 *Novela chilena. Nuevas generaciones. Al abordaje de los huérfanos*. Santiago, Eds. Universidad Católica de Chile.

¹⁵ Entre las publicaciones de Subercaseaux destacamos 1989 *Fin de siglo. La época de Balmaceda*. Santiago, Aconcagua/Ceneca y 1991 *Historia, Literatura y Sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*. Santiago, Documentas-Cesoc-Ceneca.

La razón de ser de los dos artículos sobre Paul Johnson, el primero sobre *Tiempos Modernos* y el segundo sobre *Intelectuales*, es exponer las falencias históricas de ambos textos e indagar su perspectiva ideológica, todo esto motivado por el éxito de ventas que han tenido en el país los libros del periodista e historiador británico. Subercaseaux problematiza los supuestos teóricos que estructuran la visión histórica de Johnson, criticando su visión apocalíptica y parcial del presente siglo y desenmascarando la falta de rigor histórico que se percibe en los textos de Johnson: "A diferencia de los historiadores académicos el autor británico rara vez cita sus fuentes. Su oficio es, de preferencia, el de cronista, sobre todo en *Tiempos Modernos*. Esta última está repleta de aseveraciones infundadas, hijas más del prejuicio y la ignorancia que del rigor" (17 de septiembre de 1989).

En lo que dice relación con su comentario sobre *Intelectuales*, Subercaseaux señala que la obra se centra en los intelectuales, categoría compleja que lamentablemente el autor no aclara, en una especie de caza de brujas a casi una docena de pensadores vinculados al pensamiento ilustrado, progresista o de izquierda, exponiendo de manera sensacionalista aspectos de la vida privada de cada uno de ellos, utilizando en general fuentes secundarias sin mayor rigor histórico. Subercaseaux problematiza la imagen de los intelectuales que proyecta Johnson en su libro, postulando que el posible caos y desestructuración de sus vidas privadas puede ser entendido como tributo a la calidad de sus respectivas obras. Para el crítico chileno, lo más preocupante de los textos de Johnson es la recepción que han tenido en Chile, tanto por parte de los lectores como de los medios de comunicación: "¿Cómo se explica que el capítulo de Sartre haya sido reproducido por un periódico y nadie ni siquiera haya advertido sus lagunas? ¿Cómo entender el éxito de ventas en librerías?". Las respuestas pasan por la publicidad y también por el cuestionamiento al medio intelectual en el contexto de la naciente democracia.

Esta doble determinación a la que hacíamos referencia también está presente en el discurso de Grínor Rojo, académico de la Universidad de Chile; se trata de textos críticos originados por distintas razones: el primero, sobre Rubén Darío (26 de junio de 1988), surge a propósito de los cien años de la publicación de *Azul* (1888), su comentario a *Lobos y ovejas*, de Manuel Silva Acevedo se explica por la reciente aparición de una traducción al alemán del libro de Silva Acevedo (19 de agosto de 1990), el análisis de la poesía de Tomás Harris obedece a la próxima aparición de *Cipango* (16 de agosto de 1992), el comentario a la antología poética de Harris y Calderón (4 de agosto de 1996) es también producto de la reciente aparición de *Venticinco años de poesía chilena (1970-1995)* y, finalmente, su extenso comentario a la *Antología crítica de la poesía chilena*, de Naín Nómez (3 de agosto de 1997). En todo caso, Grínor Rojo también escribe algunas colaboraciones que no están necesariamente ligadas a razones periodísticas, lo que ocurre con su texto donde analiza el discurso del bolero (29 de julio de 1990), o en artículos sobre Jorge Luis Borges (19 de enero de 1992), Gabriela Mistral, *Lagar II* (7 de junio de 1992).

Son particularmente interesantes sus artículos sobre los textos poéticos de Silva Acevedo y Harris. En ambos casos los comentarios se inician con la explicitación del valor poético de los textos analizados. En relación a Silva Acevedo y *Lobos y ovejas*, señala que se trata de "un libro esencial en el panorama de la poesía chilena de las últimas décadas" (19 de agosto de 1990). Y respecto a *Cipango* de Harris, afirma que: "El resultado es el libro poético de mayor envergadura que este país ha visto erguirse sobre la perdurable modestia de su trámite literario desde hace ya bastante tiempo, tanto así que se me ocurre que no sería exagerado ubicar la fecha de su competidor más cercano en 1950" (refiriéndose a *Canto General*, de Neruda) (16 de agosto de 1996).

Situados los textos en el contexto de la producción poética nacional, Rojo propone claves o pautas de lectura que abarcan la totalidad de los textos que comenta, procedimiento que —creemos— significa un aporte a la crítica que se escribe en los medios masivos, por cuanto una de sus funciones es el análisis que ilumina zonas o aspectos amplios de los textos comentados. Lo mismo ocurre con su artículo sobre el bolero: se proponen características propias y específicas del género a partir de letras de canciones concretas. El proceso de abstracción que se cumple en estos tres textos críticos de Rojo nos permite sostener que se trata de un aporte de la investigación académica vertida a un medio de comunicación masivo, aporte que también se percibe en otros académicos, pero no siempre en el discurso crítico de origen periodístico.

Carmen Foxley, de la Universidad de Chile, escribe cinco artículos en el suplemento; el primero sobre la crítica, "Las opciones de la crítica" (7 de agosto de 1988), el segundo sobre un libro de Soledad Bianchi *Poesía chilena. Miradas-Enfoques- Apuntes* (27 de octubre de 1991), el tercero sobre un texto de Manuel Alcides Jofré, *Teoría literaria y semiótica* (21 de abril de 1991), el cuarto sobre la novela *Constelación del monte*, de Ricardo Cuadros (22 de diciembre de 1996) y el quinto el libro de Grinor Rojo sobre Gabriela Mistral, *Dirán que está en la gloria...* (21 de diciembre de 1997). Foxley privilegia fundamentalmente la puesta en circulación de la producción intelectual universitaria, analizando ensayos sobre literatura y teoría literaria.

Una última característica común al discurso crítico ligado a la universidad es la presencia implícita de un canon —o varios— al momento de establecer un sistema de preferencias. Con esto queremos señalar la exclusión total de textos que pudieran ser considerados "inferiores" o de poca calidad artística. Todo lo contrario: se seleccionan precisamente aquellos textos literarios que poseen los méritos suficientes para ser comentados, analizados y enriquecidos críticamente¹⁶. Creemos que esta característica resulta fundamental al momen-

¹⁶ Los comentarios de Bernardo Subercaseaux sobre el historiador inglés Paul Johnson constituyen una excepción, puesto que se dedican a analizar críticamente textos que supuestamente se articulan como historia. La motivación del crítico estriba básicamente en el deseo de desmontar ese supuesto, sobre todo considerando el éxito de ventas en el país de *Tiempos Modernos e Historia del Cristianismo*.

to de establecer diferenciaciones con el discurso crítico literario propiamente periodístico, que históricamente ha optado por una estrategia explícitamente valorativa con textos de reciente aparición.

En relación al tipo de texto o género discursivo privilegiado, los académicos privilegian tanto el reportaje sobre un autor determinado como la crítica a una obra en particular; demostrando un conocimiento amplio y profundo del objeto tratado, sobre todo en lo que dice relación con la obra de determinados autores que forman parte de sus sistemas de preferencias. Como ejemplos mencionamos los artículos de Federico Schopf sobre Nicanor Parra (27 de agosto de 1989) o sobre la escritura de Clemente Riedemann (12 de mayo de 1991); el de Bernardo Subercaseaux sobre la literatura relacionada con la guerra civil de 1891 (22 de septiembre de 1991); el de Leonidas Morales sobre la creación artística de Violeta Parra ((19 de febrero de 1989); el de Ana Pizarro sobre Vicente Huidobro (1 de diciembre de 1991) y el de Grínor Rojo sobre el bolero (29 de julio de 1990). El género de la entrevista es cultivado mínimamente por los académicos. Mencionamos algunos escasos ejemplos: Soledad Bianchi entrevista a Saúl Yurkievich (17 de julio de 1988), Manuel Jofré a Félix Martínez Bonati (25 de septiembre de 1988), Federico Schopf a Jean Baudrillard (4 de abril de 1993).

Con el cambio de editor—en enero de 1993 ya ha asumido Carlos Olivarez—coincide una notoria baja en el número de colaboraciones del mundo académico, las que posteriormente repuntan sin alcanzar la importancia de años anteriores. Federico Schopf, por ejemplo, publica en 1993 un artículo sobre Huidobro y una entrevista a Baudrillard y sólo tres años después un artículo a propósito de la muerte de Jorge Teillier. Rodrigo Cánovas escribe un artículo en 1993 sobre Nelly Richard (7 de marzo), uno en 1994 sobre la *Revista de Crítica Cultural* (30 de enero) y el último sobre un libro ensayístico de Gilberto Triviños (29 de mayo de 1995). Manuel Jofré, que publicara 4 artículos en 1990 (sobre las cartas de descubrimiento y poesía prehispánica, entre otros) y uno en 1991, no vuelve a colaborar en el suplemento, al igual que Bernardo Subercaseaux y Naín Nómez. Soledad Bianchi reaparece en 1996 con un comentario sobre Pedro Lemebel (13 de octubre) y otros dos en 1997 sobre Marta Jara (25 de mayo) y Tito Valenzuela (28 de diciembre) y Leonidas Morales lo hace también en 1996 con un texto a propósito del fallecimiento de Jorge Teillier (12 de mayo), publicando sólo dos artículos más, uno sobre Jean Franco (15 de septiembre) y el último en 1998 sobre José Donoso (22 de febrero).

En relación al discurso académico de la provincia, el docente de más larga trayectoria en el suplemento es Iván Carrasco, de la Universidad Austral. Comienza a colaborar en 1991 y su último artículo es del año 1995. Carrasco es conocido por sus estudios sobre poesía chilena y por promover a los poetas sureños; de allí que su primer comentario esté centrado en Nicanor Parra y la antipoesía (3 de marzo de 1991), el segundo en *Cartas de prisionero*, de Floridor Pérez (28 de julio de 1991). Posteriormente publica comentarios sobre Carlos Alberto Trujillo (10 de noviembre de 1991), Rosabetty Muñoz (24 de mayo de

1992), poesía chilena (26 de diciembre de 1993), Nicanor Parra, *Poemas para combatir la calvicie* (9 de enero de 1994) y el último sobre Hernán Neira (13 de agosto de 1995). Los restantes académicos que colaboraron en "Literatura y Libros" pertenecen a la Universidad de Concepción y sus apariciones son absolutamente esporádicas, ligadas preferentemente a escritores locales. Así por ejemplo, Mario Rodríguez publica su primer artículo sobre el texto de Omar Lara, *Cuaderno de Soyda* (5 de enero de 1992), el segundo sobre un libro de la académica penquista Marta Contreras, *José Chesta. Textos y contextos* (23 de mayo de 1995) y el último sobre Jorge Teillier (23 de junio de 1996). Ivette Malverde publica un sólo artículo, sobre la poeta Marina Arrate y su libro *Tatuaje* (21 de marzo de 1993). Mauricio Ostria también publica un artículo, sobre Enrique Valdés, *Ventana al sur* (9 de junio de 1996); finalmente, María Nieves Alonso publica un comentario sobre *Fuego de mayo*, de Omar Lara (23 de marzo de 1997).

3.3. EL DISCURSO FEMINISTA

Hacer el trazado de la crítica feminista en "Literatura y Libros" implica reconocer, en primer lugar, que aunque no se trata de un discurso unitario, sí es posible establecer perspectivas comunes a la hora de pensar tanto la escritura producida por mujeres como la teoría para hacerse cargo de ella. Las propuestas sobre esta área del saber provienen de distintas emisoras, que en ocasiones se remiten unas a otras. Raquel Olea comenta los aportes de Julieta Kirwood, Diamela Eltit lee a Nelly Richard, Pía Barros menciona a Olea, en un sistema de vasos comunicantes que se inicia en 1988, primer año del suplemento, hasta 1995, en el que se consigna el último artículo de Eliana Ortega.

Consideraremos dentro de este tipo de discurso las colaboraciones de Raquel Olea, Eliana Ortega, Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Ivette Malverde, Kemy Oyarzún, Diamela Eltit, Pía Barros, aunque el artículo inaugural, mediante el cual el suplemento se hace cargo de esta emergente producción literaria y crítica le corresponde a Ana María Foxley, quien escribe el reportaje titulado "Literatura de mujeres: ¿una palabra sospechosa?" (15 de mayo de 1988). En él, Foxley hace un recorrido por los antecedentes latinoamericanos y chilenos de la literatura femenina. Sor Juana Inés de la Cruz, Ursula Suárez, Marta Vergara, Amanda Labarca, Gabriela Mistral y más tarde, Petit, Brunet, Bombal, Mercedes Valdivieso y Violeta Parra, entre otras, son mencionadas como parte de la tradición literaria nacional, de la cual se hacen cargo las escritoras actuales consignadas por Foxley: Diamela Eltit, Sonia Montecino, Ana María del Río, Elizabeth Subercaseaux, Isabel Allende y Ana Vásquez. Entre las poetas menciona a Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Elvira Hernández, Paz Molina, Soledad Fariña, Teresa Calderón. A continuación realiza una indagatoria sobre lo específico del discurso de la mujer entrevistando a Adriana Valdés, Diamela Eltit, Sonia Montecino, Pía Barros, Raquel Olea; una selección de escritoras y críticas que posteriormente escribirán sus propios artículos en el suplemento.

Los textos teóricos feministas más relevantes son los de Raquel Olea y Diamela Eltit; las críticas restantes privilegiarán el comentario de textos literarios específicos. La primera colaboración de Raquel Olea aparece el 19 de junio de 1988 y se titula "El cuerpo femenino: su lenguaje, su escritura", en la cual se postula que el cuerpo femenino ha comenzado a ser mirado, hablado y asumido por las mujeres que indagan su identidad a través de la escritura, intentando superar los rasgos de pasividad adscritos a lo femenino. Asumiendo una explícita postura feminista Raquel Olea sostiene que: "Revisando y cuestionando el discurso freudiano de la sexualidad centrada en lo masculino, la teoría neofeminista actual ha contribuido a deconstruir la mitología del cuerpo femenino en su función receptiva y pasiva. Desde esta perspectiva, la femineidad aparece como una interrogante enigmática e irresuelta" (19 de junio de 1988).

Olea liga cuerpo y escritura, en la medida en que se inventa un lenguaje que nombre el propio cuerpo, entendido como espacio de cruce entre lo individual y colectivo, entre historia y subversión; a continuación revisa brevemente el trabajo escritural de Eugenia Brito, Soledad Fariña, Carmen Berenguer y Diamela Eltit¹⁷. De esta manera, Olea establece una zona de investigación, enunciando en términos muy generales tanto la perspectiva feminista como la producción literaria que articula sentidos propios de lo femenino y que, por ende, le interesa estudiar.

El siguiente texto importante, pero ahora en términos más bien históricos, también es de Raquel Olea y se titula "Una lectura feminista de nuestra historia" (13 de mayo de 1990) en el cual se revisan los aportes de la socióloga feminista Julieta Kirwood en su libro *Los nudos de la sabiduría feminista*. Olea revisa los aportes teóricos en Kirwood, en especial el que dice relación con la necesidad de construir un discurso feminista desde la práctica política, lo que significa problematizar los conceptos de público y privado, como polos característicos de una dinámica patriarcal. Además, Olea explora la historia del movimiento feminista en Chile que propone Kirwood en su libro, lo que de alguna manera habla de una "filiación" feminista que a la crítica le interesa destacar en su comentario. En textos que se escriben con un año de diferencia, Raquel Olea esboza la teoría, la historia y la práctica de lo que ella denomina neofeminismo.

Diamela Eltit se suma a la reflexión teórica con su artículo titulado "Cultura, poder y frontera", publicado el 10 de junio de 1990. Vinculando lo masculino a un poder central y lo femenino a lo privado y marginal, Eltit postula que junto con acentuar cambios en lo *real* —legislación, economía— se trata de problematizar algo más abstracto, los aspectos simbólicos que rigen la constitución síquica del sujeto. Son los movimientos organizados de mujeres los que precisamente han cuestionado esta condición, alterando, problematizando el "desequilibrado orden genérico existente". Sin embargo, el problema que se

¹⁷ Véase el texto crítico de Raquel Olea 1998 *Lengua víbora. Producciones de lo femenino en la escritura de mujeres chilenas*. Santiago, Ed. Cuarto Propio, La Morada.

plantea Eltit es cómo pensar un feminismo latinoamericano, evitando una nueva colonización, "esta vez bajo el espectro progresista del feminismo". Recogiendo los aportes de Nelly Richard, la crítica propone que "Contener solidariamente las diversas periferias; étnicas —lo indígena—; sexuales —las minorías sexuales—; sociales —los grupos marginales— y, de acuerdo a una estrategia política, coyunturalmente al propio país en una categoría de subordinación —frente a los poderes metropolitanos— implica productivizar la gestión de un pensamiento más ajustado al debate de nuestra realidad en constante fractura, en permanente crisis" (10 de junio de 1990).

En este proyecto, la literatura es un territorio particularmente apto para el feminismo por su relación con lo simbólico: "Por ello, parece necesario acudir al concepto de nombrar como lo femenino aquello que desde los bordes del poder central busque producir una modificación en el tramado monolítico del quehacer literario —más allá que sus cultores sean hombres o mujeres— generando creativamente sentidos transformadores al universo simbólico establecido" (10 de junio de 1990).

Raquel Olea escribe un segundo artículo en el que reflexiona sobre la producción literaria femenina, titulado "Más sobre mujer y escritura" (10 de marzo de 1991). En consonancia con lo postulado por Eltit, Raquel Olea plantea la importancia de la instalación de la mujer en el espacio de la escritura y de la cultura, pues es precisamente en ese espacio donde se juega el cambio en el sistema de representaciones y símbolos.

Por ello, no sólo el discurso literario producido por mujeres, sino todo discurso que, en sus prácticas posibilite la emergencia de los espacios y zonas ausentes del pacto social (lo privado, lo experiencial, lo prelingual del mundo) contribuye a legitimar otro poder discursivo; a deconstruir la oposición masculino-femenino instalando la diferencia de una reflexión siempre diferida por la hegemonía de lo masculino (10 de marzo de 1991).

Paralelamente al esbozo de una teoría crítica feminista en el suplemento, las críticas también analizan textos concretos. Así por ejemplo, Eliana Ortega comenta los textos poéticos de Soledad Fariña, *Albricia* (26 de febrero de 1989) y *En amarillo oscuro* (30 de abril de 1995); Eugenia Brito escribe sobre *El cuarto mundo*, de Diamela Eltit (19 de marzo de 1989) y *Noche Valleja*, de Paz Molina (10 de julio de 1990); la propia Raquel Olea critica *A media asta* (7 de mayo de 1989) y *Sayal de pieles*, textos poéticos de Carmen Berenguer (24 de octubre de 1993); *Carta de viaje*, de Elvira Hernández (2 de septiembre de 1990); *Máscara negra*, de la poeta Marina Arrate (7 de abril de 1991), además de publicar un artículo sobre la producción literaria de Christa Wolf. (5 de enero de 1992). Diamela Eltit comenta los ensayos de Nelly Richard, *Márgenes e instituciones* y *La estratificación de los márgenes* (17 de septiembre de 1989); las memorias de la cantante Billie Holliday, *Lady Sings the Blues* (5 de noviembre de 1989); Nelly Richard comenta la novela *Lumpérica* de Diamela Eltit (10 de noviembre de 1991); Carmen Berenguer publica un artículo sobre *Los clamores y los días*, de la

poeta Carla Grandi (1 de septiembre de 1991); finalmente, mencionamos los textos críticos de las académicas Kemy Oyarzún sobre la novela de Mercedes Valdivieso, *Maldita yo entre las mujeres* (28 de abril de 1991) e Ivette Malverde, sobre *Tatuaje*, de Marina Arrate (21 de marzo de 1993).

De la revisión de la crítica efectuada a la producción literaria de las autoras antes mencionadas se pueden extraer ciertas constantes teórico-críticas. En primer lugar, se privilegia el análisis del lenguaje de las obras comentadas, entendido como zona de experimentación en la búsqueda de otras formas de decir, marginales, excluidas, mestizas. En esa medida, lo propuesto en forma teórica por Eltit y Olea, es decir, lo femenino como periférico al igual que las minorías étnicas, sexuales o sociales, es potenciado en los textos críticos particulares. Por ejemplo, en el comentario sobre *A media asta*, de Carmen Berenguer, Olea señala que "Replegándose hacia el margen, su poesía elabora, desde ese reducto, un discurso que registra aquellos fragmentos sociales de desecho que no se reconocen vinculados con el poder," (7 de mayo de 1989). Y, en su artículo sobre *Sayal de pieles*, de la misma autora, se pregunta: "¿Qué operación del sentido ejercita esta escritura que se pone y pro-pone en el borde de la incoherencia en su deseo de sacarle la lengua al sistema y la norma del lenguaje? La lengua puede ser más auditiiva, más táctil, más visual; más sensual que lógica o racional" (24 de octubre de 1993).

La crítica también se refiere a los aspectos lingüísticos y discursivos a la hora de analizar el texto de Elvira Hernández, *Carta de viaje*; se trataría de una "escritura paginada en la tierra de nadie, permite a la hablante expresar, en la asunción de una diversidad genérica —carta, relato, estructuras poéticas—, el registro de su condición mutilada y mestiza: "yo herma/ cuchepa/india sudamericana" (2 de septiembre de 1990).

En segundo lugar, las críticas feministas privilegian en sus análisis la resignificación que hacen las escritoras de ciertos mitos o motivos literarios propios de nuestra cultura. Eliana Ortega, en su comentario a *Albricia*, de Soledad Fariña, postula que "Es por eso que aun cuando Soledad Fariña utiliza la aventura mítica, el viaje heroico de la tradición literaria occidental, ella lo transforma, lo revierte, lo recrea. La actitud revisionista indica una voluntad y un deseo de redefinición de las escritoras, que al ir haciendo, van redefiniendo toda nuestra cultura" (26 de febrero de 1989).

A continuación, Ortega se detiene a estudiar las inversiones al mito que propone Fariña en su escritura: el viaje iniciático del héroe ya no es de ascensión, sino de descenso; el lugar sagrado es ahora un espacio oscuro, zona desacralizada. Menciona también la figura de la amazona, la que —según Ortega— debe entenderse desde una mirada feminista, en tanto representación de la maternidad, pero esta vez sólo de la relación madre-hija.

A su vez, Olea afirma que en la escritura de Berenguer: "Diversos niveles de habla culta y popular codificados en una sentimentalidad indigente, constituyen lo que Carmen Berenguer trabaja como *hablada*, cuyo gesto más explícito se da en la "Loca del pasaje", interrogante de un imaginario femenino que

incorpora el habla de la obsesión y del deseo, para desconstruir los mitos de la feminidad y la maternidad" (7 de mayo de 1989).

El aporte crítico feminista se inicia con el suplemento y constituye uno de los discursos que caracteriza la polifonía del primer periodo de "Literatura y Libros", pues virtualmente desaparece hacia la segunda etapa, con algunos textos de Olea y Ortega, a fines de 1993 y en 1995, respectivamente. Diamela Eltit sigue publicando regularmente, pero sus artículos ya no están tan directamente relacionados con la problemática feminista.

Creemos que la emergencia del discurso feminista en Chile, que el suplemento literario de *La Época* hace visible para un circuito comunicativo más amplio, tiene directa relación con la necesidad de explorar la producción de la literatura escrita por mujeres, la que comienza a perfilarse a mediados de los años 80. Es más, esta necesidad de un discurso que proponga lecturas críticas acordes con un objeto de estudio específico, incluso hace que varias escritoras asuman el doble rol de productoras de ficción y teóricas feministas: es el caso de Diamela Eltit y Eugenia Brito¹⁸, por ejemplo, cuyos aportes en ambas prácticas discursivas son ampliamente conocidos.

4. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

La aparición del suplemento literario del diario *La Época* es muy significativa, pues ilustra ciertas transformaciones del campo literario chileno que se experimentan en la segunda mitad de la década del 80. Se ha reactivado la producción literaria nacional: la narrativa, la poesía y la dramaturgia comienzan a articular nuevas propuestas estéticas para un receptor también reactivado, que posiblemente necesita leerse, identificarse y reconocerse en el arte que se produce en Chile. De aquí, entonces, nuestra explicación para entender el surgimiento de este suplemento literario: un espacio que receptiona y pone en circulación masiva y pública tanto la producción artística como intelectual que hasta el momento ocupaba espacios marginales o alternativos, respecto de la cultura oficial, de carácter marcadamente autoritario y excluyente.

El principal rasgo que caracteriza a "Literatura y Libros" es la polifonía, es decir, la coexistencia de múltiples voces y perspectivas para entender lo literario: los principales discursos que interactúan en el suplemento fueron los discursos "periodístico", académico, feminista, de los escritores como críticos, entre otros.

Postulamos la presencia de dos etapas en el suplemento: la primera, que comprende desde los años 1988 hasta 1992 y cuyo editor fue Mariano Aguirre, se caracteriza por una mayor cantidad de colaboraciones provenientes de distintos ámbitos, del académico universitario, del periodístico, de escritores que ejercen como críticos, de un discurso emergente como el feminista. En la segunda etapa se configura un equipo de colaboradores estables, disminuyendo la participación del discurso académico y de la crítica feminista.

¹⁸ Eugenia Brito 1990 *Campos minados (Literatura post-golpe en Chile)* Santiago, Ed. Cuarto Propio.

Los géneros periodísticos básicos del suplemento son la crítica periodística, el reportaje sobre un autor y su obra, y la entrevista, modalidad emergente en esta época (Morales 1996). Cada género es cultivado por sujetos distintos: así, la crítica de libros la realizan fundamentalmente los académicos y los críticos periodistas y la entrevista está a cargo de periodistas, entre las que destaca especialmente Faride Zerán.

El género de la crítica, es decir, el comentario de textos específicos, se articula, en general, en los dispositivos de la descripción, el análisis y la valoración. En los discursos —diríamos más débiles—, es la operación del análisis la que está ausente o es más precaria.

Respecto de las corrientes teóricas que circulan en el suplemento existe, en general, una vertiente que pone en diálogo la literatura con el contexto histórico social y en alguna medida, reflexiona sobre las condiciones de producción y recepción en la cual se inserta la obra. En ese sentido, parecieran asumirse categorías provenientes de disciplinas tales como sociología de la cultura, las que insertan el fenómeno literario en totalidades más amplias. Un ejemplo de ello es el aporte de los académicos, que hace especial énfasis en la divulgación de renovadas perspectivas para entender la literatura nacional.

El sistema de inclusiones que se articula en el suplemento privilegia, en primer lugar, la literatura nacional, en concordancia con su mayor productividad a partir de mediados de los años ochenta. Dentro de ella, existen críticos que se especializan en los diversos géneros. Así, por ejemplo, Luis Ernesto Cárcamo se dedica fundamentalmente a la poesía y Marks a la narrativa. Otro discurso emergente centrado, en este caso, en la producción literaria de las mujeres del país, es el discurso feminista, perceptible en mayor medida en la primera etapa del suplemento, y que privilegia fundamentalmente la escritura poética.

A manera de hipótesis final, sostenemos que "Literatura y Libros" institucionaliza la crítica literaria periodística en Chile. El cierre del diario *La Época*, en 1998, pone fin al primer suplemento dedicado íntegramente al fenómeno literario en el país. Es probable que el proyecto que originó este medio haya cumplido un ciclo, pero creemos que en relación a la creación de un espacio que acogió diversas y variadas perspectivas para entender y difundir la literatura, se trata de un propósito truncado.

Thomas Harris Espinosa

Los poetas a los que me referiré en el siguiente texto pertenecen a dos promociones: la del 60 y la del 80, marcadas en su acepción de señal, de demarcación, de diferenciación, como también de territorios fronterizos, de rasgos adyacentes por el acontecimiento histórico chileno del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Se trata también de un corte en la continuidad de la historia republicana del país, y cuyos efectos se han constituido en fractura, en quiebre, en grieta que comprometen todos los estratos de la vida tanto pública como privada de Chile. Este hecho, axialmente trágico, ha comprobado, a nuestro juicio, ya como una certeza, que la poesía, tanto en su génesis como en su textualidad no es un producto cultural ahistórico, sino, muy por el contrario, adviene en una práctica más entre las prácticas de una sociedad; y sus productos, los textos poéticos, un producto más entre los productos de esta sociedad, por lo tanto permeables y dúctiles a los hechos que afecten su contexto sociohistórico.

Antes de continuar debo declarar que mi lectura se ubica desde la práctica de un poeta inmerso en el proceso, es decir involucrado, afortunada o desafortunadamente, en él. Por eso no es objetiva y menos inocente —no sé si alguna lectura pueda serlo— y carece de una teoría concreta, como tampoco se introduce en una discusión taxonómica de ubicación generacional de los poetas. El poeta y académico Andrés Morales, por ejemplo, plantea una taxonomía bastante más precisa, pero como no es mi finalidad clasificar ni distribuir, sino más bien dejar constancia, grabar, recordar, tatuar un universo poético demarcado por la represión y sus consecuencias, simplifico las categorizaciones —no soy un académico— en dos grupos intersectados, la promoción de los 60 y la de los 80, que preferiría leer como un continuum, pero los hechos históricos y políticos han impuesto la fractura que asume esta lectura.

Dos consecuencias fundamentales, efectos de la *manu militari*, caracterizan a estas promociones: a la del 60, la cruenta represión que comienza con la misma vertiginosidad de los bandos de la junta —único discurso público permitido en la época, junto al de una prensa cómplice y obsecuente—, los estadios convertidos en campos de concentración y exterminio, la posterior relegación, el exilio y el autoexilio, que transformaron los años inmediatos al golpe, casi en un despoblado poético, un baldío en el territorio antes ocupado por la poesía, una mordaza a la expresión literaria más pletórica del país. Así, la generación que Waldo Rojas había definido como "emergente" en 1967, pasaría a denominarse "diezmada", o de la "diáspora", entre otros apelativos.

En ese baldío poético surgiría la Promoción siguiente, denominada NN por el poeta Jorge Montealegre, en la revista *Hoy* de junio de 1983:

NN, una generación de la diáspora y del exilio interno. Una Promoción que descubre la palabra en el desgarramiento colectivo: inspiración de las bocanadas

de humo de septiembre de 1973. Esta experiencia común a un referente bautismal para muchos poetas jóvenes de 20 a 70 años. Por ello no es extraño que algunos hubiéramos comenzado a escribir en la prisión política o que parte de nuestro desarrollo se haya dado en el exilio o eludiendo la represión con seudónimos o simplemente callando o postergando la publicación de nuestros textos; NN: lo sin nombre, lo que no existe, lo desaparecido. *E pur si muove*: no NN, al fin y al cabo, es una doble negación: Nunca nunca, Nadie nadie. De ahí soy. De allá somos.

Una Promoción que se autopercebe, a través de uno de sus integrantes, como innominada, silenciada, anónima, desaparecida, “un pedacito de iceberg inédito” en el momento de su gestación. Una generación que sufre la ausencia física de sus inmediatos interlocutores precedentes, cuyas huellas eran los escasos números de algunas revistas, como *Tebaida*, *Arúspice* y *Trilce*, entre las más significativas, y primeros libros o segundos libros, también de difícil acceso, por sus limitados tirajes de carácter casi artesanal.

De esta manera, la relación primera entre la Promoción del 80 con la del 60 es la marcada por la ausencia, el hiato, la distancia, o sólo lo que podía infiltrarse entre la alambrada de la censura: “Cuatro letras desde los cuatro puntos cardinales./ Manuel Aránguiz desde Canadá./ Hernán Castellano desde Italia./ Cecilia Coca desde Costa Rica./ Guillermo Deisler desde Bulgaria./ Ariel Dorfman desde Holanda./ Omar Lara desde Rumania./ Hernán Lavín desde México./ Hernán Miranda desde Panamá./ Silverio Muñoz desde Estados Unidos./ Waldo Rojas desde Francia./ Antonio Skármeta desde Alemania./ Leandro Urbina desde Argentina./ Cecilia Vicuña desde Inglaterra”. (Gonzalo Millán: *Sinónimos de la muerte*, 1984). A lo que podemos agregar, Floridor Pérez desde la isla Quiriquina. O pueden ser los fragmentos de *El puente oculto* que traza desde Madrid en 1981 Waldo Rojas en el que envía —y lo citamos a modo de reafirmar lo ya expuesto— poemas escritos durante las primeras semanas consecutivas al golpe de Estado de septiembre de 1973: “A este lado de la verdad”; “Ahh, Realidad Espejeante” y “No entregaremos la noche...”, cuyo título, como lo aclara el poeta corresponde a una frase de Gustavo Leigh, ex-miembro de la segunda Primera Junta justificando el toque de queda: “No entregaremos la noche a esos terroristas emboscados que amenazan la vida de nuestros soldados...”.

Soledad Bianchi en el prólogo a la antología *Entre la lluvia y el arcoiris* llama a la Promoción del 80 “una generación dispersa”, aclarando que “elegir y recopilar una poesía que se está haciendo es una tarea difícil, y lo es doblemente si se trata de la lírica chilena, porque en cualquier lugar que se sitúe el antologador sólo podrá dar una visión muy parcial del disgregado quehacer literario chileno, debido a la dispersión de los autores y a las lejanías y distancias geográficas que van de uno a otro, tanto dentro de Chile como desde el país hasta el exilio”. En el libro, *Un mapa por completar: La joven poesía chilena, Poesía Chilena*. (Mirada. Enfoques. Apuntes) (1992), Soledad Bianchi vuelve sobre esta denominación: “Posiblemente, más decidor que nominar a una generación por un año, es hacerlo con una característica definitoria y, creo, que para el grupo de

poetas que comenzó a producir recientemente no es infundado ni resulta una exageración hablar de "una generación dispersa" que, sin duda, tiene como año de referencia 1973, fecha que significa un quiebre en la historia de Chile porque marca el fin de un período y el comienzo de una etapa que, entre muchos otros factores, afecta a los nuevos porque los disgrega y porque los limita en su expresión al imponerse la censura".

Promociones de poetas golpeados en su emergencia por la historia, generaciones a las que se les ha denominado o se han autodenominado como Dispersa, de la Diáspora, NN, "del roneo", aludiendo al epigrama de Cardenal, poetas que son partes de "Mapas por completar" o "Modelo para armar" (Soledad Bianchi *La Memoria: Modelo para armar*, 1995) todas denominaciones que apelan a lo difuso, indeterminado, disgregado, fragmentario, quebrado, silenciado, recluso, extrañado, alejado, golpeado, trizado, censurado, amordazado: estos son los aspectos que marcan a ambas promociones como territorios fronterizos, de rasgos adyacentes. Pensemos que ninguna frontera está claramente delimitada, que todo territorio adyacente a otro se define justamente por la ductilidad y permeabilidad de la misma adyacencia, la demarcación de lo que limita se borra produciendo la imbricación y, por lo tanto, la entrada y salida de un territorio en otro. Efectivamente, hay poetas de la Promoción del 80 que coinciden en edad o son mayores que los de la generación anterior, pero que comienzan a publicar después del 73. En *Un mapa por completar*, Soledad Bianchi dice al respecto:

Decía que 1973 es el momento que debe ser tomado como referencia para ordenar el trabajo de los más nuevos, esto no significa que a todos los que considero integrantes de "la generación dispersa" hayan comenzado a escribir en esta fecha. No, algunos de ellos, casi siempre los menos jóvenes, ya se habían expresado. Los menos habían pertenecido a los grupos que caracterizan a la Promoción anterior a la que pertenece, como ya dije, Gonzalo Millán, a quien veo como unión con los posteriores, poeta-puente, puente de poetas que, a veces, lo aventajan o coinciden en edad, pero cuyas actitudes y cuyas obras, generalmente más tardías, no permiten considerarlos entre los predecesores.

En relación a estos territorios fronterizos y a la actitud poética de su generación, Gonzalo Millán en "Promociones Poéticas Emergentes: 'El Espíritu del Valle'" (*Posdata* 4, Concepción, 1985) hace alusión a una exposición del poeta Waldo Rojas en la sala Barros Arana de la Universidad de Chile, que calificaba a los jóvenes poetas que comenzaban a escribir en esa época como "Promoción Emergente", en el sentido de señalar una nueva actitud ante la tradición poética chilena, más de continuidad que de ruptura, de renovación a partir de ella misma, que excluyente o beligerante con sus predecesores. Es fundamental, como intento de clarificar y ordenar la dispersión y el desborde poético que se ha suscitado en la producción poética a mediados de los 80, lo que Millán propone en el texto citado, escrito en 1984:

Hoy, casi veinte años después, prácticamente a 14 años del 2000 y a 15 del 2001, esta "generación", entendida en el sentido de todos los vivientes coetáneos, aún no emerge totalmente. El estado de emergencia poética se ha ido prorrogando década tras década, expandiéndose hasta alcanzar proporciones desmesuradas. Así, a la primera Promoción emergente, fundadora, de los años 60, le ha sucedido una segunda de los años 70, que irrumpe después del 73, y hasta podríamos pensar que hoy, a mediados de la década de los ochenta, existe una tercera en pleno génesis compuesta por la confluencia de las dos precedentes aumentada por la adición de los que recién irrumpen (...) Si en estos momentos se quisiera hacer una antología representativa de estas tres promociones, calculo que el número mínimo de poetas activos que deberían ser incluidos no podría bajar de 50. Justifica la compilación de esta verdadera "Antología China" de la Nueva Poesía Chilena, como he dicho, la gran cantidad de poetas jóvenes y otros jóvenes relativamente, éditos e inéditos, en ejercicio dentro y fuera de Chile.

LA PROMOCIÓN DEL 60

*El amor y la posibilidad de transformar
el mundo, nos agarraron de frente.*

*No sabíamos que ambos estaban
también hechos de desencuentros.*

En la noche del 73, despertamos...

Náin Nómez

En 1961 Oscar Hahn (1938) publica *Esta Rosa Negra*, conjunto de poemas que gana el Premio Alerce del mismo año. En 1967, aparece *Agua removida* del mismo autor, editado por la Universidad de Chile de Antofagasta, que obtuvo, también, el premio único en el Primer Certamen Zonal de Poesía Nortina, organizado por el departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Chile. Dividido en cuatro partes, "Imágenes nucleares", "Los inocentes", "Sobre las aguas" y un "Epílogo", se inaugura una escritura que protagonizan Eros y Tánatos por partes iguales, en un contexto apocalíptico, en directa relación con textos sagrados milenarios, como el *Mamsala Purva*, o el *Apocalipsis* de San Juan del *Nuevo Testamento*; con textos canónicos medievales, las danzas de la muerte, enraizados, también, a la tradición barroca española, entre Góngora, Quevedo y Garcilaso, además del uso de giros idiomáticos del habla cotidiana o de la jerga juvenil. La obra de Hahn, sólo dos años menor que Jorge Teiller (1935), es el puente o continuidad de la Promoción del 60 con la predecesora, la del 50. Floridor Pérez (1937) publica en 1965 *Para saber y cantar*, en la Colección Orfeo, inaugurando la serie "Inéditos" junto a *Poemas de las cosas olvidadas* de Jaime Quezada (1942), editado también en 1965. El primero reúne la tradición oral rural y la escritura antipoética, confiriendo una dimensión novísima a su escritura, epigramática, a veces de textos de no más de dos versos, poetizando el advenimiento de la modernidad al campo, pero resistiendo la palabra ances-

tral ligada a la tierra. Los elementos de la cultura pop entran de esta manera en un campo —rural y semántico— que va abandonando la dimensión lárca y nostálgica, en aquellos textos de título, diríamos, casi emblemáticos: “Vengan a pegar posters en el campo”.

Jaime Quezada, más apegado a la tradición lárca, le confiere, en textos también de corte epigramático, una dimensión religiosa dentro de lo cotidiano, un simbolismo sagrado ligado a la tierra. Igualmente, Omar Lara (1942), fundador de la ya mítica *Trilce*, en Valdivia, procedente también del sur de Chile, muestra en su poesía inicial los temas de la configuración lárca del paisaje en la que están arraigadas sus primeras experiencias, y el tema erótico-amoroso. Posteriormente, en su poesía escrita en el extranjero, aparece el tema del exilio y la experiencia política del golpe militar. Por su parte, Waldo Rojas (1944) publica *Agua removida* en 1965 y *Príncipe de naipes*, en 1966, practicando una poesía que como él mismo explicita en “Breve autoexposición de una intención poética” (Revista *Trilce*, N° 18, 1968) conjuga dos experiencias: aquella de lo inefable y la del decir habitual, en modos convencionales del habla como dichos, frases hechas, giros típicos y refranes, mediante un mecanismo que funde esos objetos y circunstancias. Gonzalo Millán (1947) publica *Relación personal* en 1968, texto que obtuvo el Premio Pedro de Oña. Este poemario que recoge la relación entre el tú y el yo adolescente, con resonancias de la cultura pop de la época, pero fijando su tejido de sentidos en lo ominoso, lo degradado, lo enfermizo; poemas breves que condensan a través de imágenes de una profunda sugerencia metafórica y visual, un erotismo visceral y desgarrado. Hernán Miranda (1941) publica *Arte de vaticinar* el 9 de diciembre de 1970. Ironía, aparición del espacio urbano, crítica social e intimismo subjetivo son las principales características de este libro y de la posterior obra de Miranda, poeta que es necesario considerar más ampliamente. Estas son las primeras publicaciones de esta “promoción” que Floridor Pérez, en más de alguna oportunidad, llamaría “Grupo de grupos”.

Un hito fundamental en la generación del 60 es el nacimiento del grupo *Trilce*, en Valdivia en el año 1965. Fundado por Omar Lara, como ya habíamos señalado, Federico Schopf, Walter Hoefler, Juan Armando Epple y Carlos Cortínez. Organizan el Primer Encuentro de Poesía Chilena al que invitan a poetas de la generación del 50: Miguel Arteche, Efraín Barquero, Enrique Lihn, David Rossenmann Taub, Alberto Rubio, Jorge Teiller y Armando Uribe Arce. De este encuentro surge una publicación: *Poesía chilena (1960-1965)* en la que aparecen, además de textos de los poetas ya mencionados y estudios acerca de sus obras, una selección de textos de los poetas de la generación convocatoria, entre ellos: Carlos Cortínez, Oscar Hahn, Ronald Kay, Omar Lara, Hernán Lavín Cerda, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Ramón Riquelme, Federico Schopf, Manuel Silva Acevedo, Enrique Valdés y Luis Zaror. En la “Explicación Preliminar” del libro se consigna: “El foco central de nuestro interés fue —y es el de este libro— la generación del 50. Pero las generaciones surgen unas de otras. Se contaminan y purifican sucesivamente. De ahí esa mirada a los poetas de mañana”. Esta declaración que manifiesta una concepción del quehacer poéti-

co como continuidad transformadora y enriquecedora de la tradición, es reforzada, más tarde, en agosto de 1967, por Waldo Rojas en el texto leído en la sala Barros Arana de la Universidad de Chile, citado más arriba, donde formula que en los poetas que han comenzado su práctica escritural en los 60 existe una "apertura hacia la tradición más que hacia la renovación vanguardista". Posteriormente, en el periódico *Casa Chile*, Buenos Aires, 1987, en "Conversaciones con Omar Lara", entrevista hecha por el poeta chileno Aristóteles España, aquél reafirma esta concepción poética:

No pretendíamos fundar nada. Hacíamos un trabajo sin solemnidad, aunque seriamente, sin excesivo entusiasmo, sin ningún tipo de represión. Nos considerábamos parte de un movimiento mayor. No había afanes vanguardistas ni adanistas, sino continuar la rica tradición poética chilena. Ahora se sabe que la actividad central se desarrolló en provincias como Concepción y Arica, pero en aquella época lo ignorábamos. Nuestra poesía tenía ecos de Gonzalo Rojas, Jorge Teiller, Enrique Lihn, Armando Uribe Arce, a quienes leíamos con afecto. Somos un referente porque de allí parten los trazos fundamentales de la generación del sesenta, con las vertientes que se desarrollarán más tarde, —entre ellas la urbana y la lérica—, aunque aún es un tema por estudiar y definir.

Efectivamente, una de las características fundamentales y fundacionales de esta generación es su agrupación en torno a revistas editadas en provincias, como *Arúspice* en Concepción, fundada por Jaime Quezada e integrada, entre otros poetas, por Floridor Pérez, Jorge Narváez, Silverio Muñoz, Enrique Giordano, Raúl Barrientos, Javier Campos, Edgardo Jiménez y, esporádicamente, Gonzalo Millán. Este grupo y su revista funcionaban al alero de la Universidad de Concepción, caracterizada por sus ya legendarios encuentros de literatura, realizados bajo la activa participación de Gonzalo Rojas en su organización. Otros grupos significativos de los 60 fueron Tebaida de Arica, dirigida por Oliver Welden, promisorio poeta que publicó un poemario notable, *Perro de amor*, pero que posteriormente no continuó su labor poética.

En 1967 surge la Escuela de Santiago, integrada por Naín Nómez, Jorge Etcheverry, Julio Piñones (Carlos Zarabía) y Erick Martínez. Editan en 1968 en la revista *Orfeo* su antología *33 nombres claves de la actual poesía chilena*. En ella proponen un "manifiesto", a la manera de las vanguardias, en el cual se proclaman con directrices textuales polémicas a los poetas de Trilce y Arúspice. Su "vía poética" tenía como fuentes a Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Eduardo Anguita, Humberto Díaz-Casanueva y el surrealismo chileno de "la Mandrágora". Su poesía formalmente estaba inscrita en textos que rompían los límites demarcatorios entre poesía y prosa, utilizando el versículo, en poemas extensos, fragmentarios, donde abundaba la imagen poética y una visión urbana y experimental de la escritura.

Otro grupo significativo, tal vez el más excéntrico y rupturista, fue la Tribu No de Valparaíso, cuyos integrantes más activos, y aún vigentes, fueron Cecilia

Vicuña y Claudio Bertoni. Sus referentes eran (y son en el caso de Bertoni y Vicuña) la generación *beat* norteamericana y la incursión en el *happening*. Gonzalo Millán en el citado texto "Promociones poéticas emergentes: el "Espíritu del Valle" dice acerca de este grupo:

... la llamada "Tribu No", compuesta por Cecilia Vicuña (1948), Claudio Bertoni (1946), Marcelo Charlín y Francisco Rivera. Colabora ocasionalmente con ellos Miguel Vicuña Navarro. A través de la revista mexicana-norteamericana *El Corno Emplumado*, este grupo se contactará con la poesía Nadaísta, movimiento poético-juvenil subversivo colombiano, liderado por Gonzalo Arango, y además, con la joven poesía norteamericana y canadiense, y el naciente movimiento *hippie*. Durante los primeros años que siguen al 70, Cecilia Vicuña realizaría una serie de acciones artístico-poéticas: una de ellas, la más memorable, utilizando hojas secas recogidas del Parque Forestal, se efectuará junto con una exposición de pinturas ingenio-textuales en el Museo de Bellas Artes. Es preciso señalar también que su libro *Sabor a mí* (Beu Gest Press, Londres, octubre, 1973, constituye, junto con los libros objetos publicados por Guillermo Deisler y Gregorio Berchenko, un antecedente (que no menoscaba, es preciso señalarlo, un ápice la originalidad) de *La nueva novela*, aparecida con postergación como la mayoría de las obras del período, en 1977, habiendo sido iniciada según el autor nueve años antes, o sea en 1968.

También cabe mencionar el taller del Instituto Pedagógico de Santiago en el que participaron los poetas Ronald Kay, Sergio Muñoz, Jaime Gómez Rogers (Jonás), Federico Schopf, Oliver Welden, Erik Martínez y Gonzalo Millán. Otra fecha importante dentro de la historia de esta generación es 1971, cuando Juan Cameron de Valparaíso publica su primer libro, *Las manos enlazadas*. En 1972, Manuel Silva Acevedo obtuvo el Premio Trilce por su obra *Lobos y ovejas*, quizás el poemario más intenso, original, hermoso y perturbador de esta generación. El texto fue publicado parcialmente en la antología de Jaime Quezada, *Poesía joven de Chile*, editada en México al año siguiente por la Colección Mínima de Siglo XXI. La versión completa sólo aparece tardíamente en 1976, en una modesta publicación de Ediciones Paulinas.

En la antología *Poesía joven de Chile*, de Jaime Quezada, éste define en su prólogo algunos rasgos de su generación:

Quienes acostumbran a dividir las cosas ven en la poesía chilena de este último tiempo dos direcciones, dos líneas generacionales distintas. Una, cuya temática se proyecta hacia una realidad inmediata, urbanizada, de sencillez gramatical, pero de complejidad en el tema. Y otra, que se acerca a la tierra, a la familia, a la nostalgia elevada a categoría mítica. Los poetas Enrique Lihn y Jorge Teillier vendrían a ser, respectivamente, sus representantes más definitorios. Llama también la atención la estructura formal de los poemas, una poesía breve, casi epigramática, directa, depurada de

todo falso vocabulario. Conciencia –además– y sin caer en alardes panfletarios, de la realidad histórica que vive el hombre hispanoamericano de hoy.

Es la publicación de esta antología el último acto de la promoción del 60 antes de pasar a ser la generación Diezmada, de la Diáspora: “Cena Última” de Gonzalo Millán, (*Seudónimos de la muerte*), poema dedicado a Silverio Muñoz:

El compañero arúspice hunde la mano/ en las entrañas/ y me tiende el hígado/ verde obsidiana del ave./ Escrutamos meticulosamente sus repliegues./ Un enigma es la joya de piel cuajada/ para el pueblo,/ y largos años predice/ en el poder para el tirano./ Partiremos en unos días al exilio./ Quién sabe si nos volveremos a ver./ Cada cual irá por su propio camino./ Brindemos ahora, qué más nos queda,/ comiéndonos con arroz y azafrán/ este sabroso pollo sagrado. (Santiago, diciembre 1973).

El golpe de Estado de 1973 no silencia a esta promoción emergente. Nuestra tesis es que sin duda hay cambios fundamentales en la continuidad textual de los poetas del 60, pero, también, cada uno de ellos continúa una movilidad textual que proyecta los rasgos escriturales de sus inicios, abriéndolos y movilizándolos en sus condiciones singulares, en un entramado que ensancha los rasgos comunes e incipientes en un desarrollo de sus distintas voces creando una significación poética propia en relación a la textualidad misma y al contexto cultural o extratextual. En este punto es necesario recalcar a modo de “coda”, el paréntesis que hace Javier Campos en el Prólogo a *La joven poesía chilena en el período 1961-1963*, en relación a la práctica poética como discurso ideológico: “No puedo dejar de mencionar, como un paréntesis, que la práctica poética es un discurso ideológico con varios posibles discursos productores de sentido (...) El producto poético, como producto ideológico que es (el cual no tiene por qué ser necesariamente consciente), necesita desopacarse”.

El planteamiento de Campos es muy significativo, tanto para esta promoción, como para la posterior; la producción poética, una práctica más entre las otras prácticas del lenguaje, es por definición de una mayor opacidad que otras prácticas lingüísticas; es un lenguaje segundo, un tejido de signos cuyo sentido deviene de sus múltiples interrelaciones, tanto textuales como extratextuales e intertextuales en las cuales se configura la significación poética.

Esta significación tanto como sus modos de significación en su contexto de producción es lo que nos preocupa develar. La generación del 60, al producirse el Golpe Militar, está en pleno proceso de transformación –este proceso es visible en libros antológicos como *Vida* de Gonzalo Millán, publicado en 1984 y que contiene textos de 1968 a 1982, *Arte de morir* de Oscar Hahn (1977), *Versos para quien conmigo va* de Hernán Miranda (1986), *El puente oculto* (1966-1980) de Waldo Rojas (1981), *El fuego va borrando* de Naín Nómez, con textos de entre 1964 a 1988, *Desandar lo andado* de Manuel Silva Acevedo (1988), con textos de entre 1976 a 1986, entre otros– proceso que se ve a la vez que fractu-

rado, ensanchado por los sucesos sociohistóricos. Este aspecto lo define muy lúcidamente Javier Campos en *La joven poesía chilena en el período 1961-1973* en el prólogo antes citado:

El golpe militar apresuró esta transformación agónica y crítica, situación esta que está perfectamente expresada en las imágenes más dominantes y recurrentes de sus textos poéticos, y no cambió de raíz la joven poesía de entonces de lo blanco a lo negro. El quiebre que yo señalo debe entenderse en ese sentido y no que a partir de 1973 todo comenzó de 0. Así entiendo la ruptura.

¿Qué poeta de entonces o artista en general puede negar tan fuerte impacto en su conducta como individuo y en la irradiación nueva que se proyecta en su poema, cuento, cuadro, obra de teatro, con lo que ocurre en 1973? ¿Hubiera existido *La Ciudad* de Millán sin ese impacto? ¿Cómo se explica la transformación evidente en el discurso de Hahn respecto al cambio semántico que después del golpe asume su tema de la muerte? ¿Cómo se explica la poesía posterior de Waldo Rojas, de Omar Lara? ¿Cómo se explica parte de *Astrolabio* (1976) de Jaime Quezada, todo *Huerfanías* (1985). Los ejemplos pueden seguir y seguir.

La poesía de la Promoción de los 60, a pesar de estar inscrita en sus inicios en un contexto socio-histórico de gran entusiasmo político e ideológico, tanto nacional como internacional, desde la Revolución Cubana en 1959, el movimiento hippie norteamericano, los aportes teóricos de Marcuse, Althusser, Cohn-Bendit, las reformas universitarias de 1967, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria formado inicialmente en la Universidad de Concepción, hacia 1964, hasta la represión de Nanterre en Francia y la masacre de la plaza de Tlatelolco en México, en 1968, se caracterizó por ser un espacio de resistencia textual, de expresión de la voz marginal de un hablante colectivo-subjetivo, de un discurso desacralizador y desmitificador del contexto tanto rural como urbano, dentro de un contexto de continuidad poética, fundamentalmente con la antipoesía parriana y la interrelación con los poetas de los 50, Lihn con su poética refractaria a una realidad urbana contemporánea compleja y degradada y una dialéctica problematizadora de la relación con la palabra, Uribe Arce en su poesía signada por una desgarrada y demolidora ironía en textos de gran concisión epigramática, fundamental para muchos poetas del 60, y Teillier en una relación conflictiva con lo lárlico por la irrupción de algunas formas de civilización en la naturaleza del sur en tránsito hacia la devastación, como también los poetas de la tradición hispanoamericana, Cardenal, Germán Belli, Cisneros, y norteamericana, Ginsberg, Ferlingetti, Kerouac.

POETAS Y TÓPICOS SIGNIFICATIVOS DE LOS 60

La poesía de Oscar Hahn se inaugura con el tópico de la muerte; fundamentalmente, la de la tradición medieval y la del siglo de oro; la danza de la

muerte, la vida como los ríos que van a dar a la mar que es el morir y que todo lo iguala, la inversión del tópico cristiano de una muerte que conduce a la eternidad, el fuego que calcina desde el *Apocalipsis* de San Juan, a la conflagración nuclear en "Imágenes Nucleares". Francois Villon, Santa Teresa de Jesús, Manrique, Góngora, entre otros, son los referentes intertextuales cuya forma métrica retoma, asimila y transforma, tanto del soneto, el romance, la elegía, la copla de arte mayor, como su versificación en octosílabos, endecasílabos, el ritmo y la rima. En "Palomas de la Paz" invierte, parodiando el título, la visión de un *locus amoenus* por el infierno nuclear, en un poema que se constituye como la imagen más vívida de la destrucción: "Entonces vimos a los dentistas/ nucleares blandir sus alicates de uranio y/ disparar, y llover las palomas dentales/ sobre el prado luminoso de lava y zafiros./ El aullido vibrante del cielo hizo parir/ las vírgenes, y nuestros rostros conocieron/ la caída de la sangre celeste y el/ fruto de la guerra". También irrumpe la muerte en el ámbito de lo cotidiano, en "La muerte está sentada a los pies de mi cama", en una suerte de seducción tanática-erótica, o la muerte en el contexto del poder y la corrupción contemporánea en "Adolfo Hitler medita en problema judío": "Levanta el pie despacio. Asimismo. Tritúralos./ Que les saquen las plumas con agua hirviendo y pongan/ esos cuerpos en la fiambrería". La muerte en los reos chilenos durante los genocidios de la dictadura, como en "Un ahogado pensativo desciende": "...hay un muerto flotando en este río/ y hay otro muerto más flotando aquí:/ esta es la hora en que los pobres símbolos/ huyen despavoridos: mira el agua/ hay otro muerto más flotando aquí".

En *Mal de amor* (1981) —libro acusado de provocativo y "pornográfico" en el momento de su publicación— el tema del amor y del erotismo se constituyen en una suerte de relato fragmentario en el que en cada poema el yo transita, siempre en un constante diferimiento, desde la discontinuidad a la continuidad, en términos de Bataille, pero sin encontrar jamás la fusión en el Otro, donde la unidad se muestra como un posible difuso y onírico, fantasmático y vacío: "Estoy sentado en la puerta de mi casa/ esperando que pase el fantasma/ En esta mano tengo un recuerdo triste de ti/ En esta otra tengo un recuerdo desolado/ Y en estas dos que acaban de crecerme/ no tengo nada ni siquiera las líneas/ Así que estoy sentado en la puerta de mi casa/ esperando al fantasma que vendrá a dibujarlas". ("En la Vía pública"). "*Mal de amor* —dice Enrique Lihn en 'Presentaciones de Oscar Hahn'— es un libro embrujado, de fantasmas o de un *phantasm* que se dispersa en todos los versos y que se redistribuye entre el emisor y el receptor por partes iguales (entre el hablante de los poemas y la persona a que se dirige). Ambos son aquí uno y el mismo fantasma, brotado en o del punto irreductible de la separación. Separación consustancial como si el amor fuera eso: una separación gozoza y dolorosa".

En *Estrellas fijas en un cielo blanco*, en el poema "¿Por qué escribe usted?", Oscar Hahn explicita en una constante reiteración textual todas sus obsesiones como escritor, motivaciones de múltiples sentidos, alusiones y temas, cuya respuesta final es, por lo inagotable de las respuestas —una lista que podría conti-

nuar infinitamente— un gesto inútil y abierto a la vez: “Porque el fantasma porque ayer porque hoy:/ porque mañana porque sí porque no/(...)”.

La poesía de Waldo Rojas, desde *Agua removida* (1964) hasta *Fuente itálica* (1991), constituye una textualidad estructurada por el *bricolage*, la construcción de los textos a partir de lo residual, de lo fragmentario, por la yuxtaposición y combinación de todos estos elementos encontrados por el poeta de los distintos discursos extratextuales, cultos, populares, de los *mass media*, del habla cotidiana, etc., donde el poeta se retrotrae para dejar la voz a estos ecos proferidos desde todas partes:

Más que los objetos mismos —dice Waldo Rojas en “Breve autoexposición de una definición poética” (*Trilce*, número 7, enero-marzo de 1968)—, busco el trato con ellos. Más que descripciones emprendidas de algún modo, me preocupan ciertas formas de accionar con la realidad. Trato de encontrar para ello un lenguaje adecuado. Busco así, la precisión del decir, el golpe de lenguaje, la novedad dentro de las formas ya habituales. Suelen serme útiles con estos propósitos las referencias múltiples, es decir, el uso simultáneo de una referencia individual, personal, y la convencional, de uso generalizado.

La poesía de Waldo Rojas es una práctica de un sujeto distanciado productor de un entramado textual opaco, donde el yo transita por espacios urbanos marginales y degradados, en atmósferas enrarecidas y ominosas, como las salas de espera, los hospitales, los bares, los mercados, los surcos que trazan la huella de las luces de los automóviles en la carretera.

Otro aspecto fundamental en la poesía de Waldo Rojas es la autorreflexividad, la poesía sobre la poesía, la problematización del hecho poético por el texto mismo, relacionándose, de esta manera, con cierta poesía de Vicente Huidobro, Gonzalo Rojas y Enrique Lihn; “poesía de la contradicción —como dice el mismo Waldo Rojas en Nota Preliminar a *La musiquilla de las pobres esferas* de Enrique Lihn— esto es, poemas que son documento de un conflicto: la destrucción de la poesía misma, pero la destrucción justamente a través de ella, serpiente alquímica que devora su cola”.

“La poesía no puede ser negación de nada —escribe Jaime Quezada en *¿Quién es quién en las letras chilenas?* (Santiago de Chile 1978)—. Es libertad y verdad de su tiempo. Soy, pues, un poeta más intuitivo que teórico, más cerca de la tierra, de las montañas, de la pasión forestal que de escuelas y doctrinas. Creo que el hombre nunca vivirá en paz ni en felicidad. Sólo hay instantes que bien podrían ser un minuto gozo eterno de felicidad. Hago mía —y ojalá de todos— la frase de Albert Camus: no hay que estar con los que hacen malamente la historia, sino con los que la sufren”.

De alguna manera esta declaración representa la práctica poética de Jaime Quezada, tanto en su libro antológico *Astrolabio* (1976) como en su poemario *Huerfanías* (1985). En *Astrolabio*, en todas las secciones del libro, opta por una elección del texto breve, epigramático y coloquial, que se preguntan constante-

mente y ponen en escena huellas de lo inmemorial, de lo constante: lo religioso, la infancia, la naturaleza, el erotismo y la pobreza. Poemas que hablan el lenguaje de todos centrados en la anécdota que se resuelve, en la mayoría de los casos, con una ironía desgarradora. Los poemas de *Astrolabio* son fábulas en miniatura de lo cotidiano, de lo familiar, de la conciencia del mundo y de las cosas y, fundamentalmente, de las memorias. Imágenes condensadas donde en un poema cabe toda una metafísica de la cotidianidad amenazada o del sentido religioso que late en cada objeto. Del Eros y del Tánatos. De la opresión del hombre contemporáneo o del refugio sensorial de la aldea. Textos que se construyen con un lenguaje desmitificador y desacralizador: "La madre engaña a su hijo con un cuento/ Y el plato de sopa queda limpio/ El hijo crece/ Se hace hombre/ Se casa. Y tiene un hijo/ Y el hijo engaña a su madre con un cuento/ Y el plato se ensucia con el llanto". *Huerfanías*, por su parte, es un poemario que constituye una unidad más compleja, formada por veintiséis fragmentos, cuyos títulos dan una visión global de la textualidad de la obra.

Elegimos un texto de los fragmentos referidos para dar cuenta de algunos de los sentidos más evidentes del libro y de la actitud del sujeto que habla en ellos: "Cultiva la idea de que el mundo se apaga": "Todos los animales han fenecido en este valle/ El último aliento fue el mugido de un buey/ También las aves los insectos los árboles las plantas/ Ni una espora de hongo en este valle/ a no ser la espora de hongo del esmog/ Ni una drupa melocotón/ Ni un aquenio capaz de dar origen a una hoja de lechuga/ Cultiva la idea de que el mundo se apaga": En este texto, como en los otros del poemario, aparece la presencia constante de un sujeto que asume la función de cronista: da fe, testimonio, relación de hechos; esta relación parte de la inversión del tópico del *locus amoenus*, a partir de la alusión de la película hollywoodense de John Ford, *Cuán verde era mi valle*, en un sentimiento de nostalgia, de imposibilidad de acción frente al espectáculo apocalíptico enfrentado, a través de la reiteración ritual del enunciado "cultiva la idea de que el mundo se apaga" de Rosamel del Valle, el valle verde se trastoca en una estampa infernal, como de Hieronimus Bosch, donde los animales se "desfecundan", se devoran entre sí y las plantas y las flores adquieren características ponzoñosas. La vida se va apagando lentamente. Los elementos de fertilización pasan a ser precedidos por una negación: el no huevo, el no cigoto, la no semilla. La naturaleza se vuelve ficción, antiphisis, lámina a todo color de papel cuché de una revista geográfica ilustrada. Frente a lo cual el cronista se duele, con la inversión de los versos de Garcilaso de la Vega: "Salid de mí con duelo lágrimas corriendo".

En 1990 se publica la versión definitiva de *Cartas de prisionero* de Floridor Pérez. Se había publicado una primera versión parcial en México en 1984 y otra segunda edición, también parcial, en Cuadernos LAR en 1985. El libro se abre con la sección "Cartas sin corregir", que corresponden a la experiencia en la cárcel de la Isla Quiriquina de Talcahuano y el Regimiento de Los Angeles, al sur del Chile de los días posteriores al golpe de septiembre de 1973, donde Pérez estuvo prisionero entre el 12 de septiembre de 1973 y el 12 de febrero de

1974. Los poemas de esta sección asumen la forma de "cartas de prisionero", mensajes que se intercambian el poeta y su destinataria, su esposa Natacha, en el contexto extratextual. En poemas breves, de una intensidad dramática condensada, Floridor Pérez va dando cuenta de la situación del encierro del sujeto y los acontecimientos de los campos de concentración de la dictadura. Aparecen personajes típicos como el cabo de guardia, fechas claves como en el poema "Diciembre 24, 73", comunicados, contrabandos, cables y documentos facsimilares intervenidos como el recorte de la página 23 del diario *El Sur* de Concepción del viernes 5 de octubre de 1973, donde en los titulares se lee "Estamos muy bien ¡Los Presos de la Quiriquina!", cruzado con el texto "¡Los ovnis existen!" Un libro donde el testimonio se hace poesía a través de diversos mecanismos tanto poéticos como extraliterarios, configurando una imagen de lo que fue un cruento período de la historia de Chile, en un libro que marca una huella, un trazo indeleble en la memoria colectiva: "Y has escrito sobre esto?/ -No./ ¿Por qué?/ -No sé/ No seré ave que cante en jaula".

Memorias de un condenado a amarte, el más reciente libro de Floridor Pérez, es una suerte de antología personal, donde mezcla poemas antiguos (publicados e inéditos) y nuevos en cuatro secciones: "Memorias"; "De un condenado a amarte"; "Con lágrimas en los antojos" y "Tristes trípticos". Son textos que aluden a la memoria personal y colectiva, a través de un lenguaje coloquial, con diversas alusiones intertextuales (Catulo, Cardenal, el Oráculo, las fábulas) escritos en verso y prosa.

Las memorias de Floridor Pérez—dice María Nieves Alonso en "Prólogo de la condena a escribirlo"—sus traducciones, signos, gráficos, fotografías, anuncios, encarnaciones, retratos, imitaciones, cartas, sueños, diarios, peldaños, miradas, recuerdos, trípticos, oráculos, acuarelas, postales, ecos: son alondras que son tencas, los cervatillos gemelos de la amada, o los uno y dos que son trinidad, responden al unísono a la idea de duplicación y transformación de lo mismo que es lo otro, o del otro que es el mismo.

El espacio urbano y la modernidad son los ejes estructurantes de la poesía de Federico Schopf (1940), Javier Campos (1947) y Hernán Miranda, respectivamente. En *Escenas de Peep-Show* (1985), *La ciudad en llamas* (1986) y *Trabajos en la vía* (1987). "Este conjunto de poemas—dice Schopf en la contratapa de *Escenas de Peep-Show*—(in) comunica la experiencia de un sujeto marginal, disidente, expulsado al centro mismo del gran *peep-show* de la sociedad moderna. Conduce—¿necesariamente?—a una Meditación sobre Roma, que es una revisión crítica y nostálgica de los fragmentos que (des)componen una vida". El poeta es una suerte de observador tantálico, el voyerista que transita por restos urbanos fragmentarios, ciudades que han perdido su centro, sus señas, sus señales de legibilización: "Mirando a la muchacha por el ojo permitido/ me digo: desde luego no tengo ninguna esperanza/ en la mesa de negociaciones...". Se erige, así, un sujeto como un puente roto—lo estrictamente fuerte de represión constante—la pura mirada, que no conduce a la utopía—nuestro sueño—. Los sueños

se convierten en pesadillas. “¿Y si la ciudad en llamas se enfocara como un sueño?”, se pregunta Soledad Bianchi en “Un sonámbulo por los paisajes de sus sueños”, texto introductorio a *La ciudad en llamas* de Javier Campos. Ámbitos de pesadilla, ominosos refractarios a lo apocalíptico, como una desgarradura hacia una sombra inconsciente, interior, mítica, a conflictivos espacios que no tienen cabida en lo diurno, que son rechazados durante el día, sueños que parecen dictados al desgaire en el momento mismo de despertar: “no hay modo de escaparse de esta “ciudad dormida”/ “ciudad olvidada” cuya superficie se complementa con “el parque”, que, al mismo tiempo, aparenta ser síntesis y metáfora de la urbe” (Bianchi).

La ciudad en la poesía posmoderna ha perdido su centro, ha sido vaciada de sus puntos de referencia habituales, desplegados desde la plaza central y la catedral, lo que produce una ruptura con las coordenadas acostumbradas del espacio urbano. La ciudad se ha descentrado, se ha hecho barroca. Esta ruptura, para Severo Sarduy, es análoga a la producida en el lenguaje, que descentra su espacio con sus mutaciones retóricas; la crisis del imaginario urbano es análoga a la crisis de la inteligibilidad: “¿Será que cada época tiene su dragón, sus grifos, sus endriagos?/ Y si es así ¿Quién es quién en la fauna de una urbe?”, se pregunta Hernán Miranda en “El Dragón de Santiago”. (*Trabajos en la vía*, 1987).

En *La Ciudad* (Primera Edición, Canadá, 1979), Gonzalo Millán estructura un poema unitario, que configura todo un libro, dividido en fragmentos, donde el poema escenifica una ciudad tomada por un poder absoluto y omnisciente personificado por la figura del “Anciano”, que abarca todos sus estratos, desde lo privado a lo público, donde múltiples voces van configurando con su habla una ciudad amenazante, en estado de sitio, amordazada hasta el límite de la afasia: “La mordaza impide el habla./ Vvms mrdzds./ Vvmos mrdzdos./ Vivimos mordazados”. El poema está estructurado en base de juegos de reiteraciones y combinatorias que van enlazando todo el entramado textual. La Ciudad es un poema-relato que inscribe el espacio urbano dentro del espacio textual: “Amanece./ Se abre el poema./ Las aves abren las alas./ Cantan los gallos./ Se abren los ojos./ Los oídos se abren. La ciudad se despierta./ La ciudad se levanta./ Se abren llaves./ El agua corre./ Se abren navajas tijeras./ Corren pestillos cortinas./ Se abren puertas cartas./ Se abren diarios./ La herida se abre”. Para ello Gonzalo Millán utiliza materiales provenientes de la cultura de masas, y otras formas discursivas como rayados: “Amordazan con pintura las paredes./ La lluvia las despinta./ Reaparecen fragmentos de murales. / Siglas de partidos proscritos./ Consignas antiguas y recientes./ Y la última RESISTENCIA recién borrada”, partes; “Sr. Señor./ (a) Alias./ Afto. Afecto./ Izqda. Izquierda./ R.I.P. Resquiescat in pace”; interrogatorios policiales; “¿Cómo vestían los hombres?/ Común y corriente”/ “¿Los hombres vestían uniformes?/ No. Andaban de civil./ ¿Cómo eran los hombres?/ Los basketbolistas son altos./ Los guardaespaldas son fornidos”; *spot* publicitarios; “La beldad anuncia un champ-/ La beldad se lava con champ· \$kk\$ww”.(..) La beldad se tiñe el pelo con tinturas \$ww&kk”.

Estos campos semánticos que van desplazando sus relaciones precisas y formalizables en el interior de todo el léxico múltiple de la ciudad, cuyas delimitaciones se van permeabilizando a través de un proceso de permutabilidad, utilizando quiasmos, elipsis, metonimias, antítesis y homologías, en una diégesis fragmentaria y quebrada, para lograr así la imagen totalizante de una ciudad en el grado límite de la represión: un Santiago de Chile nunca nombrada, pero omnipresente de comienzo a fin del poema. Años después de esta edición de 1979, *La Ciudad* se reedita en Santiago de Chile, en 1994. Desde una mirada comparada las dos ediciones no son idénticas. Entre reelaboración de ambas versiones el tiempo cronológico de la vida del poeta ha entrado transformando el tiempo textual de la vida del poema.

La poeta y crítica María Luz Moraga advierte las siguientes variantes en *La Ciudad* de Gonzalo Millán, *Rayentru* número 8, marzo abril de 1985:

Dos cambios fundamentales aparecen en la edición chilena con respecto a su melliza canadiense. El anciano, personaje fundamental en la primera edición, es reemplazado por una anciana, homenaje simbólico a la mujer cuya fortaleza superó en ocasiones a la del hombre y —el caos rodeado de pesimismo—, da paso a la esperanza a través de la inserción de textos provenientes de otras obras de sus creaciones. Un tercer cambio aun más sutil es la escritura de su segundo nombre, Vicente, como símbolo de su crecimiento como persona y como poeta. En efecto, si sumamos los dígitos que componen la cifra 2.445 que son los versos seleccionados para su segunda versión, el resultado es 15, que son los años que transcurrieron entre ambas versiones, pero sin duda el detalle más sutil de este gran poema reflectafórico es el número de su último poema: 73.

En *Vida* (1984), dieciséis años más tarde de la publicación de *Relación personal*, suma poética que incluye el primer libro citado, al que agrega "Ouróboros", más los textos de "Vida": se establece una relación entre un sujeto que tiende a desaparecer cada vez más de la escena del poema, dejando a los textos configurarse en interactuar más por su trama lingüística que por la posición del Yo dentro del poema. Textos que transitan por una sociedad moderna donde el consumo, los objetos, la degradación de la relación entre el tú y el yo, la visceralidad del cuerpo, algunos elementos de la naturaleza, entran imbricados en un todo indiferenciado en un estado de cosas en tránsito a la consumación, al desecho, a una suerte de apocalipsis del detalle, de la cosa por la cosa, aparentemente autónoma, desligada de su interacción con el usuario, que a suerte de usarla, la ha desgastado hasta llevarla a este límite de gran basural, donde los relojes, los refrigeradores, los automóviles, el papel higiénico, el excusado, el hospital y hasta las frutas o los actos humanos más íntimos como el beso, pasan a ser representaciones artificiales y artificiosas, el gran decorado de una modernidad que se devasta a sí misma. El proyecto es el de construir una poesía objetiva, fenomenológica, a la manera de Francis Ponge o cercana a lo visual, como los poetas concretos brasileños: "Encontrarán siglos después,/ cuan-

do sólo queden los envases/ de una sociedad/ que se consumió a sí misma,/ sus restos/ de pequeño faraón/ dentro de un refrigerador descompuesto, enterrado/ bajo unas pirámides de basura" ("Niño") "Yo creo, —dice Millán al respecto, en "La dictadura corrigió mis poemas", entrevista aparecida en *Piel de Leopardo* número 5, Santiago de Chile, octubre 94 - marzo 95— en relación con la poesía objetiva, que la influencia más grande es la poesía oriental, el haikú japonés; veo allí una mirada neutral, no importa quién mira, importa la visión, lo mirado, no la historia personal, el personaje dramático. Me atrae eso, me esfuerzo conscientemente para alcanzar este tipo de mirada acerca de mí, de los demás, del mundo".

En 1997 aparece la antología *Trece lunas*, libro que agrupa y reordena casi toda la obra poética de Gonzalo Millán, salvo el libro *Seudónimos de la muerte*, publicado en 1984. Son cinco las secciones de la muestra, que constituye una sorprendente unidad formal y temática: "Relación personal"; "Dragón que se muerde la cola"; "Vida"; "La Ciudad" y "Virus"; la necesidad, más que la intención que manifiesta este libro de Millán, la expresa con claridad Waldo Rojas en el final del prólogo del poemario: "No sería abusivo pretender que la presente selección antológica reordena libros y textos en el afán saludable de restablecer el verdadero trasunto poético de esta poesía, restituyendo la filiación de sus articulaciones formales circunstancialmente discontinuas".

En *Desandar lo andado* (1988), libro antológico de Manuel Silva Acevedo (1942), se incluyen las secciones *Terrores diurnos* (1982), *Monte de Venus* (1979), *Lobos y ovejas* (1976), seis poemas de *Mester de bastardía* (1977), y algunos poemas de *Palos de ciego* (1986). En esta muestra se condensa una poesía que según Carmen Foxley en el capítulo "Lo Grotesco, la Bestialización y El Amor. La Poesía de Manuel Silva", del libro *Seis poetas de los sesenta* (1991), "ha desconcertado a los lectores; son textos que han sido percibidos como gritos desarticulados para salvar la pureza o esencia de la poesía, donde el cosmos se transforma en caos, donde el espectáculo poético es percibido como un circo donde interactúan suicidios y asesinatos, una poesía que mezcla mundos para hacer irrumpir lo sorprendente, lo imprevisible, todo de manera grotesca y ruda".

Sin duda, *Lobos y ovejas* (1976) es el poema más significativo de Silva Acevedo y una de las obras que ocupa un lugar privilegiado dentro de la lírica chilena contemporánea. Escrito a la manera de una fábula de animales, en una textualidad fragmentaria que constituye una sola unidad o libro, un lobo y una oveja negra, en cuyas entrañas hay un lobo que pugna por nacer y por el cual ella, la oveja, que deplora su ovina condición de mansedumbre, se desangra por él. El intento del poema es de transgredir el orden natural de las cosas, de enfrentar los extremos, de exponer los límites del erotismo y la represión, del sujeto-oveja que se automargina de la grey, pese a la fuerza de sumisión que se opone contradictoriamente a la fuerza de la carnalización, el deseo, lo dionisiaco, bajo la piel de la mansedumbre, de la representación del orden y de lo sagrado de la oveja, para teminar, finalmente, burlando lo establecido y la vigilancia, en un coito monstruoso, antinatural: "Yo, la obtusa oveja,/ huía tro-

pezando con mis hermanastras/ El lobo nos seguía acezando/ Y entonces yo, la oveja pródiga,/ me quedé a la zaga/ El lobo me dio alcance/ Se me trepó al lomo derribándome/ y me enterró sus colmillos en mi cuello/ Vieja loba, me dijo/ Vieja loba piel de oveja/ Quiero morir contigo/ Esperaré a los perros/ La sangre me manaba a borbotones/ Parecíamos un sol enterrado de cabeza/ en el suelo".

La poesía de Naín Nómez (1994) resulta excéntrica dentro del contexto de la generación del 60. Su proyecto agrupado en el libro compilatorio *El fuego va borrando* (1989), se estructura a partir de las poéticas urbanas de la escritura vanguardista, francesa y anglosajona, sobre todo, organizando su textualidad en poemas extensos, que enfatizan el fragmento y la discontinuidad, la propuesta de la caducidad de los géneros y lo poético como un problema de énfasis, en temáticas marcadas por aspectos que van desde lo subjetivo a lo colectivo, como los símbolos del exilio, el reencuentro con el tiempo y los espacios perdidos, y la mirada siempre atenta hacia la búsqueda de una posible, aunque por ahora todavía brumosa, forma de Utopía.

Cabe mencionar, finalmente, dentro de los poetas de esta generación, a cinco autores de un nivel poético indiscutible, cuyos libros, a pesar de ser editados dentro de Chile, estando ellos en el exilio, sufrieron un desalentador y cínico silencio de la crítica de la época, y, aunque la hipótesis sea un tanto elemental, parte de esto ocurrió porque fueron editados en la provincia, particularmente en Concepción, en ediciones restringidas y, tal vez, con poca distribución dentro del país. De todas formas, era el canon imperante en materia de difusión poética en la década de los 80, cuando aparecieron estas publicaciones que, a pesar de ser publicadas en Chile, permanecieron como fantasmas del exilio. Me refiero a los textos de Jaime Giordano, *Bajo las mismas banderas* (1984); Enrique Giordano y su excepcional libro *El mapa de Amsterdam* (1986), al que en algún momento la elusiva y mezquina crítica de nuestro país tendrá que volver su mirada; *De la Tierra sin Fuego* de Juan Pablo Riveros, gran recriminatoria sobre la extinción de los indígenas de la Zona Austral, que establece espléndidas asociaciones metafóricas con la dictadura militar. En este caso el silencio crítico es aun mayor, dado que el poeta vivía en la época de la aparición del libro citado en Concepción, es decir, en la abisal distancia de la provincia. Pese a ello, existen interesantes referencias a esta obra publicadas por Luis Muñoz y Soledad Bianchi, publicadas en el diario *El Sur* de Concepción. A lo que se suma, ahora, su casi secreto, pero premiadísimo *Libro del frío*, epopeya de viajes al Polo y de lecturas reescritas.

LAS VOCES DE LOS 80

Nos educaron para atrás padre
 Bien preparados, sin imaginación
 Y malos para la cama.
 No nos quedó otra que sentar cabeza
 Y ahora todas las cabezas
 Ocupan un asiento, de cerdo.
 Diego Maquieira

Hacia fines de 1975 y comienzos del 76, se van conformando grupos, apareciendo folletos mimeografiados, talleres, como los conformados por Talleres Andamio, 666, Matucana, la Unión de Escritores Jóvenes (UEJ), dirigida por Ricardo Wilson, cuyos integrantes eran Armando Rubio, Erick Polhammer, Gregory Cohen, Antonio Gil y Bárbara Délano. Los grupos literarios reunidos en torno a la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), la revista *La Bicicleta*, dirigida por Eduardo Jentsen; *El 100topiés* que dirigieran Luis Aravena y Esteban Navarro; *La Castaña*, dirigida por Jorge Montealegre y Eduardo Llanos; *Huelén* de Hernán Ortega y Jorge Calvo; *La Gota Pura* de Leonora Vicuña y Ramón Díaz Eterovic, todas en Santiago. En el sur, en Concepción, se comenzó a editar el tríptico *Envés*, dirigido por Mario Milanca, Carlos Cociña y Nicolás Miquea; posteriormente, la revista *Posdata*, cuyo comité editorial estaba conformado por Tomás Harris, Carlos Decap, Jeremy Jacobson y Roberto Henríquez; en Chiloé las actividades literarias comenzaban a configurarse en torno al grupo literario Aumen, que crearon Carlos Alberto Trujillo y Renato Cárdenas, y *Archipiélago* dirigida por el poeta Mario Contreras Vega; en Punta Arenas se editaba la revista *Momentos*, en la que participaron los poetas Luis Alberto Mansilla y Aristóteles España. Toda esta configuración literaria inicial se caracterizó por su marginalidad, por su manifiesta resistencia al régimen dictatorial, sin ningún tipo de ayuda o auspicio universitario, a diferencia de la generación del 60.

Posteriormente vinieron las primeras antologías, como *Poesía para el camino* y *Uno X Uno=nueve poetas jóvenes* (1979) en Santiago, y *Poesía joven del sur de Chile* (1977) producto de un "Encuentro de Poesía del Sur de Chile" convocado el mismo año por la Universidad Austral de Valdivia —una excepción a la regla imperante— donde publicaron por primera vez poetas como Nicolás Miquea, Clemente Riedemman, Sergio Mansilla y José María Memet. En Temuco, en 1980 aparecía la Agrupación Cultural Puliwen Antu, de la que formaron parte Guido Eytel, Hugo Alister y Bernardo Reyes. Fueron los comienzos, caracterizados por la precariedad de medios, las contradicciones y confrontaciones política e ideológicas, la represión y el autoritarismo, la desconfianza del oficialismo por todo lo cultural sinónimo de subversión.

Finalmente, comienzan las publicaciones, en su gran mayoría autoediciones, que van constituyendo un escenario textual múltiple y heterogéneo, donde se entrecruzan, coexisten y confrontan distintas maneras de ubicarse en el decir

poético. "No se había publicado tanto libro de poesía por promociones jóvenes como ha ocurrido a partir del 11 de septiembre de 1973 en Chile" dice Javier Campos en el Prólogo a *La joven poesía chilena en el periodo 1961-1973*. "Desde 1974 hasta sólo 1986, se señalan como 120 libros de poesía publicados entre los poetas de fuera y los de dentro del país. Lo anterior, sin embargo, queda minimizado por lo que señala el primer número de la revista *El Espíritu del Valle* (1985): sólo en el año 1985 se publicaron casi 140 obras de poesía (libros, antologías, separatas, manuscritos fotocopiados, casetes). Esta efervescente producción es imposible e impensable en la década previa al golpe militar (...). La gran heterogeneidad de la poesía chilena es pues evidente con posterioridad a 1973. Es común hablar, después de esa fecha, de una poesía chilena escrita en el interior y otra escrita en el exilio. A ello, después de casi siete u ocho años más o menos, hay que agregar el retorno de algunos poetas a Chile".

Esta nueva línea —o "desexilio" como denomina Grñor Rojo—, dentro de la heterogeneidad existente, resulta de una relación entre la experiencia sufrida fuera del país y el país (real) al cual se vuelve, pero que ya no es, evidentemente, el mismo que se dejó: "Si bien esta heterogeneidad resulta enriquecedora —afirma Rojo— crea también una dificultad metodológica. No es oportuno señalar quién es el príncipe de la poesía chilena actual, sino intentar definir esa heterogeneidad a través de propuestas metodológicas que ya están en camino. Otra situación que no ocurrió dentro de la década de los 60 ha sido la ascendente y significativa producción poética escrita por mujeres".

Javier Campos menciona como propuestas metodológicas "en camino" en "Veinte años de poesía chilena: algunas reflexiones acerca de la antología de Steven White", trabajo leído en LASA en Boston, octubre de 1986, los siguientes textos, que no se han engrosado significativamente hasta la fecha: Jaime Giordano, "Hablantes ficticios en la lírica chilena de hoy", trabajo leído en LASA, Boston, octubre de 1986, actualmente publicado en el libro *Dioses, Antidioses... Ensayos críticos sobre poesía hispanoamericana*, LAR, 1987 y a Soledad Bianchi, "quien en estos momentos (1987) trabaja un libro sobre poesía chilena"; este libro es *Poesía chilena (Miradas. Enfoques. Apuntes)*. A los que habría que agregar *Tendencias literarias emergentes*, de Carlos Cociña, CENECA, Santiago de Chile, febrero de 1983", el texto de Raúl Zurita *Literatura, lenguaje y sociedad (1973-1983)* Céneca, julio de 1983 y *Campos Minados* de Eugenia Brito, Editorial Cuarto Propio, Santiago, 1990, que aborda una parcialidad de la literatura post-golpe en Chile, la llamada "Escena de Avanzada" o "Neovanguardismo"; el artículo publicado al respecto por Luis Ernesto Cárcamo en la revista *Paginadura*, Primer Semestre de 1995 y el texto publicado por Iván Carrasco en la *Revista de Literatura* de la Universidad de Chile, número 33, del cual se publica posteriormente un extracto en el diario *La Época* del domingo 26 de diciembre de 1993 bajo el título de "El boom permanente". Sobre la literatura producida en el exilio se debe remitir a la antología de Soledad Bianchi *Viajes de ida y vuelta: poetas chilenos en Europa (un panorama)*, Documentas/Cordillera, agosto, 1992. En este texto Soledad Bianchi afirma en relación a la poesía producida en el exilio:

... ciertos temas y ciertas visiones varían: comienzan a aparecer los nuevos países como territorio donde se vive, sin enfatizar la comparación ni centrarse en la añoranza de la ausencia. A veces, el español se "salpica" de términos en otras lenguas o, con menos frecuencia, se escribe directamente en el nuevo idioma. En esta circunstancia, que Gonzalo Millán llama el "contra exilio", el escritor asume su condición de residente en una realidad distinta a la chilena y la asume sin necesidad de aludir a la lejanía del país de origen, ni de explicitar, una y otra vez, la diferencia de las nuevas calles o de las costumbres diversas. Es en este tiempo que el emigrante "siente" que su mundo es par y que debe acogerlo en su doble faceta de dos países. Frente a este cambio, cada uno reacciona de distintos y personales modos que no son indiferentes a la edad, el pasado individual o el lugar donde reside.

Los poetas que Soledad Bianchi incluye en *Viajes de ida y vuelta* que interesan a estas notas por el período que cubren, los nacidos entre 1936 y 1960 y que aún viven, escriben y publican en el extranjero, son: Patricio Manns (1937), con una producción poética publicada fundamentalmente en revistas, tanto en Cuba, Francia y Suiza; Orlando Jimeno Grendi (1937), con una publicación *Mandragore/Mandrágora* (1984), residente en París; Sergio Macías (1938), residente actualmente en Madrid, ha publicado, entre otros libros, *El jardinero del viento* y *Memorias del exilio*, en 1980 y 1985, respectivamente; Guillermo Deisler (1940), *Le Cerveau*, poesía visiva, editada en París en 1975; Luis Mizon (1942) del que destacamos *Poèmes du Sud et autres poèmes*, una edición bilingüe, traducida por Roger Callois y Claude Couffon en 1982; Walter Hoefler (1944); Gustavo Mujica (1947) ha publicado, entre otros textos: *Deatráspicaelindio*, París, 1975 y *Escrito por las olas* en 1985. Vivió en España y, actualmente, en Francia; Sergio Infante (1947) *Sobre-exilios/ Om exilem*. Edición bilingüe español-sueco, publicada en Estocolmo en 1979 y *Retrato de época*, también publicada en Estocolmo, ciudad donde reside el autor, en 1982; Patricia Jerez (1947) *Enroque* (1983) y *Jaque. Joinville-Le pont*, 1947; Leonora Vicuña (1952), publicaciones en revistas y antologías; Roberto Bolaño (1953), *Reinvertar el amor*, entre otros, publicado en 1976, en México; Ricardo Cuadros (1955), que publicó en Holanda *Navegar el silencio* (1984) y *De Stilte Bevaers*, edición bilingüe holandés-español, también publicado en Holanda en 1984; Cristóbal Santa Cruz (1957), que publicó en Barcelona *Réquiem para un habitante vivo de la tierra*, 1982; Bruno Montané (1957), con *El maletín de Stevenson*, Barcelona, 1985; Antonio Arévalo (1958) que publicó, entre otros, *El luchexilio o al Zar las cartas y Adiós a su séptimo de línea* (1981) y *Extraño tipo*, Roma, 1983; Mauricio Electorat (1960) *T(RES)* —en colaboración con Andrés Morales y Cristóbal Santa Cruz, Barcelona, 1986; Luis Cocina (1960), con publicaciones en revistas y antologías españolas; Gonzalo Santelices (1962-1998), publicó, antes de su trágica muerte en un accidente automovilístico, *Todo esto para que los muchachos enseñasen sus glándes de tortugas desde el puente de Brooklyn* (Jaén, España, 1983), *Sueño en la torre* (1985), *Una fiesta para la muerte* (1985) y *Nocturno en Marrakesh* (1985) Vivió y murió su exilio en Madrid. Nom-

bres a los que habría que agregar a Hernán Castellano Girón, residente en Estados Unidos y autor del notable poemario *Teoría del circo pobre*; Carlos Geywitz y Adrián Santini, que viven actualmente en Estocolmo, Suecia, y el importante libro de poesía urbana *Daduiç-Ytic* de Tito Valenzuela, quien sólo alcanzó a publicar un libro en Chile, *Manual de sabotaje*, texto un tanto mítico y de culto por las propuestas de avanzada que ponía en la escena de la poesía chilena, en Valparaíso a mediados de los 70. *Daduiç-Ytic* ha sido presentado como: "A bilingual exercise about a ghost town", por proponerlo como una *performance*, que pide no sólo ser leído sino también cumplirse en la representación; y Mario Milanca Guzmán (1947-1999) con sus libros *El asco y otras perspectivas* (1986); *La isla; el sueño; el reino* (1986) y *La pasión, el logos y otros poemas* (1993) todos publicados en Caracas, Venezuela.

Otras operas primas —nos referimos aquí a libros— de los poetas de la Promoción del 80 son *Upsilon* de Diego Maquieira (1975), *Bombardo*, del mismo Maquieira (1977), *Recurso de amparo* (1975) y *Palabras en desuso* (1977) de Jorge Torres Ulloa; *La nueva novela* de Juan Luis Martínez (1977), *Poemas crucificados* de José María Memet (1977); *Dieciocho poemas* de Alvaro Ruiz (1977); *Purgatorio* de Raúl Zurita (1979) y *Lógica en zoo* (1981) de Jorge Montealegre y Eduardo Llanos obtenía el premio "Ariel" en 1978 y el premio "Gabriela Mistral" en 1979. Así ya comienzan a perfilarse algunas directrices poéticas que se desarrollarán más tarde y a las que se le sumarán otras, durante los años 80.

Una primera línea escritural que podemos determinar dentro de la Promoción post-golpe es aquella que se relaciona con la tradición sin intentar rupturas radicales, sino recrear, a partir sobre todo de las líneas escriturales de Parra y Lihn, una textualidad donde los rasgos predominantes son un lenguaje más cercano al habla coloquial, lo urbano, restos de discursos extraliterarios, una apelación directa a la realidad extratextual, la problemática sociohistórica, la ironía, y la presencia de un yo poético nivelado a la experiencia de la cotidianidad que no niega ni retira su subjetividad del texto.

Dentro de esta línea se inscribe Eduardo Llanos (1956) con *Contradiccionario* (1983), libro que oscila entre la experiencia social, colectiva, individual y cultural, con un lenguaje que muestra una rigurosidad extrema en la preocupación formal. En una "Aclaración Preliminar" Llanos plantea: "si ser poeta significa sudar y defecar como todos los mortales,/ contradecirse y remorderse, debatirse entre el cielo y la tierra,/ escuchar no tanto a los demás poetas como a los transeúntes anónimos,/ no tanto a los lingüistas como a los analfabetos de precioso corazón;/ si ser poeta obliga a enterarse de que un Juan violó a su madre y a su propio hijo/ y que luego lloró terriblemente sobre el Evangelio de San Juan, su remoto tocayo,/ entonces, bueno, podría ser poeta/ y agregar algún suspiro a esta neblina". La condición de "humanidad" del poeta, defecante, contradictorio, más cerca al ciudadano anónimo que a la fama, es decir un hombre como el común de los hombres que escribe con un lenguaje dirigido a ese lector inasible, también común, pero inubicable, a mi juicio, entre los comunes hombres.

En este contexto, también, se inscribe Jorge Montealegre (1954) con sus libros *Título de dominio* (1986) y *Bien común* (1995). El primero es un libro que se constituye en un gran poema ciudadano ubicado en la experiencia poblacional. Tal vez, junto a *La estrella negra* (1987) de Gonzalo Muñoz (1956) y *Olla común* (1985) de Bruno Serrano (1943), sean los tres únicos libros que intentan asumir de manera totalizadora la experiencia urbana de la marginalidad social en su límite más extremo. Los tres libros citados tienen un rasgo común que se mantiene en toda la escritura de *Título de dominio*: la desobjetivización y pluralización del yo poético (recurso que no se da en los libros anteriores de Montealegre ni en su última producción, *Bien común*). *Título de dominio* se estructura en dos niveles o dos poemas que se refractan el uno al otro: uno escrito en versículos donde se escenifica la lucha límite de la sobrevivencia del poblador que comienza en cada fragmento con la reiteración "cada uno de nosotros"... y otro de escritura epigramática que reitera, también como una suerte de plegaria ritual: "Soy..." Verbigracia: "Cada uno de nosotros construyó con memoria de adobe su pasado;/ ahora/ sólo nos queda la paja después del terremoto. Soy un puente sin tierra/ traspasado/ por el grito de Edward Munch/ aterrándome". *Bien común* se inscribe en otro registro. Estructurado tradicionalmente como una agrupación de poemas independientes, se divide en cinco secciones: "Puerta de escape"; "Musas al paso"; "Asuntos civiles"; "Cargando cruces" y "Niños de fin de siglo"; el hablante se instala con conciencia finisecular, pero utilizando tanto el humor y el dolor en un mismo nivel de intensidad: el cine, los *mass media*, las huellas de la represión y el espacio de lo familiar son los niveles temáticos del libro: "Desde el guiño inicial del título, *Bien común* —dice Eduardo Llanos— reivindica la diversidad: es un libro muy común tanto como un bien de todos. Pero lo interesante es que esas dos interpretaciones del título no reflejan una simple ambigüedad, sino la clave de una coherencia más honda. Porque lo que estas páginas terminan comunicando es precisamente la naturalidad y autenticidad de una poesía brotada al calor de un hogar y un país, de una intimidad privada y una historia pública".

Es importante entre los poetas del 80, la poesía testimonial. Una poesía que testimonia —da cuenta de— un proceso destructor de las relaciones acostumbradas hasta entonces, introduciendo el horror entre los vínculos sociales; me refiero a la experiencia, compartida con Floridor Pérez en distintos recintos de reclusión; o la poeta Arinda Ojeda y su experiencia de la cárcel de Concepción y de la primera obra de Aristóteles España (1955). En su caso se trata de la experiencia vivida por el poeta en los campos de concentración de Dawson, en una escritura que va más allá de la pura poesía de denuncia y hace universal el dolor de la reclusión política, para transformarlo en una memoria histórica, en una atmósfera respirada en el espacio del campo de concentración, en las imágenes irrepetibles de su doloroso y hermoso libro-poema *Dawson*; del miedo y la muerte, de la pérdida de los niveles de realidad ante la violencia y la incertidumbre, ante la amenaza constante de la proximidad de la muerte: "Anoche, al acostarme escuché ladridos, en algún lugar del campamento. Y NO ERAN PERROS".

Andrés Morales (1962), por su parte, desde sus primeras obras, *Por insulas extrañas* (1982); *Soliloquio del fuego* (1984), hasta su trilogía comenzada en 1988 con el libro *Verbo* (1991), expande un proyecto lírico al que adscribe, como primera necesidad poética, la voluntad de trabajar en su escritura, privilegiando la rigurosidad formal, a pesar, incluso, de caer en un posible, pero aparente hermetismo en los significados. Su último libro—si es que sigue siendo el último cuando se publiquen estas notas al desgaire, pues Morales es, tal vez, el más prolífico escritor de las últimas generaciones—*Escenas del derrumbe de Occidente* (1998) es un libro que abre sus niveles de significación hacia un área más problemática, que incorpora los miedos, angustias y visiones apocalípticas de una modernidad recusada y abierta en un inquietante signo de interrogación hacia la historia y su sentido.

Un poeta que cruza ambas promociones, con un proyecto unitario que se va desplegando en todas sus publicaciones—libros casi todos de escaso grosor en cuanto páginas, pero de gran grosor en tanto proyecto literario— es José Ángel Cuevas y su mirada directa, mordaz, deconstructiva, hiperlúcida a pesar de su aparente nostalgia, en la construcción de uno de los proyectos poéticos “políticos” admirablemente logrado: la construcción textual de un proyecto de país que se va destejiendo en los textos—desde *Efectos personales y dominios públicos* (1979) y *Canciones rock para chilenos* (1987), hasta los *Treinta poemas de ex poeta José Ángel Cuevas* (1992) y *Proyecto de país* como en sus entregas posteriores— como un anti-proyecto de país, en tanto el poeta Cuevas del comienzo, que sin claudicar en su línea poética, termina siendo, lúdicamente, el ex-poeta Cuevas.

Fue, sin duda, Pablo Neruda quien introdujo, al decir de Octavio Paz, en *Conjunciones y disyunciones*, el “Signo Cuerpo” dentro de la poesía amorosa chilena. Nuestra lírica estaba, antes de la aparición en 1923 de *Los veinte poemas de amor y una canción desesperada*, mucho más atrás que el erotismo modernista de Darío: mucho espíritu, poco o nada de cuerpo. En la poesía de la generación del 80, el erotismo tiene mucho de tanático, el cuerpo demasiado de martirio, mucho San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila y casi nada del Rey David. Dos poetas que trazan una geografía erótica distinta, pletórica y dionisiaca son Jaime Hales, con sus libros *De cúpulas y amores* (1987); *Para ti, compañera* (1988) y *Dulce mía* (1993), entre otros. Pero es el poeta Tulio Mendoza Bello (1957) quien entre sus distintos poemarios: *Elegía por los hijos de la luz* y, sobre todo, *Opus pagana*, el que expone y se expone, en una poesía que no sólo “tematiza” el problema del erotismo en la poesía, sino con su lenguaje, las texturas de sus modulaciones, la tópica visceral y descarnada, pletórica y transgresora, atraviesa el interdicto batailliano y el tabú freudiano, para entrar en el “más allá erótico”. Cercano a lo mejor de Octavio Paz en su poesía erótica y a los españoles Luis Cernuda y Luis Antonio de Villena, Tulio Mendoza Bello es uno de los pocos poetas que en el período dictatorial optó por el signo cuerpo, pero no como campo de batalla o territorio minado, sino como goce y exposición dentro del ineluctable y omnipresente miedo al ‘Otro’.

La marginalidad, la ironía y la parodia llevadas al extremo con que Quevedo demolió tanto los cánones morales, estéticos y sociales de su época, más una torsión que lleva a límites desestructurantes y bufonescos al lenguaje, son los rasgos más definitorios de la poesía de Rodrigo Lira, Mauricio Redolés (1953) y Erick Pohlhammer (1955). Cada uno crea su personaje —los tres en el límite más angustiante de la marginalidad, y hablamos de una marginalidad real—. Los tres poetas, cada uno en su registro, presentan una escritura que se caracteriza por una yuxtaposición donde, muchas veces, poesía y vida se confunden. No hay norma en ellos, sino la antinorma.

El Chile de los años setenta tendría que parar la oreja —dice Enrique Lihn en el prólogo a *Proyecto de Obras Completas*—, si no fuera sordo, al enmudecimiento de Lira, fenómeno que ocurre a partir de la letra, como una desestabilización del sentido acto mismo de escribir. Si el objeto de la poesía no fuera el de consolarnos y hacernos soñar, sino el de desconsolarnos, manteniéndonos desvelados, Rodrigo Lira tendría reservado el lugar que le reservamos en el Olimpo subterráneo de la poesía chilena, antes que en el escenario de la reconciliación.

Esta afirmación de Lihn da en el punto: la poesía de Lira es una poesía del desvelo, de lo subterráneo, del desconsuelo, de la experiencia limítrofe de la sinrazón o del pensamiento del afuera como lo expresa Foucault. No está Lira lejos de Artaud. Si bien no manifiesta esa angustia absoluta en el ámbito de su cuerpo, reemplaza el cuerpo por el lenguaje y es en el ámbito del lenguaje donde su obra explota en una eclosión feroz —por no decir atroz— de su palabra con las cosas. Sobresaturado de una sensibilidad pop y una cultura literaria implacable en relación a toda la tradición poética que lo precede y con la que coexistió, hallamos en la poesía de Lira, una diríamos casi compulsión paródica —en el sentido de amor-odio; repulsa-fascinación— por los poetas chilenos tanto de las generaciones que le preceden, como con la de sus contemporáneos. Otro tópico de Lira es la ciudad —Santiago— y sus desvelos. Es una ciudad que no duerme, que no cesa de operar externa y subterráneamente para destruir ya sea a través de prácticas carnalescas delirantes o directamente a través de la incitación a la autodestrucción directa, expresada en poemas de un formato aparentemente descuidado, de un prosaísmo implacable, y prácticas constantes de parodia e irrisión de otros géneros poéticos.

Por su parte, la poesía de Mauricio Redolés en sus libros *Notas para una contribución a un estudio materialista sobre los hermosos y horripilantes destellos de la (cabrona) tensa calma* (1983) y *Tangos* (1987) entre otros, escrita en un lenguaje coloquial, que muchas veces transcribe fonéticamente el habla chilena y la entremezcla con el inglés, entre el humor y la ironía, nos hablan de lo más humano de la experiencia del poeta y de su entorno. La carga política no llega a la consigna, sino, al contrario, ponen de manifiesto esos destellos “horripilantes” y “cabrones” de la sociedad chilena. Textos que van desde el esbozo —casi una pura línea—, contribuyen a desmitificar lo que más preocupa al poeta: Chile, y

a producir un plano utópico propio dentro del plano amoroso como única salida posible. Una poesía casi imposible de encasillar por su extrema movilidad en el lenguaje y su temática, pero que busca la utopía hasta las últimas consecuencias, y el hacer crónica (memoria) de los hechos que le ha tocado en gracia –o (des)gracia (sobre)vivir, aspecto que es, diría, una constante en casi toda la generación entrecruzada que comienza a escribir después del 73.

Erick Pohlhammer, sobre todo en *Gracias por la atención dispensada*, su libro más logrado, impone lo que Jaime Quezada en la revista *Ercilla* de abril de 1986, llama “su propia norma o antinorma”. En efecto, lo que estructura la poesía de Pohlhammer es una antinorma que el poeta va configurando como su norma otra. Lúdica al extremo, la antinorma de Erick Pohlhammer incluye un dinamismo textual en forma de *bricolage*, el humor, lo lírico, el juego, el amor, el psicoanálisis, el budismo zen, la fábula, estructuran una textualidad que se destaca por su originalidad en la forma de deconstruir su contexto a través de la ironía.

En el sur de Chile, específicamente en la X región, se produce una poesía que va transformando y evolucionando sus elementos textuales que partían de una matriz común en la tradición poética nacional: la de Juvencio Valle, cierto Neruda, Jorge Teiller, Luis Vulliamy y, posteriormente, Omar Lara. Una poesía inscrita en arraigo con la zona geográfica y la naturaleza de Valdivia, Puerto Montt, Chiloé: una textualidad que ha transformado novedosamente su entorno, constituye una imagen abierta con sus habitantes, espacios, mitos, costumbres y atmósfera, a la que se le suman una preocupación antropológica donde el poeta asume tanto la voz personal como la colectiva. Poetas como Carlos Alberto Trujillo (1951), Mario Contreras Vega (1947) Sergio Mansilla (1957), Jorge Torres Ulloa (1948-2001), Esteban Navarro (1956), Juan Pablo Riveros (1945), Clemente Riedemann (1953), Lionel Lienlaf, Elicura Chihuailaf (1955), Rosabetty Muñoz (1960), desarrollan este discurso que, según Iván Carrasco surge “de las experiencias de la interacción de las culturas indígenas y regionales con la cultura global de origen europeo y los enclaves de algunas colonias posteriores; trata los temas de la marginalidad de los grupos étnicos y culturales diferenciados, denuncia y supera el etnocentrismo que condena al silencio a las diversidades, los genocidios, las explotaciones”.

Lo más característico de la configuración de los poemas es el código dual o plural, que incorpora las lenguas indígenas al circuito de la literatura moderna, sobre todo el mapundungu, y la presencia de un sujeto que se define como un cronista, un investigador o un observador involucrado de la interculturalidad. Un texto esclarecedor para ciertas características y tópicos de la poesía escrita en el “Sur de Chile” es el epílogo de Oscar Galindo Villarroel: “Escritura, historia, identidad: Poesía actual del Sur de Chile”, en la antología *Poetas actuales del Sur de Chile. Antología crítica*, de Oscar Galindo y Luis Miralles. (1993).

Algunos de los poetas más significativos de la Promoción del 80, que inauguran en la poesía chilena del período una nueva forma de decir, a la que se les denominó –o se autodenominaron– entre otras maneras, como “neovanguardismo” o “escena de avanzada”, como Juan Luis Martínez y Raúl

Zurita aparecen antologados por Martín Micharvegas en *Nueva poesía joven de Chile*, en 1972, y también en el número uno y único de la revista *Manuscritos* del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile. Editada por Ronald Kay, aparece una selección de poemas de Zurita con el título de "Un matrimonio en el campo", dividido en dos secciones "Áreas Verdes" y "Te lo digo todo", pero los primeros libros de este grupo de poetas no aparecen hasta después de 1977, donde los posibles textuales incluidos son fundamentalmente los más gratos a las vanguardias de comienzos de siglo: la ruptura radical con la tradición precedente y la experimentación lingüística y tónica.

Este núcleo fundamental de la Promoción del 80 desplaza su textualidad del ámbito habitual de la poesía, hacia la experimentación que los relaciona con cierto sector de las vanguardias de comienzos de siglo (Artaud, Duchamp, Huidobro, Vallejo, Girondo) y dentro de la literatura hispanoamericana dirigen una mirada hacia la novela, (Arguedas, Fuentes, Cortázar, Puig, Sarduy), en tanto experimentación a través del lenguaje incluyendo múltiples formas de codificación y lo que Luis Bocaz denomina fluidez semiótica, un esfuerzo por incorporar una pluralidad de códigos disímiles dentro del poema, textos en los que se insertan fragmentos de *comics*, plástica, recuperación del lenguaje y tono de la historia y otras ciencias, la ficción narrativa, el cine, los medios de comunicación de masas, la reinsertión de ciertas actitudes de las vanguardias de principios de siglo, como el surrealismo y algunos postulados del "Teatro de la crueldad" de Antonin Artaud, así como las *performances* —Duchamp como guía— que en el grupo CADA (Colectivo de Acciones de Arte), en el que se integran narradores (Diamela Eltit) y artistas plásticos —Lotty Rosenfield, Carlos Altamirano y Carlos Leppe, entre otros, tiende a involucionar hacia esa vieja y nunca lograda ni renunciada intención de romper la tensión entre literatura y vida, volcando la praxis artística —poética incluida— hacia la segunda.

El sujeto hablante se presenta de una manera fragmentaria para inscribirse en textos también fragmentarios, pero que se constituyen como totalizadoras estructural y temáticamente, como *El estrecho dudoso* y *Canto cósmico* de Ernesto Cardenal; *Reseña de los hospitales de ultramar* y *Caravansary* de Alvaro Mutis o *Blanco* y *El mono gramático* de Octavio Paz por poner algunos ejemplos de la poesía hispanoamericana contemporánea. Dentro de esta propuesta están las obras de Juan Luis Martínez (1942-1993) con *La nueva novela* (1977), Raúl Zurita (1951) con *Purgatorio* (1979), *Anteparaiso* (1982), *Canto a su amor desaparecido* (1986), *El amor de Chile* (1987) y *La vida nueva* (1994); Diego Maquieira (1953) con *La Tirana* (1983) y *Los Sea Harrier* (1993); Gonzalo Muñoz (1956) con *Este* (1982), *Exit* (1983) y *La estrella negra* (1985); Carlos Decap (1958), con *Asunto de ojo* (1991); Juan Cameron (1947), sobre todo sus últimos libros *Cámara oscura* (1985); *Video clip* (1989) y *Como un ave migratoria en jaula del Fénix* (1992); Nicolás Miquea (1950) con sus poemarios *Textos* (1986) y *Que nos queremos tanto* (1994); Pablo Jolly o Paulo de Jolly con *Louis XIV*, texto publicado por entregas en sucesivas plaquetas desde 1981 hasta su repentino silencio, a mediados de los ochenta, de uno de los proyectos que se contaban entre los más destacables y transgresores hasta ese momento; Alexis Figueroa (1956) con *Virgenes del Sol Inn Cabaret*;

Carlos Cociña (1951) con *Aguas servidas* (1981), *Tres canciones* (1992) y *Espacios líquidos en tierra* (1999); Eduardo Correa (1953) con *Bar Paradise* (1986), *Bar Paradise II* (1987) y *Márgenes de la princesa errante* (1991); José María Memet (1957), en su poemario *El duelo* (1994); Antonio Gil (1954) con sus poemarios *Los lugares habidos* (1981) y *Cancha rayada* (1985), a los que agregaríamos la novela poética *Hijo de mí* (1992); Egor Mardones (1957) con su más que esperado poemario aún inédito *AND THE REST IS SILENCE. FIN (del milenio)*, publicado en revistas y antologías como *1999 Concepción* (selección de los poetas Patricio Novoa y Jorge Ojeda, con un oscurecedor prólogo del poeta y académico de la Universidad de Concepción, Juan Zapata). Y el mismo Juan Zapata (1955), cuyos textos poéticos han sido publicados en revistas de poesía, como *Posdata*, la antología *1999 Concepción y Las plumas del colibrí. Quince años de poesía en Concepción (1973-1988) Estudio y antología* (1989) de María Nieves Alonso, Juan Carlos Mestre y Gilberto Triviños. En lo que concierne al desarrollo poético del periodo de la dictadura militar en la provincia de Concepción, esta antología, creemos, resulta fundamental, tanto por su estudio preliminar de Gilberto Triviños como por los nombres de los poetas incluidos.

Esta escritura experimental se constituye como una interrogante a la historia y la identidad chilena, dentro del contexto hispanoamericano y a la función del lenguaje en interacción con la producción textual, en un intento de reorganizarlo para constituirlo como un espacio de resistencia y trasgresión al sistema dominante. Una nueva aventura, una nueva mirada sobre el orden acostumbrado del lenguaje y el mundo poetizado.

La nueva novela de Juan Luis Martínez (1942), está dedicada a Robert Callois, y dividida en siete partes: "Respuestas a problemas de Jean Tardieu"; "Cinco problemas para Jean Tardieu"; "Tareas de aritmética"; "El espacio y el tiempo"; "La zoología"; "La literatura"; "El desorden de los sentidos", más "Notas y referencias y Epígrafe para un libro Condenado", comienza poniendo en duda el nombre del sujeto, a través de la tachadura, y el sentido mismo de la obra: "A. Pregunta: / ¿Qué es la realidad? ¿Cuál es la realidad? / Respuesta: / Lo real es sólo la base, pero es la base. / Respuesta: Lo real es aquello que te chocará como realmente absurdo". La duda en relación al libro y al hablante, ambos puestos entre paréntesis, es una suerte de *leit motiv* textual e intertextual de *La nueva novela*, donde el poeta se desubjetiviza, avanza hacia la anonimidad, pero a través de múltiples, podríamos decir *metempsychosis* culturales, como cree Leopold Bloom que comprende (si la comprende) esta idea, Molly, en el *Ulises* de Joyce: el poeta visto como un Superman (de la tira cómica) que *pasa a ser* un Carlos Marx (de la historia utópica moderna) a un Rimbaud (de la poesía simbolista francesa y uno de los pioneros del silencio en la poesía contemporánea) a una Alicia (del *non sense* del País de la Maravillas) o una Alicia Lidell en la lente perversa del reverendo Charles Dogson.

El decurso del discurso de *La nueva novela* apela constantemente a preguntas sin resolución, a tareas textuales imposibles y a la disolución constante del sujeto, "un sujeto cero", según Pedro Lastra y Enrique Lihn en *Señales de ruta de Juan Luis Martínez* (1987): que se hace presente en su desaparición, y que

declara e inventa sus fuentes, borgeanamente". Según el texto citado de Lastra y Lihn:

El sistema de citas y referencias de Juan Luis Martínez no es lingüístico sino mitológico en el sentido amplio; abundan entre ellas las que provienen de la fotografía, de la gráfica propia y ajena, de la iconografía popular de los personajes célebres, etcétera. Todo libro es temporal –continúan– en la medida en que lo datan sus referentes culturales, y es durable mientras lo actualicen sus lecturas sucesivas. Nos parece que *La nueva novela* es el proyecto utópico de escapar a la temporalidad, manipulando esos referentes de las maneras más contradictorias.

La nueva novela –además de plantearse como un “género” otro al de la poesía en la que supuestamente se adscribiría canónicamente–, en la propuesta de ser una “nueva” en la literatura, es, como texto y según su título, una “nueva novela” más que una nueva poesía. Se inserta (o *immiscuye*) dentro de la tradición élfica? chilena, como lo plantea Grñnor Rojo, no como continuidad ni como ruptura, sino de espaldas a los materiales textuales que han constituido hasta la fecha esta tradición.

El libro *Purgatorio* (1979) de Raúl Zurita (1951) inicia un extenso proyecto que finaliza con la publicación del libro compilatorio *La vida nueva* (1995). Ambos libros remiten a Dante, en una textualidad que está permanentemente afirmando, amplificando y apelando intertextualmente a los dos libros de Dante Alighieri: *La comedia* y la *Vida nueva*. Desde el título de su primera obra y la última, como versos completos que se superponen a la reproducción de un electroencefalograma del poeta en el final de *Purgatorio* (“del amor que mueve el sol y las otras estrellas”) mantienen este diálogo permanente y obsesivo que sostiene la primera y la última obra del proyecto escritural de Zurita. De esta manera reactualiza y recontextualiza *La comedia* de Dante en el Chile de fines del siglo xx, ya sea en el desierto de Atacama, en la cordillera de los Andes y en los ríos y mares del país. Es en el Desierto donde al inaugurar un espacio imaginario y soñado (“Nos sueñen las áridas llanuras/ Nadie ha podido ver nunca/ esas pampas quiméricas”) que situará su *Purgatorio*, que transita, siguiendo el curso de la utopía al Paraíso donde “todo Chile no será sino/ una sola facha con los brazos abiertos”. La relación con *La comedia* y *La vida nueva* se va ensanchando hacia otros textos de la tradición universal, que se contienen y absorben en la obra final de Zurita, desde el *Génesis*, el *Valmiki*, el *Popol Vuh*, la *Teodisea*, el *Vyasa*, la *Ilíada*, la *Odisea*, las *Odas* de Horacio, las *Geórgicas* de Virgilio hasta el *Cantar de los cantares*.

Finalmente, el trabajo de Zurita –después de un vasto recorrido textual y vital que había partido con la quemadura de su mejilla por el propio poeta– con la afirmación de encuentro total: “Así, resplandecidos, como mares/ vimos los ríos cruzar el centro del/ cielo y luego doblarse. Abajo se comenzaban a perfilar de nuevo las/ montañas, las cumbres erguidas/ contra un fondo de olas y tierra/ Amado padre, entrará de nuevo en tí”, con la publicación del poemario

Poemas militantes, se da a la excéntrica labor de escribir un texto de aspiraciones épicas —más en el modelo de Virgilio que en el de Homero— para cantar a una sociedad socialdemócrata en tanto proyecto político y neoliberal en tanto modelo económico. El problema es que un poema épico lo hacen los pueblos y sus luchas más que la voluntad —por más “honesta” que esta sea— de un poeta. Homero es coro, ecos, polifonía; Virgilio, por el contrario, es un poeta cortesano al que le es encargada una obra que enaltezca al Imperio Romano por Augusto. Más allá de los resultados literarios, creemos que los textos emulados superan en *agon* y *epos* al texto emulador. La épica no es cosa de voluntad poética sino de tiempo histórico mitificado por la misma historia de los pueblos.

Diego Maquieira (1951) en sus dos últimos libros, *La Tirana* (1983) y *Los Sea Harrier* (1994) desarrolla una de las escrituras más transgresoras, carnavalescas y disfóricas de la poesía de los 80. En *La Tirana*, fiesta popular del Norte de Chile, se anulan los contrarios, en una fiesta donde la virgen y el demonio se dan la mano. El erotismo, la muerte, la violencia y la fiesta, en un espacio de múltiples represiones marcadas bajo el signo de la contrarreforma y la inquisición española, es el escenario donde se representa el libro de Maquieira. En su escritura no hay un sujeto único. Son múltiples los hablantes que se desplazan por sus textos.

El poeta se transforma en un “ordenador de sentidos” como afirmara Enrique Lihn. La escritura de Maquieira absorbe innumerables referentes de la cultura tanto literaria como extraliteraria: “Me caía de la cama rosada de su madre/ la cama pegada a la pared del baño/ Me caí con velos negros en ambos pechos/ cada uno entrando en su capilla ardiente/ Yo soy la hija de pene, un madre/ pintada por Diego Rodríguez de Silva y Velásquez/ Mi cuerpo es una sábana sobre otra sábana/ el largo de mis uñas el largo de mis dedos/ y mi cara de Dios en la cara de Dios/ en su hoyo maquillado la cruz de luz:/ la que se la suben de ahí, la D.N.A./ La marginada de la taquilla/ la que se están pisando desde 1492/ Pero mi cara ya no está más a color/ está en mi doble más allá enterrado/ con todos mis dedos y mis dientes en la boca/ Yo soy Howard Hughes el estilista/ me volé la virgen de mis piernas/ había pensado tanto en mí misma”.

Referentes destacados son, en su escritura, el cine, Kubrick y Sam Peckinpah y su filme emblemático, de alucinante violencia en un México de pesadilla, *Traigan la cabeza de Alfredo García*, vista hasta la saciedad por el villano Olivares y los fragmentos de diálogo de *Pat Garret* y *Billy The Kid* en “Baroque Behavior”, el poema que abre el “Lado 1” de *Los Sea Harrier*: “Después de haber dejado atrás el porvenir” (“no deberíamos estar haciéndonos esto los unos a los otros”) y Stanley Kubrick en *2001 Odisea del espacio*; la pintura, Velásquez y Rugendas, *Georgy Boy*, otra referencia a un filme que llega a los límites de la violencia, *La Naranja Mecánica*, y Brando, Cavafis y el Demonio. La escritura de Maquieira se instala en un espacio de confrontación finisecular entre las fuerzas representadas por los Harrier y sus contrarios, los milenaristas, en una teatralización poética que corresponde fielmente al título del poema que inicia el libro *Los Sea Harrier*: un “Comportamiento Barroco”.

Mención aparte merece el trabajo poético de la mujer dentro del período del post-golpe. Aborrecemos de las taxonomías reductoras; pero, lamentablemente, aun a fines del milenio, en la colonia de Chile de Sudamérica, son engañosamente esclarecedoras de algunos hechos de lengua o hechos poéticos (incluida la poesía mapuche o la llamada poesía de "provincia" o de la República Independiente del Sur de Chile). Juan Villegas ha dedicado varios estudios a la poesía "femenina" o de "género" chilena. Naín Nómez dedicó un seminario sobre el tema durante 1998, en la Universidad de Santiago de Chile. Incluso, algunas críticas como Jean Franco, Nelly Richard y la poeta y académica Eugenia Brito que ha publicado una antología de la poesía femenina chilena, teorizan sobre los rasgos de su "cuarto propio", como diría Virginia Wolf. En términos generales, este discurso se sitúa dentro de la perspectiva de lo femenino como género; indaga en sus diferencias, en el ámbito de la sexualidad, la maternidad, el espacio doméstico, y el erotismo, entre otros aspectos. Como atinadamente observa el crítico y profesor Juan Villegas, las mujeres que han escrito —y que escriben— poesía en Chile, se han encontrado con un mundo cerrado, desde lo ideológico a lo literario. Este crítico considera que la mayor parte del discurso poético femenino surgido después del 80 tiende a ser subversivo, por ser la emergencia uno de los aspectos más evidentes de una lectura general de esta poesía y la configuración de la conciencia del quehacer poético de la mujer como participante activa de la historia.

Entre las poetas que podemos señalar, nacidas entre 1940 y 1960, se encuentran Alejandra Basualto, Eugenia Brito, Bárbara Délano, Paz Molina, Soledad Fariña, Rosanna Byrne, Marjorie Agosín, Elvira Hernández, Lila Calderón, Teresa Calderón, Rosabetty Muñoz, María Luz Moraga, Heddy Navarro, Carmen Gloria Berríos, Astrid Fugellie, Alicia Salinas, Carmen Berenguer, Leonora Vicuña, Cecilia Vicuña, Marina Arrate, Natascha Valdés y Verónica Zondek. Es importante revisar aquí algunas de las líneas temáticas, formales y estilísticas en que las mujeres inscriben su proyecto de escritura.

Alejandra Basualto (1944), narradora y poeta, ha publicado *Los ecos del Sol* (1970), *El agua que me cerca* en 1983 y *Las malamadas* en 1993. Todos sus libros poseen una característica común y es el rigor en el manejo del lenguaje. Tanto en poesía como en narrativa, Alejandra Basualto pone énfasis en la imagen poética, la que utiliza para contar pequeñas historias insertas en el mundo de la cotidianidad, la interioridad del hablante, el erotismo y la temática amorosa. Lo simbólico también adopta gran importancia en la poesía de Alejandra Basualto.

Carmen Gloria Berríos (1954) intenta producir una identificación entre el mundo que expresa y el del lector. Se dirige desde y hacia un mundo eminentemente femenino; desarrolla su trabajo atacando esas zonas que marcan las diferencias entre unas y otros. Su palabra apunta a indagar en esas fisuras de las relaciones humanas que le permiten dar cuenta de las ambivalencias que se producen en el erotismo y las emociones.

El proyecto escritural de Bárbara Délano (1961-1996), se abre con *El rumor de la niebla*, (1984) —publicado en Canadá en edición bilingüe francés-castella-

no— al espacio de la denuncia de un mundo en decadencia, desesperanzado y sin sentido. Lo más interesante de la escritura de Délano es su relación textual con T.S. Eliot —El de *La tierra baldía* más que el de *Los cuatro cuartetos*—, incorporando de manera original los postulados de la poesía imaginista anglosajona, como la utilización del lenguaje como material de trabajo estético más que de vehículo discursivo, y la utilización de la yuxtaposición de fragmentos aparentemente deshilvanados en el poema, entre los cuales también se hallan citas del mismo Eliot. Por el momento, y debido a su prematura muerte en un accidente de aviación de Aeroperú en las costas de Lima, este proyecto pareciera haber quedado clausurado. Pero, existen textos inéditos, que ya están siendo publicados y otros que serán publicados esperamos que pronto. Bárbara Délano era una poeta madura desde el comienzo. *El Rumor de la niebla* es uno de esos poemarios que trascienden los tanteos de un primer libro. Utiliza un lenguaje metafórico de gran riqueza para ahondar en situaciones de violencia, las cuales aborda casi al mismo tiempo en que van sucediendo, sobre la carne caliente del asunto por usar una frase de la Mistral. Paralelamente, Bárbara Délano recupera el espacio familiar —en una serie de textos titulados fotografías— para desplazarlo al espacio exterior donde es posible la asociación de lo personal con lo público, lo particular con lo general. Desde este nuevo espacio igual y distinto, el mismo y el otro, empiezan a gestarse los hechos, se dibujan las situaciones y se lanzan las señales al lector. Se trata de una poesía intensa, dolorosa, inteligente y profundamente comprometida con lo social.

Dentro de la línea experimental, destacan Verónica Zondek (1953) y Soledad Fariña (1943). Soledad Fariña ha publicado *El primer libro* (1985), *Albricia* (1988) y *En amarillo oscuro* (1994). Esta autora desconstruye las formas habituales de la expresión con el fin de indagar en los espacios anteriores a la presencia del lenguaje. Su poesía está principalmente sostenida en el plano fónico y su foco de revisión del mundo está dado por la presencia del color. Gammas, tornasoles, pigmentos, tonalidades y matices se despliegan en todo su esplendor, fuerza y poderío para producir los estímulos verbales del poema, del libro y de todo su proyecto literario. La obra de Soledad Fariña se relaciona con la búsqueda de los orígenes y no es casual que su primer libro se titule exactamente *El primer libro*. Allí reflexiona sobre la creación del poema como una acción paralela a la creación del universo. Y establece la hipótesis de la Creación por una vía única: tanto el Universo como el Poema son fundados en y por el lenguaje. Todo se crea al ser nombrado.

La obra poética de Verónica Zondek, reunida en el poemario *Membranzas* (1995), experimenta en quiebres sintácticos abruptos, a veces sorprendentes, en un lenguaje áspero y a veces cacofónico, que tiene sus principales logros en el uso de la fragmentación del discurso como recurso expresivo, adentrándose mediante esta fragmentación en la condición de la mujer y la maternidad, del erotismo y la muerte.

Elvira Hernández (1951), seudónimo de Teresa Adriasola, es autora de diarios de poesía, muestras antológicas y aguda ensayista: ha publicado: *iArre! Halley iArre!* (1986), *Carta de viaje* (1989), *La bandera de Chile*, (1991), *El orden de*

los días (1991) y *Santiago Waria* (1992). Su mundo poético es profundamente desgarrado, revelador del duelo y el desencanto como rasgos predominantes. Hay un fuerte sentido ideológico y desmitificador en su trabajo literario. Le interesa dar cuenta de cómo, en el uso, las palabras se han ido gastando con el tiempo igual como se gastan los objetos manoseados. En cuanto a los recursos poéticos, Elvira Hernández se revela atraída por las posibilidades que permiten la ambigüedad y la ironía, lo cual le habilita el campo de distanciamiento de la tercera persona para hablar, sin ninguna piedad ni concesiones, de sí misma y anotar las siguientes ideas: "No pertenece a la mayoría ni a la minoría. No es de vanguardia o neo-vanguardia, ni marginal, ni *underground*. Nunca fue poeta joven. No se exilió adentro ni afuera. Ha estado ausente y ahora hace número. (...) Desde hace 10 años trabaja en un proyecto de su interés: 'La verdad es una mentira necesaria' para lo cual no logró conseguir auspicio institucional. (...) No le interesa la cultura, le interesa la luz".

Alicia Salinas (1954) es autora de *Poemas de amor, exilio y retorno*, donde recoge la experiencia en las tres áreas prometidas en el título. *Amando*, publicado en 1991, retoma el tema del amor y le saca nuevos destellos a aspectos ya esbozados en su libro anterior. En *Mujeres de otras calles*, la muerte sostiene el libro como una gran columna vertebral. Esta poeta, en sus textos, breves la gran mayoría, casi epigramáticos y de gran concentración semántica, desarrolla pequeñas historias cuya carga emotiva se intensifica a través y gracias al recurso expresivo elegido. Cada texto es un micromundo que atrapa al lector en su síntesis vital. La poesía de Alicia Salinas es trabajada al extremo; sus textos, limpios y puros, se definen también por sus finales que clausuran el poema de manera ingeniosa o inesperada.

La poesía de Teresa Calderón (1955) presenta ciertas constantes en su escritura como la incorporación del lenguaje cotidiano, del habla, de la búsqueda e incorporación de restos de otros lenguajes, no literarios, sobre todo de la subcultura o cultura popular. Teresa Calderón estructura en tres publicaciones una evolución que se va desprendiendo de los propios lazos entre sus escrituras: *Causas perdidas* (1984), despliega, a través de textos epigramáticos, concisos en expresión y forma, los temas más universales de la poesía: el amor, la muerte, las relaciones conflictivas del poeta y el lenguaje y del lenguaje con la sociedad; en su segundo poemario, *Género femenino*, su discurso se sitúa en el espacio doméstico, en las relaciones conflictuales de la pareja, a veces concebida como una suerte de campo de batalla donde se juegan una serie de contradicciones: amor/odio; sumisión/dependencia; encuentro/desencuentro. Su tercer poemario, *Imágenes rotas* (1994), título tomado de *La tierra baldía* de T.S. Eliot, es un poema fragmentario en el que, a través de la dialéctica del sentimiento de muerte y la ironía, se propone una extensa y profunda reflexión lírica sobre la autodestrucción, principalmente en sus formas del suicidio y el alcoholismo, y sus relaciones con el mismo acto creativo. Es, sin duda, uno de los más profundos poemas sobre el tema, desgarrado y sombrío. También se pueden ver en este texto vislumbres de un tánatos aún más global, visionario, de imágenes

extáticas en su fragmentación y connotaciones finiseculares. En su último libro, *Aplausos para la memoria* (1999), Teresa Calderón, a través de un lenguaje que mixtura lo coloquial, lo científico, la neofilosofía cuántica, lo metaliterario —con alusiones a la elegía y al microcuento— hace el balance en gris del fin del milenio, en un libro que, como muchos otros de los aquí citados, debe leerse desde sus propios rasgos escriturales, más allá de una reducción de “género”.

El mundo poético de Lila Calderón (1956), en sus dos poemarios, *Balance de blanco en el ángel triste de Durero* (1994) e *In Memoriam* (1995) es, sin duda, un panorama que va tomando la forma de un desolador y barroco signo de interrogación de fines de siglo: poesía de filiaciones creacionistas y surrealistas que reedita ciertos aspectos, los más significativos y universales, de la vanguardia de comienzos de siglo. Entre el sentimiento de muerte más radical y lo numinoso y lo mágico, se despliegan imágenes rituales, fundamentalmente escénicas, que más que rendir homenaje o establecer relaciones citacionales con cierto universo filmico —Ridley Scott y Terry Gilliam, por ejemplo— lo incorpora como significantes, dentro de su mundo poético, que abre e ilumina nuevas y emblemáticas significaciones de lo finisecular. La obra de Lila Calderón se extiende, amplificando los mismos tópicos ya tramados, en sus más recientes libros: *Por suerte había otra vida* y *Piel de maniquí*, ambos de 1999.

Por su parte, la poesía de María Luz Moraga, desde sus primeros poemarios *Ionesco en el salón* (1994) y *Con prismáticos prestados y la ayuda de la lupa* (1994), hasta *Ganarás el pan, si puedes* (1996), propone una estética antipoética, tributaria explícitamente por la autora a Nicanor Parra, deviene en su último poemario, *Asunto de útero* (1999), en el cual se interna en una política del cuerpo, ni terrible ni escalofriante, sino desnuda, como el almuerzo de Burroughs, donde la fragmentación del poemario va trizando el sentido —y el sentimiento— en una forma de despojo, de tronchamiento del cuerpo, paralelamente a la sensación de despojo del “yo lírico”, cuya letanía fúnebre se despliega metonímicamente al cuerpo social de la aldea global y mercantilista actual, en una voz más personal, autoral si me lo permiten, postulando un proyecto más originario y sugerente.

Así, entre la pasión y a veces obsesión por la forma concentrada, por el poema compacto, cerrado y homogéneo, de la generación de 60 y la escritura fracturada, expansiva y disgregada de los poetas del 80, dicho esto, por supuesto, en términos muy generales y teniendo en cuenta, además de las excepciones y los cruces generacionales, si hay, por lo demás una realidad que obedezca a esta categoría orteguiana, la cercanía o simultaneidad histórica del que escribe estas líneas con su referente, caben estas notas como aproximaciones, no tanto a dos generaciones que se desconocen y se excluyen entre sí, sino, a fin de cuentas, a una misma historia poética, chilena y sudamericana, por lo demás; al mismo *continuum*, a los mismos sueños urdidos en este espacio, el poético.

PRESENTACIÓN

La poesía popular chilena se funda en una estructura de ancestros españoles que se mantiene hasta hoy. Esta se denomina "décima espinela" y consta de una cuarteta que condensa en sí la temática del poema, y cuatro décimas octosílabas, a las que en nuestro país se les agregó una quinta y última, llamada "de despedida". La práctica de esta poesía requiere de una gran destreza, dadas sus exigencias rítmicas y una dificultad complementaria: cada uno de los cuatro versos de la cuarteta inicial debe corresponder al último verso de cada una de las cuatro primeras décimas. La estabilidad de esta estructura es sorprendente, aun cuando en algunos casos omite la cuarteta inicial.

Esta poesía ha sido tradicionalmente clasificada por sus temas, siendo los dos grandes tópicos lo divino y lo humano. De ahí el nombre de Versos a lo Divino, que atañe a temas bíblicos y religiosos en general y de Versos a lo Humano, referentes al mundo de los hombres. Un "verso" equivale a la extensión de un poema, es decir, a la unidad compuesta por una cuarteta y cinco décimas.

Nuestro trabajo se sitúa dentro de los Versos a lo Divino y describe, específicamente, los versos por angelito, los que son cantados en parte del sector rural de Chile central con ocasión del velorio de un niño. Tuvimos especial preocupación por estudiar los versos en su relación al ritual en el cual se cantan.

El canto oral tradicional, practicado en forma colectiva por una comunidad, establece un modo de expresar la visión del mundo y las emociones del grupo. En esa perspectiva, que constituyó el punto de partida de la investigación propuesta, los versos por angelito manifiestan un sentir colectivo e inherente a las comunidades campesinas que lo cultivan. Comenzamos, por lo tanto, por interrogarnos acerca de la palabra oral y de su funcionamiento en una comunidad. Para la comprensión de los versos por angelito, fue fundamental conocer la concepción de la palabra propia de las culturas orales. Ello nos permitió igualmente explicarnos la vigencia de estos versos que se transmiten, por vía oral, de generación en generación, hasta nuestros días.

Realizar una aproximación histórica fue necesario para determinar el origen y el desarrollo del ritual en Chile, estudio que proporcionó también el marco contextual al estudio de los versos.

Los versos por angelito manifiestan la visión de la comunidad campesina acerca de la muerte de un niño, a la vez que muestran la actitud del grupo frente a una pérdida semejante. Exhiben también una creencia en la palabra como modo de actuar. De acuerdo a esto, su estudio nos reveló una palabra poética capaz de penetrar la realidad e influirla, de manera tal que transforma

* Universidad de Santiago de Chile.

un niño muerto en un angelito. En este trabajo, hemos intentado dejar hablar a los textos y seguirlos en su acción poética.

Finalmente en forma paralela al estudio realizado, nos entrevistamos con cantores que han participado en la ceremonia aludida, para confrontar nuestro trabajo con una perspectiva vivencial del tema, la que sin duda enriqueció nuestra visión de los versos. Ellos contribuyeron también a enriquecer nuestro corpus, constituido, entre otras, por las conocidas recopilaciones de Miguel Jordá, principalmente en su libro *La Biblia del pueblo*, junto a los cuadernos de campo que tan gentilmente nos proporcionó Manuel Dannemann.

1. ANTECEDENTES

1.1. EL VELORIO DE ANGELITO EN LA BIBLIOGRAFÍA

La información sobre el ritual del velorio de un niño campesino o "velorio de angelito" es escasa. Quizás la más accesible sea la que nos proporciona la prensa de fines del siglo pasado y principios de éste. Esta información da a conocer una fiesta con caracteres de salvajismo y herejía, en la cual la muerte de un niño es utilizada como un pretexto para dar libertad a instintos, muchas veces catalogados de bárbaros. Así lo muestra el texto siguiente:

Ayer por la noche en los suburbios de la ciudad se hacían sentir los tinos de una guitarra acompañados del correspondiente canto y cierta algazara que revela ebriedad en los individuos de la comitiva. Nos acercamos y con la más crecida repugnancia y horror vimos que el origen de todo eso era la muerte de un párvulo el cual se encontraba, quizás ya en descomposición, sobre una mesa rodeada de heces...

A la policía corresponde hacer cesar tales demostraciones, debe impedir que se expongan a la vista del público esos cuerpos inanimados, y sobre todo castigar a los necios que se aprovechan de la muerte de un ser humano para emborracharse y cometer tantos desacatos propios de individuos sin razón¹.

Comentarios como éste son habituales en la prensa de la época citada. Su lectura nos sugiere, sin embargo, el cuestionamiento de esta visión sobre el velorio del angelito. En efecto, esta práctica, puede ser interpretada como un fenómeno de naturaleza bárbara, o bien, corresponde a una clara incompreensión de las costumbres populares del sector rural, por parte de los columnistas de periódicos.

Además de la prensa, existen referencias al tema de crónicas y relatos de viajeros. También existen artículos en los que, primando una perspectiva posi-

¹ *El Copiapino*, Copiapó, 2 de febrero, pág. 3, 1870, citado parcialmente en Maximiliano Salinas, *Canto a lo Divino y Religión del Oprimido en Chile*, Rehue ediciones, Santiago, 1991, pág. 255.

tivista, se describe esta costumbre con gran profusión de detalles, los que nos serán de gran utilidad en la revisión de la histórica.

En estos últimos años, dos autores han tratado el tema aportando a su conocimiento y comprensión.

Maximiliano Salinas² da a conocer, a través de un exhaustivo análisis de la prensa, la percepción que tiene la clase dominante del siglo XIX y principios del XX sobre esta costumbre: la de una práctica hereje. De acuerdo a la teoría de Bajtín³ sobre la existencia de una inversión de la cultura popular con respecto a la dominante, Salinas explica el ritual centrándose en su sentido alegre de renovación y de regeneración. Ello explicaría el canto así como los festejos que puede ocasionar la muerte de un niño.

Fidel Sepúlveda⁴ basa su estudio en los versos por angelito, considerándolos con respecto a la poesía popular, a los "Versos a lo Divino". Los versos por angelito serían aquellos que mediatizan los dos ejes de este sistema poético: los versos por nacimiento de Cristo y los versos por muerte de Cristo. El canto por angelito es visto como una historia que, al ser ordenada según los acontecimientos que la conforman, revela una organización en oposiciones binarias que son mediatizadas con éxito y que posibilitan el avance de un estado humano a una condición divina.

El aporte de estos dos estudiosos es notable por cuanto se sitúan en una perspectiva que pretende comprender el fenómeno desde dentro de un sistema global al que pertenece; al sistema cultural en el caso de Salinas y dentro del contexto de la poesía popular chilena en el caso de Fidel Sepúlveda.

Tomando en cuenta esta bibliografía, nuestro estudio se sitúa en una perspectiva que nos permite conocer el significado de este ritual para quienes lo practican. Por el hecho de ser los versos por angelito la expresión de una comunidad campesina con ocasión de la muerte de un niño, nuestro estudio se centrará en ellos.

Con este fin, y previo al estudio de los versos, deberemos enfrentar problemas que nos irán abriendo camino hacia el análisis de los mismos.

1.2. LENGUAJE Y CANTO ORAL

La sociedad rural chilena podría definirse como una sociedad mixta⁵ desde la perspectiva del uso de su lenguaje. Hay una coexistencia entre una tradición oral que se transmite desde hace siglos de generación en generación y el dominio cada vez mayor de la escritura. Oralidad y escritura conviven en una relación dinámica en la cual la escritura se impone poco a poco, subsistiendo, sin

² *Ibid.*

³ Mijaíl Bakhtine *Leuvre de François Rabelais et la culture populaire au moyen age et sous la renaissance*. Gallimard, Paris, 1970.

⁴ Fidel Sepúlveda, "valor estético del folklore chileno: el canto por angelito", en: *Aisthesis* N° 16, Revista del Departamento de Estética de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1983.

⁵ Paul Zumthor, *Introduction à la poésie orale*, Seuil, Paris, 1970, pág. 36.

embargo, algunos espacios en que se mantiene la oralidad como es el caso de ciertas manifestaciones poéticas dentro de las cuales están los versos por angelito.

La subsistencia de un segmento de oralidad es compleja por cuanto conlleva una manera de pensar y de expresión propia, diferente a la sustentada por culturas que han adquirido la escritura⁶. En efecto, la oralidad en una cultura supone un pensamiento y una expresión particular, lo que se refleja, fundamentalmente, en una concepción y un uso característico de la palabra.

En lo que se refiere al ritual del angelito, la importancia asignada por la comunidad a la expresión de los versos es tal, que se puede prescindir, en casos extremos, de otros aspectos del velorio como la decoración del lugar e incluso el atuendo del niño pero nunca de los versos. Esto nos revela la importancia de ellos, que mantenidos por más de cuatro siglos, nos permiten considerar estos versos como una subsistencia de la oralidad.

La palabra oral es ante todo sonido y su existencia está limitada a su emisión. La sola emisión de sonido supone, para las culturas orales, un poder para realizarlo. Nos aclara Ong que "En este sentido, todo sonido y especialmente la vocalización oral que viene del interior de los organismos vivos, es dinámico"⁷.

La palabra va a ser entonces un sonido dotado de un dinamismo dirigido hacia lo que nombra, y es, por lo tanto, considerada como una acción. Ello explica que "En sus usos primitivos el lenguaje funciona como vínculo en la actividad humana concertada, como parte de la conducta humana, es un modo de acción y no un instrumento de reflexión"⁸.

Al ser una acción, "la palabra da poder, le permite a uno ejercer una influencia sobre un objeto o una acción"⁹. Esta palabra debe, por tanto, ser pronunciada para ser eficaz.

Los versos por angelito constituyen, a nuestro parecer, una palabra poética propia de la oralidad en que se mantiene ese poder de influencia sobre lo nombrado. De esta manera, los versos por angelito permiten realizar el objetivo que se plantea la comunidad a través del canto: el paso del niño muerto a un estado angelical.

Si la oralidad lleva consigo una concepción característica de la palabra, también comprende un tipo de expresión particular. El peligro de perder el conocimiento adquirido al no ser constantemente repetido fue evitado en las culturas orales gracias a un método de composición denominado "estilo formulario" por quienes lo revelaron¹⁰, que permite mantener una información bajo una forma fácilmente recuperable.

⁶ Walter Ong, *Orality and Literacy*, Methuen, London and New York, 1980 pág. 9.

⁷ *Ibid*, pág. 32.

⁸ Bronislaw Malinowski, "El problema del significado en las lenguas primitivas", en C. Ogden, I. A. Richards, *El significado del significado*, Paidós, Buenos Aires, 1964, pág. 331.

⁹ *Ibid*, pág. 343.

¹⁰ El descubrimiento del "estilo formulario", fue la respuesta a la interrogante que se plantearon Milman Parry y Albert Lord acerca de la manera como un poeta podía repetir poemas de 15.000 versos o más y recitarlos en público. Un exhaustivo trabajo en terreno los llevó a concluir

Dada la ausencia de escritura, el problema de la retención y de la recuperación del pensamiento se resuelve gracias a expresiones nemotécnicas. Un ejemplo de ello son los proverbios que cristalizan en expresiones de este tipo las costumbres y la sabiduría de un pueblo.

Basado en la fórmula descrita por Lord como "grupo de palabras que es regularmente empleado bajo las mismas condiciones métricas para expresar una idea esencial dada", la composición oral descansa en la utilización, por parte del poeta, de expresiones preexistentes en otros discursos y que intercala de acuerdo a sus necesidades temáticas y rítmicas, y que puede alterar en alguna de sus partes sin modificar su totalidad.

Este estilo de composición determina muchas de las características de la literatura oral y su conocimiento nos es esencial para un acercamiento a los "versos por angelito". La recurrencia de expresiones o versos enteros en distintos textos, la utilización por diferentes poetas de versos idénticos en posiciones diversas dentro de sus composiciones, nos muestran la importancia fundamental que tiene la fórmula para la organización del discurso poético estudiado. A modo de ejemplo citaremos una forma recurrente de comenzar una décima: "Ángel glorioso y bendito/ verde cogollo de olivo"; estos versos pueden ser utilizados por el poeta de la misma forma o bien ser alterados en alguna de sus partes. Tendremos entonces versos como: ángel glorioso y bendito/ matita de arrayán florido, ángel glorioso y bendito/ cogollito de cedrón, etc.

Este estilo de composición que subyace en los versos y la percepción de la palabra en calidad de una palabra activa, nos permiten considerar la oralidad como el marco global dentro del cual intentaremos comprender los versos por angelito y establecer nuestra hipótesis: en el ritual del velorio de un niño campesino, la palabra poética expresada en el canto por angelito, es el medio gracias al cual se logra el objetivo que se plantea la comunidad a través del canto: transformar al niño muerto en un angelito.

1.3. APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Sobre el origen del ritual, en Chile existen pocos antecedentes. Sin embargo, parece clara su proveniencia española. Casas Gaspar alude a esta práctica al referirse a los ritos fúnebres españoles:

En Valencia, Alicante y Murcia, cuando muere un angelito se expone su cadáver amortajado con gasa tejida con hebras de plata, sandalias y guirnalda de flores blancas.

La madre, dice Blasco Ibáñez, pugna por dar apariencias de vida al nene, tiñéndole de color rosado las mejillas y los labios de bermellón encendido. Concluido aquel fúnebre tocado, rellenan de flores el pequeño ataúd blan-

que la extensión de los poemas no se debía a técnicas de memorización sino a un tipo de composición propio a la oralidad. Los resultados fueron publicados por Albert Lord en *The Singer of Tales*, Atheneum, New York, 1965.

co y galonado de oro y depositan éste sobre la mesa de comer, cubierta con sábana y colcha. Alrededor encienden cirios.

Los mozos y las mozas llegan provistos de guitarras y castañuelas; la fachada de la cabaña se ilumina; todas las sillas se sacan a la placita donde la gente joven forma ancho círculo, y a los primeros compases de la guitarra entona un huérfano la primera copla, y da principio la velada con sesión de baile. La familia les da de comer y beber. La algazara dura hasta el amanecer¹¹.

Esta cita expone los cuidados especiales de que era objeto el niño muerto, así como la actitud de celebración de su muerte por la comunidad, rasgos que encontramos en Chile alterados por el tiempo y por una nueva coherencia que adquiere el ritual en esta región.

El primer aspecto mencionado por Casas Gaspar, el arreglo y la presentación del niño muerto, acoge un cariz distinto en el ritual chileno de acuerdo a la descripción que de éste hace Rodolfo Lenz:

Los padres i amigos hacen todos los esfuerzos imaginables para adornar el pequeño cadáver con encajes y blondas, flores artificiales i naturales. Si no hay otras joyas que ponerle, hacen estrellitas i otros adornos de papel dorado i plateado i le echan la chaya i serpentina encima. Así se coloca el angelito sentado en una silletita encima de una mesa, a la cual se da colocación contra una pared del rancho¹².

En efecto, esta descripción revela un cambio significativo respecto del ritual español; el niño no es aquí colocado en el ataúd sino en el momento de llevarlo al cementerio. Previo a esto, durante su velorio, es sentado en una silla en la cual es situado para presenciar su propio funeral.

Anselmo Bravo, en una detallada descripción hecha en 1920, proporciona un detalle del velorio que no menciona Lenz, a pesar de la minuciosidad de su registro, lo que induce a pensar que no era práctica aún generalizada a principios de este siglo: las alas que le ponen al angelito.

En primer lugar se procede a bañar al pequeño difunto usando algún jabón perfumado i agua bendita que es por así decirlo la purificación del angelito: enseguida se le viste con una túnica mui larga llamada alba que es de lienzo o de gasa blanca, fileteado a tijera para terminar colocándole las alitas de papel plateado que le darán un aspecto de pequeño querubín¹³.

Es importante hacer notar que en fecha posterior a 1920, las alas aparecen mencionadas constantemente en las referencias consultadas, por lo que parecen considerarse como parte esencial del rito. Hoy en día son mencionadas por

¹¹ Enrique Casas Gaspar, *Costumbres españolas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte*, capítulo xxxvii, Madrid, 1947, pág. 340.

¹² Rodolfo Lenz, *Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile*, Sociedad imprenta y litografía Universo, Santiago, 1919.

los cantores entrevistados como un elemento fundamental en la vestimenta del niño.

Estas descripciones, que advierten cambios en el ritual chileno con respecto al español, nos permite colegir que en Chile habría una tendencia a realizar la idea del niño muerto como un angelito. En consecuencia, si en España se le denomina angelito, en Chile se intenta "hacer" un angelito.

Esta tendencia en el tratamiento del niño muerto como un angelito se evidencia en el artículo de Bravo, quien proporciona mayor información sobre el arreglo de que es objeto el niño. En relación al aspecto y presentación, señala: "Como el pobrecito a pesar de todo presentará un aspecto cadavérico, proceden a pintarle la carita con almidón de trigo, sin olvidar por cierto algún coloretito en las mejillas que le harán aparecer angelical i risueño"¹⁴.

Da también indicaciones acerca de la posición del niño muerto respecto de los asistentes al velorio: "Después de santiguarlo i rociarlo con agua bendita lo sientan en una pequeña silla i lo instalan en lo más alto de un altar, compuesto de mesas cubiertas de sábanas alblísimas"¹⁵.

De acuerdo con los poetas entrevistados, hoy en día se mantiene la costumbre de poner al niño vestido de angelito sentado en una silla la que es puesta sobre una mesa que hace las veces de altar. Frente al niño se sientan los poetas formando un círculo, la "rueda" de poetas, y detrás de ellos los asistentes al velorio.

Otro aspecto mencionado por Casas Gaspar corresponde a la actitud de los asistentes a un velorio de esta naturaleza en España, quienes se reúnan en el exterior de la casa del difunto en una velada de canto y baile. La descripción de Lenz revela grandes diferencias: en Chile la velada se hará al interior de la casa del difunto y el canto, que ya no será un acompañamiento a la velada, pasa a ser una acción dedicada al niño muerto. Esto conduce a una alteración en el lugar de cada momento del velorio, en el que el canto adquiere una función preponderante en la ceremonia, llegando a ser un elemento indispensable en el velorio de un niño. En efecto, el texto siguiente lo corrobora:

Al lado del cadáver se ponen en la noche velas encendidas i se convida a los amigos de la casa al velorio. Si entre ellos no hai un cantor, se busca uno a propósito, aunque sea contra pago. El músico con el guitarrón, o a falta de tal, con una guitarra, para la cual hay que trasponer las melodías correspondientes, se sienta al lado del "angelito" y preside la "ceremonia"¹⁶.

La importancia del cantor queda, del mismo modo, de manifiesto en un artículo de Violeta Parra quien, al igual que los cantores entrevistados, estable-

¹³ Anselmo Bravo, *El velorio de angelito*, artículo inédito presentado en la sesión nº 76 del 3 de noviembre de 1920 de la sociedad folklórica de Chile, pág. 1.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 1.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 1.

¹⁶ *Op. cit.*, Lenz, pág. 53.

ce el inicio y el final de la ceremonia con respecto a la presencia y participación de los cantores: "El velorio empieza con la llegada de los cantores, quienes cantan los versos por saludo y dan la bienvenida al pequeño muerto por medio del canto divino (...) Hacia el final del velorio los cantores toman la palabra por el angelito y cantan los versos por despedida, en los que el niño consuela a sus padres"¹⁷.

Este canto se entona únicamente con ocasión del velorio de un angelito. Durante la tarde dan comienzo a la ceremonia los versos por saludo que uno o varios poetas cantan al niño muerto. Durante la noche se canta nuevamente con versos a lo divino, preferentemente por nacimiento y pasión de Cristo. Por último, a la llegada de la aurora se cantan los versos por despedida.

También sobre la actitud de los asistentes del velorio, Casas Gaspar menciona el baile que comienza en la noche y se prolonga hasta el amanecer. En la bibliografía se menciona esporádicamente como un acto realizado al final de la ceremonia: "Es cierto que a veces se baila, pero no la cueca común. Es una danza triste, sin pañuelos y sin zapateos de movimientos muy lentos y al acorde de tristes melopeas"¹⁸.

La revisión del aspecto histórico ha puesto en evidencia las diferencias formales entre el velorio de un niño en España y el velorio del angelito en Chile. Esto nos permite reconocer en nuestro país una tendencia a concentrar la actitud de las personas en torno al niño muerto. Si en España los acompañantes salían a reunirse fuera de la casa del difunto, en Chile se quedan en su interior, acompañando al niño muerto hasta que lo trasladan al cementerio.

Esta voluntad de "hacer" del niño muerto un angelito, antes mencionada, queda de manifiesto por el enriquecimiento de su vestimenta con alas y por la posición que le dan en la ceremonia, la de un ser celestial que preside la reunión desde un altar.

2. EL CANTO POR ANGELITO

Cantar durante el velorio de un niño confiere al ritual de su entierro un carácter particular, si se le compara con el velorio de un adulto, en el cual la costumbre exige orar por el difunto a fin de absolverlo de los pecados cometidos en vida. Diferencia significativa por cuanto en el caso de ser un niño el difunto, no se busca el perdón de sus pecados sino, de acuerdo a los cantores interrogados, "ayudarle al angelito".

La música ligada al ritual tiene aquí otro propósito que la entretención o el goce estético. Si tradicionalmente la música ha favorecido la comunicación con lo sobrenatural, permite a los cantores establecer un medio de intercambio y de comunicación con el niño muerto.

¹⁷ Violeta Parra, "Velorios de angelitos", en: *Pomaire* N° 16, Santiago, diciembre 1958-febrero 1959, pág. 1.

¹⁸ *Ibid*, pág. 1.

El canto está consagrado al niño y no al público ni a la divinidad. La "ayuda al angelito" debe entenderse como una ayuda al niño muerto en su difícil paso para ser angelito. En el canto de los versos, por la mediación de diversos medios poéticos, se podrá efectuar metafóricamente la transformación esperada.

Mientras se acepta que otros aspectos del ritual puedan ir en desmedro o sufrir modificaciones, como es el caso del arreglo del niño por ejemplo, la sola conservación del canto es también un índice del valor fundamental que se le atribuye. Entre los miembros de la comunidad existe la creencia de que ese canto es específico para la ocasión del velorio de un angelito, el que ayuda al niño muerto en el proceso que debe sufrir para llegar a ser angelito.

Aunque esta investigación se centra en el canto por angelito, no desconoce que el contexto del ritual y de la comunidad campesina que lo practica, le otorgan su real significado. De esta manera, una concepción de la palabra propia a la oralidad así como una función tradicional de la música están en la base de un análisis que tomará como núcleo de estudio los versos o la palabra poética. Esto justifica plenamente la adopción de una metodología literaria de análisis del discurso poético.

2.1. LOS VERSOS POR ANGELITO

Durante el velorio se cantan, como ya se expresó, tres tipos temáticos de versos que corresponden a las diferentes etapas del ritual. Los versos por saludo al inicio, diversos versos por despedida, antes de llevar al niño difunto al camposanto.

Los versos por saludo y aquellos por despedida, que enmarcan la ceremonia, son los específicos del ritual y constituyen el objeto de nuestro estudio. El respeto de la secuencia que tienen en el ritual se percibe como necesario, pues ello permite apreciar la progresión en el cambio que experimenta el niño en su proceso de transformación y así obtener una visión global del ritual.

Los versos por angelito, tanto por saludo como por despedida, están estructurados en torno al niño muerto, pues es él el eje de los versos. Los personajes nombrados, por ejemplo, son quienes tienen una estrecha relación con el niño y una importancia en los momentos esenciales de su corta existencia: su nacimiento, bautizo y muerte. Ellos son básicamente los padres, los padrinos y el cantor, como veremos a continuación:

*saludo primeramente
a tu dulcísimo paire
también saludo a tu maire
que te sostuvo en el vientre*

*saludo, si están presentes,
la madrina y el padrino
y al altar diamantino
a donde está el angelito*

*saludemos los cantores
que aquí lo han acompañado
ángel bello y adornado
de diferentes colores.*

Pero no sólo los personajes, sino los demás elementos mencionados tienen estrecha vinculación con el niño y están igualmente dispuestos en relación con él. No hay elementos nombrados gratuitamente:

*la cuna donde pasó
el ángel su santa infancia*

*también saludo al cajón
donde lo van a llevar
adiós humilde aposento
de donde hago mi partida.*

2.1.1. LOS VERSOS POR SALUDO DE ANGELITO

Ya se señaló que los primeros versos que canta el poeta son los versos por saludo, con los que se da inicio a la ceremonia. En estos versos el poeta va saludando lo que ve, tanto a las personas presentes como los objetos que rodean al niño. Veamos la primera décima de uno:

*saludo primeramente
al angelito glorioso,
saludo al altar precioso
y a toda la noble gente.
Las luces resplandecientes
que te alumbran el altar,
también voy a saludar
esta maceta de flores
saludaré a los cantores,
que te vienen a cantar.*

Al leer esta décima, la atención se centra de inmediato en la repetición del saludo por cuatro veces. Esto contribuye al arte del cantor, facilitando la memorización o, más precisamente, una recreación de su discurso poético basado en la fórmula, y confirniéndole, además, una cadencia al texto. Recordemos la descripción que hace Lausberg del uso de la repetición en el discurso escrito:

“En la repetición de palabras iguales el cuerpo fonético y la significación de la palabra son iguales (...) La igualdad de la repetición implica una superación afectiva; la primera posición de la palabra tiene una función informativa semántica normal (indicat), la segunda posición de la misma presupo-

ne la función informativa de la primera posición y tiene además una función afectiva y encarecedora que rebasa la simple función informativa (affirmat) (...) La segunda posición se distingue, pues, semánticamente de la primera posición por la función predominantemente afectiva. Este acento afectivo influye también en el cuerpo fónico, pues la segunda posición de la palabra se pronuncia de manera distinta en la pronunciatio¹⁹.

Efectivamente, cada vez que se repite el verbo saludar, recordamos las menciones anteriores y agregamos la información ya recibida. Intentaremos mostrar la manera cómo, en los versos estudiados, la repetición adquiere importancia semántica.

La insistencia en el saludo subraya la importancia de este verbo como una acción poética. En las cinco décimas que conforman un verso por saludo, el poeta va saludando lo que ve, a los presentes y los objetos que rodean al niño. A través de este medio, va ordenando en el discurso a las personas y aquello situado en torno al pequeño, señalando sólo lo relevante para el ritual. Esta organización interna crea el contexto poético favorable para permitir la realización del proceso buscado.

Este marco propicio no necesita de un orden temático establecido, lo que explica que tanto las personas como los objetos son mencionados en estos versos sin un orden obligatorio; éste va surgiendo de acuerdo con las reglas de composición propias a la oralidad, es decir con la ayuda de fórmulas preexistentes que el poeta va intercalando en su creación por obligaciones métricas.

Un procedimiento que adquiere la importancia de un recurso poético, es nombrar, es decir, el acto por el cual se otorga a algo o a alguien un nombre que lo diferencia de los demás. Este recurso se manifiesta en estrecha relación al saludo. Detengámonos en la forma de nombrar al niño muerto:

*saludo al niño mortal
en su pequeño portal.*

Este fragmento es uno de los escasos ejemplos de nuestro corpus en que se nombra al niño en la dimensión humana y, por lo tanto, uno de los raros casos en que el cantor se sitúa en la realidad y nombra lo que ve: un niño muerto.

En el siguiente ejemplo se definen la situación que se pretende crear y hacia la cual converge el canto: la entrada del niño al cielo:

*saludo a la criatura
que a la gloria va a entrar.*

Pero esta entrada no es posible sin un cambio mayor: el niño deberá transformarse en angelito. Aquí es donde el nombrar adquiere una función funda-

¹⁹ Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Gredos, Madrid, versión española de José Pérez Riesco, 1ª impresión, 1976, pág. 98.

mental. En efecto, este recurso tiene un carácter muy particular ya que, al referirse a ciertos elementos de los versos, los nombra con palabras diferentes a las que los definen en la vida cotidiana. Este renombrar no es gratuito; por el contrario, implica una redefinición del referente, al que se le asigna una función distinta. La intención de cambio se imprime de esta manera en la identidad de la persona o del objeto aludido por el saludo.

“Yo te saludo angelito”, dice el poeta. En efecto, la generalidad de los versos por saludo se refieren al niño muerto como “angelito”, buscando provocar metafóricamente el cambio de niño en ángel. Los ejemplos que redefinen lo nombrado, en este caso el niño, a través del saludo son inagotables.

*feliz glorioso angelito
las noches te vengo a dar
y te vengo a saludar
bello blanco palomito*

*saludo así al angelito
y digo de corazón
que para su salvación
voy a rezarle un bendito*

“ángel glorioso y bendito” o bien “yo te saludo angelito”, son ejemplos muy recurrentes de fórmulas que encierran, en su composición, ese renombrar que incide en la identidad del referente.

Es así como la palabra poética ejerce su poder de acción en el niño muerto a fin de lograr su transformación en ángel. La repetición tiene, simultáneamente al renombrar, una función primordial. El llamar al niño muerto “angelito” en repetidas ocasiones como las que una y otra vez se suceden durante el canto del velorio, consigue que esa referencia, angelito, adquiera una gran importancia de manera tal que la voluntad de producir ese cambio se inscribe en el canto que favorece, por medio de diversos recursos, la transformación del niño muerto en ángel. La repetición es un recurso fundamental en estos poemas; por una parte inscribe una intención y por otra provoca la realización del objetivo planteado. Estamos en presencia de una palabra oral con poder de transformación, capaz de alterar la situación presente.

En múltiples ocasiones, el acto de saludar renombrando y, por consiguiente, dando una nueva identidad a lo designado, se aprecia también a propósito de la mesa sobre la cual se dispone al niño. En el siguiente ejemplo, podemos reconocer el cambio en la terminología para señalar un mismo objeto y por lo tanto el cambio en la apreciación de éste. En el verso seleccionado, la mesa se menciona al final de la primera décima.

*donde sus piecitos tiene
saludo la hermosa mesa.*

Inmediatamente después, al comenzar la segunda décima se menciona la mesa como un altar:

*saludemos al altar
dándole salutación.*

La mesa donde el niño es instalado es enseñada, en la generalidad de los casos, como un altar. Se define así un objeto gracias al poder de la palabra para instituir mediante un cambio de nombre. Este hecho se refuerza por la repetición de esta nueva denominación.

*saludo al altar precioso
y a toda la noble gente
las luces resplandecientes
que te alumbran el altar.*

Una vez que el niño ha sido renombrado como angelito y la mesa como altar, se mantienen estos nombres en el respeto en el resto de los versos, incluyendo por despedida.

Instituido el "angelito" gracias a la palabra poética, existe otro recurso, común a los versos por saludo y por despedida, que consiste en la comparación del angelito con un vegetal. Estas metáforas adoptan diversas acepciones como las siguientes:

*ángel glorioso y bendito
verde cogollo de olivo*

*yo saludo al angelito
cogollito de peral.*

Los ejemplos son numerosos y a modo de ilustración propondremos algunos de ellos: ramita de palma verde, varillita de cedrón, cogollo de higuera, clavelito reventado, matita de arrayán florido.

La aparente contradicción del niño muerto con un brote a punto de abrir, cogollo, con un vegetal en la plenitud de su desarrollo, matita de arrayán florido, adquiere coherencia dentro de un contexto en el cual se pretende dar una nueva vida al niño difunto. Por este medio se pretende hacer partícipe al niño del renacer vegetal. Además de las metáforas que asimilan al niño a lo vegetal hay alusiones constantes a flores, a lo largo de los versos que refuerzan la relación del niño muerto con la vida vegetal. Esta misma relación se aprecia en el nivel formal del ritual, ya que al niño se le pone habitualmente una corona de flores e igualmente se adorna con flores la mesa donde éste es dispuesto:

*adiós este altar florido
en donde estoy adornado*

*también saludo a las rosas
con sus pétalos tan finos
que las pusieron con tino
para que adornen su cuerpo.*

Las características compartidas por los versos por saludo y por despedida exhiben un esfuerzo común hacia la realización de un objetivo único. Sin embargo, dentro de este contexto, cada uno de los versos tiene una función bien definida y por lo tanto es fundamental considerarlos también en sus diferencias.

El estudio de la palabra poética en los versos por saludo nos permite establecer la función que tienen en el ritual: dar un orden nuevo a la situación real, organizando, en torno al niño muerto, los personajes y los objetos que son llamados a tener importancia durante el ritual, para crear así un contexto favorable a una alteración en el estado del niño. De la misma manera, en el renombrar al niño como angelito, en la mesa dispuesta como altar, y en la comparación del niño con lo vegetal, hay una tendencia para provocar este cambio que sólo se materializará completamente al final del rito.

El saludo del poeta da lugar a un nuevo orden, en el cual durante una noche se va a llevar a cabo un proceso que rompe la categoría del tiempo cotidiano, en el cual todos los asistentes al velorio se convocan en torno al niño muerto para provocar, a través del canto, su transformación en angelito.

Luego de los versos por saludo los asistentes al velorio entran en período de espera que dura hasta el alba. En algún momento durante estas horas, los poetas entonarían versos a lo divino, preferentemente por nacimiento y pasión de Cristo aunque no en forma obligatoria. Estos versos hacen más corta la espera, tienen una función fundamentalmente amenizadora, hasta que se vislumbra la aurora.

2.1.2. LOS VERSOS POR DESPEDIDA DE ANGELITO

El alba marca la próxima etapa del ritual, cuando se cantan los versos por despedida. Corresponde al momento en que se pone al niño en el ataúd y parten, generalmente, sólo los hombres a enterrarlo en el cementerio.

El canto de los versos por despedida sella el instante cúlmine del ritual en que el niño, ya un angelito, se dispone a entrar en los cielos. En este momento en que se aleja, separándose de la tierra y de sus seres queridos ocurre la despedida, paso necesario para que el angelito pueda desligarse tanto de sus seres queridos como de la vida terrenal.

Dado que la palabra oral debe ser emitida para que exista y sea, por tanto, eficiente como acción, la despedida del angelito deberá ser pronunciada en voz alta. Con este fin el poeta prestará su voz para que el angelito lo use como mediador y pueda despedirse, en primera persona, de lo que fue su vida en la tierra y pueda a su vez acercarse, paulatinamente, a la vida celestial.

Como resultado de esta situación, hay en estos versos una doble despedida, por cuanto el angelito se despide de todo lo que lo rodea, y el cantor despide a su vez al angelito. Esto les confiere una modalidad particular dada la presencia de dos primeras personas.

En la despedida asumida en primera persona por el angelito, éste manifiesta su presencia entre quienes asisten al velorio, asistencia que tiene en un primer momento las cualidades de cualquier ser vivo, como se aprecia en los ejemplos siguientes:

*adiós padrinos amados,
hoy de todo me despido
adiós este altar florido
donde estoy adornado*

Lo mismo en el siguiente verso:

*adiós padre de mi agrado
y madre con devoción
denme ya la bendición
ya me voy de nuestro lado.*

Disfruta del sentido de la visión y de la facultad de hablar:

*bendito sea mi padre
a quien yo veo presente
ya que emprendo mi partida
y écheme la bendición
le digo con aflicción
adiós pues madre querida.*

Si en los versos por saludo no se aprecia una gradación o un orden establecido para el nombramiento de los diversos elementos que los constituyen, los versos por despedida están en cambio sujetos a ciertas etapas sucesivas, las que corresponden a las que el angelito va experimentando en su proceso de cambios. A esta presencia del niño muerto entre los presentes le sigue otro estadio en su proceso de transformación en angelito.

Una segunda etapa en este proceso vivido por el angelito y anunciada por él mismo, atañe a la separación entre su cuerpo y su alma. El término de la vida humana se materializa en esta separación. El alma, sin vinculación al cuerpo, podrá entonces liberarse y emprender su viaje al cielo. El cuerpo puede entonces ser enterrado. Esta dualidad da origen a muchas décimas, o parte de ellas, que dan cuenta de esta separación:

*mi alma está en la gloria eterna
pero aquí la están velando
que Dios me estará aguardando*

*en el cielo mucho tiempo
y en el panteón los muertos
allá me están esperando*

*adiós mis padres amados
ya mi alma al cielo sube
adiós familia que tuve
y adiós altar dorado
adiós al campo sagrado
donde me van a enterrar.*

A la separación que tiene lugar antes del amanecer, le sucede la tercera etapa, momento de mayor intensidad emocional del velorio, cuando el niño es puesto en el ataúd y los asistentes se preparan, unos para llevarlo al cementerio, otros para darle el último adiós:

*asómese que hora son
a ver si viene la aurora
que va llegando la hora
que lo lleven al cajón*

*ángel ya quiere aclarar
y aún todos aquí estamos
es preciso que nos vamos
todos en marcha especial.*

El alba, y lo que significa en el ritual este instante de tanta profundidad emotiva, remueve también el lenguaje poético. La liberación del alma del cuerpo del niño muerto, lleva consigo un claro significado: no existe ya nada que lo ate a la tierra y puede, por tanto, emprender su viaje al cielo. Una vez que el angelito logra su plenitud separado de lo que fue su cuerpo, no puede seguir manifestándose a través de las facultades humanas, como lo hacía hasta entonces por medio del habla, gracias a la mediación del canto del poeta. No podrá, por tanto, seguir asumiendo la primera persona en los versos. Esta situación está admirablemente resuelta en los versos puesto que, al perder el niño la voz y ser un angelito, el cantor retomará el canto en primera persona para despedirlo. Se trata de la última décima, la de despedida, en que el poeta se dirige al angelito, ya en vuelo hacia la gloria o ya en el cielo.

*ángel glorioso y bendito
arrayancito florido
los arcángeles te han visto
y regocijo han tenido
de ver que ha aparecido
este angelito veloz
y ante aquel trono de Dios*

*voy a cantar noche y día
pido al Señor y a María
disculpen mi mala voz.*

Por último, ya en los cielos, el angelito ha perdido toda facultad humana y su relación con los que quedan en la tierra será diferente a la que antes tuvo como niño. Como angelito, se le adjudica la función de mediador por sus seres queridos ante Dios y la Virgen. Este nuevo orden de las cosas queda también grabado en el canto de los versos por despedida:

*ya que te vas a la gloria
yo te canto este versito*

*ruégale a Dios infinito
que nos dé su bendición
y tú en la eterna mansión
a Dios ruega por tu padre
y a Dios ruega por tu madre
que les dé su bendición.
De nosotros haz memoria
cuando dentris a gozar
por todos vas a rogar
cuando dentris a la gloria.*

CONCLUSIÓN

Nuestra reflexión sobre los versos por velorio de angelito se enmarcan necesariamente dentro de una visión del ritual en la que se cantan. Esta perspectiva nos ha llevado al intento de develar la articulación entre el aspecto formal del rito del "velorio de un angelito" y el canto de los "versos por angelito".

En el aspecto formal se aprecia un afán por "hacer" del niño muerto un angelito, en su vestimenta, en los adornos que lo rodean, en la posición que lo hacen adoptar durante su velorio: sentado frente a los cantores, presenciando, a la vez, lo que es su funeral y su homenaje.

En el estudio del canto nos encontramos con una palabra oral, de siglos de tradición y de vigencia aun hoy en algunos espacios de la vida campesina. La vigencia de la palabra mantiene también una concepción y un uso particular de ella, propio de culturas orales, hecho que confirió al estudio de los versos por angelito una nueva magnitud. Se reveló así la fuerza de una palabra poética que impulsa la realización de un proceso por el cual el niño muerto será al final del rito un angelito. Esta capacidad de la palabra oral para alterar la realidad, se va logrando, en este caso, gradualmente, en etapas sucesivas, las que equivalen también a distintos versos.

Finalmente, este estudio de los versos por angelito, cantados con ocasión de un velorio de un niño en una parte del sector rural del país, no se propone

dar una interpretación definitiva de este canto; su pretensión es la de proponer una lectura que incida en la comprensión de la literatura popular chilena, hasta ahora poco estudiada.

SALUTACIÓN

*Saludo la hermosa mesa
De diferentes colores
Saludo al arco de flores
De los pies a la cabeza*

*Saludo primeramente
a tu dulcísimo paire
también saludo a la maire
que te sostuvo en el vientre.
Saludo a la noble gente
que te da tal reverencia
a Dios pido con clemencia
que te dé la salvación
y en presencia del Señor
saludo la hermosa mesa*

*También saludo al pairino
por su gran merecimiento
porque fueron tan atentos
estás donde el Unitrino.
Saludo al altar divino
todo cubierto de flores
también saludo señores
a este precioso angelito
saludo al altar bendito
de diferentes colores*

*También saludo a la tierra
que todos vamos pisando
ella nos irá tragando
por campos, prados y selvas.
Las más fraganciosas yerbas
despiden suaves olores
son de brillantes colores
la rosa con el clavel
de verlo resplandecer
saludo al arco de flores.*

*Yo saludo en este día
al sol la luna y las estrellas*

*tan preciosas y tan bellas
que al mundo dan alegría.
También saludo al Mesías
que está en todas las iglesias
cada cristiano que reza
un acto de Contricción
le dará Dios el perdón
de los pies a la cabeza.*

*Ángel glorioso y bendito
las noches te vengo a dar
yo te vengo a saludar
porque estás tan re bonito.
Te hallas tan adornadito
en esta linda ocasión
yo te doy salutación
al compás del instrumento
y le pediré al Eterno
que te dé la salvación*

DESPEDIMIENTO

*Adiós altar diamantino
ya me voy a retirar
me salgan a encaminar
adios mairina y pairino*

*Asómese qué hora son
a ver si viene la aurora
que va llegando la hora
que lo dentren al cajón.
que lo lleven al panteón
donde tiene su destino
adiós mairina y pairino
adiós adorado altar
y sálgame a encaminar
adiós altar diamantino*

*Ya vienen resplandecientes
las luces del horizonte
alumbrando por los montes
a las puertas del Oriente.
Adiós a toda la gente
dice el ángel del altar
por todos voy a rogar*

*adonde la Omnipotencia
y de tu linda presencia
ya me voy a retirar*

*Adiós mis padres amados
ya mi alma al cielo sube
adiós familia que tuve
adiós altar adornado.
Adiós al campo sagrado
adonde me van a enterrar
no me vayan a llorar
con lágrimas de un momento
más bien con el instrumento
me salgan a encaminar.*

*Adiós leche que mamé
desde que yo fui inmortal
adiós vientre maternal
seno donde me crié.*

*Adiós católica fe
del hacedor Unitrino
adiós altar diamantino
digo con gozo y ternura
me voy pa la sepultura
adiós mairina y pairino*

*Ángel glorioso y bendito
clavelito colorado,
cuando dentris a la gloria
verís a Cristo enclavado.
Lo verís crucificado
enclavado en un madero
quiso morir prisionero
por redimir al cristiano
de pies y manos lo ataron
como inocente cordero.*

MARIANO PICÓN SALAS Y LAS ACTUALES RELACIONES INTERNACIONALES EN IBEROAMÉRICA

Ana María Maza S.

*Es preciso, reabrir el pasado,
revitalizar en él potencialidades frustradas,
impedidas, incluso masacradas.*
Paul Ricoeur (1985)

*Una sociedad se define no sólo por su actitud
ante el futuro sino frente al pasado: sus recuerdos
no son menos reveladores que sus proyectos.*
Octavio Paz*

Mariano Picón Salas, gran intelectual, profesor de los que generan inquietudes permanentes, maestro múltiple, resulta fundamental para una seria y actual reflexión sobre América Hispánica. Tanto sus obras como su acción política y ciudadana transmiten, con mayor o menor claridad, una certeza constante sobre las condiciones privilegiadas de los países de esta región para asociarse e integrarse. Para él, la América en español conforma –pese a las diferencias nacionalistas posteriores a la Independencia– un espacio cultural común de irremplazables potencialidades¹.

En una carta a Rómulo Betancourt, en 1933, indica los temas que lo preocupan: “Antiimperialismo, realización de la idea nacional americana (los grandes bloques políticos y económicos de nuestros países), reforma agraria, economía dirigida, cruzada educacional”².

Releer parte de la obra de Mariano Picón Salas y descubrir ahora que algunos textos suyos, estudiados por mí en los cursos de literatura hispanoamericana en la década del 60, mantenían una vigencia luminosa fue un nuevo estímulo intelectual. Me resultó evidente que *De la Conquista a la Independencia* se había convertido en un substrato vivo y no en una mera fuente bibliográfica, el que me había permitido entender y observar desde una especial perspectiva, en la década del 90, ciertas acciones o razones ocultas en las aparentemente estructuradas y amables relaciones internacionales de los países hispanoamericanos. Es por eso que mi reflexión sobre Mariano Picón Salas no estará dirigida a explicar su importante gestión como encargado de negocios en Praga o embajador de Venezuela en Colombia o Brasil, sino a indicar aquellos aspectos de su obra que, con anterioridad a su función como diplomático, por medio de inteligentes análisis y bases documentales muy variadas, nos revelaban la singularidad de Hispanoamérica, región con la que establecía una natural y apasionada

* Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe*, Seix Barral, 1980, pág. 23.

¹ “... su vinculación a la cultura de Occidente y la indivisibilidad de la Historia y destino de los países del continente...” Pedro Grases, “Las ideas fundamentales de Mariano Picón Salas”, *Mapocho*, Santiago, 217-232, 1966.

² J. M. Siso, *Mariano Picón Salas: correspondencia cruzada entre Rómulo Betancourt y mps, 1931-1965*, Fund. D. Cisneros, Caracas, 1977.

identificación. Picón Salas marcaba las notorias ventajas de la región y, lo más sugerente es que, sin él proponérselo, nos da los antecedentes (en textos de los años '30 y '40)³ de las características culturales complejas que explican la dificultad de estos países para formar alianzas internacionales que construyan áreas de influencia y poder político.

Las relaciones internacionales son posibilidades de comunicación generadas siempre por individuos limitados o favorecidos por sus contextos históricos. Las relaciones internacionales explicitan los niveles o jerarquías de poder entre los países, las necesidades de asociación, sus intereses geopolíticos y sus ancestrales vinculaciones con el tema del mercado. Diversos intercambios de bienes comerciales y culturales que están asociados a la más elemental comunicación y que se presentan tanto en la plaza del mercado de la aldea originaria como en la actual dependencia de cada país con Wall Street. Las relaciones internacionales son las vías más antiguas y eficientes para adquirir conocimientos, ampliar la comprensión de los seres humanos y encontrar respuestas válidas a puntos complejos porque, junto a tensiones posibles, también inventan soluciones y estimulan la creatividad. En el encuentro con otro, cada individuo o país transmite, comunica, difunde aquello que le es propio y puede, a su vez, establecer redes o vínculos relativos. De acuerdo con Bajtin, "nadie puede conocerse a sí mismo sino como otro". Por lo mismo, si la visión del mundo en que se funda la posición de los responsables internacionales, y por lo tanto de los países, surge desde certezas inamovibles, propias de concepciones totalizadoras o unívocas, el lenguaje del otro no existe y será imposible la relación.

Importantes intelectuales hispanoamericanos durante doscientos años, nos han entregado elementos, pistas, señales coherentes, que ayudan a establecer líneas de acción en política internacional. Si se hubiera atendido a sus obras, a la compleja interpretación que hacían de Hispanoamérica, se habría adquirido un conocimiento necesario para generar políticas internacionales que concordaran con los objetivos de desarrollo y modernización, pero que también, al ser representativas de la compleja visión cultural que caracteriza a Hispanoamérica, habrían asumido la confusa distancia existente entre lenguaje y acción política. Lamentablemente no siempre se ha incorporado esta visión en los últimos 50 años. Podría vincularse en una línea temporal a Manuel de Salas, Andrés Bello, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, Felipe Herrera y Octavio Paz. Todos ellos han privilegiado el estudio y el análisis del lenguaje, la literatura, en general de la cultura, para comprender la realidad de Hispanoamérica. Nos revelan las formas de convivencia, las infinitas superposiciones de imaginarios y tiempos culturales, la mixtura de dolores, esperanzas e incertidumbres de individuos que los precedieron. Todos ellos buscaban alcanzar, a través del conocimiento, tanto la libertad, la justicia, como el desarrollo de la región⁴. Defendieron, algunos ya en el siglo XVIII, la relación

³ En *Hispanoamérica: posición crítica* (1931) e *Intuición de Chile* (1935) y, fundamentalmente en *De la Conquista a la Independencia* (1944).

⁴ La región, como señala Felipe Herrera, "pareciera caminar a un reencuentro especial, cuya

entre el conocimiento y la toma de decisiones políticas, tema que, desde 1945, establecerá el sentido de la misión global de la Naciones Unidas.

Afirma Luis Rubilar: "En lo medular, la matriz conceptual que nutre el pensamiento de Picón-Salas tiene su génesis en Andrés Bello. Desde él recicla y recrea las ideas-fuerza de su pensamiento historiográfico, de su interpretación cultural (lenguaje) y de su concepción hispanoamericanista..."⁵.

Encontramos en Andrés Bello el siguiente antecedente y fuente posible de Picón Salas:

Las varias secciones de la América han estado hasta ahora demasiado separadas entre sí; sus intereses comunes las convidan a asociarse; y nada de lo que pueda contribuir a este gran fin, desmerece de la consideración de los gobiernos, de los hombres de estado y de los amigos de la humanidad. Para nosotros, aun la comunidad del lenguaje es una herencia preciosa que no debemos disipar...⁶.

También en Alfonso Reyes⁷: "Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente... Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación".

Mariano Picón Salas, por su concepción hispanoamericanista, reforzada con sus vivencias de venezolano y chileno, nos remite a tres ejes originarios de significación que son analizados e interpretados en sus obras: *El lenguaje, el mestizaje y la democracia*⁸. Estos ejes, y el orden simbólico que los sustenta, otorgan un profundo sentido al análisis y a la programación de una política internacional de los países de la región.

gran fuerza vital han sido los permanentes y cohesivos elementos congénitos al común trasfondo histórico-cultural"; hay un verdadero desafío para los países latinoamericanos en el próximo siglo. Agrega F. Herrera que "los países de nuestro continente participan de las mismas limitaciones y de los mismos factores positivos para hacer posible consolidar sociedades donde se tienda a un indispensable equilibrio entre un crecimiento económico adecuado, un bienestar social extendido, una participación política amplia basada en la libertad y la dignidad humana, una afirmación de valores culturales que le dan un verdadero sentido a la vida individual y colectiva" En *El escenario latinoamericano y el desafío cultural*.

⁵ Luis Rubilar, "Mariano Picón-Salas: Un precursor de la psiohistoria", *Mapocho*, N° 50, 2001, pág. 112.

⁶ Editorial de *El Araucano*, del 8 de noviembre de 1844.

⁷ A quien Picón Salas dedica su libro *De la Conquista a la Independencia*. Texto citado de la "Entrevista Europa-América Latina", celebrada en Buenos Aires del 11 al 16 de septiembre de 1936.

⁸ Cercana a la actual postura de Alain Touraine: "... importancia esencial revisten en una democracia el derecho y la idea de justicia, definida como el más alto nivel posible de compatibilidad entre los intereses en juego. El criterio principal de la justicia es el máximo de libertad viable para el mayor número posible de actores. La meta de una sociedad democrática es conciliar la mayor diversidad posible con la participación del mayor número posible en los instrumentos y los beneficios de la actividad colectiva". Alain Touraine, *Correo de la UNESCO*, noviembre 1992, pág. 12.

En relación a la lengua:

Es la lengua española el instrumento de identificación mayor y más válido entre los pueblos que viven desde las estepas del río Bravo hasta la helada pampa patagónica. Idioma e historia tienden, contra los obstáculos de la naturaleza, un sentimiento de fraternidad que, precediendo a los bloques económicos y políticos que acaso surjan en el futuro, sostiene la esperanza y más promisorio garantía del mundo hispanoamericano⁹.

Sobre el mestizaje:

... contra el hispanismo jactancioso y contra el indigenismo que quería volver a la pre-historia, la síntesis de América es la definitiva conciliación mestiza. El mestizaje americano consiste en mucho más que mezclar sangres y razas y es unificar el Templo histórico de esas disonancias de condición, de formas y módulos vitales en que se desarrolló nuestro antagonismo¹⁰.

La perspectiva elegida, las complejas visiones sobre la conquista, el análisis de los resultados y las preguntas que genera, demuestran la profundidad intelectual de un hombre que por el estudio de la historia, la literatura y el arte nos otorga una nueva base para las relaciones internacionales, las líneas de comunicación posibles y los pasos necesarios para que esa peculiaridad cultural pueda potenciar la política internacional de una región.

Ya en sus reflexiones sobre Chile, en 1935, Mariano Picón Salas planteaba la necesidad de que los intereses políticos de Hispanoamérica acogieran la singularidad cultural de esta Región por constituir un resultado histórico único y muy peculiar "...después de la Independencia y del enclaustramiento nacional de las antiguas colonias se fortificó un nacionalismo precoz ..., y se fue olvidando lo que tenía más importancia para la política ulterior de nuestro mundo indo-español: su unidad espiritual originaria..."¹¹.

Estos textos, escritos en 1944, se adelantan a las grandes transformaciones que generó el término de la Segunda Guerra Mundial.

A mitad del siglo cambiaron las condiciones geopolíticas, los gobiernos asumen por primera vez las convenciones sobre los derechos humanos y se crea la Organización de las Naciones Unidas en 1945¹² y sus diversas Agencias Especializadas. Destaca la creación de la UNESCO en 1946: "El principal objetivo de la

⁹ Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, págs. 12-13. Interesante comparar hoy con lo expresado por Alain Touraine, para quien la integración más importante es el idioma y la integración efectiva pasa por reconstruir las instituciones políticas. En "¿Un mundo globalizado?" en *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*, pág. 35. Convenio Andrés Bello, Bogotá, 1999.

¹⁰ *De la Conquista a la Independencia; tres siglos de historia cultural latinoamericana*, F.C.E., México, 1944, pág. 39.

¹¹ Mariano Picón S., *op. cit.*, pág. 12.

¹² La Conferencia de San Francisco, abril-junio de 1945. La Carta de las Naciones Unidas entra en vigor el 24 de octubre de 1945 con la ratificación de la URSS.

UNESCO es contribuir al mantenimiento de la paz y la seguridad en el mundo *promoviendo, a través de la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación, la colaboración entre las naciones*, a fin de garantizar el respeto universal de la justicia, el imperio de la ley, los derechos humanos y las libertades fundamentales que la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos sin distinción de raza, sexo, idioma o religión¹³. La UNESCO tiene capacidad de convocatoria para que los responsables políticos, los especialistas de las distintas disciplinas, los intelectuales de las más diversas opiniones puedan encontrarse en un *espacio de reflexión* para intercambiar experiencias, plantear problemas y puntos de vistas con entera libertad. La UNESCO parece responder al llamado formulado por Mariano Picón S. en 1944: "Toca a los escritores y pensadores de nuestros países fortalecer cada vez más las bases de ese entendimiento, y desenvolver la dialéctica con que suba al plano de la conciencia activa lo que ahora vivimos como puro impulso emocional..."¹⁴.

Sorprende la lucidez de estos planteamientos, cuando propone específicamente que las políticas públicas de los países se originen en las redes formadas por el conocimiento de sus investigadores y creadores. 55 años más tarde no es habitual todavía esta asociación en todos los países de Hispanoamérica¹⁵. También se adelanta a la futura formación de bloques, proponiendo que

¹³ La constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura fue aprobada por la Conferencia de Londres de noviembre de 1945 y entró en vigor el 4 de noviembre de 1946, una vez que 20 Estados hubieron depositado sus instrumentos de aceptación. México, Brasil y República Dominicana fueron los países hispanoamericanos que firmaron su incorporación en ese momento.

En la actualidad hay 188 Estados Miembros de la UNESCO. Para cada país, ser miembro de la UNESCO significa desarrollar una zona de reflexión, ejercitar una comunicación integrada con el pensamiento de vanguardia en temas y problemas éticos e intelectuales. La UNESCO es un foro intelectual mundial con una función irremplazable de cooperación intelectual. Los grandes problemas y desafíos del presente y su expresión futura son abordados por la UNESCO creando un substrato común de valores que va permitiendo una coexistencia viable a escala planetaria. Desde la UNESCO, y como una de sus estrategias básicas, se ha anticipado en estos años la discusión de concepciones éticas e intelectuales absolutamente relevantes. Así ha surgido la revisión de temas cada vez más precisos, tales como educación permanente, desarrollo endógeno y sostenible, patrimonio común de la humanidad, bioética, cultura de paz, etc. Todos ellos surgieron desde los círculos de expertos, fueron propuestos por UNESCO y han llegado hasta los foros de los gobiernos y a la implementación de sus políticas nacionales

En general, la UNESCO desempeña cinco funciones esenciales que podríamos esquematizar del siguiente modo:

- *La prospectiva*: ¿qué educación, qué ciencias, qué cultura y qué comunicación para el futuro?,
- *El fomento y la transferencia de conocimientos*, basados principalmente en la investigación, la enseñanza y la capacitación,
- *La normativa*: elaborar, revisar y aplicar "convenciones internacionales",
- *El asesoramiento* a los Estados Miembros en relación con sus políticas y proyectos de desarrollos (la "cooperación técnica"),
- *El intercambio* de informaciones especializadas.

¹⁴ Advertencia a *De la Conquista...* Escrito en Nueva York, Columbia University, enero de 1944.

¹⁵ "Al escritor o al pensador le corresponde la grave -y a veces desagradable- función de ser como el guardagujas de la Historia. De su pupila para ver el peligro y encender la señal en la profunda noche depende, en parte, el derrotero del tren expreso. El político acude, a veces, al

las relaciones y asociaciones se establezcan de acuerdo con las bases culturales y no acepta, en consecuencia, los criterios geográficos propios de las políticas de los Estados Unidos de Norteamérica.

Los textos, escritos en la década del 40, nos adelantan una situación internacional que todavía no se había producido: la condición futura de las colonias europeas en Asia y en las Antillas. Tal como ha sucedido, Mariano Picón Salas entiende que el fundamento de las asociaciones de países será el de los bloques internacionales como grupos culturales más que como zonas geográficas de influencia política. La incompreensión de esta realidad provoca, incluso hoy, ciertos conflictos en organismos internacionales, como en la UNESCO, donde están forzados a tener representación en común dos grupos que se separan claramente: los países del Caribe angloparlante y los países de la América Ibérica. O, en otros Organismos, sucede que las distancias geográficas no impiden una política común con España, como es el caso del Convenio Andrés Bello y actualmente también en las Cumbres Iberoamericanas¹⁶.

El conflicto entre Este y Oeste, durante la década del 50, determinó las relaciones internacionales con la reorganización de la economía mundial (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y el GATT, Acuerdo General de Tarifas y Comercio) y la creación de bloques donde Hispanoamérica quedó asociada al primer órgano de coordinación y cooperación de la región: la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948¹⁷. Se inicia la etapa de apoyo al desarrollo con la creación de Tratados de integración comercial y la influencia de los Bancos de Organismos Internacionales¹⁸. No prosperaron los acuer-

recinto del intelectual a pedirle palabras, lemas, conceptos, que aunque en la boca de aquél son más bulliciosos, se suelen agotar con los aplausos del último discurso durante la elección o el comicio. Esto plantea otra cuestión demasiado compleja para ser absuelta en este ensayo volandero: lo que yo llamaría cautela del intelectual que, sin defraudar la fe del pueblo, necesita defender en cualquier época y bajo cualquier régimen su derecho al disenso". *Europa-América*, México, 1947.

¹⁶ Del mismo modo que lo plantea Picón, existe en las actuales tendencias políticas la idea de asociar lo hispanoamericano a lo latinoamericano, teniendo como eje dominante a USA, desconociendo que es en lo iberoamericano, con la incorporación de Brasil, donde las posibilidades de colaboración, líneas de cooperación y atención a problemas similares, pueden entregar coherencia en una política internacional.

¹⁷ "La etapa desarrollista (1955-1980) reintentó un reequilibrio de la política sobre la base de un proyecto de modernización económica y cultural, de profundización del capitalismo industrial y de reconstitución de un patrón de vinculación más plena a la economía mundial". Marcelo Cavarozzi, *El modelo latinoamericano: su crisis y la génesis de un espacio continental*, pág. 122.

¹⁸ En 1960 se firma el Tratado de Managua, que crea el Mercado Común Centroamericano, y el de Montevideo, que crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), convertida en 1980 en la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI). En 1969 se firma el Acuerdo de Cartagena que crea el Pacto Andino. Han seguido el CARICOM, el SELA, el Grupo de Río, MERCOSUR, el Grupo de los 3, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, las Cumbres Iberoamericanas, la Cumbre de las Américas. Aunque no suelen citarse entre los organismos de integración, son importantes también las entidades financieras, como el Banco Interamericano de Desarrollo y la CAF, que junto al Banco Mundial, fijan los criterios y los indicadores de desarrollo de la región, siendo un factor muy importante de los actuales derroteros de la región como un todo.

dos integracionistas en ese periodo por la confrontación ideológica¹⁹ y por la revolución cubana. Pero, al mismo tiempo, surge una especial línea de integración en Hispanoamérica: la literatura y la música, asociada al primer desarrollo regional de una industria cultural. La generación de los 60, numerosa, con educación universitaria proporcionalmente mayor que en las décadas precedentes y con idearios algo utópicos sobre el cambio y el futuro, generó, fuera de los circuitos puramente gubernamentales, una búsqueda de objetivos comunes donde el lenguaje y el arte fueron los acuerdos primordiales. Las relaciones internacionales tuvieron como base y líderes a García Márquez, Cortázar, Onetti, Rulfo, Sábato, Carlos Fuentes, el premio Nóbel para Asturias. Se acordaron también algunas instancias importantes como el Convenio Andrés Bello, creado en 1970. En la década del 60, como dice Bernardo Subercaseaux: "el imaginario latinoamericano tuvo como eje una vocación por la construcción histórica de utopía, vocación que tuvo como portavoces privilegiados a los intelectuales y los creadores"²⁰.

A fines de la década del 50 se instala la Oficina de Educación Iberoamericana que posteriormente se convierte en la OEI²¹ y también se expresa cierta tendencia a la globalización cultural en los países hispanoamericanos con la creación de Organismos que se separan de la OEA, como es el caso del Convenio Andrés Bello, apartado de la hegemonía de Estados Unidos.

Luego, en la década del 70, el autoritarismo militar de "signo fundacional" rompe, incluso, los diálogos culturales alcanzados y deja en evidencia la similitud de los procesos políticos en los países. Hacia fines de los 80 los gobiernos se centraron más en la cooperación que en el conflicto y se revaloró la democracia²². Con el fin de la guerra fría se reforzaron las tareas de asociación económica.

¹⁹ "La guerra fría no fue una broma para América Latina. En nombre de las ideologías en pugna y de las posturas de las grandes potencias se sacrificaron muchas posibilidades culturales y políticas". Carlos Fuentes, Entrevista de *El Correo de la UNESCO*, 1991.

²⁰ Bernardo Subercaseaux: "Elite ilustrada, intelectuales y espacio cultural" En *CAB*, Bogotá, 1998, pág. 182.

²¹ Organización Iberoamericana para la Educación, la Ciencia y la Cultura, OEI, nació en 1949 bajo la denominación de Oficina de Educación Iberoamericana y con el carácter de agencia internacional. En 1954, en el II Congreso Iberoamericano de Educación que tuvo lugar en Quito, se decidió transformar la OEI en organismo intergubernamental, integrado por Estados soberanos, y con tal carácter se constituyó el 15 de marzo de 1957 en el II Congreso Iberoamericano de Educación celebrado en Santo Domingo. Allí se suscribieron los primeros Estatutos de la OEI, vigentes hasta 1985. En diciembre de 1985 se suscribieron los actuales Estatutos de la OEI. A partir de la I Conferencia Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno (Guadalajara, 1991), la OEI ha promovido y convocado las Conferencias de Ministros de Educación, como instancia de preparación de esas reuniones cumbres, haciéndose cargo también de aquellos programas educativos, científicos o culturales que le son delegados para su ejecución. La OEI se estructura de acuerdo, entre otros, a los siguientes objetivos: "Contribuir a fortalecer el conocimiento, la comprensión mutua, la integración, la solidaridad y la paz entre los pueblos iberoamericanos a través de la educación, la ciencia, la tecnología y la cultura. Fomentar el desarrollo de la educación y la cultura como alternativa válida y viable para la construcción de la paz, mediante la preparación del ser humano para el ejercicio responsable de la libertad, la solidaridad y la defensa de los derechos humanos, así como para apoyar los cambios que posibiliten una sociedad más justa para Iberoamérica." En texto OEI.

²² Ya en 1985 se firmó el acta de Iguazú entre Brasil y Argentina.

ca y no las de defensa militar y la Economía desplazó a la Geopolítica. Ejemplos: los Tratados de integración económica²³.

La primera integración cultural relevante de los países iberoamericanos se realizó en los años '60 y, junto a la gran asociación cultural de escritores, pintores, músicos, etc. de esa década en la región, ha quedado un producto político: un Organismo Internacional especialmente hispanoamericano. El *Convenio Andrés Bello* es un organismo internacional intergubernamental cuya finalidad es la integración educativa, científica, tecnológica y cultural y donde los responsables son los Ministros de Educación de los países.

Mariano Picón Salas no alcanzó a participar en los acuerdos constituyentes del Convenio, pero la creación de este Organismo está propuesta en la carta que dirigió a Rómulo Betancourt, Presidente de Venezuela, el 30 de mayo de 1963. El Convenio materializa las ideas que están presentes desde sus primeras obras: la importancia de la educación en la región, la necesidad de efectuar desde los Ministerios una cruzada educacional y, en tal sentido, su admiración por Manuel de Salas y Andrés Bello.

El Convenio Andrés Bello fue suscrito en Bogotá, el 31 de enero de 1970 y empezó a regir el 24 de noviembre del mismo año²⁴.

La vinculación de los intelectuales generó redes, obras y contextos teóricos que ya se advierten en el tiempo y el trabajo realizado por Mariano Picón Salas en Chile. El estudio que inicia en sus primeros textos sobre la peculiaridad de Hispanoamérica, sobre sus tiempos coexistentes, lenguajes e "incapacidades", da sentido visionario a su análisis sobre el mestizaje²⁵, el que continuará siendo examinado, entre otros, por Octavio Paz y Carlos Fuentes²⁶.

²³ Durante los '90 se firmó y amplió el MERCOSUR que entró en vigencia en 1995 y Tratados de Comercio bilaterales, el Acuerdo ACE 16 entre Argentina y Chile, además del Tratado de Colombia, Venezuela y México.

²⁴ El *Convenio Andrés Bello* surgió en el marco de la Carta de la Organización de los Estados Americanos. Durante la VI Reunión del Consejo Interamericano Cultural. Los Ministros de Educación de Bolivia, Chile, Colombia, y Venezuela y los Jefes de las Delegaciones de Ecuador y Perú discutieron la conveniencia de sumar los esfuerzos de sus países para dar mayor fluidez y celeridad a obras comunes en educación, ciencia, tecnología y cultura en general. La "Declaración de Puerto España" de 1969, en la cual se expresó la voluntad integracionista de los Países Andinos en estas áreas, constituyó el germen del Convenio Andrés Bello. En marzo de 1972 durante la III Reunión de Ministros de Educación celebrada en Quito, se creó la Secretaría Ejecutiva del CAB, la cual inicia sus actividades el 1 de marzo, en Bogotá. El Acuerdo de sede entre el Gobierno de Colombia y el Convenio Andrés Bello se firmó en septiembre de 1972 y fue aprobado por la Ley 122 de 1985. La Organización se vio fortalecida con el ingreso de Panamá en 1980 y España en 1982. Cuba se incorporó en 1998.

²⁵ "La civilización anglosajona del norte de América, que fue exterminando al pobre indio nómada de sus grandes praderas y adaptó sin restricción religiosa —con el impulso capitalista que ya alentaba en el pensamiento y la fe puritana— los nuevos módulos económicos, pudo ser socialmente más flexible porque no encontraba delante de sí sino la extensión por poblar. Creaba desde los más salvaje y raso, con la voluntad robinsoniana que no podían tener los españoles en medio del mundo de ritos, costumbres y gentes extrañas que encontraron en Tenochtitlán o en El Cuzco. La democracia norteamericana se cumplirá como ascenso de gentes que se consideraban iguales y sólo debían vencer las vallas de clase económica", *op. cit.*, pág. 32 (El impacto inicial).

²⁶ "En nuestra América hemos fundado naciones sobre la base de un mestizaje de "incorpora-

Repito a Mariano Picón Salas: "El mestizaje americano consiste en mucho más que mezclar sangres y razas; es unificar en el templo histórico esas disonancias de condición, de formas y módulos vitales en que se desarrolló nuestro antagonismo".

La idea central del mestizaje de Mariano Picón Salas será reelaborada con implacable dureza por Octavio Paz:

"... el mestizo era la imagen viva de la ilegitimidad. Del sentimiento de ilegitimidad brotaban su inseguridad, su perpetua inestabilidad, su ir y venir de un extremo al otro, ... el resentimiento del mestizo lo llevaba al nihilismo moral y a la abnegación, a burlarse de todo y al fatalismo, al chiste y la melancolía, al lirismo y al estoicismo ..." "... los mestizos son los únicos que encarnaban aquella sociedad, sus verdaderos hijos ..." ²⁷.

Mariano Picón Salas se detiene, "penetra en el misterio inefable y descubre las ocultas relaciones de las épocas a través de diversos testimonios", según Ricardo Latcham²⁸. Junto al mestizaje, *el gran hallazgo de Picón Salas para la comprensión de la región, es la trascendencia cultural y política del barroco*. Picón Salas expande los límites de nuestra interpretación de la realidad al indicar la encubierta vigencia del barroco desde el siglo XVII hasta ese momento, cuando analiza su permanencia soterrada e ineludible y su relevancia para cualquier estudio serio sobre Hispanoamérica: "A pesar de casi dos siglos de enciclopedismo y de crítica moderna, los hispanoamericanos no nos evadimos enteramente aún del laberinto barroco. Pesa en nuestra sensibilidad estética y en muchas formas complicadas de psicología colectiva"²⁹.

Las formas de convivencia, la estructura del poder, la fuga de lo concreto, entre otras expresiones culturales, persisten en Hispanoamérica desde el barroco hasta hoy³⁰.

Una consecuencia directa del análisis, de ese "proceso cultural-histórico", hecho por Mariano Picón Salas en 1944 sobre el predominio del barroco en Hispanoamérica, es la posterior interpretación y denuncia que hace Octavio Paz. Para este último, el ejercicio del Poder político en Hispanoamérica es el resultado natural de la relación de la sociedad mestiza con el Príncipe barroco. "El barroco también está presente en la vida política: el nepotismo y demás supervivencias del patrimonialismo español; en la vida familiar y en las relaciones sexuales, dominadas por las figuras alternativamente antagónicas y com-

ciones" y no de la exclusión. Siempre que hemos querido excluir hemos fracasado y siempre que "incluimos" nos enriquecemos". Carlos Fuentes. Entrevista...

²⁷ Octavio Paz, *op. cit.*, págs. 53 y 54.

²⁸ Ricardo Latcham, prólogo de *Ensayos Escogidos de Mariano Picón Salas*. Santiago de Chile. Zig-Zag, 1958. Biblioteca de Ensayistas.

²⁹ Mariano Picón Salas, *op. cit.*, pág. 101.

³⁰ "El Renacimiento fue una época de diálogo, de convivio, mientras que en el Barroco hispano prevaleció el monólogo; el monólogo de Segismundo. ¿Qué otra cosa sino una serie de monólogos que se niegan y se contrastan unos a otros, es la literatura española del siglo XVII?" Mariano Picón Salas, *op. cit.*, pág. 103.

plementarias del Patriarca, el Parrandero y la Madre. También el amor a las generalizaciones y el desprecio a los hechos particulares, nuestra antipatía por toda explicación pluralista y nuestro nihilismo más cínico³¹.

Toda esta matriz de relaciones culturales, originada en el barroco del siglo XVII, la coexistencia de rasgos antiguos y modernos, la especial relación con el poder, "la amistad del Príncipe" (en palabras de Octavio Paz), está presente en las relaciones internacionales de Hispanoamérica. Esta persistencia barroca es la que nos puede explicar la relativa dificultad de los países por mantener una coordinada estructura de cooperación y relación política internacionales.

La profundidad intelectual de Mariano Picón queda expuesta en su visión de Hispanoamérica. Se advierten dos puntos que representan ejes temporales, pero que a su vez suponen una contradicción para la adopción de medidas políticas. Desde la perspectiva del futuro propone líneas de acuerdos políticos deseables para la creación de coherentes instancias políticas generales entre los países, con especial atención a las de integración en educación y cultura. Si adoptamos su análisis del pasado, sobre la presencia de formas culturales desde la colonia hasta hoy, encontramos que su idea del futuro recibirá una profunda tensión desde otra de sus originales ideas, aquella que él mismo plantea como el conflicto cultural originario: *el laberinto barroco*. Ese laberinto lleva a que los países, teniendo todos los elementos de cercanía y comunicación, como son el lenguaje, la historia y las estructuras culturales originarias, no puedan construir acuerdos serios de integración política y económica, y esta búsqueda resulte más accidentada que la creación de la Unión Europea, donde las diferencias y los conflictos históricos son más que evidentes. En Hispanoamérica, la persistencia de la estructura del monólogo barroco y de la generalización ha hecho que numerosas iniciativas se mantengan en una continua búsqueda de sí mismas.

Hoy día, el debilitamiento del Estado-Nación formado hace 200 años (menos tiempo que la permanencia de la cultura barroca en Hispanoamérica), el poder de las empresas más el fin de la guerra fría llevan, en los años 90, a un interés por establecer grandes alianzas donde las prioridades dejan de ser la defensa del Estado Nación y se concentran en lo educacional y cultural y en la regulación general de los mercados.

Las relaciones internacionales de la última década, terminado el periodo generalizado de las dictaduras militares, aparece en Iberoamérica con un sello de presidencialismo, una preocupación por la reconstrucción política y por la democracia y una atención institucional a la educación, sujeta a reformas en casi todos los países.

En Hispanoamérica, la cultura, entendida como la matriz que permite la creación de conocimientos y en la cual se enlazan todos los elementos significativos de comunicación y creación humanas, contiene el orden simbólico desde donde el sujeto es siempre interpelado, a diferencias de lo imaginario o lo real. Esta cultura entregará una perspectiva temporal que apuntará tanto al cosmos vivencial del ser humano (los grandes temas y los grandes problemas) como a

³¹ Octavio Paz, *op. cit.*, pág. 345.

los modos de resolver las incógnitas naturales. Es por eso que, desde la matriz cultural, es posible entender, por ejemplo, las líneas del desarrollo técnico y tecnológico. La perspectiva cultural, convertida en "discurso" es a su vez una práctica social que constituye cultura y donde el lenguaje resulta ser el transmisor del orden simbólico. Por lo mismo, la ideología, como visión propia de un tiempo, habla desde todo proceso o producto temporal.

Hoy nos movemos desde ángulos situados en el principio de Incertidumbre, el nuevo concepto del cambio, con la idea de lo aleatorio y de la casualidad³² y se ha revalorizado la imaginación creativa, enfatizando más el proceso que el trabajo acabado. Estas perspectivas se reflejan en las actuales líneas de políticas gubernamentales, en la planificación estratégica de las instituciones privadas y públicas y en variadas formas de acercamiento a los problemas. Pero, si atendemos a Mariano Picón Salas, no podemos olvidar que en Hispanoamérica se vive en la tensión cultural, en una permanente contradicción, porque *siempre subyacen las características barrocas*.

La cultura, como visión del mundo, se sistematiza y transmite en la educación a través de las políticas públicas. Actualmente, las reformas educativas, coordinadas e impulsadas por los Organismos Internacionales, Agencias especializadas y Bancos, desde hace más de 10 años, son una forma privilegiada de cooperación y política regional. Es así como todos los países están desarrollando los mismos programas con idénticos objetivos de desarrollo³³. Cada vez se busca responder al conflicto de los mercados, con la educación, la cultura y las comunicaciones. En estos últimos años, la cultura —como tema de relaciones internacionales— aparece en sectores pequeños o módulos, asociada principalmente al problema del mercado internacional. Las industrias culturales son objeto de discusión política actual en los Organismos y la defensa de mercados culturales se ha convertido en un punto de consenso para los países de Hispanoamérica.

Las transformaciones operadas por la globalización de la economía, los concomitantes desplazamientos demográficos y sus repercusiones en las políticas nacionales y locales, la magnificación y la capitalización de lo simbólico debido a innovaciones tecnológicas en las comunicaciones y en la industria del entretenimiento han realizado el valor de la cultura como recurso, (...) implica que se trata de algo que debe ser administrado, gerenciado y circula globalmente, con creciente velocidad ...³⁴.

³² Cuyo origen se encuentra en la física contemporánea, en bioquímica y genética. Ana María Maza "El mirar de nuestro tiempo", *Tablero* N° 43, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 1992.

³³ Las Reformas educacionales financiadas por el Banco Mundial, los programas de desarrollo educativo del BID, el Programa de Mejoramiento de la Calidad de la Educación de UNESCO para América Latina y el Caribe (PROMEDLAC). "... vivimos una paradoja. Los sistemas educativos forman en términos nacionales, como cuando los países vivían encerrados dentro de sí mismos, a niños que viven espontáneamente inmersos en el mundo, casi sin pasar por el país y, menos todavía por América latina. De hecho es un anacronismo seguir educando en un horizonte marcadamente nacional en la era de la globalidad. La vida y sus temas ya no son nacionales". Juan Eduardo García Huidobro, Convenio Andrés Bello, 1998, pág. 49.

Si bien los países latinoamericanos han experimentado un proceso de modernización en el consumo de bienes y mensajes culturales, acentúan año tras año su lugar periférico en la producción y comercialización de productos culturales³⁵.

Los actuales análisis de políticas públicas en relación a las industrias culturales señalan a nuestros países como consumidores. Además existe un predominio de las industrias electrónicas de la cultura, un parcial desplazamiento del consumo social, desde las bibliotecas, museos, teatros, conciertos, a los medios de la vida privada, radio y televisión, una disminución de las culturas locales por las grandes empresas (las que no pueden asociarse a Organismos Internacionales ni a Estados Nacionales). Según Néstor García Canclini: "hay una necesidad de redefinir Iberoamérica porque el sentido de globalización de hoy es muy diferente a la importancia cultural de una metrópolis, como ocurrió con España en los siglos XVI y XVII o Francia en el siglo XIX. Hoy día globalización significa americanización que incluye dependencias en todo el planeta". Su consejo: "... es fácil acumular fuerzas por regiones culturales de tipo lingüístico y donde la globalización se da por agrupamientos regionales, como en el caso de Iberoamérica"³⁶. Está muy cercano a las ideas que había planteado Mariano Picón Salas.

El problema actual en los países, entre otros, es que vivimos un periodo dominado por los afanes de permanentes transformaciones. En estas últimas décadas se ha acrecentado la noción del tiempo que excluye todo aquello que no sea su instantaneidad. Con el apoyo del dinamismo tecnológico vivimos un presente que se construye a sí mismo en cada instante y deja fuera los intereses y las reflexiones temporales sobre el pasado y los efectos futuros que tendrá cada paso dado. Suele afirmarse que lo que caracteriza nuestro tiempo es el sentimiento de aceleración unido a la precariedad³⁷. Actualmente, los acuerdos internacionales se centran en "asumir la heterogeneidad de la producción simbólica en nuestras sociedades y la envergadura estructural de las industrias culturales en la puesta en comunicación de nuestras sociedades"³⁸. Esta actual

³⁴ George Yúdice, "La globalización y el expediente de la Cultura", *RELEA* N° 10, Universidad Central de Venezuela, Caracas, enero-abril 2000.

³⁵ Néstor García Canclini, *Imaginario Urbanos* 1997, pág. 34.

La importancia de las industrias culturales en Iberoamérica, donde aparezcan las expresiones de las formas de mestizaje y creación cultural, se entiende como uno de los beneficios de la identidad alcanzada por la interculturalidad, base de toda la creación cultural en América.

También Jesús Martín-Barbero: "Si hay un movimiento poderoso de integración (...) es el que pasa por las industrias culturales de los medios masivos y las tecnologías de la información", pág. 306.

³⁶ Conferencia realizada en Ciudad de México, con ocasión de la Conferencia de Viceministros de Cultura de Iberoamérica, preparatoria de la V Conferencia, 12 de mayo, 2001.

³⁷ "La asociación del consumidor y del telespectador está aniquilando al ciudadano. No lo priva de su libertad por coacción, sino por la gravitación de las nuevas necesidades que le inculca. La nación se encuentra en peligro de disolución por la economía de mercado y por la televisión". Jean Daniel, *Entrevista del Correo de la UNESCO*, diciembre 1995.

³⁸ Jesús Martín Barbero, *Las transformaciones del mapa: identidades, industrias y culturas*. Convenio Andrés Bello, Santafé de Bogotá, 1999.

preocupación internacional por las obras y su difusión usando las características del mercado, tiene, puedo suponer, un sentido más esencial: las obras de cultura siempre suman, ninguna sustituye a otra, no se anulan como en la tecnología. Las obras culturales, especialmente las de arte, adquieren un privilegio añorado: permanecer en el tiempo, ellas nos ayudan a superar la angustia temporal y entregarnos la imagen de nosotros mismos en esa incesante búsqueda de respuestas a grandes y pequeñas incógnitas y problemas humanos. Si en las obras también están implícitos los objetivos de búsqueda de belleza y de un especial tipo de eternidad, tendría fundamento cultural la preocupación política por ampliar los mercados nacionales e internacionales para las obras culturales de la región. Si con las obras se expresa una visión cultural del mundo, tiene un sentido más trascendente apoyar la difusión, creación y venta de obras culturales.

El gran aporte de Mariano Picón Salas ha sido entregarnos un punto central y generador de perspectivas a los interesados en los temas de las relaciones internacionales como una zona de expresión de intereses no sólo políticos y económicos, sino de antropología cultural y comunicación humanas. Cuando afirmó en 1944: "... no nos evadimos enteramente aún del laberinto barroco. Pesa en nuestra sensibilidad estética y en muchas formas complicadas de psicología colectiva", nos entregó razones implícitas y vigentes de nuestras contradictorias relaciones internacionales.

No podemos ocultar la dificultad que genera para las relaciones y los acuerdos internacionales el encubierto laberinto barroco de nuestra cultura hispanoamericana³⁹. Mariano Picón Salas destacaba: "esa voluntad de enrevesamiento, de vitalismo en extrema tensión y, al mismo tiempo, de fuga de lo concreto"⁴⁰.

En el pasado siglo hemos conocido, estudiado e incorporado en las acciones políticas de los países a la modernidad y la postmodernidad, pero, es posible que siempre, en niveles variados y con diferente intensidad, hayamos estado limitados por un oculto contexto cultural barroco. En él predomina el con-

³⁹ En tal sentido, en Hispanoamérica, junto a la influencia del barroco, encontramos la *Cultura de la negación*, donde los periodos y las culturas se niegan a sí mismas, desde la conquista. Fenómeno destacado por Mariano Picón Salas y, con gran intensidad, por Octavio Paz. Un antecedente hispánico podríamos encontrar en la teoría de Américo Castro en relación a su estudio e interpretación del periodo medieval, con la "convivencia de tres castas", situación que históricamente ha sido poco aceptada. Tampoco ha sido incorporada como explicación válida del conflicto histórico de España. En *La Realidad Histórica de España*, Purrúa, México 1964.

En algunos Organismos encontramos la tendencia a las políticas fundacionales, que son una variante de la "cultura de la negación". Cambia el directivo y cambia la línea programática, incluso en el *Convenio Andrés Bello*, Organismo exclusivamente hispanoamericano, que, contando con mejores bases económicas que otros Organismos internacionales, porque no depende de los pagos de las Cancillerías nacionales y sus naturales fluctuaciones económicas, sino de un Fondo de aporte inicial, el CAB varía las líneas programáticas con más facilidad que otros Organismos, como sería el caso de la UNESCO. Se presentan mayores cambios en el CAB, a pesar de que la coherencia política está dada por los acuerdos de las reuniones de Ministros de Educación, del mismo modo que en la UNESCO. Esta situación se podría analizar si comparamos las variaciones efectuadas por cada administración en la década del '90.

⁴⁰ Mariano Picón Salas, *De la Conquista...*, pág. 99.

traste, cierta cultura de la negación, el goce del lenguaje con predominio del monólogo, donde cada interlocutor busca un punto de interés particular para centrarse no en la claridad de grandes líneas políticas sino en la atomización de puntos formales y equidistantes.

Casi como si nos mantuviéramos en un contraste propio del siglo XVII, encontramos que, junto con constatar la evidencia de las condiciones barrocas en nuestra región, existe otro elemento que tiende a sumar en medio de las diferencias. La experiencia del mestizaje vivido por más de 400 años permite también, desde la diversidad fragmentaria, llegar a construir acuerdos generales que se originan en lo que, sería, en palabras de Mariano Picón Salas, "*idioma e historia que tienden a un sentimiento de fraternidad*". O aquello que, a pesar del barroco molecular y centrífugo, "*vivimos como puro impulso emocional*", creando nuevos acuerdos políticos iberoamericanos que puedan superar las propias contradicciones de fuerzas de su origen cultural barroco.

Termino diciendo que la V Conferencia Iberoamericana de Cultura, realizada el 8 y 9 de noviembre de 2001 declaraba, entre otros puntos: "Iberoamérica como potencia cultural debe tener una postura clara y decidida en un mundo globalizado, a través de políticas activas, abiertas al mundo, fundamentada en sus culturas, aprovechando los distintos procesos de integración y las alianzas estratégicas multinacionales en aras a asegurar la diversidad cultural, y generando alternativas y mecanismos para el fortalecimiento y la defensa de nuestra identidad".

En mayo de 2002 se realizó, en Madrid la 1ª Cumbre Iberoamericana - Unión Europea. Creo que, a pesar de los desencuentros y deficiencias, Mariano Picón Salas estaría complacido por los esfuerzos de integración que han demostrado los países en estos últimos cincuenta años.

El mundo ha cambiado mucho desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando Martí escribió y luchó. No estamos bajo el yugo de ese colonialismo territorial, que respondía a una necesidad de expansión, entendida en términos de conquista geográfica, y que requería de sus "bárbaros" como fuerza laboral, entidades biológicas despojadas de personalidad cultural, moral y política. El colonizado era un sobrante de humanidad, que se trataba en distintas formas de reducir o "convertir": de "Hombre" en "nativo", "aborigen", "indígena" o "indio". La reducción del nombre es el signo de una aniquilación que alcanza los cuerpos, los dioses, las creencias.

Tampoco es el nuestro el mundo en blanco y negro de la Guerra Fría, donde también estaba bastante claramente diseñado el mapa del reparto, las "zonas de influencias", donde a la lucha por la conquista de los mercados se sumaba la pugna ideológica por el control de las conciencias. En el mundo "globalizado" de hoy, la dominación se ha vuelto menos ostentosa, más compleja y difusa, aunque no siempre menos feroz. No logra borrar, en todo caso, la diferencia entre *globalizadores* y *globalizados*. La palabra misma "globalización", se ha impuesto sobre la menos neutra de "imperialismo", junto con la consolidación de un imperio que abarca el *globo*, donde se vuelve hasta cierto punto superflua la fuerza bruta del viejo colonialismo geográfico y la dominación se ejerce a distancia. En este escenario, el Tercer Mundo tiende a ver en el Primero su único *norte*, mientras éste puede elegir las zonas más propicias para invertir sus excedentes, botar sus desechos y arrojar sus bombas.

¿Qué vigencia tiene, pues, si mantiene alguna, el pensamiento de Martí en el escenario actual del mundo?

Trataremos de precisar esta pregunta a través de uno de sus más significativos ensayos: "Nuestra América" (1891).

En una primera lectura, parece que fuera cuestión de la descolonización de Cuba. La explotación colonial en las Antillas había recrudecido a raíz de la terrible merma que significó para España la pérdida de la mayor parte de su Imperio. Sin embargo, una lectura más atenta muestra que la preocupación fundamental de Martí es por los déficits y vicios *culturales* que conlleva el colonialismo. La sola conquista de soberanía política le parece insuficiente si no se acompaña de una cultura de la libertad. Y su reclamo, en consecuencia, apunta a sacudir el *yugo espiritual* de las patrias americanas: "El problema de la independencia, escribe, no *era* el cambio de formas políticas sino el *cambio de espíritu*" (Las cursivas son nuestras).

Llama la atención el empleo del pretérito en este pasaje. Martí está pensando, aparentemente, en la gesta de 1810, y sosteniendo un diálogo en sordina con los libertadores, para *no* reincidir en los posibles errores y omisiones, que limitaron el significado de la epopeya independentista de comienzos de siglo.

* Universidad de Chile.

No es que la Independencia haya carecido de espíritu. Fue, sin duda, una gesta de la libertad, pero la constitución de Estados soberanos no era todo. El cambio habría sido más profundo y duradero si a la emancipación política se hubiese agregado un cambio cultural. El reclamo de Martí es, precisamente, por una cultura creada para y desde las necesidades de Cuba y, por extensión, las de 'nuestra América'. Por eso dice que "el problema no *era* sólo el cambio político", pues para él se trataba de forjar un sustrato cultural que permitiera evitar aquella amarga experiencia que llevó al Libertador a lamentarse de haber "arado en el mar". Bolívar, como es sabido, estimaba malograda su obra, en vista del espectáculo que ofrecían las jóvenes repúblicas desgarradas por las rencillas caudillistas y amenazadas por la anarquía.

Esa aprensión era compartida por otros libertadores y tiene raíces muy hondas: expresa un límite de la revolución republicana en esta parte del mundo. Es un hecho emblemático que muchos de los líderes de la Independencia hayan concluido sus días en la soledad del exilio, lejos de las tierras que contribuyeron a emancipar. Las revoluciones "devoran a sus hijos", suele decirse. La Independencia tuvo esa misma voracidad, pero no revolucionó nada. El cambio lo gatilló un acontecimiento externo y fortuito, la invasión napoleónica y la deposición del rey, y la lucha de los fundadores quedó circunscrita a la creación de nuevos Estados. Pero en los campos de batalla sólo se podía ganar autonomía política, *soberanía*, tal como se la entendía en el siglo XIX, de modo que el peso de la sociedad y la cultura coloniales, más la falta de un proceso previo de maduración de las ideas republicanas, como el que se observa en casi todas las revoluciones modernas, tenía que dejarse sentir como un pesado desquite a la hora de crear una nueva institucionalidad. Los "padres de la patria" no podían ellos mismos suplir su propia orfandad y esta carencia de *fundaciones* significó que vieran a menudo derrumbarse su obra tras sus pasos, de modo que, a la postre, la república en esta parte del mundo perpetuó muchos de los rasgos de la tradición colonial. La ruptura con el antiguo régimen se produjo más en el orden legal e institucional que en el intelectual y moral; más en la forma de legitimación del poder que en su ejercicio y en sus estructuras. La modernización del Estado resultó más o menos cosmética y ocasional, según el caso, y la práctica republicana en muchos de nuestros países ha sido una metástasis del cuartel.

Por eso Martí reclamaba algo más que un "cambio político": la sangre derramada en los campos de batalla merecía más que autonomía, un "cambio de espíritu". Pero él entendía muy bien que este cambio pasa por el desarrollo de una cultura política. "En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, escribe, los incultos gobernarán... allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno".

La estrategia desarrollada en los institutos de enseñanza coloniales consistía, precisamente, en formar en el espíritu de un universalismo abstracto, sin compromiso con la realidad americana, sin conocimiento de ella y por ende sin respuestas a sus necesidades propias. "¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudi-

mentario del arte del gobierno, que es el análisis de *los elementos peculiares* de los pueblos de América?" (La cursiva es nuestra).

La cultura política desempeña un papel crucial. Sin ella, la obra emancipadora no podrá ser consistente y duradera. La porfía, a lo largo de todo el ensayo, en la necesidad de recabar en lo peculiar y propio de esta América, se dirime para Martí en el plano de la formación ciudadana. No se trata de nacionalismo corriente. La controversia entre hispanismo y antihispanismo, con sus connotaciones xenofílicas o xenofóbicas, no tiene mayor sentido para él. Se trata, antes bien, de que la Independencia del continente tuvo un carácter fundamentalmente anticolonial; no fue una "revolución republicana" en el sentido que lo fueron la francesa y la norteamericana. En América Latina los fundadores no mostraron suficiente claridad respecto al mundo en que querían vivir. Bolívar mismo, ante la pregunta sobre qué régimen de gobierno intentaba instaurar, se mostraba dubitativo, y no excluía la monarquía. "Toda idea relativa al porvenir del (Nuevo Mundo) me parece aventurada", escribe. "¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía?". A la pregunta: "¿Seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república?", Bolívar responde: "Los acontecimientos nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales"; "así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma democrática y federal para nuestros Estados"¹.

La razón de esta ineficacia la ve el Libertador en la carencia de vida política en el Nuevo Mundo. "La existencia política de los moradores del hemisferio americano, era nula", escribe. Y concluye con una confesión melancólica: "De cuanto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió".

"América no estaba preparada" para su independencia. ¿Cabe una palabra más amarga en boca del Libertador?

Los grandes acontecimientos llegan antes de tiempo, o así lo parecen. Porque lo habitual y consuetudinario es enemigo de todo nacimiento y la novedad toma a la costumbre a contrapié. Prematuro se llama entonces, a lo que no ha tenido suficiente tiempo de maduración. La formación previa de la conciencia republicana parece ser lo que echaba de menos Bolívar. Y ésta es justamente la preocupación que trasunta el texto de Martí: la necesidad del "cambio de espíritu" que él reclama, responde a esa aprensión. Si el cambio es prematuro, si la semilla de la soberanía cae en un suelo no preparado para la germinación de la libertad, la independencia llegará a deshora y no rendirá fruto en suelo yermo.

Digamos de paso, todavía a propósito de Bolívar, que su idea de la unidad americana responde en cierto modo a esa misma duda radical respecto a la capacidad de gobierno, que manifiestan las repúblicas recién nacidas. Para evi-

¹ En "Carta de Jamaica", *Fuentes de la cultura latinoamericana*, Fondo de Cultura, México, 1993, pág. 17 y ss.

tar el escepticismo total, Bolívar postula la "patria grande". Pero es una solución de emergencia, la tabla de salvación para mantener a flote su desfalleciente confianza en que una "enmienda de las costumbres" vendría junto con la obra emancipadora: "Seguramente la unión es lo que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración".

Este "seguramente", para quien sepa leer, es un antídoto de una tremenda inseguridad. No podía escapársele a Bolívar que la unidad por sí sola no puede impedir la anarquía y las dictaduras, que es de lo que se trata. Porque el problema fundamental de las descolonizaciones es que el vacío de poder generado por el retiro del colonizador, lo viene a llenar quien tiene la fuerza. Por eso los movimientos independentistas arriesgan generar regímenes de fuerza. Las descolonizaciones posteriores del siglo xx confirman ese riesgo. Se han visto enfrentadas a este mismo problema: instaurar la continuidad de un orden civil, con una nueva ley y una nueva legitimidad que permitan evitar el peligro de la confrontación belicosa, siempre al acecho en vista del carácter litigioso de la política.

Los países africanos en la primera mitad del siglo xx, más tarde las naciones surgidas de la desintegración de la Unión Soviética, incluida la ex-Yugoslavia, no son excepciones a esta regla: la resaca del poder colonial viene seguida de marejadas insurreccionales, virtuales guerras civiles, que representan las secuelas más visibles de la ingeniería social del colonialismo.

La formación de un conglomerado de Estados no resuelve por sí sola esta cuestión de desterrar la guerra civil y construir un ordenamiento institucional estable. No hay razón alguna para suponer que el todo no va a reproducir, a otro nivel, la misma dificultad de las partes. De allí la necesidad de disponer de un modelo regulativo sistémico, previamente acordado, que sirva de referente y parámetro ordenador de la política. Un orden de este tipo puede naturalmente quebrarse de hecho o ser insuficiente, sólo que es indispensable. Porque de faltar él, la posibilidad de la lucha civil dentro del Estado se torna cierta. Es, por ende, condición de cualquier "cambio espiritual", enmienda o "regeneración de las costumbres", como querían Martí y Bolívar. Martí, en efecto, no piensa en términos tan distintos al Libertador en este punto. La "verdadera" emancipación supone la ciudadanía, o sea, supone "existencia política" (Bolívar). Martí piensa también en términos continentales, aunque desde su propia perspectiva, naturalmente. La república ya se ha impuesto en el Nuevo Mundo como el régimen que goza de plena legitimidad, de modo que la constitución republicana parece ser la condición incuestionada e ineludible de la nación por nacer. El dice, por ejemplo, "injértese en *nuestras repúblicas* el mundo, pero el tronco ha de ser el de *nuestras repúblicas*", a propósito de la necesidad de desarrollar una cultura adecuada a "los elementos verdaderos" del país. Y propone igualmente "abrir los brazos de *la república* a todos", cuando llama a reconocer y asumir la pluralidad cultural del continente. En ambos casos, no habla de "la nación" o del "país": está pensando inequívocamente en el sistema político, y a la sazón la república es el horizonte inexcusable de cualquier proyecto fundacional.

Sin embargo, Martí, en un pasaje significativo, expresa un punto de vista singular sobre este tema, que vale la pena interrogar con cuidado. Él atribuye el surgimiento de las "tiránías" en esta América, a la insuficiente atención prestada a las condiciones propias de estos países: "por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder", escribe.

Es un argumento de dos filos, porque, a pesar de la intención de evitar la "tiranía" —hoy diríamos la dictadura—, deja lugar a una eventual justificación de la misma. Si las dictaduras surgen a raíz de la inadecuación o disconformidad con los "elementos naturales" del país, quiere decir que bastaría la adecuación a los mismos para evitarlas. Pero ¿quién juzga cuándo un régimen tiene debidamente en cuenta "los elementos naturales" o "verdaderos" del país? En el mejor de los casos, eso vendría a saberse una vez instalado el nuevo régimen. De modo que "la adecuación" a esos "elementos naturales" recibe un suplemento de verdad que viene del mismo rechazo a la tiranía. Y el argumento se mueve en círculo: no precisa en qué consiste la adecuación o cómo tendría que ser un régimen que no "desdeñara los elementos naturales".

La explicación se podría incluso dar vuelta y servir para justificar la dictadura, ya que se puede aducir que la república o la democracia *no se aviene suficientemente con los "elementos naturales" o las condiciones específicas de un país*. Y bastaría eso para declarar en vacancia esos regímenes.

En Chile hay toda una tradición de historiadores, que aduce con más o menos matices, esa misma "inadecuación", para legitimar lo que Martí se proponía evitar: las dictaduras. La soberanía popular, según esa doctrina, es buena para naciones más maduras y cultas. Las nuestras requerirían, en cambio, de la tutela de gobiernos fuertes, de caudillos o de jefes militares capaces de mantener a raya al populacho². El mismo argumento, remozado, se invoca cuando se afirma que el desarrollo lo promueve mejor un régimen de fuerza y que la democracia vendría por añadidura. Eso no hace sentido, pues equivale a decir que con las restricciones a la libertad crece la libertad porque crece la economía.

La ventaja de los modelos regulativos universalistas consiste en que fijan unas reglas de juego que todos se comprometen por anticipado a respetar. La gran crítica a estos modelos es que son "abstractos", es decir, que no tienen debidamente en cuenta la especificidad cultural. Pero mientras esas condiciones especiales permanezcan indeterminadas, es más bien la apelación a ellas lo que permanece abstracto e indeterminado. "Las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales" señala el propio Bolívar, y agrega: "Nosotros somos un pequeño género humano; posemos un mundo aparte"³.

² Pienso en Edwards Vives, en Encina y más recientemente en Mario Góngora y sobre todo en Gonzalo Vial.

³ *Op. cit.*

Seguramente habrá quienes se sentirán muy halagados de ser tan especiales y únicos como para formar "un género humano aparte". Pero la consecuencia de ser tan originales y distintos es que no nos servirían las soluciones probadas por otros. Necesitaríamos las nuestras "propias", "originales", "genuinas", "verdaderas" y "auténticas". ¡Muy bien! Pero siempre que esta "autenticidad" signifique algún acuerdo respecto de un marco regulativo alternativo, de otro modo lo "verdadero", "genuino" y "auténtico" puede constituirse en un pretexto para cualquier cosa. Y lo cierto es que Bolívar no nos procura ninguna respuesta al respecto. Al contrario, dice que el sistema político puede ser tanto la república como la monarquía. Solo que, mientras tanto, lo que se iba imponiendo era la anarquía y la dictadura.

Nadie podrá desconocer la legitimidad de los reclamos identitarios, en cuanto tratan de evitar simulaciones, falsedades e imposturas. Pero están expuestos a lo mismo que rechazan porque no excluyen nuevas formas de impostura. En el siglo xx se intentó más de una vez fundar Estados sobre la base de una identidad étnica, religiosa u otra. Y el resultado fue un fiasco: se generaron conflictos interminables o las peores carnicerías. El Estado germánico nazi, los surgidos de la ex-Yugoslavia y otros del Medio Oriente, confirman esta dificultad. Los reclamos identitarios son ineficaces para fundar la política. La ciudad moderna es más bien diversa, diferenciada, heterónoma. Ella es desintegrada por excelencia: renuncia a la idea de una cultura homogénea y unitaria que implique una reducción de las diferencias y del carácter fundamentalmente litigioso de la política.

Volviendo a Martí, él recusa precisamente las herencias del régimen y de la cultura coloniales, situándose a la vez sobre la cuestión del hispanismo. Tiende a preconizar una cultura propia con un claro sesgo renovador. Bernardo Subercaseaux llega incluso a señalar este aspecto como el tema central del artículo. La "tensión entre modernización y cultura, afirma, ha estado siempre presente en América Latina"; "la tensión entre estos polos recorre todo el texto (de "Nuestra América") y es en cierta medida el eje temático del artículo"⁴.

La contraposición entre modernización y cultura no resulta muy aclaradora en este caso. Al intentar *aplicar* esa oposición al pensamiento de Martí, se convierte en un truismo que, en lugar de resaltar su originalidad, la diluye en una antítesis genérica, que vuelve, como la noche, a todos los gatos pardos.

Subercaseaux adopta, en cambio, un predicamento inverso al referirse al "anti-imperialismo" atribuido a Martí. En este caso, invoca un criterio estrictamente histórico: "Se trata de un punto de vista discutible", escribe, "el imperialismo —como teoría de una fase final del capitalismo—, pertenece a Lenin, en circunstancias que el pensamiento de Martí es anterior y está completamente alejado de esa órbita de ideas".

⁴ "Modernización y cultura en América Latina: La vigencia del pensamiento de José Martí" en Revista *Mapocho* N° 38, 2° semestre de 1995.

Sin duda, Martí es ajeno a "una teoría del imperialismo", en la forma como se desarrolló más tarde, como una "contradicción sistémica". Sin embargo, la idea anti-colonialista es tan central en el pensamiento y la obra de Martí, que resulta imposible desecharla. Gran parte del artículo comentado gira en torno a la cuestión de la "dependencia cultural", como se la llamó después, y sus efectos deformadores. Esta preocupación no es otra que por la condición colonial y sus secuelas en la cultura.

El punto tiene importancia no tanto por la distinción entre colonialismo e imperialismo, que puede ser excesivamente escolar, sino porque en ello está en juego el carácter del pensamiento de Martí.

Desde luego, su antiimperialismo no es *teórico* ni podría serlo⁵. En él falta el concepto, incluso falta la palabra "imperialismo", pero está la idea y sobre todo la práctica anti-imperial⁶.

La teoría del imperialismo intenta convertir esta palabra en un concepto, y mostrar su *necesidad*, su relación interna con una tendencia sistémica, inherente a él, que lo forzaría a la expansión indefinida, o sea, a la conquista de nuevos mercados. En este aspecto, el imperialismo sería el relevo tecno-económico del colonialismo político-militar y su noción territorial-geográfica del dominio. Con la "globalización" se refuerza esta tendencia: el poder "global" es aún más anónimo y difuso, más remoto y soterrado, pero no menos eficaz que el poder imperial. Sus métodos más "científicos" no excluyen tampoco la acción directa del colonialismo clásico. El imperio "global" es más "técnico" y en este sentido podría decirse, siguiendo la paráfrasis, que la "globalización" es la "fase superior" del imperialismo porque, junto con ganar en extensión y difusión, gana en poder de ocultación y en aceptación. Pues el poder que no se muestra despierta menos oposición y resistencia. En cambio, mientras más manifiesta la dominación, más fácilmente despierta el contrapoder.

Este es el punto que importa en relación a la cuestión del "anti-imperialismo" de Martí. Pues, para él, la cuestión del poder siempre está presente: es el problema por excelencia que trataba de resolver: la descolonización. Y esto nos lleva de vuelta a la contraposición entre modernización y cultura. Pues esa antítesis da cuenta de una tensión entre dos tendencias antagónicas permanentes, una transformadora-innovadora y otra tradicional-conservadora. Pero es una tensión constitutiva, históricamente tributaria de otra que es más significa-

⁵ La teoría sola no es reveladora, no muestra nada; al revés, mientras más pura es más ciega. La matemática o la lógica, por ejemplo, no conocen nada, en tanto una intuición puede ser extraordinariamente certera, sin expresarse en absoluto en forma conceptual. La teoría necesita más de la intuición que ésta de la teoría, requiriéndola mucho.

⁶ Hoy se da una situación simétrica aunque inversa: la palabra imperialismo ha caído súbitamente en desuso y no por eso diríamos que ya no existe. En cambio la "globalización" está en boca de todos, a pesar de ser un concepto bastante vago. Tal vez esa imprecisión responda a una estrategia cautelosa semántica, pero el caso es que la palabra ha tenido aceptación a pesar de su polisemia o quizás a causa de ella, porque cada cual puede acomodarla a sus preferencias. "Imperialismo", en cambio, es bastante preciso, pero el término se ha convertido en un arcaísmo en apenas un par de décadas.

tiva para Martí: la de imperio/ colonia, de metrópolis/ provincia, centro/ periferia o como quiera llamársela.

La "modernización" se ha convertido en un término relativamente aséptico, como el "progreso" o el "desarrollo", en el sentido que presenta la diferencia con sus opuestos, el "subdesarrollo", el "atraso", etc., en términos lineales. "Modernizarse" se entiende como "atrapar el rezago", "salir del atraso" o "despegar", según la metáfora aeronáutica de Rostow. Vale decir, se presenta como un proceso cuantitativo, dependiente fundamentalmente de la acumulación y del desarrollo más o menos continuo de las fuerzas productivas. Precisamente porque la "modernización" supone un tiempo lineal homogéneo, permite agrupar todo lo precedente y lo subsiguiente en relación a un solo parámetro que escinde a todos los diferentes en "premodernos" y "posmodernos". O sea: lo que no es "moderno" es simplemente "anterior" o "posterior".

La oposición entre modernización y cultura se suele entender también como una contraposición entre dos culturas, una autóctona o tradicional, y otra que representa una reforma de aquélla. En este sentido la entiende, por ejemplo, Octavio Paz, quien la hace extensiva a la Colonia. Serán sucesivamente jesuitas ilustrados en el siglo XVIII, liberales y positivistas en el siglo XIX y marxistas y neoliberales en el XX, quienes representen el polo modernizador, frente a un componente vernáculo o tradicional. Se trataría, pues, de un proyecto de transformación cultural o de reforma social inspirado en el modelo de una metrópolis o centro "imperial".

La dupla modernización/ cultura resulta, sin embargo, equívoca porque presenta esta oposición *como si fuera independiente de las relaciones de poder*. Basta con asimilar "modernización" con "progreso" y "cultura" con "tradicción" o cultura vernácula, para que no haya mayor dificultad en entender la oposición como equivalente a progreso/ atraso o a civilización/ barbarie, o sea, como una oposición políticamente neutra, aséptica, reductible a desarrollo económico o a progreso productivo.

Martí rechaza, sin embargo, explícitamente, la contraposición entre civilización y barbarie, acuñada por Sarmiento. "No hay batalla, escribe, entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza". El énfasis —en el progreso productivo—, representa la exacta antítesis del énfasis martiano en el "cambio espiritual". Este es de índole cultural, por cierto, pero indiscerniblemente político a la vez, como hemos visto hasta la saciedad. De modo que si a la neutralización del cambio político-espiritual, mediante su reducción a la oposición cultura/ modernización, se agrega la negación de su anti-imperialismo —o anticolonialismo, poco importa—, lo que queda de Martí es un "pos-mo" culturalista. Su dimensión política en sentido amplio queda mutilada o reducida, en circunstancias que es decisiva. Jamás están ausentes las relaciones de poder: ellas permean las formas culturales y, recíprocamente, la formación plena supone la formación ciudadana. Martí habla en nombre de América nuestra, porque sacudir el yugo colonial no significa todavía emanciparse de *las secuelas* de ese yugo. La condición colonial no cesa con la indepen-

dencia, porque el colonialismo asume formas y manifestaciones múltiples: políticas, desde luego, pero también intelectuales y morales. Por eso es preciso el "cambio de espíritu": el desarrollo de una cultura que parta de las propias necesidades y responda a ellas. El llamado al respecto es reiterado: "el país naciente pide formas que se le acomoden". "La incapacidad está... en los que quieren regir pueblos originales... con leyes heredadas... de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia"; "el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés". Martí quiere "métodos e instituciones nacidas del país mismo". "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país". Si se olvida este imperativo, esta ignorancia se paga con tiranía: "Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, (y) derivar de ellos la forma de gobierno"; "con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india": "nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra" "la universidad europea ha de ceder a la universidad americana"; "los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos"; "Injértese en nuestras repúblicas el mundo pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas". Para qué seguir: no hay un motivo más reiterado que éste de evitar el colonialismo espiritual y permitir que florezca la cultura desde su raíces.

Finalmente, permítaseme todavía una palabra sobre el uso de la idea de naturaleza en Martí.

Hemos visto que el término aparece profusamente. Por ejemplo, cuando habla de la "conformidad con los elementos naturales" o cuando contrapone la "naturaleza" a la "falsa erudición", lo hace en un sentido muy próximo a Rousseau, para quien la *naturaleza* del hombre es fundamentalmente buena. Lo "natural", también para Martí, es una metáfora de la bondad, pureza e inocencia del hombre originario. En este caso, del indio americano, frente a la malicia, soberbia y falsedad del "criollo exótico" y del "letrado artificial", como él los llama. En esta misma vena ilustrada, escribe: "El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle". Pero, al mismo tiempo, el desdén hacia este buen sentido común del "hombre natural" ha sido fuente del mayor infortunio en nuestro continente, pues "han subido los tiranos de América al poder", por haberse desdeñado "esta conformidad con los elementos naturales".

Aquí se juntan explícitamente los dos aspectos del "cambio espiritual": el político y el cultural. Para desterrar la tiranía es condición necesaria la instauración de instituciones, leyes y prácticas en conformidad con los "elementos naturales". En cambio, la disconformidad con ellos, favorecería las tiranías.

Estos "elementos naturales" son, en general, los hombres del pueblo sencillo. El "cambio espiritual" consiste también en su inclusión. La tradición de pensamiento euro-centrista, con la antropología a la cabeza, siempre vio —hasta Levy Strauss— en el habitante del Nuevo Mundo una variante degradada y

servil de humanidad. Martí en esto mantiene una insobornable visión americanista de América, sin concesión a los discursos del poder, que se ensañan en la humillación de los componentes autóctonos del "tronco" americano. No es por el reconocimiento multicultural de la fragmentariedad su alegato, sino más bien por un rechazo a las exclusiones, que reprimen o incluso matan la condición plural, múltiple, de la ciudad moderna: "Si la República no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la República". No se trata sólo de *tolerar* las diferencias, sino, de algún modo no precisado, de incorporarlas para potenciar las virtualidades de todos. La nueva cultura precisa excluir la exclusión: "nuestra América ha de salvarse con sus indios".

A eso agregábamos nosotros que no hay ciudadanía, vida civil, sin fundación de una ciudad que expulse de antemano, en su constitución misma, la guerra intestina, la guerra ciudadana.

EL DELITO FEMENINO EN CHILE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Marcelo Javier Neira Navarro*

*Palo y bizcochuelo, justa y oportunamente administrados,
son los específicos con que se cura cualquier pueblo,
por inveteradas que sean sus malas costumbres**.*

I. INTRODUCCIÓN

El delito es una violación a la ley. Para que se produzca, debe preexistir un código de conducta o similar que una organización política o Estado sancionó en un momento determinado. Este código define los delitos y sus penas. En atención a ellos, los trasgresores o infractores son vigilados, perseguidos y castigados.

Aunque se puede discutir, el delito y castigo también se inscriben en la necesidad de los gobernantes de disciplinar a los gobernados. Este esfuerzo cae al interior del ejercicio del poder que, en general, subyace a la realidad social. Se ha olvidado la práctica para no ver ya más que los objetos que la cosifican; se ha visto el Estado y no las prácticas disciplinarias que lo envuelven¹. Ha preocupado más la forma que el fondo. La forma ha sido el análisis o la descripción de la cosificación, advertida en el interés por lo institucional, lo normativo, lo político. Subsecuentemente, hay una ausencia de trabajos acerca de las intenciones y, desde luego, de las estrategias usadas para intervenir la sociedad. Los pocos que siempre ostentan el poder, sin un adecuado control ven en la masa social un peligro o, de otra parte, se entienden amenazados por eventuales competidores políticos.

Más allá del "utillaje" institucional construido a partir de la independencia política, la acción de los nuevos políticos chilenos tendió claramente a objetivar el manejo social en una serie de instituciones y, sobre todo, de prácticas sociales con la única meta de asumir el poder: fue un acto de apropiación. El problema del control de la población, entonces, puede ser problematizado y convertido en objeto de estudio, en el contexto de prácticas sociales disciplinarias determinadas. En el substrato de las relaciones de poder.

En tal sentido, los "gobernados" pueden ser una categoría de análisis pertinente a través de la cual es posible identificar una serie de prácticas sociales y desde la cual, por ejemplo, se explica el comportamiento que los gobernantes

* Profesor de Historia (Univ. de Los Lagos), Magíster en Historia (Univ. Católica de Valparaíso) y egresado del Doctorado en Estudios Americanos (Univ. de Santiago de Chile). Agradezco el permanente apoyo y crítica del Dr. Eduardo Caviéres F.

** Diego Portales, "Carta a Fernando Urizar Garfias", Santiago, 1 de abril de 1837, en Ernesto de la Cruz (rec.) *Epistolario de Don Diego Portales. 1821-1837*, Dirección General de Prisiones, 3 vols., Vol. 3, Santiago, 1937, pág. 486. En adelante, todo párrafo citado entre comillas ("") y en cursiva corresponde a la copia textual de un documento de esa época y mantiene la ortografía.

¹ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, (Trad. Joaquín Aguilar), Alianza Editorial, Madrid, 1984, pág. 203.

observan en una determinada época. A los gobernados se les puede disciplinar, esto es, prescribirles lo que deben hacer; se les puede tratar como sujetos jurídicos, en que algunas cosas están prohibidas, pero dentro de esos límites se mueven libremente; se les puede explotar, y eso es lo que han hecho muchas monarquías; otras veces ese "objeto natural" de los gobernados no es ni una fauna humana ni una colectividad a la que se lleva de mejor o peor grado, sino una "población" que se decide administrar². Lo cierto es que durante el siglo XIX, al interior de la idea benefactora que dominó, se está ante diferentes ideologías en relación a los gobernados y hay muchas prácticas que objetivan de distinta manera a estos gobernados (fauna, colectivo, población, etc.). Contexto, según sostiene Foucault, en el que emergen determinados sistemas jurídicos y, más precisamente, las "prácticas judiciales"³; a ellas, se pueden anteponer las "prácticas policiales"⁴.

Dadas las condiciones históricas de Chile durante la primera mitad del siglo XIX, la sociedad sufrió unos embates "disciplinadores". La dirigencia concibió mecanismos y estrategias genéricos, destacando una "maquinaria cultural" que impone ciertos patrones a través de la educación y la religión. Pero, teniendo como base la tradición institucional del último tiempo imperial, se re-inaugura el sistema policial, judicial y penal; al tiempo que pareció necesario asegurar los emergentes institutos armados (proto-ejército, milicias, policía); institucionalizar la "delación"⁵ o rayar el plano urbano estableciendo, de este modo, los primeros cuadrantes de vigilancia urbana⁶. Sin embargo, sobre ciertos segmentos sociales, se traban unos dominios más específicos. Los administradores controlan especialmente a sus enemigos políticos y toda expresión de insurgencia. Pero, considerando el papel secundario y marginal de la mujer, la represión sobre ella será mayor y ostenta cierta especificidad moral.

El delito probablemente fue una de las primeras preocupaciones de los gobernantes chilenos. Muy especialmente, desde 1830, en que se produce un momento de relativa calma política, cuando un grupo de "patriotas" pareció consolidarse en el poder.

Al interior de los diez años entre 1830 y 1840, resulta de particular interés abordar el tema propuesto, en atención a las características políticas del período. En primer lugar, aunque temporalmente se desarrolla la administración del Presidente general Joaquín Prieto (1831-1841), la presencia de Diego Por-

² Id., pág. 204.

³ Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1988, págs. 16 y 17, "Primera conferencia". *Op. cit.*, págs. 16 y 17, Primera conferencia.

⁴ Marcelo Javier Neira Navarro, "... palo y bizcochuelo ...": Ideología y disciplinamiento. Santiago, primera mitad del siglo XIX, Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, Tesis para optar al grado de Magíster, Viña del Mar, 1998.

⁵ Marcelo Javier Neira Navarro, *La Delación: aproximación al problema en la historia de Chile, primera mitad del siglo XIX*, Ponencia en el PRIMER ENCUENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS PARA INVESTIGADORES JOVENES; Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, 16 y 17 de agosto de 1999. En este caso, exploré la delación como un mecanismo de vigilancia social y el estatuto que pudo alcanzar.

⁶ Id.

tales en el ámbito público, lejos de pasar inadvertida, ha significado vislumbrar un fenómeno político de proporciones. Junto al rotundo liderazgo de Portales, se observa una dictadura de hecho y de derecho y también un período de ordenamiento político y administrativo. Más allá del interés historiográfico que estos fenómenos han provocado, mi esfuerzo se centra en los hechos que suceden y respecto de los cuales las personas no siempre tienen conciencia⁷. Se trata de la vida cotidiana y el devenir de los estratos sociales más bajos, de los marginados de la historia: hombres y, para el caso, mujeres comunes y corrientes que nacieron, vivieron y murieron subyugados socialmente y en el más radical anonimato.

En la época, se comenzaba a sostener la existencia de una "criminalidad femenina". Bajo esta perspectiva, era difundida la creencia que el sexo influía sobre la imputabilidad de los delitos. Pese a ello, la "criminalidad femenina" es de un volumen considerablemente menor que la de los varones y aparece vinculada a trasgresiones ocasionales, permitidas o sugestionadas por el ambiente o por un motivo pasajero. Se trata de delinquentes primarios, poco o nada peligrosos. De todas maneras, las mujeres del período en estudio estaban adscritas a unos estatutos de control que la obligan. Y esta coacción en tanto es resistida, se transforma en delito.

Además de todo lo señalado, la práctica social constituye un aspecto poco llamativo a los historiadores, a lo menos en Chile. Sin embargo, utilizando la sistematización de la actividad judicial contenidas en estadísticas dejadas por Urizar Garfias, Mellafe señala que desde el punto de vista de la criminalidad por sexos, las mujeres delinquen menos que los hombres. Pero su proporción va subiendo desde un 6% aproximadamente al 10% del total. En cuanto a la criminalidad según estado civil, las cifras porcentuales respecto a la totalidad del país, muestran un mayor número de delitos cometidos por solteros, seguida por los viudos y finalmente por casados. Curiosa resulta la fuerte tendencia al alza de la "delictuosidad" de las viudas⁸.

⁷ Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Fondo de cultura económica, México, 1986; véase el concepto de vida material, pág. 13 y ss.

⁸ Rolando Mellafe, *Interpretación histórico-metodológica, de la delincuencia en Chile durante el siglo xx*, en Contribuciones científicas y tecnológicas, Area ciencias sociales y humanidades, Serie Historia social y de las mentalidades N° 2, Departamento de Historia, Universidad de Santiago, año xxvi, julio 1998, N° 118, (págs. 21-26). La lectura de las Estadística Judicial de Urizar Garfias, publicadas desde 1844 y más regularmente desde 1856, permitieron a Mellafe trabajar treinta años no siempre continuos, logrando una tipificación preliminar. Aunque este tipo de fuente no resulta del todo confiable, pues no representa en forma exacta la realidad. Los delitos y delinquentes fueron mucho más de los que allí aparecen; sin embargo, se pueden elaborar tablas, suponiendo que los errores de esta información persisten en el tiempo. Por lo tanto, una buena parte de ellos refleja la realidad y marca tendencias. Advierte, por otro lado, que la comprensión del problema de la delincuencia, requiere de (i) una conceptualización histórica de la falta o delito y de la sanción o el castigo, más allá de la estrictamente jurídica; (ii) de un acucioso estudio de las fuentes; (iii) una metodología de la interpretación: ensayar métodos novedosos, adaptando otros disponibles. Este orden preliminar, permite a Mellafe descubrir que la tipificación de los delitos en la época, se va haciendo más compleja y rica a medida que se acerca el final del siglo xix. La simple

El presente trabajo pretende la descripción de las formas más recurrentes de delitos femeninos circunscritos al decenio 1830-1840. Y forma parte de una investigación más amplia, cuyo objeto está vinculado a la descripción y análisis de la práctica policial, judicial y penal en Santiago durante la primera mitad del siglo XIX⁹.

II. DESARROLLO

A. ASPECTOS RELACIONADOS A LAS FUENTES UTILIZADAS

Las fuentes utilizadas para este trabajo corresponden a un levantamiento efectuado sobre más de treinta y dos mil casos registrados entre 1830 y 1840 en la ciudad de Santiago. Estos datos se extraen de los *Libros de Condenas* que utilizó exclusivamente durante el período estudiado la Policía urbana de Santiago. En el fondo documental correspondiente, no he encontrado ningún registro similar. Ni antes de 1830. Ni después de 1840¹⁰.

Entre los más de 32.000 arrestos que hay para todo el período, he trabajado la totalidad de las mujeres: una cifra cercana al 12% de los encierros practicados por el sistema policial sin excepción. Se intenta estudiar, entonces, todo el universo femenino.

La descripción de todos estos casos femeninos, no permitió el seguimiento de los que eran remitidos a los juzgados o a otra instancia judicial como los que se remitieron al "comandante general de armas". La decisión de obviar un esfuerzo de este tipo se funda en el grado de autonomía ostentado por la propia policía urbana que, desde luego, podía asignar penas menores, leves. Por consiguiente, una gran cantidad de eventuales transgresoras pasaba directamente desde sus captores a la correccional. Nada de esto ocurre cuando se trata de delitos graves que son derivados al sistema judicial.

En definitiva, el levantamiento de la totalidad de casos posibles en atención al criterio femenino, conlleva a determinar los delitos más recurrentes.

B. DELITOS

DATOS GENERALES

El universo de delitos cometidos en Santiago entre 1830-1840, alcanza a 32.854. Al menos en lo que concierne a las personas arrestadas por la policía y,

sistematización de las cifras, además, adelanta los rasgos más notables como la relación entre "delictuosidad" respecto a población total, la "criminalidad" según lugar de nacimiento, la "criminalidad" por sexos, según instrucción, según estacionalidad, según estado civil, según edades, según profesiones y "tipología" del delito.

⁹ Marcelo Javier Neira Navarro, "...palo y bizcochuelo...": Ideología y disciplinamiento, *Op. cit.*

¹⁰ La cobertura temporal de los libros de condenas o crímenes se extiende desde julio de 1830 a diciembre de 1833; todo el año 1834; todo el año 1836; desde enero de 1837 a octubre de 1838; y desde diciembre de 1838 a diciembre de 1840: diez años continuos de condenas diarias, salvo por la inexistencia del volumen correspondiente al año 1835, que parece perdido irremediadamente.

todavía, a aquéllas registradas. Del total de delincuentes, 3.701 fueron mujeres. Esta cifra equivale a decir que durante todo el período, el delito femenino alcanzó un promedio de 11,2% del total. Respeto a ésta última cifra, por lo menos seis diferentes años promedian sobre el 10%. A excepción de 1830 con 9,7%, el año 1832 con 3,9%, 1833 —el más bajo de todos— con 1,4% y el año 1837 con un 5,6%¹¹.

Intentar una relación entre cifras delictivas y población total de Santiago, no es posible. En general, por razones que van desde la ausencia de datos a la escasa confiabilidad de los existentes. Pese a todo, a modo de ejemplo, me permitiré mencionar que en el año 1836, Santiago tiene una población estimada de 87.328 personas de acuerdo a una contabilidad departamental¹². Y para ese mismo año, el total de delitos suma 4.285. De éste, las mujeres figuran con 587 casos. Es decir, el 13,6% de los delitos totales, en el contexto demográfico de Santiago se transforma en un 0,6%.

En general, 1839 fue el año de más alto índice interanual de arrestos, con 6.604 personas. En el mismo año, las mujeres también registran la mayor cantidad, al verificar el arresto de 958 delitos femeninos, o sea, 14,5% del total anotado en los 10 años. Sin embargo, en la relación porcentual, las cifras de delitos femeninos no son las más altas: le aventaja el año 1840 con 15,2%.

En los diez años estudiados, además, hay un permanente crecimiento de la delincuencia femenina. Es que, ¿hay efectivamente más delincuentes o simplemente se reprime cada vez más?

En Chile, durante la primera mitad del siglo XIX y durante los cuatro o cinco años que van entre 1825 y 1829, un juez chileno pudo encarcelar aproximadamente a 3.500 delincuentes. De ellos, el 24 %, un cuarto del total, podían ser de sexo femenino¹³.

Los distintos tipos de delitos han sido abordados a través de la articulación de una serie de categorías. En su interior, he agrupado el universo de posibles trasgresiones. Como resultado de la sistematización de los datos, he verificado cierta jerarquía. El detalle de las categorías delictivas, desde el primer lugar y correlativamente, queda como sigue: Delitos y crímenes hacia el matrimonio; Robo y complicidad; Ebriedad; Agresión Física; Trasgresiones morales y sexuales genéricas; Vagancia y mendicidad; Fuga y ocultamiento; Agresión verbal; A expresa petición; Desórdenes, juegos y reuniones; trasgresiones a normas cívicas y otras.

¹¹ Id.

¹² Con todas las limitantes en cuanto confiabilidad de las cifras, véase *El Araucano*, N° 295, 28 de abril de 1836, pág. 3. La provincia de Santiago, comprende al propio departamento de Santiago, Melipilla, Rancagua, Casa Blanca, Victoria y Valparaíso. Juntos suman 243.419 personas.

¹³ Manuel Joaquín Valdivieso, *Memorias de su gestión*. Véase, Marcelo Javier Neira Navarro, *op. cit.* "... palo y bizcochuelo ...": *Ideología y disciplinamiento*. Gracias a la documentación dejada por Valdivieso, se pueden describir la relación o la proporcionalidad entre los géneros, el destino de los procesados y el potencial sancionador de un juez en el ejercicio de su oficio. Las cifras sólo corresponden a un período entre 1825 y 1829. Y no consigna los delitos.

DELITOS Y CRÍMENES FEMENINOS HACIA EL MATRIMONIO

En primer orden, se encuentran los delitos ubicados bajo el rótulo genérico de "Trasgresiones y crímenes hacia el matrimonio". Aquí, he agrupado, a modo de subcategorías, por ejemplo, el amancebamiento, amancebamiento más agravante, mala amistad, trato ilícito, amistad ilícita, amistad ilícita más agravante, sospechas de ilícita amistad, trato ilícito más agravante, escandalosa o vida escandalosa, escandalosa más agravante, adulterio, adulterio más agravante, sospechas de adulterio, moza de, pillada con otro, entre las más destacadas. Todas existieron básicamente en atención a que otras formas de unión distintas a las del matrimonio cristiano, fueron preferidas por distintos motivos. Estas faltas destruyen la idea matrimonio católico, de familia; destruyen el orden familiar. En realidad, se trata de aquellos delitos que golpean frontalmente una moral sexual, estrechamente vigilada por la Iglesia y por el Estado. Subsecuentemente, la represión institucional o familiar se funda en tanto el intolerable escándalo amenaza con hacerse público.

La categoría, "delitos y crímenes femeninos hacia el matrimonio", en forma aislada, es la principal de las causas a través de las cuales las mujeres son detenidas primero y luego enviadas a la corrección. En el contexto de los años que van entre 1830-1840, ocupan el 19,7% del total de las trasgresiones.

No resulta de perogrullo decir que el tema de las relaciones conyugales, aparece articulado en función de la afectividad entre los involucrados. Esto que puede comenzar como un proyecto afectivo, luego se materializa, entre otros aspectos, en la idea de amor. Pero sobre todo, con el matrimonio católico, en un compromiso irreductible. Sin embargo, la idea de amor también debió intervenir activamente en la justificación de las propias trasgresiones. Es decir, muchos vínculos matrimoniales fueron rotos debido al inicio de otros extraconyugales, extra compromiso católico. Y esto sí fue un delito.

En la práctica, parece que el amancebamiento, amistad ilícita y mala amistad fueron lo mismo: tuvieron la misma connotación, indistintamente del rótulo utilizado: se trató de la convivencia no autorizada por los canales legítimos. El concubinato y, en general, las uniones ilegítimas, fueron masivamente practicadas. Más allá de eventuales similitudes o diferencias, en todas estaba en cuestión la idea de honor.

Como una subcategoría de lo que he llamado "delitos hacia el matrimonio", la "amistad ilícita" es una de las acusaciones más frecuentes. Cuando va acompañada por la calidad de "casados" de alguno o ambos inculpados, éste último funcionaba como una agravante. Desde un punto de vista formal, se puede pensar que aquellos casos en que no se menciona el "rótulo", las inculpadas eran solteras¹⁴. La prueba de esto se verifica en el registro policial del

¹⁴ El concepto de adulterio no se encuentra consignado en los registros policiales. Probablemente se deba a que, por una parte, si bien la palabra existía, se delimitaba a destacar la calidad en la persona inculpada y no al hecho en sí, tipificado; y, por otra, a que en la sociedad del momento no había lugar a la separación o divorcio salvo raras y muy justificadas excepciones. El adulterio

caso de Francisco Alborno y María Josefa Hernandez que, "...confesos de estar viviendo en ilícita amistad...", previa captura de parte de la policía urbana, pasaron al presidio. Se esperó, en aquel momento, que el juez del crimen aplicara sentencia en el delito cometido por ambos. Sin embargo, esta situación quedó formalmente invalidada, según nota anexa, porque "se van a casar"¹⁵. Este caso, sin embargo, no resultó frecuente.

La sociedad chilena de la primera mitad del siglo XIX cuida celosamente el matrimonio. Es un referente de honor y en tal calidad, éste vínculo sagrado aparece protegido por la institucionalidad. Sus trasgresiones, por consiguiente, son sancionadas con dureza extrema. Dicho de otro modo, en el matrimonio, más que en cualquier otro tipo de relaciones afectivas existentes y más allá de aspectos legales, intervenía el honor. Respecto de la mujer, en la época esto quiso representar un celo por la pureza sexual. Aspecto que permeó la sociedad y, al mismo tiempo, se diluyó desde los estratos sociales más altos hasta los más bajos y desde los centros urbanos al ámbito rural. En el tema del honor hay normas muy claras. Su transgresión implica el encierro de las mujeres. En las casadas, esta cuestión se transfiguró en una serie de normas sociales y legales. En un texto de la época, he encontrado tres principios que probablemente sirvieron de referentes conceptuales y valóricos. Se trata de fidelidad, obediencia y obligación de habitar:

i. Fidelidad, "...por razón de la obligación que ha contraído, y por evitar el riesgo de introducir hijos extraños en la familia...";

ii. Obediencia, "...porque este homenaje, rendido al poder protector del marido, es una consecuencia necesaria de la sociedad conyugal, que no podría subsistir si el uno de los esposos no estuviese subordinado al otro";

iii. La mujer tiene también "...obligación de habitar en compañía de su marido, y seguirle al parage en que creyere oportuno fijar su residencia mas puede el marido reclamar el auxilio de la fuerza pública para compeler a la mujer a cumplir con su obligación..."¹⁶.

En el estrato social más bajo este honor, si es que existía, no es de carácter hereditario: en el caso de las parejas formalizadas, por ejemplo, sólo se remite a este contexto. Es decir, al cumplimiento de las obligaciones conyugales cuando corresponde. Pero aquí tocaban responsabilidades por género. En el caso del hombre, se trataba de cumplir la palabra de matrimonio. Fueron típicas las acusaciones como la que recayó sobre Juan Lagos, "... por estar curando como medico en la subdelegacion de Nuñoa exigiendo 1° un tanto por la curacion, por cuió (sic) motivo han sido varias personas sacrificadas. Tambien -agregaba el parte- a dos mugeres há estuprado con palabra de casamiento dejandolas

definido como el mantenimiento de relaciones extraconyugales entre personas casadas y que es causal de divorcio, es una figura legal muy posterior, seguramente de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

¹⁵ Libro de Condenas, vol. 13, el 10 de marzo de 1834, fs. 22 vta.

¹⁶ Joaquin Escriche, *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense*, Imprenta de J. Ferrer de Orga, Valencia, 1838, pág. 425.

burladas presediendo informaciones ante el cura y no ha querido casarse, cometiendo otro crimen de mudarse nombre en el acto de la informacion..."¹⁷. Pedro Rosas, por su parte, pasó al Juez del Crimen "por haber seducido con palabras de casamiento a Carmen Videla y haberla puesto en sinta"; el parte todavía agregaba a modo de agravantes que "ni ha cumplido su promesa" y más, "la ha estropeado"¹⁸; José del Carmen Infante también fue pasado a la justicia por parecido delito, específicamente, "... por haber engañado á una muchacha con palabra de casamiento y no quiere casarse apesar de estar aquella embarazada..."¹⁹. Otro caso, entre tanto, ocurrió a Manuel Silva, "... por no cumplir la palabra de casamiento que dio á Maria Arrañe en quien tiene tres hijos..."²⁰; el delito de Manuel Ramirez todavía es más grave pues se le acusa de "... haberse fugado con Matea Santivanez...", quien era "...hija de familia..."; además, era hombre casado y "...dejaba á su familia en abandono por vivir con la Santivanez en ilícita amistad...". Debido a esta serie de trasgresiones al matrimonio, el subdelegado Puelma lo condenó a "... seis meses en los trabajos públicos ó antes si entra á ejercicios y se reconcilia con su esposa pasados cuatro meses ..." ²¹. En cuestión de honor o más bien en materia de responsabilidad familiar, el hombre también estaba sometido a obligaciones específicas, incluso ellas, por ejemplo, dan lugar a instancias necesarias en que el hombre —aunque separado de hecho de su cónyuge— debía aportar lo necesario para el sustento de la familia.

Por otro lado, con el afán de controlar la moral familiar, los curas ostentaron un poder y un saber exclusivo que le permitió sancionar a través de la administración de variados mecanismos eclesiásticos y litúrgicos. También podían denunciar y remitir a la justicia ordinaria aquellas faltas morales como la de *vivir en trato ilícito* en que cayó Rosauero Amaro y Juana Poblete²². Desde otro punto de vista, véase también el caso de María Saldoval, que fue destinada "... á la correccion por quince dias por estar viviendo amansevada con un corneta de Husares, á petición del comandante de dicho Cuerpo"²³. Bajo la forma de solicitud de encierro, la represión a las mujeres no sólo venía desde la institucionalidad católica, sino también desde o a través de las instituciones milicianas.

En general, tanto las "Trasgresiones y crímenes hacia el matrimonio", la ebriedad como el robo, tienden a disputarse el primer lugar de los delitos por años. De hecho, en 1830 la ebriedad alcanza a 32 mujeres por sobre los "Delitos y crímenes hacia el matrimonio" que alcanzan a 21 trasgresiones; el año 1839, 164 de ebriedad en contra de 34 "Delitos y crímenes hacia el matrimonio".

¹⁷ *Libro de Condenas* (en adelante L.C.), Vol. 10, 9 de septiembre de 1833, sfs.

¹⁸ L.C., Vol. 10, 6 de julio de 1833, sfs.

¹⁹ L.C., Vol. 13, 5 de mayo de 1834, fs. 40.

²⁰ L.C., Vol. 10, 26 de septiembre de 1833, sfs.

²¹ L.C., Vol. 21, 18 de enero de 1838, pasó, fs. 71v.

²² L.C., Vol. 10, 26 de mayo de 1836, fs. 53v.

²³ L.C., Vol. 10, 8 de octubre de 1833, sfs.

En fin, muchas veces ocurrió que los detenidos por amancebamiento o amistad ilícita, tuvieron la oportunidad de eliminar la pena al realizar compromiso conyugal público. Es el caso de Alfaró Fernando y Loyola Juana "... condenados por el subdelegado Puelma a cuatro meses, el 1º al presidio y la 2ª a la corrección por público amancebamiento, estando repetidas veces reconvenidos por los jueces, y aun por el Sr. Juez del Crimen", pero, agrega el parte, "... si antes de este tiempo desean casarse se podrá en libertad..."²⁴. De este modo, aquí había dispuesto un mecanismo coactivo que llamaré de "reposición social" que, en este caso, obligó a contraer matrimonio²⁵.

Aunque la sociedad protege por medio de la costumbre y jurídicamente el régimen de la monogamia, el delito de bigamia no aparece consignado en los registros de policía. La razón que podría explicar tal ausencia debe tener relación al hecho que ese tipo de situaciones era resuelta por tribunales eclesiásticos.

ROBO Y COMPLICIDAD

La categoría de "robo y complicidad" ocupa un segundo orden de importancia en los delitos femeninos²⁶. En los diez años estudiados, esta falta alcanza a 656 casos, lo que constituye el 17,7% del total general.

El robo se enmarca dentro del contexto urbano emergente. Se trata, en general, de un delito de poca monta. Pero reiterativo. No se roban grandes objetos o grandes cantidades. Lo minúsculo de los robos desmiente lo que a primera vista parece: no es el ataque proletario. El robo, del mismo modo, no estaba acotado a la supervivencia. Parece explicado, más bien, en la trasgresión a las normas de convivencia urbana. Se trataría, entonces, de una acción oportunista por excelencia. Desde vajilla hasta prendas de vestir. Desde algunas alhajas hasta animales domésticos. Es un robo al menudeo. La mujer participa ocultando o *reduciendo*. Generalmente, en calidad de cómplice. Un caso típico se obtiene de María Miranda "... muger de Santiago Verdugo que se remitió por el robo de un caballo ensillado, la cual dice que lo llevó a su casa su marido, y este desde la prición le mando que lo traspusiese con Domingo Herrera que tambien se remite..."²⁷.

El robo daba lugar a ciertas formalidades como la "reposición", ya mencionada. Aunque esta formalidad se puede advertir en otros tantos delitos, aquí es mucho más reiterativo. A este respecto, Sebastian Sanchez fue "... condenado por el subdelegado Figueroa a dos meses de presidio por haber robado una tetera de cobre de valor de doce reales a Ignacia Lagos, pero si la devolviese o

²⁴ L.C., Vol. 24, 22 de mayo de 1840, fs. 334.

²⁵ Aspecto que abordaré más adelante. Es necesario aclarar que la reposición no sólo funciona frente al delito puntualmente matrimonial, como se verá.

²⁶ Comprende, por ejemplo, subcategorías que van desde el robo, el robo con agravantes, la llamada ratería y las sospechas de robo.

²⁷ L.C., Vol. 10, 17 de octubre de 1833, sfs.

pagase su importe, se le rebajará la mitad de la condena..."²⁸. También, véase el caso de Manuel Gutierrez que "... por jugador de chapitas [pasó] al presidio ocho días...". Pena que, según indicó el parte, no se cumplió, puesto que "... pagó la multa..."²⁹. Este mecanismo, al parecer llegó a ser muy importante, tanto que en un momento afectó a un "Don", cuyo caso quedó registrado el 12 de julio de 1830 en los siguientes términos: "D. Anacleto Lecuna (¿?) paso a los altos de la Carsel por ocho días por haberse encontrado ebrio en la calle publica y aunque es de calidad fue preciso aplicarle esta pena por no tener con que pagar multa pecuniaria"³⁰. En muchos casos, la reposición material significó la reposición de la libertad. Esta modalidad, tuvo su especificidad femenina, en cuanto a la posibilidad de acceder a un "trabajo en casa formal". Es decir, muchas penas, especialmente aquellas de encierro en la correccional, fueron reducidas en su cobertura temporal, en atención a la posibilidad de permutarlas por el trabajo doméstico.

En fin, el alto índice del robo y complicidad no aparece asociado o es muy raro encontrarlo junto a otras categorías, y no es la más importante.

En definitiva, la inseguridad que la sociedad sentía, bajo este delito parece adquirir cuerpo y fundamento. Desde luego, las mujeres potencialmente más peligrosas, son aquellas que trabajan en las casas más acomodadas. Sin embargo, lo desarraigada, criminal que podía llegar a demostrar ser una mujer, no obstante, carecía de importancia cuando se trataba de obtener los servicios de una doméstica. Así, la mujer delincuente tenía altas posibilidades de canjear la pena de corrección por un trabajo en casa formal. De esta manera, accedía a una instancia que le permitía seguir trasgrediendo las normas. De todas maneras, el temor sentido por los patrones debió ser tal, que fue compensado con una fuerte represión.

EBRIDAD

De las categorías agrupadas, en tercer lugar se encuentra el delito de "ebriedad". Alcanza a 548 casos. Lo que equivale, al 14,8% del total de delitos femeninos³¹. La mayoría de las transgresiones tiene como "comparsa" el estado de ebriedad. Este, generalmente, va asociado al juego y los escándalos. Sin embargo, para las agresiones físicas, muchas veces bastaba solamente el juego para provocarla. Véase el caso de Antonia Delgado, que por haberse puesto a jugar "... resulto una pendencia con Gregorio Estay y se maltrataron mutuamente..."; por tal delito, la mujer fue acreedora de una pena de 15 días a la correccional³².

²⁸ L.C., Vol. 24, 24 de abril de 1840, fs. 320.

²⁹ L.C., Vol. 21, 10 de julio de 1838, fs. 100.

³⁰ L.C., Vol. 10, 12 de julio de 1830, fs. 2v.

³¹ Abarca las subcategorías de ebriedad en forma aislada como la ebriedad incorregible o reincidencia; en general, ebriedad más agravante, ebriedad incorregible, ebriedad consuetudinaria y ebriedad consuetudinaria más agravante.

³² L.C., Vol. 10, 30 de mayo de 1833, sfs.

La ebriedad como el juego, se explican por un tipo de sociabilidad callejera ostentada por el bajo pueblo. Aunque mayoritariamente masculina, de todas maneras dicha situación también puede quedar acotada al dominio propiamente femenino: la casa, la vecindad y sus alrededores. Ellos constituyen un lugar de privilegio en las trasgresiones o de un particular tipo de delincuencia.

Junto con el robo, la ebriedad forma parte de un ámbito delictivo al que hay que unir, a lo menos, los desórdenes, vagancia, mendicidad y agresión física. Esta sociabilidad callejera, muchas veces, comienza con la conformación no tan accidental de un grupo de personas, en general hombres y pocas mujeres, en torno a un juego llamado caritas, chapitas o naipes. Se trató de un juego con apuestas en dinero, en monedas o prendas de vestir. Esta última explica que no pocos apostadores y apostadoras hayan quedado muchas veces en la más completa desnudez. Y cuando fueron sorprendidos en ese estado, quedaron detenidos bajo categorías que he rotulado "trasgresiones morales y sexuales en público", que se verán más adelante. Como es natural, estos delitos eran acompañados de consumo de alcohol; su exceso explica, subsecuentemente, tanto las agresiones verbales como las físicas ulteriores o el homicidio, muy escaso por lo demás.

Si unimos el tema de la ebriedad con otras categorías asociadas, se advierte que las trasgresiones y crímenes hacia el matrimonio nuevamente no son las más importantes. En este último sentido, habría que considerar, claro, que las faltas al matrimonio no están vinculadas al consumo de alcohol propiamente tal. Es decir, el tema de la moralidad y el honor no tienen preeminencia sobre otros tipos de delitos que tienen una connotación más cívica o que tienen que ver con convivencia urbana.

AGRESIÓN FÍSICA

Durante el período estudiado, la "agresión física" involucra 474 casos, o sea, un 12,7% del total de los delitos femeninos.

Al interior de todos los casos, es posible detectar lo que ahora tipificamos como violencia "intra familiar", explicada por disputa de cuestiones "domésticas" de la vida en pareja. Debió ser una riña violenta la que tuvo "... Ignacio Lopes por una corta disputa con su muger Rosario Dias sobre si una Llegua era suya ó de los dos...". Ambos cónyuges, en la oportunidad pretendieron "... aorcarse por 2ª vez siendo testigos de este hecho Antonio Mellas, Manuela Dias, Juana Malagueno..."³³.

En general, puede que estemos ante una sociedad muy poco tolerante. Aunque la violencia puede tener relación con el consumo de alcohol, sus índices pueden también estar asociados al carácter violento de la sociedad. Así lo delatan ciertos episodios. En una oportunidad, Francisco Godoy, "... cabo del N° 2 [fue] aprendido en estado de ebriedad e intentado golpear a su mujer..."

³³ L.C., Vol. 10, 27 de septiembre de 1833, sfs.

Según el parte, hizo "grande resistencia" a la policía y en un momento, "... derribó de un garrotazo y desarmo al Vigilante Javier Iturriaga que existe (sic) mal herido en el hospital". Luego de tumbar al atento vigilante, Godoy "...Acometió también de las gentes que le rodeaban con sable en mano..." y todavía, cuando hubo espantado a los que por allí pasaban, agredió al "...cura de S. Lazaro que se acercó (sic) para auxiliari al vigilante creyendole moribundo...". En su calidad de miliciano, Godoy fue reducido y remitido al Comandante General de Armas³⁴.

Las peleas constituyen el mayor número de agresiones. Y aparecen adscritas nuevamente a la sociabilidad callejera. Por consiguiente, también tienen una connotación cívica que va más allá de faltas familiares íntimas, es decir, aquéllas asociadas al honor o a la moral.

La mayor parte del delito de agresión física tiene que ver con peleas y golpes con objetos de uso cotidiano como piedras y palos. La agresión física con resultado de muerte y provocada con armas no es importante en las estadísticas. El homicidio femenino no tiene relevancia. En general, las mujeres sólo llegaron a ser acusadas de cómplices como ocurrió a Lorenzo Perez y Mercedes Farias su mujer, "... por complicidad en el asesinato del cabo de vigilantes Ignacio Pacheco..."³⁵.

Llama la atención la ausencia de infanticidio, considerando que en la época este último debió buscar el ocultamiento de un *embarazo infamante*. Necesariamente debió existir. Sin embargo, sólo he pesquisado un par de casos. Más que nada, demuestran que el tema está encubierto bajo otra forma, pero de ningún modo inexistente. Incluso, se da otro tipo de circunstancias como el de Bertola Correa que fue acusada de ... *haber robado una chica de poco mas de un año á cuyo cuidado estaba destinada...*; el mismo parte también dejó consignado que además de haber robado la guagua, la botó "... á un pantano de agua cerca de la Villa de S. Bernardo de donde es sacado casi hogada (sic)..."³⁶. En este caso, incluso, la mujer inculpada ni siquiera resultó ser la madre del niño.

La autoagresión, por otro lado, manifestada por ejemplo en el suicidio, se advierte sólo en un par de casos, como el de Dolores Gonzales, "... remitida del Hospital de San Borja a donde pasó moribunda a causa de haberse estado ahorcando en su cuarto el lunes de esta semana..."³⁷.

TRANSGRESIONES MORALES Y SEXUALES GENÉRICAS

Las "trasgresiones morales y sexuales genéricas", que ocupan 288 casos, equivalentes a 7,7%³⁸, no se vinculan ni directa ni indirectamente a una moral

³⁴ L.C., Vol. 24, 15 de abril de 1839, fs. 80.

³⁵ L.C., Vol. 24, 16 de abril, fs. 316.

³⁶ L.C., Vol. 24, 5 de agosto de 1839, fs. 137.

³⁷ L.C., Vol. 21, 9 de marzo de 1837, fs. 17.

³⁸ Bajo este rótulo, he aglutinado, por ejemplo: escándalo en la calle, acto escandaloso, mal ejemplo, mal ejemplo en público, mal ejemplo en la calle, pillado infraganti, pillado con hombre,

sexual que impugna el matrimonio. Tienen que ver, por ejemplo, con faltas a la moral pública. Véase el caso de Manuela Morales, detenida "... por haber estado haciendo la precisa (*sic*) en la calle publica..."; por cuya falta, pasó a "... la correccion por quatro dias..."³⁹. También tienen que ver con ciertas perversiones sexuales como por la que fue arrestada Isavel Aravena "... por haberla pillado infragante teniendo acto fornicatorio con un perro...", por lo que obtuvo de castigo una condena de seis meses en la Casa Correccional⁴⁰. Otras circunstancias menos "fuertes" tienen que ver con la ocurrida a Catalina Vasques, detenida "...por ebria y estar en un acto escandaloso con un hombre", por lo que pasó a la corrección dos meses⁴¹; el caso de Candelaria Riquelme destinada por el Inspector Aldunate a un mes de Corrección "... por consentir en su cuarto jentes de ambos secos (*sic*) con el objeto de ofender á Dios..."⁴².

VAGANCIA Y MENDICIDAD

Entre todas las categorías de delitos femeninos, en sexto lugar se encuentra la "Vagancia y mendicidad" con 270 casos. Lo que representa del total general un 7,2%.

Las condenas por "vagancia y mendicidad" pueden variar mucho desde el punto de vista del castigo; por ejemplo, pueden ir desde un par de meses a un año de correccional. A falta de fuentes procesales como los juicios, esta situación es inexplicable debido a la ausencia de información. Por ejemplo, Gregoria Morales fue condenada "... a la correccion por cuatro meses..."⁴³ y Fila Rojas, por lo mismo, pero condenada a la correccional por seis meses⁴⁴. Por el momento, no es posible determinar las eventuales agravantes que hacían dispares las penas.

El caso de la mendicidad es distinto. Hacia fines del decenio estudiado, era remitida específicamente al hospicio. Lo que aquí ocurre, es que la mendicidad efectivamente podía esconder otras formas delictuales, más allá del hecho que los mecanismos institucionales bajo ciertas condiciones toleraban la mendicidad y bajo otras no. En general, razón existía de prohibir solicitud de limosna, puesto que bajo ella se podía encubrir una ladrona como Juana Caseres, "... remitida á la corrección seis meses por ratera pillada infraganti que bajo el pretexto de pedir limosna visita las casas para robar..."⁴⁵.

introducido hombre en la casa patronal, admitido a hombre casado, en acto en la calle, encerrado con hombre mas agravante, encerrarla obligando a, denunciar encierro sufrido, disolutas y mal entretenidas, por corrupta, corrupta más agravante.

³⁹ L.C., Vol. 10, 18 de marzo de 1831, fs. 29.

⁴⁰ L.C., Vol. 10, 22 de septiembre de 1830, fs. 12v.

⁴¹ L.C., Vol. 24, 28 de enero de 1840, fs. 268.

⁴² L.C., Vol. 21, 23 de mayo de 1837, fs. 31.

⁴³ L.C., Vol. 10, 15 de marzo de 1834, fs. 24 vta.

⁴⁴ L.C., Vol. 10, marzo 17 de 1834, fs. 25.

⁴⁵ L.C., Vol. 21, 26 de octubre de 1837, fs. 54v.

FUGA, OCULTAMIENTO, AYUDA, ALCAHUETE, CONSENTIMIENTO Y SEDUCCIÓN

Esta categoría, lógicamente es un conglomerado de delitos, convocados bajo el criterio que las personas implicadas, de una u otra manera, coincidían en servir a otras para que primero intuyeran una acción transgresora, luego la ejecutaran y después de ejecutada, eventualmente recibieran protección⁴⁶. El número de estos delitos alcanzan a 266, equivalente a un 7,1% del total. Casos típicos pueden ser ejemplificados a través de lo ocurrido a Justa Cerda, condenada por el subdelegado Herrera a un mes de corrección "... por vivir en ilícita amistad con Juan Estai y haber contribuido a la seducción de una muchacha..."⁴⁷; o como ocurrió a Margarita Toledo, Santiago Lavarca y María Mesinas, que fueron detenidos por la policía "... a petición de Santiago Paredes marido de la 1ª quien les acusa a los dos primeros de vivir en ilícita amistad y la tercera dueña de la casa donde se mantenían ocultos..."⁴⁸; También a Juana Rojas y María Rojas, las condena el inspector Manuel Alvarez a ocho días en la corrección "... la 1ª por ocultar una muchacha en su casa y la 2ª por aconsejarla fugarse de donde la criaron..."⁴⁹.

Por otro lado, cuando se trata de huir, normalmente esto se verifica de la casa paterna, la casa formal donde se sirve como doméstica o desde el propio lugar de encierro. Isabel Tapia y Candelaria Ureta fueron condenadas por el inspector Saldías a dos meses en la casa de corrección "... por haberse huido del Monasterio de Agustina donde las tenía Mercedes Madriaga madre de la 1ª pero lleban una vida licenciosa..."⁵⁰.

Al respecto, vale la pena aclarar que el caso de la llamada "alcahuetería", no sólo se remite a las mujeres como se podría pensar de lo abundante de este tipo de acusaciones en las estadísticas. Véase el caso de "Jose Manuel Basaure, por alcahuete paso por cuatro días al presidio"⁵¹.

AGRESIÓN VERBAL

La "agresión verbal" ocupa el octavo lugar dentro de las categorías agrupadas. Alcanza un número de 116 casos, equivalente a 3,1% del total⁵².

⁴⁶ Aquí, también es posible encontrar delitos como Cómplice de adulterio, alcahueta de amancebamiento, alcahueta, corromper hijo de familia, consentir amancebamiento, permitir hijo, ilícita amistad. Bajo esta categoría, también he agrupado delitos como fuga de la corrección, prófugo de cárcel y corrección, intento de fuga hospicio, huido del lado de la madre más agravante, huido del lado padre, huido del lado de hermana, complicidad en huir de casa, complicidad de fuga, huir casa patrón, aposentado y ocultado, huir casa patronal más agravante, complicidad en fuga, aposentado ladrón, ocultado niños, ocultado a ladrón, seducido muchacha, inquietado y sacado niña, robado hija de familia, entre otras.

⁴⁷ L.C., Vol. 24, 16 de julio de 1840, sfs.

⁴⁸ L.C., Vol. 24, 11 de enero de 1840, fs. 250.

⁴⁹ L.C., Vol. 21, 21 de diciembre de 1837, fs. 65v.

⁵⁰ L.C., Vol. 24, 16 de marzo de 1839, fs. 65.

⁵¹ L.C., Vol. 10, 7 de enero de 1832, fs. 50v.

⁵² Compuesta por subcategorías como por ejemplo, levantada testimonio a mujer casada, in-

La agresión verbal, siendo un insulto, habitualmente se remite a poner en cuestión el honor de las personas. Para esto, en general, se dan voces en la calle. Representativo en el caso de Andrea Soto, "... condenada por el Inspector D. Felis gallardo á un mes en la correccion por haber gritado á Carmen Allende mujer de Manuel Madariaga que era una adúltera, y no habiendo podido probar su dicho la condenó el Inspector á esta pena..."⁵³. En este caso, todavía interviene el hecho de no haber podido comprobar el insulto. El delito de "agresión verbal", básicamente consiste en insultar y, frecuentemente, en deshonrar a una persona en público.

Vale la pena aclarar que la palabra "arengueando", también utilizada en este contexto, no se usa para denotar las voces que pudiera dar, por ejemplo, un ebrio en la calle, sino para señalar violencia verbal hacia otro: veamos el caso de José Delao y Juana Reyes "... aprehendidos por estar arengueando en la calle de cuya riña resulto Delao herido en la cabeza, al j. del c."⁵⁴.

A EXPRESA PETICIÓN

Esta categoría no es un delito propiamente tal. Constituye la gran excepción al interior de trasgresiones posibles y que, en general, son *infraganti*. Su particularidad es que se origina de una acusación. Es decir, eventualmente podía haber una trasgresión, pero se constituye el arresto debido a que la inculpada es denunciada por personas normalmente muy cercanas a ella. Por lo tanto, no tiene relación con la práctica policial, judicial y penal que puede tener, ya se trate de una autoridad civil, militar o eclesiástica.

El delito tipificado bajo el rótulo "a expresa petición", aparece representado con 102 casos, un 2,7% del total. Las mujeres encerradas bajo la fórmula de encargo que realizó la policía, pudo tener por remitente desde los propios padres de la mujer, algún pariente, hasta los patrones de la casa en que servía, incluido, por cierto, el esposo. Observemos el caso de Josefa Garcia que "... paso a la casa de correccion hasta que la saque su marido el cabo del Batallon N° 3 Jose Santiago Valdes, el cual tiene justos motivos para destinarla"⁵⁵.

Es necesario aclarar, sin embargo, que en algunas situaciones que no son escasas, el mecanismo a "expresa petición" funcionó a favor de la mujer. Véase el caso de Tránsito Naranjo "... por haber abandonado á su muger é hijos y estar amansebado con otra [pasó] al presidio por tres meses con condicion de que separados 40 dias su muger lo reclamare se lo entregara"⁵⁶. Sin embargo,

sulto a vigilante, insulto a subdelegado e inspector, insulto a don (ña), insulto mas agravante, insulto a mujer casada, injurias a hombre o mujer, injurias, insulto, atrevida e insultante, arengueado en la calle, arengueado más agravante, testimonio a mujer, puteado a mujer casada.

⁵³ L.C., Vol. 21, 24 de octubre de 1837, fs. 54.

⁵⁴ L.C., Vol. 24, 14 de diciembre de 1840, sfs.

⁵⁵ L.C., Vol. 10, 13 de octubre de 1830, fs. 15v.

⁵⁶ L.C., Vol. 10, 22 de octubre de 1832, fs. 86. Al menos en lo que concierne al Registro policial, la justificación de tal solicitud no aparece.

el mecanismo funcionaba, mayoritariamente digamos, en desmedro de la mujer o, más bien, de la esposa, de la hija o, incluso, de las mujeres que trabajaban como domésticas.

DESÓRDENES, JUEGOS Y REUNIONES

La categoría desórdenes, juego y reuniones se caracterizó por condiciones bastante peculiares. Se podría decir, está a mitad de camino entre faltas morales y/o sexuales y faltas que tienen una connotación de convivencia urbana y social. Representan una especie de transición entre una y otra. Esta categoría incluye, por ejemplo, incorregible, incorregible más agravante, desorden, inobediente, consentir desórdenes, formar desórdenes, cantado y permitir desórdenes, permitir juegos prohibidos, juegos prohibidos, reuniones de juegos prohibidos, consentir borracheras y desórdenes, consentir hijos de familia. Al interior del contexto general de los delitos, ocupan un 2,3% con 88 casos contabilizados.

Al respecto, casos típicos se encuentran en el de Leonarda Parrague, condenada en apelación por el subdelegado Rios "... a seis meses de correccion por permitir que en su casa sus hijos tengan juegos prohibidos; de donde resulta que continuamente hallan desordenes, saliendo desnudos todos los que entran alli; y estar el referido subdelegado contado de las quejas de todo el barrio..."⁵⁷; Petronila Solis, por su parte, accedió a "... dos meses en la correccion por tener reuniones de juegos prohibidos en su casa..." y se dejó constancia que tendría la posibilidad eliminar la pena, pagando una multa de 50 pesos⁵⁸.

TRASGRESIÓN A NORMAS CÍVICAS

Bajo esta categoría he agrupado aquellas faltas que evidencian estar asociadas a las normas de convivencia urbanas. Entre ellas, por ejemplo, tener un bodegón abierto en día de fiesta. En general, se trata, especialmente, de las normas que afectan el desarrollo de las actividades urbanas. Todos los delitos afectan, pero las normas que llamo cívicas, son más específicas. El caso típico de este delito se da en el de Catalina Muños, detenida y encerrada "... por tener su bodegon abierto en dia de fiesta a la correccion ocho dias..."⁵⁹. En el contexto general, las faltas de esta naturaleza alcanzaron a un 3,1%, es decir, 45 casos registrados.

OTRAS

Bajo esta categoría, he agrupado aquéllas que no pueden ser contenidas en las anteriores. Aquí, se pueden señalar, por ejemplo, causas pendientes, sin causa precisa, no desdejar injurias, por acusación del comisionado, por deuda,

⁵⁷ L.C., Vol. 24, 5 de junio de 1840, fs. 341.

⁵⁸ L.C., Vol. 24, 23 de marzo de 1840, fs. 303.

⁵⁹ L.C., Vol. 24, 28 de abril de 1840, fs. 323.

por fabricar naipes, no tener madre ni patrón. Ocupan la nada despreciable cantidad de 93 casos, alcanzando un 2,5%.

Imposible de ubicar bajo otras categorías, por ejemplo, es el delito de Pascuala Muñoz, "...por haber cobrado fraudulentamente á la casa de huérfanos con otro chico los dineros que se le pagaban por otro que tenia, habiendo este muerto tiempo há, pasó al Inspector respectivo..."; en este caso, el subdelegado Reyes la condenó a un mes de corrección⁶⁰. Manuela Bravo, por su parte, fue acusada "... por mal trato que dá á su hija adoptiva D^a Pilar Rivera...", además de "... hacer de ella un trafico vergonzoso entregandola á cuantos la solicitan...", por tal razón "... se encargó su prision al Comandante Barrera, para que la haga conducir al juzgado del crimen..."⁶¹. Agustina Fernandez, en cambio, pasó "...en detencion á la casa de correccion por cuatro meses por huérfana y sin destino conocido, con prevencion que, si antes de este termino halla donde acomodarse desentamente, será puesta en libertad (*sic*)..."⁶². En fin, Pascuala Olivo fue condenada por el subdelegado Puelma "... a un mes en la correccion por osiosa y no querer entrar a servir, ni sujetarse al lado de su padre..."⁶³.

Por otro lado, no hay evidencias de bandas delictuales, menos en el caso de mujeres. Del mismo modo, aunque existieron denuncias aisladas de robos de caballos o vacunos, los acusados no pasan de dos personas. Al respecto, sólo he encontrado dos casos referidos a delinquentes masculinos:

i. El primero corresponde a una banda de tipo rural, en que Juan Escobar, Lorenzo Cavieres, Antonio Gusman, Miguel Salas, resultan declarados "...Autores y complices de un robo de treintaisiete cabezas de ganado mayor que hicieron en Rancagua á Dn. Miguel Castillo en compañía de varios otro individuos que han fugado y que no ha podido conseguirse su prision, pero se practican las diligencias necesarias al efecto..."⁶⁴;

ii. El otro caso, una banda urbana: el detalle del registro policial consignó que "Madriaga Jose Maria, Gamboa Pedro, El 1º capitaneaba una cuadrilla que formaba desordenes en la plaza de la independencia la noche de los fuegos, con el objeto de robar, lo que verificaron atropellando a un dulcero y robandole los dulces que tenia á venta al j. del c."⁶⁵.

Lo aislado de ambos casos, refuerza la idea de inexistencia de organizaciones urbanas delictivas.

Los delitos se explican en un contexto de sociabilidad callejera, no necesariamente nocturna. La mayor cantidad de trasgresiones parecen ocurridas de día. De hecho, las fuerzas de serenos eran minoritarias respecto de las de vigilantes diurnos.

⁶⁰ L.C., Vol. 21, 8 de mayo de 1837, fs. 29.

⁶¹ L.C., Vol. 24, 2 de enero de 1839, fs. 28 (esta fórmula legal resulta de todos modos novedosa, puesto que al parecer sólo es una denuncia que origina el arresto de la persona involucrada).

⁶² L.C., Vol. 21, 17 de noviembre de 1837, fs. 58v.

⁶³ L.C., 19 de diciembre de 1837, Vol. 21, fs. 65.

⁶⁴ L.C., Vol. 24, 20 de julio de 1840, sfs.

⁶⁵ L.C., Vol. 24, 1º de octubre de 1840, sfs.

Respecto de los delitos en general, una tarea pendiente es una contabilidad general y su incidencia, por ejemplo, con los años de Portales en el gobierno, la acción política y la acción legislativa.

III. CONCLUSIONES

El sistema imperial hispano impone un eje bipolar de seguridad-inseguridad. Relación desmembrada en atención a la crisis monárquica y que, a partir de allí queda en manos de políticos locales. En adelante, estos asumen, aunque en forma precaria, la pesada carga del binomio seguridad-inseguridad. Sólo después de 1830, y luego de luchas internas, el proceso adquiere relativa coherencia. Y se materializa en el hecho que unos pocos se confirman en el poder. Serán estos mismos los que, por lo menos hasta el fin de la primera mitad de siglo, se esfuerzan por implementar un sistema de administración y control. La experiencia acumulada, especialmente aquélla referida al último tiempo imperial, unida a las nuevas relaciones individuales y probablemente de redes intelectuales, más los conflictos divergentes en la consecución del poder político, enseñó que la acción política debía estar sustentada en la (in)seguridad.

Santiago de la primera mitad del siglo XIX, si no es una sociedad violenta, ostenta un nivel de tolerancia muy escasa. Por un lado es "militarizada" y, por otro, pretende un fuerte compromiso con la cosmovisión cristiana. En términos religiosos no existe libertad de culto, pero el anhelo ecuménico está muy lejos de lograr efectivamente un "autoproclamado" consenso y tampoco parece lograr una práctica moral efectiva. Esto hace que la sociedad en su conjunto sea altamente segregadora. De allí, se explican también los fenómenos de marginalidad social, que se objetivan, de manera general, como efecto de un fuerte control hacia todas las personas, pero especialmente sobre la mujer.

A un nivel de práctica cotidiana, se intentaron materializar determinados patrones de conducta referidos, por ejemplo, en la idea de *moralidad*, *buen orden*, *tranquilidad doméstica* y una *prosperidad pública*, tan necesaria ante una *criminalidad horrorosa y creciente*. Serían estos principios los que en más de algún sentido sostuvieron todo el sistema policial, judicial y penal.

Sin cometer delitos graves, las delinquentes femeninas eran arrestadas por una amplia variedad de trasgresiones. La mayor parte de las veces *infraganti*. Sin embargo es necesario precisar la existencia de la acusación o solicitud de parientes o patrones. Aquí, entonces, no mediaba un delito ni la certeza del mismo.

En cualquier caso, los delitos femeninos normalmente se asocian a preceptos morales. Particularmente religiosos; la mayor cantidad de ellos, de hecho, se refieren a trasgresiones hacia la idea del matrimonio religioso.

La sociedad cuida el matrimonio. Como referente del honor, este lazo sagrado aparece protegido por la institucionalidad y devino en vigilancia de la pureza sexual de la familia. Fue un aspecto que permeó la sociedad y, al mismo tiempo, debió diluirse desde los estratos sociales más altos hasta los más bajos.

Pero, al interior de la familia, del matrimonio, la mujer también aparece protegida por este mismo contexto de control que la coaccionaba. Claramente se observa un esfuerzo hacia la protección femenina, especialmente, en cuanto a la violencia verbal y física. Entonces, ¿cuál es el proceso que conduce que a fines de siglo xx, la protección femenina emerja como un gran logro social? Y todavía, ¿en qué momento represión y protección femenina se separan para no avanzar más que la primera?

El intento de describir la práctica policial en la década de 1830 referida a las mujeres en la ciudad de Santiago, se sostuvo en las formas más recurrentes de delitos femeninos. Producto de lo anterior, emergen otra serie de interrogantes que constituyen parte de una agenda de temas acotados a la primera mitad del siglo xix. Por ejemplo, quedan pendientes: la descripción del sistema policial urbano; también la descripción y análisis del proceso de articulación y características de la casa correccional como principal forma de castigo femenino; la descripción y análisis de los fundamentos ideológicos, teóricos y empíricos que inspiraron los sistemas represivos y de castigo. Desde luego, queda pendiente profundizar en las propias prácticas sociales a través de las cuales la población resistió.

Además, cabe interrogar al pasado respecto de ¿por qué aquéllos que tienen el poder actúan de la forma que lo hacen? ¿Cuáles son los fundamentos para la práctica política y social? En este último sentido, ¿cuál es el diagnóstico que los administradores políticos hicieron de la sociedad? ¿Cómo actuaron o qué hicieron en función de este diagnóstico? ¿Cómo entendieron o definieron a los gobernados? A propósito del caso de la mujer, ¿existen otros sujetos marginales? Al respecto, ¿cómo y de qué punto de vista es posible historiar a la "preadulterez" que actualmente llamamos juventud?; si la mujer, la juventud y toda una sociedad puede estar determinada por mecanismos de vigilancia y castigo, ¿cuál es el papel del sistema policial y judicial?, ¿cuál es el principal castigo?, ¿cuál es el papel del encierro como principal castigo social?, ¿cuál es el fundamento de toda la vigilancia?, ¿de qué manera opera la sociedad vigilada y cuáles son sus características principales?

Con todo, el "premio y castigo" contemporáneo encuentra un símil en el siglo xix. Portales lo acuña como *palo y bizcochuelo*. Y literalmente tiene razón. Hay que considerar el carácter de gobierno que impuso, el tipo de sociedad que concibió y los tipos de estrategias y tácticas que durante el período se implementaron. En general, hoy importa un refuerzo positivo, aun cuando la vigilancia social cada vez es mayor. Allá, en cambio, antes que nada importó primero castigar.

IV. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES BIBLIOGRAFÍA

Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1988, Primera conferencia.

Marcelo Javier Neira Navarro, "...palo y bizcochuelo..." : *ideología y disciplinamiento. Santiago, primera mitad del siglo XIX*, Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, Tesis para optar al grado de Magíster, Viña del Mar, 1998.

Marcelo Javier Neira Navarro, *La Delación: aproximación al problema en la historia de Chile, primera mitad del siglo XIX*, Ponencia en el PRIMER ENCUENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS PARA INVESTIGADORES JÓVENES; Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, 16 y 17 de agosto de 1999.

Rolando Mellafe, *Interpretación histórico-metodológica de la delincuencia en Chile durante el siglo XX*, en Contribuciones científicas y tecnológicas, Area ciencias sociales y humanidades, Serie Historia social y de las mentalidades N° 2, Departamento de Historia, Universidad de Santiago, año XXVI, julio 1998, N° 118, (págs. 21-26).

Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, (Trad. Joaquín Aguilar), Alianza Editorial, Madrid, 1984.

FUENTES

Joaquín Escriche, *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense*, Imprenta de J. Ferrer de Orga, Valencia 1838.

El Araucano, N° 295, 28 de abril de 1836.

Libro de Condenas, Vol. 10; 13; 19; 21 y 24.

Diego Portales, "Carta a Fernando Urizar Garfias", Santiago, 1° de abril de 1837, en Ernesto de la Cruz (rec.) *Epistolario de Don Diego Portales. 1821-1837*, Dirección General de Prisiones, 3 vols., Vol. 3, Santiago, 1937.

Manuel Joaquín Valdivieso, *Memorias de su gestión*, Cabildo de Santiago.

EL SUJETO JOVEN EN AMÉRICA LATINA: SUMERGIDO EN LA TEORÍA Y EN LA HISTORIA

Gabriel Medina Carrasco

Según se sabe, en latín las palabras "inventar" y "descubrir" son sinónimas. Todo esto está de acuerdo con la doctrina platónica, cuando dice que inventar, que descubrir, es recordar...; ya todo está, sólo nos falta verlo.

Cuando yo escribo algo, tengo la sensación de que ese algo preexiste. Parto de un concepto general; sé más o menos el principio y el fin, y luego voy descubriendo las partes intermedias; pero tengo la sensación de inventarlas, no tengo la sensación de que dependen de mi arbitrio; las cosas son así. Son así, pero están escondidas y mi deber de poeta es encontrarlas.

Jorge Luis Borges (1982)

El campo de estudio de los jóvenes ha sido objeto de innumerables investigaciones a lo largo del presente siglo acorde a las diferentes perspectivas que han predominado en las ciencias sociales. Así, desde un primer momento, en el que por largas décadas se impusiera la visión psicobiologista que Stanley Hall inauguró en 1904¹, pasando por el período de los años sesenta y setenta, cuando surge la postura sociológica con un claro sesgo marxista (Escuela de Birmingham), se ha arribado a la década de los noventa, caracterizada por la emergencia del enfoque sociocultural². Como es habitual, salvo contadas excepciones, estas elaboraciones se han formulado a partir de realidades ajenas a nuestra región; dinámica que acusa el carácter etnocentrista que persiste no sólo en el avance tecnológico sino también —y quizás sobre todo— en la construcción del conocimiento.

Esta dinámica ha continuado en la emergente perspectiva sociocultural que, en busca de ampliar el horizonte de comprensión, asume a la juventud como una construcción cultural. En efecto, la mayoría de las investigaciones de sus precursores, los antropólogos estructuralistas Mead, Turnbull y Bernardi y Levi-Strauss, entre otros, refieren a realidades históricas y culturales alejadas de nuestra región.

En este contexto, siendo partícipes de los postulados del enfoque emergente, este trabajo se plantea aportar algunas reflexiones y antecedentes que desde nuestra propia diversidad latinoamericana contribuyan a una nueva conceptualización de lo joven. Esta propuesta implica inevitablemente establecer los deslindes analíticos que orienten el trabajo hacia el propósito señalado. En primer lugar, cabe inquirir sobre la necesidad de incursionar en nuevos paradigmas epistémicos para abordar el mundo joven: es decir, ante la existencia de

¹ Hall, Stanley (1915), *Adolescence: Its Psychology, and its relations to Physiology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, Appleton Century Crofts, Nex York.

² A estas visiones se deben agregar: por un lado, la perspectiva demográfica que surge en la década de los ochenta, a partir de los procesos de transición demográfica; y por otro, la visión de salud reproductiva que nace en la década de los noventa y que se aboca a la problemática relacionada con los procesos de reproducción en los adolescentes.

paradigmas (andamiajes teórico-metodológico) con demostrada rigurosidad y consistencia, plantear por qué es relevante incursionar en la realidad desde una mirada renovada. Ello implica imperiosamente revisar la concepción que tienen del sujeto joven los enfoques utilizados en su estudio. En segundo lugar, para reflejar los alcances del conocimiento construido hasta la fecha, es pertinente tratar la forma en que se ha analizado al sujeto joven latinoamericano desde la sociología. Finalmente, con base en antecedentes proporcionados por estudios etnográficos y antropológicos, se plantea demostrar que el mundo joven siempre ha estado presente en las sociedades latinoamericanas. Para esto último, se observan las costumbres y rituales de algunas sociedades prehispánicas; concretamente, se analizan a los Selk'nam de Tierra del Fuego, los Bororos y Nambiquaras de la Amazonia y la civilización mesoamericana Azteca.

LA AVENTURA DE LA "OCURRENCIA" FRENTE AL *STATUS QUO*

Sin duda, en los límites del positivismo es improbable que la generación del conocimiento se asocie a la *ocurrencia*; cuando mucho, los desarrollos cognitivos que germinen en base al alumbramiento casual, espontáneo e inesperado suelen ser atribuidos al dominio del "conocimiento vulgar", y bajo ninguna circunstancia podrían adquirir el *status* científico. No obstante, desde que en los años 60 Hans-Georg Gadamer revoluciona a las ciencias sociales con una concepción hermenéutica más filosófica y útil para analizar los fenómenos de la vida en sociedad, ha cambiado radicalmente la importancia de la *ocurrencia* para el trabajo sociológico³. De acuerdo con Gadamer esta importancia radica en que es la capacidad de *ocurrencia* del hombre la que permite desplazar los "horizontes de sentido"; es decir, vía la *ocurrencia* el hombre puede acceder a mayores niveles de comprensión de su estar en el mundo *-dasein-* (Gadamer, 1993 y 1994).

Lo anterior, traducido en términos sociológicos, da pábulo a que aquellos planteamientos transgresores de las pautas hegemónicas en el proceso de construcción cognitivo puedan erigirse voces válidas en el ámbito académico. Como lo han señalado tanto Feyeraben (en Gergen, 1992) como Porter (1996), sólo el espacio de la crítica y del escepticismo intelectual permiten que la práctica reflexiva siga acrecentando el saber sobre "lo social". La tradición de la crítica ha permitido develar nuevas áreas problemáticas y, de este modo, evitar el riesgo de anquilosamiento que los grandes paradigmas representan para el avance de las ciencias sociales.

El rigor exigido por la academia para que una determinada aproximación sobre una realidad cualquiera sea aceptada como componente de la "torre del saber", puede llevar a la comunidad científica a altos niveles de inercia intelectual tautológica; es decir, a más de lo mismo. Sin duda el empleo iterado de

³ Gadamer inaugura una hermenéutica que, lejos de restringirse a la mera interpretación de textos, consiste en la exégesis comprensiva del mundo que habitamos; en este sentido, los textos no son más que metáforas del mundo (Gadamer, 1993, 1994).

marcos teóricos de reconocida y amplia aceptación, en la práctica, arriesga la conformidad y ceguera cognitiva respecto de los procesos sociales a los que asistimos en la actualidad. De ahí, la vitalidad que representa para el quehacer científico la emergencia de planteamientos "irreverentes" hacia el *status quo*, toda vez que entre otras virtudes: comportan saltos epistémicos respecto de las plataformas hegemónicas del conocimiento y avizoran nuevas realidades, o mejor dicho, hacen emerger fenómenos que habiendo estado desde siempre en las realidades sociales observadas, hasta ese momento habían permanecido invisibles a la mirada científica.

Debido a los beneficios que la irreverencia intelectual representa para incrementar el conocimiento, el único "deber" que debiera prevalecer en la construcción del saber es la actitud escéptica respecto de lo establecido: en los términos del poeta argentino José Luis Borges, el deber principal del científico social sería develar los aspectos de la realidad social que aún permanecen en la oscuridad cognitiva.

Pretender tan magna tarea, sin duda, conlleva dinamismo y renovación no sólo en el ámbito de las empresas de investigación que se proponen abordar la vorágine de las transformaciones sociales que caracterizan a las sociedades modernas; es decir, no sólo remite incursionar en la novedad que desde la propia realidad se nos presenta de modo evidente (alterando los referentes más consolidados) sino, sobre todo, plantearse la posibilidad de nuevos ángulos de observación.

En nuestra opinión, aunque exista cierta tradición en la tarea científica, la búsqueda de una mirada renovada en el conocimiento del mundo joven no ha alcanzado un posicionamiento entre los temas centrales de la reflexión académica, para lo cual debiera emprender al menos una de las dos rutas de análisis siguientes.

La primera consistiría en la revisión de las temáticas abordadas desde los paradigmas epistémicos prevalecientes. Este camino implica detectar aquellos campos analíticos que delimitados por las categorías de análisis no han sido estudiados. En cierta forma, esta alternativa se traduce en el levantamiento de "Estados del Arte" sobre las temáticas juveniles estudiadas, para luego determinar que áreas de la vida juvenil no han sido objeto de investigaciones rigurosas.

Existen innumerables ejemplos que se inscriben en este camino; por lo general, suelen abarcar un determinado número de años y en función de las áreas temáticas de interés definidas por los editores —o promotores de la iniciativa— se revisa los trabajos publicados en el período. Este ejercicio presenta limitaciones debido al centralismo de la actividad académica y por la dificultad de publicación de los trabajos del interior del país, que se traduce en un análisis concentrado en los escritos más conocidos. Esta tendencia implica dejar fuera de la revisión a aquellos planteamientos que, por estar más cerca de la realidad observada y más alejados de la estructura conceptual hegemónica, pueden ser innovadores en la materia. Además, la amplitud de las temáticas revisadas obliga a un trabajo multidisciplinario que habitualmente cae en una dispersión de

enfoques y disímiles énfasis entre los autores. En síntesis, si bien el "Estado del Arte" contribuye a conocer lo avanzado en el estudio del mundo de la juventud, producto de lo señalado arriesga ser un lugar común, dado que sus conclusiones o propuestas de trabajo a futuro —cuando las contienen— tienden a ser disciplinariamente fragmentadas y, por ende, fácilmente pueden constituir afirmaciones ampliamente conocidas en el medio de cada una de las disciplinas interesadas. Un claro ejemplo de esto es el trabajo coordinado por José Pérez Islas y E. Patricia Maldonado (1996) intitulado *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México, 1986-1996* que, obviando las objeciones que denota, es el esfuerzo de mayor alcance realizado en el mundo juvenil mexicano.

En los dos tomos de este Estado del Arte se presentan amplias exposiciones de siete tópicos de la vida juvenil que se caracterizan —salvo contadas excepciones— por haber considerado sólo trabajos publicados en la Ciudad de México y por las variadas perspectivas de los autores, a causa de lo cual abortó la revisión sistemática del conocimiento construido sobre la juventud mexicana en el período analizado. El trabajo, además, adolece en algunos de los ensayos de la rigurosidad suficiente para orientar la reflexión de las ciencias sociales a futuro; con algunas excepciones los ensayos contemplaron insuficiencias de distinta índole⁴.

La segunda vereda es un desafío de mayor envergadura y radicalidad, ya que consiste en cuestionar las bases que sustentan las plataformas epistémicas que han servido para el conocimiento alcanzado en el presente; es decir, equivale a preguntarse ¿los *constructus* o categorías de análisis empleadas en los estudios sobre la juventud hasta la fecha han sido pertinentes para emprender aproximaciones comprensivas a la diversidad juvenil? Responder esta interrogante permitiría aclarar si lo avanzado en la temática ha sido suficiente o no para dar cuenta de la "condición joven". En consecuencia, en este caso, renovar la mirada científica revestiría necesariamente una refundación epistémica, dado que para alumbrar nuevos campos problemáticos se hace necesario superar las fallas o insuficiencias de los presupuestos y estructuras teóricas que han

⁴ Las debilidades que en nuestra opinión tiene este trabajo se concentran en los siguientes ensayos:

- i) "Participación política y ciudadanía", óptica muy subjetiva y limitada a la revisión del proceso estudiantil de los 80 —movimiento de la CU—;
- ii) "Cultura juvenil y medios, concepción filosófica y teórica sin considerar casos empíricos";
- iii) "Valores y religión en los jóvenes", visión teológica en el tratamiento de la configuración de valores y de la moral de los jóvenes;
- iv) "Educación y empleo juvenil", mirada adulta de los problemas de la economía nacional, con total ausencia de la situación laboral de los jóvenes; y
- v) "Juventud y adicciones", análisis de la cultura de las drogas desde una perspectiva epidemiológica con prescindencia de los factores de riesgo que inducen al consumo.

En cambio, los dos casos altamente rescatables corresponden a los ensayos "Organización Juvenil" (que representa una acabada elaboración cultural sobre las comunidades simbólicas, en torno a las cuales se han agrupado los jóvenes en las últimas dos décadas) y "Sexualidad Juvenil" (que comporta una rigurosa revisión, no sólo de los principales trabajos publicados en el período sino también los enfoques teóricos que se emplearon en las investigaciones de la época, señalando limitaciones y potencialidades).

prevalecido en la investigación⁵. Asimismo, esta ruta comporta el desafío de identificar los lugares que se intuyen incorrectos en la elaboración de las plataformas epistémicas y que contribuyen a la ausencia de problematizaciones temáticas que coadyuven a una mayor comprensión de este campo de análisis; todo ello con la debida fundamentación en el lenguaje que le otorgue confiabilidad científica (Berger y Kellner, 1985).

En nuestra opinión, la gran limitación que han adolecido las perspectivas hasta ahora imperantes en la investigación sobre lo joven reside en la estrechez con que han abordado la conceptualización de la propia delimitación del campo de estudio: esto es, la condición joven. No puede dejar de sorprender que siendo el concepto *juventud* el elemento central en la definición de los deslindes del trabajo reflexivo, no se hayan cuestionado las tesis psicobiológicas de comienzos del siglo (Hall, 1938) o las clasificaciones etarias establecidos arbitrariamente por organismos internacionales (OMS, 1995); por el contrario, éstos han sido los referentes que se han seguido prioritariamente para construir los supuestos de los planteamientos problemáticos que han orientado la actividad académica. Esto se puede observar en los diferentes enfoques que se han privilegiado en el estudio de los jóvenes.

ENFOQUES HEGEMÓNICOS EN LOS ESTUDIOS JUVENILES

Un repaso por la concepción de la juventud y los énfasis desarrollados en los principales enfoques interpelados para abordar la diversidad juvenil, permite explicar el por qué este campo de estudio aún continúa con una gran interrogante para el conocimiento científico.

Sin duda, los planteamientos de Stanley Hall (1938) siguen presentes en las elaboraciones conceptuales, tanto de la Psicología Social como de la Sociología. Este autor inaugura el *enfoque psicobiológico* que considera a la juventud como un período vital caracterizado por un conjunto peculiar de reacciones psicológicas que responden a cambios fisiológicos propios de esta etapa de la vida. Desde este punto de vista, el proceso de maduración biológica es el fenómeno más interesante, pues representaría la causa fundamental de los problemas psicológicos de la edad juvenil.

El enfoque *psicosocial*, conforme a Anamely Monroy (en OPS, 1985), visualiza a la juventud como un periodo de transición hacia el mundo adulto, que se inicia con la llegada de la menarquia en la mujer y la espermaquia en el hombre y finaliza cuando el individuo internaliza o configura su personalidad con los distintos modos, ideas, creencias, valores y normas de su cultura⁶.

⁵ Este segundo camino no significa desvalorar los aportes que las plataformas cuestionadas han brindado al conocimiento existente, dado que obviamente sin ellas éste no habría sido posible; sin embargo, conlleva suponer que devienen insuficientes para interpretar comprensivamente la complejidad de las realidades sociales del mundo juvenil.

⁶ De acuerdo con otros autores (Gurrieri y Torres, 1971) este enfoque, llamado también *de personalidad*, construye tipologías de la personalidad juvenil basadas en conjuntos coherentes de

El tercer enfoque es el *demográfico*, que surge en los años setenta con la preocupación de los organismos internacionales de llevar a cabo una estrategia de transición demográfica en los países del mundo no desarrollado⁷, y que sigue los postulados de la Organización Internacional de la Salud que define a la juventud según el factor etario: 15 a 24 años (OMS, 1995). Es decir, considera a la juventud como un segmento de la población total y estudia la estructura y dinámica de sus tasas reproductivas, su distribución geográfica, su situación laboral y educacional, entre otras variables socioeconómicas.

El enfoque *sociológico* es una plataforma más elaborada en tanto recupera de los anteriores los aspectos biológicos y psicológicos y los sitúa en la trayectoria de inserción social que todo individuo tiene en una sociedad. De este modo, este enfoque asume a la juventud como una fase de moratoria de la niñez en espera de asumir roles del mundo adulto; esta fase se inicia con los cambios biológicos de la maduración sexual de los jóvenes y supuestamente concluye cuando el joven se incorpora al trabajo, termina la escuela, se independiza del hogar paterno, forma su propio núcleo familiar y/o tiene hijos (Durston, 1996).

Esta conceptualización indica que los estudios sociológicos tienen un fuerte sesgo funcionalista, y en consecuencia, su principal preocupación es atender el proceso de integración de los jóvenes al sistema social conforme las pautas del orden social establecido. Esta integración puede adquirir tres modalidades: i) *social*: es decir, vía la incorporación de los jóvenes a los roles que les deparan los espacios institucionales –padre de familia, dueña de casa, trabajador industrial, dirigente político, otros–; ii) *sistémica*, o sea, que exista una integración coherente de los valores de los sujetos jóvenes con los valores del sistema que orientan los cursos de acción en dichos espacios (Parsons, 1988); o iii) *disfuncional*, esto es, asumir roles –y los respectivos valores– en los espacios sociales reñidos con la moral hegemónica, como la prostitución, la drogadicción, la delincuencia, la vagancia, entre otros (Tironi, 1990).

Como señalan Gurrieri y Torres-Rivas (1971), el enfoque sociológico otorga especial atención al proceso de incorporación del joven a la vida adulta desde dos perspectivas fundamentales: por un lado, partiendo del análisis de la estructura social local y global donde el joven se desenvuelve, y prestando atención a las instituciones y grupos en los cuales lleva a cabo sus procesos de socialización; por otro lado, estudiando las incoherencias y desajustes que se producen al entrar en contacto las aspiraciones y deseos del joven con las posibilidades que la sociedad le brinda.

Sólo en años recientes estos enfoques han recibido diversos cuestionamientos debido a las ambigüedades teóricas para establecer las fronteras etarias que separan la niñez de la juventud y ésta de la adultez, y por la abierta distancia de

motivaciones y actitudes. Con base a este enfoque, por ejemplo, en los años 50 se construyeron las categorías del joven rebelde: delincuente, radical y bohemio (Marza, en Gurrieri, 1971).

⁷ Esta estrategia suponía que al reducir el ritmo de reproducción de las personas de los sectores sociales con menores recursos, sería posible aumentar el nivel de vida de los grupos más necesitados.

estas delimitaciones con los procesos psicosociales y sociales que experimentan los individuos⁸. Sin duda, una de las causas que podríamos vincular a esta impositiva concepción de lo juvenil estriba en que el quehacer académico es una actividad del mundo adulto que, al parecer, ha sido incapaz de traspasar las fronteras de su propio horizonte de observación; insuficiencia que han reducido la capacidad de *ocurrencia* para abordar el mundo de los jóvenes. En otras palabras, el trabajo académico ha operado con el *deber ser* del mundo adulto y, además, su mirada ha tendido a orientarse conforme las preocupaciones que son propias de los adultos. Esta dualidad potencial en la elaboración de los problemas a estudiar puede evidenciarse, por ejemplo, en la relevancia que ha adquirido en años recientes el "problema del desempleo juvenil", ya que podría obedecer a intereses disímiles: de una parte, cabría pensar que el problema surge porque dificulta las oportunidades de desarrollo psicosocial —p. ej., autoestima— o social —p. ej., movilidad social— del joven con escasa educación; de otra, también puede deberse a que arriesga los equilibrios económicos presentes y proyecciones futuras del bienestar societal, es decir, del mundo adulto inclusive. Indudablemente, la respuesta tendría argumentos en ambos sentidos, y establecer cuál es de mayor peso sería una tarea difícil, pero no sería equivocado suponer que la perspectiva que priorice en lo juvenil está lejos de ser la central.

Lo que más llama la atención en la tradición sociológica regional es que estas dudas comienzan a señalarse hace 25 años, pero no es sino hasta esta década que han provocado un cambio significativo en los enfoques de las investigaciones. La antigüedad del cuestionamiento sobre cuáles serían los intereses que definen los problemas estudiados, se reflejan en la advertencia que Aldo Solari difundiera en los años setenta,

... debería iniciarse una disgresión acerca de cuáles de los llamados problemas de la juventud son propiamente tales y cuáles son aquellos otros que los adultos le atribuyen o que forman parte del mecanismo de legitimación de la actitud que tienen frente a ella. Si se hiciera una disgresión de ese tipo, es posible que los adultos salieran peor parados que los jóvenes, aun en comparación con aquellos análisis que les son más adversos (Solari, en Gurrieri y Torres-Rivas, 1971: 2).

De un modo más directo, Gurrieri y Torres-Rivas plantean que la cuestión juvenil emerge subordinada a una problemática más general: el funcionamiento económico y social de nuestras sociedades:

⁸ Las críticas, en especial se refieren a que el momento de asumir roles adultos no puede vincularse al factor etario y a las variables observadas para dar término a la moratoria para dicho ingreso. Por un lado, tales funciones son normalmente asumidas a edades diferentes a lo estipulado por estos enfoques; y por otro lado, esta visión ignora al sujeto como constructor de su realidad, o sea, de su condición joven.

(Se entienden bajo la calificación de problemas de la juventud) las situaciones surgidas en una etapa determinada de la vida durante la cual son decisivas tanto las influencias y las orientaciones recibidas como la satisfacción de ciertos intereses vitales. De ahí que el interés por la situación juvenil esté estrechamente asociado al problema más general del desarrollo económico y social de la sociedad latinoamericana (Gurrieri y Torres-Rivas, 1971: 12)

De ahí que para Solari, pese a los numerosos estudios, persiste la ausencia de un genuino interés por dar cuenta de la complejidad de la condición juvenil, con la consiguiente debilidad de este campo de estudio:

La profusa y confusa literatura acumulada en los últimos años acerca de lo que la juventud debe o no debe hacer o acerca de la actitud que los adultos deben asumir frente a ella no puede ni siquiera disimular la escasez de conocimientos serios que tengan alguna fundamentación científica. Una de las consecuencias termina en la represión pura y simple, llevan a pedir algunas bases fácticas, apuradamente construidas, sin mayor seriedad, como fundamentos de una supuesta política respecto a la juventud. En uno y otro caso cabe dudar del tan pregonado interés por la juventud que constantemente se exhibe (Solari, en Gurrieri, 1971: 1).

LA JUVENTUD EN LA HISTORIA Y EN LA TEORÍA

Al observar el tipo de estudios que desde el enfoque sociológico se ha abordado a la juventud latinoamericana, le damos completamente la razón a Solari. Haciendo un repaso sucinto de las temáticas abordadas, se podrían señalar que las más bulladas han sido las tres que siguen:

1. Las primeras observaciones que intentaron interpretar la emergencia del joven como sujeto social, esto es, diferenciado de otros sujetos "visibles" en términos sociales, remite al análisis de las tempranas, sorprendidas, masivas y radicales manifestaciones estudiantiles que se producen en algunos países latinoamericanos; concretamente en los países del Cono Sur. Estas movilizaciones estudiantiles, más que restringirse a los claustros universitarios, interpelan a las estructuras mismas del sistema educacional y buscan modificar el rol que en los distintos momentos históricos los sectores dominantes le atribuían a la educación superior. Es decir, el espacio universitario sirvió como escenario para que el joven emergiera como sujeto independiente y con discurso propio sobre el devenir social. En especial, los movimientos que más han impactado en sus respectivos tiempos históricos han sido los de Cuzco, Perú, y de Córdoba, Argentina⁹.

⁹ Sin duda, a lo largo del presente siglo en las distintas realidades nacionales han existido diferentes expresiones estudiantiles que han interpelado al mundo adulto, en tanto controlador de su proceso formativo. En este sentido, deben mencionarse la movilización estudiantil en Chile en la década de los años veinte, que tuvo la cualidad de involucrar en su causa a amplios sectores del movimiento obrero y de las capas medias del país; otro caso a destacar, es la permanente

a) El movimiento por la reforma universitaria de Cuzco que se remonta al año 1909 tiene dos características que lo dotan de una relevancia continental. Por un lado, es la primera expresión juvenil del siglo de carácter masivo que traspasa los límites del espacio universitario, impone su pliego petitorio y deja una impronta de impacto nacional que las movilizaciones universitarias de las décadas siguientes buscarán emular. Siendo Cuzco el espacio cultural peruano más importante de la época, la irrupción de un movimiento que altera la actividad académica universitaria en pos de modificar los programas de estudio, considerados desfasados e inadecuados para asumir los desafíos que deparaba la modernización de la sociedad peruana, atrae el interés del gobierno. En los hechos, el presidente Augusto Leguía aprovechó la coyuntura para enfrentar y derrotar a los sectores oligárquicos que estaban en la oposición política a su gobierno. De este modo, el reclamo estudiantil es abiertamente una palanca para que la derrota de la oligarquía nacional se tradujera en reforzar la modernización del sistema educacional del país.

El conflicto termina con la aceptación del petitorio estudiantil que, básicamente, reclamaba la modificación de los currícula. A partir de la propuesta elaborada por la comisión norteamericana, contratada para tal efecto, se impulsa un nuevo tipo de educación más vinculada a los procesos sociales en curso. Según Luis Valcárcel, el líder del movimiento, aquí radica el gran éxito de la reforma universitaria del Cuzco ya que da lugar a una educación orientada a actuar sobre la realidad social (Valcárcel, 1981).

La concepción liberal del movimiento estudiantil reafirma la visión que los adultos tienen –hasta estos días– del joven: el sujeto de la inconformidad, de la rebeldía y del cambio. Esta imagen de los jóvenes es un fenómeno que trasciende tiempos y países; de tal forma, no es de extrañar que 30 años después la juventud mexicana sea descrita por Jaime Torres Bodet conforme indica este prisma,

... la juventud lo contiene todo, en ese punto rápido y vulnerable en que la esperanza se hace promesa, el estudio acto, la avidez constancia, realidad la idea y responsabilidad insalvable vocación ... la juventud es la edad de Hamlet, príncipe de las dudas ... la juventud es audacia, entusiasmo, ensueño; de ahí que siempre buscará la libertad (Escobedo y Henríquez, 1989: 73, 77)¹⁰.

actividad que en la misma época desarrollaron las organizaciones estudiantiles de Jalisco, de los cuales germinaron diversas organizaciones políticas; también, un análisis del movimiento estudiantil sería incompleto sin tratar el proceso del 68 que se expresó en todos los países latinoamericanos, y que en México, por el riesgo de traspasar la capacidad de control gubernamental, concluyó en la memorable "noche de los guantes blancos" en la plaza de Tlatelolco. Sin embargo, dado que nuestro análisis refiere a la emergencia del joven como sujeto social, no sólo como estudiante, los casos de Cuzco y de Córdoba –por las razones expuestas– contienen mejores propiedades analíticas.

¹⁰ Fragmento del discurso inaugural en el Congreso de la Confederación de Jóvenes Mexicanos, realizado en 1944.

La fuerza del espíritu modernista de los movimientos estudiantiles a comienzos del siglo no es producto de una casualidad o invención de sus líderes. En realidad estas ideas germinan unos años antes en la voz de José Enrique Rodó, quien construye un discurso mesiánico sobre el sujeto joven. En este sentido, el segundo factor importante de la reforma del Cuzco es haberse constituido en la encarnación práctica de las ideas del proyecto modernista transformador del intelectual uruguayo. Al despuntar el siglo Rodó publica *Ariel* (1900), una obra que presenta al individuo joven como un sujeto poseedor de cualidades immanentes (cfr. naturales) para promover e impulsar con mayor energía el desarrollo modernista que comenzaban a transitar las sociedades latinoamericanas. En su mensaje a los jóvenes, este autor aboga por una juventud consciente de su rol modernista de transformador de los enclaves tradicionales que obstruyen el progreso de las sociedades latinoamericanas. Su mensaje fue una interpelación dirigida al sujeto joven para que: primero dé cuenta de que su naturaleza rebelde tiene como destino la generación del nuevo ideal que orientará el futuro de las sociedades modernas, las sociedades del nuevo siglo; y segundo, que en tal condición son la fuerza del cambio y del provenir. El espíritu modernista de las ideas de Rodó cobró mayor vitalidad en la belleza de su prosa,

La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; hace que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renan: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita complementarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma de dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Como se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismoes son vanos.

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y los significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir (Rodó, 1976: 5-7).

Así como la obra de Rodó enfatiza en una imagen juvenil con grandes cualidades libertarias, es indudable que este carácter idílico promisoriamente traza los elementos que los jóvenes comienzan a expresar en tanto sujeto social diferenciado. La capacidad de expresarse de un modo autónomo —distinto a otros sujetos sociales, tales como trabajadores, políticos, etc.— sería producto de emerger —y permanecer— como subcultura dentro del orden social (Feixa, en prensa), lo que lo mantiene al margen del poder que impone determinado orden social. En definitiva, para este autor el sujeto joven es el destinatario natural del cambio, debido a que él es irreductible al conformismo, al mundo adulto y a las situaciones de injusticia. De ahí que se considere que la pasión y autenticidad del sujeto joven lo erige la *energía social* (Melucci, 1995) que está dirigida a la transformación del curso de las sociedades (Real de Azúa, en Rodó, 1976: xii-xiii).

b) El otro movimiento de gran impacto en la región es la reforma universitaria de Córdoba iniciado en 1918 y que, luego de dos años, engloba a las principales ciudades argentinas —Buenos Aires, Tucumán, La Plata y Santa Fe— y se extiende por todo el continente. Santiago de Chile, Lima, Montevideo, La Habana y Ciudad de México fueron las ciudades que también vivieron el movimiento de la reforma universitaria. Su expresión continental y carácter de renovación liberal, lo hace destacar como acontecimiento histórico de magnitud continental (Ingenieros, en Portantiero, 1978)¹¹. Incluso, Mariátegui lo consideró como el nacimiento de “una nueva generación latinoamericana” (en Portantiero, 1978: 376).

En opinión de Juan Carlos Portantiero la reforma logra extenderse por el continente debido a que interpeló a otros grupos sociales, en tanto las condiciones políticas de la época contribuyeron a que otros sectores sociales solidarizaran con los estudiantes:

... en la medida en que el movimiento estudiantil llevaba sus reivindicaciones a la calle y se insertaba en el proceso sociopolítico del país ensanchaba el contenido de sus reivindicaciones, buscando la coincidencia con las de otros sectores populares. El movimiento universitario se transformaba en un eslabón, el más detonante, del movimiento político general.

La necesidad de solidaridad exterior —...— introdujo en la reforma algo que sería, quizá, su característica más saliente: la proyección continental sostenida tras la idea de un “destino” latinoamericano común (Portantiero, 1978: 43).

Obviamente, las distintas realidades nacionales conllevan a que el movimiento se manifieste de manera distinta en cada país; no obstante, en todos

¹¹ De acuerdo con Wenceslao Roces, el movimiento de la reforma de Córdoba no sólo se extendió por el continente, sino que también llegó hasta España, debido a que en 1921, los postulados de Córdoba son puestos como ejemplo en el Congreso Internacional de Estudiantes, reunido en México, al cual asisten delegados de diferentes universidades ibéricas (en Portantiero, 1978).

ellos tuvo un impacto que traspasó largamente la esfera universitaria y el tiempo mismo del proceso. Tal como indica Portantiero,

... no fueron iguales las vicisitudes en la Argentina, donde alcanzó su plenitud como realización típicamente universitaria, que en el Perú, donde devino partido político a través del APRA; que en México, donde sólo fue un capítulo dentro de una revolución nacional; o, finalmente, que en Cuba, donde permaneció a través del tiempo como una fuerza revolucionaria latente que se expresará incluso como un elemento importante en la organización del Movimiento 26 de julio (Portantiero, 1978: 13-14).

Pese al tenor eminentemente académico del movimiento cordobés que inicialmente se orientó tras la solución de problemas menores y locales (como el fin del régimen de internado y del sistema de provisión de cátedras, que termina conquistando), al cabo de la huelga los jóvenes habían obtenido el principal objetivo del movimiento estudiantil latinoamericano; esto es, el cogobierno de la universidad por la comunidad académica —profesorado y alumnado— bajo una fórmula de representación. Así, hacia 1921 la reforma universitaria posibilita que en todas las casas de estudio de la Argentina, además del cogobierno, exista docencia libre y asistencia libre de los alumnos a clase, entre otras innovaciones al sistema educacional.

Del mismo modo, sin ser una meta de los líderes del movimiento, al igual que en el caso de la reforma del Cuzco, concita el apoyo del Presidente Hipólito Yrigoyen, quien aceptando las demandas estudiantiles nombra un interventor que reemplaza a casi toda la jerarquía universitaria, despojando del poder a los sectores más anquilosados de la oligarquía (sus rivales políticos).

Una pequeña recapitulación de las reformas universitarias de comienzos de siglo obliga precisar que en ambos procesos se hace patente el hecho de que los líderes y los petitorios estudiantiles se orientaron según las ideas liberales y modernistas, relacionadas en algún sentido con el mesianismo de José Rodó. Además, estas ideas se vieron reforzadas toda vez que, tanto en Cuzco como en Córdoba, los jóvenes se enfrentaron a una dirección universitaria conservadora y oligárquica.

Todos los elementos señalados, indudablemente, aluden a la presencia de un sujeto juvenil masivo que lucha por demandas que le son propias, en tanto asume para sí el espíritu modernista surgido con la llegada del siglo. En la medida que su existencia está unida a acciones sociales colectivas, asociadas a cambios que superan el sistema educacional, su espacio de articulación como sujeto, es motivo de la atención de otros actores que utilizan su capacidad movilizadora. Debido a la violencia transgresora demostrada, suponemos que la movilización juvenil provocó temor entre el mundo adulto, lo cual habría facilitado la obtención y superación de las metas originales. Sin embargo, se considera que lo que mayormente contribuyó al logro de tantas conquistas, fue su capacidad de expresar las ideas modernistas, las ideas del cambio. Los gobiernos de la época provenían de los sectores sociales que estaban por impulsar

este cambio; por ello dieron todo su apoyo al nuevo sujeto colectivo: los jóvenes.

En consecuencia, la mirada sociológica articuló la imagen de la condición joven latinoamericana de comienzos de siglo en torno a la idea de ser sujeto de rebeldía y de cambio, vinculando su existencia al espíritu modernista de amplia aceptación en los medios progresistas. Es decir, independiente de su visibilidad social, los jóvenes eran definidos en su rol de gestador del cambio social, lo cual sólo refiere a su capacidad de organización y acción, ignorando que sus demandas pudieran obedecer a su necesidad de involucrarse en los procesos sociales pero de un modo estable, y no sólo para gatillar el cambio que a la postre el mundo adulto dirigirá conforme indiquen sus intereses.

2. Sería aventurado sostener que los jóvenes, para otros actores sociales, se reducían a su condición de estudiantes; obviamente, los mayores niveles de democracia —al menos en términos formales— y la creciente necesidad de una población ilustrada —requisito de la inercia modernizadora— obligó poner atención más permanente a la población juvenil, pero con un claro sentido funcionalista: la gran preocupación de los gobiernos era incrementar los índices educacionales de los individuos que serán la fuerza de trabajo que permitirá continuar con el impulso modernizador. En este proceso, el tema estudiantil siguió presente en la agenda académica; era la juventud más visible y, consecuentemente, era el objeto de observación por excelencia, hasta que en los setenta se “descubriera” otra manifestación del sujeto joven: “el joven marginal”.

Debido a que en los sesenta el modelo de desarrollo basado en la “sustitución de importaciones” presenta los primeros síntomas de agotamiento (Zapata, 1990)¹², diversos sectores de la población latinoamericana ven afectadas sus fuentes de ingreso, lo que hace más evidente las crecientes dificultades de los jóvenes para permanecer en el sistema educacional e incorporarse al campo laboral. Esto motiva la realización de trabajos que abren una nueva veta de análisis juvenil, los que, más allá de incursionar con nuevos instrumentos conceptuales, posicionan la mirada en un tipo de joven hasta ese momento ignorado por la academia. El nuevo énfasis de la investigación parte criticando el sesgo de los estudios previos de centrarse en el joven universitario: un tipo de joven específico que en ningún caso puede erigirse como representativo de la problemática juvenil.

¹² Como ha señalado este autor, el reemplazo de este modelo de desarrollo por el ahora extendido modelo neoliberal —que entre otros cambios representó la reducción del estado y el traspaso de la responsabilidad de la actividad económica y distribución del bienestar a la empresa privada— tuvo grandes diferencias entre los países de la región. Por ejemplo, el caso chileno estuvo cruzado por la dinámica política que impuso al inicio de los setenta el triunfo de la izquierda que impulsó una política de orientación estatista, la que sufre un cambio radical con la llegada de los militares al poder que inician la política neoliberal más radical que conozca país alguno; en cambio, México presenta otra situación, ya que el modelo entra en una crisis irreversible con la crisis de la deuda externa en 1982. En la práctica, el sistema económico de cada país es modificado acorde a las transformaciones que se producen en la esfera política.

Quienes comienzan a ocuparse del joven marginal plantean que lo importante es partir de la base de que los jóvenes enfrentan una situación difícil en la construcción de su trayectoria vital, producto de que el mundo adulto les transmite inseguridad y, sobre todo, porque en el plano simbólico no encuentran referentes que les permitan articular una identidad individual y social; por lo tanto, aunque asignando una relevancia excesiva a los factores estructurales de la vida en sociedad (que acusa un raciocinio funcionalista), la problematización del sujeto joven esboza algunos de los elementos que posteriormente serán el centro de atención del enfoque sociocultural. Dando una idea de la nueva dirección que desde los años setenta asume la investigación sobre la juventud, Edelberto Torres-Rivas afirma,

El problema juvenil encuentra su explicación estructural en el punto de partida, en la forma como se desarrolla el mundo adulto, que es en rigor el modo contradictorio de funcionamiento de la sociedad global. El comportamiento de los padres –sus éxitos, fracasos, la violencia de sus vidas, el trabajo, la creación o la derrota– condiciona ciertamente las pesadillas y el sueño de los hijos.

Se produce ... la emergencia de un contexto propio, de necesidades de afirmación y reconocimiento particular para los jóvenes. Son las exigencias propias de una cultura que para funcionar necesita hoy día integrar a su manera pero cada vez más diferenciadamente. Un amplio conjunto de condiciones socioculturales entran a formar parte de la definición existencial del joven. En el inmediato pasado esto no fue así. Los trabajos sobre la juventud padecían tradicionalmente de un reduccionismo al parecer inevitable. Eran estudios sobre la juventud estudiantil, y aún más, sobre el sector universitario (Torres-Rivas, 1988: 6).

Uno de los trabajos pioneros en el estudio de los jóvenes de sectores de bajos ingresos es el de Adolfo Gurrieri y colaboradores (1971), donde los autores buscan identificar y explicar los elementos estructurales que dificultan los procesos de movilidad social ascendentes de la juventud marginal, en distintas realidades nacionales. En lo central, la investigación establece una directa relación entre la educación y el empleo juveniles,

El joven se ve impulsado por necesidades, deseos y aspiraciones que no podrían ser llenados sino mediante un ascenso social considerable, y el casi único medio a su alcance para lograrlo es la frecuentación del sistema educativo durante más y más años. Sin embargo, esa prolongación de la vida escolar se hace cada vez más difícil porque a medida que el tiempo pasa la satisfacción de aquellas necesidades y deseos se convierte en un imperativo impostergable. Sólo queda la incorporación al mundo del trabajo, pero si éste permite satisfacer las necesidades más apremiantes implica también, para la gran mayoría, la renuncia definitiva de las aspiraciones más altas. Las dos vías, educación y empleo, no sólo son normalmente excluyentes ...

sino que el joven marginal no puede mantenerse en el sistema educativo bastante tiempo para aprovechar sus efectos favorables y al no hacerlo está obligado a trabajar en niveles que para nada corresponden a la satisfacción de sus expectativas (Solari, en Gurrieri *et al.*, 1971: 5).

Puede que el enfoque utilizado no innova en las plataformas epistémicas para visualizar realidades ocultas en la diversidad juvenil; no obstante, estos estudios tienen la doble importancia de haber extendido el horizonte del campo de estudio y avizorar la centralidad de los procesos identitarios en la condición joven en la creciente complejidad social de nuestras sociedades. En efecto, por un lado, estos estudios problematizan la juventud marginal desde una perspectiva funcional; esto es, se plantean indagar qué factores dificultan los procesos de su integración social que asocian a la desintegración familiar, escasez de recursos económicos y bajos niveles de estudios. De este modo, superan el reduccionismo de la investigación previa limitada al espacio estudiantil e, implícitamente, avizoran la existencia de otras expresiones de la condición juvenil. Así, como descubren al joven marginal, abren la posibilidad de pensar o de "intuir" otras manifestaciones del sujeto joven, distintas al estudiante y al marginal. Aunque en esos años no se plantean nuevas preguntas en la materia, dejan abierta la senda para ir pensando al joven de manera diferente.

Por otro lado, al concentrarse en los factores que inciden en el proceso de construcción identitaria de los jóvenes, estos estudios hacen evidente la necesidad de dar prioridad a este proceso. En efecto, al observar algunos de los elementos estructurales que inciden en la condición joven, no sólo se plantearon lo joven como un mero momento en el ciclo vital, sino que incursionaron en las dificultades que los individuos tienen para construirse —desde su propia realidad— certidumbres y horizontes de futuro. En esta dirección, Aldo Solari afirma,

El joven enfrenta su futuro en una situación en que carece de modelos alrededor de los cuales organizar su conducta: unos porque la situación en que se encuentran es precisamente la que el joven desea superar tomando distancias respecto a ella, y otros porque están en la situación deseada pero sin correlación real con las posibilidades al alcance del joven. Al fin, para la gran mayoría, la juventud propiamente dicha es un período tan corto que cuando se visualiza la posibilidad de ser joven, se está obligado a renunciar a serlo (en Gurrieri *et al.*, 1971: 6).

La apertura del campo de estudio no sólo remitió a incursionar en nuevas manifestaciones de la juventud, sino que permitió cuestionar la forma en que se había conceptualizado a la juventud. Desde que en los sesenta José Medina Echavarría planteara hipotéticamente que la juventud latinoamericana podría ser calificada de "perpleja"¹³ por los altos niveles de incertidumbre, vacilación

¹³ Esta definición de la juventud latinoamericana, el maestro Medina Echavarría la sugiere en comparación con la escéptica juventud alemana de la época (Torres-Rivas, 1988).

o dudas relacionadas con la ansiedad que genera la búsqueda de su lugar en una sociedad en permanente cambio (en Torres-Rivas, 1988), se comienza a reelaborar la categoría joven a partir de los diferentes elementos que provienen tanto de la cultura como de las realidades estructurales y espacios cotidianos de socialización, tales como el contexto histórico, la condición de clase, género, los pares, entre otras variables. Anticipando los aspectos que posteriormente serán el eje de reflexión de la investigación sobre la juventud, Torres-Rivas augura,

Con un énfasis inicial más atento a los resultados del ciclo de transformaciones estructurales de las últimas décadas, a la juventud se le define como categoría sociocultural, de origen histórico y por ello, con una presencia que no siempre es igual ni en el tiempo en la misma sociedad ni entre países distintos

En efecto, los jóvenes en el sentido biológico-estadístico han existido siempre, en la dimensión sociocultural, no. Hay transformaciones estructurales vinculadas al ámbito de la expresividad cultural, de la sociabilidad intergrupala, del consumo que no tiene que ver con la satisfacción de las necesidades básicas, resultado del crecimiento económico, la diferenciación social y de oportunidades. Es lo que se denomina aún más imprecisamente que antes, un ciclo de modernización en América Latina. Es este movimiento de la sociedad lo que hace más visible a la juventud y lo que a su vez requiere de una conceptualización (Torres-Rivas, 1988: 7-8).

Debido a las tesis funcionalistas predominantes no se logra avanzar en la forma de plantearse al sujeto joven y sus condiciones de vida. De ahí que sólo se insista en problematizar sobre su proceso de integración social: incorporación al campo laboral, enfatizando en las condicionantes estructurales: educación, urbanización de la vida social, crecimiento urbano, y creciente incidencia de la tecnología y los medios de comunicación de masas. En síntesis, pese a sus restricciones, estos estudios comienzan a inquirir por alguno de los temas que desde el enfoque sociocultural se abordan actualmente: de una parte, se plantea una conceptualización distinta de la categoría *juventud*: de otra, se abordan diferentes manifestaciones juveniles, pero no en busca de explicar procesos colectivos, sino de acceder a una comprensión de dichas manifestaciones, que normalmente implica observar la realidad social a partir de las configuraciones que hacen los sujetos (desde la dimensión subjetiva).

3. El último gran tema que se agrega a la investigación juvenil estriba en la problematización de la forma en que los jóvenes articulan su identidad individual y social. Debido al creciente grado de complejidad social alcanzado por las sociedades modernas (Zolo, 1994), se hizo explícito el desconocimiento existente sobre los procesos y configuraciones simbólicas que los jóvenes interpelean en sus procesos identitarios. De ahí que el mundo joven comienza a concentrar gran interés académico, en gran parte porque ha devenido un sujeto social inasible para la ciencias sociales.

En efecto, los marcos teóricos y categorías de los enfoques descritos habían quedado obsoletos para abordar a la diversidad juvenil en el escenario altamente complejo incubado en las sociedades modernas (Europa y Norteamérica), cuyas expresiones socioculturales también se presentan en la dinámica vital del mundo juvenil latinoamericano, tales como el desdibujamiento de los metarrelatos (Lyotard, 1989), la descentralización del estado como rector del orden social y regulador de la economía (cfr. orientar la producción y distribuir el bienestar) (Lechner, 1995), las alteraciones en la estructura familiar, la pérdida de capital simbólico de la escuela (Sarlo, 1994), la irrupción de los massmedia en la vida cotidiana (Martín-Barbero, 1997; García Canclini, 1995 y 1996) y la consecuente trastocación del tiempo social (Elías, 1997), entre otras.

En virtud de la obsolescencia de dichos marcos teóricos, en la actualidad se asiste a una *vorágine* de planteamientos teóricos que buscan articular plataformas que, sin pretender alcanzar explicaciones holísticas de lo joven, postulan comprender su diversidad a un nivel micro social. Entre otras propuestas, cabe mencionar la de Kenneth Gergen quien sostiene que en este marasmo de permanente mutación social, los individuos articulan su identidad en términos relacionales y en un *continuum* a lo largo del ciclo vital (Gergen, 1992); y, por otro lado, en la tradición formalista de Simmel se ha revitalizado la investigación de la relación espacio social y proceso identitario (Valera y Pol, 1994; Íñiguez y Pol, 1996).

Finalmente, desde el enfoque sociocultural que, en la línea de los constructivistas (Berger y Luckman, 1979), se argumenta en favor del joven como sujeto que interpreta la realidad que vive, significando su propia experiencia y los discursos que circulan y se producen en el medio social en que transita su vida; es decir, desde esta perspectiva se asume que en toda relación social (incluso discursiva) opera un proceso de apropiación y transformación de "lo otro". Como es natural, las elaboraciones surgidas al alero de este enfoque comportan diferencias entre sí; de tal forma que para algunos autores las identidades de los individuos deben definirse en términos socioespaciales y sociocomunicacionales (García Canclini, 1995), y para otros, se deben considerar los principales ámbitos de interpelación de los individuos jóvenes: las culturas hegemónica, parental y la que el propio individuo construye en sus espacios cotidianos de socialización (Feixa, en prensa).

Tales diferencias surgen por los énfasis que cada autor atribuye a los ámbitos que asisten a la vida del joven —los medios de comunicación, los padres, la escuela, el espacio de socialización con los pares, otros— y la forma en que se apropian de la relación que establecen con ellos; empero, todos concuerdan que para hablar en propiedad de cualquier sujeto social, se le debe insertar en el contexto social y cultural en que transcurre su vida, ya que en él se encuentran diversos factores que mediatizan los procesos de identidad de los individuos. De este modo, el enfoque sociocultural sitúa al joven frente a las circunstancias históricas de su tiempo y, por lo tanto, lo despoja de toda esencialidad o

calidad inmanente o autónoma de los condicionamientos contextuales de su época.

LA JUVENTUD COMO CATEGORÍA SOCIOCULTURAL

De acuerdo con Carles Feixa (1990), la condición joven se manifiesta de modo diferenciado según el tipo de organización social que haya adoptado el hombre a través de su historia; de ahí que su visibilidad varíe en el tiempo y el espacio. Este autor nos ofrece una de las conceptualizaciones más abierta y, a su vez, más precisa de la juventud, ya que la define como una construcción, mediada por el contexto y en cada momento histórico. En palabras de Feixa,

La juventud aparece como una "construcción cultural" relativa en el tiempo y en el espacio. Cada sociedad organiza la transición de la infancia a la vida adulta, aunque las formas y contenidos de esta transición son enormemente variables ... Para que exista la juventud, deben existir, por una parte, una serie de condiciones sociales (es decir, normas, comportamientos e instituciones que distingan a los jóvenes de otros grupos de edad) y, por otra parte, una serie de imágenes culturales (es decir, valores, atributos y ritos asociados específicamente a los jóvenes) (Feixa, en prensa: 11).

De este modo, el antropólogo español plantea que para concluir sobre la existencia social de la condición joven en una sociedad cualquiera de la historia humana, se debe observar si en ella están presentes condiciones sociales e imágenes culturales que se identifiquen específicamente con el mundo juvenil.

Como ya hemos referidos, la conceptualización de la juventud, basada en la existencia societal de estos elementos, se ha argumentado principalmente en torno al trabajo etnográfico en sociedades primitivas de África, Nueva Zelanda y Australia¹⁴ y a la revisión de las huellas documentadas de sociedades en distintos períodos de la historia. Uno de los aspectos a resaltar de estos estudios es que sitúan la emergencia del joven, en tanto sujeto social diferenciado, en distintos momentos de la historia (Medina, en prensa); esta afirmación es corroborada por trabajos que, sin atender esta problemática, arrojan antecedentes de la existencia del sujeto joven en sociedades de tiempos remotos. Tal es el caso de Yuri Eremin quien, basándose en la inscripción encontrada en los retos mortuorios de Amenofis III, sostiene que la juventud era un fenómeno presente en los tiempos del faraón (1,400 a.C.). El epitafio, que tiene una acepción apocalíptica del mundo a causa de la rebeldía juvenil, reza como sigue, "Los jóvenes son rebeldes, sin escuchar y respetar a los mayores. Han abandonado la verdad, no reconocen las costumbres. Nadie les comprende, y ellos no quie-

¹⁴ Entre otros trabajos se pueden señalar las investigaciones de: Margaret Mead sobre la tribu de Samoa (1928); Colin Turnbull sobre los pigmeos de Bambuti, Zaire (1984); y Bernardo Bernardi sobre los masai de la frontera de Kenia y Tanzania (1985).

ren que se les comprenda, llevarán el mundo a la perdición y serán su límite final" (Eremin, 1977: 24).

De lo anterior se puede inferir que es incuestionable la existencia de la condición joven en distintas sociedades a lo largo de la historia de la humanidad. El tema que aún provoca discrepancias entre los estudiosos de la juventud dice relación con el momento histórico en que la *juventud* surge como sujeto social diferenciado.

En la revisión de los diferentes trabajos que han procurado análisis en esta dirección se obtienen versiones diversas. En una exposición sucinta se puede señalar que las principales son las siguientes: Luca Giuliano (1979) y Gérard Lutte (1991) sostienen que la juventud surge en los tiempos de la República romana, dos siglos antes de nuestra era (entre 193 y 183 a. C.), periodo en que se emiten leyes que confieren reconocimiento legal a los jóvenes para efectos hereditarios y de representación del padre en los asuntos familiares y económicos; por su parte, Pierre Bourdieu (1990) atribuye la creación del mundo joven a la nobleza italiana del medioevo (s. XIV) como una forma de retardar las aspiraciones de sucesión de los herederos; Jeffrey Kett (1993) y John Gillis (1981), en cambio, atribuyen la aparición del sujeto joven a las transformaciones sociales asociadas al proceso de industrialización y modernización que, entre otras, se expresan en la aparición de la pediatría como especialidad médica y a la diferenciación escolar por edades; finalmente, Carles Feixa (1990), luego de una minuciosa revisión de la literatura etnográfica e histórica, sostiene que la juventud es un fenómeno presente en la mayoría de las organizaciones sociales que el hombre se ha dado en su historia: así, en su opinión, la juventud ha estado presente desde las "sociedades de cazadores-recolectores" hasta las actuales conformaciones societales.

LA CONDICIÓN JOVEN EN AMÉRICA LATINA

A diferencia del conocimiento producido por autores europeos, franceses y norteamericanos, en América Latina existe un total hermetismo en la temática. De ahí que sea pertinente indagar respecto al momento histórico en que se puede ubicar la emergencia social de la juventud latinoamericana.

Con base en la literatura sociológica revisada, se puede hipotetizar que la emergencia juvenil estaría vinculada a los movimientos estudiantiles de las primeras décadas del siglo. Esta hipótesis se fundamenta en que, producto de la masificación de la educación, la juventud aparece por vez primera como un cuerpo social masivo entre 1900 y 1920; es decir, en virtud de la modernización de las sociedades latinoamericanas es posible concentrar —y, por ende, visualizar— grandes cantidades de jóvenes en un espacio social específico: la escuela.

Si bien esta hipótesis se acerca a lo señalado por Kett (1993) y Gillis (1981), se considera que es insostenible en términos socioculturales, ya que, como indica la literatura etnográfica e histórica disponible, la existencia de la condición juvenil latinoamericana —en los términos definidos por Feixa (en prensa)— se remonta hasta los tiempos previos a la llegada de los españoles al continente.

En esta parte, por las ambiciones heurísticas de este ensayo, cabe una digresión sobre las fuentes consultadas. Desde nuestra perspectiva, un trabajo con mayores pretensiones —que supera largamente nuestras posibilidades— en pos de la articulación sociocultural del sujeto joven en América Latina debiera acudir a las fuentes primarias y realizar el trabajo que Foucault denomina “arqueología”: es decir, revisar con un determinado objetivo el archivo general de una época en un momento dado, ya que todo lo que en él aparece, como los conocimientos, ideas filosóficas, las opiniones cotidianas ... las instituciones, las prácticas comerciales y políticas, las costumbres, remiten a un cierto saber implícito propio de dicha sociedad (Foucault, 1997: 38).

Luego, en la medida que aquí se postula aportar a la construcción conceptual de la *juventud* con base al análisis de realidades sociales ya extintas —o que actualmente sólo conservan reminiscencias de su estructura social original—, nuestras reflexiones se apoyan en la observación realizada por terceros. En este sentido, la consistencia de lo aquí tratado, con la excepción de la sociedad azteca¹⁵, descansa en la correcta lectura que los autores referidos hayan hecho de las fuentes primarias (crónicas de la época, registros en la lengua original —p. ej. Códices—, historia oral, entre otros) y en la interpretación efectuada de la vida cotidiana (en los casos que sean reportes de trabajo de campo).

LA JUVENTUD EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

Con el horizonte de validación que nos plantea la definición que Feixa (en prensa) ofrece de la *juventud*, en lo que sigue se presenta información de costumbres y “ritos de paso” (de iniciación) de algunas sociedades prehispánicas. Aunque en ello no se pretende una “muestra representativa” de las realidades sociales de la América prehispánica, se busca demostrar que la existencia de la juventud se remonta a los tiempos de las sociedades aborígenes del continente. En otros términos, por medio de los antecedentes se desea corroborar la hipótesis de que la categoría *juventud* obedece a una construcción sociocultural e histórica y, sobre todo, que ha estado presente, de modo diverso¹⁶, en casi todas las formas de organización en que se ha estructurado la vida en sociedad.

Sólo a objeto de dar un orden expositivo a esta parte del trabajo, las reflexiones se presentan siguiendo la ubicación geográfica que tienen las distintas sociedades prehispánicas aludidas, partiendo en la parte más austral del continente y terminando en mesoamérica. Así, primero se aborda el rito de iniciación de los Selk'nam (más conocidos como Onas). Luego, con base en la visión de Claude Levi-Strauss sobre las comunidades de la Amazonia, se tratan

¹⁵ En este caso, el análisis se apoya en autores que hacen una interpretación ordenada de los escritos de franciscano Fray Bernardino Sahagún, principal cronista y recolector de los relatos de la sociedad azteca antes de la llegada de Hernán Cortez (1519). Interpretación que fue verificada en la fuente original.

¹⁶ En los ejemplos discutidos, lo que en sociología se denomina el “periodo de moratoria” entre la infancia y la adultez, tiene una prolongación que varía desde algunos meses hasta varios años.

las costumbres de los Bororos y Nambiquaras. Y, para terminar, se exponen los ritos de paso y costumbres de la sociedad azteca.

LOS SELK'NAM (U ONAS)

Los Selk'nam fue uno de los grupos que habitó la estepa austral del continente hasta su desaparición hacia la tercera década del siglo xx. Si bien se desconoce su origen, los Selk'nam fueron una cultura que comenzó a desintegrarse con el contacto con el hombre blanco a fines del siglo pasado (Chapman, 1986). Acostumbrados a lo inhóspito del clima, que normalmente no supera los cero grados de temperatura, acostumbraban a circular desnudos sobre la nieve y a veces cubiertos con pieles de Huanaco¹⁷; eran nómades que vivían en grupos pequeños y se alimentaban de la pesca y la caza del Huanaco y otros animales menores (Massone, 1982). Por su aislamiento casi permanente sus costumbres y rituales duraron hasta la época en que se extinguieron¹⁸.

Su cosmogonía se basaba en la adoración de algunas deidades que vinculaban a los puntos cardinales, el cielo y los elementos básicos—agua, tierra, fuego y aire—, los que respetaban sin cuestionamiento. La ceremonia del *hain* era el rito más importante y en el cual aparecían los dioses que visitaban la aldea, emitiendo gritos y ruidos y movimientos bruscos que aterrorizaban a las mujeres y niños. Era costumbre que la parte central del *hain* se desarrollara en una gran choza dispuesta para tal efecto, que estaba fuera del emplazamiento de la aldea y a la cual sólo ingresaban los hombres.

El ritual de paso, vía el cual las mujeres dejaban la niñez era muy breve y casi no tenía extensión juvenil, ya que cuando las chicas iniciaban su menarquia, se les aislaba en la choza de sus padres y se les preparaba para el matrimonio que, por lo común, ocurría en el transcurso de las semanas siguientes: en este periodo aprendían los quehaceres domésticos, cuidado de hijos y el delicado tema del matrimonio y de la sexualidad con los hombres. Toda vez que el matrimonio, en la mayoría de las sociedades tradicionales del continente, representaba el ingreso al mundo adulto, en el caso de las mujeres abiertamente existía un paso directo de la niñez a la adultez.

La situación de los hombres, en cambio, era distinta, ya que estaban compelidos a pasar por un rito de iniciación, que en algunos casos podía extenderse por cinco años. Este rito se llevaba a cabo según las normas del *hain*; durante la ceremonia los jóvenes pasaban a ser *klóketen* (los iniciados), nombre que tomaba el rito. Lo que caracteriza el *klóketen* de otros *hain* es que era el abandono de la niñez y servía de preparación para ingresar al mundo adulto. Como señala Anne Chapman,

¹⁷ Animal auquénido (bovino con abundante pelaje), que habita a lo largo de la Cordillera de los Andes y en la zona austral de Sudamérica.

¹⁸ El etnólogo Martín Gusinde tuvo la oportunidad de presenciar el último *Hain*, realizado en 1923, del cual dejó registros fotográficos y escritos.

la ceremonia del *hain* no sólo era un rito de iniciación, sino también una prolongada experiencia educativa. Durante la ceremonia era *klóketen*, un novicio, y después, *maars*, un adulto. Todo joven, sin excepción, tenía que ser iniciado en el *hain*. Cuando un joven se mostraba recalcitrante, podían obligarlo a ser *klóketen* dos y hasta tres veces, si los mayores no estaban satisfechos con los resultados obtenidos después del primero o segundo *hain*. En un caso extremo, tres *hain* significaban un lapso de cinco años, posiblemente más, según la frecuencia con que lo celebraban y su duración, pero un hombre no podía casarse hasta que se había "graduado". No sin razón los últimos *selk'nam* hablaban del *hain* como el "colegio" (Chapman, 1986: 137-138).

La rigurosa exigencia de los adultos era explicable debido a que en este rito los jóvenes eran investidos con el *secreto*, del cual dependía el orden social de la sociedad *Selk'nam*. Esto explica por qué el ingreso al rito de iniciación no sólo era una cuestión de edad o desarrollo físico, sino más bien respondía a la capacidad psicosocial del adolescente para soportar las pruebas que implicaban el ingreso al mundo adulto. Esto queda en evidencia en el testimonio recogido por Martín Gusinde, en el último *hain* de los *selk'nam* (1923), que refleja la ardua y extendida discusión de los adultos, en la cual observaban varios aspectos del candidato para tomar la decisión de protagonizar un *klóketen*.

Primero observamos muy cuidadosamente si el muchacho sabe callar, si muestra poder de reflexión y si ya ha dejado de lado la charlatanería de los niños. Si aún nos parece atolondrado y excesivamente locuaz, lo posponemos por algunos inviernos, hasta que nos pueda ofrecer la seguridad de guardar el *secreto* (en Gusinde, 1982: 720).

El *klóketen* se iniciaba con el cumplimiento de algunas pruebas, donde, además de comprobar las capacidades físicas y disciplinarias del mocetón, se evaluaba el coraje de los *klókelen* (Bridge, 1952). Una de las pruebas consistía en recuperar del bosque un animal muerto envuelto en una lona llena de piedras —aumentando considerablemente el peso del animal— que el joven debía llevar de alguna forma hasta la aldea. Otra era de mayor desafío, ya que el joven debía vivir por unas semanas en el bosque, procurándose abrigo y comida. Ambas pruebas, no sólo referían enfrentarse a los avatares de la naturaleza sino también con el dios *Shoort*, un dios que podía darles muerte; incluso se les prevenía de no apuntarle con sus flechas, ya que este sólo acto podía traducirse en su muerte segura.

Luego de este período que se prolongaba por algunos meses, se realizaba la parte central del *hain*, que tenía tres momentos: 1º) la ambientación del ritual: los supervisores —adultos que acompañan a los jóvenes en el *hain*— van a buscar a los *klóketen* a las chozas de sus madres y los dirigen a una choza donde serán preparados para la ceremonia (pintados); en este lapso, la aldea es visitada por dos *Shoort* que provocan un gran silencio debido a que son muy temidos

por las mujeres y los niños; en este lapso todos los hombres adultos se retiran sin llamar la atención a la choza templo donde se hará la ceremonia principal.

Una vez pintados, los *klóketen* son dirigidos por sus supervisores hacia la choza del *hain*; en este trayecto son acompañados de su madre que emite grandes gritos de dolor por la pérdida del hijo. A la choza del *hain* sólo ingresan los jóvenes y sus supervisores (las madres regresan llorando a la aldea). En este momento se inicia propiamente tal el rito de paso del joven al mundo adulto que Chapman describe como sigue,

El joven espera inmóvil —al fondo de la choza donde el fuego es más fuerte. De pronto se oyen ruidos sordos por detrás del círculo de los hombres, como si la tierra temblara; *Shoort* está golpeando el suelo con todas sus fuerzas. Uno de los consejeros le grita al novicio: "Mira hacia arriba". En ese momento, el supervisor, que está parado detrás de su *klóketen*, le toma la cabeza con ambas manos y bruscamente levanta su cara hacia el techo, manteniéndola en esa posición, mientras que *Shoort* da un gran salto, como surgiendo del fuego, frente al *klóketen*. Los brazos arqueados, los puños tensos. El *klóketen* endereza su cabeza y, al ver a *Shoort* ante él, en cuclillas, tiembla aterrorizado. Es el mismo ser rojo moteado de puntos blancos que llenó de terror toda su infancia y que (muy probablemente) lo haya atacado hace poco en el bosque (Chapman, 1986: 158).

La ceremonia central duraba todo un día, en el cual los adultos obligaban a los jóvenes a luchar contra el dios *Shoort* sin tocarle la cabeza porque ello implicaría su muerte inmediata¹⁹. Al cabo de la lucha, cansados y alterados, los jóvenes eran conminados por sus supervisores a tocar el cuerpo y la cabeza del dios *Shoort*. Con todo el miedo que significa tocar a *Shoort*, que según sus enseñanzas es igual a morir, el joven toca el cuerpo del dios y después la cabeza y se da cuenta que es un hombre con una máscara en vez de cabeza. Así, el joven adquiere la primera parte del *secreto* al que tendrán acceso el *hain*; esto es, que las deidades que cada cierto tiempo visitan la aldea y que sus madres tanto temen son hombres disfrazados. Hacia el final de la ceremonia, el joven es advertido respecto de la responsabilidad que representa poseer el *secreto* y de los riesgos de darlo a conocer a mujeres y niños:

El supervisor coloca un manto sobre los hombros del joven y todos se sientan, el supervisor detrás de su *klóketen*. Uno de los consejeros mira al joven y le dice: "¡Todo esto sucede para que os asustéis; así jugamos nosotros, los hombres!... ¡Cuidate de hablar con mujeres y niños acerca de estas cosas! ¡Tu muerte sería inmediata ...! (Gusinde, 1982, II: 827).

¹⁹ La lucha iniciaba luego que el dios *Shoort* había apretado los genitales del joven por largos minutos provocándole grandes dolores, y consistía en las embestidas de *Shoort* y las reacciones de defensa y ataque del joven.

El ritual de iniciación entra a su fase final y más extendida, que consiste en un periodo de aislamiento del joven, en el que recibe una larga enseñanza respecto "al origen del mundo y de la sociedad. Le enseñarán los misterios de la naturaleza, de los animales, del viento, del mar, de las estrellas y del sol, y sobre todo, de la luna" (Chapmann, 1986: 160-161). En este período, los jóvenes conocen de la otra parte del *secreto*: en otros tiempos, eran las mujeres las que se disfrazaban de dioses para gobernar la aldea y mandar a los hombres, pero casualmente fueron descubiertas y los hombres, al verse traicionados, decidieron matarlas a todas a excepción de las más pequeñas. Así, el *secreto* y el poder pasó a los hombres.

En este período, que podía extenderse por meses, los jóvenes permanecían distanciados de la aldea y dedicados a su enseñanza y sacrificios para alcanzar el nivel necesario de adultez, que era decidido por los adultos. De acuerdo con Chapman, "El objetivo era endurecerlo tanto moral como físicamente y dotarlo de confianza en sí mismo" (1986: 166).

La primera idea que se desprende de lo hasta ahora señalado sobre esta sociedad es que, al igual que en algunas tribus del África Subsahariana, en los Selk'nam no habría un periodo juvenil, ya que el *hain* podría verse como un rito de paso entre la infancia y la adultez; sin embargo, durante el tiempo que se extiende la ceremonia concurren las condiciones sociales e imágenes culturales señalados por Feixa (en prensa): un ritual dirigido exclusivamente hacia los jóvenes y un mensaje preciso que en éste se transmite; y en el transcurso del *hain*, que puede prolongarse por algunos meses o varios años, los jóvenes desarrollan determinadas rutinas cotidianas diferenciadas de los otros grupos de edad de la sociedad. En síntesis, durante el tiempo del *hain* los jóvenes hombres adquieren una imagen social y desarrollan una cotidianidad distinta a cualquier otro grupo de la sociedad Selk'nam. De ahí que se pueda sostener que en esta sociedad, incluso en su acepción efímera, el sujeto joven tiene una expresión social concreta y diferenciada en el todo societal.

LAS SOCIEDADES DE LA AMAZONIA

En la década de los años 30, Claude Levi-Strauss realiza un viaje por el Amazonas brasileño, a fin de conocer en torno a qué símbolos y normas se organiza la vida social de las sociedades indígenas. Si bien su énfasis no está orientado a identificar con precisión los rituales de paso durante el ciclo vital de los miembros de estas comunidades, la descripción que hace de las costumbres y estructuras sociales de la sociedad de los nambiquaras y de los bororos es útil para nuestro análisis.

a) En el caso de la sociedad Nambiquara, el antropólogo francés señala que los niños eran criados por familias distintas a sus padres, quienes acostumbraban a visitarlos cada cierto tiempo. Esta crianza duraba hasta que los niños cumplían 14 años, momento en que se da lugar a su iniciación como miembro de la sociedad. Levi-Strauss no agrega detalles sobre lo que entiende por este

proceso, pero entre sus observaciones sobre las costumbres cotidianas indica que desde pequeños los niños tienden a imitar las labores de los adultos²⁰, lo cual indicaría que el rito de iniciación aludido por este autor sería un paso de la niñez al mundo adulto; es decir, si los niños tienen incorporada entre sus rutinas los quehaceres adultos, el ritual de incorporación a la sociedad podría interpretarse como una formalización de dichas prácticas.

Sin embargo, el autor francés proporciona otros antecedentes que aluden a que lo juvenil estaba latente en el vocabulario, que concretamente refiere a su manifestación en la estructura valórica de los nambiquaras. De acuerdo con Levi-Strauss, el tema preferido de las reuniones sociales, ya sean intra o heterosexuales, era el sexo. Obviamente, ello no significa un hedonismo en los límites de la psicología, sino que es una concepción más radical; aquella que comporta la estética del placer como forma de estructuración del orden moral y, en consecuencia, la búsqueda del placer sexual estaba asociada a los fundamentos del orden societal, en torno al cual este grupo organizaba su vida comunitaria. En otros términos, el tema del sexo no era una mera cuestión retórica sino tenía una función central en la cosmogonía de los nambiquaras. De ahí que, para el antropólogo francés, en esta sociedad la vida se refleja en una estética que estaba sustentada en valores humanos y, sobre todo, sexuales (Levi-Strauss, 1992).

Ahora bien, como observa Levi-Strauss, los indígenas tenían la misma palabra para nombrar lo joven y lo lindo, y otra, para lo viejo y lo feo. Esto significa que en términos lingüísticos y simbólicos los nambiquaras hacían una clara distinción entre el mundo joven y el adulto. Luego, en consideración de la relevancia de lo estético y lo sexual —en tanto fundamento moral—, ¿es factible suponer que la diferencia simbólica entre lo joven (lindo) y lo viejo (feo) debió tener su correlación en costumbres y rituales que también planteen diferencias entre ambas acepciones estéticas?

Es claro que los datos proporcionados por Levi-Strauss son insuficientes para afirmar de la existencia del sujeto joven nambiquara, ya que en la estructuración social de este grupo amazónico el mundo joven no tendría una manifestación explícita. Empero, también es evidente que en el plano simbólico existe una clara distinción de lo joven, lo que, además, tendría una gran relevancia en la estructuración cosmogónica de esta sociedad. Pese a que el autor no ofrece antecedentes que permitan dirimir al respecto, en nuestra opinión, siendo el sexo una dimensión central en la relación social, al conferir códigos estéticos —discursivos— para distinguir entre lo viejo y lo joven, cabría pensar que esta construcción simbólica debió reflejarse en manifestaciones concretas a nivel de las costumbres; por lo tanto, se podría hipotetizar que en la sociedad Nambiquara también existió un sujeto joven diferenciado del mundo adulto. Desafortunadamente, como la mirada antropológica no atendió este

²⁰ De un modo indiferenciado por sexo, los niños acompañaban a las mujeres en la recolección de frutas y raíces y a los hombres en la caza y pesca.

aspecto, con la información disponible no es posible comprobar nuestra hipótesis, pero tampoco la invalida. Por ende, aunque la presencia del sujeto joven está más difusa, suponemos que una observación más dirigida a los ritos de paso entregaría más elementos en favor de su diferenciación como sujeto social específico.

b) Respecto de la sociedad de los bororos, Levi-Strauss realiza un análisis más acucioso²¹, entregando mayores elementos sobre la existencia del mundo juvenil socialmente diferenciado. (Levi-Strauss, 1992: 229-244). En efecto, aunque, al igual que en el análisis sobre los nambiquaras no se entregan datos de los rituales de paso, se presenta una detallada descripción de la distribución espacial de la vida adulta y juvenil.

Por una parte, en el tratamiento del tipo de organización, el autor informa que este grupo contempla una estructuración social dirigida acorde a *ciertos patrones del matriarcado*²²; específicamente, en este grupo el linaje se determinaba por la línea materna. Junto a este elemento, el autor señala que el orden social también se estructuraba en torno a la distribución espacial de la vida comunitaria. En efecto, los bororos emplazaban su aldea en un claro en medio del bosque en forma de círculo: en una mitad del círculo se ubicaban las familias de un linaje predominante; en la otra mitad, se instalaba otro linaje principal de la sociedad; y en el centro del círculo se construía una gran choza, destinada a los mocetones de la aldea.

La estructuración social en torno de las mujeres se explicitaba en las costumbres que imperaban en las relaciones madre-hijo y maritales. Levi-Strauss señala, respecto de lo primero, que los hombres tenían una gran cercanía con sus madres y gustaban –incluso cuando ya adultos– de pasar largas horas de su tiempo compartiendo con ellas; y en lo segundo, que los matrimonios solían ser entre linajes distintos y cuando los hombres se casaban debían ir a vivir a la casa de la mujer (es decir, en la zona del otro linaje).

En cambio, la situación de los jóvenes presentaba varias diferencias con los adultos. En primer lugar, la choza destinada a los jóvenes, denominada *la casa de los jóvenes*, tenía grandes dimensiones (8 de fondo por 21 metros de largo), superando tres veces el tamaño normal de las chozas de la aldea. En segundo lugar, en este lugar los jóvenes se dedicaban a pasar el día, sin más actividad

²¹ La sociedad de los bororos dio lugar a la famosa categoría del "buen salvaje" que el antropólogo francés introdujo en el análisis de las sociedades tradicionales. Esta categoría surge –dicho de un modo superficial– debido a que en su opinión, de todos los grupos observados en su viaje por el Amazonia, eran los indígenas que tenían mejor complejión física (altos y bien formados) y una estructurada organización de su vida comunitaria.

²² Conforme los datos proporcionados por Levi-Strauss, no es posible señalar que esta sociedad era complementamente organizada y regida por patrones del matriarcado, toda vez que Riane Eisler (1993), en su división de la historia del hombre entre una matriz matrística (sociedades tradicionales en su fase nómada) y otra patrística (desde el surgimiento de la vida sedentaria), ha argumentado en el sentido de que las sociedades matriarcales se regían, esencialmente, en torno a la aceptación del otro en su diversidad; es decir, se relacionaban en torno al amor –y, por ende, no al poder– lo que no necesariamente ocurre entre los bororos que tenían claras diferencias de género dentro de los roles sociales.

que hermosear sus cuerpos con pinturas y adornos, con gran esmero y creatividad. A las mujeres se les tenía prohibido acercarse porque podían ser arrastradas al interior y sufrir una violación colectiva. En tercer lugar, relacionado con lo anterior, los jóvenes satisfacían sus deseos sexuales con mujeres prostitutas.

Así transcurría la vida en el mundo juvenil, hasta que una mujer pidiera al joven en matrimonio. En general los hombres estaban divididos entre la casa de la mujer, el hogar materno —con el cual nunca rompían el nexo— y la casa de los jóvenes, donde solían compartir con otros hombres —adultos y jóvenes— en las horas libres de su quehacer social: esto es, cazar, acumular leña y otras actividades de bien colectivo.

En la medida que la juventud, por una parte, interpelaba imágenes propias —estética corporal, libertad, diversión—; por otra, desarrollaba una actividad singular —embellecimiento físico—; y, finalmente, porque en relación a uno de los factores centrales del ordenamiento social —la distribución espacial de la vida comunitaria— tenía un lugar específico, se puede afirmar que en la sociedad de los bororos se asisten elementos suficientes para confirmar la existencia del sujeto joven de manera diferenciada al interior de la estructura social.

LOS AZTECAS

Por la importancia, tanto cultural como analítica, de la sociedad de los aztecas creemos pertinente extender los antecedentes que refieren a los rituales de paso que aluden al mundo juvenil. De una parte, su importancia cultural refiere a la cercanía de la comunidad simbólica azteca, toda vez que la multiplicidad étnica y cultural de la sociedad mexicana actual se explica en que, pese a la negación que han sufrido las culturas indígenas por parte de la cultura hegemónica occidental, algunos de los elementos centrales de su cosmogonía continúan presentes en el universo simbólico en una parte importante de la población mexicana (Guillermo Bonfil, 1989). De otra, el riguroso trabajo realizado por el antropólogo Jacques Soustelle (1996) sobre la vida cotidiana de la sociedad Azteca ofrece ricos y variados antecedentes para reflexionar sobre el joven como un sujeto socialmente diferenciado.

La interpretación de algunos Códices y de otros registros que refieren a la época anterior a la llegada del español²³, permite a este autor reconstruir diversos rituales y costumbres de la sociedad azteca prehispánica. En primer lugar, Soustelle señala que el rito de iniciación de los niños al mundo juvenil acaece en el momento de la espermaquia en el hombre, lo cual era habitual que ocurriera a los 13 años, y (por extensión) en el momento de la menarquia en la mujer:

²³ Entre otros documentos, Soustelle apoya su reconstrucción de la vida cotidiana azteca en los Códices Borbónico, Florentino y Mendoza, lo cual otorga la confianza de la riqueza informativa que dio lugar a sus afirmaciones sobre el tema.

El niño, hasta los trece años, llevaba ocasionalmente un pequeño manto anudado sobre el hombro, ... sólo a partir de los trece años, cuando entra en la edad viril, es cuando aparece vestido con un taparrabo. La niña, por el contrario, lleva desde la más tierna edad la blusa habitual y una falda que, al principio corta, bien pronto se alarga hasta los tobillos (Soustelle, 1996: 172).

En este sentido, los aztecas definían el inicio de la juventud en los mismos términos que lo establecen los enfoques que tradicionalmente se han abocado al estudio de la juventud: psicobiológico, psicosocial, demográfico y sociológico.

El segundo tema que aborda este autor alude a la significación social de los caminos que el azteca transitaba en su condición juvenil que, obviamente, estaba orientada a su inserción al mundo adulto. Estos senderos, vinculados a su fase formativa, estaban mediados por el origen social del individuo. En efecto, es de amplio –incluso común– entendimiento que la sociedad azteca estaba dividida en diferentes castas, lo cual era determinante a la hora de iniciar la vida formativa del joven.

Si bien para nuestro análisis la edad es un elemento secundario, cabe la siguiente disgresión. De acuerdo con Soustelle existen diferencias entre los textos autorizados (Códice Mendoza y Florentino) respecto a la edad en que los jóvenes iniciaban su período formativo más institucionalizado²⁴. Según el Códice Mendoza, este inicio es posterior a la emergencia del nuevo vestuario que se da aproximadamente entre los 13 y los 15 años; en cambio, Sahagún (Florentino) sostiene que los padres enviaban sus hijos a los establecimientos educacionales a edades más tempranas, 5 a 9 años. Sin embargo, para Soustelle los antecedentes disponibles indican que los jóvenes comenzaban su período formativo institucional aproximadamente entre los 15 y los 17 años.

Respecto a las diferencias sociales, este autor indica que era lo común que los jóvenes de origen plebeyo siguieran una educación militar²⁵; en cambio, los jóvenes de linaje dirigían su educación al sacerdocio o responsabilidades del estado. Los primeros buscaban desarrollar competencias físicas que les confirieran valor y destrezas para la guerra; por su parte, los segundos aspiraban cultivar el arte del saber –astronomía, botánica, medicina, historia, otros– o acceder a cargos en la estructura administrativa del imperio. De este modo, los caminos y tipos de vida experimentados por los jóvenes estaban determinados por el destino asociado a su formación, no sólo por el *status* social de su posición

²⁴ En la sociedad azteca los individuos atraviesan por dos procesos formativos: en primer lugar, durante su infancia los niños reciben la educación de sus padres en los quehaceres de la casa y normativas que regulaban la vida social comunitaria; luego, cuando los niños ingresaban a la juventud ingresaban a una formación dirigida por el estado.

²⁵ También es muy sabido que el ascenso jerárquico de los guerreros estaba en función, entre otras variables, de la sapiencia y, principalmente, del valor demostrado en tiempos de guerra; es decir, los diferentes cargos de la estructura militar se otorgaban conforme el número de enemigos muertos o hechos prisioneros en batalla (Sahagún, 1938).

futura en la estructura social —sacerdotes, funcionarios de estado o guerreros— sino porque en tanto dure su formación, las condiciones materiales y espirituales de su vida cotidiana eran muy disímiles.

Por un lado, a los jóvenes de linaje real se les impartía educación en templos o monasterios (*calmecac*) a cargo de los sacerdotes, y a los guerreros se les instruía en las "casas de los jóvenes" (*telpochcalli*) a cargo de militares seleccionados por la valentía e inteligencia demostrada en el campo de batalla. Por otro lado, era muy diferente la forma en que se impartía la educación en los *calmecac* y en los *telpochcalli*.

En los *calmecac* los jóvenes vivían bajo un estricto celibato y continuamente debían hacer sacrificios en favor de sus deidades; en otras palabras, era una vida de autosacrificio y de penitencia para asumir en propiedad las elevadas funciones, ya sea en el Estado o sacerdocio, en la vida adulta. En alusión a la vida de estos jóvenes, Soustelle señala,

(era una) educación (que) acentuaba el sacrificio y la abnegación ... Durante la noche se levantaban para ir, cada uno por su lado, a ofrecer, en la montaña, incienso a los dioses y para extraerse sangre de las orejas y piernas con espinas de maguey. Se les sometía a ayunos frecuentes y rigurosos. Debían trabajar de firme, en los campos pertenecientes a los templos, y la menor falta era castigada rigurosamente (Soustelle, 1996: 174).

Respecto a la situación de las mujeres que ingresaban a los templos sacerdotales, el autor afirma que no tenía grandes diferencias, ya que tenían igual tipo de disciplina, aunque permanecían en él hasta que se casaran o sólo durante un número determinado de años.

A diferencia de éstos, aquellos jóvenes que ingresaban a los *telpochcalli* tenían una situación muy distinta que se podría calificar casi opuesta, toda vez que llevaban una vida menos austera. Durante el día se dedicaban a tareas públicas de poca importancia: reparación de zanjas y canales, cultivo de las tierras de propiedad colectiva, corta de leña para el colegio, entre otras. Y en la noche, a diferencia de los continuos sacrificios de los jóvenes consagrados al sacerdocio o altos cargos públicos, se dedicaban a la danza y a gozar de noches de amancebamiento en compañía de mujeres, oficialmente consideradas y admitidas como cortesanas cerca de ellos.

Como señala el autor, ambos sistemas de educación comportaban concepciones de vida diferentes:

de un lado el ideal sacerdotal de renunciamiento de sí mismo, de estudio de los astros y de los signos, de conocimiento contemplativo, de castidad; del otro, el ideal de los guerreros, que acentúa deliberadamente la acción, el combate, la vida colectiva, los placeres pasajeros de la juventud (Soustelle, 1996: 175).

En este sentido, mientras unos jóvenes sacrificaban su presente por las compensaciones que tendrían al acceder a la élite del imperio —en tanto espacio del

mundo adulto—vía el sacerdocio o cargos públicos de gran prestigio social, otros disfrutaban intensamente su condición de joven, pero sin tener en el futuro mayor reconocimiento que el obtenido por esfuerzo propio en el campo de batalla, el que en ningún caso alcanzaba el respeto y admiración que el primero lograba en la estructura societal.

Como hemos visto en otras sociedades tradicionales, el rito de ingreso definitivo a la adultez era el matrimonio. A excepción de los altos dignatarios y soberanos, que podían vivir con concubinas muchos años antes de casarse, la mayoría de los jóvenes aztecas se casaban entre los 20 y los 22 años, que era el “estado de verdadero adulto” (Soustelle, 1996: 177). De acuerdo con las costumbres aztecas, la ceremonia nupcial podía extenderse por varios meses, comportaba diferentes pasos e involucraba a la familia de los novios como a los maestros que los instruyeron en el colegio, ya sea *telpochcalli* o *calmecac*. En la práctica, por medio de este ritual el joven quedaba liberado del colegio, no sin antes recibir las últimas instrucciones de sus maestros, quienes los conminaban, entre otras cosas, a que “trabajasen de ser hombres para mantener y proveer a su familia ... asimismo que para el tiempo de las guerras fuesen esforzados y valientes hombres” (Motolinía, en Soustelle, 1996: 178).

Este ritual, en el caso de las mujeres era muy rico, ya que implicaba a toda la familia y los diferentes pasos—negación inicial a la petición de la familia del novio, consejo familiar a un alto dignatario, consentimiento, fijación de la fecha, atuendo matrimonial—estaban plagados de consultas a las deidades; asimismo, al igual que los hombres eran objeto de mensajes de los adultos, en este caso de los ancianos de la familia del novio, quienes les dedicaban las siguientes palabras:

Hija mía, le decían, que estás aquí, por vos son honrados los viejos y viejas y vuestros parientes; ya sois término de las mujeres ancianas; ya habéis dejado de ser moza y comenzáis a ser vieja ... mira, pobrecita, ya te has de apartar de tu padre y madre. Hija nuestra, deseamos que seas bienaventurada y próspera” (Soustelle, 1996: 179).

El matrimonio se realizaba en casa del novio, quien esperaba en la puerta la procesión que encabezada por los padres de la novia transportaba a la moza a su hogar de mujer casada; llegados a la casa, los novios entraban a su hogar cantando y bailando; de este modo, el individuo abandonaba el mundo joven.

Si se comparara la vida de juventud azteca con la juventud contemporánea, todo indicaría que sólo los jóvenes formados en los *telpochcalli* experimentaban la condición joven, toda vez que sus libertades y placeres son muy próximos a las ocupaciones—o demandas—de los jóvenes en la actualidad. No obstante, la situación de los jóvenes de linaje que se incorporaban a los *calmecac* también amerita ser considerada como una manifestación de la condición juvenil. En efecto, pese a llevar una vida de sacrificio y orientada a la vida adulta, estos jóvenes eran claramente diferenciados en la estructura social y desarrollaban rituales que les eran propios; por ende, no se puede cuestionar que eran una expresión del mundo juvenil de la sociedad azteca.

EL MARGEN PUEDE ILUMINAR LA MIRADA

A lo largo del recorrido realizado por la teoría y los momentos epocales aquí analizados, se ha buscado reflexionar en orden a tres ejes temáticos. De una parte, se intentó dejar en claro que nuestra inquietud por incursionar en nuevas perspectivas en la investigación sobre la juventud obedece a una actitud de desconfianza hacia las plataformas epistémicas tradicionales y hegemónicas y, de esta forma, valorar el aporte que puede entregar la reflexión producida al margen de dichos postulados. Esta argumentación incuba la esperanza de articular nuevas aproximaciones en la mirada científica, que arrojen luz sobre aspectos del mundo joven que faciliten una mejor comprensión de su complejidad y diversidad.

En ese contexto, el segundo eje estriba en la presentación de las concepciones de *juventud* contenidas en los enfoques tradicionales a fin de demostrar sus limitaciones que, si bien contribuyeron a crear conocimiento sobre este campo de estudio, en la actualidad son insuficientes para acrecentar el saber alcanzado. Es indiscutible que mantienen cierta vigencia, toda vez que comportan categorías útiles para continuar las investigaciones; especialmente, no se pueden obviar los aportes de los dispositivos conceptuales respecto a los factores estructurales; es decir, cualquier aproximación a lo juvenil debe atender, entre otros, a los factores de clase, raza, género, etnia y territorio que inciden en la *construcción juvenil de la cultura* (Feixa, 1996). No obstante, la posibilidad de desplazar el horizonte de comprensión de este campo de estudio estriba en enfatizar en la construcción que el individuo joven realiza de su realidad, esto es, observar cuáles son los mecanismos que operan en los procesos de apropiación de su experiencia social.

En tercer lugar, participando de la idea que el enfoque sociocultural comporta, en lo principal, un ejercicio crítico a lo establecido y no es un lugar conceptual para articular nuevos paradigmas hegemónicos de la investigación social (Gagnon, 1996), se ha recuperado literatura antropológica e histórica en función de aportar a la construcción de la *juventud* como una categoría cultural, social e histórica. Desde esta perspectiva, las fuentes consultadas se han tomado como un material que permite una mirada del campo de estudio juvenil desde el margen, que en otras palabras implica una lectura distinta a la que permiten los marcos conceptuales tradicionales. Este ejercicio, desde nuestro punto de vista, ha permitido demostrar con las limitaciones ya aludidas (cf. interpretación de fuentes secundarias), que el sujeto joven latinoamericano fue parte constituyente de las sociedades prehispánicas. Aunque los antecedentes no son concluyentes en algunos casos analizados –selk'nam y nambiquaras–, en otros –bororos y aztecas– ofrecen una clara visión de la existencia del mundo joven diferenciado en la organización social y en el universo simbólico de las sociedades.

Con los casos señalados, más que concluir respecto de la presencia juvenil en la historia continental originaria, se busca señalar el incipiente nivel de la investigación en la temática, pese a que éste constituye un escenario de análisis

de vastas dimensiones y, de este modo, impulsar trabajos de mayor profundidad en los diversos aspectos de lo juvenil que todavía no han sido develados para la observación científica. Es ineluctable que remover los supuestos que atribuyen a la juventud, tanto propiedades esenciales –problemático, inmadurez, rebeldía, otros– como una asociación directa con el factor etario –transitoriedad–, se traduciría en un desplazamiento en el énfasis de la mirada académica: a partir de ese movimiento de perspectiva, el tema de la integración social –énfasis funcionalista– daría lugar a una infinidad de temáticas más relacionadas con los problemas que enfrentan los jóvenes en su condición; tales como la falta de espacio para expresarse, la represión sexual, la ausencia de referentes para articular certidumbres de futuro, etc.

En la línea que nos propone la filosofía hermenéutica, y también Jorge Luis Borges, más que orientar los análisis al descubrimiento o invención de nuevos procesos o imágenes que explicarían –conforme determinadas leyes o propiedades–; en la medida que lo nuevo no existe (Vattimo, 1994), quizá sea útil volver nuestra atención a la tradición como una forma de encontrar rutas interpretativas para una mayor comprensión del presente (Gadamer, 1993). En este sentido, un trabajo de “arqueología” sobre las sociedades tradicionales de la región (Foulcault, 1997) podría ser una alternativa.

Por ejemplo, los antecedentes aquí analizados inducen a pensar si sería posible establecer un vínculo entre las formas en que lo joven existía en las sociedades prehispánicas y sus manifestaciones en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Entre otros aspectos que saltan a la vista, en esas sociedades operaban fenómenos que todavía son objeto de la atención científica: por ejemplo, a lo largo de todo el análisis, la relación joven-adulto evidenció una subordinación del primero hacia el segundo; también en algunos pasajes se hizo evidente que la desigualdad de género no es una cuestión reciente y, al igual que en la actualidad, era una situación que caracterizaba las relaciones intergenéricas en el mundo juvenil (y también adulto). En síntesis, sin duda, una investigación de mayores alcances en esta dirección ofrecería nuevos elementos para acrecentar la comprensión que hoy se posee de la complejidad y diversidad juvenil.

BIBLIOGRAFÍA

- Peter Berger y Hansfried Kellner (1985), *La reinterpretación de la sociología. Ensayo sobre el método y la vocación sociológicos*, España, Espasa-Calpe.
- Bernardo Bernardi (1985), *Age Class System*, New York, Cambridge University Press.
- Jorge Luis Borges (1982), *Siete Noches*, México, FCE, Colección “Tierra Firme”.
- E. Lucas Bridges (1952), *El último confín de la Tierra*, Buenos Aires, emecé.
- Guillermo Bonfil Batalla (1989), *México Profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo.

Pierre Bourdieu y Jacques Wacquant (1990), *Sociología y cultura*, México, Grijalbo-Conaculta.

CELAM (1969), *Juventud y Cristianismo en América Latina*, Bogotá, Indo-American Press Service.

Anne Chapman (1986), *Los Selk' nam. La vida de los onas*, Buenos Aires, Emecé Editores.

John Durston (1996), "Juventud Rural", Ponencia presentada en la *Reunión de Investigadores sobre Juventud*, Querétaro, noviembre.

Riane Eisler (1993), *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*, Chile, Cuatro Vientos.

Norbert Elías (1997), *Sobre el tiempo*, México, FCE.

Francisco Escobar (1972), *Juventud y cambio social (Apuntes desde una perspectiva sociológica)*, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Juan Escobedo y Ramón Henríquez (comps.) (1989), *Escritos a la generación de fin de siglo*, México, Plaza y Valdés.

Yuri Eremin (1977), *El progreso social y la juventud*, Moscú, Editorial Progreso.

Luis Faron (1961), *Mapuche social structure. Institutional reintegration in a patrilineal society of central Chile*, U.S.A., The University of Illinois Press.

Carles Feixa (1990), "Púberes, efebos, mozos y muchachos. La juventud como construcción cultural", vv. AA., *Juventud y sociedad: del neolítico al neón*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, págs. 19-58.

— (1996), *El estudio de la juventud: Técnicas de investigación. Del diagnóstico a la intervención*, Seminario impartido en la UAM Iztapalapa, México.

— (en prensa), *Vidas de punks. Estudio sobre las culturas juveniles*, México, Causa Joven.

Michel Foucault (1997), "Michel Foucault, las palabras y las cosas", en *Boletín. Filosofía y Letras*, año 3, núm. 13, México, Unam.

Hans-Georg Gadamer (1993), *Verdad y método I*, España, Ediciones Sígueme.

— (1994), *Verdad y método II*, España, Ediciones Sígueme.

Federico Gamboa (1979), *Santa*, México, Grijalbo.

— (1994), *Impresiones y recuerdos*, México, Conaculta.

John Gagnon (1996), "Acciones virtuosas ante la ausencia de un paradigma dominante: salud reproductiva en un mundo construido socialmente", Conferencia impartida en el *Seminario Internacional sobre Avances en Salud Reproductiva y Sexualidad*, México, Colmex, noviembre.

Néstor García Canclini (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la modernidad*, México, Grijalbo.

— (1996), "Ciudades y ciudadanos imaginados por los medios", en *Perfiles Latinoamericanos*, Año 5, núm. 9, México, Flacso, págs. 9-24.

Kenneth Gergen (1992), *El Yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, España, Paidós.

John Gillis (1981), *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations, 1770-present*, Academic, New York.

Luca Giuliano (1979), *Gioventoe e istituzioni nella Roma antica*, Roma, Artística.

Adolfo Gurrieri et al. (1971), *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, México, Siglo XXI.

Adolfo Gurrieri y Edelberto Torres-Rivas (1971), "Situación de la juventud dentro del complejo económico-social de América Latina", en Gurrieri, Adolfo et al., *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, México, Siglo XXI, págs. 12-34.

Martín Gusinde (1982), *Los indios de Tierra del Fuego*, vol. 1, *Los Selk'nam*, 2 tomos, Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana.

Stanley Hall (1915), *Adolescence: Its Psychology and its relations to Physiology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, New York Apleton, Century Crofts.

Lupicínio Íñiguez y Enric Pol (comps.) (1996), *Cognición, representación y apropiación del espacio*, España, Monografies Psico-socioambientales, Universitat de Barcelona.

Joseph Kett (1990), "Descubrimiento e invención de la adolescencia en la historia", en *Journal of Adolescent Health*, núm. 14, págs. 664-672.

Diego Landa (1938), *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Edic. Mérida.

Claude Levi-Strauss (1992), *Tristes Trópicos*, Madrid, Alianza.

Gérard Lutte (1991), *Liberar la adolescencia: La psicología de los jóvenes de hoy*, Barcelona, Herder, Colección Biblioteca de Psicología.

Jean-Francois Lyotard (1989), *La condición posmoderna*, México, Cátedra.

Adriana Malvino (1995), *Nahui Olin, la mujer del sol*, México, Diana.

Jesús Martín-Barbero (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, G. Gili.

Mauricio Massone (1982), *Cultura Selknam (Ona)*, Chile, Ministerio de Educación.

Gabriel Medina (en prensa), "La vida se vive en todos lados. La apropiación juvenil de los espacios institucionales", G. Medina y M. Urteaga (coords.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, México, Colmex.

Alberto Melucci (1995), *De los movimientos sociales al análisis de la acción colectiva*, México, Seminario impartido en El Colegio de México.

René Millán (comp.) (1994), *Solidaridad y producción informal de recursos*, UNAM, México.

Oficina Mundial de la Salud (1995), *La salud de los jóvenes. Un reto y una esperanza*, Ginebra, oms.

Talcott Parsons (1988), *El sistema social*, Madrid, España.

José Pérez Islas y E. Patricia Maldonado (coords.) (1996), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México, 1986-1996*, Tomos I y II, México, Causa Joven.

Juan Carlos Portantiero (1978), *Estudiantes y Política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (2918-1938)*, México, Siglo XXI.

Carlos Real de Azúa (1976), "Prólogos", en José Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Ayacucho, Venezuela, págs. ix-civ.

José Enrique Rodó (1976), *Ariel. Motivos de Proteo*, Ayacucho, Venezuela.

María Rostworowski (1993), *Ensayos de historia andina. Elites, Etnias, Recursos*, Perú, IEP/BCRP. Sahagun, Bernardino de (1938), *Historia general de las cosas de Nueva España*, México.

Beatriz Sarlo (1994), *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y video cultura en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.

Georg Simmel (1987), *Sociología. Ensayo sobre las formas de socialización*, 2 vols., Madrid, Alianza.

Aldo Solari (1971), "Prólogo", en Gurrieri, Adolfo et al., *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, México, Siglo XXI.

Jacques Soustelle (1996), *La vida cotidiana de los Aztecas en vísperas de la conquista*, México, FCE.

Eugenio Tironi (1990), "Marginalidad, movimientos sociales y democracia", en *Proposiciones*, 14, Santiago, SUR.

Edelberto Torres-Rivas et al. (1988), *Escépticos, rebeldes, narcisos: seis estudios sobre la juventud*, San José, FLACSO-CEPAL.

Colin Turnbull (1984), *Los pigmeos, el pueblo de la selva*, Barcelona, Edic. Vergara.

Luis Eduardo Valcárcel (1981), *Memorias*, Perú, Instituto Estudios Peruanos.

Sergi Valera y Enri Pol (1994), "El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental", en *Anuario de Psicología*, núm. 62, vol. 3, Barcelona.

Francisco Zapata (1990), *Ideología y política en América Latina*, México, Colmex.

Danilo Zolo (1994), *Democracia y complejidad*, Argentina, Nueva Visión.

DAR LA RAZÓN AL CORAZÓN: EL ARTE DE LA ORATORIA EN EL CHILE REPUBLICANO

Manuel Vicuña*

La lengua blanda es árbol de vida; la áspera hiere el corazón.
Libro de los Proverbios

Los afectos son el alma de la oración.
Quintiliano, *Instituciones oratorias*

*Los siglos precedentes dieron muestra
de un abundante florecimiento
de oradores célebres, de tan famoso talento,
mientras que nuestra época, estéril y privada
de esa gloria oratoria, casi ha olvidado el término
mismo de orador.*

Tácito, *Diálogo de los oradores*

LOS RUGIDOS DEL LEÓN

Cuenta Arturo Alessandri Palma que, tiempo antes de alcanzar la presidencia por primera vez, mientras ejercía como ministro de Juan Luis Sanfuentes, a éste le habría confidenciado palabras que resultaron premonitorias: "Presidente, Ud. llegó a este puesto callando, y yo lo alcanzaré hablando"¹. Difícil encontrar expresión más palmaria de la confianza en la persuasión como instancia de poder ciudadano. Nadie ignora que Alessandri fue un orador insigne, hijo de una tradición pródiga en figuras ilustres, a cuya galería de notables añadió la estampa definitiva del tribuno popular. Con sus discursos, más que convencer o dialogar con sus pares, diríase que buscaba movilizar en pro de su candidatura presidencial de 1920, posibles votantes y actores sociales ajenos, cuando no contrarios, a la clase dirigente de la cual formaba parte. Prestó voz a una retórica socialmente aglutinante, antioligárquica, interpeladora y confrontacional, que alcanzó notas revanchistas. Mediante el manejo virtuoso de un registro emotivo de amplias reverberaciones, supo sintonizar con las aspiraciones más íntimas y apremiantes de las clases desposeídas. Según uno de los tantos infortunados que noche a noche vibraban con los discursos que Alessandri, posesionado de su papel mesiánico, pronunciaba desde el balcón de su casa situada en la Alameda, el "pueblo escuchaba sus palabras" con "exaltación de-

* Manuel Vicuña, investigador del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; autor, entre otros libros, de *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo* (Santiago, Editorial Sudamericana, 2001); y coautor de *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico* (Santiago, Editorial Sudamericana, 2001). Este artículo, anticipo de un ensayo más extenso sobre el tema, ha sido elaborado en el marco de la beca "Apoyo a inicio de carrera para jóvenes investigadores", concedida por la Fundación Andes.

¹ Arturo Alessandri Palma, *Chile y su historia*, 2 vols. (Santiago, Editorial Orbe, 1945), II, 370.

lirante"². Vivado como salvador, venerado como redentor, hombres y mujeres, en Santiago y en provincias, le rindieron homenaje en actos a veces lindantes con la unción religiosa. A la hora de pronunciar los discursos que animaron su campaña de 1920, privilegió los espacios públicos socialmente inclusivos y las asambleas populares, por sobre los eventos que reunían a un público selecto, como era el caso de los banquetes, forma de sociabilidad política tan característica del siglo XIX. Con Alessandri aspirando a la presidencia en representación de la Alianza Liberal, lo festivo, la algarabía, entraron de lleno en la política con propensiones democráticas, como lo atestigua el espíritu que caracterizó a sus giras y en general a toda su campaña, contrapunto lúdico de la sobriedad patricia que distinguió a las intervenciones y a los movimientos de apoyo a su contendor, el candidato de la Unión Nacional, Luis Barros Borgoño, hombre docto pero desprovisto de carisma. Las inusuales dotes oratorias del "León" representaron parte importante de su caudal político, que excedió con largueza el apoyo electoral movilizado por las maquinarias de los partidos tradicionales. Carlos Silva Vildósola traduce con fidelidad el clima electoral de entonces cuando refiere: "era una especie de taumaturgo de quien la muchedumbre esperaba milagros y los otros algún satánico estallido. Se le ve recorrer el país seguido de multitudes fanatizadas, pronunciando en cada ciudad y cada aldea un discurso en que arrastrado por su propia elocuencia y dominado acaso por la sugestión fortísima que las masas tienen sobre el verdadero orador, presenta a los ojos de los desheredados una especie de *millenium*, una edad de oro"³.

Cuando el resultado de la disputada elección quedó en manos de un tribunal de honor, la amenaza de agitación y disturbios sociales latente en caso de escamotearse la máxima magistratura a su venerado candidato, ejerció un potente efecto disuasivo sobre sus integrantes, al igual que sobre tantos otros miembros de la clase dirigente reacios a concederle la victoria. Como consignara Juan Gandulfo en noviembre de ese año, con la elección de Alessandri el "proletariado" —pronto a volcarse multitudinariamente a la Alameda— había "impuesto un candidato por la manifestación de su dureza"⁴. Los sombríos augurios de desborde popular y colapso del orden público avivados en los círculos unionistas, cuyos medios de prensa invocaban el fantasma de la revolución y el antagonismo de clases con fines propagandísticos, no disintían mayormente de la percepción de muchos hombres y mujeres de la aristocracia. La pujanza reivindicativa de los obreros europeos, que, tras su sacrificio en la Gran Gue-

² Ricardo Puelma López, *Arenas del Mapocho* [1941] (Santiago, Beuvedráis Editores, 1998), 168. Sobre la vida y la carrera política de Alessandri, véanse Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor. Cincuenta años de historia política de Chile*, 2 vols. (México, Fondo de Cultura Económica, 1953-54); y Claudio Orrego et al., *Ensayos sobre Arturo Alessandri Palma* (Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1979), particularmente Sol Serrano, "Arturo Alessandri y la campaña electoral de 1920", págs. 51-118.

³ Discurso de recepción pronunciado por el Académico de Número Sr. Carlos Silva Vildósola. Sesión solemne celebrada en 6 de diciembre de 1935 (Incorporación del Excmo. Sr. Arturo Alessandri) (Santiago, Dirección General de Prisiones-Imprenta, 1935), págs. 20-21.

⁴ "Juan Gandulfo juzga el momento actual", *Claridad*, 27 de noviembre de 1920, pág. 7.

rra, sabíanse con mayor derecho a reclamar progresos inmediatos en su condición, tanto como la memoria y las noticias relativas a las revoluciones mexicana y rusa, anunciaban el despuntar de una época cuya fisonomía todavía incierta movía a júbilo o a desaliento, según fuese la condición de sus testigos. Quienes leían la prensa nacional, atenta al desenvolvimiento de esos procesos, podían sondear su sentido a la luz de cuanto pasaba en Chile, y concluir que el descontento social, inflamado por la crisis de la economía salitrera y el consecuente flujo de miles de cesantes a la capital, se hallaba emparentado con los sucesos de Europa, máximo referente al momento de prever el semblante del futuro. Por cierto, las estentóreas manifestaciones de los alessandristas en nada contribuían a aplacar los temores de sus detractores; a la espera del dictamen, que tardó semanas, aquéllos recorrían las calles de Santiago exigiendo a voz en cuello la designación de su hombre, mientras amenazaban con "liquidar a todos sus adversarios", ante la eventualidad de ver insatisfecha su demanda⁵.

La identidad de Alessandri como orador, sin rebajar su capacidad para traducir en los hechos sus ideas respecto a la psicología de masas absorbidas en la obra de Gustave Le Bon, se enmarcaba en una tradición retórica y cívica indisociable del republicanismo decimonónico. Alessandri reconocía predecesores, si bien, tal vez por fe algo interesada en la vigencia de la ley del progreso en el plano personal, se sentía la cúspide y culminación de su historia, la plena realización del arte de la palabra al cabo de más de un siglo de ensayos, titubeantes algunos, otros llenos de aplomo. Es revelador que, con motivo de su incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Española en 1935, centrase su discurso en la significación de la oratoria en Occidente y, más latamente, en su desarrollo en el Chile independiente, discernido como una sucesión de fases con hitos demarcatorios netos, que si viene a cuento ilustra con semblanzas de oradores, la mayoría parlamentarios. No escatima elogios, en particular al prócer radical Enrique Mac-Iver, aunque sólo sea con el fin de levantar un pedestal humano lo suficientemente alto como para lucir con ventaja su figura, situada en un lugar de preeminencia tanto más elevado cuanto mayor la estatura de sus predecesores. Alessandri escribe con la perspectiva del orador que experimentó y supo aprovechar en beneficio propio el tránsito desde una política identificada con círculos patricios, más a gusto en la calma de los salones y del Parlamento que en el ajetreo de calles, plazas y estaciones ferroviarias, a otra caracterizada por el advenimiento de una sociedad de masas en la cual las emociones colectivas cobraban mayor relevancia que en el pasado⁶. De ahí su creencia en el orador sublime como guía iluminado que

⁵ Puelma López, *Arenas del Mapocho*, 168.

⁶ Desde luego que este proceso tiene antecedentes remontables a la campaña presidencial de Benjamín Vicuña Mackenna y a las actividades políticas de José Manuel Balmaceda, y cuanto digo arriba ofrece un trazo grueso y no una pincelada fina. Así y todo, la campaña de Vicuña Mackenna, pese a apelar al pueblo directamente, no logró vencer a la maquinaria electoral del Ejecutivo, quedando como un precedente aislado en el pasado para prácticas futuras; en cuanto a Balmaceda, que utilizó los viajes presidenciales como una forma de integración política regional y social, orientada a expandir las bases de apoyo de la presidencia, todo indica que su dramático fin abortó su

precipita y conduce los procesos históricos, imprimiendo a las manifestaciones colectivas el sello personal del genio.

FLORES SECAS

Todo lo geniales que se quiera al tiempo de ser pronunciados, hoy cuesta apreciar qué fuerza alzó los discursos de los grandes oradores chilenos, profanos o sagrados, a la cima de la admiración entre sus contemporáneos. Más allá del hecho de que la redacción taquigráfica de la Cámara supliera a la prensa con transcripciones, si fieles en el fondo a los discursos originales, algo desatentadas en la forma, leerlos conlleva desilusión. Lo mismo podría afirmarse de las piezas legadas por las eminencias del clero. De algo estoy seguro: los hiperbólicos elogios de la elocuencia de determinados políticos y religiosos, nunca se condicen con la experiencia de su lectura. Advertencias a la posteridad en este sentido abundan desde mediados del siglo XIX. Se insiste en señalar la distancia insalvable entre la oratoria como acontecimiento y su menguada sobrevivencia en las páginas impresas, la disparidad inevitable entre un evento que amalgama la gracia del lenguaje con la expresividad sinfónica del cuerpo, y el rastro de una escritura que sólo insinúa el paso de una presencia ya desvanecida. Reparar en discursos de oradores célebres y recabar información sobre sus actos dramáticos es, más temprano que tarde, una experiencia destinada a mostrar la imposibilidad de penetrar en los arcanos de la grandeza escénica de sus actuaciones.

Los textos del liberal Isidoro Errázuriz y del obispo Ramón Ángel Jara, cuyas respectivas reputaciones como oradores profano y sagrado no conocieron parangón durante el siglo XIX, adolecen de ese defecto también, y tal vez en mayor grado que la obra recopilada de otros tribunos y predicadores, dadas sus particulares dotes histriónicas, o, por emplear una expresión de la época, su manifiesto "ardor escénico". En ese sentido, sus palabras poseen un valor documental más residual que de costumbre; confinadas al campo visual de la página, no dejan siquiera intuir el impacto que provocaban en sus auditorios. "En los discursos impresos" de José Victorino Lastarria, comenta Augusto Orrego Luco, atento seguidor de sus intervenciones parlamentarias, "apenas si se puede sentir una débil huella del efecto que produjeron cuando él los pronunció. Son casi las mismas las palabras, pero ha desaparecido el alma que les daba vida, la emoción que les daba un sentimiento, las circunstancias que les daban un significado i un valer ocasional que se ha perdido; ahora frías, inmóviles, se nos presentan como cadáveres en que el escalpelo del análisis puede estudiar la estructura, pero no la emoción ¿Qué podrá dar una idea del perfu-

original modalidad de ejercicio del poder y de participación ciudadana, hasta el nuevo comienzo ejemplificado por Alessandri. Con relación a esta dimensión de Balmaceda como personaje político, consúltese Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; el Colegio de México; y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001).

me desvanecido en la flor seca?"⁷. Desde otro ángulo pero con idéntica visión, Walter J. Ong ha postulado, a propósito de unos versos de Robert Browning, que la "flor muerta, en otro tiempo viva, es el equivalente psíquico del texto verbal"⁸.

Si este perfume transita pero no se aloja en las palabras, y eso que a menudo hablamos de hombres de letras más o menos familiarizados con los arabescos formales y conceptuales de la retórica, ¿dónde residía el secreto de la elocuencia? ¿Por qué la publicación de discursos escritos con el brío de textos pensados para causar efecto, aparece como una restitución mezquina, falaz, que adolece de plenitud comunicativa, así se disfrute de su prosa y de sus raciocinios? Partamos por desplazar la atención del verbo al cuerpo, incorporando al cuadro los recursos expresivos conocidos (algo injustamente, ya veremos) como *cualidades o dotes externas* del orador. Desde luego la voz, pero no sólo como instrumento de comunicación oral, sino además como órgano expresivo por derecho propio, cuyos cambios de entonación condicionan el sentido —prestándole intención a las palabras— y cuyas muestras de ductilidad emotiva impulsaron a más de un autor a otorgarle los atributos artísticos de la música, o bien a ponderar su timbre y su diapason con la asertividad estética con que se juzga, aguzando el oído, a un maestro de *bel canto*. También la claridad de dicción, indispensable cuando el significado de las palabras y la trabazón de las ideas, en aras de su inteligibilidad, requiere auxiliarse en una pronunciación que evite interferencias. O la gestualidad con toda su polifonía —desde la nota dada por el rostro, no siempre fiel a la letra y al deseo del orador, hasta el movimiento acompasado de brazos y manos—, integrada o no en una partitura coherente. Por algo el diarista Justo Arteaga Alemparte, aludiendo a Domingo Santa María, manifestó que el "ademán, la presencia, [...] son en la tribuna lo que el colorido en el cuadro"; de esta afirmación se deducía que la relación entre presenciar y leer sus discursos fuese análoga a la diferencia entre el magma ardiente de la oratoria y la lava apagada del impreso⁹.

En todo caso, el lenguaje del cuerpo hace más que ornamentar palabras; vehículo de comunicación ambiguo pero no arbitrario, toda vez que responde a coordenadas de sentido definidas conforme a cultura, clase, edad y sexo, el cuerpo aporta elementos propios a todo intercambio¹⁰. Aunque se puede discernir una "jerarquía del sentido" en la que prevalece el lenguaje verbal en virtud de su mayor precisión en la transmisión de significados, la expresividad corporal no se limita a secundar al habla. Antes que servidumbre de aquella a ésta, tenemos colaboración o desavenencia. Colaboración si la gestualidad, encarnando el discurso, acrecienta su consistencia; desavenencia si, por escapar

⁷ Augusto Orrego Luco, *Retratos* (Santiago, Ediciones de la Revista Chilena, 1917), pág. 221.

⁸ Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra* [1987] (Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1999), pág. 84.

⁹ Justo y Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes chilenos de 1870* (Santiago, Imprenta de La Libertad, 1870), pág. 35.

¹⁰ David Le Breton, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1999).

al control consciente de manera más pronunciada y frecuente que el habla, sopla verdades del sujeto –por omisión inadvertida o voluntaria– ausentes de sus palabras. Salta a la vista, entonces, que en ausencia del cuerpo la oratoria pierde una de sus facetas más elocuentes en términos vivenciales; la *acción*, una de las cinco partes del arte de la retórica en su cristalización clásica, consistente en la adecuación de los gestos y de la entonación al discurso, traduce el temprano reconocimiento de su importancia.

Otro tanto puede decirse de los autores que, partiendo a mediados del siglo XIX, comienzan a escribir semblanzas de oradores, sea como texto introductorio a la recopilación de sus discursos, sea como forma de fijar, con trazos ligeros, la imagen de los protagonistas del Parlamento o del acontecer público en épocas de memorable significación política. Con mayor o menor destreza, es común que recurran a la pluma del fisonomista, hallando en las cualidades externas del personaje (en su voz, en su gestualidad, en su apostura), no tanto claves para su descripción de cuerpo entero, cuanto elementos para su caracterización como oradores. Con los sagrados, en este punto, ocurriría igual cosa que con los profanos, llegándose a percibir sus figuras –en teoría mejor servidas invocando al espíritu que a la materia– con sensibilidad visual regocijada en la apreciación de la pose estatuaría. Valgan estas palabras de Jorge Huneeus Gana, autor poco dado a rendir honores a los oradores sacros, que sin embargo escribió admirativamente de Ramón Ángel Jara: “Su apostura física magnífica, su gesto majestuoso de imponente estatua romana”¹¹. Ante asambleas donde faltaba el púlpito que singulariza a quien habla, y la comunidad de creyentes que de entrada garantiza atención y respeto al predicador, la apostura adquiriría todavía mayor relevancia, imantando las miradas y predisponiendo favorablemente hacia el orador, cuya actuación reclamaba el concurso de los sentidos de los espectadores.

Así como el discurso impreso omite el cuerpo, también adolece de la inmediatez vital de la oratoria, atribuible a su inmersión en el presente como experiencia compartida, a su total apego a contextos existenciales y no sólo verbales. Ignorando lo anterior, no se entiende cómo los discursos de los grandes oradores pudieron alzarse sobre el horizonte de la vida cotidiana con la luminosidad de acontecimientos. El discurso oral motiva respuestas de distinto orden por parte del auditorio; respuestas emocionales e intelectuales, volitivas y cognitivas, cuyos efectos siempre comportan una dimensión social, aun cuando sucedan en la intimidad de cada persona. Aglutinando individuos en torno a ideas, causas y valores, y encauzando las conductas hacia fines colectivos, la oratoria presenta dos caras contrapuestas. Tal como cumple funciones socialmente integradoras, también posee un potencial disgregador manifiesto en su capacidad para provocar compromisos divergentes ahí donde antes reinaba, si no el acuerdo, al menos la indiferencia. Juan Egaña, primer profesor de retórica de la Real Universidad de San Felipe, imaginó esta posibilidad en la coyun-

¹¹ Jorge Huneeus Gana, *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile* (Santiago, Biblioteca de Escritores de Chile, 1910), pág. 631.

tura crítica de 1810. El temor al tribuno popular, al orador improvisado que, en busca de fácil aplauso, seduce a los huérfanos de razón y desestabiliza el orden público, agrupándolos contra las autoridades políticas y sociales, resurgiría incidentalmente a lo largo del siglo. De esta idea se deduce el reconocimiento de plenos poderes a la oratoria; como Gorgias, sofista desacreditado por Platón en su diálogo homónimo, supone que el orador diestro puede manipular a voluntad al auditorio, inerme frente a sus recursos persuasivos, cuya potencia para decretar soberanamente los estados del espíritu, aquél equiparó con el efecto producido por las drogas sobre el cuerpo.

ORATORIA Y RAZÓN

No tardaría en llegar la hora para la exaltación cívica de la oratoria, tarea emprendida por el liberal español José Joaquín de Mora, si ayer respaldado por el presidente Francisco Antonio Pinto, hoy, tras la victoria conservadora en Lircay, caído en desgracia y en la mira del nuevo gobierno, que no tardaría en expulsarlo del país¹². En 1830, con motivo de la apertura del curso de oratoria del Liceo de Chile, del cual Mora era fundador y rector, pronunció un discurso que representa el primer intento razonado, pedagógicamente asertivo, por instaurar su estudio y ejercicio como eje del proyecto republicano y civilizador. Para Mora, la oratoria dista de ser un ornamento o un instrumento accesorio. Concibe el arte de la palabra como la instancia que proyecta la educación más allá del ámbito de la satisfacción individual, como el agente que transforma lo mejor de cada cual en patrimonio común. Así, la oratoria cumple con abrir a la persona ilustrada, cofre lleno de riquezas, para beneficio del resto, poniendo toda su energía (cuando prevelece la fe en el conocimiento como vector del progreso material y moral) al servicio de la patria y de la humanidad. No contento con esto, le atribuye un valor que orilla lo sacramental, al estimarla medio de comunión afectiva y cívica, sustento de poderosos vínculos entre amigos y compatriotas. De este modo habló el 20 de abril, apenas tres días después de librada la batalla de Lircay. Sin duda razonaba apremiado por validar medios de restituir, siquiera en el mediano plazo, el vínculo social dañado por la contienda, fuente de profundas animosidades. Dice al inicio de su oración inaugural:

Si al terminar la larga serie de estudios a que consagráis los años más preciosos de la vida, descubrieseis de pronto que carecáis de los medios de aplicar el fruto de tan penosas tareas a la utilidad de la patria, y al bien de la humanidad, ¡cuáles no serían vuestro desmayo y arrepentimiento! ¡Qué diríais al considerar que de tantos años de desvelos y fatigas, sólo podíais sacar el mezquino placer de la propia satisfacción, y del goce solitario! ¡Cuánto no daríais entonces por encontrar el medio poderoso de convertir esos

¹² Para la biografía del personaje, remito a Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos* (Santiago, Imprenta Nacional, 1888).

tesoros escondidos en veneros fecundos de ventura y consuelo, en vínculos preciosos que os pudiesen ligar con vuestros amigos, con vuestros compatriotas, con la gran familia del género humano!

Este instrumento precioso, único intérprete de los pensamientos elevados, de los afectos puros, de los descubrimientos útiles, es el arte de hablar bien¹³.

La oratoria, pues, redime de la soledad y del aislamiento, al tiempo que potencia la educación en tanto dispensadora de bienes, individuales a la vez que colectivos. De ahí que mencione, casi a renglón seguido, "el vasto círculo de deberes sociales, de profesiones útiles, de ministerios sagrados que, sin la elocuencia, tan incapaces serían de llenar sus altos destinos, como de contribuir en lo más pequeño al bien particular ó jeneral de los hombres". Como es de rigor en este tema indisociable de la antigüedad clásica, no desaprovecha la oportunidad de traer a colación el ejemplo de las "repúblicas antiguas [...] cuyo primer jermen de engrandecimiento y esplendor no era otro que la voz imperiosa de sus oradores".

La relación que Mora establece entre oratoria y razón revela la suprema importancia concedida a la primera. Al inicio, no las equipara en cuanto facultades definitivas de la humanidad; referida a la razón, deidad ilustrada, la oratoria haría de "auxiliar indispensable de sus progresos, y el intérprete necesario de sus labores". Pero Mora no se detiene ahí. A continuación encamina sus palabras a la elevación de la oratoria, en virtud de su valor utilitario y ético, a un puesto análogo si no superior al ocupado por la razón, cuyas potencialidades sólo cuajan mediante el arte de la palabra. Es la capacidad oratoria, a ratos indistinguible para Mora de la facultad del habla, un atributo imprescindible de la humanidad, pues no "es la racionalidad la única prerrogativa que nos distingue de la creación bruta, y nos hace sus árbitros y modificadores". Sin su socorro, la sociedad fundada en la razón no sería tanto una colectividad como un conjunto de individuos aislados entre sí, privados por ello de los beneficios del intercambio vital para el progreso en todas sus variantes, e incluso para la constitución contractualista de la misma. Escribe de la racionalidad:

Apenas bastaría su solo ejercicio para dirijirnos en un pequeño número de operaciones aisladas, si no estuviésemos dotados de órganos capaces de transmitir a los otros individuos de nuestra especie la obra interior de nuestro espíritu; de comunicarles las mismas impresiones que recibimos; de hacerlos partícipes de nuestras concepciones y de nuestros sentimientos. Suprimid esta facultad del catálogo de las que nos caracterizan, y no sólo no concebiréis la posibilidad de dar leyes, de hacer descubrimientos, de satisfacer las primeras necesidades de la vida, sino que ni aun podréis entender la existencia misma de la sociedad, el pacto que la forma, la comunicación de trabajos que la conserva.

¹³ José Joaquín de Mora, *Oración inaugural del curso del Liceo de Chile pronunciada el día 20 de abril de 1830* (Santiago, Imprenta de R. Rengifo, 1830).

Sin esta facultad, principio activo en todos los ámbitos, el "hombre" desciende a un "lugar innoble en la escala de los seres", queda expuesto a los golpes de la Naturaleza, y sólo a duras penas logra sobreponerse a las adversidades de la vida.

Pero dada a esa máquina inerte la facultad de transmitir a las otras máquinas de su especie toda su existencia interior, y veréis poblarse los desiertos, alzarse los emporios del comercio y de la civilización, formarse los cuerpos políticos, y propagarse instantáneamente el pensamiento, del individuo a las masas, como se propagó en el caos el espíritu de vida salido de los labios del eterno. Veréis sometidos los cielos a los cálculos del hombre; rotas las barreras que las cordilleras y los mares ofrecían a la debilidad de sus órganos; adivinado el secreto de las esencias materiales, y conocidas y demostradas, hasta en sus más sublimes combinaciones, todas las cantidades metafísicas y positivas, para contribuir al bienestar y al engrandecimiento de los seres racionales. Más veréis todavía. Las pasiones se despojan de su propensión maléfica; las costumbres se suavizan; la lei y la justicia triunfan; el crimen tiembla a la voz de la acusación, y la inocencia arrostra el ceño del poderoso, la efervescencia de la muchedumbre, y el fallo de los magistrados.

Más que la razón, minusválida sin la asistencia de la oratoria, que la vuelve fructífera, es la capacidad de comunicación lo que hermana al género humano, da cuerpo a las sociedades, somete la Naturaleza al poder fáustico del "hombre", alienta la civilización, e impulsa el progreso. Mora encuentra en la oratoria aquella potencia que fusiona metafísica y física, avances del conocimiento y adelantos de la vida civilizada, dulcificación de las costumbres y majestad de la justicia, hasta concertar una orquesta en la que todos los instrumentos tocan armoniosamente.

Mora, como tantos adalides de la civilización, concebía la educación como una instancia destinada a formar personas instruidas a la par que ciudadanos virtuosos comprometidos por entero con el bien de la República. A este contexto deben remitirse sus loas a la oratoria. Pero la exaltación de una facultad, si el propósito es implantar en los alumnos el gusto por su trato, requiere del modelo que, encarnando ese ideal, descubra un horizonte hacia donde dirigirse. Reconocer el mérito de la oratoria puede cambiar las ideas sin reorientar el curso de la vida; la imagen del orador como supremo héroe cívico tenía mayores posibilidades de hacerlo, así no fuera más que avivando el deseo, movido por vislumbres de gloria, de saltar desde la admiración hasta la emulación. Aquí, Mora hace algo más que elogiar a Cicerón, el principal orador de la tradición retórica de Occidente, venerado tanto por autores laicos como religiosos, en Chile no menos que en Europa. Aunque Cicerón ofrece un modelo completo, puesto que reúne al teórico con el práctico, al tratadista con el hombre inmerso en los asuntos públicos merced a su elocuencia, Mora atiende preferentemente a las "dotes que constituyen al orador perfecto", a quien caracteriza como el "órgano vivo, el intérprete desinteresado, el sagrado depósito de

la verdad y de la razón". Reconocida la posibilidad de que la elocuencia en boca de una persona carente de virtud pueda desatar males sin cuento, Mora insiste en la veta ética del perfecto orador, si es necesario dispuesto a inmolarsse por el bien común, y cuyo valor paradigmático funciona —el don de su palabra mediante— como fuente de inspiración y reserva moral. Lejos está de reducir su ámbito de acción a la esfera política. Al parlamentario y al tribuno, cuyas intervenciones deciden el futuro de los pueblos, suma la figura del predicador y del abogado, en el supuesto de que ambos resultan fundamentales para la sociedad; mientras el primero actúa como baluarte de la "moral pública", de la "paz de las familias" y del "respeto a las leyes", el segundo, aplicándose a la justa defensa de intereses privados, instaure principios de validez general.

ORATORIA Y POESÍA

Mora no clamó en el desierto, pero tampoco tuvo tiempo de hacer escuela: a poco de formular su plan, le quitaron la ocasión de implementarlo. Quedó sí la conciencia del valor axiológico de las letras en la marcha hacia la civilización; Lastarria, aventajado alumno del Liceo de Chile y discípulo de Mora, retomaría más tarde algunas ideas-fuerza presentes en la oración inaugural, aunque no aquéllas alusivas a la oratoria¹⁴. Quien, con énfasis reivindicativo generado por la constatación de su inmerecido descuido, volvería a postular la trascendencia de la oratoria y la relevancia de su estudio, sería Antonio García Reyes, orador como Mora, como él hombre de letras, que llegaría a reunir una voluminosa biblioteca, con obras en griego y latín, y número apreciable de textos de gramática y retórica. A diferencia del liberal español, García Reyes no realizó el panegírico de la oratoria antes de enseñarla; de hecho, salió en defensa del arte que ya practicaba con reconocido talento en el foro y que se aprestaba a lucir en el Congreso, tras años de impartir la cátedra de literatura (o bellas letras o retórica) del Instituto Nacional, donde Domingo Santa María, alguna vez alumno suyo, le recordaría embelesado leyendo *Las catilinarias* de Cicerón.

García Reyes no pudo elegir mejor ocasión para ensalzar la oratoria: el discurso pronunciado durante la entrega de premios de la institución, ceremonia que justo ese año dejaba de ser una adusta celebración doméstica, para convertirse en un evento público solemnizado con la asistencia del Presidente y sus ministros, del cuerpo universitario y, en general, de toda persona con alguna notoriedad intelectual¹⁵. Son los alumnos, en todo caso, los principales destinatarios de sus palabras. Les habla con el temple apostólico de la generación

¹⁴ Véase, ante todo, su discurso inaugural de la Sociedad Literaria de 1842, reproducido en José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios* [1878] (Santiago, Zig-Zag, 1968), págs. 95-106. Sobre la influencia de Mora en Lastarria, remito a Bernardo Subercaseaux S., *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)* (Santiago, Editorial Aconcagua, 1981), págs. 23-28.

¹⁵ "Discurso que, después de la repartición de los premios, pronunció el profesor de literatura, Don Antonio García Reyes", *Gaceta de los Tribunales i de la Instrucción Pública*, 5 de abril de 1845, págs. 67-69.

liberal de 1842, que sintióse llamada a impulsar una dinámica civilizatoria que implicara, no ya la independencia de un poder foráneo, sino de la ignorancia popular mediante la propagación de las luces que moderniza las conciencias, purgándolas de ideas, costumbres y valores adversos al progreso. Visualizada la juventud ilustrada como su agente, nada de raro que García Reyes intentase involucrarla en dicho proceso.

Al frente suyo estaban los estudiantes del más importante establecimiento de enseñanza del país (la Universidad de Chile funcionaba entonces como academia científica y superintendencia de educación, sin concentrarse todavía en la función docente). ¿Qué les dice a esos alumnos? En síntesis, los exhorta a aplicarse al cultivo de la oratoria antes que al trato epidémico de las musas, presentándoles bajo una luz de todo punto favorable la trascendencia social de aquélla, y la eminencia del orador como figura pública. Expresa preocupación y desconcierto ante la afición de los jóvenes por el cultivo de la poesía en desmedro de la oratoria. "Mi estrañeza nace, señores, de que en tantos jóvenes como frecuentan hoy nuestros colejos i componen nuestras sociedades literarias, no haya prendido en alguno la afición de la elocuencia". Indiferencia tanto más intrigante cuanto a este talento atribuye grandes realizaciones de civilizaciones antiguas y modernas: el triunfo de la libertad en Grecia, la derrota de la anarquía en Roma, la sobrevivencia del Estado francés a los trastornos de la revolución, y la ampliación del radio de influencia inglés a escala planetaria. No está en su ánimo alejarlos de la poesía, que estima en alto grado, sino hacerles comprender que, en orden de importancia, sean cuales fueren los criterios para definirla, la elocuencia la superaba holgadamente, hecho que aconsejaba consagrarse a su estudio y a su práctica.

¿Qué hace la grandeza de la oratoria? Como la poesía, participa de la sensibilidad más sublime, más refinada, más espiritual, pero, admitida esta identidad de origen, además posee un ascendiente social incomparablemente mayor, dada la cuantía y la gravitación de sus aplicaciones.

¿Dónde colocáis a un orador que no le hagáis el héroe de la escena, el centro de la simpatía, el árbitro de las opiniones? Recorred los teatros en que la intelijencia se ejercita desde la deliberación familiar del gabinete, hasta el debate acalorado de las cámaras lejislativas; desde la alegría del festín, hasta la gravedad circunspecta de las Cortes de Justicia; la elocuencia es en todas partes el primer resorte, la más poderosa palanca, el arma más segura para obtener el triunfo [...] ¡Qué diferencia, señores, entre el poeta que compone sus estrofas en el retiro de su gabinete, i el orador que hace tronar su voz en medio de la asamblea del pueblo en defensa de los intereses nacionales, o en el palacio de la justicia vindicando el honor, la vida, los más caros intereses del hombre!

García Reyes no se explica cómo la imagen refulgente del orador no despierta en la juventud la veneración de la oratoria y la sed de gloria, socialmente beneficiosa, despertada por aquel ejemplo. Excusas para preferir la poesía, tam-

poco encuentra. Abundan los terrenos en donde aplicar su potencia; multitud de asuntos esperan discursos acordes con su importancia. "¿De cuándo acá no merece la causa de la civilización, el bienestar del pueblo, la ventura social una esforzada i vigorosa defensa?" Situado en el Congreso o en los tribunales, García Reyes cree en la capacidad del orador —a quien anhela actor protagónico en toda discusión de interés general— para sobrepujar las fuerzas contrarias al bien de la República y a la prevalencia de la justicia. "Decid, ¿qué es del poeta con sus ilusiones i sus dorados ensueños al lado de este interesante personaje? La ficción al lado de la verdad, la flor hermosa, pero deleznable al lado de una preciosa joya".

Cuando Augusto D'Halmar, escritor y esteta, dictó un curso de oratoria en la escuela de verano organizada por la Universidad de Chile en 1949, sentenció: "A mayor civilización, más alta escuela oratoria"¹⁶. A juzgar por sus dichos, mantenían su vigencia los parámetros fijados por Mora y García Reyes, con su propensión a concebir la oratoria como aliciente a la par que índice de la civilización. Ambos autores escribieron a la sombra de la tradición humanista, como queda en evidencia a la luz de sus ideales educacionales, plasmados durante el Renacimiento. Con su acendrado gusto por los textos clásicos (algunos parcial o totalmente desconocidos previamente en Occidente), la retórica cobró entonces nuevo brío, al tiempo que Cicerón y Quintiliano, cuyas obras vieron reducidas sus lagunas con los descubrimientos de manuscritos realizados por Petrarca y sus sucesores, provocaban la admiración de los estudiosos. La elocuencia venerada por los humanistas no se conformaba con las galas del lenguaje, apuntando más lejos en sus objetivos, esto es, a la "armoniosa unión de sabiduría y estilo cuyo fin es guiar a los hombres hacia la virtud cívica"¹⁷. Contra el escolasticismo medieval, que repudiaron por abstrusamente abstracto y alejado de la vida real, la elocuencia que propugnaban debía aplicarse a asuntos de alcance práctico. A semejanza de la educación, los humanistas entendían a la retórica como formación del intelecto tanto como de la voluntad, y a la persuasión fruto de la elocuencia, como algo distinto y superior a la demostración adelantada por la lógica. Discípulos de Cicerón, sabían que la veta persuasiva de la retórica brindaba una alternativa a la violencia, a la vez que su apertura a la deliberación dejaba en mejor pie para resolver diferencias y esclarecer materias oscuras. En suma, de conformidad con la tradición retórica ciceroniana, Mora y García Reyes proponen una visión de la oratoria como un arte cívico que enriquece la vida en común, al reportar beneficios en las más diversas facetas de la existencia social.

¹⁶ Augusto D' Halmar, *Curso de oratoria. En 12 lecciones* (Santiago, Ediciones Cruz de Triana, 1949), pág. 7.

¹⁷ Thomas M. Conley, *Rhetoric in the European Tradition* [1990] (Chicago, The University of Chicago Press, 1994), 109. En cuanto a la milenaria historia de la retórica, también sigo de cerca a George A. Kennedy, *Classical Rhetoric and its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times* (Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999). Aun cuando circunscrito al estudio de las teorías y prácticas retóricas vigentes en Estados Unidos e Inglaterra durante el siglo XVIII, no menos sugerente resulta la lectura de Jay Fliegelman, *Declaring Independence: Jefferson, Natural Language, and the Culture of Performance* (Stanford, Stanford University Press, 1993).

Como quiera que fuese, no era fácil erigir un ideal con el aura de prestigio suficiente para contrarrestar el atractivo del poeta romántico, calidad a la que propendían los jóvenes de entonces, con el ímpetu de las modas hilvanadas con mudanzas de la sensibilidad. En 1843, con ocasión de la apertura de la Universidad de Chile, Andrés Bello, rector y artífice, se había referido a la poesía como la "más hechicera de las vocaciones literarias", constatando su explosiva propagación en tierras locales, al extremo de alzarse "sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía"¹⁸. Trece años más tarde, al reemplazar al fallecido García Reyes como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Santa María recordó el tema de la mentada pieza oratoria y el contexto en que fuera pronunciada. Los poemas de los jóvenes escritores de la época, aunque a veces de calidad, le merecieron el siguiente comentario:

tenían generalmente por tema asuntos individuales, como los goces o las penas del amor, las angustias de la duda, las satisfacciones de la fe i de la esperanza, las impresiones que causa en el alma la contemplación de la naturaleza. Ninguno de esos vates pulsaba la lira [...] para tomar por argumento de sus cantos algunas de esas materias que pueden influir sobre la marcha más o menos próspera, más o menos rápida de las sociedades. El amor a la patria los inspiraba a menudo, pero siempre bajo el punto de vista individual; i si tenían aplausos para las hazañas de los héroes i gratitud para los servicios de los filántropos, todo ello no era más que un entusiasmo vago, cuyo objeto no se especificaba con la suficiente claridad. Ninguna de sus producciones era de aquellas que hacen servir el sentimiento o la imaginación al triunfo de un sistema político, social o relijioso¹⁹.

Reveladora distinción entre una poesía intimista, ante todo ocupada de registrar las efusiones del yo, poco importa si atribulado o embelesado, siempre abismado en experiencias subjetivas irrelevantes para los requerimientos del país, y una oratoria que, superando el estéril ensimismamiento de lo personal, deviene socialmente relevante; o sea, funcional al proyecto republicano y a las aspiraciones generales de progreso moral y material, no menos que a los intereses sectoriales de grupos y partidos involucrados en competencias por el poder o por la imposición de sus principios.

CAPACIDAD DE DISENSO: ABONO DE LA ELOCUCIÓN

El discurso académico de Santa María antes aludido hace el panegírico de su predecesor sin privarse de reprocharle a García Reyes una severa omisión:

¹⁸ "Discurso pronunciado por el Sr. Rector de la Universidad, D. Andrés Bello, en la instalación de este cuerpo el día 17 de setiembre de 1843", *Anales de la Universidad de Chile*, vol. I (1843-44), pág. 150.

¹⁹ "Discurso leído por don Domingo Santa María al incorporarse a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile, en la sesión del 19 de abril de 1856", *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 13 (1856), pág. 326.

la desvinculación del desarrollo de la oratoria respecto a la consolidación de una institucionalidad que resguarde frente a la discrecionalidad del poder: "Si se desea que se formen oradores, no basta aconsejar a los jóvenes el estudio, es preciso prevenirles además que deben trabajar para alcanzar la realidad de las instituciones liberales. Bajo este aspecto la libertad es también una regla de retórica". Pese a que Santa María hablaba en términos generales, no por velada resulta menos obvia su incitación a oponerse a la administración de Manuel Montt: "Vivimos en una de esas épocas de reacción que de periodo en periodo vienen a detener los adelantamientos de la sociedad. El despotismo tiene actualmente en el mundo civilizado sus adoradores, sus entusiastas apolojistas"²⁰. En esta misma línea, en 1860, al reunir sus semblanzas de parlamentarios, José Antonio Torres lamentó la escasez de oradores chilenos. No atribuyó esta carencia a la falta de talento, sino a la preponderancia de un autoritarismo gubernamental que no daba tregua a las personalidades independientes, a los "caracteres nobles y republicanos", logrando, las más de las veces, cerrarles el paso a la actuación pública²¹. Torres, opositor a Montt, escribió al calor de la lucha política de entonces (que no desechó el recurso a las armas), volviendo a ligar el florecimiento de la oratoria con el poder fertilizante de las libertades públicas.

Argumento más que atendible. El brillo de la elocuencia en el Congreso va aparejado a la existencia de debates enjundiosos, y éstos, a su vez, a la confrontación de posiciones, cosa poco probable en caso de faltar mayorías o minorías indóciles frente al Ejecutivo. La oratoria parlamentaria sólo descolló cuando se dieron debates de importancia y oradores de nombradía, o, en otras palabras, banderas rivales enarboladas por hombres con versación en la materia en litigio, amén de elocuencia. No fue siempre así. Hubo legislaturas notorias por su quehacer rutinario, para no decir nada de su letargo y su descuido, no ya de la oratoria, sino simplemente de las tareas legislativas más triviales. La legislatura posterior al conflicto de 1851, depurada de detractores del gobierno y por ende obsecuente a sus deseos, sirve de ejemplo. En 1854, fue habitual que tanto el Senado como la Cámara de Diputados dejaran de deliberar por falta de número, que los diputados abandonasen la sala a la primera interrupción, o que sólo se sesionara con quórum de filas raleadas por la desidia. La prensa de la época censuró con insistencia el pobre desempeño de los parlamentarios, que a veces rehuían sus obligaciones con desenvoltura de avezados cimarrones, impertérritos ante la tardanza en el despacho de las leyes y la dilación en la resolución de cuestiones de utilidad pública. Con la razón de su parte, *El Mercurio* de Valparaíso del 21 de septiembre de 1854, argumentó:

²⁰ *Ibid.*, págs. 327-28.

²¹ José Antonio Torres, *Oradores chilenos. Retratos parlamentarios* (Santiago, Imprenta de La Opinión, 1860), pág. v.

La carencia de interés para concurrir a las sesiones provenía, sin duda, de la falta de una oposición fiscalizadora que obligara a la mayoría a mantenerse con el arma al brazo.

Lo que vivifica un cuerpo colegiado que desarrolla sus actividades con plena libertad, son las controversias que se originan entre sus miembros.

La Cámara joven, que se había renovado totalmente a raíz de una sangrienta revolución i bajo la férula de un Gobierno enérgico, no podía contar con ninguno de esos brillantes paladines que figuraron en campo opuesto durante el decenio del Presidente Bulnes.

Al margen del autoritarismo de Montt, no hay que olvidar que durante buena parte del siglo XIX el Ejecutivo y sus agentes contaron con un enorme poder de intervención electoral, utilizado discrecionalmente en los comicios parlamentarios, municipales y de electores de presidente. Así, la composición del Congreso siempre estuvo más o menos circunscrita al diseño de las listas de candidatos oficiales, que el gobierno remitía a los intendentes, para que éstos dispusieran todo en su favor. En trazos gruesos, el Ejecutivo y sus representantes controlaban las inscripciones electorales. Esto, en gran medida, les permitía determinar quién podía sufragar y quién no, favoreciendo a las personas que sabían proclives a los candidatos de su predilección. Mediante expedientes constitucionales y legales, el Ejecutivo restó alcance a las limitaciones al derecho a sufragio, posibilitando la inclusión en la fuerza electoral de numerosos votantes analfabetos y de escasos recursos. En la práctica, esto conllevó la incorporación a la masa electoral de los integrantes de la Guardia Nacional y, en segundo término, de los empleados públicos; o sea, de miles de personas de estratos medios y bajos dependientes del gobierno de turno, que controlaba —o a lo menos manipulaba— sus sufragios en pro del éxito electoral de sus abanderados. Existiendo formas de burlar el secreto del voto, empleados públicos y milicianos, temerosos de enfrentar represalias de sus superiores, sufragaban por los candidatos oficiales. Los agentes de gobierno tampoco desecharon el uso de la violencia cuando lo estimaron procedente, dando desde palos hasta azotes a opositores, bien antes de concurrir a sufragar, o, ya en el colmo del descaro, en el mismo lugar de votación. Ciertamente, la ley de reforma electoral de 1874 aprobada con apoyo de sectores doctrinariamente opuestos, al propiciar la gradual ampliación del universo electoral para acotar las facultades del Ejecutivo, redujo la fuerza de la maquinaria electoral del gobierno, pero sin dejarla fuera de juego todavía. Esto sólo ocurriría después de 1891, cuando la ley de la comuna autónoma, al descentralizar el manejo del proceso electoral, incentivó la competencia partidaria por el voto, con la consiguiente aceleración de la dinámica democratizadora iniciada en la década de 1870.

En el intertanto, los gobiernos obtuvieron mayorías de sufragios elección tras elección, y cada presidente, desde José Joaquín Prieto (1831-41) hasta Domingo Santa María (1881-86), legó el mando al candidato oficial. Sea como fuere, el poder del Ejecutivo en la materia nunca fue omnímodo. La oposición, cuando no se abstuvo de competir, sí pudo abrirse paso hasta el Congreso,

aunque invariablemente en calidad de minoría. Es obvio que en las circunstancias descritas, aquélla sólo podía triunfar ocasionalmente, y nada más cuando diversos factores concurrían en su favor. Por lo demás, las mayorías oficialistas no eran del todo homogéneas. El gobierno se cuidaba de imponer candidatos impopulares que, bien por el rechazo que despertaban o por los costos de su imposición autoritaria, le enajenasen a los notables del distrito respectivo, porque faltando su apoyo, se resentían las tareas gubernativas y las iniciativas de progreso nacidas de las autoridades. No era inusual, pues, la negociación con los potentados de la zona (miembros de la elite nacional radicada en Santiago), que incluso podían tomar la iniciativa al momento de proponer nombres, como tampoco lo era la cooptación de las elites de provincia, todo con miras a consensuar candidatos del gusto del Ejecutivo y parte importante de sus electores, y por esa vía allanar obstáculos al gobierno en la prosecución de sus intereses.

En otros términos, las listas oficiales distaban de constituir imposiciones unilaterales de las autoridades; admitían individuos cuyo grado de adhesión a las políticas ministeriales no era absoluto. De ahí que las bancadas de mayoría y minoría, no siendo incondicionales gobiernistas todos los integrantes de la primera, tampoco fuesen compartimentos estancos. Por entonces, el éxito político no consistía tanto en vencer al gobierno, como en ganarse su venia. En ese contexto, los opositores podían aspirar a sentarse en el Congreso persuadiendo o forzando al Presidente a reconocer los beneficios derivados de su incorporación a las filas de la mayoría; entre las formas de concitar su aprecio, no cabe descartar los discursos preparados con prolijidad y pronunciados con afán persuasivo. Las candidaturas de oposición no siempre pretendían mermar las fuerzas del gobierno; cuando sus diferencias con el poder eran menores, tendían a inclinar al Presidente, en caso que el respaldo despertado fuese significativo, a reconsiderar sus opciones electorales y, eventualmente, a trasladar su confianza a una candidatura no oficial, o, por lo menos, a cederle el campo en reconocimiento anticipado de su victoria. Oponerse al gobierno también constituía una manera de reclamar y conseguir acceso a la mayoría oficial del Congreso; esto suponía la existencia de políticos que, excepción hecha de intelectuales como Lastarria, en general no se caracterizaban por su irrestricta fidelidad a principios doctrinarios.

De todo lo anterior se desprende otra consecuencia determinante a la hora de aclarar por qué, no obstante los constreñimientos del sistema electoral, desde temprano existieron condiciones propicias para el debate parlamentario y, en suma, para las lides oratorias. La composición de las mayorías parlamentarias no garantizaba su plena cohesión interna, ni, por lo mismo, su irrestricta adhesión al Presidente. Los gobiernos sí encararon mayorías hostiles en el Congreso, contándose entre sus detractores candidatos elegidos con su aquiescencia. El primer caso de enfrentamiento del Presidente y su gabinete con la mayoría parlamentaria ocurrió hacia el final del segundo periodo de la administración de Manuel Bulnes. Por desavenencias de fondo, Bulnes destituyó al

ministro del Interior, Manuel Camilo Vial, en circunstancias en que la mayoría del Congreso le era adicta a éste, pues él había compuesto las listas oficiales de candidatos para las últimas elecciones parlamentarias. Volvería a suceder lo mismo en el segundo periodo de Montt, cuando un sector proclerical, origen del Partido Conservador, se pasara desde las filas del gobierno a la oposición, producto de su repudio al férreo regalismo del Presidente, puesto de relieve con motivo de la "cuestión del sacristán", ocurrida en 1856. El tercer caso se produjo a poco de iniciado el gobierno de José Joaquín Pérez, cuando sus divergencias con los montt-varistas, hasta entonces sus compañeros de ruta, le impulsaron a rehacer su gabinete con adeptos de la Fusión Liberal-Conservadora; tuvo entonces que enfrentar, a semejanza de sus antecesores, una oposición mayoritaria, puesto que los legisladores en ejercicio debían sus designaciones a Antonio Varas, quien como ministro del Interior de Montt había definido las nóminas para la elección previa. El último caso dice relación con el distanciamiento de los parlamentarios conservadores de los liberales de gobierno por sus inclinaciones laicizantes, preámbulo a la ruptura de la Fusión a fines de 1873, ya efectuadas las elecciones de ese año, con listas oficiales en que se habían incluido candidatos conservadores. De aquí brotó la alianza coyuntural de radicales y conservadores, clave para la aprobación de la reforma electoral de 1874, cuyo sentido original fue, como queda dicho, contraer el poder electoral del Ejecutivo. Resta añadir que la Constitución de 1833, no facultando al Presidente para disolver el Congreso, lo dejaba a merced de las ocasionales mayorías opositoras, hasta la realización de nuevas elecciones²².

Es común señalar a la década de 1840 como la época del auténtico despegue de la tradición oratoria parlamentaria nacional, supeditando su advenimiento a la distensión política de la administración Bulnes, que posibilitó la apertura de un espacio público abierto al debate y al cuestionamiento del autoritarismo identificado con Portales. En los congresos electos durante el gobierno de Prieto, cuyo uso sistemático de las facultades extraordinarias revela las trabas al disenso, se nota, según Huneeus Gana, una "elocuencia parlamentaria [...] servilmente amordazada", rescatada del silencio forzoso en tiempos de Bulnes, particularmente durante la legislatura de 1846, en que descollaron figuras de la talla de Manuel Antonio Tocornal, García Reyes y Lastarria, con quienes comenzaría la "cadena de nuestros oradores"; precisando más: fue recién en 1849, como corolario del paso a la oposición de hombres de gobierno, que se estrenó la "verdadera vida parlamentaria de Chile, con su debate amplio, elocuente, ilustrado"²³. Arturo Alessandri opinó igual, consignando que el efectivo "nacimiento, desarrollo y esplendor de la verdadera oratoria parlamentaria", sólo se verificó cuando se retrajo la sombra de Portales y Prieto²⁴.

²² En todo el análisis del sistema electoral, me he guiado por J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires, Ediciones del IDES, 1985).

²³ Huneeus Gana, *Cuadro histórico*, págs. 518, 527-28.

²⁴ Arturo Alessandri Palma, *Discurso de incorporación* (Santiago, Dirección General de Prisiones-Imp., 1935), pág. 52.

Hunceus Gana y Alessandri —oradores los dos, amén de autores fieles al paradigma interpretativo de la historiografía liberal— son los únicos que trataron la oratoria parlamentaria desde una perspectiva histórica, intentando delinear un movimiento desglosable en etapas. No erraban al apuntar a los 1840s como años determinantes en la historia de ese tipo de oratoria. Remontándose más allá de la batalla de Lircay, hasta el Congreso de 1811, tampoco existe mucho que invocar en su nombre²⁵. Excepciones hay, y honrosas inclusive, como el sermón patriótico de fray Camilo Henríquez y el discurso de Juan Martínez de Rozas, ambos pronunciados a raíz de la apertura del primer congreso nacional. Pero tampoco puede obviarse la completa inexperiencia respecto a las particularidades de la vida parlamentaria, ni la transitoriedad —hija de las convulsiones de la Independencia y, cuando el desafío fue dar con alguna forma efectiva de gobierno, de la inestabilidad política— de los cuerpos legislativos y/o constituyentes previos a la década de 1830; ambos factores desfavorecieron el arraigo de la oratoria como técnica persuasiva en el marco de sus deliberaciones, no rara vez centradas en materias protocolares y procedimentales propias de un régimen que avanza a tientas hacia su organización.

Recién en 1823, con la entrada en escena del taquígrafo, se inició la transcripción parcial de las sesiones, en atención a una propensión burocrática a conservar registros, muy lenta por cierto en asentarse, más que a una valoración cívica de la oratoria como acicate del espíritu republicano; aun así, sólo en 1846 “comenzó a formarse el protocolo íntegro de los debates de ambas cámaras”²⁶. En definitiva, resulta difícil saber a ciencia cierta qué ocurrió a este respecto con anterioridad a 1823, aunque cabe presumir que en las sesiones mediaban palabras a granel, y sólo excepcionalmente piezas retóricas en sentido estricto, con apego a preceptos y modelos antiguos o modernos. De verdad, cuesta imaginarse a los cinco miembros del senado de 1818, trenzados en torneos oratorios, o a los diputados del congreso constituyente de 1823 pronunciando auténticos discursos; a poco andar, éste acordó que nadie podría sobrepasar los cuatro minutos de exposición al referirse al código en ciernes, con el fin de apurar su aprobación²⁷. Con relación a los discursos posteriores a Lircay, las mismas fuentes oficiales, como las actas de las sesiones del Congreso, en ocasiones parecían secarse de improviso, para desesperación de los historiadores del periodo, forzados a compensar su laconismo con el testimonio de la prensa, en cuyas páginas, con suerte, podían encontrar discursos omitidos, o extractos suyos, e información menos escueta sobre debates de interés. Sirva esto de ejemplo: los miembros de la Gran Convención o asamblea constituyen-

²⁵ Alcibíades Roldán, *Las primeras asambleas nacionales. Años de 1811 a 1814* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1890), págs. 75-76, 244-45.

²⁶ Ramón Sotomayor Valdés, *Historia de Chile durante los cuarenta años transcurridos desde 1831 hasta 1871*, 4 vols. (Santiago, Imprenta de “La Estrella de Chile”; e Imprenta y Litografía Esmeralda, 1875-1903), I, pág. 83. Los dos últimos volúmenes llevan por título *Historia de Chile bajo el gobierno del general D. Joaquín Prieto*.

²⁷ Diego Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, 16 vols. (Santiago, Rafael Jover, editor; Josefina M. v. de Jover, editora; e Imprenta Cervantes, 1884-1902), xiv, pág. 129.

te nombrada en 1831, estimaron superfluo emplear taquígrafos para documentar sus debates, conformándose con llevar un escuálido cuerpo de actas.

Igual, sabemos que el registro escrito de los discursos no permite aquilatar las dotes oratorias; en su ausencia, sólo cabe confiar en testimonios de testigos presenciales. Si en la década de 1820 se barrunta la existencia de oradores que parecen presagiar el apogeo de los 1840, no es menos cierto que la reducción impuesta al espectro político-doctrinario durante los años intermedios, no sólo desalentó el desarrollo de la oratoria por las consabidas restricciones a las libertades públicas, sino también por la evidente prescindencia de personas de talento, como resultado de su filiación política contraria al bando vencedor en 1830. En su juventud, García Reyes presencié los discursos de los legisladores ocupados en la elaboración de la Constitución de 1833, y asistió desde la barra a las sesiones del Congreso, apuntando impresiones sobre los protagonistas de sus deliberaciones. ¿Qué opinión le merecieron las intervenciones de los legisladores al alumno más aventajado del curso de bellas letras del Instituto Nacional, al punto de ser premiado en 1834 por sus méritos, granjeándose elogios de parte del gobierno, Presidente y ministro del Interior incluidos? Al único que le concede el título de orador prominente, o de orador a secas, es a Mariano Egaña, así se tratase de las legislaturas de 1831 o 1834, como del cuerpo que afinara el proyecto de carta fundamental, a propósito de cuyas sesiones consignó: "era el mejor o por mejor decir, el único orador de la Sala, donde ejercía un gran influjo sobre los hombres menos instruidos del Cuerpo, que formaban la mayoría"²⁸.

BELLAS LETRAS

Que García Reyes confiriese la calidad de orador a Egaña, negándosele al resto de los legisladores aunque interviniesen en los debates, trasluce la percepción de la elocuencia como un arte discernible de la simple capacidad de expresión oral de las propias opiniones ante la concurrencia del Congreso. A no ser por excepciones como Mac-Iver, los oradores consumados, cuando podían, preparaban sus discursos de antemano, y si improvisaban a solicitud o compelidos por las circunstancias, no por fuerza discurrían con indiferencia por los usos de la retórica, que habían asimilado en grados variables. La misma dinámica parlamentaria imponía hablar a capela, a fin de salir al paso del adversario con el ímpetu —en ocasiones punzante— de la réplica. Quizá la improvisación haya sido más que un recurso de emergencia; tampoco, por cierto, faltó la percepción de la oratoria como una ocupación que requería cavilosas horas de gabinete para la elaboración de los discursos. Durante todo el siglo XIX y aún a comienzos del XX, la oratoria profana y sagrada con conocimiento de la retó-

²⁸ Citado en Miguel Luis Amunátegui Reyes, *Don Antonio García Reyes i algunos de sus antepasados a la luz de documentos inéditos*, 6 vols. (Santiago, Imprenta Cervantes; Editorial del Pacífico; y Dirección General de Prisiones-Imp., 1929-36), II, pág. 38.

rica —no la palabra del tribuno espontáneo ni la prédica del párroco anónimo—, giró en la órbita de la tradición dieciochesca de las *belles lettres*, con su correlación entre el cuidado del gusto literario y los refinamientos de la civilización, verificables en las bondades del trato social y en el pulimento de las costumbres. Desde las primeras páginas de su tratado elemental de retórica, producto de su desempeño como profesor de literatura del Instituto Nacional, Diego Barros Arana manifestó su adscripción a esa tradición:

El estudio de las bellas letras es tan útil como agradable. Adorna la memoria, enriquece la inteligencia, desarrolla la imaginación, depura el gusto, forma el corazón e inspira los sentimientos más nobles i más elevados. Los que están llamados a hablar en público tienen necesidad de consagrarse a este estudio para espresarse con gracia i vigor; i los que sólo aspiran a funciones más humildes no pueden descuidarlo sin privar su conversación de todos los encantos que la acompañan. Los filósofos i aun los sabios, en medio de sus contemplaciones más sublimes, no desdeñan las bellas letras, porque éstas les permiten hacer más sensibles las verdades que enseñan i menos áridos los principios²⁹.

Asimismo, el hábito de recopilar y antologar piezas retóricas de oradores renombrados prueba el rango literario concedido a la oratoria. La *Biblioteca de Escritores Chilenos* proyectada por el gobierno con motivo de la celebración del Centenario, incluyó los discursos parlamentarios de Isidoro Errázuriz y una selección de oradores sagrados, de tal suerte elevados a la calidad de patrimonio cultural de la nación, merecedor de difusión en Chile y en el extranjero, en mérito de sus virtudes literarias. ¿Cómo se presentan las obras oratorias del obispo Ramón Ángel Jara? Con la siguiente aseveración: las “letras nacionales hoy están de plácemes”³⁰. Puede que oradores como Vicuña Mackenna, Lastarria, Santa María, Zorobabel Rodríguez o el arzobispo Crescente Errázuriz, hayan sido incorporados a la Academia Chilena de la Lengua en virtud, ante todo, de sus escritos no oratorios; en cuanto a Mac-Iver, cuya recepción fue encomendada al conservador Juan Agustín Barriga, activo en pasadas colisiones oratorias del Congreso, se adujo su elocuencia parlamentaria como el mayor mérito a la hora de conferirle tal honor, y eso que el agraciado, según propia confesión, de su puño y letra apenas escribió cuatro discursos en toda su vida.

El hecho de que la oratoria sagrada también buscara validar sus logros por remisión a la tradición de las bellas letras, reclamando para sus creaciones un puesto de honor en la literatura nacional, testifica como nada de su importancia. Y ello porque los preceptistas de oratoria sacra —no siempre eclesiásticos— experimentaron aprensiones ante los cantos de sirena literarios, que invitaban

²⁹ Diego Barros Arana, *Elementos de literatura (retórica i poética)* (Santiago, Imprenta Nacional, 1867), pág. 3.

³⁰ “Prólogo” a Ramón Ángel Jara, *Obras oratorias*, 2 vols. (Santiago, Escuela tipográfica “La Gratitude Nacional”, 1920), I, pág. v.

a anteponer el goce estético a la misión sobrenatural de las palabras; a descuidar el imperativo de lo divino en nombre de la gloria mundana, peligro encarnado en el predicador convertido en vanidoso orfebre, más atento a granjearse la admiración pública con su virtuosismo verbal, que a propender al cuidado de las almas y a la glorificación de su fe. Se debatieron, sin resolver sus ambivalencias, entre el anhelo de una expresión llana sin caer en la rusticidad, y el gran estilo de las bellas letras, aclarando sí que el uso de éste siempre debía subordinarse al propósito pastoral³¹. La suspicacia frente a la retórica que más que servir a Dios idolatraba el lenguaje, nacía del miedo a que las formas externas de éste, con su belleza cautivante, velasen el mensaje moral y doctrinario del catolicismo, empujando al predicador y al auditorio hacia el despeñadero de lo profano. Parafraseando a Lorenzo Valla en su comentario sobre la acusación de ciceronianismo que atormentó a San Jerónimo, se concluye que la retórica es un vino del que no cabe prescindir, pese al temor a que el veneno se disimule en sus copas.

Que los primeros cristianos ya enfrentasen problemas similares, hallando maneras de eludir el peligro asociado a la retórica pagana sin nunca eliminarlo del todo, muestra la constante tensión entre el arte profano de la persuasión y los requerimientos sagrados de la religión. Desde temprano, la oratoria cristiana requirió, si bien con reservas motivadas por su impronta pagana, los recursos de la retórica clásica, pues sus oradores y sus audiencias comprendían gentiles educados en las escuelas retóricas de los mayores centros urbanos del Imperio romano, al par que personas desprovistas de cultura; en la brega por convertirlos y encauzar sus vidas con arreglo a sus creencias y principios, o siquiera aplacar su hostilidad hacia la nueva religión, no podían desecharse aquellas técnicas propicias a la buena acogida de sus mensajes. Asimismo, no es extraño que se produjera una confluencia —práctica primero, más tarde teórica— entre retórica clásica y religión cristiana, pues entre los Padres de la Iglesia, amén de estudiantes de las escuelas de retórica, hubo profesores de dicha disciplina, como Tertuliano, Lactancio y San Agustín.

Mérito del último es haber elaborado, en su obra *De doctrina christiana*, una teoría retórica si entroncada en el legado clásico, depurada de elementos discrepantes con las doctrinas y la sensibilidad de la nueva religión. En aras de la elocuencia, san Agustín no valora tanto los preceptos como el valor instructivo de los modelos, que busca en las Escrituras y en los Padres de la Iglesia, postulando un nuevo canon para el orador cristiano, a quien aconseja no desatender el contenido de sus palabras por fijarse demasiado en el atractivo de sus discursos. De ahí que privilegie la claridad en materias de estilo, en desmedro de la ornamentación. Ahora bien, por mucho que san Agustín, al conside-

³¹ Jacinto Chacón, *Curso de elocuencia sagrada* (Santiago, Imprenta Chilena, 1849); Raimundo Miguel, *Elementos de retórica i poética* (Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872); D. G., *Juicio sobre la oratoria sagrada en Chile y sobre algunos predicadores chilenos* (Santiago, Imprenta Benjamín Vicuña Mackenna, 1895); y Presbítero Rodolfo Vergara Antúnez, *Tratado de oratoria sagrada* (Santiago, Imprenta y Encuadernación Chile, 1906).

rar las tareas del orador, diese preferencia a la instrucción, no dejó de entender que flaqueando el deleite, se pierde público, y que sin oyentes, la verdad no cuaja en conductas. Esta convicción, sostenida en el tiempo, hizo que la oratoria sagrada conservara vínculos con tradiciones retóricas profanas; no menos, que las admoniciones contra el uso incontinente de autores "gentiles" como fuentes de elocuencia recurriese en la historia de la oratoria sagrada. A los Padres de la Iglesia o, con más que siglos de diferencia, a los oradores sagrados chilenos, podía incomodarles saberse en deuda con Cicerón y Quintiliano, o, entre los segundos (eligiendo al azar) Hugo o Lamartine, pero igual reconocían que la fuerza de la elocuencia —el encanto sensible de su gracia— no sólo fluía de fuentes religiosas.

Dicho dictamen no provenía de la insuficiencia de aquéllas, sino de la naturaleza caída del "hombre", que le impide apreciar la verdad despojada de ornamentos que halaguen sus sentidos; en el Chile decimonónico, amparándose en Fénelon, también se recomendó el estudio de la oratoria sagrada como medio de mitigar las falencias de los predicadores con respecto a los apóstoles, cuya elocuencia habría gozado de la asistencia milagrosa del Espíritu Santo. Jacinto Chacón, el primer conferencista y autor chileno que, ya en 1849, se detuvo en la consideración de la retórica sacra, compartió con el auditorio reunido en el convento de la Merced una idea destinada a perpetuarse: "I si tal la debilidad del espíritu humano que necesita ser santificado por medios agradables, ¿por qué no hemos de confesar que la caridad nos impone como deber el presentar con sabor de miel, a las almas enfermas, la medicina de la verdad que sin esto sería rechazada?"³².

MALES DEL SIGLO: FUNCIONES SOCIALES DE LA ORATORIA SAGRADA

Sobra decir que en Chile no hizo falta esperar hasta la República para apreciar el valor de la oratoria en la constitución de comunidades de sentido y sentimiento. El periodo colonial distó de carecer de oradores (religiosos, abogados, magistrados, catedráticos). Los sermones, producto de la misma gravitación material y espiritual de la Iglesia católica en la sociedad colonial sobre todo urbana, representan el tipo de oratoria entonces más importante. Los predicadores de la Colonia no circunscribieron sus sermones a temas estrictamente religiosos, toda vez que la esfera de lo divino se confundía con el ámbito del poder; consta que usaron el púlpito para informar y exhortar a la comunidad a plegarse por entero —en cuerpo y alma— al sistema colonial encarnado en ceremonias, festividades y ritos que amalgamaban lo sagrado y lo profano. De cualquier manera, no debe confundirse la importancia de los predicadores con el simple uso instrumental de la religión por el poder terrenal, cuya sacralización investía a su dominio de un aura de legitimidad sobrenatural; si el catolicismo ayudaba a su sostenimiento, era porque se identificaba con aquél, y viceversa.

³² Chacón, *Curso de elocuencia sagrada*, págs. 32-33. Como García Reyes, Chacón integró la Sociedad Literaria de 1842.

Cuando imperaba un orden providencialista, en cuyo seno todo acontecimiento respondía a un designio divino, la palabra de los intermediarios entre la tierra y el cielo era, en rigor, trascendente. Si los hechos positivos (por ejemplo el nacimiento del heredero al trono que disipaba las dudas sobre la sucesión dinástica) motivaban acciones de gracias, las catástrofes reclamaban predicadores capaces de arrastrar a la piedad atizando el ardor penitencial, para así aplacar la ira divina, dispensadora del flagelo vivido como castigo, con la expiación colectiva³³.

Si bien el providencialismo no quedó relegado al pasado tras la Independencia, la Iglesia chilena, no obstante permanecer vinculada al Estado hasta fecha tan tardía como 1925, con el tiempo hubo de elaborar estrategias ofensivas orientadas a cortar el paso o a contrarrestar los avances de ideologías secularizantes y credos cristianos que cuestionaban la autoridad social del clero y atentaban contra la preeminencia del catolicismo en tanto religión dispensadora de sentido. En líneas gruesas, para la Iglesia católica el siglo XIX aparece como un tiempo hostil; abreviando, el reto racionalista planteado por la Ilustración, con su crítica a la verdad revelada, con sus ataques al poder terrenal y educacional del clero, con el temido repliegue de las creencias producto de la secularización de las conciencias, propicia el desarrollo de una visión histórica atribulada que oscila entre la condena de los *males del siglo* (llámense liberalismo, positivismo, masonería, socialismo, anarquismo, o, más genéricamente, impiedad) y el llamado al compromiso con la defensa del catolicismo.

Urgidos por estos desafíos, nace la necesidad de dotar al clero chileno con una formación retórica encauzada a facultarlo para realizar su cometido pastoral en una sociedad donde comenzaban a insinuarse corrientes ideológicas y actitudes vitales discordantes con la ortodoxia católica y los intereses institucionales de la Iglesia. El curso de Chacón, publicado para provecho de los "Eclesiásticos Americanos", se inscribe en este contexto. El autor plantea la necesidad de contar con sacerdotes doctos y elocuentes, en la convicción de que sin la ayuda del conocimiento y de la persuasión, los fieles quedarían a la deriva. Chacón se propone proveer a los eclesiásticos de los medios para hacer frente a los desafíos del presente derivados de las transformaciones culturales suscitadas por la Independencia y la indiscriminada apertura al influjo de la civilización europea, de la cual se acogen, con parejo entusiasmo, vicios y virtudes. Males procedentes de Europa son la indiferencia religiosa, el extravío de la razón por su descuido de las verdades de la fe, y la desvirtuación del cristianismo a manos de filosofías paganas como el estoicismo. Junto con censurar la pasividad ante los cambios y los desafíos, Chacón invita a premunirse de los

³³ Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; LOM ediciones; y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001); y Sergio L. Riquelme Muñoz, "Carne, demonio y mundo: predicación y disciplinamiento en Chile a fines del siglo XVIII" (tesis de licenciatura en historia inédita, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1998).

recursos necesarios para —previo estudio de las tendencias del siglo— prevenir y “remediar los males que aguardan al porvenir del país”³⁴, a causa de la diseminación de ideas perjudiciales en las generaciones más jóvenes, que cree pérdidas para Dios de no mediar la acción resuelta de los sacerdotes.

Aunque llama la atención sobre la inconveniencia de transformar los púlpitos en academias y renunciar a la unción del lenguaje religioso en pro de otro más filosofante, Chacón admite que los sacerdotes, para neutralizar al enemigo, deben conocer sus armas y, cuando sea necesario, exponer ante los fieles lo embotado de su filo. Chacón, profesor de oratoria sacra, hombre algo inclasificable, también fue un liberal ilustrado que, impulsado por sus profundas convicciones religiosas, se retira temporalmente al convento de Santo Domingo, donde se ocupa en estudiar teología. Juzga perentorio formar un clero ilustrado, imbuido de todo lo referente al catolicismo, pues comprende que nadie puede defender con provecho lo que sólo conoce a medias o superficialmente. Tampoco es admisible predicar en la ignorancia de las corrientes filosóficas que atentan contra el catolicismo, a sabiendas de la imposibilidad de remediar males que ni siquiera se identifican: “he aquí lo que es incuestionable: el orador sagrado, hoy día, debe comprender su siglo. Debe saber cómo piensa, lo que quiere, de dónde viene, a dónde va. Pues ¿cómo podría instruir a sus contemporáneos si no sabe lo que les falta? ¿Cómo atacará preocupaciones que no conoce? Si ignora los gustos, las malas inclinaciones de su época, ¿cómo podría combatir éstas, i guiar a aquéllos?”. Se puede sostener que para Chacón el orador sagrado representaba un personaje temerario en su confrontación con el error, especie de Tesco que se aventura en el “laberinto de errores” del siglo, no tanto para matar al Minotauro de la impiedad como para rescatar a su tiempo del extravío, guiándolo de regreso a la luz con ayuda de la fe, doble de Ariadna³⁵. Pero Chacón hace más que reclamar eclesiásticos doctos, custodios de la verdad a título de su acendrada cultura; su curso es de elocuencia, no de teología, y como tal, se remonta a la tradición retórica identificada con Cicerón, cuyo *De oratore* —obra madurada al cabo de treinta años de agitada vida pública— califica como una “verdadera Academia de elocuencia”³⁶. De ahí que proponga una elocuencia que amalgame capacidad de persuasión con sabiduría, entendiendo por tal el conocimiento acabado en materias muy diversas, no menos que la virtud.

El presbítero Rodolfo Vergara Antúnez, profesor en el Seminario de Santiago y, a contar de mediados del XIX, infatigable articulista en la prensa católica, publicó en 1906 el tratado de oratoria sagrada más sistemático a la fecha. En breve, hombre de iglesia y de letras —escribió una historia de la literatura— que sobresalió como orador sagrado (a juzgar por la impresión en vida de sus obras oratorias). Escribe con preocupaciones similares a las de Chacón, aunque de seguro intensificadas por la todavía mayor pluralización ideológica de la socie-

³⁴ Chacón, *Curso de elocuencia sagrada*, v.

³⁵ *Ibid.*, pág. 16.

³⁶ *Ibid.*, pág. 11.

dad chilena. Sabe, por consiguiente, que los requerimientos de la elocuencia sagrada son distintos a los de otros tiempos, cuando el catolicismo marcaba la tónica, reinando sin contrapesos en el plano de las creencias y las conductas legítimas. A propósito de esta situación menciona a la filosofía como una fuente extrínseca de la predicación. Cuando Vergara invoca el auxilio de la filosofía, piensa en el recto uso de la razón en cuanto facultad intelectual capaz de apelar al entendimiento, deslindando la verdad del error, aportando pruebas consistentes y entrelazando ideas mediante operaciones lógicas, para mayor claridad expositiva de la doctrina cristiana. Según dice, "en una época, como la actual, en que todo se escudriña y debate, la palabra evangélica, conservando siempre su origen divino, exige y reclama el oficioso auxilio de la razón filosófica como un medio de penetrar más fácilmente en los espíritus"³⁷.

Además de la acrecentada importancia de la oratoria sacra en la sociedad moderna, Vergara —apuntando al mismo objetivo que Chacón, pero con pulso afinado por la experiencia de medio siglo— estimó necesario modificar su carácter discursivo con arreglo a los desafíos del presente. Cuando las verdades del catolicismo son cuestionadas, a la manera de los asuntos tratados en el foro o en el Congreso, y los mismos fieles acuden a la iglesia trayendo errores difundidos puertas afuera (supongamos que en la prensa liberal o a la sombra del Estado docente), la elocuencia del predicador, como la del abogado o la del diputado, no puede desentenderse de la refutación, ni, alertado por los avances del enemigo, esquivar la controversia: "Cuando la fe cristiana es profesada por el mayor número y no hay enemigos formidables que la combatan, la predicación debe ser *expositiva*, concretándose a la instrucción sencilla del pueblo en las verdades dogmáticas y morales. Pero cuando en un país la incredulidad se levanta insolente por el número de los que la profesan y fuerte con los favores de la opinión, la predicación debe ser además *apologética*, para refutar los errores doctrinales y demostrar con argumentos racionales la excelencia y divinidad de la religión"³⁸. Aunque la predicación ha sido un vehículo de enseñanza religiosa y reforma moral desde Cristo, se ha sostenido que su importancia crece en tiempos de "confusión doctrinal", cuando el socavamiento de los fundamentos de la fe expone las falencias del adoctrinamiento³⁹. En este sentido, la jerarquía eclesiástica chilena se movía al interior de los parámetros fijados por la Iglesia postridentina; haciéndose eco de las sesiones y resoluciones del Concilio de Trento, reconoció la urgencia de profundizar la penetración y expandir el alcance del adoctrinamiento, mejorando la educación del clero, desarrollando la instrucción catequética y prestando más cuidado a la predicación, lo que explica el auge de la retórica, tanto en la Europa del siglo xvii, como, salvando las distancias de rigor, en el Chile del siglo xix.

³⁷ Vergara Antúnez, *Tratado de oratoria sagrada*, pág. 21.

³⁸ *Ibid.*, pág. 271.

³⁹ Manuel Morán y José Andrés-Gallego, "El predicador", en Rosario Villari, ed., *El hombre barroco* (Madrid, Alianza Editorial, 1992), pág. 165.

ESCUELA DE PREDICADORES

Ni Chacón enseñó en vano, ni Vergara escribió para lectores mal dispuestos a la asimilación de sus ideas. Las convergencias entre ambos, pese a haber publicado sus obras con más de cincuenta años de diferencia, no son muestras de la escasa o nula receptividad ante los planteamientos del primero, sino de la continuidad de un proceso histórico que problematizaba la relación entre religión y sociedad, entre Iglesia y Estado, entre creencias privadas y opinión pública. Por lo demás, curso y tratado hallaron correspondencias a nivel institucional, donde también se advierte la voluntad —presente en la jerarquía eclesiástica— de impulsar la oratoria sagrada, confirmando su aptitud como fuente de autoridad cultural en un medio cada vez más abierto al cuestionamiento de la tradición y sus representantes.

En 1845, Rafael Valentín Valdivieso, segundo arzobispo de Santiago, mientras se desempeñaba como primer decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile, inauguró la Academia de Ciencias Sagradas, entre cuyos miembros destacaron los colaboradores más insignes de la *Revista Católica* (1843), primera publicación clerical fundada con el propósito de uniformar opiniones y posturas en el seno de la Iglesia, para así, apretando filas, presentar un frente común a sus detractores. El discurso pronunciado por Valdivieso en su ceremonia de apertura clarifica algo más la misión de la oratoria en el marco de la contraofensiva de la Iglesia decimonónica, que ya no puede —terminada la Colonia— descansar en la imposición sin más de sus creencias o en el peso de las tradiciones, viéndose por primera vez forzada a competir por la hegemonía cultural, renovando y ampliando el espectro de sus iniciativas. A ello alude Valdivieso cuando proclama la obligación de adaptarse a la época. Antes que brindar refugio a sabios consagrados, con miras a facilitarles la plena fructificación de sus vidas dedicadas a la enseñanza y al estudio, la Academia se propuso cumplir un fin práctico —propiciar una más efectiva intervención de la Iglesia en la sociedad—, coronando la educación eclesiástica de los sacerdotes llamados a dirigir las parroquias. La idea de fondo era dotar al clero con las habilidades y los conocimientos idóneos para ejercer el ministerio pastoral. Siendo la prédica elemento central en su cometido, la Academia contemplaba instancias destinadas a ejercitar a los estudiantes en la oratoria sagrada. Que la retórica cristiana propugnada por Valdivieso fuese de vertiente agustiniana (quiere al predicador capaz de llegar a todas las personas, al margen de su condición y sus niveles de cultura), hace pensar en una conciencia programática de la oratoria en tanto vehículo de integración social, de ampliación y cohesión de la feligresía, también perceptible en el propósito de institucionalizar su aprendizaje.

La Academia es también donde el orador cristiano va a ensayar el eco que con dignidad i maestría debe resonar en los púlpitos sagrados. Su misión augusta, sancionada por el Salvador del mundo, [...] tiene por objeto manifestar las glorias del Creador; anunciar la buena nueva a los mortales i derramar sobre los espíritus abatidos el dulce bálsamo de celestiales con-

suelos. Su elocuencia, sin dejar de ser elevada, debe hacerse popular; porque es necesario enseñar a los rudos i convencer a los sabios; predicar a los pescadores i campesinos i triunfar de los filósofos. No sólo necesita de una instrucción profunda acerca de la doctrina de la Iglesia, sino del tino práctico que le haga descender hasta las más sencillas esplicaciones sobre los puntos abstractos, sin descuidar aquellas flores oportunas que inspiren agradable interés a las inteligencias superiores. El orador sagrado para ganar los entendimientos i rejenar las costumbres necesita conocer a fondo todos los pliegues del corazón humano, el estado de los espíritus, las pasiones que los dominan, los intereses i errores de la época. Para poder con destreza insinuar la verdad i hacerla amar al mismo tiempo, se requiere un ejercicio anticipado i adquirido bajo la dirección de experimentados maestros⁴⁰.

La Academia, al igual que la reforma educacional del Seminario Conciliar emprendida por Valdivieso en la misma época, respondía a la intención de elevar el nivel del clero con la esperanza de situar a la Iglesia a la altura del reto presentado por la sociedad moderna, cuyas pruebas imponían nuevas exigencias. Por cierto, la clerecía no siempre secundó los esfuerzos al efecto del arzobispo; la Academia, poco respaldada por el clero, de ordinario desprovisto de la ilustración que suponía su éxito, amén de reacio a emprender el arduo camino trazado por las reformas de Valdivieso, nunca prendió, dejando de existir al poco tiempo⁴¹. Aun así, no deja de ser cierto que el interés en la oratoria se cuenta entre los esfuerzos por revitalizar la Iglesia chilena (en lo administrativo, en lo educacional, en lo apostólico), inimaginables sin la actividad incesante del ultramontano Valdivieso, presto a liderar la defensa de las prerrogativas eclesiásticas frente a las autoridades civiles, a alertar ante el proselitismo protestante en Valparaíso, a impulsar el desarrollo de una prensa católica con repercusión en la opinión pública, a reformular la formación del sacerdote, y a acordar pareceres al interior del clero⁴². Si la oratoria se contó entre sus preocupaciones, fue por saberla capaz de aportes substanciales al desempeño del ministerio eclesiástico. El nuevo plan de estudios que ideó para el Seminario conservó su vigencia durante décadas, algo digno de subrayarse si se piensa que los cursos de ciencias eclesiásticas que articulaban el programa implementado en 1846, comprendían un ramo de oratoria sagrada. Su relevancia para la formación de sacerdotes aptos para el ministerio queda aún más

⁴⁰ "Discurso del Decano de la facultad de Teología en la apertura de la Academia de Ciencias Sagradas", *Gaceta de los Tribunales i de la Instrucción Pública*, Santiago, 28 de junio de 1845, pág. 191.

⁴¹ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, 2 vols. (Santiago: Imprenta Universitaria, 1905-06), II, págs. 54-55. Como sea, no faltaron los llamados a restablecerla. En *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 139 (1916), véanse "Discurso de incorporación a la Facultad de Teología, pronunciado por el prebendado don Luis Campino", págs. 707-13; y "Discurso del prebendado i decano de la Facultad de Teología, don Jilberto Fuenzalida G., pronunciado en contestación al discurso del prebendado don Luis Campino", págs. 715-18.

⁴² Rodolfo Vergara Antúnez, *Vida i obras del Ilustrísimo i Reverendísimo Señor Doctor Don Rafael Valentín Valdivieso, segundo Arzobispo de Santiago de Chile*, 2 vols. (Santiago, Imprenta Nacional; e Imprenta y Encuadernación Chilena de Nicasio Ezquerria, 1886-1906).

al descubierto cuando se constata que los tres cursos bienales de teología, junto a la instrucción teórica, contemplaban el estudio de la oratoria sacra. Ésta, pues, prestaba solución de continuidad –indicio de su importancia– al estudio de los diversos contenidos de los cursos teológicos que orientaban el proceso formativo del sacerdote. Creo de interés consignar que antes de 1874, cuando se aprobó el proyecto de ley que, introduciendo modificaciones a la Constitución, establecía la incompatibilidad entre el cargo de diputado y la condición de eclesiástico regular, párroco y vice-párroco, también se contaron miembros del clero entre los parlamentarios. El propio Valdivieso integró la Cámara en más de una ocasión, la primera incluso antes de ser ordenado sacerdote en 1834, cuando ganaba fama como abogado diestro en la oratoria forense, con triunfos de elocuencia en procesos célebres, y sin ahorrarse incursiones en el terreno de los debates políticos.

A fines del siglo XIX, al realizarse un balance crítico de la elocuencia religiosa, se estimó que oradores chilenos en sentido estricto –no simples predicadores, que abundaban, sino artistas de la palabra merecedores de integrar el parnaso literario–, los había, sí, pero en número muy reducido, y sólo en caso de aplicarse medidas de excelencia más bien benignas. ¿A qué se atribuía la ausencia de algún orador equiparable al gran Bossuet o a los otros nombres del siglo de oro de la oratoria sagrada francesa? Para empezar, el curso de elocuencia del Seminario de Santiago sólo se abrió tardíamente, y esa escuela, siendo la única en su género, resultó por fuerza insuficiente. Además:

En los Seminarios i demás colejos eclesiásticos hai Academias establecidas para adiestrar a los jóvenes en la redacción correcta de todo jénero de composiciones literarias, pero después de salir de esos establecimientos se suele descuidar tan útil ejercicio; de ahí nace que aunque estudien mui bien sus pláticas i sermones, mediten el plan, tengan un gran acopio de pruebas i consulten muchos libros antes de subir al púlpito, se resienta el discurso de la falta de preparación escrita. El lenguaje resulta incorrecto, la frase desaliñada, abundan las repeticiones, las exclamaciones cortan a cada momento el hilo del raciocinio, las citas latinas son frecuentes a fin de disimular los vacíos de la oración, sale mui estropeada la gramática i la lójica, aunque por otra parte los conceptos emitidos i las pruebas dadas sean de gran mérito⁴³.

Quien escribe pasó por el Seminario, donde, como cuasi decano de la academia literaria, tocóle ponderar las facultades oratorias de sus miembros, con el objeto de seleccionar y poner a punto a los declamistas encargados de animar los actos literarios del plantel. Conoce de cerca el tema, y es tal la importancia que concede a la oratoria sagrada como arte, que propone la especialización de las funciones eclesiásticas. No tanto potenciar su dimensión apostólica

⁴³ D. G., *Juicio sobre la oratoria sagrada*, págs. 24-25.

como su calidad literaria es su objetivo, en el convencimiento de que las falencias de los oradores son achacables a deficiencias no tanto personales como estructurales. Autodidactas por necesidad, los predicadores más notables del XIX se formaron aplicándose al estudio de modelos egregios, observando a otros oradores en acción, y puliendo su estilo en el roce con el público. Si no han tocado la perfección, quedando rendidos a distancia de las grandes cumbres de la oratoria sacra europea, se debe al peso de obligaciones que, por su misma variedad, dispersan sus energías en otras direcciones. Bien mirado, el problema radicaba en la sobrecarga de trabajo posterior a la etapa formativa, no en las carencias de ésta; Vergara Antúnez, profesor del seminario santiaguino, asegura que por su academia literaria "han pasado casi todos los que en el clero i entre los seculares educados [en dicha institución, cuyo alumnado respondía a dos regímenes de matrícula, uno para eventuales sacerdotes, otro para laicos] se distinguen como escritores i oradores"⁴⁴.

Ahora bien, no se crea que el énfasis en la veta literaria de la oratoria sagrada se oponía inevitablemente a su tarea apostólica. Que la suspensión entre una y otra opción embrollara las conciencias, no significa que sus efectos apuntaran en direcciones opuestas. Si se aprecia una tensión entre fondo y forma, quizá emparentada a la idea del alma exiliada en la carne, es porque el estilo todavía se concibe, en la estela de la retórica clásica, como algo ornamental, extrínseco al pensamiento y a su disposición, que adereza el discurso sin llegar a operar como factor constitutivo del mismo. Pero la verdad es que los adornos del lenguaje (tropos o figuras), más que engalanar un discurso preexistente, desneutralizan la comunicación mediante una operación análoga a la del *extranamiento* atribuido por los formalistas rusos a la literatura: agudizar la percepción de las palabras, alejándose de la manera familiar o convencional de decir las cosas en determinada comunidad lingüística. En todo caso, cuidar del discurso en sí, del enunciado como forma estética, no implica retraerse irrevocablemente al ámbito de las bellas letras. Y ello porque su belleza suele ser considerada como un medio, no como un fin, en el marco de una acción que trasciende la expresión verbal, configurando un "acto global de comunicación"⁴⁵. Póngase el acento en lo literario o en lo apostólico, preséntese al orador con la armadura del cruzado o coronado con los laureles del poeta, persiste la noción de la retórica como un saber, como un cuerpo de conocimiento asociado a una competencia particular, que inviste de autoridad cultural y, por tanto, de poder. Y el poder sobre las conciencias para contrarrestar la "filosofía destructora" de las Luces y redimir la imagen del clero como adversario del progreso, según el expreso deseo de Valdivieso, en esencia no difiere de la potencia para filtrar en los corazones el mensaje de la Iglesia gracias a la seducción del arte.

⁴⁴ Vergara Antúnez, *Vida i obras del Ilustrísimo*, II, pág. 220.

⁴⁵ Tzvetan Todorov, *Teorías del símbolo* [1981] (Caracas, Monte Ávila Editores, 1991), pág. 73.

REPRESENTACIÓN POLÍTICA: VOCES DE PARTIDO

Sagrados o profanos, son pocos los oradores que sobresalen en el púlpito o en el Parlamento. Y no es por mera carestía de predicadores o políticos con facilidad de palabra. La elocuencia requiere aprendizaje; el paso hacia su formalización refleja la creciente atención prestada a la retórica, a título de sus funciones cívicas, políticas y religiosas. Aunque no hay educación que pueda suplir la falta de talento, la Iglesia hizo esfuerzos por cultivar los dones recibidos. Si bien por otras razones, antes que ella lo habían hecho los laicos comprometidos con el adelanto educacional de la Colonia y, más tarde, con la consolidación del Estado republicano. La oratoria requerida por el régimen representativo no se condecía con la paupérrima educación impartida en los planteles de enseñanza superior herencia del siglo XVIII. Hombres doctos los había al despuntar el nuevo siglo, pero en cifra muy menor. Si el congreso de 1811 tuvo figuras cuyo prestigio no paraba en su posición social y en su fortuna, tampoco es menos cierto que, *grosso modo*, los "más prestigiosos de sus miembros, los que gozaban de más alta reputación de saber i de experiencia política eran los doctores de la universidad de San Felipe, letrados por título, oradores de aparato que encubrían la vaciedad de ideas i la escasez de ciencia con formas ampulosas i con citas oportunas o inoportunas de algún comentador latino de la legislación castellana"⁴⁶.

La retórica, base de la oratoria con resonancias clásicas, no ganó estatura en el currículo universitario sino hasta inicios del siglo XIX. En 1802, Juan Egaña propuso crear e impartir la cátedra de latinidad y retórica en la Real Universidad de San Felipe, "para que por este medio, todas las ciencias que se estudian con sumo aprovechamiento llegasen a tomar su último esplendor y aquel buen gusto con que... se cultivan en Europa"⁴⁷. Se acogió su solicitud, previa acreditación de su respectiva competencia (si bien Egaña, quebrantada su salud, acabó por descuidar los cursos, motivando el cese de sus funciones docentes sancionado por el consejo universitario). En cualquier caso, Egaña volvería a enseñar retórica, esta vez en el Instituto Nacional, donde el filósofo Ventura Marín y, a continuación suya, García Reyes, le sucederían en el cargo, así heredado en dos ocasiones consecutivas por el alumno reputado de más aprovechado. Se entiende la fragilidad de la elocuencia en la primera mitad del XIX, cuando se considera que este linaje de profesores-oradores, pese a contribuir a la enseñanza teórica del ramo, no siempre alentó su ejercicio por lo que dice relación a escritura y oratoria. Como el mismo Egaña admitió en 1826, a propósito de su informe relativo al curso de marras, "hasta ahora hai poco ejercicio práctico de composiciones, i lectura crítica i analizada de buenos discursos. En concepto del informante, es lo principal con que se puede adquirir la facundia i correc-

⁴⁶ Barros Arana, *Historia Jeneral*, VIII, 351-52.

⁴⁷ Citado en Raúl Silva Castro, "Introducción" a Juan Egaña, *Antología* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969), 14.

ción en hablar i escribir"⁴⁸. Hay más: en 1830, año de amplia oferta educacional respecto al pasado y al futuro dada la transitoria existencia del Liceo de Chile y del Colegio de Santiago regido por Bello, ambas instituciones reconocidamente superiores al Instituto, los matriculados en los cursos de oratoria impartidos en estos tres planteles, apenas se empinaba por sobre los cuarenta alumnos.

Cuando García Reyes —quince años después— se dirigió a los estudiantes del Instituto Nacional, el panorama mostraba otra imagen. Ya fuese por una reorientación pedagógica o por cualquier otro motivo, la escritura de poesía había prendido entre la juventud, no así el cultivo de la oratoria que, en esta tradición de alta cultura, no suponía locuacidad de lenguaje hirsuto, sino modulación corporal y vivencial de un discurso improvisado o preparado por adelantado con arreglo a códigos —los llamados *preceptos del arte*— sólo asimilados por una elite. Los oradores que reclama García Reyes son hombres de letras haciendo uso de la palabra en público; lamenta el desinterés de la juventud por la materia de su predilección, porque los anhela promotores del progreso de la República. Habla en términos de interés general, sin matricularse políticamente. Dudo que pueda decirse cosa parecida de Valdivieso, que divide el campo en fuerzas enemigas, ni, menos aún, del líder conservador Abdón Cifuentes, que, tras la cristalización del sistema de partidos, con sus dos polos doctrinales representados por radicales y conservadores, se apura a crear la Sociedad de Amigos del País, en parte con el propósito de resolver las carencias del sector proclerical en punto a elocuencia. En la década de 1860, los diputados conservadores facultados para tomar parte activa en los debates de la Cámara eran una minoría baladí. Pese a su posición social, pese a su fortuna, la mayoría de sus miembros no poseían la formación que temple el ánimo para hablar en público con propiedad; ausentes los escasos parlamentarios conservadores con efectivas dotes oratorias, el partido quedaba a merced de sus detractores. Como consignó el propio Cifuentes: "Los diputados conservadores eran casi todos agricultores, caballeros muy respetables por su fortuna y por su elevada posición social; pero no tenían costumbre de hablar en la Cámara, porque carecían de cualidades oratorias"⁴⁹.

Para Cifuentes, el periodista y el orador, a quien ubica en el Parlamento no menos que en la plaza pública, encarnaban el riesgo inherente a la vida republicana, esa libertad para guiar o extraviar a un pueblo veleidoso rendido a su elocuencia. Con la sólida formación retórica de los católicos comprometidos con las causas del partido y de la Iglesia, se pretendía neutralizar y doblegar a los agentes del laicismo, en el ruedo de la prensa, en la arena parlamentaria, en las asambleas populares y en los comicios públicos, ampliando simultáneamente la base de sustentación del clericalismo. Además de jóvenes católicos, diputa-

⁴⁸ Citado en Domingo Amunátegui Solar, *Los primeros años del Instituto Nacional (1813-1835)* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1889), pág. 350.

⁴⁹ Abdón Cifuentes, *Memorias*, 2 vols. (Santiago, Nascimento, 1936), I, pág. 158.

dos y senadores conservadores integraron la nueva sociedad, en cuyo seno también se acogió a prominentes liberales (Federico Errázuriz Zañartu o Ramón Barros Luco), considerando que, a la fecha, éstos formaban alianza con los conservadores. Las mismas transformaciones en las prácticas políticas reclamaron, a su turno, mayores aptitudes oratorias; en 1866 comenzaron a celebrarse asambleas públicas con motivo de la proclamación de candidatos, constando, a la altura de 1871, una "intensificación de las campañas electorales"⁵⁰. A partir de la década de 1860, paralelamente, el Congreso iría cobrando una mayor estatura política como institución, proceso concurrente con la consolidación de un sistema de partidos competitivo y la restricción del poder presidencial. Organizaciones inspiradas en los clubes republicanos franceses, como el segundo Club de la Reforma, sirvieron a su vez como plataforma a numerosos oradores que, con el tiempo, desempeñarían papeles centrales en la política; ahí, jóvenes como José Manuel Balmaceda o Enrique Mac-Iver empezaron a granjearse fama de oradores ante un público liberal que reunía varias generaciones y distaba de circunscribirse a la clase dirigente⁵¹. Hacerse un nombre como orador no era cosa accesorio o anecdótica en la *praxis* política de la época, cuando los discursos —en particular los parlamentarios, si amplificados por la prensa— a menudo marcaban la tónica del debate público, lo mismo en sus aspectos técnicos como doctrinarios. En resumidas cuentas, el auge de las prácticas parlamentarias ligadas a la competencia entre los partidos, implicó el cultivo (en lo posible sistemático) de destrezas retóricas por parte de los políticos que ambicionaban o necesitaban representar a sus colectividades. Tampoco deja de ser revelador que el movimiento asociativo popular desarrollado durante la segunda mitad del XIX, también incluyese la oratoria entre los ramos dignos de ser aprendidos por los obreros y artesanos comprometidos con la "regeneración del pueblo", propósito consistente en la elevación del nivel intelectual y moral de los trabajadores calificados, con miras a impulsar adelantos en su condición política y social, conforme a ideales ilustrados afines a los anhelos de progreso de la elite⁵².

⁵⁰ Rafael Sagredo Baeza, "Opinión pública y prácticas políticas en Chile: 1861-1891", en Horacio Aránguiz, ed., *Lo público y lo privado en la historia americana* (Santiago, Fundación Mario Góngora, 2000), pág. 247.

⁵¹ La adopción de prácticas sociales y políticas forjadas e implementadas por los clubes republicanos a partir de la Revolución francesa, se remonta a 1850, con la Sociedad de la Igualdad; una vez sentado el precedente en Chile, los radicales sacarían partido de ese legado en forma sistemática, usándolas como medios de adoctrinamiento político a lo largo y ancho del valle central. El segundo Club de la Reforma (hubo otro anterior, de existencia pasajera), también se desarrolló bajo la sombra tutelar de la Sociedad de la Igualdad. Creado en 1868, después de seis años de existencia se disolvió con la satisfacción de haber cumplido su objetivo original: la democratización del sistema político vigente, mediante la implementación de reformas particulares y la difusión de ideales liberales afines: Cristián Gazmuri, *El "48" chileno: igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago, Editorial Universitaria, 1992).

⁵² Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; ediciones RIL; y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1997).

DISCURSOS QUE DESENCADENAN ACONTECIMIENTOS

Manuel Rivas Vicuña afirmó al prologar los discursos parlamentarios de Miguel Cruchaga: "El estreno de un diputado, en los tiempos que la Cámara goza de algún prestigio, tiene cierto interés para los círculos de opinión. Sus futuros éxitos dependen en parte de su iniciación; el tema elegido, el modo de hablar, el ambiente que crea, en fin, una serie de circunstancias, influyen en la carrera política"⁵³. Quienes destacaban en la carrera del foro por su elocuencia y tenían a su haber la presencia de ánimo ganada en la docencia universitaria, podían buscar la ocasión propicia, esperar el debate contenido en el área de sus conocimientos e intereses y, ahorrándose las aprensiones a veces mortificantes del orador novato, probar suerte en la Cámara. Ahí no sólo enfrentaban el juicio y, ocasionalmente, la ardua oposición de sus pares; se exponían también al dictamen de la opinión pública y a las manifestaciones de la barra, cuyas intervenciones (de apoyo o de rechazo), así como realizaban el *performance* del orador, bien podían mellar el acero de su oratoria con el óxido de las interrupciones. El régimen representativo implicó un auditorio con frecuencia identificado con el pueblo. Su composición, siempre más heterogénea que la de los parlamentarios, coadyuvó al advenimiento de una *praxis* política con una dinámica que involucraba a estos últimos y a círculos más amplios de ciudadanos, efectivos o nominales. A la barra no sólo se concurría *motu proprio*, sino en respuesta a la convocatoria instrumental de alguno de los bandos en pugna, con el fin de presionar cuando no amedrentar a sus adversarios⁵⁴. Los congresistas (mejor dicho los oradores, porque había legisladores que nunca tomaban la palabra, contentándose si acaso con intervenir en las votaciones) eran los protagonistas, y el público que colmaba la barra cuando las cuestiones en tabla encendían los ánimos, los actores secundarios, a la vez que los espectadores.

Si las paredes del Congreso no ahogaban las voces de los oradores, y en determinadas circunstancias cuanto ahí pasaba incidía en la marcha de los asuntos públicos, ¿qué poder se atribuía a la oratoria política? Retorno al elogio y defensa de la oratoria compuesto por García Reyes. ¿Qué dice de la elocuencia? "Rival de la poesía, donde quiera que el sentimiento tiene cabida, en los sucesos prósperos o adversos del Estado o de los individuos, campea sola donde debe hacerse oír únicamente el lenguaje de la razón i del convencimiento. Igualmente a propósito para los afectos, tiene sola el poder de desatar el nudo de los grandes acontecimientos"⁵⁵. En un folleto redactado con la perspectiva de la guerra civil de 1859, que retrata a quienes figuraron en los acalorados debates desarrollados en el Congreso durante el año anterior, de entrada se evidencia cuán extremo era el alcance dado a la actuación de los oradores

⁵³ Manuel Rivas Vicuña, "Prólogo" a *Discursos parlamentarios pronunciados por Miguel Cruchaga ante la Cámara de Diputados* (Madrid, Editorial Reus, 1928), vii.

⁵⁴ Muy ilustrativa a este respecto resulta la lectura de José Victorino Lastarria, *Diario político 1849-1852* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1968).

⁵⁵ García Reyes, "Discurso", pág. 68.

—parlamentarios, ni siquiera populares— en tanto matriz generadora de los sucesos que fijan el curso histórico de la nación. Apunta el autor, Martín Palma, testigo privilegiado en razón de su trabajo como redactor de sesiones durante parte de 1858: “El punto de partida de la lava revolucionaria que corrió de un extremo a otro de la república, nació en gran parte de la Cámara de Diputados; y si bien habían causas anteriores que determinaron la crisis, no es menos cierto que esas acaloradas discusiones precipitaron los acontecimientos”⁵⁶.

Se pueden desechar estas aseveraciones, tildándolas de atrabiliarias y faltas de asidero, mientras uno se piensa erguido en el terreno de los hechos objetivos. Más instructivo para el estudio de la significación social de la oratoria es reconocer la imposibilidad o inconveniencia de retirar, digamos, las capas subjetivas que cubren los acontecimientos, entendiendo que en el corazón de lo real también late la experiencia personal de sus protagonistas. Claro que los factores desencadenantes de la guerra civil de 1859 o de cualquier otro episodio de similar envergadura, no pueden comprenderse con exclusiva referencia a la actuación de los oradores: todo monocausalismo es reductivo. Aquí, sin embargo, no interesa precisar por qué pasó esto o aquello; más bien, importa consignar las causas discernidas por los contemporáneos al momento de explicarse lo ocurrido, pues su elección revela la percepción de la oratoria como fuerza motriz de la historia. O bien como artífice, si no activo todavía, potencial, del devenir de la República. Porque incluso cuando no se vio en ella el origen de la crisis de 1859, se reconoció que, en “vista del gusto que se despierta cada vez más en nuestra sociedad por este arte bellísimo, la elocuencia vendrá a ser mui pronto una arma poderosa para los partidos i la reguladora de los más grandes acontecimientos políticos i sociales”⁵⁷.

Si la elocuencia tiene estas propiedades, al orador consumado no cabe sino concederle el título de demiurgo. Lo superlativo de los juicios sobre tribunos como Francisco Bilbao o Isidoro Errázuriz, ofrece otra prueba de lo ya expuesto. Aureolados por la gloria de los héroes románticos, colosos de mármol antes que hombres de carne y hueso, a ambos se les creyó dotados con una fuerza de arrastre emocional que recreaba los mecanismos psíquicos de la experiencia religiosa. El primero destacó como tribuno popular en tiempos de la Sociedad de la Igualdad; el segundo, como caudillo de grandes campañas políticas en el Parlamento, pero también en mítines. Anticipan cuanto se diría de Alessandri, desde el momento en que se les reconoce el poder para magnetizar a las masas con su elocuencia. De página en página, aquí y allá, va emergiendo la imagen del orador como dominador que subyuga a sus oyentes, que pulsa los sentimientos del auditorio con la soberana destreza del virtuoso, que vence resistencias a golpes de elocuencia, hasta rendir la inteligencia y conquistar el corazón del público. De Errázuriz se afirmó: “Puede decirse que la vida pública contemporánea de este país se encuentra ligada a su nombre [...] Los sucesos i las

⁵⁶ Martín Palma, *Los oradores del cincuenta y ocho* (Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, 1860), pág. 5.

⁵⁷ Torres, *Oradores chilenos*, pág. 189.

multitudes obedecen a su palabra, como las olas irritadas a las órdenes de Neptuno [...] Yo, yo he visto a Isidoro Errázuriz conmover, escitar o apaciguar las multitudes, según su capricho o su albedrío⁵⁸. Palabras éstas, aclaro, no de un incondicional del político (según confesión del autor, a menudo discrepó de sus posturas), sino muestras de admiración hacia el orador, a quien llegaría a comparar con el Mefistófeles de Goethe, por su luciferino poder para suspender la libertad de juicio de los hombres.

ELOCUCENCIA DE LOS AFECTOS

Sir Francis Bacon concibió los afectos como auxiliares a la vez que como impedimentos para el ejercicio de la razón. Esta dualidad acompaña a la historia de la oratoria sagrada y profana en el Chile republicano. Aunque no deja de manifestarse la importancia, constatada en los hechos y recomendada en los escritos, de convencer al entendimiento mediante la fuerza del razonamiento, a menudo la necesidad de conmover los corazones se equipara en trascendencia con aquella función de la retórica, llegándose incluso a definir la elocuencia como un proceso más pasional que racional, cuya consumación pedía el movimiento de los afectos del auditorio conforme a las emociones del orador.

El protagonismo de los afectos en la historia de la retórica no se remonta más allá del siglo XVIII. Antes, no cabe duda, los teóricos del ramo prestaron atención a las emociones, aunque siempre con suspicacia o evitando situarlas al centro de sus sistemas; sólo entonces se pasó de la retórica basada en la controversia y la dialéctica, a otra cuyo enfoque motivacional respondía a la concepción de la persuasión como el arte de despertar las emociones adecuadas a los fines del discurso. De la importancia de este giro da cuenta su adopción por los jesuitas (y sus opositores). La retórica ocupó un lugar central en el programa de estudios de los colegios de la Compañía, y los textos escritos para uniformar criterios en sus aulas son legión. En los más famosos y leídos retóricos jesuitas, recurre el énfasis en la persuasión sustentada en la emoción antes que en la argumentación. Coincide con esto la identificación de las emociones, de los afectos, con las fuerzas que mueven el alma, alcanzándose el convencimiento, impulsado por cambios filosóficos relativos a la psicología humana, de que ellas rigen la voluntad, no la razón. Esta *retórica emocional* se desenvuelve a la par de la Reforma y la Contrarreforma. Los nuevos tratadistas, protestantes o católicos, no dejan de invocar autoridades clásicas como Aristóteles, pero mudan el acento, resaltando elementos antes secundarios y quitando valor a la argumentación. El corazón, órgano físico y simbólico a la vez, aparece entonces como destinatario de la elocuencia, por estimárselo receptáculo de los sentimientos y fuerza motriz de la voluntad, fuente de toda acción.

⁵⁸ Joaquín Larraín Zañartu (El Injenuo), *Figuras contemporáneas* (Santiago, Rafael Jover, editor, 1882), pág. 230.

Los preceptistas chilenos de oratoria sacra, tanto como los comentaristas que ponderaron las reputaciones oratorias de las figuras del púlpito local, respondían, con suficiente insistencia como para discernir una corriente, a una sensibilidad de raíz o reminiscencia barroca; persiste, en efecto, la apreciación de la vida espiritual como dimensión de la existencia donde lo emocional predomina por sobre lo intelectual. No se desatiende la importancia de ilustrar con razones elocuentes por su diafanidad expresiva y consistencia interna; lejos de eso, exponer la verdad es tanto más necesario ahora que la fe vive atacada por todos los flancos, y las iniciativas de la jerarquía eclesiástica llevan el sello de la contraofensiva. Pero poco ayuda el presentar pruebas en su favor ante el tribunal de la conciencia, si se descuida la voluntad, la única capaz de encaminar a los fieles a vivir de conformidad con la moral católica. Por cierto, ni la retórica neoclásica del siglo XVIII, tan socorrida por los tratadistas y profesores chilenos del ramo, ni la tonalidad sentimental del Romanticismo, desecharon la concepción antropológica inclinada a supeditar la voluntad a los afectos, a las pasiones, antes que a los dictados del intelecto. Chacón, asiduo lector de los románticos franceses, aseveró: "La elocuencia es esencialmente el don de ser movido, i el arte de transmitir la emoción. El hombre elocuente es aquel cuyo pensamiento viene del corazón i de las entrañas [...] La fuerza del razonamiento, la hábil disposición de las partes, la propiedad del lenguaje", o sea, cuanto apela al intelecto, no distingue a la elocuencia, la cual se caracteriza por el vínculo establecido entre el corazón del orador, del cual brota la emoción con fuerza incontenible, y el corazón del oyente, donde aquélla se vierte hasta colmarlo⁵⁹. Elocuente es, para ser breve, no sólo quien prueba una verdad, sino quien además sabe "excitar las pasiones"⁶⁰. Ya en la década de 1870, Raimundo Miguel, profesor del Seminario de Santiago y autor del tratado de retórica y poética adoptado para la enseñanza del ramo en todos los seminarios del país, insistiría en esta línea de argumentación, sin introducir variantes de importancia: para persuadir hace falta "poner en movimiento las pasiones i tocar los varios resortes del corazón, pues una vez herido, los sentimientos que de él broten pondrán en conmoción al alma, i la voluntad no podrá menos de obrar"⁶¹.

A este arte de embriagadora fuerza expresiva no le bastan las palabras: sólo el cuerpo, vehículo de la acción oratoria, puede actuar como cauce eficaz de la comunicación afectiva, transparentando cuanto siente el orador y, sin detenerse ahí, *contagando* a los presentes sus pasiones. Huneus Gana, hombre nada propenso a privilegiar lo pasional sobre lo intelectual, refiriéndose a Mac-Iver, a quien gusta de presentar como orador flemático, llegó a conceder: "cuando él se conmueve, su emoción es contagiosa, circula por la asamblea i lleva a todos los corazones la fe en el hombre i en su doctrina"⁶². Antes, Benjamín Vicuña

⁵⁹ Chacón, *Curso de elocuencia sagrada*, págs. 5-6.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 18.

⁶¹ Miguel, *Elementos de retórica i poética*, pág. 105.

⁶² "Prólogo" a Alberto Prado Martínez, ed., *Discursos políticos i parlamentarios de don Enrique Mac-Iver. 1868-1898*, (Santiago, Imprenta Moderna, 1899), pág. xxxv.

Mackenna había escrito páginas autobiográficas que, ornadas con motivos de la Revolución francesa, orientan en el mismo sentido. Relatando la detención de los opositores a Montt empeñados en establecer una asamblea constituyente en diciembre de 1858, describe con arrobo el discurso del diputado Manuel Antonio Matta, improvisado sobre un banco del cuartel de policía:

La arrogante figura del joven orador, el acento palpitante de su voz, la animación fascinadora de su rostro, su elocuencia, su prestigio, la hora, el lugar, el conflicto, todo hacía que el corazón de aquella asamblea de inteligencias altivas y de entusiasmos generosos aprisionados, desbordara después de cada pecho, pasando de un corazón a otro, como una corriente de fuego. Unos lloraban, otros se estrechaban con ardor, otros levantaban sus brazos al aire y aplaudían con frenesí. El corral del cuartel de policía fue la Cancha de Pelotas del pueblo de Santiago en su regeneración por la libertad⁶³.

Más que exposición de una experiencia subjetiva, se trata entonces de la combustión de las individualidades del auditorio en el fuego de una *pasión dominante*, propagada desde el corazón del orador. Retomando a Chacón, elocuencia es ese "don que tiene un hombre de sentir con fuerza i de expresar su emoción con una viveza tal que nos toque el corazón, subyugue el espíritu, i acabe por hacernos pensar i sentir como él mismo piensa i siente"⁶⁴.

Chacón escribe para religiosos, pero sus nociones sobre elocuencia deben bastante a sus aventuras políticas previas como liberal de avanzada y, en el plano de las ideas, a la lectura de la *Historia de los girondinos* de Lamartine. Vergara coincidió con Chacón en lo relativo al acento emocional de la elocuencia, a sabiendas de que los movimientos del corazón definen el curso de la voluntad:

Después de haber ilustrado el entendimiento de sus oyentes, debe procurar el orador *persuadir* la voluntad. Y como no es el entendimiento, sino la voluntad, la generadora de las grandes resoluciones, poco habrá conseguido el orador con demostrar una verdad, si no consigue que sus oyentes se resuelvan a obrar en conformidad a ella. En esto consisten los verdaderos triunfos de la elocuencia, porque nada hay tan difícil como vencer las resistencias que opone la libre voluntad del hombre. A esto deben, pues, enderezarse los esfuerzos del orador, ya que el fin principal de la oratoria sagrada es santificar a las almas por medio de la práctica de las virtudes cristianas⁶⁵.

⁶³ "El sitio del 12 de diciembre de 1858", *Revista chilena de historia y geografía*, N° 54 (1924), pág. 19. Vicuña Mackenna refiere la misma anécdota, con palabras igualmente reveladoras para nuestro propósito, en "Mi diario de prisión", *Revista chilena de historia y geografía*, N° 22 (1916), págs. 161-62.

⁶⁴ Chacón, *Curso de elocuencia sagrada*, pág. 24.

⁶⁵ Vergara Antúnez, *Tratado de oratoria sagrada*, pág. 69.

Como Chacón pero con énfasis variable, Miguel y Vergara también suscribieron esa *ética de la autenticidad* no reducible a la elocuencia de la vida ejemplar, a la autoridad de las palabras avaladas por los actos (al estilo del *vir bonus dicendi peritus* de los clásicos), y cuya idea básica puede formularse así: para convencer y conmover, hay que estar visiblemente convencido y conmovido. En relación con las teorías retóricas surgidas al promediar el siglo XVIII en Inglaterra y Estados Unidos, se ha sugerido un cambio de rumbo coincidente con el sentido de los textos aquí reseñados: la destreza argumental pierde peso en beneficio del "espectáculo moral de la sinceridad"⁶⁶. A fin de cuentas, la oratoria sagrada, cualquiera sea su género, sólo rinde frutos si el predicador, junto con darse a entender, hace transferible su experiencia, pasando de la comunicación del sentido a la más profunda compenetración de su vivencia por parte del auditorio. Cualquier regla de oro, todos los ornamentos de la dicción, quedan en nada si el orador finge pasiones que no siente, hasta el padecimiento a veces, en carne propia. El razonamiento rotura el terreno en donde siembra la emoción, sin cuyo concurso la exposición de sus verdades resulta volitivamente estéril: vana es la predicación que no culmina en hechos.

Aquí es donde el cuerpo cobra toda su relevancia, por ser medio de la acción oratoria, a la que Vergara dedica un capítulo entero. Haciéndose eco de Demóstenes y Cicerón, concede suma importancia a la elocuencia del cuerpo, atribuyéndole el éxito o el fracaso del discurso con preferencia a su calidad formal, pues a través de los movimientos del cuerpo "se transparenta el alma del orador. El dominio sobre el auditorio no tanto se consigue con la elevación y fuerza de los pensamientos como con el poder y atractivo de la acción"⁶⁷. En consecuencia, Vergara presta cuidadosa atención a la voz, a los gestos, a los ojos, al semblante, a los brazos y a las manos y a los dedos de las manos inclusive, en la convicción de que unos y otros eran componentes de una orquesta organizada jerárquicamente, al tiempo que partes de un mismo instrumento. Aun más, Vergara ofrece el rudimento de un alfabeto gestual, asociando gestos con significados, con miras a aumentar la resonancia comunicativa de las palabras y, de ese modo, potenciar la elocuencia sagrada. Si bien critica la afectación de los actores dramáticos, todo cuanto asevera sobre la acción oratoria se asemeja a la exposición pedagógica de técnicas teatrales, esbozo de una genuina dramaturgia del cuerpo, vigilante asimismo ante las particularidades del espacio escénico.

La atención prestada al cuerpo como comunicador, autoriza a creer que los oradores (los más avezados siquiera), cuando enfrentados a un auditorio, no actuaban con el abandono de la vida cotidiana, con la desaprensión de lo rutinario. También entre los espectadores, desde ya se intuyen grados mayores de conciencia sobre las posibilidades expresivas del cuerpo. De la lectura de los tratados y las semblanzas de oradores u otros textos afines, se desprende que la

⁶⁶ Fliegelman, *Declaring Independence*, pág. 43.

⁶⁷ Vergara Antúnez, *Tratado de oratoria sagrada*, pág. 80.

oratoria, como el teatro, daba por sentado que ni las emociones ni los sentimientos se sustraen al talento personal. La contradicción entre las reglas del arte oratorio y la exigencia de autenticidad es sólo aparente, una vez se reconoce que el control de los recursos expresivos del lenguaje y del cuerpo posibilita la emergencia articulada —comunicable porque comprensible— de la interioridad del sujeto. La naturalidad sólo se alcanza con ayuda del arte: conquista paradójica que, en vez de revestir con artificios, despoja para dejar en evidencia. Santa María, orador estimado en el Congreso y en el foro, juzgó a la pasión como el origen de la elocuencia (no así como su condición suficiente). En su concepto, nadie resulta elocuente

por la sola circunstancia de hallarse bajo el imperio de un sentimiento que arrebatara sus ánimos. La conmoción causada por una idea noble es ciertamente la fuente de la elocuencia; pero para que ésta se produzca, es indispensable que la fuente corra. La expresión viva i colorida de nuestras emociones por medio del gesto i de la palabra; la trasmisión simpática a nuestros semejantes de los sentimientos que experimentamos, es lo que constituye verdaderamente la elocuencia. La mayoría de los seres humanos sienten; pero es reducido el número de los que tienen el don de comunicar a los demás su alegría o su dolor, su amor o su odio, su entusiasmo o su desesperación⁶⁸.

Es sensato conjeturar que esa intención movió al presbítero Alejandro Echeverría, orador sagrado que brilló en los púlpitos de Santiago, a ejercitarse en la técnica de la declamación con tal ahínco, que incluso estudió las actuaciones de celebridades como Rafael Calvo y Sarah Bernhardt cuando de visita en Chile, “y todo esto con magnífico resultado, aunque por temperamento no era declamador”⁶⁹. Sin duda el orador encarna un personaje, pero éste transmite sentimientos propios, no los de otro; de ahí su diferencia con el actor, que a lo sumo pesquisa en su memoria afectiva emociones afines a las demandadas por su papel, con el propósito de elevar la representación a la condición de una experiencia revivida. En el caso de este parlamentario, en el caso de aquel predicador, es la afectividad personal la que vierte en el personaje del orador en tanto otra dimensión de su persona, no la de un rol extraño a su contingencia o ajeno a su historia personal. Este es el designio del orador: representar evitando caer en la duplicidad del actor. Cuando Vergara rechaza al actor como modelo del orador, lo que hace en realidad es censurar una forma de actuación que, por contravenir la noción de naturalidad asociada a la sinceridad, atenta contra la credibilidad emocional e intelectual del discurso. No de otra cosa habla el testimonio de Barros Arana sobre García Reyes como abogado: “En

⁶⁸ “Discurso leído por don Domingo Santa María”, pág. 324.

⁶⁹ Manuel Antonio Morán, “Prólogo” a Manuel Antonio Morán, ed., *Oradores sagrados chilenos* (Santiago, Imprenta Barcelona, 1913), págs. xx-xxi.

sus palabras había siempre sentimiento; pero nunca la vana y pueril declamación con que se pretende adornar los trabajos del foro"⁷⁰.

¿Qué decir de Barros Arana como tratadista de retórica? A diferencia de Chacón y Vergara, pero a semejanza de Miguel, su tema es la retórica en toda su amplitud discursiva, englobando de consiguiente tanto la oratoria sagrada como la profana. Aunque más proclive a inclinar la balanza del lado del raciocinio, también juzga necesario tensar el arco de la elocuencia hasta alcanzar las pasiones, especialmente en el caso de la oratoria sacra. Si probar la verdad de los hechos o confirmar la rectitud de una proposición adquiere precedencia sobre el movimiento de los afectos como lo esencial del arte oratorio, no deja de ver en la excitación de las pasiones o en las operaciones emocionales atribuidas a la conmoción, una instancia persuasiva dotada del poder para "dominar el alma del auditorio"⁷¹. Si Barros Arana se aleja de Chacón y Vergara en lo tocante al valor concedido a las emociones, en nada se distingue de estos autores con relación a la ética de la autenticidad; otra vez, persuadir es disipar las fronteras entre los sujetos, cosa que sólo se consigue con la fuerza de la sinceridad del sentimiento. Dice del orador que actúa en un contexto deliberante, o sea, más acorde con la autoridad de las ideas que con el dominio de las emociones: "Debe además estar persuadido de la verdad i de la justicia de su causa para ejercer persuasión en el ánimo de sus oyentes, porque lo que hace fuerza i convence es la inenuidad de las palabras que salen de lo íntimo del corazón"⁷². De ahí que la definición de la pasión sincera como fuente de elocuencia nunca supusiera que todo orador fuera digno de crédito.

Previamente a la publicación del manual de Barros Arana, la enseñanza retórica brindada en el Instituto Nacional se basó en las *Lectures on Rethoric and Belles Lettres* (1783) del profesor de la Universidad de Edimburgo, Hugh Blair, figura señera de la Ilustración escocesa. Dicha obra, resultado de su labor docente, pasa por el ejemplo más acabado de la retórica neoclásica del siglo XVIII. Traducida con prontitud al castellano, a la edición española en cuatro tomos se añadió un compendio en volumen singular, en cuyas páginas García Reyes, siendo estudiante de Marín, aprendió los rudimentos del tema. Egaña antes que Marín, y más tarde García Reyes, también enseñaron con apego al texto de Blair, cuyas célebres lecciones, igual de influyentes en ambas orillas del Atlántico, se contaban por centenares en la biblioteca del Instituto, ya en 1826; autores chilenos como Barros Arana le tendrán por autoridad; otros, como Miguel, a ratos seguirán sus ideas poco menos que al pie de la letra, fuera de citarlo de manera extensa. ¿Cómo caracterizar las retóricas dieciochescas, en cuyo ámbito referencial escribió Blair? La mayor preocupación de los tratadistas fue ayudar a la formación de oradores en situación de hacer un buen papel en la vida pública, y no desentonar en el trato con la sociedad elegante de las cortes y los

⁷⁰ Diego Barros Arana, "El señor don Antonio García Reyes", *Revista de Santiago* (1855), pág. 753.

⁷¹ Barros Arana, *Elementos de literatura*, pág. 149.

⁷² *Ibid.*, págs. 167-68.

salones de Europa, en consonancia con la mayor movilidad social verificada en sus naciones. El acento en las maneras y en la elegancia de la expresión respecto a la elocuencia, respondía a la convicción de que agradar a los demás reportaba beneficios en el Parlamento, en el púlpito, en los tribunales y en la sociedad (esto último de interés también para las mujeres). La *elocutionary revolution* originada en Inglaterra, con su inusitado hincapié en el *performance* como la clave de la oratoria, brota y cobra resonancia en tales circunstancias; más que transmitir con palabras aptas al efecto ideas y sentimientos, lo propio del orador era actuar como el retrato vivo de cuanto pensaba y sentía, pues la credibilidad de su discurso dependía del crédito otorgado a sus emociones, en tanto externalización veraz de su subjetividad. Ocuparse de las inflexiones de la voz o de las cadencias del gesto no era nada nuevo: bastaba con volverse hacia las macizas *Institutione oratoria* de Quintiliano, figura tutelar de Blair. Novedoso sí era su desplazamiento desde la periferia al centro del programa de la educación retórica, producto de la apreciación del lenguaje corporal como la veta esencial del proceso de comunicación, y de la sinceridad del sentimiento, más allá del rigor formal del argumento, como la médula de la persuasión. En síntesis, durante el siglo XVIII se acentuó la importancia de la pronunciación del discurso en consonancia con la agudización del sentido teatral del cuerpo, al tiempo que, buscando formar personas de sensibilidad refinada, se dilató el concepto de elocuencia hasta abarcar todos los tipos discursivos extendidos bajo el arco de las bellas letras.

Si bien Blair prestó más atención a la composición literaria conforme al ideal de las bellas letras, distó de descuidar o mirar en menos a la oratoria, que tuvo por una técnica persuasiva para orientar las conductas. Creyó, como otros tratadistas modernos, que la dinámica pasional de la voluntad obligaba a arri-mar el corazón a la causa del entendimiento, si la razón, a nombre de la verdad, quería gobernar las acciones, además de los pensamientos. No bastaba con la convicción del intelecto, porque dado el "mecanismo de nuestra naturaleza, puede uno estar convencido" del valor de una virtud o de la justicia de un asunto cualquiera, y sin embargo "no estar al mismo tiempo persuadido á obrar conforme a ellas. La inclinación puede oponerse, aunque esté satisfecho el entendimiento; y las pasiones pueden prevalecer contra el juicio". Por eso el orador debe hablarle a las pasiones, procurando tocar el corazón. ¿Qué hace falta para calificar de elocuente? Antes que el arte retórico, cuyos recursos hay que usar sin afectación, para evitar que lo artificioso sofoque la autenticidad existencial del discurso, importa el propio sentimiento, pues la "elocuencia sublime", la más a propósito para las "juntas populares" y el púlpito, sólo nace de la pasión que enciende el ánimo del orador, y con ese fuego ilumina y purifica todas sus facultades intelectuales y morales. Para ser orador, no basta pero sí se tiene mucho ganado con ser apasionado; así, las palabras y los argumentos acuden con presteza, los gestos y las miradas persuaden, y por efecto de una "contagiosa" transmisión simpática, el auditorio siente al unísono del orador, vivenciando en cuerpo y alma sus pasiones con igual intensidad. A la vista de lo

anterior, se entiende que un "discurso leído mueve menos que recitado; por tener menos apariencia de nacer de un corazón encendido"⁷³. Cuando Lastarria, dícese que para precaverse de las transcripciones espúreas de los redactores oficiales e improvisados del Congreso, comenzó a leer o al menos consultar sus discursos preparados de antemano, intentó disimular los papeles bajo su capa; Vicuña Mackenna, a fin de memorizar los suyos y no incurrir en tamaña falta de lesa elocuencia, prefería ensayarlos en presencia de su cuñado, Ramón Subercaseaux.

Ya se ve que las nociones oratorias de los tratadistas chilenos no representan innovación alguna en la milenaria historia de la retórica como disciplina. Eso sí, en sus obras despliegan un mazo de autoridades que barajan a su modo, que es tan personal como social. Con fines pedagógicos, sistematizan un arte que imaginan conforme a los requerimientos propios de su medio y de su tiempo; no debe extrañar, entonces, que sus formulaciones respondiesen no sólo a tal o cual autoridad, sino también a la sensibilidad retórica y, más todavía, afectiva de su época. En sustancia, lo que proponen los tratados no difiere de los testimonios alusivos a oradores de carne y hueso. En la apreciación individual de sus intervenciones se notan criterios de valoración coincidentes con lo referido en este apartado; los grandes oradores sagrados y profanos, con frecuencia califican de tales en mérito de su capacidad para involucrar emocionalmente a sus oyentes, abrasando el corazón de fieles y ciudadanos⁷⁴.

Si se echaba en falta el arte de conmover en el orador parlamentario, tanto más imprescindible resultaba para el tribuno popular. Y, por cierto, tampoco le venía mal al criminalista, que a título de elocuente, bien podía acuñar algo más que capital simbólico. Al respecto, notable fue la fama ganada por Santa María. Su notoriedad en los estrados de los tribunales adeudó mucho a su capacidad para representar con veracidad anímica y no sólo verbal, la justicia de su causa, los padecimientos inmerecidos de su cliente, o la indignidad de las acusaciones que lo incriminaban. Leemos en un texto de 1860, que sus actuaciones "parecerán tan naturales, que el mismo cliente se verá obligado a suplicarle que se suavice i no se desconsuele ni se afecte tan fuertemente con sus desgracias. Se ha familiarizado tanto Santa María con las impresiones, que siente lo que quie-

⁷³ Hugo Blair, *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, 4 vols. [1798-1801] (Madrid, Por Ibarra, Impresor de la Cámara de S. M., 1816-1817), II, págs. 278-84. Por cierto, estas ideas no quedaron fuera del *Compendio de las lecciones sobre la retórica y bellas letras de Hugo Blair* (Tolosa, Imprenta de Garriga, 1819), págs. 140-41.

⁷⁴ Confirma esto el que las carencias en tal sentido obligasen a invalidar títulos de orador tenidos por inmerecidos, o bien a relativizar logros de quien parecía dotado en todo, salvo en el arte de conmover. Del parlamentario conservador Zorobabel Rodríguez se opinó que no era orador, porque, aunque apto para "convencer", no sabía "persuadir", faltándole ese "algo que seduce, que conmueve o arrastra": Larraín Zañartu (El Injenuo), *Figuras contemporáneas*, pág. 587. Huneus Gana, autor racionalista, hubo de reconocer que Miguel Antonio Varas, hijo del célebre ministro de Montt, pese a estructurar sus discursos con una "potencia lógica" sin par en Chile, con una claridad expositiva de todo punto admirable e imbatible en el plano de la dialéctica, no llegó a ser el indesmentible "primer orador de su tiempo". La razón: no sabía tocar el "resorte seductor de la pasión": *Cuadro histórico*, pág. 624.

re i se conmueve por lo que se le antoja". A tanto alcanzaba su reputación como criminalista y sus dotes histriónicas, que cuando intervenía en una causa de este tipo, la prensa seguía los pormenores de su desarrollo, y, llegado el momento de la defensa, "la novedad ha arrastrado a la barra del Tribunal una multitud de curiosos, los que esperan con ansia la palabra elocuente del defensor [...] El orador, visiblemente emocionado, suelta su palabra i en toda su defensa se descubre su empeño, no de convencer la conciencia del Tribunal, sino de buscar el corazón de los jueces para herirlos ahí"⁷⁵. Incluso Bello, cuya propensión a la moderación como virtud racional y cívica presidió su vida y su quehacer intelectual, caracterizó a la "verdadera elocuencia" como esa que "habla al corazón"⁷⁶.

CONSIDERACIONES FINALES PARA UN TRABAJO EN CURSO

A menudo las pasiones, ayer tanto más que hoy, convocan imágenes desfavorables. Al presentarlas bajo una luz benigna, cuanto he escrito acerca de ellas no invalida aunque sí relativiza la imagen más común de estas propensiones del ánimo. Aquí sólo consigno el hecho: lo común durante todo el siglo XIX, lo habitual aún a inicios del XX, era representar a las pasiones como fuerzas negativas, que las instituciones, las leyes, la educación, la moral y la religión, debían moderar o contener, pues en caso contrario, si libradas a su incontinente antojo, no harían más que descarriar el juicio, envilecer las costumbres, atacar las bases del orden y extraviar a la juventud, edad más impetuosa por definición. Contra los agentes de la democratización del régimen político, los detentadores del poder impugnados podían replicar que, arteros como eran sus opositores, sólo halagaban las pasiones del pueblo inculto con falsos mirajes de adelantamiento social. De los tribunos populares se dijo esto y otras cosas de parecido calibre, en lo que fue una forma de desprestigiar causas rivales y, a la vez, de polemizar sobre el legítimo alcance de la participación ciudadana en los asuntos públicos. Tampoco se crea que el elogio del orador no corrió a la par de su degradación, pero la sátira de los hombres que hablaban en nombre de partidos contrarios, a veces ofrecía, por citar el famoso refrán, el tributo que el vicio rinde a la virtud: se tendía a ridiculizar para neutralizar o disminuir una amenaza, con lo cual se evidenciaba la importancia concedida a la función política de la oratoria, no su vana presunción. ¿A qué atribuir la desvalorización del orador parlamentario constatada a inicios del siglo XX? En parte, si atendemos a los testimonios de los contemporáneos, a la desvirtuación de los discursos como herramientas políticas, aunque forjadas para la competencia, igualmente constructivas; cosa muy distinta al simple acopio de palabras destinado a obstruir —escombros en lugar de edificaciones— la actividad legislativa de los parti-

⁷⁵ Torres, *Oradores chilenos*, págs. 141, 143-44.

⁷⁶ Andrés Bello, *Compendio de la historia de la literatura* (Santiago, Imprenta Chilena, 1850), pág. 61.

dos o gobiernos rivales, aprovechándose de los vacíos del reglamento de la Cámara, que no contemplaba la clausura del debate.

Por lo menos desde la antigüedad clásica hasta el siglo XVIII, en la historia de la filosofía y la medicina occidental subsiste una apreciación de la razón y las pasiones como fuerzas contrapuestas, esperándose de la primera, conceptuada positivamente, que domase o templase a las segundas, males del alma cuya erupción trastornaba el juicio, dando incluso paso a enfermedades corporales. Hoy, la antropología abocada al estudio de las culturas afectivas ha invalidado esa noción: así como la emoción propende a una lógica propia dispensadora de inteligibilidad, el pensamiento tampoco discurre a espaldas de la emotividad, que lo nutre y condiciona. No faltan intuiciones análogas entre los autores chilenos, para quienes la pasión nacida del orador y asimilada por el auditorio, junto con mover la voluntad, también podía fusionarse con la facultad racional, ahondando y ampliando la comprensión del discurso. García Reyes, comentando una intervención parlamentaria de Manuel Antonio Tocornal en defensa del vapuleado gabinete que ambos integraron en 1849, apuntó: "Era menester haber estado bajo el influjo de las emociones que excitó para comprender lo que dijo i el efecto que produjo"⁷⁷. Coincidentemente, ese mismo año Chacón sentenció: "Jamás seremos elocuentes sino por la vehemencia de las pasiones, i, me atrevo a decirlo, por el ardor de una razón apasionada"⁷⁸.

⁷⁷ Citado en Amunátegui Reyes, *Don Antonio García Reyes*, III, pág. 134.

⁷⁸ Chacón, *Curso de elocuencia sagrada*, pág. 108.

Carlos Ossandón Buljevic**

*El gozar pasa por la imagen:
ésta es la gran mutación.*
Roland Barthes (1980)

*Las sociedades complejas y que cambian rápidamente son /.../
cada vez menos sociedades de intercambio,
de comunicación y de argumentación,
y cada vez más, sociedades de expresión.*
Alain Touraine (1989)

No pasaron inadvertidos para los transeúntes de la ciudad de Santiago unos afiches multicolores que a principios de 1905 se vieron por las calles y murallas de la capital. Estos numerosos y llamativos afiches, que se les conoció como las "monas con dolor de muelas", que se habían mandado a imprimir a Nueva York¹, anunciaban la próxima aparición de una revista semanal ilustrada cuyo nombre sería *Zig-Zag*². Se ha asegurado que el entusiasmo fue "indescriptible" y que "sus primeros tirajes fueron del orden de los 45.000 ejemplares que se repartían entre los 3 millones de lectores de la población de Chile, de aquella época". El domingo 19 de febrero de 1905 apareció esta revista que permanecerá durante 59 años y 7 meses. Ese domingo de verano la revista fue "bulliciosamente pregonada por innumerables *camillitas*", que incluso llegaron hasta el lejano caserío de Ñuñoa y la solitaria Avenida de La Providencia, y se vio entonces por muchas partes de la capital "cómo la gente entusiasmada hojeaba con avidez la nueva publicación"³. En competencia con *Sucesos*, que se había fundado en Valparaíso el 18 de agosto de 1902 por los hermanos Gustavo y Alberto Helfmann⁴, la nueva revista fundada por Agustín Edwards inauguró

* El presente trabajo es un resultado parcial de la investigación FONDECYT N° 1010016.

** Prof. U. Arcis y U. de Chile.

¹ Ricardo Donoso, *La sátira política en Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1950, pág. 135.

² A propósito del nombre de la nueva revista, se cuenta que en una reunión su fundador dijo: "Necesitamos un nombre que pueda vocearse con rapidez, que denote agilidad, dinamismo y quede en la mente de quien lo escuche /.../ ¡Qué curioso! -dijo uno de los presentes- ¡Su mano, señor, ha trazado el zig-zag de un relámpago! /.../ Conciso, original, vibrante. Era un nombre destinado a sobrevivir". Felix López: "Nuestra propia historia", en *Medio siglo de Zig-Zag*, 1905-1955, Número Especial, pág. 68.

³ Ramón Lira, "Zig-Zag, una revista inolvidable", en *Occidente*, N° 256, Santiago, junio-julio, 1974, págs. 50 y 51.

⁴ Esta revista semanal ilustrada ha sido catalogada como la "primera en su género" y habría tenido como antecesor sólo el antiguo periódico ilustrado *Chilian Times*, creado en Valparaíso en 1876, órgano de las colonias extranjeras en Chile y fundado por Guillermo Helfmann, dueño de la Imprenta Universo y padre de los hermanos Helfmann citados. Según nuestra fuente *Chilian Times* exhibió los más avanzados procedimientos gráficos y fue "la primera publicación ilustrada editada en este continente". Felix López, *Op. cit.*, págs. 65 y 66. Volviendo a *Sucesos*, Eduardo Santa Cruz ha hecho notar que este "magazine de actualidades" porta un nombre que en la acepción más amplia de "acontecimiento" (cualquier "suceso" o "fragmento de lo social digno de ser construido como información") caracteriza a la llamada prensa liberal moderna. "La revista *Sucesos* o la actualidad como entretenimiento", Inédito, FONDECYT N° 1010016.

una forma de autopromoción que apostaba abierta o planificadamente a la creación de un "producto" comercial, siendo éste uno de los factores importantes que le permitió contar con un público lector disímil que trascendió el ámbito de la *élite*. Se cuenta que no sólo las "chiquillas" de *Zig-Zag* se transformaron en un cierto parámetro para medir la belleza sino también sus cuadros y pinturas, que eran recortados y enmarcados en los hogares de muchos lectores. Como quiera que haya sido, lo cierto es que *Zig-Zag* y otras que le seguirán (la "plebeya" *Corre-Vuela* en 1908, la "galante" y artística *Selecta* en 1909, la *Pacífico Magazine* en 1913, entre las más importantes) son las que propiamente inauguran el "magazine" en Chile (del francés "magasin", que significa almacén), un género bastante maleable en cuanto a sus formatos y contenidos y que, según Eduardo Santa Cruz, "es capaz de albergar en su interior en forma entremezclada crónicas, entrevistas, reportajes de actualidad, ilustraciones, avisos publicitarios, cuentos y novelas por entrega, notas de vida social, caricaturas, poemas, etc"⁵. Es esta peculiar "composición", expresiva del desarrollo de la "industria cultural" y del mercado cultural moderno, la que nos disponemos a examinar a continuación en algunas de las formas y combinaciones que toma específicamente en *Zig-Zag* en 1905, el año de su fundación⁶.

I. DECIR NO ES MOSTRAR

No parece adecuado entender a *Zig-Zag* como la continuación "natural" de esa "esfera pública de debate" que se había desarrollado en la prensa chilena desde la segunda mitad del siglo XIX; esfera que adoleció de severas restricciones y que coexistió junto a otros modos de instalación pública. Si es evidente que esta revista forma parte, en conexión con una serie de nuevas realidades, de ese sistema de comunicación social característicamente moderno, que se constituyó entre la segunda mitad del XIX e inicios del XX⁷, parece igualmente evidente que esta nueva publicación, así como el "género" que ella colabora muy significativamente a impulsar, contribuirá a crear más bien una "esfera pública de aparición"; esfera que operará a través de formatos y códigos distintos a los de la expresión y discusión oral o escrita⁸. Estamos pensando en ese tipo de esfera pública que Habermas llamó "representativa", donde lo que se destaca es la visibilidad o escenificación de los actores y acontecimientos, y que fue concebida como una suerte de "refeudalización" o de recaída en una supuesta "minoría de edad" pre-ilustrada. En el seno de la llamada "sociedad de

⁵ Eduardo Santa Cruz, "Modernización y cultura de masas en el Chile de principios del siglo veinte: el origen del género magazine". Inédito, FONDECYT N° 1010016.

⁶ Aprovechemos de agradecer al Museo Benjamín Vicuña Mackenna por el uso que nos permitió hacer de su biblioteca y fuentes primarias.

⁷ Cfr. Carlos Ossandón B./ Eduardo Santa Cruz A., *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*. Dibam-Arcis-Lom, Santiago, 2001.

⁸ Cfr. Dominique Mehl, "La vida pública privada", en *Espacios públicos en imágenes*, Isabel Veyrat-Masson y Daniel Dayan (comps.). Gedisa Editorial, Colección El Mamífero Parlante, Barcelona, 1997, pág. 103 y ss.

masas", no será según Habermas el "raciocinio" o la "crítica" sino la "pompa" o el "aura" de los personajes y acciones los que reconfigurarán los nuevos escenarios públicos⁹.

Digamos desde esta perspectiva analítica (aunque sin necesariamente compartir el criterio normativo de raíz ilustrada-kantiana que articula esta obra de Habermas) que en *Zig-Zag* dejan de ser principalmente relevantes las "explicaciones" que los actores son capaces de levantar sobre sí y el mundo o el modo cómo los "discursos" absorben o colocan los hechos, instalándose ahora un tipo de organización que aun cuando no supone una ruptura entre el *mostrar* y el *decir* (o entre el *mirar* y el *leer*, si nos ponemos del lado del receptor), es claro que estos dos ingredientes cambian al propio dispositivo enunciativo, exhibiendo éste un mayor peso "expresivo" o "formal". En *Zig-Zag* el *mostrar* y la *mirada* se constituyen en los nuevos poderes, el *decir* y la *lectura* ya no son tan avasalladores como antes, y tanto el *mostrar* como el *decir* quedan igualmente "tocados" por la coexistencia o fricción que se establece entre ambos.

Lo afirmado no es un detalle y representa un componente importante del proceso de reorganización cultural que se da en Chile en esas primeras décadas del xx. Como si junto con las nuevas "manifestaciones" que tienen lugar a comienzos de siglo: "la huelga de la carne" en 1905, el célebre *Sub-Terra* que Baldomero Lillo había publicado un año antes, la fundación de la Federación de Estudiantes de Chile en 1906, los tranvías eléctricos y el cine, por citar sólo algunas de las novedades que comienzan a resquebrajar las percepciones habituales, se estableciese una correspondencia con un género: el "magazinesco", que precisamente se nutre de "mostraciones" y no de "demostraciones", de colores, tomas, paisajes, trivialidades y llamativas novedades tecnológicas y no de las solemnes y ya gastadas disputas "teológicas" o doctrinarias características de una parte del xix. Estos nuevos recursos comunicacionales suscitan un gran interés público y contribuyen a socavar (sin suprimir) el reinado (más breve y acotado de lo que se piensa) del soporte letrado y logocéntrico, el que se ve matizado por esos resabios "temporales", "particulares absolutos", "contingencias soberanas", todas notas que definen a la fotografía según Barthes¹⁰. Colaboran igualmente a restar peso al soporte clásico esos "significantes" o exterioridades semióticas propias de los procesos de "refeudalización" que destaca Habermas; factores estos últimos que son de larga data en Chile, usados profusamente por distintos poderes, pero que ahora adquieren otro aire.

El juego de las correspondencias se hace más nítido aún cuando nos fijamos en la importancia que para la aristocracia castellano-vasca adquiere el "buen tono", la moda y otras escenificaciones, al configurarse un modo de ser que establece un nítido correlato con los soportes igualmente aparienciales o

⁹ Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, Ediciones G. Gili, España, 4ª edición, 1994.

¹⁰ Ronald Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2ª edición, 1992.

fenoménicos que inauguran las revistas "magazinescas" por el 1900¹¹. Ese abigarrado "Baile de Fantasía" organizado por los esposos Edwards-Budge, que se notifica en uno de los números de 1905 de *Zig-Zag*, se nutre (al igual que la "vida social" que es un tópico recurrente) de los nuevos códigos de la imagen y de las variedades, dando un resultado que funde los disfraces, los lujos y las luces con las 18 fotografías, una caricatura y varios dibujos que trae la crónica. Todo esto lo destaca un cronista embelesado (Victor Noir) que confiesa que este esplendoroso baile, donde se vio una princesa japonesa, un Napoleón, un torero, un mosquetero, etc., "formará época dorada en los recuerdos de la presente generación, ya que en Santiago sólo se estila una reunión de esta especie cada veinte años" (ver Figura N° 5). No hay que olvidar, sin embargo, que junto a los "lujos" o "escenificaciones" propios de este "modo de ser", la revista estimula también a través de su publicidad comercial los nuevos hábitos de "consumo". Los avisos comerciales ocupan un espacio comparativamente significativo y su convivencia con el "lujo" o la "representación" son una "manifestación" más del carácter simultáneamente oligárquico y burgués que define a la *elite* de la época.

Retomando la perspectiva analítica, digamos que la publicación de marras se apoya preferentemente en una materialidad que da cuenta de contrastes entre luces y sombras más que en una otra que se centra en relaciones entre signos lingüísticos. Lo dicho se puede probar no sólo atendiendo al nuevo juego entre "series visuales" distintas¹² que la revista exterioriza (llena de recursos paralingüísticos y también no lingüísticos o más propiamente ligados a las imágenes, que cualifican o retorizan de distinto modo al texto) y que la diferencia de publicaciones anteriores (más dependientes del lenguaje escrito), sino también atendiendo al propio ejercicio que suponemos hace el lector de ésta: al (h)ojear ve todas o la mayoría de las imágenes pero sólo lee lo que intencionalmente selecciona. Al igual que la revista *Sucesos* que "era una revista fundamentalmente para ser vista y luego, de manera más bien auxiliar, leída"¹³, también *Zig-Zag* responde a esta conminación. Las vistas tomadas en el Paper Chase de Viña del Mar (ver Figura N° 3), la representación del foyer del Teatro Municipal de Paul Dufresne, la portada de Alfredo Valenzuela Puelma, los paisajes de Pedro Lira, las caricaturas de Pug, los dibujos de Moustache, los rostros (ver Figura N° 6), las poses, los cuadros patrióticos, las fotos de hombres y mujeres

¹¹ Luis Barros y Ximena Vergara, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Ediciones Aconcagua, Santiago, 1978.

¹² Cfr. Eliseo Verón, "Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política", *Lenguaje y comunicación social*, Verón y otros, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1969, págs. 146 y 147. También Mario Valenzuela Werth, *Fotografía de prensa: dispositivo y sensorium en el Chile actual*, Tesis para obtener el grado de Magister en Comunicación Social, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, 2001, pág. 20.

¹³ Eduardo Santa Cruz, "La revista *Sucesos* o la actualidad como entretención", *op. cit.* Por otra parte Bernardo Subercaseaux nos recuerda que también la zarzuela, que formó parte junto a otros géneros "menores" de la incipiente cultura de masas del período, apeló "más bien al oído y a la vista que al entendimiento". *Historia del libro en Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993, pág. 89.

de Tahiti o de la Procesión de Corpus en Santiago, así como los tímidos juegos o superposiciones artísticas que la revista hace engolosinada por la novedad que representa el soporte fotográfico (ver Figura N° 3), etc., todo esto está ciertamente lejos de ser tan sólo un complemento en la revista que examinamos.

La hegemonía que establece el soporte visual no supone, empero, que *Zig-Zag* no haga valer una cierta "heterogeneidad semiótica" o irreductibilidad entre imagen y escritura¹⁴, habilitándolas tanto para "significar" por separado como en común. De aquí que a la luz (valga la insistencia) de esta nueva distribución, el axioma "decirlo es verlo" tan magistralmente realizado por José Martí en la crónica "El terremoto de Charleston" (1886), ha dejado de tener la eficacia que tuvo en un período cuando la pluma, poco moderada aún por la cámara fotográfica, abarcaba más allá de lo razonable¹⁵. Es precisamente la diferencia que se establece entre imagen y escritura, el hecho de poder operar contando con esta irreductibilidad, lo que va a permitir ir más allá de las posibilidades (las ecuaciones entre literatura y periodismo, por ejemplo) y límites (concretamente la falta de una cámara) que articularon la percepción martiana de ese devastador terremoto. No ocurre lo mismo, por ejemplo, con el tratamiento que hace *Zig-Zag* de una tempestad que nos afectó causando inundaciones y derrumbes. La revista hace aquí manifiesta la preeminencia del registro fotográfico, así como la capacidad de éste, en tanto que código independiente, de enmendar el escrito, no sabemos si irónicamente o no. Esto ocurre cuando desde la misma imagen irrumpe lo que los titulares no dicen (los derrumbes mismos) y sobre todo cuando se insertan unas fotos cuyas visiones (calles mojadas, barroas) parecen "dialogar" con el título "Los pavimentos en Santiago" (ver Figura N° 2). Aquí el ver y el decir han "privatizado" sus ámbitos de competencia, ya no son más lo mismo, y pueden establecer contacto desde sus respectivas diferencias¹⁶.

Estas relaciones (inéditas por sus componentes y por los distintos "pesos" que estos adquieren) obviamente no operan en el vacío sino organizan cual "atlas" una serie de tópicos (instantes, contingencias, escenas), distinguiéndose de un abanico muy amplio de publicaciones periódicas que tienen como base la escritura y que se organizan a través de un rico juego de secciones, información, avisaje e ideario político¹⁷. Por otra parte, dado el peso enunciativo que

¹⁴ Roger Chartier, "Poderes y límites de la representación. Marin, el discurso y la imagen", en *Escribir las prácticas*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1996, págs. 76 y 92.

¹⁵ José Martí, "El terremoto de Charleston", en *La prosa modernista hispanoamericana*. Introducción crítica y antología de José Olivio Jiménez y Carlos Javier Morales. Alianza Editorial, Madrid, 1998.

¹⁶ En los primeros años del xx en las propias revistas "magazinescas" hay manifestaciones reveladoras del interés por las posibilidades, diferencias y controversias que genera la fotografía. Ver, por ejemplo, en *Selecta*, N° 3, junio de 1909, el artículo "La fotografía artística" de L.N. o en *Pacífico Magazine*, N° 5, mayo de 1913, el artículo "El arte en la fotografía documental".

¹⁷ Estamos pensando principalmente en los órganos periodísticos creados por los hermanos Arteaga Alemparte en el XIX. Cfr. Carlos Ossandón B., *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*, Lom-Arcis, Santiago, 1998.

estas nuevas relaciones exhiben, se diferencian también (siguiendo la tendencia global de la prensa moderna) de unas modalidades de enunciación que suponen la intervención de unos sujetos capaces de realizar distintos juegos o movimientos discursivos (más visiblemente presentes en obras con nombres y apellidos). Ahora el nuevo dispositivo tiene muy poco que ver con la modalidad subjetiva de enunciación y mucho más con la capacidad enunciativa de las relaciones mismas. Estas como el "formato" han dejado de ser un "significante" cualquiera. Y el escritor no es la condición principal para que haya significación.

2. LOS INTERCAMBIOS ENTRE EL *MOSTRAR* Y EL *DECIR*

Separadas esas dos formas básicas de representación que son el *mostrar* y el *decir*, el figurar y el enunciar, toca examinar ahora los vínculos o cruces que se dan entre unas formas que tanto se distancian como se responden¹⁸. En *Zig-Zag* estos intercambios se pueden apreciar en un ámbito específico: en el modo como las fotografías se relacionan con los títulos o textos.

Dado el importante acervo visual con que contamos hoy, y habituados a todo tipo de combinaciones, quizá nos cueste entender no sólo la novedad que supuso la repentina proliferación de imágenes impresas en los primeros años del xx sino también las nuevas habilidades que esa proliferación exigía. Los aparatos más corrientes de la actual cultura audiovisual o televisiva no sólo habrían sido un imposible en aquel entonces por razones de desarrollo tecnológico sino también porque el ojo humano no habría estado en condiciones de descodificar unos artefactos tan extraños. Una cultura como la actual, que ha conferido a la imagen el don de los dioses, es decir, la ubicuidad, no ha podido ser sino el resultado de un largo aprendizaje tendiente a permitir o a aguantar este don; aprendizaje del cual nosotros somos portadores hoy. No creemos, sin embargo, que sea dicha ubicuidad la principal responsable del cambio de las pautas perceptivas contemporáneas sino antes bien la generación de unas condiciones o el despliegue de unas posibilidades histórico-culturales que vienen de más atrás y que son, a nuestro juicio, las que han permitido o están en la raíz del atributo divino.

Quizá sea precisamente la novedad que representa a comienzos del xx la inicial "masificación" de la fotografía a través de publicaciones periódicas, una de las razones que explica que estos nuevos modos requieran, como hasta hoy por lo demás, de la copresencia de un código distinto, el de la letra, que había jugado y continuará jugando (junto a la lectura) un rol decisivo en los procesos de disciplinamiento e higienización a todo lo largo del xix¹⁹. Lo mismo, como

¹⁸ Ver nuevamente R. Chartier, *op. cit.*, pág. 76

¹⁹ Sobre el esfuerzo por generalizar el uso de la "palabra correcta", modificar los hábitos de limpieza, moderar las pasiones y el buen uso del cuerpo, en el marco de las políticas "civilizatorias" y racionalistas del xix, consultar Beatriz González Stephan: "Políticas de higienización: la limpieza del cuerpo y lengua nacionales (siglo xix)", en *Asedios a la heterogeneidad cultural*. Libro de homenaje

se sabe, estaba ocurriendo con esa rara y compleja forma de montaje de imágenes que es el cine, no directamente accesible en sus inicios para el público y que por lo mismo "frecuentemente necesitaba una ayuda verbal que fuera explicando la evolución de la trama a lo largo de los fragmentos de imágenes que iban sucediéndose en la pantalla, incomprensibles con frecuencia para un receptor que carecía de los elementos pertinentes para interpretar un lenguaje desconocido"²⁰.

La fotografía como un lenguaje también desconocido, o reciente más bien, requería pues de unas explicaciones o "controles" capaces de dar razón o dirección a unos poderes (el de las imágenes precisamente) que habían inquietado o atemorizado desde hacía mucho tiempo atrás²¹, más justificado ahora dada la nueva extensión, masividad o general accesibilidad que la prensa diaria (*El Diario Ilustrado* desde 1902) y las revistas "magazinescas" le proveían. Llama en este sentido la atención el doble "control" que ejerce *El Diario Ilustrado* en su primera fotografía del 31 de marzo de 1902: amén de su contenido (una procesión religiosa, y no un "accidente" cualquiera), el título y el subtítulo que la acompañan ("Festividades de Semana Santa. La procesión del Santo Sepulcro"). Es probable pues que la obstinada presencia de una suerte de "inconsciente colectivo" que asocia imágenes con terror sea una de las razones que explique, junto con las propiamente comunicacionales, el permanente o regular maridaje que *Zig-Zag* establece entre dos códigos distintos, en principio irreductibles y no necesariamente conciliables, como son el *decir* (y leer) y el *mostrar* (y ver).

No deja por otra parte de ser curioso que un arte o técnica que algunos han considerado como *analogon* o réplica de la realidad aparezca siempre constreñido o envuelto por un texto escrito, como si no bastara lo que la fotografía "dice" con aparente evidencia, como si hubiese que sobrecargar de realismo lo que ella supuestamente porta de suyo, en un intento por dar una interpretación obstinadamente unívoca de la escena o de los personajes representados. Esas directrices o "literaturización" (Walter Benjamin) de la fotografía, que se expresa en los inevitables pies, leyendas o titulares, se hallan por doquier en *Zig-Zag*, y se aprecian en fotografías que buscan informar (la citada tempestad y sus consecuencias), exhibir poderes (maniobras militares, por ejemplo), dar a conocer "acontecimientos" (el matrimonio Zañartu-Sanfuentes, entre otros), lugares relevantes (como el Cementerio Católico de Santiago), acciones ejemplares (obras de caridad de jóvenes de la alta sociedad), también entretener,

a Antonio Cornejo Polar, José Antonio Mazzotti y U. Juan Zevallos Aguilar (coordinadores), Asociación Internacional de Peruanistas, usa, 1996.

²⁰ Antonio Ansón, *El istmo de las luces*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1994, pág. 19.

²¹ "La imagen infunde temor. Desde Moisés y Platón hasta nuestros días, pasando por los empiristas ingleses - desde Bacon, Locke o Hobbes a Hume - la imagen no ha dejado de ser anatematizada, reprobada o al menos considerada sospechosa. En efecto se la supone culpable de dos "delitos": borrar los límites entre lo verdadero y lo falso y privar a sus espectadores de todo acceso a una experiencia auténtica". Daniel Dayan, "Introducción. Entre lo público y lo privado: la construcción social de las imágenes", en *Espacios públicos en imágenes*, op. cit., pág. 21.

destacar distinguidas personalidades o costumbres de otros pueblos, etc. En todos estos ejemplos queda la impresión que es precisamente la "independencia" o singularidad semiótica de las imágenes lo que exige una suerte de guía que pueda retrotraerlas a los cauces consabidos y evitar el caos. Ello es por otra parte revelador de la pujanza y "misterio" que enseñan estos nuevos poderes y de la hegemonía que comienzan a establecer en los novísimos dispositivos periodísticos. Sin embargo, habrá que esperar todavía varias décadas para que los reinos de la imagen y de las formas campeen como "Pedro por su casa" en determinadas publicaciones periódicas, cooptando incluso al texto escrito²². En *Zig-Zag* en más de una ocasión las leyendas se instalan en pie de igualdad dentro de unos "mensajes" cuya articulación es a la vez escritural y visual. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la gran cantidad de fotos y leyendas que se dedican al Presidente Roosevelt, siempre elogiosas para él: "Roosevelt pronunciando una de sus geniales arengas"; "Roosevelt estrechando la mano al maquinista del tren que lo conducía"; "El oso Grizzly, favorito de Roosevelt, que lo ha domesticado"; "Vista general de la ceremonia de la proclamación de Roosevelt como Presidente de los Estados Unidos delante del Capitolio en Washington" y varias más. Es claro que estas frases, si se las sigue como tales, no sólo guían las fotografías ya que exhiben una "autonomía" o un "sentido" que impide reducirlas a ese padrón.

3. ¿PASATIEMPOS?

Como ha dicho Robert Castel, "la fotografía es todo menos un pasatiempo insignificante"²³. En *Zig-Zag*, las fotos interactúan con otros registros visuales de tipo lingüístico y de tipo paralingüístico y son ciertamente piezas esenciales, y no meras distracciones, de la nueva "significación" que porta el dispositivo. Lo paradójico del caso es que las fotos cumplen este cometido comportándose muchas veces precisamente como "pasatiempos insignificantes", ligados al "sport", por ejemplo (ver Figura N° 7). No cabría, sin embargo, menospreciar estos gozos pasajeros. Fuera de disciplinar distrayendo ("castigat riendo mores" decía una divisa de la comedia), es preciso considerar que la nueva "significación", siguiendo una tendencia que ya se aprecia en otras publicaciones periodísticas, se da en unas modulaciones o formatos que combinan, más allá de viejas "jerarquías", información con entretenimiento, entre otros factores importantes.

Estos "pasatiempos" están íntimamente ligados al desarrollo y consolidación del periodismo moderno. Ellos no son por lo tanto sólo un nuevo rasgo de la prensa que se agrega a lo ya conocido ya que, al igual que esos artefactos llamados "noticias", los "pasatiempos" que publica la revista (no circunscritos

²² Cfr. *Zona de Contacto: el reino de las formas*, Pamela Olavarría y Roxana Sánchez, Tesis para obtener la Licenciatura en Comunicación Social, Escuela de Periodismo, Universidad de Chile, 2001.

²³ Robert Castel, "Imágenes y fantasmas" en *La fotografía: un arte intermedio*. Pierre Bourdieu (compilador), Editorial Nueva Imagen, México, 1979, pág. 311.

sólo al soporte fotográfico) logran revertir, tal como en su momento lo hizo la "actualidad", el lugar o el peso que tiene lo efímero o lo "insignificante" en el propio engranaje periodístico. Con el nuevo valor que adquiere la fragilidad de un acontecimiento que sólo "distrae" o "refresca" la atención del lector, se reorganiza buena parte del dispositivo comunicacional. Como si en el casimir de última novedad, en la fugaz expresión de la señorita Farrar del Teatro de Berlín, en el inicio de la temporada de la opereta francesa, en el reciente matrimonio de las señoritas de la Vega, en la ejecución del famoso elefante topsy y en otras nimiedades (que incluyen distintos soportes visuales) estuviese contenido o se proyectase un "alma" que mal que mal trasunta belleza o un cierto espíritu de época. Podríamos aventurar que una parte importante de las fotografías de *Zig-Zag* (quedan fuera aquellas que buscan una cierta atemporalidad) reflejan en su "intrascendencia" y transitoriedad, y en contexto paradójicamente aristocrático, aquella actitud que Baudelaire definía como típicamente moderna.

4. VENTANA AL MUNDO Y "NACIONALISMO"

Con la introducción y proliferación impresa de la fotografía la visión de los lectores comienza a sintonizar mejor con los procesos globalizadores y de "encogimiento" del mundo que supone la expansión del capitalismo. Estos procesos ya habían sido impulsados con anterioridad por la prensa escrita (por *El Mercurio* de Valparaíso y *El Ferrocarril* de Santiago, por ejemplo) gracias al telégrafo principalmente, pero sin alcanzar el impacto que provocarán las revistas ilustradas y "magazinescas" en los albores del xx.

Quizá nunca sepamos con precisión el interés o la sorpresa que pudo haber causado en los lectores el toparse visualmente con personajes, costumbres o acontecimientos lejanos, de lugares remotos, y que poco o nada tenían que ver con lo que su ojo se hallaba familiarizado. Difícil es igualmente calibrar la importancia de estas primeras fotografías impresas en la construcción de determinados acervos iconográficos, su tiempo de duración en la retina o en la memoria, o reconocer los distintos tipos de lectura que se fueron haciendo de estas primeras fotografías en conexión con las reservas culturales y de signos preexistentes y actuantes en los lectores.

Sí parece evidente, en cambio, que "con la fotografía masificada se abre una ventana al mundo"²⁴. En rigor, sin embargo, no es el mundo (ni propiamente tampoco la "actualidad") el que entra a través de las fotografías, sino aquella forma o lenguaje (gloria de nuestra época y terror para nuestros ojos, se dijo de la fotografía en sus inicios) a través del cual un mundo a la vez ancho y constreñido se hace posible o visible.

²⁴ Giselle Feund, "La fotografía como documento social", citado por Mario Valenzuela Werth, *op. cit.*, pág. 7.

Parafraseando a Benjamin hay que reconocer que el mundo que le habla a la cámara es distinto del que le habla a los ojos. Más todavía: no sólo cámara y ojos permiten hablas mundanas distintas, habrá que aceptar además, sin apartarnos de Benjamin, que las nuevas técnicas de reproducción como la fotografía operan como modalidades reductivas que terminan por reemplazar la percepción y en particular la captación directa de las demás manifestaciones artísticas. *Zig-Zag* también entregará pues su aporte al proceso de transformación del "arte como fotografía" (que trae otros acentos que la estética de la "fotografía como arte"): sus cuadros, esculturas, arquitecturas dejarán de ser "productos individuales" resultados de la observación directa y pasarán a ser "hechuras colectivas" cuya asimilación y dominio supone la reducción técnico-fotográfica de las mismas²⁵.

Siguiendo con esta secuencia de desmentidos, agreguemos que en definitiva no son propiamente las fotografías las que delinear o abren el nuevo lente sino más bien toda una serie de operaciones gráficas, escriturales y tecnológicas que son las que articulan esa "ventana al mundo" que la revista como tal construye fragmentando. Lo inquietante de dicha construcción es que ella no toma ahora la forma de una narración ideológica, no da cuenta de ninguna "unidad", ni se articula estableciendo una distancia con aquello que desordena, como la que fijó Andrés Bello y *El Araucano* con aquella "barbarie" que se buscaba asimilar al orden de la gramática y de la escritura²⁶: es en el seno mismo de las interrelaciones entre esas operaciones gráficas, escriturales y tecnológicas donde fluye, se abre o se dispara un mundo que no está en condiciones de reconocer su carácter de *constructo*. La clave no está aquí ni en los mensajes escritos ni en las representaciones fotográficas sino en los modos de articulación textual y visual que se suceden número a número, sin aparentes deudas ideológicas, de forma estable a lo largo de 1905. Estas interrelaciones que imposibilitan cualquier visión coherente del mundo operan pues como un "dispositivo" o "máquina", una "especie de ovillo o madeja" multilineal²⁷, que es precisamente lo que hace hablar o visibiliza fragmentando ese nuevo horizonte que se abre²⁸.

²⁵ Walter Benjamin, "Pequeña historia de la fotografía", en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires, 1989, pág. 67 y ss.

²⁶ Sobre el papel conferido a los códigos gramaticales y a la escritura en la construcción de la ciudadanía, consultar Julio Ramos, "El don de la lengua (lengua y ciudadanía en Andrés Bello)", en *Revista de Crítica Cultural*, N° 10, Santiago, mayo 1995. También Sol Serrano e Iván Jaksic, "El poder de las palabras: la Iglesia y el Estado liberal ante la difusión de la escritura en el Chile del siglo XIX", en *Historia*, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. 33, 2000.

²⁷ Gilles Deleuze, "¿Qué es un dispositivo?", en *Michel Foucault, filósofo*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1990, pág. 155.

²⁸ No son, sin embargo, las revistas "magazinescas" las que inauguran los procesos de fragmentar el mundo y de disolver las narraciones ideológicas. Como bien acota Julio Ramos "el periódico moderno, como ningún otro espacio discursivo en el siglo XIX, cristaliza la temporalidad y la espacialidad segmentadas distintivas de la modernidad. El periódico moderno materializa —y fomenta— la disolución del código y la explosión de los sistemas estables de representación". *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pág. 123.

Esta ampliación desordenada del mundo (ver Figura N° 1), no prevalece, sin embargo, en solitario. Ella convive más bien y sin conflictos con un marcado "nacionalismo" que la revista estimula recurrentemente (hay un número, por ejemplo, que está prácticamente dedicado a las "proezas" del asalto al Morro de Arica y dos al dieciocho de septiembre); "nacionalismo" que también se respira aunque diversamente en una serie de manifestaciones culturales en esas primeras décadas del xx²⁹.

5. LA NATURALIZACIÓN DE LO ÍNTIMO Y LA VALORIZACIÓN DEL INDIVIDUO

En un *Zig-Zag* de 1905, una crónica social comienza así: "Se diría que los brumosos días de invierno con su cielo bajo y tempestuoso, próximo a derramar sobre la tierra el turbión de sus lluvias, avivan en los humanos la afición del hogar recalentado y confortable /.../ Esta idea del hogar tibio donde albergar la tristeza y el spleen de los días grises, aumenta poderosamente su atracción si se le mira con ojos de enamorado: la casa se trueca entonces en nido que parece ofrecer dulces ternezas, arrullos, caricias". A la luz de estas y tantas otras cursilerías que pueblan *Zig-Zag* es preciso entender que esa "ventana al mundo" que destacábamos recién no se abre en desmedro de la casa o de la vida hogareña, que es venerada por la revista. Tampoco como veíamos en desmedro del "nacionalismo".

Esta inclinación a la intimidad familiar-social, o a los mil sucesos y dramas propios de los espacios hogareños e íntimos, venía siendo proyectada desde el siglo XIX por la novela romántica y el desarrollo del "folletín" en la prensa periódica. A esta tendencia hay que sumar también el amplio mundo de las imágenes. Más allá de "trascendentales" históricos, ellas contribuyen con sus poses y gestos específicos a naturalizar este peculiar universo privado-social, adquiriendo con las revistas "magazinescas" una resonancia pública que no tenía en el contexto de una circulación más privada de lo privado. Es la diferencia que se puede establecer entre los registros que doña Isidora Zegers realizó en su recientemente recordado álbum, una especie de libro de visitas o de testimonio visual de sus relaciones o amistades, y la nueva connotación que adquieren con *Zig-Zag* los "hitos" gráficos de "la sociedad santiaguina"³⁰.

Zig-Zag será entonces algo más que un factor adicional en la valoración de la vida social e íntima de la elite. Junto a lo señalado, podemos suponer que va a establecer también un nuevo modo de reconocimiento: éste toma la figura (abusando de Barthes) del "yo estuve allí". Allí, en aquella notable carrera de

²⁹ Para Hernán Godoy "frente a la cultura liberal europeizante del período 1870-1910, el gran aporte cultural de los sectores medios que emergen en el siglo XX es el retorno a los orígenes, expresado en la orientación nacionalista: *La cultura chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1982, pág. 486. En un texto reciente Bernardo Subercaseaux se refiere también al "nacionalismo" en sus distintas acepciones como "la fuerza cultural dominante del período": *Genealogía de la Vanguardia*, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Serie Estudios, Universidad de Chile, pág. 107.

³⁰ María de los Angeles Covarrubias, "Tertulias santiaguinas del XIX: el álbum de doña Isidora", en Artes y Letras, *El Mercurio*, 11 de noviembre de 2001.

caballos en Viña del Mar o en la misma sala donde Giacomo Armani dirigió la orquesta en la "Damnation de Faust". En este punto la fotografía no actúa principalmente como "registro" o "noticia", como será corriente en la prensa informativa, es más bien "vitrina" o exhibición de las actividades oligárquicas, y más particularmente ocasión para reafirmar la propia ubicación o cercanía respecto de las actividades representadas.

La naturalización de lo íntimo se cruza en la revista con la progresiva importancia que se le concede al "individuo", instalando unos énfasis que de hecho comienzan a remover ese espacio político-público, aparentemente impersonal y ciertamente restringido, que había alentado una parte de la prensa chilena en la segunda mitad del siglo XIX. Es evidente que el interés que *Zig-Zag* muestra por el "eminente violoncelista italiano", Luigi Stefano Giarda, que acaba de llegar a Chile o por Sarah Bernhardt en su reciente viaje a Buenos Aires revela un inicial culto a las "estrellas" y a sus "intimididades". Este interés contribuirá a allanar el terreno sobre el cual se instalará más adelante el "star system". Pero hay más. Estas propensiones traen también consigo la concentración en el virtuoso o en el "solista", en las potencialidades artísticas que se desprenden del propio "individuo" o ejecutante independiente (ver Figura N° 4). "Arte" y mérito "individual" quedan aquí estrechamente unidos y constituyen uno de los gérmenes cuyo desarrollo y universalización permitirá más adelante decretar el fin de una "res pública" (más soñada que real) que se nutría no de estos factores sino de los grandes temas políticos o sociales³¹.

Sin desconocer las incertidumbres que generan unas prospecciones que presuponen panoramas históricos muy amplios, sí se puede constatar con mayor seguridad el proceso de construcción del "individuo" que realiza *Zig-Zag* a través de distintos recursos y sin apelar a variables "trágicas": no sólo por la importancia que le concede al mérito artístico individual, sino también por los énfasis que sus innumerables fotografías ponen en gestos y expresiones singulares o por los modos cómo se concreta o individualiza (bajo la tríada "bella, buena y reina del hogar") un determinado modo de ser femenino, por citar algunos ejemplos³².

Para que quede más nítida la operación que respecto del "individuo" realiza *Zig-Zag*, basta con advertir su diferencia con prácticas tales como la "crítica ácida" o el argumento *ad hominem* tan abundantes en la prensa de "barricada" y también satírica³³, así como por otra parte su sintonía con el relato "hagiográfico"

³¹ Puede ser pertinente aquí la visión de Richard Sennett para quien "las sociedades occidentales se mueven desde algo así como una condición externa hacia una interna, excepto que en medio de la autoabsorción nadie puede decir qué es interno". *El declive del hombre público*. Ediciones Península, Barcelona, 1978, pág. 13 y 14.

³² Sobre este último punto ver Pabla Avila, "Mujeres y representaciones a principios del siglo veinte. Una lectura desde el magazine". Inédito, FONDECYT N° 1010016.

³³ Nada une a *Zig-Zag*, ni en estilo ni en tipo de humor, con la prensa satírica impulsada por Juan Rafael Allende. Nuestra revista está ciertamente muy lejos del desenfado y de los contrastes escrutadores que exhibió este tipo de prensa. Cfr. Maximiliano Salinas, Daniel Palma, Christian Báez, Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XX*, Dibam, Santiago, 2001.

o la construcción de "monumentos", también muy habituales en el siglo XIX. A estas últimas prácticas, que *Zig-Zag* no abandona, le agrega una más marcada atención en las nimiedades e insignificancias que también afectan a los individuos-monumentos. En contraste con lo que está haciendo *Zig-Zag* se podría afirmar que para una parte muy sustantiva de las publicaciones periódicas del XIX (no, en cambio, para la línea que tímidamente inaugura *El Correo Literario* en 1858), el "individuo" en cuanto preocupación específica, incluido sus clisés, no existe aún.

6. UN NUEVO "SENSORIUM"

Nada más que en el campo de la fotografía, cabe preguntar qué relación o diferencia establece *Zig-Zag* con esos paisajes, salitreras, retratos de jóvenes aristocráticas, vistas a la Bahía de Valparaíso, cementerios mapuches, oficiales del regimiento de granaderos, primeros tranvías o *carros de sangre*, ferrocarriles, etc., y otros muchos temas de las fotografías decimonónicas³⁴.

Es evidente que dada la regularidad o periodicidad de *Zig-Zag*, su carácter de "mercancía" accesible en principio a todo público, como su demostrado "éxito", sitúa a esta revista en un nivel comunicacional distinto a aquellas fotografías que circularon en libros, álbumes, almanaques, exposiciones o manos privadas. El mismo desnivel comunicacional parece plantearse respecto de esa multitud de imágenes no fotográficas, como las pinturas románticas y costumbristas (recordemos el conocido "El huaso y la lavandera" de Rugendas) o los grabados en madera y las litografías a dos tintas (la igualmente conocida "Una tarde de paseo en La Cañada") publicadas por el *Chile Ilustrado* de Recaredo S. Tornero en 1872.

Aprovechemos de agregar que se aprecia en *Zig-Zag* un paulatino reemplazo, aunque no eliminación, de estas formas tradicionales, en beneficio de la fotografía precisamente, cuestión que va a permitir no sólo una mayor cobertura de temas sino también unas posibilidades de "democratización" de la ex-

³⁴ Se ha señalado que las primeras tomas se realizan tempranamente en Chile en 1840 y que "tres años más tarde, la invención de Daguerre se daba a conocer ininterrumpidamente en las principales ciudades, a través de retratistas itinerantes, y más tarde, con fotógrafos establecidos, la casi totalidad de ellos extranjeros" (Hernán Rodríguez Villegas, "Historia de la fotografía en Chile. Registro de daguerrotipistas, fotógrafos, reporteros gráficos y camarógrafos 1840-1940", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año LII, N° 96, Santiago de Chile, 1985/1986, pág. 190). Un carácter precursor tendrá en la década de 1860 la obra de William L. Oliver, "una especie de Rimbaud o de Mozart de la fotografía chilena" (Theodoro Elssaca, "La fotografía como arte en Chile", en *Revista Mapocho*, Dibam, Santiago, N° 46, Segundo Semestre de 1999, pág. 86), y que legará importantes trabajos costumbristas y documentales. Se señala también que hacia 1863 hay "plena actividad fotográfica" en Chile, los periódicos de la época comercian cámaras y diversos artículos ligados a esta actividad, W.L. Oliver fotografía el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española en 1866, el reporterismo gráfico alcanza desarrollo y reconocimiento en los tiempos de la "Guerra del Pacífico", hay estudios y sociedades fotográficas (la casa fotográfica Leblanc y la "Sociedad de fotógrafos Díaz y Spencer" de fines del XIX, por ejemplo) y un público cada vez más interesado en hacerse retratar. (T. Elssaca, *op.cit.*, págs. 89, 91, 92, 93).

perencia que al parecer la pintura nunca alcanzó en el grado que alcanza ahora³⁵.

Pero no son éstos los factores más importantes que deseamos destacar. Al presentarse las imágenes, y las fotografías en particular, como códigos capaces de determinar las propias superficies significantes de los formatos, las revistas "magazinescas" y *Zig-Zag* van a trastocar, como se ha insinuado más arriba, no sólo el modo de construcción ideológica, que ya no se verá forzado a defender determinadas representaciones mentales de las cosas, sino también aquellas disposiciones que apelaban al rodeo silogístico o a la convicción, para apoyarse ahora más en los e(a)fectos, inclinaciones o gustos que suscitan tanto las imágenes particulares como la revista misma concebida como imagen, incluido sus textos escritos (aunque la coaptación más plena de éstos en determinadas publicaciones periódicas queda diferida para más adelante). A diferencia de tantas otras publicaciones, la revista no impone su ley a través de sentidos o ideologías que se instalan volatilizando sus propios referentes materiales, ya que son estos mismos referentes (fotos, dibujos, pero también recuadros, espacios en blanco, tipos de letra, etc.) los que provocan goces o modelan gustos.

Los nuevos formatos y códigos entran así a rivalizar, ampliando o reconfigurando las posibilidades perceptivas, con toda una serie de recursos lingüísticos o propiamente discursivos (frases ingeniosas, "estocadas", "duelos") que una cierta prensa venía haciendo gala o fomentando, y que se validaba tanto por estos recursos como por sus postulados y la modernidad de su formato³⁶. Al desbancaar estos recursos son otros los modos de aprehensión de la realidad que *Zig-Zag* cultiva, ahora más ligados al universo de la "sensibilidad" o del "encanto".

Se podría sostener que las revistas "magazinescas" y *Zig-Zag* instalan en el plano de los "gustos" o de las "inclinaciones" un tipo de "influencia" (por usar una expresión algo "mágica", poco precisa, según Foucault) que viene a compensar la ajénidad que un público más masivo experimentó respecto de las "vanguardias" pictóricas y literarias en la década de 1920³⁷. Contrariando las correspondencias que al comienzo de este artículo establecimos entre distintas "manifestaciones" culturales, habría que decir ahora que por esta distancia o ajénidad se cuelan unas reproducciones en color de tipo realista, unos relatos intimistas, unas fotografías o unas portadas³⁸ que van a ser más importantes

³⁵ Cfr. Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Edhasa, España, 1981, pág. 17.

³⁶ En esta línea Alfonso Valdebenito cita a *La Tarde y La Ley*, dos diarios de los últimos años del siglo XIX: *Historia del periodismo chileno*, Imp. Fantasía, Santiago de Chile, 2ª edición, 1956, pág. 69.

³⁷ Dice Bernardo Subercaseaux: en la década del 20 "se percibe una difusión y una cierta convocatoria de las vanguardias /.../. Se trata, empero, de grupos minoritarios y en ningún caso de preferencias estéticas que logren desplazar o desarticular a la tendencia predominante, vinculada al nacionalismo cultural". Continúa: "La vanguardia pictórica se exhibe con legitimidad sólo entonces /fines de la década del 20/, ello no significa sin embargo que se imponga a nivel del gusto del público o de la crítica". *Genealogía de la Vanguardia en Chile*, op.cit., págs. 137 y 165.

³⁸ Las portadas de *Zig-Zag* mantienen relaciones con los códigos visuales y de composición propios del afiche (del francés *afficher*, "pegar a un muro") y contribuyen a desarrollar un estilo

que las rupturas de las "vanguardias" en la construcción de determinadas percepciones o modulaciones sensitivas. Queda ciertamente por precisar el rasgo específico, la prolongación en el tiempo o la profundidad cultural de este "sensorium" que Zig-Zag contribuye a formar.



Figura N° 1

LOS PAVIMENTOS EN SANTIAGO



SALLE DEL MESSEMO



AVENIDA DEL BRASO



Figura N° 2



Figura N° 3



Figura N° 4

que poco tiene que ver con la estética "carnavalesca" de los carteles premiados por la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en la década de 1910, por ejemplo. Forma parte de nuestra memoria visual, y quizá algunos todavía pueden reconocer, la litografía de Paul Dufresne del N° 1 de Zig-Zag (ver Figura N° 8), donde el huevo roto, el niño que nace, el dios Mercurio que da a conocer o ayuda a salir a la criatura y el título de la revista destacando sobre un fondo de cielo y nubes, se integran en una unidad no disociable. Cfr. Alejandro Godoy, *Historia del afiche chileno*, Universidad Arcis, Santiago, 1992; Mario Valenzuela Werth, *op.cit.*

VIDA SOCIAL

BAILE DE FANTASIA

El último viernes del mes que acaba de espirar, los señores Eduardo Hidalgo hicieron una noche de baile de fantasía con un baile de fantasía que puede ser calificada como el más interesante jamás celebrado en la temporada de invierno.

Fue un baile de fantasía que fue muy buena idea en los momentos de la presente temporada, ya que en Santiago sólo se veía una noche de esta especie cada veinte años.

Impulsado de desearlo y por deseo bien conocido de todos en el período de fiestas agitaron un que vivieron las señoras sociales de Santiago durante casi todo julio con motivo de la preparación de los disfraces. Cada una le hizo una batalla superior por conseguir un punto de honor en el torneo de arte y de imaginación que día a día se llevaba.

El tiempo sólo se dio tregua a sus trabajos e insomnias de una semana, como si quisiera contribuir con un importante trabajo más al éxito del baile.

A las 10 1/2 de la noche las primeras corchadas, después de haber la capota hermosa que cubren la sala, empezaron a bailar por delante de los dueños de casa. El señor Eduardo vestía el traje negro ajustado, de los hombres del ejército. La señora de Hidalgo vestía un traje ligero de gran blusa con bordados en azul y rojo.

Los demás, al principio, inmediatamente después, fue el grupo se iban agrupando a espaldas de los dueños de casa para ver la ligereza de los vestidos.

Cada uno llegó a su destino de una manera que de entusiasmo de halagosa sorpresa, de admiración emocionada sobre el arte y la originalidad de su disfraz.

En una hora más tarde los salones estaban repletos, la alegría ensombrecida en una gloria de estrellas y verdosa traza, sus armonías sup-



Illustration 1.—Donny Fidalgo del Deseo

Figura N° 5



Figura N° 6

SPORT

Carreras de Viña del Mar

DIA 8

Sólo se ve el gran número que participan siempre las carreras que se realizan en el Hipódromo de este pequeño balneario, las cuales atraen un público numeroso y entusiasta, que celebra en

con y una de alguna probable victoria. Los señores ofreciendo al D del momento tuvieron, pero, el éxito y esplendor de cualquier, ampliando la fama del establecimiento.



los trenes que conducen a la ciudad desde el centro sur de Valparaíso y ciudad del Frayle, hasta Santiago.

Esta una de estas reuniones típicas en un verdadero acontecimiento en el mundo del sport, encargados de producir el éxito.



Figura N° 7



Figura N° 8

Rolf Foerster G.**
 Jorge Iván Vergara***

Durante el 2001, la cuestión mapuche pareció no presentar novedad alguna respecto de años anteriores. En los medios de comunicación se mantuvo presente de la misma forma: a través de imágenes de tomas de fundo, quema de casas patronales, juicios y encarcelamientos de dirigentes de la Coordinadora Arauco-Malleco o el Consejo de Todas las Tierras. No sólo los acontecimientos se repitieron, también sus protagonistas. Son prácticamente las mismas comunidades (Temulemu, Lleu-Lleu, entre otras) y organizaciones las que han participado en las acciones y reivindicaciones mapuches. En lo que respecta al llamado "conflicto mapuche", la dinámica de movilización, represión y negociación esconde un inmovilismo básico: ninguno de los actores participantes quiere modificar el papel que ha representado hasta ahora. Muchos analistas críticos de la mantención e irresolución de este conflicto¹. En esta ocasión queremos concentrarnos más bien en el propio pueblo mapuche y en sus posibilidades de contribuir a una transformación favorable a sus demandas de reconocimiento.

En comparación con otros movimientos sociales (sindical, campesino, poblacional, de derechos humanos, etc.), los mapuches son uno de los pocos que han podido mantener durante los últimos doce años un importante grado de autonomía y de movilización frente al Estado². Sin embargo, si se observa su dinámica en una perspectiva temporal de mediano-plazo—digamos, desde 1997 a la fecha—se constata que no ha logrado hasta ahora incorporar a su lucha a amplios sectores de la sociedad mapuche. La movilización sigue estando restringida a ciertas comunidades, organizaciones y sectores. También se revela su debilidad para modificar los términos en que el Estado chileno define las relaciones con los pueblos indígenas del país. La cuestión mapuche sigue siendo entendida dentro del marco de la actual ley indígena, como una problemática de minorías étnicas. No ha habido desde 1994 ninguna alteración sustancial de la política indígena, encauzada principal aunque no exclusivamente a través de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena³. Los intentos de crear instan-

* Este artículo fue elaborado en el marco del proyecto FONDECYT N°1000024: *¿Demanda étnica o demanda etnonacional mapuche?* Agradecemos a Jorge Vergara Estévez sus comentarios y sugerencias.

** Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

*** Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Arturo Prat.

¹ Puede mencionarse aquí a José Aylwin, José Bengoa, Jorge Calbucura y José Marimán, entre muchos otros.

² Obviamente, esto tiene que ser considerado en una perspectiva regional, dado que en toda América Latina se ha dado desde inicios de los noventa un proceso de "emergencia indígena", a través de múltiples organizaciones, movimientos y reivindicaciones (Bengoa, José. *La emergencia indígena en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, cap.1, págs. 29-49).

³ El ex Director de CONADI, Domingo Namuncura, sostiene que, para llevar a un cambio institucional tendiente a la participación indígena en la toma de decisiones, "organismos como la

cias de diálogo y de acuerdo amplio no han tenido hasta ahora resultados sustantivos, lo que indica que no se ha producido un nuevo consenso sobre el tema⁴. Una clara excepción al respecto es el fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, que obligó al Estado chileno a anular una sentencia condenatoria de un grupo de dirigentes y campesinos mapuches por usurpación de tierras. No obstante, se trató de un logro conseguido a través de un organismo internacional, y en el cual probablemente la movilización mapuche en la Araucanía no tuvo mayor influencia.

En los medios de comunicación persiste, sin embargo, la representación de un conflicto en cierto modo creciente, protagonizado por el "pueblo mapuche", cuya "larga lucha" de liberación encontraría un apoyo cada vez mayor. En esto ha habido una notoria y extraña coincidencia entre dichos medios y cierta dirigencia indígena. Para ambos, los mapuches aparecen colocándose fuera de la ley para hacer posible la justicia; inclusive, para ciertos sectores juveniles urbanos, especialmente en Santiago, se han convertido en símbolos de rebeldía⁵. La línea editorial de *El Mercurio* y del Instituto Libertad y Desarrollo coincide con esta visión, aunque su valoración sea la opuesta⁶.

CONADI ya no son suficientes por sí solos... Se trata de una actitud política que deberá estar presente en los distintos ministerios, intendencias y gobernaciones y municipios del país, y será crucial establecer asesorías de expertos interculturales, capaces de establecer los puentes entre estas entidades y las comunidades indígenas" ("Los pueblos indígenas y los desafíos del 2000", en: *Políticas públicas y pueblo mapuche*, José Aylwin (compilador), Ediciones Escaparate, Instituto de Estudios Indígenas, Temuco, 2001, págs. 57-80. La cita es de la página 78. Más crítico es el intelectual mapuche José Mariman, para quien existe una continuidad básica de la política concertacionista con el modelo integracionista aplicado durante todo el siglo pasado, punto respecto del cual hay coincidencia con otros analistas mapuches. También respecto a que los efectos de dicha política son los opuestos a los esperados por el Estado: "las políticas estatales chilenas no parecen haber experimentado muchos cambios en el tiempo. Ellas continúan promoviendo asimilación a como dé lugar, pero logrando el efecto contrario de reforzar la identidad nacional mapuche" ("Políticas estatales frente a la cuestión nacional mapuche", en: *Rocinante*, Año IV, N° 35, septiembre de 2001, pág. 7). Parece que el Estado chileno, como el Mefistófeles de Goethe, "siempre desea lo malo y siempre consigue lo bueno", aunque esto todavía no indica qué solución viable existe para el conflicto Estado-mapuches.

⁴ En mayo de 1999, el Presidente Frei designó la Comisión Asesora en Temas de Desarrollo Indígena (Véase: *Informe de La Comisión Asesora en Temas de Desarrollo Indígena*, Mideplán, Santiago, 1999). Asimismo, entre marzo y julio de ese año, el entonces ministro de Mideplán llevó a cabo los Diálogos Comunales, que finalizaron con la firma del Pacto por el Respeto Ciudadano en agosto. A poco asumir, el Presidente Ricardo Lagos formó el Grupo de Trabajo sobre Pueblos Indígenas, al que sucedió, en marzo de 2001 la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, actualmente en funcionamiento (Véase: *Informe Final Grupo de Trabajo para los Pueblos Indígenas*, Mideplán, Santiago, 2000).

⁵ Hay más de un grupo musical que canta dichas gestas. También los recitales bajo la consigna "Marichiwek rock".

⁶ Respecto a *El Mercurio*, pueden consultarse las editoriales del día 18 de enero ("Atentados mapuches"); 31 de enero ("Conflicto mapuche"); 6 de febrero ("Aspiraciones secesionistas"); 16 de febrero ("Conflicto indígena y ort"); 14 de febrero ("Extrema pobreza y etnias"); 2 de marzo ("Conflicto indígena"); 11 de marzo ("Solución amistosa"); 8 de abril ("Conflicto mapuche"); 28 de julio ("Violencia en Temuco"); 30 de julio ("Extremismo en Araucanía"); 18 de septiembre ("18 de septiembre"); 28 de octubre ("Enfrentamiento mapuche"); 1 de diciembre ("Violencia en Arauco"); 16 de diciembre ("¿Estado de derecho?"); 24 de diciembre ("Freno al extremismo"). En cuanto al

Por otro lado, esta construcción mediática del mapuche rebelde es contradictoria claramente por la repetida alta votación de los mapuches por los candidatos a diputados y senadores de la derecha en las recientes elecciones parlamentarias de diciembre. Durante el siglo xx, ha sido una realidad histórica indiscutible la preferencia de la población mapuche reduccional por los candidatos de derecha, es decir, por aquellos que están por el respeto irrestricto del "estado de derecho" y al ordenamiento político vigente. Este fenómeno no puede ser entendido como una división entre mapuches legalistas y anti-legalistas (oposición tradicionalmente asociada a la derecha e izquierda). Muestra la insuficiencia de las categorías bajo las cuales se quiere explicar el conflicto mapuche por parte de los medios de comunicación. Se podría producir la situación paradójica de que un mapuche vote en la mañana por la derecha, y en la tarde esté dispuesto a tomarse el fundo vecino, con la misma convicción de un propietario agrícola de derecha de ser "el dueño de la tierra"⁷. Pero, y éste es otro antecedente fundamental para una mejor interpretación, la tierra que se toma es para él, o en el mejor de los casos para su comunidad discreta, y no para el vecino, ni menos para el pueblo mapuche. Sus dirigentes conocen perfectamente esta limitación para la constitución de un movimiento político pan-mapuche. De allí que, desde 1999, distintos sectores hayan impulsado una estrategia de afirmación de identidades territoriales como forma de ir más allá del círculo de hierro del sistema reduccional⁸.

La dirigencia indígena sabe también de un segundo obstáculo: la interpretación de la pobreza mapuche como una deuda que el Estado u otros deben cancelar⁹. Inclusive, dicha deuda se extiende al plano cultural (la recuperación de la lengua, por ejemplo). La actual política indígena tiende a validar, en parte, esta representación, como también la *Comisión de Verdad y Nuevo Trato*. Sólo una organización, la Coordinadora Arauco-Malleco, cuestiona esta forma de entender la pobreza, pues piensa que con ello las comunidades pueden condenarse a la pasividad del necesitado. Es decir, el otro, el huinca, es el que debe

Instituto Libertad y Desarrollo, véase los Informes Políticos 66 y 71, de Eugenio Guzmán, Andrés Benavente y Jorge Jaraquemada, respectivamente.

⁷ José Bengoa da un ejemplo concreto, el de Juan de Dios Coliqueo, adherente de Jorge Alessandri y del Partido Nacional que, en septiembre de 1970, llevó a cabo la primera toma de terreno mapuche en la comuna de Lautaro. La familia llevaba cuatro décadas de gestiones judiciales para recuperar sus tierras. (Bengoa, José, *Historia de un conflicto. El estado y los mapuches en el siglo xx*, Planeta, Santiago, 1999, págs. 117-118). El estudio de Steenland sobre la reforma agraria en esta confirma que las ocupaciones llevadas a cabo por los mapuches no obedecían a criterios políticos, sino a antiguas reivindicaciones no satisfechas por el Estado chileno.

⁸ Puede consultarse: *Territorio mapuche y expansión forestal*, Sara Mcfall (Compiladora), Instituto de Estudios Indígenas, Ediciones Escaparate, Concepción, 2001. La mejor interpretación sobre la sociedad mapuche reduccional sigue siendo la de Louis Faron (*Los mapuches y su estructura social*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1969). También es muy aportadora la obra (inédita) de Florence Mallon, *La sangre del copihue: la comunidad mapuche de Nicolás Ailio y el Estado chileno, 1906-2000*.

⁹ Para un estudio reciente sobre los efectos de la pobreza en niños mapuches puede consultarse el trabajo de la Universidad de Chile: *Niños mapuches, crecimiento, nutrición y salud*, Hugo Amigo, Patricia Bustos y Marcia Erazo (Editores), Universidad de Chile, Santiago, 2001.

asumir la solución de los problemas mapuches. Otorgarle ese papel es al mismo tiempo privarse de la responsabilidad propia¹⁰.

Una tercera limitación se relaciona con el ámbito urbano¹¹. Todas las investigaciones muestran la escasa capacidad de movilización y organización de los mapuches residentes en ciudades, con la única excepción de los estudiantes universitarios de Temuco y Santiago¹². No obstante, hay algunos fenómenos nuevos que pueden tener un gran impacto a futuro. La frontera entre campo y ciudad se está diluyendo rápidamente, haciendo más fluidas las comunicaciones y contactos, y permitiendo una nueva configuración de los poderes locales, donde el municipio podría tener el rol central. Con todo, no está clara la fortuna de la apuesta política de los alcaldes mapuches (el más conocido es Adolfo Millabur, de Tirúa), de generar mayor poder propio y mayor autonomía.

Un cuarto problema es el de la atomización o segmentación del movimiento mapuche en múltiples organizaciones, cada una de las cuales se considera a sí misma como la genuina representante del pueblo mapuche. Es esta realidad la que hizo fracasar el intento de crear un Congreso Mapuche permanente¹³, y que ha llevado a que, en general, toda acumulación significativa de poder por parte de alguna organización o líder, lleva a la división del movimiento o a un conflicto con otros dirigentes u organizaciones. Naturalmente, los problemas planteados son complejos, y muchos de ellos son de larga data. Por ende, su solución es compleja y significará un largo proceso, aunque creemos que es posible al menos indicar algunas tendencias que podrían llevar a un cambio: primero, que los mapuches potenciaran su solidaridad interna, más allá de la familia y la comunidad de origen; segundo, que asumieran sus problemas como propios, y no meramente como algo derivado de un tercero; tercero, fueran capaces de generar estrategias efectivas de resolución de los mismos; cuarto, el sector urbano se incorporara activamente en este proceso junto al sector rural; y quinto, pudieran aunarse en torno a una organización político-reivindicativa, o al menos un conjunto importante de organizaciones concordaran en un trabajo mancomunado.

Desde este punto de vista, la pregunta más interesante (y acuciante) no es si el conflicto se va a mantener o no. Es altamente probable que así sea. Tampoco si su grado de intensidad se mantendrá, incrementará o decrecerá, lo que depende de diversos factores, que no viene al caso tratar aquí. La cuestión que nos parece más significativa es si se puede modificar el sentido de dicho conflicto. O sea, dejar de ser concebido por mapuches y huincas exclusiva o predominantemente como una relación de deuda entre el Estado y los mapuches. Como

¹⁰ Como bien lo vio Nietzsche en *Genealogía de la Moral* (Alianza Editorial, Madrid, 1991), la moral de la compasión consagra al caritativo como amo y al carente como siervo.

¹¹ Recuérdese que más de la mitad de la población mapuche vive actualmente en ciudades.

¹² Para una síntesis sobre la situación de los mapuches en Santiago, puede verse la Tesis de Nicolás Gissi, *Asentamiento e identidad mapuche en Santiago: entre la asimilación (enmascaramiento) y la autosegregación (ciudadanía cultural)*, Universidad Católica de Chile, Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente, Santiago, 2001 (inédita).

¹³ El primer y único congreso se realizó en Temuco en noviembre de 1997.

vimos, esta relación atribuye al Estado la responsabilidad de devolver lo quitado y reponer lo perdido, y coloca a los mapuches en la doble condición de demandantes y carentes. Distinto es si se pone el acento en la propia sociedad mapuche, y en sus problemas como algo que tienen que enfrentar primero por sí mismos, y sólo a partir de esto, definir una nueva relación con el Estado y la sociedad chilena. En el sector etnonacional del movimiento mapuche se encuentra ya el germen de este cambio de perspectiva y de actitud. Ahora bien, la idea de dicho sector de reconstruir la "nación mapuche" contiene un momento esencialista, al naturalizar la idea de nación de manera simétrica al Estado-nación chileno.

Distinta es la postura de otro sector significativo de intelectuales y dirigentes chilenos y mapuches, para el cual la noción de deuda histórica debe ser reformulada. Por un lado, debe entenderse como expresión de vínculos históricos concretos entre actores sociales específicos, y no referirse a la idea de lazos primordiales naturales. Por otra parte, dichas relaciones no han sido simétricas ni igualitarias, sino que han tenido un carácter profundamente desigual y negativo para los mapuches. De lo que se trata, en esta perspectiva, es de generar nuevos vínculos, en los que las decisiones y responsabilidades sobre el destino de nuestros pueblos indígenas sean compartidas, permitan un grado creciente de autonomía de su parte y no involucren exclusivamente al Estado, sino también a la sociedad civil chilena¹⁴. ¿Qué responsabilidad tiene ella en esto?¹⁵. Una muy significativa, y que no resulta obvia para nosotros, porque se ha naturalizado¹⁶. Nadie cuestiona la inversión que hace el Estado en la cultura chilena. Por la misma razón, nadie se sorprende que, de las muchas lenguas que se hablan en el país, la única oficial sea la castellana; o que en nuestra historia y en la legislación que dominó casi todo el siglo XX, los mapuches aparezcan como "aborígenes", "indios" o, en el mejor de los casos, como grupos étnicos. En cada esfera de nuestra vida social podríamos seguir constatando estas asimetrías. Ahora bien, estos procesos de asimilación o "integración" de los mapuches al estado nacional, sólo en la última década han comenzado a ponerse en cues-

¹⁴ Por ejemplo el planteamiento de Curin y Valdés: "La autonomía no será posible, si no se entiende como la suma de múltiples autonomías territoriales... la autonomía es un problema que requiere una doble solución, por un lado, los estados nacionales y sus ciudadanos deberán reconocer la viabilidad ética de un proyecto autónomo y, en segundo lugar, corresponde al pueblo mapuche comenzar a construir decididamente las condiciones objetivas y subjetivas para lograr una equilibrada correlación de fuerzas, puesto que la autonomía no será un regalo de los estados nacionales, habrá que ganársela" (Eduardo Curin y Marcos Valdés, "A los intelectuales; o, de cómo resulta necesario repensar la cuestión mapuche", en: *Pueblo Mapuche: desarrollo y autogestión*, Sandra Pérez Infante (Compiladora), Ediciones Escaparate, Temuco, 2000, págs. 155- 182. La cita es de la página 175.

¹⁵ Un buen panorama de la mirada de la sociedad civil chilena sobre los mapuches se encuentra en los trabajos contenidos en la revista de la Universidad de Chile *Perspectivas*, Vol. 3, N° 2, año 2000. Tres de los cuatro artículos han sido reproducidos en un libro recientemente publicado en Temuco (*Políticas públicas y pueblo mapuche*, José Aylwin (Compilador), Ediciones Escaparate, Instituto de Estudios Indígenas, Temuco, 2001), con comentarios de tres académicos mapuches.

¹⁶ Aunque sí para un extranjero sensibilizado con el tema de las minorías, que se percata inmediatamente de esta asimetría.

tión en la opinión pública, y no sabemos cuáles van a ser sus resultados y derrotos. Lo que sí está claro es que nuestro multiculturalismo es incipiente y mientras no florezca en la sociedad civil –que incluye por supuesto a la mapuche– habrá pocas posibilidades de un trato diferente a las minorías étnicas o nacionales.

Sin duda que la construcción de un Estado que reconozca y valore la diversidad cultural en Chile, un estado multicultural, es un horizonte deseable para la mayoría de los participantes en el debate emergente sobre el tema. Sin embargo, el único actor colectivo que impulsa hoy un proceso de este tipo son algunos intelectuales y dirigentes mapuches. Para que este pudiera tener éxito sería necesario, por el contrario, contar con una gran participación institucional y ciudadana, tal como lo plantea José Quidel Lincoleo, lonko de Truf Truf, y académico de la Universidad Católica de Temuco:

Así como el Estado se ha preocupado por más de cien años de desestructurarnos, podría otros cien años pensar en reestructurarnos. Eso significa que todos los estamentos deben trabajar conjuntamente y conscientemente para ese objetivo: escuelas, salud, justicia, cultura e iglesias. Porque todos deben asumir su parte, porque todos han contribuido y han sacado su parte. Las iglesias han quebrado, si no totalmente, gran parte de la religiosidad mapuche; la salud ha desprestigiado y subvalorado a la medicina mapuche; las estructuras estatales han desconocido a nuestras autoridades propias y han impuesto las de ellas. La educación ha restringido, castigado y expulsado, la lengua, el conocimiento, la cultura y toda manifestación mapuche en el niño. Asimismo la justicia, en tanto, jamás aceptó las normas mapuches y los fundamentos de la jurisprudencia propia¹⁷.

Como se puede apreciar, los desafíos a que nos enfrentamos son numerosos, pero si se logra que la sociedad mapuche y chilena, y no sólo del Estado y la dirigencia indígena, se involucren en este proceso de cambio, que tendría que potenciar la resolución autónoma de los problemas mapuches, podrían darse un cambio efectivo y positivo respecto de los conflictos étnicos en nuestro país. Hay siempre razones para ser pesimistas acerca de la viabilidad de esta propuesta. Los obstáculos culturales a una apertura a la diversidad cultural y étnica son muchos¹⁸. También hay limitaciones de orden político y económico. Con todo, existen tendencias que podrían potenciar una transformación como la señalada. Como escribió una vez Walter Benjamin: “sólo gracias a los sin esperanza nos es dada la esperanza”.

¹⁷ “Las relaciones interétnicas desde la perspectiva mapuche”, en: *Acercamientos metodológicos hacia pueblos indígenas*, Teresa Durán, Esperanza Parada y Noelia Carrasco (Editoras), Universidad Católica de Temuco, Temuco, 2000, págs. 115-122. La cita corresponde a la página 122.

¹⁸ Véase, al respecto: Rolf Foerster, “Nacionalismo y cultura mapuche”, en: *Polis*, Vol. 1, N° 2, Universidad Bolivariana, Santiago, 2001, págs. 87-110.

AUTOBIOGRAFÍA Y AUTOCRÍTICA

La historia maravillosa de príncipes guerreros y victoriosos, las de dolientes princesas encantadas en jardines de ensueño, en reinos lejanos o en la mar profunda; leyenda de fantasía o corazón, que nos distrae un momento del ordinario vivir que vivimos, siempre fue grata; melificó el alma y puso una suavidad infinita en el callado pasar de la arena de las horas. Mas también, en verdad, muchas veces el relato de una cualquiera humilde existencia cotidiana, atormentada o alegre, apacible como un lago en el paisaje benigno, o bien inquieta como hoja seca y soliviantada en ráfaga momentánea, nos cautivó con sólo oír la de unos labios temblorosos y verecundos.

El heroísmo, o lo que se ha entendido hasta ahora por tal, no sólo se encuentra en lo admirable del hecho magno, estupendo y sangriento, sino también en la virtud modesta, en el martirio ignorado y en la pupila humedecida por la ternura o el dolor que se recata en la sombra. Día llegará de seguro en que habrá horror por toda sangre derramada y en que una vida labriega que se acabó en beatitud de ignorancia y de olvido se admirará más que otra purpúrea e imperial. Y mucho más que una leyenda romanesca, aventura cierta o imaginaria, pero ajena, mucho más, repito, nos conmueve o nos emociona nuestra propia historia, el recuerdo alegre o árido de nuestros actos en el día de ayer que pasó para no volver jamás en la realidad presente. La propia novela, la historia de cada uno es la más interesante, evidentemente. Cuántas veces no os habrá ocurrido que leyendo a un autor, una sola palabra levantó en vuestro espíritu una bandada voladora y por la virtud magnífica de la evocación os trasladasteis con alma y vida a contemplar el alma y la vida que tuvisteis antaño, y así de este modo, por encima de la atención con que os retenía la aventura libresca, se levantó vuestro interés por la propia ya pasada y, tal vez, lejana, y vuestra emoción fue centuplicada. Ahora, no me engañaréis entonces que el corazón os palpitaba con mayor violencia, que no habiendo podido leer una línea más habéis cerrado el libro, o lo habéis dejado a un lado, y mirando el árbol cercano vuestra vista se ha ido empañando con un velo humedecido, hasta que habéis quedado ciegos para el minuto presente y con una penetrante claridad de visión en el horizonte distante en el que resucitáis vuestra vida que se fue, que se evaporó como la niebla de un lago azul. ¡Oh! maravilloso encanto de revivir, de recordar, de reconstruir, y de resucitar! Y todo yo lo tengo así dentro de mí, como quien dice en un palacio del cual nadie posee la mágica llave, nadie, sino yo.

La irresistible inclinación que sentimos, desde la niñez, por las *Memorias* y las *Confesiones* es, pues, perfectamente explicable. Un *Diario*, un *Epistolario* cualquiera, nos seducen de igual modo, siempre que en sus páginas la sinceridad resplandezca. Apenas iniciada la lectura comprendemos que es nuestro seme-

jante el que nos cuenta su vida, sus pensamientos, es decir, otro hombre como nosotros, hecho de la misma flaca naturaleza y de la misma insegura arcilla frágil. Y así sus errores, sus faltas y sus defectos encontrarán disculpas en el ánimo, y complacencias sus virtudes o sus éxitos.

De aquí por qué se podría afirmar que pocos libros hay en la literatura chilena que puedan competir en amenidad de estilo, en poder de seducción, por la viveza del relato, por la verdad y el colorido, por la intensidad de vida, en suma, como los *Recuerdos Literarios* de José Victorino Lastarria o *Recuerdos del Pasado* de Vicente Pérez Rosales. No hay pasaje en estos libros que deje de interesarnos, desde el principio al fin; algunos de ellos perduran indefinidamente en la memoria. Así por ejemplo, y tomando al azar, del primero, que tiene atingencia con el famosísimo autor de *Facundo*. Siempre se tendrá presente la entrevista en aquel tercer piso de los portales de Sierra Bella que estaba situado en el ángulo de la calle Ahumada; luego se contemplará en el rincón de la sala cuadrada la cama pobre y pequeña: en el centro, la mesita con su silleta de paja y sobre el suelo enladrillado, sin estera ni alfombra, los cuadernos del *Diccionario de la Conversación* dispuestos ordenadamente como en un anaquel. El hombre realmente era raro, continúa Lastarria; sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante. Después de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el general La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a punto de perecer con todos sus compañeros, por una larga y copiosa nevada, que los sitió en la casilla de las Cuevas, nos habló con el talento y la experiencia de un institutor muy pensador, sobre instrucción primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entonces maestro de escuela y soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo después, el futuro presidente de la República Argentina.

El recuerdo de esta entrevista fue siempre grato, ¿quién lo duda?, para Lastarria y lo mismo para los lectores en todo momento.

He querido citar este solo caso para justificar mi propósito de hablar de mi tiempo y de mi modesto vivir. Entiendo que no será desagradable para mis contemporáneos el conocer la historia, tal vez algo interesante, de algunos años del movimiento literario de Chile, referida de una manera bastante íntima y personal. Del mismo modo creo que les llamará un poco la atención el que hable de mis obras, así de las que van publicadas como de las otras que están esperando, hace muchos años, en un cajón de mi cuarto, que se pronuncie en su oscuridad el dichoso *fiat lux*. Estos relatos en que la autobiografía y la autocrítica se comparten, tienen siempre alguna importancia no tanto en el tiempo mismo en que fueron hechos sino en el que está por venir. Todavía hay

que agregar que en obsequio a la verdadera historia de la literatura chilena, que tendrá que hacerse algún día, debo puntualizar la parcela que en ella me corresponde, que por minúscula que sea yo no estoy dispuesto a permitir que se calle, se desconozca o niegue.

Terminados mis estudios de humanidades en mi ciudad natal, Ancud, vine al Instituto Pedagógico de Santiago, que por primera vez abría sus puertas en 1880. Recibí mi título de Bachiller en Humanidades y Filosofía al año siguiente y el de Profesor de Estado en la Universidad Nacional, en 1892. Mi vocación por los estudios literarios fue decidida y vigorosa. En mi Ancud a los doce años ya publicaba en prosa y en verso, en dos hojas juveniles, *La juventud* y *El Progreso*, efímeras hojas para las cuales escribía a disgusto de mis padres que deseaban que fuese un buen matemático. Por las matemáticas llegué a tener un horror sagrado, tanto por mi falta de disposiciones como, mayormente, por el rigor excesivo, rayano en la crueldad, de uno de mis profesores. Perdonado le tengo.

En la ciudad de Los Ángeles, para cuyo Liceo fui nombrado profesor de Castellano y Gimnasia, títulos de la Universidad los dos, comienzan a manifestarse mis primeras actividades literarias en 1893, a poco tiempo de haber llegado, cuando aún era un adolescente. Tuve discípulos mayores de edad que yo, de veinte y más años, que siempre me respetaron y estimaron. Verdad que ya era yo, como en toda la vida posterior, afable y bondadoso con los niños y ejercía sobre ellos, sin quererlo, cierta superioridad que ignoro de donde provenía.

Mientras fui estudiante en Santiago logré publicar algunos artículos sobre reforma de la enseñanza en *La Libertad Electoral*. Uno titulado "Instituto Pedagógico" fue impugnado en un periodiquillo provincial por un señor Camarón en 1892. Hay que fijarse en esto, que no sólo soy el iniciador de una reforma literaria, La primera publicación de versos la hice en Los Ángeles en *El Progresista* del cual fui después director, redactor político y cronista. Todos estos versos habían sido compuestos en el Instituto y aunque eran sencillas imitaciones de Bécquer hay en ellas el asomo y la iniciación tímida del alba futura.

Ahora véase cómo mis primeros vacilantes pasos en la lírica fueron causa de tribulación. Unas de las primeras señoras amigas que tuve en Los Ángeles, viuda y con una hija hermosa, leyó unas estrofas mías publicadas en un periódico de Concepción. Por desgracia en esos versos hablaba yo de Laura, nombre para mí antojadizo e imaginario. Y como Laura también fuese el de la hija de dicha señora, ésta me significó muy cortésmente que no quería que le inquietaran a su niña; lo que nunca se me había pasado por el magín. De la entrevista que pudo haber terminado bien, salí enfurruñado porque la dichosísima señora no quiso creer que esos versos y otros los tenía yo hechos un año atrás, mucho antes de conocer a su espigado pimpollo. Puede usted también llamar al orden al Petrarca —le agregué al final.

Era en aquel tiempo la ciudad de Los Ángeles una pequeña pero bonita ciudad. Sus casas bajas de aspecto humilde las más. Muy contadas eran las de

dos pisos. A dos cuadras de la Plaza de Armas, grande y descuidada, empezaba el pobrerío por las vecindades de la estación de ferrocarriles. En esta Plaza, al norte, estaba la Cárcel, y en el mismo lado, la Municipalidad y el Liceo en unos edificios viejos, de murallas descascaradas, en el costado sur, la parroquia del cura y el Banco Santiago; al este un gran sitio vacío. La mejor calle era la del comercio, de tiendas de trapos, mercerías, boticas, que se llamaba Colón, y al fin cerrada con el convento de la Merced. A doscientos metros de la Plaza por el sur estaba la Colonia Humán, un hermoso paseo de muchas cuadras, de quintas y chacras de colonos alemanes, largamente orillada de árboles. Aquí participé de muchas honestas diversiones, bailes y juegos sencillos y puros con las hijas de los alemanes, rubias y buenas, alegres y hacendosas. Bajo la prolongada alameda de Humán pasé millares de veces en las madrugadas, en los atardeceres, a la luz de la luna, solitario, mascullando versos, rebosante el pecho de un goce íntimo y extraño lleno de esperanzas ¡ay! de gloria, de fortuna y de honores. Las angelinas han tenido siempre fama de buenas mozas, y en general lo son. Blancas o morenas, son del más puro tipo español, ojos magníficos y dulces, alegres y benignos, la cabellera opulenta y renegrida; de talle esbelto y formas voluptuosas. Son muy sociables y hospitalarias. Es muy agradable pasar con ellas en las noches del invierno, en las tertulias y malones que se suceden con frecuencia. En el verano, en sus posesiones de campo les agrada mucho ser visitadas y agasajan a sus amigos con la mayor cordialidad. Cómo perduran en mí, con qué intensidad de colorido, aquellos días campesinos, en la época de las trillas o de las vendimias. La última temporada en el fundo de don Pedro Cifuentes, cuando fui tan espléndidamente atendido y festejado por la esposa señora Clorinda Benítez de C. y sus sobrinas, señoritas De la Barra, será la más grata a mi memoria y siempre melancólicamente inefable en mi corazón.

Los angelinos eran en su totalidad agricultores; contadas eran las excepciones. También se dedicaban con ardor a la política. De aquí que los temas eternos de todas sus conversaciones fuesen la engorda y feria de animales, la producción de trigo y vinos y las mil triquiñuelas de las elecciones. Conocí entonces a un caballero, un agricultor singularísimo, a quien jamás oí hablar en todos los cuatro años que le traté, de cosas agrícolas; pero sí perennemente de política. Las sesiones de las Cámaras, publicadas en los diarios, se las aprendía de memoria y recordaba los discursos que en ellas se pronunciaban, con rara facilidad. Era un eterno hablador y discutidor muy simpático. Alto, macizo, ancho de tórax, de bigote rubio, patilla rala del mismo color, casi roja; en el andar desgarbado; hablaba con voz vibrante y ronca que solía aflautarse cuando le faltaba la respiración en las retahílas de sus réplicas, en el Club o en el Hotel de la Melania. Los angelinos lo admiraban como a un prodigio, hasta que lo enviaron de diputado a la Cámara, y aquí, ignoro por qué causas, a las primeras de cambio sus palabras y peroratas cayeron en el vacío y crió fama de loco. Qué gran desencanto deben haber sufrido sus electores que no le renovaron sus poderes después. Y él, patriota, honrado, don Mariano Palacios, que

soñaba con hacer la regeneración del país, debe haber experimentado una más triste decepción.

Llegaba yo a los Ángeles a reemplazar a un profesor que se había disgustado con el rector del Liceo. Tal vez este hecho de ir a ocupar el lugar de un nativo de la misma ciudad y el ser un adolescente, fueron causas para que los hombres no me demostraran muchas simpatías en un principio. De modo que puedo decir que iba a ejercitar mis actividades literarias desde los comienzos en un medio completamente refractario o incomprensivo. Me entregué entonces con denodado fervor a la lectura de algunos clásicos españoles.

Por este tiempo, 1893, a raíz de la revolución, parece que el ambiente general de la República no era propicio a las especulaciones artísticas. El desenvolvimiento intelectual pareció detenerse con aquella sangrienta sacudida que experimentara el país, como si después de Concón y La Placilla, y del trágico fin del Presidente Balmaceda, continuara pesando sobre los espíritus una montaña de pesadumbres. Verdad también es que en los años anteriores, 89 y siguientes, yo no tuve noticias de un florecimiento literario. En Santiago se cultivaba la literatura con más o menos constancia y tal cual fulgor, en el Ateneo. Y, sin embargo, vivían don Guillermo Matta, don Eduardo de la Barra, don Pedro Préndez. En 1892 la Universidad de Chile convocó a un certamen para una poesía que loara el descubrimiento de América. Me presenté a tal concurso con toda la audacia de mis dieciocho años. Y confieso que hubo un momento en que creía que podría ser yo el triunfador; fue cuando oí decir que la poesía designada para el premio era una de larga extensión. La mía lo era; pero más aún la del poeta Préndez, que fue el laureado. A pesar del triunfo tengo para mí que él debe haber pasado muy malos ratos; la crítica clavó en él su colmillo frío y venenoso. La palabra *plagiario* silbó de nuevo en sus oídos con furor viperino. *Pelletan pasado por papel de estraza* —le decía un Aristarco feroz, aludiendo a las "Siluetas de la Historia"—. El principio, tan hermoso, de la oda al Descubrimiento de América, es un plagio de la "Atlántida" de Olegario Andrade, argentino —decía otro. Publiqué mi poesía "Colón" en 1893 en *El Comercio de Concepción*.

A los seis meses de mi llegada a Los Ángeles conocí a un joven agricultor que tuvo sobre mí una influencia decisiva y cariñosa, Pedro Antonio del Río Plummer. Alto, de barba rubia, ojos claros, de fisonomía franca y expresiva, elegante en el vestir, ilustrado, con diez o más años que yo, por lo menos. Acepté su superioridad y seguí sus consejos. El había estado en Europa y, poseedor de varios idiomas, conocía bien sus literaturas, y de los poetas más famosos me daba a conocer las más hermosas producciones, que las sabía de memoria y que yo escuchaba con mudo arrobamiento como si asistiera maravillado al descubrimiento de tierras desconocidas y encantadoras. Fuimos amigos cordiales. No podía ser de otra manera; con igual acendrada devoción por la Belleza nos encontramos donde nadie la tenía en aquella maleza de la antigua Arauco. Jamás se apartarán de mi memoria aquellos días cristalinos de "Tolpal", el fundo de Pedro Antonio, a una legua escasa de la ciudad, ni aquellas charlas inter-

minables, llenas por mi parte de mis vehemencias por ser algo en la literatura de mi patria. En el jardín, en el que las rosas y los magnolios floridos perfumaban el ambiente, frente a la cordillera, azul y blanca, altísima y distante, él traducía del inglés con voz vibrante y tribunicia. Así conocí a Byron, y el *Azul* de Rubén Darío fue para mí una deslumbrante revelación. Guardo todavía con cariño una copia del álbum familiar, que de uno de sus viajes a Valparaíso me trajo mi amigo, copia de una poesía del poeta nicaragüense y que seguramente no ha sido publicada antes de ahora. No cometo una indiscreción al mostrar el tesoro:

TODA LA LIRA

*Para escribir en la primera página
de aqueste libro de tan noble dueña,
he visto lo que existe
en el fondo del alma del poeta.*

*Homero, con la cítara
de resonantes cuerdas
tiene el choque del yelmo y la coraza
y el relincho del potro de pelea.
Tras el ciego de Esmirna
va el brillante escuadrón de la epopeya.*

*La vieja harpa es augusta.
El airado profeta
en sus cabellos blancos
tiene sacudimientos de melena.
Es el león sagrado
que tiene el rayo bíblico en la lengua,
y que en sus vastas iras
cuando habla ruge, y cuando ruge, truena.*

*La gran águila lírica
de anchas alas soberbias
vuelan al azul profundo
bajo la blanca luz de las estrellas,*

*A través de sus alas
se ven astros que tiemblan,
en estremecimientos misteriosos.*

*Cuando el águila vuela
sienten los inspirados
como un viento de Dios en sus cabezas.*

*De ahí nacen las odas
vibrantes como un coro de trompetas.*

*El idilio es paloma.
El idilio es abeja.
Es un ramo de mirto,
arrullo y miel y perfumada esencia.
De ahí nace la dulce estrofa mística.
la estrofa húmeda y bella
que da aroma y delicia
y es como el cáliz de una rosa fresca.*

*Esto es para una madre.
¿Qué es la madre? Una eterna Primavera.*

*Para este libro desearía ahora
todo el idilio, toda su terneza.
No oro ni batistas, púrpuras y rasos:
sí que los versos fueran
como un cesto de flores;
o que llevaran con fragancias nuevas,
las alas el arrullo y la alegría
de un coro de palomas mensajeras.*

*iHoy en nombre del hijo
ha cantado el poeta!*

Ya se nota en esta poesía de Darío el mismo aire nuevo de *Azul*, esta nueva manera que no conocíamos en América y que hizo levantar las graves orejas académicas; pero que a mí y a otros nos dio un íntimo placer, esta armonía nueva que culminó en *Prosas Profanas* y en *Cantos de Vida y Esperanza*.

Otro recuerdo de Pedro A. del Río es un libro en blanco con tapas de cuero y cerradura metálica. En la dedicatoria me dice: "Cúbranse estas páginas con los frutos de tu ingenio; darás así satisfacción a tu alma, a tus amigos orgullosos de placer, y gloria a tu país. -Tolpal, 15 de Marzo de 1894. - P. A. del Río".

No sé si se habrá cumplido todo el vaticinio que en esas palabras se contiene; pero sí, ciertamente, que las páginas del libro llenas están con mi letra menuda, irregular; en ellas mis ensayos juveniles, algunos de los cuales fueron publicados en *La Ley*, y que al leerlos hoy, nuevamente, he revivido y añorado aquellos días de los más hermosos que haya tenido yo, en paseos, en tertulias, con chiquillas y damas bonitas, con obsequiosos compañeros, con las primeras dulces tristezas del amor naciente.

El Liceo de Los Ángeles, cuando yo llegué a él, llevaba una vida languideciente. Por inquina a su Rector le hacían la guerra no pocos vecinos. Los conservadores sistemáticamente le eran hostiles. La propaganda en contra del establecimiento había tenido por consecuencia que en ese año de 1893 el

Liceo tuviera apenas una asistencia de 90 alumnos, repartidos en los tres cursos de humanidades. Los nombres de esos mis primeros discípulos, con la edad y la tierra nativa, los releo con gusto en mis apuntes. ¿Por qué milagro no fue clausurado entonces ese liceo? En los años posteriores aumentaron los alumnos. En la repartición de premios de dicho 93 fui designado para pronunciar el discurso, y este, al releerlo hoy, después de tanto tiempo, me ha dado una piadosa risa con sus largas tiradas académicas, retorcidas y empalagosas, lleno del pesimismo de los "Gritos del Combate" y con fastuosos períodos castelanos. Fui muy aplaudido y felicitado aquel día; pero tengo para mí que no me entendieron mucho los que me escucharon. Además, como contiene algunos lucidos decires que hoy me sorprenden, ellos me hacen dudar de mi paternidad. Quéde entonces contentísimo de los demás y de mí mismo. ¡Adorable ingenuidad adolescente!

Estimulado con este pequeño éxito, con el noble anhelo de ser un elemento de progreso en la sociedad, solicité del Consejo de Instrucción Pública que me permitiera abrir en el liceo, tanto para los alumnos mismos como para todos los que quisiesen acudir a ella, una cátedra gratuita de Derecho Constitucional. Esta asignatura la había seguido en el Instituto Pedagógico, la había estudiado en los tratadistas, en la Biblioteca Nacional, y mis apuntes, compulsas y comentarios sirvieron para hacer más de la mitad de la clase al novel profesor don Domingo Amunátegui S. Estaba, pues, yo bien preparado para enseñar y comentar nuestra Constitución a jóvenes y adultos que no la conocían. Obtenida la licencia, invité a los angelinos para la primera lección del curso. Preparé una pequeña introducción para encarecer la importancia de la educación cívica y el conocimiento de nuestra Carta Fundamental. Llegó el domingo, el día señalado, y después de mucho esperar tuve un auditorio compuesto del rector del liceo, un profesor y diez alumnos. Leí la introducción que llevaba escrita y en seguida hablé durante una media hora más, con pena y despecho interiores ante este primer fracaso. Aunque no he vuelto a hablar en mi vida de Derecho Constitucional, sigo creyendo que existe en los establecimientos de instrucción secundaria la necesidad ineludible de enseñarlo en una asignatura especial.

En el año 1894 puedo decir que se verifica mi nacimiento a la pública vida literaria. Pero hay que ir ordenadamente. En enero de este año comenzaron con ardor los trabajos políticos en Los Ángeles, para las elecciones de diputados y senadores. Llegó a hacerse cargo de la propaganda, en la prensa, de los candidatos radicales, enviado desde Santiago, el joven Marcial Cabrera Guerra. Era de pequeña estatura; pero de complexión recia y maciza. Firme y seguro paso en el andar. Cabeza grande, aunque no desproporcionada. Mirada inquisitiva y entre risueña y dominadora. La nariz acaballada, el bigotito rubio, los labios de pulpa gruesa y el mentón fuerte y como levantado, le daban una singular característica. Palabra fácil y abundosa. El ademán resuelto. Todo en él indicaba el hombre de valer, de talento vigoroso, sin miedo y sin tacha. Destinado a triunfar en la vida, por tantas dotes excelsas, su inquebrantable entereza de carácter y una maldita enfermedad después, le derrumbaron de

tumbo en tumbo hasta los abismos de la locura y de la muerte... Pero no precipitemos los acontecimientos.

Cabrera Guerra tenía cuando lo conocí, según él me dijo, veintitrés años; pero representaba más. Formamos, desde luego, una trinidad inseparable con Pedro A. del Río durante los tres meses que el primero estuvo en Los Ángeles. Íbamos por los paseos, por los campos, en largas caminatas a pie o en el factón que manejaba Pedro Antonio, enfrascados en tópicos literarios, o recitando versos, sobre todo Marcial que tenía una memoria de maravilla y que declamaba admirablemente. Entonces nos reveló, a Pedro Antonio González y me dio la primera noticia del Decadentismo Francés que venía a renovar la literatura y a señalar nuevas orientaciones en el Arte, especialmente en la Poesía. Díjonos versos nuevos de Rubén Darío que había empezado resueltamente en Buenos Aires la cruzada renovadora, y de otros poetas americanos, como Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, etc. Y al mismo tiempo se burlaba donosamente de mis clásicos, de Quintana y Núñez de Arce, de Espronceda, Bécquer, Zorrilla y Campoamor. — “No, no, señor profesorcito; todos esos estuvieron bien en su tiempo —me decía—. Los poetas nuevos, los poetas modernos deben ser de otro modo” —Y se moría de la risa cuando yo cándidamente le hablaba de mis lecturas de la Biblioteca de Rivadeneira—. “Su ambición de hacerse un hombre ilustre en las letras me gusta; pero no comience por la Academia” —me gritaba— “La Academia es una momia y huele a podrido...”. Y su ademán y la energía de sus palabras infiltraban no sé qué convencimiento. Yo pensaba mucho todo aquello, sin asentir por completo a ésas que creí siempre huecas blasfemias contra los clásicos, padres en todo tiempo del buen decir y del más noble pensar. Él mismo recordando este mi estado de ánimo entonces, dice en el prólogo de mi *Campo Lírico*:

“Habríais de reiros si yo os contara que este demoníaco poeta, este gavillador exuberante, era un arcaico y clásico prosista, un sintáxico literario, un hablista de léxico y un exégeta *ad pedem*, en el fondo de un remoto pueblo de provincia, en la lejana región del antiguo Arauco, donde yo lo encontré, hace seis años, todo fatuo en el grotesco pedantismo de un flamante pedagogo, recién construido en los astilleros del Instituto, bajo la anticuada disciplina de los puristas. Reglas, léxico, erudición, fábrica poética, todo en él era fundado sobre los manuales de composición y las hormas del catedrático de Castellano, que se leía los romances y villancicos del siglo XIV en la Biblioteca Rivadeneira y aprendía el índice de galicismos en la gramática de Cuervo...”.

Contar las verdaderas inquietudes que yo tenía por encontrar pronto una solución al problema que tenía delante de mí, no es posible. El majestuoso y rotundo período castellano a la antigua usanza, comenzó a ser ya no muy de mi agrado y, debo confesarlo también, la poesía de Núñez de Arce cayó en mi desfavor. En cambio, “El Proscrito”, “París y Roma” y otras de González publicadas en *La Vanguardia* de Santiago, semidiario precursor de *La Ley* famosa, me producían hondo deleite espiritual; había en ellas algo del aliento de Hugo. ¿Estaría por aquí la senda que debería seguir mi espíritu sediento de gloria? ¡Cuán difícil me era contestar el interrogante!

Sucedió que en medio de aquellas hondas tribulaciones no dichas a nadie, guardadas y sufridas en lo más hondo, llegué a conocer en Cabrera al orador. El propagandista escritor, serio y doctrinario, en frase corta y bravía, ya lo había aplaudido. Mas he aquí que en una asamblea, alguno pidió que hablara el periodista de Santiago. La cosa era imprevista. Marcial se excusó al principio, porque "así, de repente...". La asamblea toda a grandes voces reforzó la petición singular. Él se levantó nervioso, trémulo, apoyó su mano derecha en la mesa cercana y levantando la mano izquierda en actitud de imponer silencio: - "Pues, quieren que hable? De cierto que el arrepentimiento ha de ser para ustedes, y para mí la satisfacción de decir la verdad...". Y entre la admiración de las gentes las enrostró con rudeza su falta de entusiasmo en la campaña liberal, y no recuerdo qué más. Pero qué actitud de tribuno, qué voz poderosa, qué acción, como si hubiera querido irse encima del enemigo a quien apostrofaba con frases vibrantes y sonoras como una tralla. Al fin, fue el caso que se conquistó una ovación formidable, de tal modo que cuando otro señor quiso perorar, el público entusiasmado no lo permitió con sus vivas a Cabrera Guerra y a los candidatos a diputados, don Beltrán Mathieu y don Erasmo Vásquez. El alcalde radical le ofreció esa noche una cena en el Club. Al día siguiente en la mañana no se hablaba de otra cosa sino de este triunfo de Marcial. Era un día domingo me acuerdo. Le presenté a aquella linda dama, quien naturalmente, lo cumplimentó por su éxito. Cuando después de tres meses se volvió a Santiago y me envió desde aquí una poesía para que fuese publicada en *El Progresista*, me admiré de dos cosas, de que también fuese poeta y del enigma que descubrí. Recuerdo la primera y la última estrofas:

EL BOUQUET

*Como un adiós que no pudimos darnos
ella me envió el bouquet de pensamientos
que al llegar a mis manos aún traía
el calor de su seno.*

Continúa el poeta diciendo que guardará el ramillete en su joyelero en prueba de un amor que será eterno, y al depositarle, de rodillas, termina:

*¡Oh santo cofrecillo, tú eres el ara
ante la cual turbado me prosterno,
porque en tu fondo bulle toda entera
mi vida hecha recuerdos.*

El día que él partiera de Los Ángeles, no recuerdo por qué estaba yo ausente de la ciudad. Cuando volví me encontré con este papel que guardo amarillento, de tantos años, escrito de su puño y letra, y en francés:

Mr.....

Cher confrère:

Je pars à cette heure avec l'immense chagrin de ne pouvoir serrer ton main pour la dernière fois.

Que vous soyez heureux et que toujours vous maintient loyalement c'est que je souhaite.

Tout a vous,

M. CABRERA GUERRA

LE 6 / ABRIL / 94.

II

Al llegar a este punto de las memorias que voy escribiendo me asalta un temor y me pregunto si ellas tendrán algún interés para los demás, si así no estaré demostrando una gran petulancia al creer que mi vida literaria puede ser digna de llamar la atención de las gentes. Quedo en suspenso unos minutos; pero continúo después de haber meditado y escuchado la voz interior que me aconseja seguir —¿Estás tú muy seguro— me ha dicho— que por modesta que haya sido tu actividad, no tendrá ella alguna importancia el día de mañana? El destino quiso que llegaras en el punto y hora necesarios para ser en tu pequeña república lo que ningún otro había hecho anteriormente. ¿Entonces no se han de saber las rudas batallas que peleaste, las invectivas que sufriste, ni tus amarguras, tus desalientos, tus energías por tu ideal artístico? Además piensa que todo ello ha de redundar en honra y prestigio de tus Islas, que si ya ilustraron al país con tantos talentos y contribuyeron a sus glorias guerreras, no le habían dado todavía un cantor de lira. Evita en cuanto sea posible otro pensamiento. No temas escandalizar a tus contemporáneos. Fija la vista más allá...

De vuelta Cabrera a Santiago me escribía con alguna frecuencia. Con mayor yo le instaba para que me enviase libros y revistas de los correos que recibía del extranjero. Y comenzaron a llegarme algunos del Salvador. *La Pluma* de Arturo Ambrogi, que me encantaba; tal cual número de *La Revue Bleu*. Yo no leía, devoraba en mi apartamento araucano; veía como a través de un esfumino mi camino de Damasco. Releí *Los trabajadores del Mar*, y encontré un Hugo distinto del que había conocido en mi isla, un sentido nuevo magnífico. Después vino Poe que me produjo un efecto que hoy mismo me es imposible analizarlo. Escribí entonces más de un cuento demoníaco y abracadabrante, ensayando, así como yo lo entendía, la prosa modernista, la palabra de noble prosapia y las nuevas elegancias. Mi verso, poco cuidado antes, traté de ductilizarlo y hacerlo suave y obediente. Mi gimnasia mental era cotidiana.

En esta búsqueda de mí mismo andaba cuando apareció *La Ley* en Santiago. Ciertamente, nunca pensé al leer los primeros números que tanta influencia hubiera de tener en mi vida este diario. Solicité de Palazuelos, inmediatamente, ser su corresponsal. A vuelta de correo tuve su beneplácito y una carta de Cabrera en la que me decía que también podía enviar colaboraciones literarias, prosa y verso. Vi mi campo abierto. Por fin podría yo salir de la oscuridad

en que vivía y lanzarme a la conquista de nombre y fama, sin pararme un punto a considerar la magnitud de la empresa ni la debilidad de mi armadura, que las heridas que en esta conquista se reciben son las más dolorosas, que no hay nadie que compasivo las restañe y que nunca acaban de cicatrizar, ni aún con el transcurso del tiempo.

Es innegable la influencia que, desde el primer día de su aparición, ejerció *La Ley* en todos los departamentos de la actividad nacional. Esta hoja da en Chile el concepto moderno nuevo, del diarismo; variada, vibrante, con sus artículos de índole diversa, ágiles y ligeros aún en las materias más áridas. Por primera vez se adunan a la valentía de expresión, a la rotundidad de la frase, la ironía y la gracia, el buen humor y el fustazo. No sólo da cuenta de la vida de la Metrópoli, sí que también viene pletórica con la de provincias, a las que dedica atención preferente por tal manera que puede decirse entonces que *La Ley* no es sólo portavoz del partido radical sino del país entero. Y por la atención que dispensó a la producción mental, por su protección eficaz a las letras y a las artes, ella fue indudablemente un factor importantísimo, sino el primero, en el renacimiento artístico y literario de Chile.

Pronto *La Ley* publicó poesías de González, de Dublé Urrutia y las que yo enviaba. Mis prosas literarias se alternaban con las de Tatún (Benjamín Vicuña Subercaseaux), A. de Géry (Emilio Rodríguez Mendoza), Oliverio Bertin (Ángel C. Espejo) y Pedro O. Sánchez, médico. Cito sólo aquellos que tenían para mí un mayor atractivo. Naturalmente el tema de mis versos era el amor, y al estilo provenzal, es decir a una mujer que no existía sino en mi ardorosa imaginación; pero también un amor viril, no de ese almibarado y empalagoso de los aguachirles de aquel tiempo. Mi verso ya se había hecho fácil y había adquirido cierta nobleza de expresión. Ved el principio de una poesía titulada "Ella".

*Ella es la estrella de la noche oscura
de esta noche sin fin de mis pesares.*

¡Qué espléndida fulgura!

*Ella me guía en los revueltos mares,
los que surca la barca de mi vida.*

*Qué me importa que rija y que se encrespe,
que amenace atrevida*

*la ola gigantesca que serpea
con el penacho de la blanca espuma,
sí de la entraña de las ondas verdes,
flotando entre la bruma,
radiante surge Venus Cítarea?...*

A fines del 94 hago la suma de mi labor y puedo decir con íntimo regocijo: No he perdido el año. De mis prosas publicadas recuerdo la que lleva por epígrafe "Un Poeta", manifestación admirativa y cariñosa a Pedro Antonio González, la primera que él leyera en letras de imprenta, como él mismo decía

después. Mi producción lírica ya tiene, desde entonces cada vez más, su sabor característico. Busco de preferencia los ritmos más armoniosos y las palabras más bellas o raras y relucientes como medallas nuevas. "Literatura Extranjera" de Gómez Carrillo me había dado noticias de los rumbos novísimos de los poetas de París de Francia. Así quedó decidida mi orientación: sería un *modernista* y haría en Chile lo que Darío y Lugones en la Argentina, y en el Perú Chocano, para no nombrar sino a los vecinos. A poco rato oí por primera vez la palabra de mōta y el ladrido feróz: ¡Decadente! ¡Cuántos años tendría que seguir oyéndola y siempre con creciente intensidad, con odio creciente!

En enero de 1895 vi al famoso Novelli representar el "Otelo", en Concepción. Mi entusiasmo maravillado se tradujo en un ditirambo en *La Ley*. Novelli lo agradeció telegráficamente.

Tuve por este tiempo un amigo en Los Ángeles, joven apasionado de los versos, ánimo varonil y espíritu recto, estudiante que se complacía en buscarme en sus vacaciones para decirme cosas propicias a mi arte y para el advenimiento de la lírica nueva: Domingo Contreras Gómez, el único angelino que me deparara la suerte, devoto de Musageta y cuyos labios en un tiempo bebieron en la dulce Castalia. Él me invitó a un paseo al fundo de unos de sus primos, que estaba pasado el pequeño Rarínco. Estuve una semana deliciosa en amable compañía. La hora de mayor encanto para mí era la de la noche, cuando en un montículo de paja, en pleno campo, la primita y las hermanitas de mi amigo daban, bajo el resplandor del cielo estrellado y de la luna azul de plata, las voces cristalinas y seductoras en canciones y romanzas de amor y de melancolía. En esta heredad campesina hice la que titulé "A mi Hada Lili":

*Hada rubia de bucles sedños,
tú que duermes envuelta entre tules
en connubio feliz con los sueños
en los prados de flores azules.*

*Tú que escuchas el ritmo gigante
de las arpas del bosque sombrío,
vuela presto en el carro brillante
a calmar del poeta el hastío.*

*En el carro de ruedas de oro
que fustigan los genios con alas,
vuela rauda a esparcir el tesoro
de tu amor, tu hermosura y tus galas.*

*Delirante y enfermo te espera
con el himno sagrado en la boca,
porque siente que ruge la fiera
que a combate mortal le provoca.*

*Que recline sus pálidas sienes
en tus mórbidos pechos turgentes,
que vislumbre rosados edenes
al mirar tus pupilas fulgentes.*

*Que respire el perfume del nardo
en tus bucles rizados y rubios,
que mitigue sus penas el bardo,
que se embriague en los áureos efluvios.*

*Que en tus labios color de la guinda
la libélula errante del beso
melancólica y bella se rinda
esperando otro labio cerezo.*

*Y pulsando la lira sonora,
la de cuerdas de rayos de estrella,
canta el himno coral de la aurora
con las rimas triunfantes y bellas.*

*Y verás cómo al pálido bardo
al sentir en su labio otro labio,
al beber el perfume del nardo
presto olvida el recóndito agravio.*

Como puede verse en mi "Campo Lírico" en el cual está incluida, tiene nueve estrofas todas fantasía e ingenuidad. Vio la luz por primera vez en *La Ley* y lleva al pie de la firma el nombre del lugar en que había sido hecha: "En el Mirador de Curanadú, febrero de 1895". Una semana después de publicada, aparecía en el mismo diario, en el número del 4 de marzo, una parodia burlesca que hizo las delicias del cretinismo enemigo, de la ciudad araucana y de los pehuenches santiaguinos. Tiene por título "A mi Hada Cocó.- A un poeta *decadente* con motivo de su Lili. La firma Ocvio Val. Palomar de Copequén, marzo del 95".

Apuré mi ruibarbo aquel día y me fortifiqué en mi orgulloso desdén y en el propósito de ser uno nuevo. Supe después el verdadero nombre de mi burlador. Hoy que cayó para siempre en la nada tengo para él un piadoso olvido. Las amarguras de un día, las acideces que nos dieron enemigos gratuitos, suelen cambiarse con el tiempo en mieles sabrosas. Pero cómo me acuerdo de la explosión. Recibí muchos anónimos, desde el hipócrita que me aconsejaba que no escribiera porque no tenía yo un adarme de talento, hasta el desembozadamente perverso, lleno de insultos soeces que declaraban bien la leche de verdulera en que se había amamantado el infeliz. Era para mí del todo incomprensible, como todavía hoy lo es, que se levantara a mi paso tal montaña de ataques por decir en verso cosas inocentes, infantiles, como si hubiese perpetrado una iniquidad. Mucho me descorazoné en un principio en la soledad

en que vivía. ¡Ah! con qué odiosa figura se me presenta aún la del grave señor provinciano que se pavonea porque ha hecho dinero destripando terrones, iletrado e idiota, y se burla del arte y del ensueño entre una sonrisa y un regüeldo! ¡Y cuán inmisericordes son todas esas pequeñas sociedades rurales para los que demuestran alguna clase de superioridad mental! Hasta en una mujer odian la belleza y la calumnian.

En verdad, en verdad, os digo, que no son débiles los torcedores que a los veinte años se experimentan cuando, soñando con la gloria, se emprende el camino y a los primeros pasos se siente en carne viva la mordedura, la fría encía del áspid. El desconocimiento burlón de los que me rodeaban no me importaba tanto como el ataque de la metrópoli, en donde yo creía que una cultura superior traía aparejada, si no la benevolencia, la tolerancia para el intento inocuo. Lanzado el primer guijarro siguieron otros. Muchas largas y severas orejas se asomaron por entre las columnas de la prensa. Pero no me resigné a morir lapidado como San Esteban y me decidí a callar a fustazo limpio la horrisona comparsa del rebuzno. Aproveché la oportunidad que me daba un artículo que con el título "LOS DECADENTES americanos" publicó en *La Ley* un señor J. E. Moreno. En el mismo diario se dio a luz mi réplica *que puede ser considerada como el primer manifiesto que de las tendencias modernistas se viera en Chile*. Copio:

PROTESTA

Quieren que la idea vista siempre harapos: desdeñan la vestidura espléndida que la hermosea como una reina.

¡Eh! ¿Para qué la expresión rotunda, que tiene reflejos de iris, cabrilleante, que hierde como a chispazos, que tiene el ritmo de un pentagrama?

Y a los partidarios del arte nuevo les llaman *decadentes*, corruptores del idioma, revolucionarios y demagogos.

Los burgueses literarios siempre temen las revoluciones provechosas, aquellas que obligan a dar un paso adelante en el sendero del arte.

Han sido los enemigos de toda buena innovación.

Ellos fueron los adversarios de aquellos que quebrantaron la coyunda de reglas arbitrarias, de los que se levantaron contra el despótico reinado de las antiguas tradiciones artísticas; ellos fueron los enemigos de aquellos que señalaron nuevos derroteros e imprimieron nuevos rumbos a las literaturas, de los que dieron a luz obras portentosas que vivirán en el espacio y en el tiempo porque llevan el sello de lo grande. Ellos, los burgueses literarios, fueron los enemigos de aquellos que no siguieron las viejas reglas aristotélicas, gastadas por las viejas, arbitrarias e ilógicas; de los que protestaron contra una estética convencional y se atrevieron a proclamar los derechos, burlados antes, si no desconocidos, de la gran naturaleza; de los que defendieron la imaginación genitora que fue ritmo en la lira de los grandes trovadores, que animó los mármoles de Carrara, que recogió los efluvios de luz y los dejó para siempre en los lienzos de los grandes pintores.

Los románticos que enriquecieron los idiomas con nuevas, elegantes y necesarias dicciones, que los hicieron flexibles y dúctiles, que formaron una brillante constelación en el cielo del arte, tuvieron que sufrir de la vieja burguesía el ataque duro e injustificado, al son de las fanfarrias de Aristarcos de voz cascada. ¡Y cómo no habían de alarmarse los buenos señores contra los que se apartaron de los caminos que siguieron los aristotélicos poetas de la centuria clásica, contra los que no acataron el arcéopago de Boileau, Corneille, Racine, Voltaire...!

Y ahora en las postrimerías de este siglo, también se ataca rudamente a los que proclaman la libertad en el arte.

¿Que no se sujetan a reglas?

La inspiración es libérrima, es soberana, no debe encadenarse. Las reglas son para la inspiración como la túnica de Neso; las reglas, plomo que oprime las alas tornasoles, que impide remontarse al eterno azul... dejad que la inspiración vuele por los espacios inconmensurables, libre como el viento, y os traerá música y colores en apoteosis radiosa.

Dejadnos hacer a nosotros, dejadnos hacer en paz la túnica chispeante de pedrería, de reflejos y cambiantes irisados; dejadnos tejer en paz la túnica de brocado regio, de hilos de oro y argento, que también brilla y espejea por modo magnífico y... vosotros continuad, si queréis, tartamudeando como viejos valetudinarios.

Y no creáis que amamos solamente la palabra, que somos idólatras de la forma. Hay cien testimonios que afirman con elocuencia abrumadora que amamos la idea grande, robusta, el fondo conceptuoso. Y en poesía no adoramos, por más que se diga, la que sólo se baña en la fuente Castalia. Nuestra poesía es inminente subjetiva, sicológica, satisface todas las aspiraciones, está en concordancia con los gustos y exigencias de esta centuria; sube hasta los zodíacos áureos o desciende a las oscuras regiones de la reflexión a alumbrarlas con torrentosos efluvios, siempre poderosa para cantar las delicias y bellezas supremas como las inquietudes y vacilaciones del alma, y siempre llena de majestad como una diosa.

No hay que temer el *eufismo*, ni los *concetti*, ni el gongorismo. Vamos a la restauración del buen gusto, embelleciendo el idioma. Queremos que no se diga de él lo que en el siglo décimo sexto, el magnífico cantor de Lepanto: "Hemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es más corta y menesterosa que ella, siendo la más abundante y rica; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido a extrema pobreza".

Y no se diga que nuestra lengua no se presta y no admite ornamentaciones. Ella tiene languideces como suspiros; es toda armonía, es toda luz; tiene la majestad, la rotunda expresión bíblica. "Es rica, sonora, suave y enérgica, vigorosa y fácil, libre en la colocación de las palabras, varia hasta en lo sumo en sus acentos y sonidos; a propósito para todo género de asuntos, desde el más tierno y delicado hasta el más elevado y sublime". Así dice un distinguidísimo talento español, Martínez de la Rosa, si mal no recuerdo. Si hay otra que le aven-

taje en dulzura, si hay alguna más soberbia, los simbolistas tratan de enriquecerla con las cualidades que le faltan. Y si aquellas preciosas cualidades cuentan ¿no es un crimen el que no se aprovechen? Si la mina es grande y rica, llena hasta el borde, ¿por qué no explotarla? Si algo le falta ¿por qué no dárselo? Y por cierto que todo ello no será inútil. No serán cosas del Bajo Imperio, aliteraciones bizantinas.

Hiere con más fuerza, deja más honda y duradera impresión la idea que lleva la vestidura de gala de las elegantes palabras, exóticas si son necesarias; así cautiva mejor, deleita mejor. Ni más ni menos que como la mujer bella que cubre sus encantos, dejándolos adivinar, dándoles el incentivo de lo velado a medias, con blondas y encajes flamencos, con filigranas delicadísimas.

El ideal en el arte debe ser idea bella dada a conocer con palabras bellas. Y ese es el ideal de los simbolistas, decadentes, modernistas, como queráis llamarlos. Las flores, bellas condensadoras de la luz del espectro solar, siempre se ven mejor en el búcaro de viejo Sevres o en el jarrón de porcelana de la China cubierto con japerías admirables y deliciosas. Se le encuentra no sé qué sabor a néctar de los dioses al Rin pálido que se bebe aprisionado en el finísimo cristal florentino.

Lo que necesitan las gentes de este siglo es que el arte se transforme; quieren nuevas formas. El manjar de la sencillez clásica tiene olor a descomposición. Lo clásico tiene la voz temblona, es ya un viejo chocho.

El arte modernista es el arte del progreso, el verdadero arte del porvenir; es hijo de la evolución intelectual, resultante necesaria de las evoluciones precedentes; obedece a leyes históricas; lleva el gorro frigio porque es innovador, revolucionario si queréis; echará abajo todas las Bastillas, abolirá todos los privilegios, destronará las monarquías caducas y tendrá su Mirabeau y sus girondinos. Después todos harán la justicia, muchos le erigirán altares y quemarán en ellos, no la resina de los bosques, sino los ricos perfumes orientales en incensarios de oro macizo.

No hay que lanzar el anatema contra los que marchan en busca del ideal, entusiastas y fervorosos; no hay que condenar a los modernistas americanos, a esa nueva constelación que comienza a fulgurar en las regiones del arte, a los nacientes ingenios que ya han dado, algunos de ellos, frutos deliciosos; que acaso, y sin caso, están destinados a formar época gloriosa y memorable en los anales de la literatura universal.

En cuanto a los modernistas chilenos, no harán sino propender, como los otros, a la formación de una literatura, si no nacional, americana. Hay bases sobre qué levantarla, por más que algunos crean lo contrario. Si nuestra civilización y costumbres son las mismas civilización y costumbres europeas, tenemos tradiciones y leyendas distintas, tenemos otro temperamento, otro medio; tenemos antiquísimas tradiciones poéticas que darían tema a los ungidos del Señor, vetas riquísimas que se ofrecen gratuitas a los ojos de todos los artistas, de todos los videntes. Y cuando se aprovechen tantas riquezas la deseada literatura se habrá formado. ¿Por qué hay que desesperar? Siempre no se ha de

vivir encerrado en los viejos moldes. No hay que hacer continuaciones sino cosas nuevas.

Entretanto, los modernistas que son los precursores en América de la literatura del porvenir, seguirán en la obra, decididos y empeñosos, porque obran por convencimiento, sin vacilaciones ni timideces pueriles; acallarán todas las críticas y merecerán bien del arte, aunque protesten los burgueses.

Por lo demás, el señor Moreno *puede quedarse con el sombrero puesto*.

Hasta aquí lo impreso; pero hay que añadir lo que está escrito de mi letra, a continuación, en mi libro de recortes: "El original fue con mi firma a *La Ley* (se había publicado el artículo sin ella). Y añadía algo infantil: Es muy probable que hayan tenido miedo a las consecuencias de mi audacia". Pocos días después agregué la siguiente anotación: "Este artículo fue contestado por J. E. Moreno muy respetuosamente. Aquello fue una explicación que me satisfizo plenamente. Puede verse en el número de 21 de abril de 1895 de *La Ley*".

Seguí en una labor intensa, con muy raros intervalos de descanso. Mi producción literaria de este tiempo aparece en *La Ley*, *La Revista Cómica*, de Santiago y *El Progresista* de Los Ángeles. En este periódico bisemanal me ejercité no sólo en el artículo sesudo de política doctrinaria, sino también en la prosa ágil, coloreada y pintoresca. La mayor parte de las poesías de mi *Campo lírico* se publicaron en este año. Una de ellas, "Primaveral", fue criticada en *La Revista Cómica* por Antón Perulero, Efraín Vásquez Guarda, quien decía al principiar: "También en Chile hay *colibríes decadentes*; y sino que lo diga don Antonio Bórquez Solar, en Los Ángeles, que no me dejará mentir". Otro señor me dedicó unos versos "crisantemo", malitos pero con buena intención. Y Al poeta decadente, etc., se leía en el epígrafe. Ya era, pues, conocido, y yo el único, como el poeta decadente, es decir innovador, reformador, si queréis revolucionario. La labor que yo había iniciado en Chile era la misma, ciertamente, que en otros países hispanoparlantes se verificaba. La influencia de Rubén Darío es innegable; pero no fue jamás imitación servil ni fue nunca poderosa a empalidecer mi personalidad artística que con relieve propio y bien acentuado se destacaba.

Al mismo tiempo que esta personalidad se alzaba, se la hacía blanco de los venablos que partían de los cuatro puntos cardinales. En una sección que titulaba "De la Escarcha" en *El Progresista* y que yo firmaba "Príncipe Azur", llegué a decir justamente airado, en el periódico angelino:

"Decid a esos minúsculos sátrapas, a esos pobretines literarios, que han de tener que reconocer mis escasos méritos, mal que les pese. ¡Eh! ¿Qué importa? Bregaré hasta el fin. Solo, solo escalaré la ingente montaña, sin ayuda de nadie. Y entonces cuando triunfe, a nadie deberé un ardite, cuando esté en la cumbre... ¡Qué me importan los escarpes y picachos!

¿Por qué no admitir ese arte nuevo que ensancha los horizontes y que brilla como cien nebulosas de soles refulgentes en la inmensidad del Cosmos infinito?

Y si creéis que es malo, dejadlo al tiempo. Este dirá. Si es obra antinatural, sólo ha de morir; si no lo es, nada conseguiréis por más que lo pongáis mil veces en innumerables lechos de Procusto...".

Esto escribía en 3 de agosto de 1895. Los minúsculos sátrapas estaban en *La Ley*, que no publicaba mis trabajos tan seguidamente como yo quería. De uno de ellos recibí una carta en la que me refería que en la tertulia de la gente grave del diario, alguno había dicho que mis versos eran señal manifiesta de desequilibrio mental, de una lesión orgánica en la masa del encéfalo. (Ese pobrecito murió después en un asilo de locos). Y si esto pasaba, puedo decir en mi propia casa, imaginaos las vociferaciones de la calle pública. Por todo esto puedo agregar con justísima razón que el caso mío ha sido único en esta tierra: ninguno antes que yo, prosista o poeta, fue tan acerbamente combatido. Y ello era sólo en los comienzos, ¡Qué mucho, pues, que ante la saña que promovía el modernismo que yo iniciaba, no hubiese ningún otro que resueltamente me acompañase! Hay que dejar constancia de esto y con toda la documentación de la época, de diarios y revistas, tanto más cuanto pueda andar por ahí un audaz que intente pavonearse con mis plumas. Por fortuna no me he muerto todavía y mientras viva he de dejar bien deslindada y defendida de malsines la parcela lírica que me tocó cultivar.

Por suerte también aparecía en *La Ley*, en esos precisos momentos de mis insurrecciones, un largo artículo que tenía por epígrafe "Block Notes Del Simbolismo", firmado por John Elder, y en el cual se estampaban estas frases:

"Príncipe Azur sustenta cual férreo vigía la estrella del simbolismo, marcando el rumbo a los inexpertos y a los timoratos. Su "Canción del Bronce" tiene rasgos de mayor sublimidad que la "Canción del Oro" de Rubén Darío. Semejante a Des Esseintes, el personaje de "A. rebours", experimenta Príncipe Azur "el cansancio de lo natural". Su filosofía literaria se parece mucho a la de Huysmans en sus concepciones mitad místicas, mitad diabólicas; y en la estructura de sus frases suele ser más atrevido que Stéphane Mallarmé, a quien parece seguir.

"Para *Príncipe Azur* tienen forma los perfumes, los sonidos, color, las flores, alma, el césped, sueños, el musgo sus tristezas, la naturaleza entera, sentidos y pasiones. Todo lo material habla, y sonrío, y bulle, y llora, y goza y sueña; lo inmaterial es representado con grandes imágenes. Mide con una gama absoluta las notas del pentagrama y los colores del espectro solar. Adora al profeta Isaías con la misma ingenua admiración que a Mahoma. Cree como Mirabeau que el único lazo de unión de la humanidad es la benevolencia, son las buenas obras, es el amor...". Hay todavía más, mucho más, en elogio del poeta; pero ello todo puede reducirse a esta afirmación neta: Príncipe Azur es el único simbolista que hay en Chile.

Confieso que esta sola página me indemnizó con creces en las tribulaciones de mi batalla. ¡Ni qué bálsamo maravilloso, ni que nepente igual en dulzuras! John Elder, ¿quién eras tú? Gracias te sean dadas por siempre. Descartando los lirismos y exageraciones en mi favor, lo que escribiste es hoy para mí un documento carísimo.

Aparte de estos achaques literarios, era una vida tranquila y hasta deleitosa la que yo hacía, en tertulias, bailes y paseos. Ya he dicho que las angelinas son bonitas y añadiré ahora que también son hospitalarias y muy sociables. Son muy aficionadas a la música, a la lectura y al baile. Jamás olvidaré yo aquellas noches de invierno que pasé en animada charla o danzando incansable, ni menos aquellas cenas opíparas en las que, quieras que no quieras, había yo de brindar y en la que me aplaudían tan sin merecerlo, ¡Qué he de olvidar tampoco aquellos paseos a caballo! Las señoras solían ir en coche o en carreta a las quintas cercanas, en tales ocasiones. La guitarra no podía faltar. De estas excursiones campesinas volvíamos ya casi oscurecido, rebosando alegría, cantando, acompañando la dulce voz femenina. ¡Y qué bellas canciones populares! Los de a caballo al lado de las amazonas. Y que realmente lo son las angelinas, pues cabalgan con firme destreza y gracia singulares. Entonces mi corazón cerrado como un pebetero, encendido de perfumes se abría al amor... Pero esto es flor, flor de harina de otras hostias.

Es del mismo modo digno de perenne recordación mi primer viaje a la cordillera argentina, a los Copahues, baños termales. Fatigoso fue para mí el viaje; pero pintoresco en grado superlativo. De ida pasamos a un asado en Las Canteras, el fundo en el que transcurrió la infancia de O'Higgins. En el pueblito de Antuco, en las faldas del volcán, en la casa de la familia Bernaldes nos estuvimos cuatro días. ¡Tanta fue la amabilidad de los dueños de casa! Con pena salimos después para Peluca, villorrio casi al pie del volcán. Vimos, a mucho andar al oriente, más allá de las lavas y escoriales, la grande, la enorme laguna del Laja. Recuerdo que hemos andado a lo largo de ella tres horas, al galope del caballo, antes de darle fin. Tendrá, pues, aproximadamente, nueve leguas de largo. El agua de la gran laguna es de azul intenso en una parte, y en otra es de un claro verde esmeralda. Del lado argentino, en el momento de descender del Copulhue, en la línea divisoria, dimos un ¡viva Chile! bien arrotado y paramos los relojes a la hora de la pasada: eran las diez y media de la mañana. Y se me estaba olvidando decir que mi compañero y guía era Domingo Contreras Gómez, del cual ya he dicho que conocía esta ruta cordillerana palmo a palmo. Antes de bajar a la laguna del Drolope encontramos un gran monolito, casi redondo y de un metro y medio de altura, y cumplimos el rito tradicional: le dimos una vuelta andando lentamente, para que nos fuera propicia la suerte. Pasamos a la vera de una gran mancha de pinos araucarias, muy altos, en cuyo follaje el viento cordillerano cantaba su himno montaraz. Subimos unos repechos rocosos por los que bajaban en culebrinas los chorros cristalinos que al saltar por entre los pedernales se empenachaban de blanco. Y de ascensión en ascensión planeada, llegamos a las termas. Tres o cuatro tiendas de campaña, de lona blanca, en una pequeña explanada, en la falda del volcán Copahue, servían a unos veinte bañistas, entre ellos algunas señoras, niñas y dos médicos que han sido diputados. Todos nos dieron alegremente la bienvenida. Eran las cinco de la tarde de un día de febrero. El sol se ponía tras la alta cumbre del Copahue y la nieve parecía chispear en haces luminosos, en abanicos de oro, púrpura y fuego.

Estábamos como encajonados entre altas serranías; sólo por el oriente se abría el horizonte dilatado y azul. A poco comenzó a soplar, muy suavemente, el puelche helado y en la lejanía gris y que se brillantaba a lampos, apareció la luna, majestuosa, espléndida, suspendiéndonos de admiración y encanto. El espectáculo era novísimo para mí, por lo tanto mi impresión fue terrible de hermosura, en esas serranías, en esas alturas tan cercanas a los astros. Sentí mi pequeñez terrena y mi grandeza espiritual; un sentimiento inaudito, religioso y profundo se abrió como una flor en el jardín de mi alma, y mis sentidos se hicieron más sutiles y mis pensamientos más diáfanos para comunicarme con todo lo que me rodeaba. A mi espalda, a menos de veinte metros, la nieve, desde la falda hasta el cráter, arrebujaba al volcán que dormía; de la derecha me llegaba la crepitación sorda, continua de los cien respiraderos de los vapores subterráneos; era un crepitar de calderas a vapor, de una oculta y poderosa maquinaria en un persistente e incansable trabajo invisible; y a mi frente, no más de diez metros, una pequeña laguna verde de aguas sulfurosas, y de la cual salía una débil respiración, aparecía como una gigantesca esmeralda brillante. La luna parecía palpitar y responder a esta palpitación del corazón volcánico, a este latir de mi corazón ansioso. La soledad estaba llena del espíritu del mundo, y en el viento rumoroso y fugaz había una plenitud de armonía tal, que era posible sentir, en uno como adormecimiento de los sentidos, la voz misteriosa de lo invisible y entender plenamente su lengua maravillosa, que descendía de la altura para decir: —¡Estás cerca de mí!.. Estás cerca del espíritu de Dios. — Entonces experimenté como unas dulces congojas y tuve unos vehementes deseos de besar la tierra, la luna, la piedra, el viento que aleteaba en mi redor...

Como éstas tuve muchas parecidas impresiones y comunicaciones de la belleza, en un estado de perfecta beatitud. Escribí entonces algunas páginas que hoy recorro con la vista, y cada palabra me evoca con una viveza deslumbradora aquellos paisajes espirituales. En algunas hojas de mi memorándum hay algunas tildes negras, ya tan temprano, hechas con tintas de amar-gura. Oíd, si os place:

“Yo he trepado hasta el cráter altísimo y he mirado en el fondo del cono volcánico por ver las corrientes del fuego y no he temblado. Y ahí de pie, en la cúspide, teniendo a mis plantas la extensión de dos repúblicas, me he soñado el dominador, del otro al ocaso, y en medio de tan dilatado imperio, he querido más, he sentido nuevos anhelos, indefinibles aspiraciones a lo infinito; como el Manfredo byroniano he sentido el frío de la desesperación en el alma, la nostalgia de algo que no conozco.

“He subido por las faldas agrestes, por las rocas de coloración ígnea, hasta donde el cóndor de negro plumaje afila las garras con el lustroso y corvo pico, donde Vulcano forja el rayo violáceo para el padre Zeus, hasta allá donde nacen los torrentes y cataratas que al descender de risco en risco ríen. He salvado abismos y precipicios, turbando la tranquilidad lúgubre de las cimas solitarias con el golpe seco del ferrado casco de mi corcel Osor, y entonces he sentido locos deseos, zumbidos formidables en mi cerebro, la tentación infernal, el vértigo, he oído la voz del monstruo; he visto la señal que hacía llamándome la

mano de la Esfinge, y he arrancado a calmar el delirio bañándome en las caídas de aguas o reclinándome en lechos de nieve, cubriéndome con ella como una túnica, y entonces he pensado en una corona de azahar y en una vestidura blanca, sudario de una virgen que tiene ojos vidriados y no siente el perfume que se quema en pebeteros fúnebres...

Y he conjurado con una estrofa robusta y enérgica a los elementos y sólo la ninfa Eco ha hecho befa de mis yambos y anapestos. Y al verme miserable, pobre y pequeña criatura, no he maldecido del buen Dios..."

III

DE LOS ÁNGELES A SANTIAGO

1896. —Este fue un año fecundo en actividades, pues al mismo tiempo que ejercía el magisterio y con mayor fervor continuaba en el sacerdocio lírico, tomé parte muy activa en la elección presidencial. Pasé lista de presente en las filas de don Vicente Reyes, desde el momento en que le dirigí una carta en *La Ley*, tan entusiasta como sincera, que me valió una feroz dentellada de un mastín de corral grande, de Diógenes de *El Porvenir*. Es particularmente interesante recorrer en *El Progresista* de la época todas las fases de esta campaña, muy indicadora de mi fervor juvenil. Verdad que jamás he tenido el más pequeño temor para decir la verdad, mas en aquel tiempo fui temerario. ¡Bien pagué al fin mi temeridad! Que no sea este el lugar pertinente, no estará demás decir, sin embargo, que después de más de un cuarto de siglo, de abnegados servicios al partido radical, como fundador de asambleas, en la prensa, en el comicio público, en el libro y en toda suerte de propaganda, yo puedo declarar que mi partido es uno de los más ingratos. Es doloroso hacer la nómina de los que le sirvieron denodadamente durante la vida entera y que yo he visto rodar a la tumba denodados y paupérrimos. Por esto mismo hay que admirar en cada aliado del partido radical a un héroe, que el que va a militar bajo sus banderas sabe, por de contado, que no sólo tendrá que sufrir ataques, persecuciones y golpes rudos de los naturales adversarios, y de una sociedad pacata en la que la gazmoñería lleva la cruz alta, sino que ya también sabe que la ingratitud le ceñirá a la postre punzante corona de espinas.

En este año 96 *Tutín* (Benjamín Vicuña Subercaseaux) escribe en *La Ley* un artículo. "Lo que deja Verlaine", a propósito de la publicación de "Invectivas" del poeta, y en él me cita como el primer *decadente* cuyo maestro es *Pauvre Lelian*. No hago este recuerdo a humo de pajas, sino para añadir un nuevo documento y comprobar cómo he sido el primer innovador en la lírica nacional, desde que decadente en Chile, como en toda Hispano-América, era sinónimo de revolucionario en la métrica y en la lengua poética, especialmente.

A medida que mi nombre iba conociéndose en el país por uno u otro modo, sentía que mis alas crecían y al crecer y extenderlas chocaban contra los fierros de mi jaula. El alma me dolía. Muchos versos de ese tiempo están llenos de mis ansias, de mis clamores e imprecaciones, y hasta la fecha los conservo sin publi-

carlos en libro. Violentos los más, desordenados, pero enérgicos, revelan el estado de un espíritu joven, atribulado y contradictorio. Voy a transcribir los que se titulan en el original.

HARPEGIOS BRNCOS

Venga mi harpa soberbia,
 esa que sabe endechas soberanas.
 Voy a arrancarle luego
 los versos que conmuevan a las almas.
 Venga mi harpa soberbia
 que sabe el ritmo de las verdes ramas
 y que llora y que ruga
 las estrofas que pasman...
 Ya irrumpen los preludios formidables
 de las orquestas que hablan
 del beso temblador de las mujeres
 cuando fervientes aman.
 Ya principió los coros
 de las gentiles hadas
 que tienen sus palacios refulgentes
 en la verde enramada.
 Oro son las espigas
 y poesía son los panoramas.
 Son como versos de sonantes rimas
 la tierra, el mar, la escarcha.
 Aquestos los bordones
 de mi harpa soberana
 son de las fibras de mis nervios rudos
 y el dolor de la vida siempre cantan.
 Saben el himno de las bellas diosas
 que con amor batallan,
 vibrante en las pupilas
 la luz de la pasión que nada apaga...
 Son felices los zíngaros
 cuando sus sueños matan
 en sus tristes orgías
 donde se beben lágrimas...
 Pero no! No cantemos con tristeza.
 Triunfe, triunfe la danza!
 Es un gran dios el vino.
 ¡Es un rey el que ama!
 El andrajo es la púrpura
 cuando en vino se empapa.

*La bacante es hermosa
cuando delira con licor de parras...
Ya no tiene alegrías
esta mi vieja y resonante harpa;
tienen la culpa todas
mis perennes nostalgias.
Mujeres, vino, amigos
y febricentes danzas
nunca alegran mis horas,
inunca alegran mi alma!*

Con todo, no eran permanentes estas melancolías; a ellas sucedía una exaltación del espíritu y un propósito de lucha por ideales superiores. Era en estos momentos cuando renunciaba hasta del amor, que desde que nació me hizo galeoto a la concha de Venus amarrado. Entonces decía yo.

A UNA MUJER

*He cantado el amor cuando demente,
ebrio con el aliento de una boca,
he sentido temblando aquí en la frente
el beso rumoroso que provoca.
He cantado el amor cuando olvidado
que vivir es luchar aquí en la tierra,
y falto de mis fuerzas y menguado,
dejé en el campo mi pendón de guerra.
Que goce del amor y del sosiego
el que nació apocado o fue cobarde,
no aquel que entre relámpagos de fuego
lo encuentran las auroras y la tarde.
Para éste el Dios de las alturas hizo,
para este luchador, para este atleta,
un jardín en el cielo, un Paraíso
con todas las huríes del profeta.
Yo soy mujer, el luchador potente:
oigo la voz de amor y la rechazo...
Si acaso triunfo posaré mi frente
al final de mi vida en tu regazo.*

Por lo que respecta a mi campaña doctrinaria y política de aquellos días, debo consignar que recibí un aplauso y un estímulo poderoso que me confortaron muy hondamente: don Valentín Letelier se dignó, sin conocerme, enviarme su libro que acababa de publicar, *La Lucha por la Cultura*, con una hermosa dedicatoria, como un testimonio de aprobación por mi valentía cívica. Por otro lado, los mordientes corrosivos de la maledicencia y de la envidia se compensaban

con las cartas de los amigos extranjeros, como las del peruano José María Barreto, que aún conservo. Barreto editaba en Tacna una revista modernista, *Letras*. Me pidió colaboración y con gusto publiqué en ella verso y prosa. Por el mismo tiempo, José Santos Chocano, en Lima, me contaba entre los colaboradores de otra revista, *La Neblina*, famosa porque contó entre sus redactores a muchos de los que hoy son honra y prestigio indiscutibles del Perú. El primero, entre palabras elogiosas y admirativas de camaradería literaria, me llamaba con una palabra que a fuerza de sobajearla el vulgo ha perdido ya su valor, *Exquisito modernista chileno*. En otra carta me aconseja:—"Ojalá fueras a Santiago a batir y a derrotar a aquellos viejos, ya caducos, enemigos de nuestro modernismo".

Nótese que fuera de Chile no se nombra ningún modernista de Santiago. Entonces estaban en el limbo, en su oscuridad bien merecida, los mínimos y pretensos escritorzuelos que están completamente ayunos de esta verdadera historia. Bien es verdad también que los torcidos y sórdidos intereses son curvilíneos como reptiles y tienen astucias de vulpejas. Y quién iba a atreverse en Santiago a hacer entonces profesión de fe modernista. Esto era lo que me estaba reservado, a mí solamente.

Y este era el tiempo en que subía a la Presidencia, que le correspondía por el voto popular al eminente ciudadano don Vicente Reyes, el regocijado feudatario del Huique. Tenía "El Pan del Espíritu" el hoy florista don Cosme D. Lagos, y Julio Vicuña Cifuentes, que hacía versos, o los perpetraba, estaba mas lejos de la poesía que la tierra lo está de Aldebarán. Al poeta Magallanes Moure le vino mucho más tarde el florecimiento; pero muy mucho después de que yo me manifestara en mi *Campo Lírico* arcipreste de las musas en este país. Sostener lo contrario revela profunda mala fe o inanidad espiritual.

No me negaréis ahora que si es penoso algunas veces el desconocimiento del vulgo, la incomprensión del filisteo o el pinchazo adversario, son perfectamente vacuos y despreciables el clamor de la envidia y el chillido del eunuco. Pero lo que es más repugnante, porque es mezquino y rahez, es el desconocimiento mal intencionado del mérito y del talento; y si esta negación se hace por lisonjear ajenas vanidades, al amigo o señor del cual se espera alguna retribución, como el turco buhonero que lo *da todo a cuarenta*. entonces cuán digno de compasión es este mínimo lisonjero en quien se adunan y compenetran lo turiferario y lo truhán.

Si bien se examina mi producción lírica de este año, se verá que la mayor parte es nítida y fácil, que son contadas las que pueden llamarse modernistas. Delicados sentimientos de la naturaleza y de la vida están palpitantes en aquellas poesías, con las más sencillas palabras y en los metros tradicionales. Cuando hable de mi primer libro publicado, demostraré bien que esto es verdad.

Y llegó el año 1897. Los meses de vacaciones, enero y febrero, fueron los más hermosos de paseos y fiestas campesinas; los pasé en el fundo "Los Álamos". En este tiempo ejercité mi prosa en la descripción de todo lo que me llamaba la atención, en paisajes, faenas agrícolas, costumbres rústicas, etc., y

llegué a formar un pequeño libro, algunas de cuyas páginas vieron la luz en la ya mencionada revista *Letras*, de Tacna. El director de ésta tanto gustó de estas páginas que quiso editar el libro. Las cartas en que palpita tal entusiasmo por mis prosas, también las conservo con el cariño con que se conservan los documentos de importancia. ¿El nombre? Está bautizado con uno raro, propio en aquel tiempo para asustar y espantar a las graves orejas doctas: *Pliegos Glaucos*. De vez en cuando, como con timidez, asoma entre los paisajes campesinos de que hablo, la amapola roja del hermoso amor. Leed:

“He aquí que ha llegado el domingo y que el ave negra de mis negras horas ha muerto. He sentido carcajadas armónicas en los bosquecillos de flor exuberante y salvaje, y estremecimientos de placer en mi alma.

Porque ella ha aparecido ante mí como una ninfa de estas regiones exóticas.

Trae como un heraldo de la buena nueva cadencias rítmicas en su paso y fuego de ternura en sus ojos renegridos.

Y es blanca como la flor del manzano y ríe con el gorgorito de un jilguero que ama. Y sus cabellos son negros como la pluma del tordo. ¿Quién es ésta que aparece como un ensueño fantástico y viene con su luciente séquito de atractivos y con su ejército de ilusiones?

A su paso florecen las amapolas, tiemblan los deseos y se vislumbran los azahares de los limoneros que blanquean en la corona de las desposadas virginales.

Yo la diera por peana de sus pies, si pudiera, mil corazones inflamados por el fuego del dios Eros.

Y su cintura es flexible como un junco y sus caderas tienen la comba encantadora y triunfal de la línea praxitélica.

¿Quién es ésta que me trae un bálsamo para mis heridas? ¿Quién, que viene a aplacar la sed de Tántalo, a ayudar a este Sísifo? ¿Quién, que viene en nombre del dios de la vida?

He aquí que yo la adoro y le rindo culto como a una divinidad. He aquí que quemo ante ella todos mis ídolos como el viejo rey franco redimido por el buen obispo de Reims”.

Hasta aquí. Al releer estas páginas el recuerdo es tan vivo que me entristece, y porque la adorada niña la perdí para siempre. Sus hijos no me llamarán padre, jamás. Puede notar el espíritu sagaz en esas escrituras la influencia de los profetas. Ya sabía yo, porque Hugo me lo había enseñado, que así como toda la mar es sal, la Biblia es toda poesía.

Los únicos versos de esta temporada veraniega fueron los que siguen, nunca antes de ahora publicados:

*Todo es luz, armonía y colores
en los valles, colinas y lomas,
y perfuman las fúlgidas flores
y se besan las blancas palomas.*

*Resplandece la espiga madura
como el bucle sedoso de oro.
Brilla el sol que los cielos púrpura.
Es el campo un inmenso tesoro.*

*Como un leve murmullo se siente
De mil genios que baten las alas.
Hay albos de cisne en la fuente
y en los prados espléndidas galas.*

*Y preludian, profundos y vagos,
sus cadencias de notas extrañas
los azules y diáfanos lagos,
allá al pie de las verde montañas.*

*Y como harpa modulan los álamos
himnos rotos de besos esquivos
con la música azul de los tálamos
de compases radiantes y vivos.*

*Aquí mueren los locos anhelos.
Aquí mueren los ayes del alma;
más hermosos se muestran los cielos,
los crepúsculos bellos en calma.*

Después hice un paseo a la famosa catarata del Laja y otro a Yumbel. Terminadas las vacaciones volví a mis clases y con mas ardor a las que ya denominaba *mis santas escrituras*. Recibí por este tiempo una carta de Rubén Darío, fechada en Buenos Aires, en que me anuncia su obsequio de *Prosas Profanas*, que no llegó a mis manos. En Abril de este año 97 Domingo Contreras Gómez fundaba en Concepción la primera revista modernista de Chile, *La Bohemia*, y de la cual yo fui, naturalmente, el primero y el más entusiasta de sus colaboradores. Aunque de efímera duración es de trascendental importancia esta publicación penquista. Por ello su fundador no será echado en olvido cuando se haga' la verdadera historia de la literatura nacional. Un tal acto de valor y de protesta contra la tiranía de los dómines y de los Zoilos, en un tiempo de estancamiento literario, por un lado, y por otro enfrente de la incapacidad mental de la gran mayoría, no sólo implica un magnánimo corazón sino que revela excepcionales energías de abnegación y de inteligencia.

De estancamiento literario he dicho, y reafirmo ahora, delante de quien ignorando las cosas ha sido osado a sostener que no lo fue aquel tiempo, porque en él vivían don Guillermo Matta, don Eduardo de la Barra y don Luis Rodríguez Velasco. Ciertamente vivían; pero la obra lírica de cada uno de ellos estaba terminada y, literariamente, no existían, porque ningún canto se escuchaba de ellos. A mayor abundamiento puedo decir que por estos años a que me refiero, y especialmente el 97, en Santiago, se hacían laudables esfuerzos

por levantar a los espíritus de la postración y adormilamiento en que estaban: entonces se fundó un centro intelectual de jóvenes fervorosos del Arte y que se llamó "La Flecha". Este centro editó un periódico con el mismo nombre y llamó a un certamen a los escritores y poetas. Tal vez pudo haberse originado este movimiento en el entusiasmo que despertó la publicación de *Ritmos* de nuestro gran lírico Pedro Antonio González, hecha en el año anterior.

Tuve yo el placer de recibir *Ritmos* de manos de su mismo autor. En Diciembre del 96 hice un viaje rápido a Santiago. Fui a *La Ley* a visitar a Marcial Cabrera Guerra. En su cuartito de redacción me presentó al poeta. La impresión mía fue imborrable. González me estrechó la mano con fuerza aquella noche. Le vi por primera vez, con su rostro pálido, el bastón que descansaba sobre su pecho, el cigarrillo inacabable en los labios, todo él envuelto a ratos en una espesa nube de humo. Su sonrisa apenas se notaba entre la negrura de la barba.

Cabrera sacó de uno de los cajoncitos del escritorio el libro *Ritmos*, que ya sin conocerme personalmente me tenía dedicado su autor; a él se lo pasó: el poeta me lo dio jovialmente. Grande fue mi emoción, porque comprendí bien claro que el primero de nuestros líricos me estimulaba así en mi obra que él conocía y aplaudía con *efusión fraternal*, como estaba escrito en la dedicatoria.

Fuimos, en seguida, a un bebedero de la Alameda, a la entrada de San Diego. Pronto aquí nos dejaron Cabrera Guerra y Grez Padilla. Este abogado que ha adquirido recientemente cierta celebridad defendiendo causas criminales, era por aquellos años un primoroso versificador. A las doce de la noche nos fuimos, el poeta y yo, a la "Torre de Eiffel". Aquí supe que se divertía todo el que quería y como quería. Por primera vez en mi vida entraba yo a un establecimiento semejante. En un reservado nos aposentamos y las horas se deslizaron rápidas. Esta cena es memorable para mí, porque González, desde el primer momento, se me manifestó sencillo y espontáneo, como lo fue toda la vida conmigo, fervoroso de mis insurrecciones y bizarrías; porque brindamos por nuestra amistad perdurable y fraternizamos en la divina religión del arte. Él me contó que su libro *Ritmos*, debía su publicación a Cabrera Guerra, que le quitó sus manuscritos, que le obligó a entregarle sus poesías y que pagó al impresor con las erogaciones de dos o tres amigos opulentos. Debe, pues, la literatura chilena a Marcial Cabrera Guerra qué gran servicio, porque sin él el poeta no hubiera publicado nada jamás.

A ratos, cuando el mozo llegaba a renovarnos el café, nos llegaba del exterior, de los cuartos vecinos, el rumor báquico con jirones de una música de cuerdas, adolorida y vulgar, risas femeniles, o un vozarrón que llamaba al fámullo. Al cerrarse la puerta todo aquello no lo sentíamos y reanudábamos el hilo interminable de nuestra charla y de nuestros sueños. En un raptó de entusiasmo pedí papel y pluma e hice cuatro serventesios en honor y homenaje de González. El poeta se enterneció, las pupilas se le velaron con la humedad de las lágrimas deladoras de la espiritual emoción, y me pidió sus *Ritmos* y en la última página del libro escribió con mano temblorosa pero resuelta:

"Siempre he creído que los improvisadores eran unos versaineros, tipos incapaces de crear; pero he aquí que Bórquez Solar me desengaña..."

¡Porque tú has improvisado con inspiración! Por esto te estrecho la mano como a un compañero, más aún, como a un hermano espiritual... Mañana hablaremos, etc."

Con qué agradecimiento tan grande recibí de nuevo el libro. Las líneas que había escrito el poeta las estimaba yo como una ejecutoria de nobleza. Era el reconocimiento superior al que yo podía esperar... ¡Oh dulce emoción de mis días iniciales!

Al clarear el alba, con las primeras luces del día, nos despedimos. Yo llevaba vibrando en mis oídos las cariñosas palabras que había escuchado y me sentía, reconfortado para seguir guerreando, con mayor fe en el triunfo, por mi Arte, por la Poesía... Me formé entonces el propósito, que he cumplido tenazmente, de no cejar ni ante las iras del adversario ni ante la incompreensión del filisteo, ni ante la envidia del eunuco.

De vuelta a Los Ángeles conté a todos mis amigos la entrevista con González y mostré orgullosamente el autógrafo. Con la reapertura de las clases y otras graves preocupaciones dejé un poco de la mano las tareas literarias. Hay una que otra poesía de este tiempo.

Advertencia.— Tengan presente mis benévolos lectores que estas *Memorias* fueron escritas hace diez años. ¡Diez años ha que esperaban el *fiat lux!*

IV

Y a mediados de Mayo de 1897 me vine resuelto a la conquista de Santiago, me vine confiado a mi buena suerte y en mi pluma. Este era todo mi tesoro. Me presenté a *La Ley* a pedir una ocupación, la que me había prometido, seis meses hacía, por carta, su director don Juan Agustín Palazuelos. Por desgracia, éste había sido sepultado dos días antes de mi llegada. No obtuve, por de contado, sino promesas de que me comprarían un artículo a la semana por cinco pesos.

Conocí desde el primer momento al redactor en jefe, Ramón L. Carballo, al segundo, Jorge E. Guerra. En las demás reparticiones del diario estaban Emilio Rodríguez Mendoza, Róbinson Bascur Rubio, Eduardo Grez Padilla y Guillermo Otero. Cabrera Guerra, jefe de la redacción noticiosa, me llevó a su casa de pensión, desde la primera noche de mi llegada. A Bascur Rubio ya lo había conocido en su viaje de propaganda en Los Ángeles por la independencia de Cuba.

Al principio todos estos personajes me miraron con gran curiosidad, como una cosa rara. Me presentaban como tal, a los visitantes, que eran muchos en la noche. Así conocí a otros colaboradores de *La Ley*, al ciego Oliveira, a Ventura Fraga, a un señor Rojas y Rojas que escribía bajo el rubro de "Yunque", y entre los diputados al pobre Carlos T. Robinet que ingenuamente me dijo al serle presentado:

—¡Pero qué jovencito es Ud. y ya ha metido tanta bulla! Yo lo creía un viejo...

Pronto vine a conocer la mentalidad de mis nuevos compañeros: en materia literaria eran completamente refractarios a las innovaciones que yo practicaba; se burlaban denodadamente de ellas. Esto me asombró y me desconsoló, porque vi bien que dentro de la misma casa tendría que luchar. Y cuando conocí a otros escritores y poetas más refractarios aun al modernismo, que dejaban de oro y azul a Rubén Darío y que negaban el agua y el pan a quien, como yo, le defendía y justificaba por el remozamiento lírico que tan brillantemente había emprendido, me convencí de que yo había llegado en el punto y hora señalados por el Destino para ser el portaestandarte de la renovación literaria, y que, por ende, con ánimo esforzado y corazón varonil debía ir adelante, yo el primero en este *práctico* Chile.

Eran muy curiosas las especies que del modernismo se propalaban en esta capital, dictadas, casi todas, evidentemente, de mala fe. Y no eran pocos entre los escritores de aquel tiempo, los que estaban completamente ayunos de la renovación rítmica y para quienes las nuevas tendencias literarias se resumían en estas dos fórmulas: *descoyuntamiento* de la métrica y abuso de los vocablos exóticos y de la mitología. Se enfurecían contra lo que ellos llamaban el gongorismo y —¡oh extremos del sectarismo!— odiaban a los poetas nuevos y lanzaban contra ellos sus flechas envenenadas y los más rechinantes dicterios... El nombre de Rubén Darío tenía la virtud de exasperarlos. ¡Y pensar que estos mismos que gritaban contra él ¡anatema! fueran después, años andando, los que tuvieran que cantar la palinodia!

A. de Géry, que escribía entonces unas "Crónicas Semanales" en *La Ley*, en estilo fácil y pintoresco, casi con la misma galanura que el modernismo pedía, era el que gastaba mayor virulencia en las tertulias del diario contra los mal llamados decadentes. Lo asombroso para mí era que Emilio Rodríguez Mendoza, que había publicado en 1895 un pequeño libro, *Gotas de Absintio*, prologado por el mismísimo Rubén Darío, fuera el que más terriblemente atacara la nueva escuela. Después supe que el prólogo le había disgustado porque en él se decía que "habría que recordar al que trajo a Chile la gallina de los huevos de oro". Lo que habría sido equivalente a decir que el autor de *Azul* había señalado en este país las nuevas normas de la prosa a A. de Géry.

Y sucedió que a las pocas semanas tuve yo mismo que dar una lección, la primera, a este señor. He aquí como fue: Publiqué en *La Ley* mi "Rapsodia":

*De las tierras lejanas del sur vecinas al polo
donde soplan su ronco clarín las tropas de Eolo,
trovador incansable del gris, yo traigo en mi lira
una virgen brumosa canción que llora y suspira.*

*¡Oh qué bella es mi tierra insular que envuelve la bruma
como un peplo tiznado de azul, de nieve y espuma.
En sus frondas el rayo del sol entibia los nidos*

*que alborozaba el Alba al nacer y rondan perdidos
los alientos del austro polar que va en los capullos
de los mirtos dejando un rumor, endechas y arrullos,
de su mágico y blando laúd. ¡Qué bella es mi tierra!
Es la virgen que escucha del mar el himno que encierra,
melancólico y bravo, la voz de todas las ninfas
que en góndolas de oro y azul recorren las linfas
en las noches plateadas de Abril, luciendo sus flancos
como un nácar de carne auroral, rosados y blancos.*

*Hay un arpa en las Islas del Sur, un arpa seráfica.
Su cordaje una ninfa polar lo tejió: su mágica
voz las auras le dieron; el sol la estrofa suprema
arrancó de sus cuerdas, el Rey de blonda diadema.
Florecieron al flébil rumor laureles y lumas,
los jilgueros batieron sin fin sus líricas plumas;
se bañaron las ninfas en luz, las reinas del piélagos,
como un soplo divino cruzó por el Archipiélago.*

*Al nacer esa trova escuché. Su olímpica nota
una sílfide ignota me dio. Es risa que puebla
el país de la niebla; cantar que lleva una rima
que los pechos anima, cual voz de alegre clarín
que triunfante culmina un tritón o un regio delfín.
Cuando alegre yo canto la doy cantando las brumas
de las blancas espumas del mar, fulgente y sonoro,
con sus láminas de oro de Ofir, magnífico hosanna
a la Isla lejana del Sur que vio al trovador
allá al pie de una tumba sin cruz llorar su dolor.*

Breves días después Emilio Rodríguez Mendoza dio a luz un artículo tan indigno contra los modernistas americanos, que me movió a salir a la defensa en el mismo diario y con el beneplácito de los directores. Esta es:

BREVÍSIMA RÉPLICA
(A cierta croniquilla)

"A. de Géry es todo un valiente.

"Ha puesto, hace poco, de oro y azul a los literatos jóvenes de América y les ha lanzado al rostro como una puñada el anatema, la palabra horriblemente fatídica: *¡Decadentes!*

"Yo no creo que con exactitud pueda motejarse con este vocablo a la pléyade de jóvenes escritores americanos. Puede que sean, sólo hasta cierto punto, imitadores de los novísimos literatos y poetas tildados de decadentes y degenerados en la siempre joven y fecunda Lutecia; pero no son los serviles copistas de sus defectos y exageraciones.

Y no se hace de ninguna manera obra buena, obra justiciera, para con los americanos que se dedican al Arte, al lanzarles pullas y denuestos de todo punto sin justificación.

Cierto es que ellos aún no tienen ese atildamiento en la frase, esa galanura en el decir, propios de los maestros, fruto de largos estudios y de larga práctica; como también no es menos verdadero que los que hoy en América cultivan las bellas letras, son todos mozos de ingenio que lograrán sobresalir y ser timbres de honor en la literatura de este continente. ¿A qué entonces zaherirlos cuando principian? ¿A qué esas acerbas críticas, si merecen tal nombre? Se comprende, por ejemplo, la de Anatole France, la de Bourget, esa crítica amplia, artística; pero no esa otra estrecha y rutinaria a lo Clemencín y Valbuena que pone los puntos sobre las íes y subraya voquibles; porque ella me parece inspirada por pasiones poco elevadas, acaso la envidia y la impotencia.

Yo me atrevería a llamar a los jóvenes literatos americanos, *precursores* que no decadentes; *precursores* de un arte nuevo, de un arte robusto y fecundo, del arte del porvenir que ha de ser como la síntesis de todas las bellezas por ahí diluidas y dispersas en las escuelas modernistas que se disputan la primacía; el cual, condenando las exageraciones, quemando los bagajes inútiles, ha de ser más humano, más racional, ha de traducir todos los ideales, todas las aspiraciones de la humanidad que piensa y que lucha por conquistar lo bello y lo bueno en verdad; el cual ha de ser reflejo exactísimo de los estados sociales y psicológico de los pueblos y de las razas.

Y a estos precursores ¿por qué Géry los llama decadentes, a estos escritores muy dignos de aplausos? ¿Acaso porque han abusado del vocablo exótico? No niego que esto sea censurable.

Pero hay que convenir en que es necesario, hoy por hoy, dar a la frase cierto brillo y cierta novedad, cierto ritmo y cierta cadencia que la distinga del sobajado párrafo de gacetilla diaria. De otra manera jamás la página literaria, o la que presume de tal, tendrá algo de artística.

Sí; antes que todo hay que hacer Arte. Y no hay que olvidar que del abuso de las palabras exóticas resulta, casi siempre, un enriquecimiento de la lengua. Góngora hizo mal e hizo bien. (Esto lo demostraré en otra réplica).

La verdad es que la crítica (no sé si sería mejor no llamar así ese artículo) de Géry en la cual me ocupo, es muy amarga. De los que presiden hoy en este continente el renacimiento literario, no creo que haya alguno que sea *estólido*, *ratero de publicidad*, *gandul*, *vagabundo*, *copatuno*, etc., etc., como se les dice en esa Croniquilla. Por cierto que a Rubén Darío no alcanza eso. ¿Y cómo había de decirlo de él cabalmente el mismo que le solicitó un prólogo para cierto libro que anda por ahí? ¿Va eso, acaso, contra Lugones, o Valencia, o Nervo o Chocano, cuyos ingenios y talentos ya no se discuten porque se han impuesto a la turbamulta, a los caricaturistas del cuento francés?

Yo aseguro a Géry que Leopoldo Lugones no es socialista porque se haya leído un almanaque anárquico. Su ilustración y sapiencia superan con mucho a las de cierto revistero que conoce los libros y los nombres ilustres en las esferas del Arte, sólo de oídas.

Comprendo que en Europa se censuren las exageraciones de los "decadentes" que torturan como en un potro el idioma y que son laberínticos a fuer de querer ser originales. En América, donde no hay *decadentes* en el recto sentido de la palabra, toda censura es una estocada al aire. Por regla general, los jóvenes literatos americanos no están afiliados en ninguna capilla. No sería, tal vez, desacertado apellidarlos eclécticos, salvo López Penha, el colombiano. Yo los llamo "precursores", desde que no creo que la poesía ha muerto con Hugo ni la bella prosa ha de ser enterrada al fin de esta centuria. (Si mal no recuerdo, Mallarmé dijo algo parecido).

"Creo conveniente advertir antes de terminar, que me desentiendo de muchos conceptos equivocados que en la Croniquilla de mi referencia se estampan. Queda replicado lo que en ella había que replicar.

"Si quiere Géry dilucidar tópicos referentes a las escuelas literarias hoy en auge, le aconsejo, para en adelante, mayor templanza de ánimo y más corrección en el lenguaje. Y si no sale a romper lealmente una lanza en este torneo a que le provoqué, he de creer que aún, para él, no ha llegado la hora de ese torneo".

Rodríguez Mendoza no contestó; pero tampoco volvió a acometerme. Nuestra camaradería, desde entonces, a través del tiempo y las distancias, nuestra camaradería intelectual ha continuado apaciblemente. Y yo soy el primero en reconocerle y aplaudirle por la labor que ha realizado en la literatura nacional. Él, al obsequiarme el año 99 su novelita *Ultima Esperanza*, me decía *paladín del decadentismo* en Chile. Y añadía: "Con el cariño y la admiración del Autor".

Si en A. de Géry había yo encontrado no muy agradable acogida, en cambio el poeta Samuel A. Lillo, a quien fui presentado por el eminente profesor universitario don Valentín Letelier, me recibió con la más franca simpatía. Era el poeta inspector en la Escuela de Derecho y ésta ocupaba el edificio en que hoy está el Liceo de Niñas N° 3, en Delicias. Casi todas las tardes las pasaba con él y hacía once con los distintos profesores universitarios, departiendo con la mayor cordialidad con tantos hombres ilustres. Así ellos me honraron que yo no olvidaré nunca los nombres de magistrados tan respetables como don Leopoldo Urrutia y don Galvarino Gallardo, que alcanzaron a presidentes de la Corte Suprema, ni a don José Antonio Lira, don Francisco Noguera, etc.

Lillo no ha cambiado con el tiempo. Hoy que es pro-rector de la Universidad y que ha alcanzado otros muy merecidos honores, igual bondad de corazón y magnanimidad de espíritu le distinguen. Si él ayer fue mi voz de aliento, mi defensor ante los émulos y los envidiosos, si me confortó en mis desfallecimientos, si restañó las heridas que me hicieron enemigos perversos, hoy del mismo modo es mi amigo fraternal; y yo he sido el heraldo y proclamador regocijado de sus triunfos y he roto lanzas, que este era mi deber, en la cabeza de los muleros que intentaron apedrearle.

Recuerdo aquellas tardes de invierno que tienen en la memoria, ya que pasaron, una apacible dulcedumbre. Desde nuestros sillones mirábamos, a través de la ventana, caer la lluvia fina, larga, continuada y triste. Los carruajes pasaban en la calle, rápidos y ruidosos, tirados por escuálidos jamelgos que

trotaban a los implacables fustazos de los aurigas. Los transeúntes al pasar, por la ventana nos miraban rápidamente, alguno como si envidiara nuestra contemplación beatífica. De improviso se interrumpía el silencio con una estrofa dulce y musical de Samuel, o con la irrupción brusca del joven empleado a quien llamaban el *General*, grandísimo hablador que tenía la facultad terrible de discutir incansable sobre los temas más variados y contradictorios. ¡Terrible General! Aún me parece oír los consejos que con aire de protección me daba sobre poesía y arte, que no entendía palotada. Jamás se pronunció la palabra *decadente* con más inflada y hueca petulancia y fatuidad despreciativa como la dijeron los labios de este sedicente y nuevo Juan Pico de la Mirándola.

Una de esas tardes, el poeta Lillo quiso que le escribiera unos versos en el álbum de su hijita María, una guaguüita entonces. Acaso admiraréis la sencillez de esta poesía inédita hasta hoy si tenéis presente que la compuse en lo más reñido del entrevero de mis campañas líricas. Hela aquí:

INOCENCIA

*Sus ojos azules; sus rizos de oro,
brillando en la alcoba nupcial.*

*Besando los ojos, el novio a la novia, la dijo:—Te adoro.
Y un ángel lloraba de pie en el umbral.*

*—¿Qué pena te aflige? ¿Quién eres? ¿Qué lloras,
oh! ángel de alas de azur!*

*—Yo soy la inocencia y lloro mis blancas y muertas auroras.
Hirióme en un beso de Amor la segur.*

*—No llores —la dijo la dulce Esperanza—
que así lo ha querido el buen Dios;
desplega las alas sutiles de nácar, los cielos alcanza;
yo quedo en la alcoba velando a los dos.*

*Después una cuna chiquita en la alcoba,
la risa de algún serafín...*

*Ha vuelto Inocencia gorjeando su agüü. La madre se arroba:
¡tan dulce es la risa de aquel serafín!*

El original de esta poesía, el papel amarillento, tiene al fin la fecha y se lee en seguida: *Palacio de Verano*. Comprenderéis la resignada ironía si os refiero que en aquel tiempo vivía en un muy humilde cuartito de la casa de pensión, a la entrada de la calle Santa Rosa...

V

Tan pronto como llegué a Santiago tuve el placer de encontrarme con el poeta González y fuimos casi inseparables. Él me buscaba. A donde él quería

iba yo con él. En una de estas andanzas me contó que lo habían nombrado jurado en el certamen literario de *La Flecha*. Yo me había presentado a tal concurso desde Los Ángeles. Lo que sucedió en este certamen con respecto al número de poesía, ya lo he referido en unos "Recuerdos Literarios" que publiqué en *El Ferrocarril*, cuando la muerte de don Antonio Subercaseaux Pérez. Dije entonces:

"El Certamen del 97 fue hecho con la valiosa ayuda del filántropo don Federico Varela. El premio para la mejor colección de poesías era de trescientos pesos. El jurado de la sección poética quedó formado por los señores Guillermo Matta, Pedro A. González y Antonio Subercaseaux Pérez. Se veía, pues, que las antiguas tendencias poéticas y las nuevas estaban bien representadas. Se eligió al señor Subercaseaux P., muy joven, pero lleno de sabiduría y de un admirable equilibrio de temperamento, para conciliar las opiniones en un caso previsto.

Fueron numerosas las colecciones de poesías, 40, las que se presentaron al Certamen Varela. Después de ser examinadas escrupulosamente fueron selectadas cuatro de ellas. Don Guillermo Matta señaló, desde el primer momento, una que le halagaba el gusto, que estaba muy de acuerdo con su modo de pensar literario. El poeta González no era del mismo parecer; pero no se atrevía a manifestarlo por el gran cariño que tenía a don Guillermo y también por la ingénita timidez de su carácter. El señor Subercaseaux Pérez combatió esa opinión y sostuvo que el premio debía otorgarse en justicia a las diez poesías que firmaba *Gran Galeoto*.

Se hizo de nuevo un estudio de todas las poesías. El poeta Matta confirmó su parecer. El poeta González, que entonces vivía en la casa de un señor Cornejo que era empleado de la de Orates, llevó a su vivienda los cuadernos manuscritos, y ahí me dijo:

—Tengo la misma opinión que don Antonio Subercaseaux P.

Con cierta turbación en la voz le insté a que así lo manifestara delante de los otros jurados.

—Esta colección que quiere premiar don Guillermo —me dijo— me gusta menos que cualquiera de estas tres que él señala para las menciones honrosas; pero... temo contrariarlo.

—Yo en tu lugar —le repuse— me dejaría de leseras y premiaría a *Gran Galeoto*.

—Y tú ¿por qué insistes...? —díjome, mirándome fijamente a pesar del ligero estrabismo de su pupila izquierda—. ¡Ni que supiera de quién es el seudónimo...

No pude contenerme más y le confesé que yo era *Gran Galeoto*, y como no quisiera creerme le recité de memoria varias de las poesías y hasta las escribí para que comparara las caligrafías. Entonces, esto era en 1897, recién llegado yo de provincia, nunca había tenido correspondencia epistolar con el queridísimo poeta, tan grande como infortunado.

Convencido González de que yo no lo engañaba, me dijo serenamente, con una firmeza incommovible:

—Tú mismo acabas de decidir la cuestión. *Gran Galeoto* no se llevará el premio porque es amigo mío. Yo no quiero, ni remotamente, ser sospechoso de parcialidad en mis juicios. Votaré con don Guillermo.

Después don Antonio Subercaseaux Pérez presentaba como jurado, separadamente, su informe en contra del de mayoría, y, en él elogiaba a Gran Galeoto, le decía también sus defectos y lo estimulaba a cultivar la poesía. Este notable documento literario vio la luz en *La Época* de aquellos días.

Obtuvo, pues, el premio por esta circunstancia en el Certamen Varela de 1896-1897, don Pedro N. Préndez. Yo obtuve una mención honrosa. El día de la distribución de premios, como yo manifestara mi propósito de ir a la fiesta, el mismo poeta González me disuadió de él, me llevó a su casa, me prodigó toda clase de atenciones y yo lo pasé muy alegremente.

Pero, a pesar de todo, declaro que me hizo muy poca gracia el dictamen de González que quiso parecer insospechable, y fue injusto e inverecundo por esta sola vez. El premio en dinero me habría servido de mucho en aquellos días en que envidiaba de todo corazón a los lirios del campo que no tejen ni hilan y van vestidos como príncipes y a las avecitas del cielo que ni siembran ni cosechan... ¡Oh buen Jesús!

Por estos días del fin de Otoño de 1897 llegó a Santiago el joven salvadoreño Arturo Ambrogi, precedido de una gran reputación de escritor, que se la había formado con una revista que publicaba en su país, en la que escribía en una prosa almibarada y empedrada de exotismo, que estaba un poco distante del modernismo sano y fuerte. Ambrogi era un mozo de veintidós años, delgado, no muy alto, sin asomo de bigote, con la cara como una manzana, monda y lironda, blanca y rosada. Era simpático con su mirada fulgurante y bailarina.

Llegó a la capital ya de noche, de la estación Alameda directamente a *La Ley*. Aquí preguntó por Cabrera Guerra a quien conocía epistolarmente. Este lo presentó a los demás redactores. El recién llegado nos dijo que había roto la jaula y había volado a Chile atraído por el prestigio de que disfrutábamos en todo el continente; añadió que no traía más equipaje que su maletín, de mano y por todo capital un duro, y que se ganaría la vida con su pluma. Se rieron de él. Yo lo compadecí en mi corazón. Como él declarara que aún no había comido, Róbinson Bascur Rubio con el gesto de un nabab lo invitó al restaurante Gage y con buenas viandas, espléndidos vinos y mejores cigarros. Probablemente el anfitrión pagó con todo el dinero que llevaba encima. Después observé que estos rasgos de generosidad y de magnificencia eran frecuentes en Bascur, espíritu selecto y talento malogrado.

Cuando obsequiante y obsequiado volvieron de la comida, pensamos en la mejor manera de dar alojamiento al extranjero. Alguien propuso en broma que Ambrogi durmiera sobre las colecciones de diarios en la imprenta. Cuando él, se apercibía para hacerlo, yo, como para imitar en algo parecido a aquel santo que se quitó su capa para abrigar a un pobre, le ofrecí mi cama. Nos fuimos cantando al pupilaje y nos dormimos libres de agravio, de recelo, con un *no-rompido sueño*. A la mañana siguiente, temprano nos levantamos. Él tem-

blaba de frío. Hijo del trópico, el aire fresco de la mañanita de fin de Otoño le hacía castañetear los dientes. Le obsequié entonces uno de mis buenos abrigos, que mi guardarropa lo traía yo bien provisto desde la ciudad provinciana, un flamante macfarlan de cheviot y forro de seda. Por cierto que en ese instante era yo más espléndido que Pérez Rosales al regalar unos pantalones de ante a aquel pobre que fue después el multimillonario Cousiño.

Ambrogi comenzó luego una vida activa de visitas a nuestros grandes hombres, poetas, escultores, pintores, políticos. Se hizo de buenas relaciones. En un salón aristocrático, que no creo prudente nombrar, dieron una velada literaria en su honor, entre los íntimos, y le obsequiaron una medalla dorada con una leyenda. Esa medalla me la dio; porque no siendo de oro macizo no la cambiarían por mucho dinero y no salvaría de ningún apuro económico a su poseedor. Era original el salvadoreño, y muy ingrato.

Seguía yo colaborando, gratuitamente por cierto, en la *Revista Cómica*. Una vez publiqué una poesía que titulé "Noela" y ésta tuvo también la suerte de ser muy comentada. Como no está incluida en ninguno de mis libros líricos publicados, aquí la doy para no olvidarla:

NOELA

*Hija de la niebla
que sube del lago dormido y los éteres puebla.
La sílfide loca
si ríe o si llora la risa o el llanto provoca.
Patina en los hielos;
los crótalos bate rimando del Austro los vuelos.
Derrocha en su marcha
sus regios brillantes y perlas por sobre la escarcha.
Si la luna riela
arranca la triste salmodia a su ronca vihuela,
sentada en la playa
adonde temblando y gimiendo la ola desmaya,
deshecha en burbujas,
y ríen con loca algazara las turbas de brujas.
La virgen Noela
me dio su muy triste y muy ronca y muy vieja vihuela.
Ella es mi tesoro,
la sílfide loca que reina en mis Islas de Oro...*

Ricardo Fernández Montalva, lo recuerdo muy bien, que fue mi amigo decidido desde el primer día que me conoció, se irritaba grandemente cuando alguno de tantos HABLABA CON SORNA DE MI "Noela".

— ¡Eso es fantasía y poesía! — gritaba— ¿Por qué ha de ser decadente? ¿No están viendo que es una combinación de hexasílabos?... — Porque no conocen la palabra *crótalos*. Bueno; eso les ocurre a todos los ignorantes de la lengua!

Estoy viendo al poeta Fernando Montalva, segado en flor de virilidad. Era no muy alto, pálido, con gafas, gran mostacho a la borgoñona. Tenía un aire tribunicio a la menor exaltación y declamaba sus versos con acento de inspirado. Fuimos noctámbulos, a las veces, por dialogar sobre los temas que más amábamos. Hasta nos retratamos juntos una vez. Fue un verdadero poeta de inspiración, hondamente sentimental y conmovedor. Balmaceda, que no se fijaba sino en el talento, en la aristocracia mental, le hizo secretario de la Legación de Chile en París. Honor efímero para el poeta que cayó con la revolución nefasta.

Cuando me presentaron a Ricardo Fernández Moltalva y oí su palabra sobria y autoritaria, no sé por qué vi en él a un militarote a la antigua usanza. Dos días después, oyendo de nuevo la voz que se aterciopelaba en la confianza, y que se hacía temblorosa y dulce en la confianza, vi su alma de bondad que, como tantas otras, trataba de esconderse en la dureza de un caparazón, para no sufrir el roce de los gruesos y ásperos espíritus vulgares.

Murió, muy temprano ciertamente, porque quiso morir y se llevó lo mejor de su tesoro apolíneo. Sus amigos lo querían; su partido político se enorgullecía de él; todos esperaban la madurez de su talento; pero por buscar en los paraísos artificiales el olvido de la ordinariez del vivir cotidiano, porque era un *inadaptable* se refugió en los brazos de la Liberadora y, jovialmente, con una risa mefistofélica partió como un dardo en el azul.

En la Primavera de 1897 se publicó *Cuentos de Alcoba*, de Ángel C. Espejo. Saludé con una loa, en *la Revista Cómica*, el libro recién aparecido. Y como poco después en *La Libertad Electoral*, fueran impugnados estos cuentos y se hablara de decadencia, salí de nuevo a la palestra: publiqué en *La Ley* estas líneas:

¿ÉPOCA DE DECADENCIA?

En vano unos pocos han dado el falso grito, que resuena lúgubrementemente, hace ya más de una década, en el augustó templo del Arte, bajo sus bóvedas solemnes y graníticas: ¡Los dioses se van!

Falso grito de alarma; los dioses no se van. No pueden irse, mientras haya en el ara un sacerdote que ofrende, en el ábside una llama sacra y en los plintos y frontones del coro choque el trueno de las armonías rituales.

Porque dígase lo que se quiera, pocas épocas como la presente pueden encontrarse, en la larguísima sucesión de los siglos, que aquejadas por interno y profundo malestar, hayan sido más laboriosas, más infatigables en su culto por el arte; que hayan dedicado tantas energías individuales y colectivas, siempre anhelantes, con la vista fija clavada en el lejano horizonte en busca de las cúpulas de oro de la Ciudad Ideal, con tanta confianza en el porvenir que se vislumbra hermosamente, magnífico, con un astro de irradiaciones argentinas y perennes.

Y que nosotros llegaremos no hay que dudarlo, aunque proclamen, de mala o buena fe, la afirmación contraria los que lo ven todo negro porque

tienen el alma casi asfixiada ya en la enrarecida atmósfera del más crudo de los escepticismos.

No hay que creer que al morir Hugo un sol se hizo pedazos y que la obra de los nuevos está concretándose a rehuir esas trizas. Hoy por hoy todos los laboradores están empeñados en fabricar nueva obra con elementos propios, o en preparar el camino, como el Bautista, para el que ha de venir. De aquí por qué el afirmar que es ésta época de decadencia para el arte, es un error. Con esa afirmación se incurre en la más triste y lamentable de las negaciones. Sé yo de los antiguos siglos en verdad decadentes para las letras, que muchos son en la historia, y los comparo con el presente al cual se le ha apellidado del mismo modo, y no encontré razón la que menor que justifique el mote; porque si bien es cierto que no es este siglo brillantísimo como los siglos de oro de las literaturas, que dieron monumentos que vivirán eternamente, porque llevan el sello divino de la inmortalidad, no es menos verdadero que no se nota en la moderna producción intelectual ese debilitamiento de fuerzas, esa clorosis de las literaturas para las cuales, después de haber cumplido una misión augusta y civilizadora, ha sonado en el reloj del tiempo la hora del reposo.

No se comprende cómo puede negarse este movimiento artístico que recorre a Europa del uno al otro extremo, que hace palpar todos los pueblos, que ha despertado al cóndor de la América joven para ensayar sus alas en el ritmo supremo del vuelo, en el corazón de sus bosques virginales o en la cima de sus florecimientos de ciudades, y cuyas manifestaciones pueblan las esferas de la poesía, de la música y de las artes plásticas.

¿Acaso no se quiere ver ni se quiere oír? Y el que tenga oídos, oiga, dice el Evangelio.

Se proclama la decadencia en nombre del buen gusto académico ultrajado, de los fueros de la Academia no respetados, de la estética de la Academia desatendida, en nombre del estagirita y del venusino, de Boileau y de todas las tradiciones, como si sólo la Academia poseyera el verdadero buen gusto, como si no fueran baladíes los tales fueros de la Academia, como si ésta fuese el sacratísimo tabernáculo de la Estética y no una raposa carcelera de la que es en verdad; la Academia que enseña una estética falsa, amanerada, cursi y convencionalista; como si Aristóteles, Homero y Boileau fueran legisladores infalibles, como si por sobre todo ese fárrago académico no estuviese allá en la altura la estrella de los tres reyes de Oriente, señalando el sendero a todos los escogidos y a todos los privilegiados.

He aquí el secreto: época de decadencia porque los espíritus no quieren someterse a la tutela; porque no se encuadran las producciones artísticas en los viejos moldes agujereados por el uso de cien generaciones; porque se proclama la independencia en el arte; porque se obedece a nuevas tendencias y se siguen nuevos rumbos en concordancia con las aspiraciones y exigencias del progreso que se desentiende de los fósiles y sigue su gran marcha de triunfo; porque el artista pone más de relieve su personalidad, mira con sus propios ojos y es más sincero en la expresión de sus ideas, de sus emociones, sin tomar muy a la serio una preceptiva casi de todo punto ilógica.

¡Cómo si todas las grandes épocas artísticas no hubiesen sido épocas de libertad, desde los tiempos gloriosos de la Grecia hasta los del renacimiento italiano, desde los de Francia de la edad media hasta los de la España moderna! ¡Cómo si el Arte de todos los pueblos, indios, egipcios, asirios, completamente inútil, etc., no hubiera sido más grande y más espontáneo porque no lo sujetaban cadenas!

Hay que tener en cuenta que la edad de las *Ilíadas* y *Eneidas* ha pasado y que el artífice ha de hacer su obra al gusto de los tiempos en que vive y no según el gusto de los que fueron. Ya hoy no se piensa, no debe pensarse, ni se viste, como ha miles de años atrás.

Y es lástima que tantos esfuerzos haya gastado el espíritu antiguo para fustigar, para execrar el espíritu nuevo, a la nueva literatura tan robusta y grande, con fuerzas propias para vivir y con ideales bien definidos; porque todo será inútil. Ya veremos cómo ella ha de triunfar a despecho de todas las iras del clásico titán enfermo de muerte; ya veremos cómo ella ha de triunfar, la que cuenta con arquitectos sabios y fuertes llegados de los cuatro puntos cardinales, por cuyas venas hierva sangre rica y por cuya frente pasan ráfagas de relámpagos sagrados: Verlaine, Mallarmé, Ibsen, etc.

Señores de la Academia, no neguéis que obráis muy injustamente, que no tenéis razón.

¿Que se engolfan en sutilezas metafísicas y en nebulosidades psicológicas; que trituran el idioma como un potro; que son laberínticos a fuerza de ser originales, que son neuróticos y extravagantes y degenerados? Ya, ya, agotad los epítetos. Vosotros querriais que cortaran las alas del ave que aletea en sus cerebros, que pensarán como pensaron nuestros ilustres antecesores, los venerables señores gorilas, que se aprendieran de memoria vuestra jerga de frases hechas, vuestros amaneramientos, y que hicieran figurinas de yeso y no mármoles inmortales; que redujeran el idioma que progresa y se enriquece día a día con nuevos giros y nuevas dicciones que interpretan y traducen mejor las ideas, a momia de sarcófago envuelta en fajas.

En cuanto a vosotros que calificáis de *decadente* a todo artista, porque no sabéis el significado de un vocablo o no adivináis la intención en una línea, ni comprendéis un símbolo; en verdad os digo que para vosotros no se ha hecho el reino de los cielos, porque vosotros sois capaces de llamar decadentes a Cervantes y a Hugo.

En conclusión, no se puede llamar a ésta, época de decadencia para el Arte, ya que la ontología clásica ha cedido su lugar al hombre que no se preocupa de realizar la belleza eterna e inmutable de Platón; ya que la obra artística actual manifiesta el carácter y la impresionabilidad de su autor. El Arte convencional, que es la negación del Arte, ha muerto.

Vive y triunfa el Arte personal. Y ya llegará el Mesías más grande y poderoso que los Homeros y los Dantes, espíritu profundamente sintético, todo luz y todo verdad...

Ricardo Prieto Molina, el poeta amigo, muerto también en plena y fuerte virilidad, fue el que más elogiosamente me manifestó su aprobación por este artículo. Sus versos merecen figurar en una bella Antología que fuera hecha con ecuanimidad y gusto acendrado. Sus tercetos amorosos, que cultivó con especial predilección, son perfectos, impecables, voluptuosamente tristes. Pero, ¿No es acaso la voluptuosidad la más grande tristeza del amor? Lástima que el autor de tales tercetos se ausentara de esta tierra sin agavillarlas, que andan por ahí dispersas en *La Ley* y en las revistas de la época.

Era Prieto un hombre alto, bien musculado, de fuertes bíceps. Lo conocí cuando era militar, un apuesto capitán, de faz morena y mirada vivaz. Se retiró de la milicia y se dedicó al comercio. Murió rico, un poco corto de vista y desengañado de los versos. Una de las últimas veces que le encontré, hace años, me dijo: Toda mi vida ha sido de amor: amo a las mujeres, la buena mesa, la plata y la poesía. Y feliz él: lo que quiso lo obtuvo plenamente en la vida.

Hay que fijarse que en estos días al primer amago de un ataque adversario contra las nuevas orientaciones literarias, era yo el único que me apercibía a la defensa y paraba los golpes. No sólo iba a la prensa, sino en donde quiera que encontrase hostilidades de mis émulos y burlas de cenáculo, ahí estaba yo dando y recibiendo estocadas. Cuántas veces se caldearon los ánimos hasta el punto de riñas vulgares. Y en el fondo —¡Dios lo sabe que soy sincero!— era como lo he sido siempre, un pobre niño grande, humilde y quitado de arrogancias, perdonador de todo agravio y de toda iniquidad. Pero me fingí tan valiente, ataqué a mi vez de manera tan desahogada, que por lo menos logré que se me tuviese alguna consideración. Por otra parte, de mis coloquios con González, salía siempre reconfortado, con nuevos empujes. Este poeta, más inofensivo que yo, tuvo la superior virtud de ingerirme cada vez no sé cuáles espíritus de acometividad y de arrojo, y que conservándolos todavía me han sido provechosísimos en el vivir cotidiano. Pero la procesión andaba por dentro: en lo íntimo de mi ser deploraba no tener la suerte de Diego Dublé Urrutia, por ejemplo, a quien todos aplaudían sus versos tan sencillos y tan del gusto corriente.

Por otro lado, nunca como entonces sufría las nostalgias del país natal, la tierra que parecía brotar del mismo mar y empinarse en colinas totalmente festoneadas de verde; el río ancho, de sosegado y apacible curso, por donde el ala de Favonio apenas si oprimía y rizaba el espejo cristalino; el mar dilatado, ondulante y rítmico, con sus espumas, con sus barcas, con sus veleros lejanos; el cielo intensamente azul vetado de vellones blanquecinos; la lluvia fina o torrencial e impetuosa; el viento huracanado y zumbante, todo, todo lo insular lo deseaba con pena y con fuerza mi espíritu atribulado y combatiente. Me hubiera trocado por uno cualquiera de aquellos isleños humildes y vigorosos, que a remo y vela inflada pasan la vida en el mar, sorteando peligros y desafiándolos en la intrincada red de islotes y canales de mi Archipiélago. Comparaba

aquellas gentes sencillas y hospitalarias con estas otras presuntuosas, infatuadas, cañas huecas y vacías, con el corazón como de dura berroqueña, burladores despiadados de todo noble intento. Al meditar en las injusticias, en las iniquidades sociales, en la vida que se me presentaba aquí en toda su horrorosa desnudez, porque los hombres la habían hecho mala, me poseía el demonio de la rebeldía o caña, a las veces en largas horas de abatimiento, con la mirada perdida en el vacío, sin hacer nada, como un estafermo.

Un día, no sé cuántas horas estaría sentado yo en un banco de la Alameda, en tal semejante crisis, ajeno a todo lo que me rodeaba, oí una voz bien conocida:

—¿En qué piensa, mi amigo, que no me ha saludado al verme?

—¡Ah, don Eduardo, perdona Ud.; estaba tan abstraído!

Y don Eduardo de la Barra se sentó en el mismo escaño del paseo. Hablamos primero del diario en que yo escribía. Y al preguntarme por mis medios de vida y si ejercía el magisterio, le conté punto por punto mi afflictiva situación; cómo se habían vengado en mí los clericales de los Ángeles, porque yo había batallado denodadamente en contra de Errázuriz; mis luchas por el granito de alpiste en Santiago hostil y malévolo. El viejo y buen poeta, acaso tan pobre como yo, se condeñó de mí, me confortó con sus más dulces y cálidas palabras, y para distraerme de mis acerbos pesares me habló de las glorias del verso y de la poesía. Él sólo lamentaba que teniendo yo tanto talento —así decía— no hiciera versos sencillos y estuviera escandalizando con mi manera gongorina. Ya iba yo a replicarle cuando acertó a pasar don Diego Barros Arana, a quien en su propia casa me había presentado don Valentín Letelier. Nos invitó a su paseo de la tarde, hasta la columna de los Escritores. Y fuimos. Formamos una verdadera cruz, con don Diego en el medio, él tan alto. Don Eduardo a la derecha. Yo a la izquierda.

Nuestro gran historiador, a quien yo quería y reverenciaba, me pareció siempre una escoba invertida; y su cara, la de un simio anciano con la barba abundante y canosa. Pido perdón por la comparación tan atrevida... Esa vez tenía los ojos muy irritados, y dijo que así estaban por haberse acostado muy tarde y leyendo documentos sobre la cuestión de límites con la Argentina. No recuerdo si todavía era Perito en el pleito internacional, o si ya el Presidente Errázuriz había cometido la ignominia de destituirlo; pero sí que recuerdo de la vehemencia con que estos dos grandes patricios, beneméritos de la Patria, don Diego Barros Arana y don Eduardo de la Barra, hablaron de las pretensiones cuyanas. Esta vez don Diego, como muchas veces después en el 98 cuando iba a entrevistarle en nombre de *La Ley*, decía que los derechos de Chile eran sagrados; y entonces se animaba, se enojaba y accionaba desafortunadamente con el bastón, como si amenazase al enemigo que tuviese a su frente.

Don Diego Barros Arana me contó en esa ocasión que el primer trabajo histórico suyo había sido sobre mi provincia: "Historia de las campañas de Chiloé" y presentado a la Universidad Nacional en 1856. A la muerte del historiador y educador ilustre recordé esta obra, y en homenaje a la memoria del

autor hice mi poesía. Por la muerte de un grande hombre, leída en una velada del Ateneo de Santiago.

Otras tardes acompañé en su paseo acostumbrado a don Diego, con el corazón rebotante de justo orgullo, porque iba ya con el hombre superior. Él, con la intención evidente de que me fuera provechoso, me hablaba de la cuestión de límites y de política. Así podía escribir colaboraciones que se me pagaban en el diario, que se publicaban inmediatamente. No recuerdo que él tuviese que arrepentirse de haberme dicho alguna cosa, de quejarse de una mala interpretación de sus palabras. Posteriormente él mismo me hizo notar este hecho, y añadía:

—X no entiende nunca a derechas las cosas, aunque las apunte. Cada disparate que me atribuye me hace arder, me saca de mis casillas.

Hace mucho tiempo que X emprendió el viaje de ultratumba. En *La Tribuna* de Valparaíso también yo colaboraba entonces. Pero como el Director de ese diario creyese que yo podía vivir de emparedados de rayos de luna en pétalos de rosa, no me pagó jamás mis colaboraciones. Y eso que prometió pagarme puntualmente. Me estuvo engañando dos meses. Dios lo haya perdonado.

Y qué de iniquidades semejantes he visto yo en las imprentas. En alguna, dos o tres redactores, opulentamente pagados y todos los demás explotados, robados, estrujados en el más valioso de los trabajos. He visto a un crítico de la ópera, joven inteligente y formal, ir sin camisa y con sólo pechera y cuello, bajo la levita, al estreno de Mefistófeles, hacer su artículo pasada la media noche y ganar siete pesos cincuenta centavos por columna y media, que se medían con un cañamito antes del pago; y he visto al administrador con dos cocotas en el Cerro, muy alegre de champaña, derrochar el dinero, lo suficiente para haber pagado en aquel tiempo, seis meses en la casa de pensión.

No triunfan en el diarismo los más inteligentes sino casi siempre los más farsantes, inescrupulosos y audaces. Yo sé por qué artículo obtuvo Fulano un puesto en una legación. He sabido posteriormente que la emulaciones periodísticas son terribles y cómo dos redactores conjurados cierran el camino al talento que pretende un puesto entre ellos... Es admirable la vida del periodista que se ve solicitado de los grandes y de los minúsculos, que lo acarician y festejan como portavoz de su vanidad. Ninguno como el jefe de la gacetilla de un diario conoce mejor la flaqueza humana de los que van a mendigarle una línea, un anuncio, un bombito; y ninguno tan risible gacetillero como aquel que se infla y no sabe distinguir el mérito verdadero del vacío presuntuoso. Hay un noticiero despreciable y éste es aquel que sabiendo sólo por misericordia de Dios hilvanar unas cuantas frases banales de la ramplonería del oficio, trata despectivamente al que se hace aplaudir por sobresalientes y efectivas dotes de talento, efectivas dotes mentales. Y cuando aquel se calla de propósito, roído interiormente de la envidia, y no da la noticia del hecho brillante o del discurso elocuente, comete una doble estafa, para con el público que paga y para con el patrón que le paga, al gacetillero.

Hubo un tiempo en que como periodista militante escribí muchos elogios a los muertos. Alguien me reprochó tan plausible conducta. Ahora debo declarar que las virtudes de los que fueron deben ser loadas constantemente para infundir en los vivos no sólo el deseo de reforma y el anhelo de imitarlas, sino también el ansia de superarlas. Además tales elogios fúnebres suelen ser, y fueron siempre en mí, desinteresados y sinceros. Pero no hay que esperar que el varón virtuoso cierre sus pupilas a la luz y acalle su ritmo cordial para tributarle alabanzas, no; porque si cerráis vuestros labios cuando el varón fuerte vive para llamarle grande, demostraréis ruindad de espíritu y que vuestro corazón está roído de la envidia ineficaz. Por todo, cuando yo no vi nada que loar en los vivos; loé a los muertos y no más de cuatro veces exalté los merecimientos del viviente virtuoso. Otras veces la alabanza fue en mí, para los demás, estímulo más que recompensa merecida.

Entre los colaboradores de *La Ley* no debo olvidar al poeta amigo Diego Dublé Urrutia, cáustico y mordaz *John The Ripper*. He aquí un muchacho que entró en la vida con pie derecho. Y ha tenido suerte bien merecida. Su libro de poesías *Veinte años* fue unánimemente aplaudido cuando apareció. Yo mismo tuve un reposorio para dejar la lanza desfacedora de agravios y tejer una guirnalda para el poeta. Y esto ocurría cuando hasta los más intonsos me aconsejaban que siguiese el ejemplo de Diego, que desdeñaba las modas de París; lo que habría sido motivo suficiente para que yo abominara de su libro *Del Mar a la Montaña*, su obra posterior, reafirma sus excelentes cualidades líricas.

Cuando Diego vivía, en aquel tiempo, en una pieza de la Universidad, segundo piso, a la izquierda, nos congregaba, un día de la semana, el lunes, a algunos de sus amigos a tomar té con galletas. Entonces leíamos versos nuestros o ajenos, y murmurábamos un poquito del prójimo, no siempre. Aquí conocí a un joven entusiasta de la poesía, que no hacía versos, pero que demostraba buen juicio: Oscar Urzúa Jaramillo, que se ha dedicado después a la política y con éxito. En una ocasión, más por fuerza que de grado, alguien condujo al poeta González al té de Dublé Urrutia. Estuvo aquel silencioso, fumando sin cesar, no aceptó el té y manifestaba su extrañeza viéndonos remojar en el té las galletas. Media hora más y se levantó para irse, y no hubo medio de retenerlo. Al salir él hubo que abrir puertas y ventanas para que saliera el humo de sus cigarros... ¡Ah! nos reímos con alegres carcajadas.

Ausente algunos años el poeta Dublé, en servicio de su país en el extranjero, algunos le han olvidado; otros, y esto es para mí admirable, le han negado; aunque vanamente. El poeta Dublé Urrutia, aun cuando no hiciera una poesía más, tiene bien cimentado su edificio lírico, a prueba sus muros de agujijón de avispa y de dientecillo roedor. Sin necesidad de apelar al juicio equitativo de la historia, hoy mismo podría rechazar sonriente la agresión, porque apenas si el soplo malevolente podrá formar un pliegue en el agua serena de su *Fontana Puras*.

Y sucedió que conocí personalmente a Avelino Samorati, Evaristo Molina, Samorati nombre famoso antaño, que escandalizó a las gentes timoratas y orto-

doxas en la portada de un libro herético, *Los Papas a través de la Historia*, cuyo verdadero autor ha venido a saberse ogaño. Cuando ya era director de *El Progresista* de Los Ángeles, recibía con alguna frecuencia artículos de fondo firmados por Avelino Samorati, que con la mayor complacencia mía se publicaban.

Quedé admirado de este hombre desde que le vi la vez primera. Fornido, de contextura atlética, de ademán reposado, como de quien está seguro de sí mismo, de hermosa y renegrida barba fluvial, de mirada bondadosa y de palabra serena, me imaginé que podría, si lo quisiera, desjarretar un toro y dar muerte a un león. Afable. Cariñoso desde el primer momento, encontré en él un verdadero amigo. Con un gran fervor por la Belleza, fue uno de los primeros en acogermé y estimularme. Con el gran poeta González, que fue quien me lo presentara, me llevó a su casa que; desde entonces, puedo decir con la más estricta verdad, fue la nuestra; porque al poeta y a mí siempre, de ahí adelante, se nos recibía con el mayor cariño del mundo, cuantas veces se nos ocurría ir. El poeta de *Ritmos*, de suyo esquivo y huraño, tenía en grande estima a Molina y, por lo menos, iba una vez por semana a comer con él, porque sabía que hasta el gato de la casa y los pajaritos de la jaula lo querían sinceramente. —“Tiene un corazón de oro y es un niño grande”— decía el poeta González por Evaristo Molina. Y de seguro se habría quedado maravillado si por don profético hubiese penetrado en el porvenir y hubiera visto que en el escritorio de nuestro común amigo se encuentra hoy el busto del desdichado autor de *Ritmos*, de un notable parecido, y modelado por la misma mano de Molina, que así se ha revelado con talento de escultor. Pero si el poeta nos mira de la otra vida, él verá el proyecto de mausoleo, hermosísimo, bronce y mármol, que le ha hecho el mismo Molina y que espera que algún día pueda realizarlo en el Panteón...

Conocí también por aquel tiempo a mi amigo Miguel Luis Rocuant. Declaro con la más íntima satisfacción que él fue el primero y único reverenciador de Verlaine y del *modernismo* que encontré en Santiago. Sólo para él y para mí, Rubén Darío era el gran poeta de lengua castellana. Pueden imaginarse hoy los que me lean el regocijo y el entusiasmo que se despertaron en mí, entonces, por haber conocido un espíritu que vibraba a la par del mío, que reconocía la necesidad de remozar la lírica en consonancia con el vivir moderno. Su conocimiento perfecto del francés literario le ponía en aptitud de tratar familiarmente a Rollinat y Richepin, a Moréas y Mallarmé, a Huysmans y Baudelaire, etc., etc.. Él no publicaba todavía; pero se nutría del lirismo francés y de filosofías alemanas. Yo conocí en él, desde el primer instante, el vigoroso poeta que tendría que ser Rocuant. En cambio, él me confortaba en mis desfallecimientos, me aplaudía mis pequeños éxitos y cada vez que le llegaba de París un libro nuevo, me lo daba a leer. En esos días de la alegre juventud también íbamos a cortar rosas rojas para ofrendar en las aras de Afrodita, y mientras la diosa para mí era esquivia, para él siempre fue propicia.

Él puede atestiguar hoy cómo yo fui el primero en Chile en proclamar la libertad en el arte, ni clásico ni romántico, independiente, personal y moderno. Él fue testigo de mis campañas. Él puede decir cómo yo respondía desde el

diario, y la revista a los que me motejaban de *decadente*; los bríos, que gastaba y las audacias que yo tenía. Miguel Luis Rocuant fue como yo una alondra en aquel amanecer.

1898. —En este año vi bien el espectáculo desolante de la maldad y de la injusticia sociales. Antes sólo de oídas sabía del sufrimiento de los pobres, de las explotaciones del capital, de las desigualdades irritantes que engendran la sed de venganza, las protestas airadas, las huelgas y la prédica anárquica. Tuve noticias ciertas de la maldad de los hombres que juzgaba immaculados. Hasta mí llegaban los ecos de las orgías en que se revolcaban pretensos estadistas sin decoro; asistí al triunfo de los ignorantes audaces, al enriquecimiento rápido, en los altos puestos públicos que habían asaltado, de abogadillos antes permanentemente sin clientela, y me asombré en la feria de peculados, con los contratistas fiscales escandalosos, con las prevaricaciones sonadas y con la desvergüenza de los concusionarios. Asistí a la bancarrota de todas las virtudes públicas y privadas.

Qué santa indignación sentí entonces contra los opresores y lágrimas derramé delante de las víctimas. Yo también sufría en carne viva la pobreza y desamparo; sentía la garra que me estrujaba, la ávida boca que succionaba sangre de mi cerebro... Cuántas veces soñé, en mis desesperaciones, con la revolución que castigara a los malvados, en la hora de la redención y de la libertad de los oprimidos. Comulgué con todos los ideales socialistas pero sin querer ser nunca un igualitario. Mi aristocratismo mental se irrita con la incultura del pueblo tanto o más que con la vista de un cerdo de oro o un rico reproductor del Devonshire. Sin embargo, Tolstoy me encendía apaciblemente, Ferri me fortificaba y el príncipe Kropotkine me mostraba el camino, la verdad y otra vida. Mis escritos comenzaron desde luego a reflejar la evolución de mi espíritu hacia los ideales del más puro cristianismo; y desde esos días, por debajo de todos mis versos, como el puro hilo de agua subterránea corre en su lecho pétreo, palpita y vive un cristalino misticismo artístico, mío personalmente en mí. La unción mística de todas mis obras literarias nace de mi amor a los pobres y a los oprimidos, de la visión desconsoladora de sus sufrimientos y lacerías. No ha habido pues influencia de escritor o poeta alguno en tal sentido cristiano y artístico.

Cabrera Guerra, el prologuista de mi obra primigenia, se equivocaba, pues, grandemente cuando aseveraba con tono dogmático que el argentino Lugones había influido en mi poesía humanitaria. No ha faltado después un tonto para que haya tenido eco esta falsedad; desde aquel entonces no ha faltado un pato del aguachirle nacional que, envidiándome, la haya repetido en son de escarnio. Este último castañeteo no me ha molestado en lo menor. Aquí puedo decir solamente, con todo rigor de verdad, que jamás he imitado a otro poeta y que la única influencia que ha habido en mí ha sido la de Rubén Darío; pero nada más que en mis mocedades líricas. Tan cierto es esto que yo desafío al más desatentado de mis émulos o al más ruin de los envidiosos, a hacer una expurgación en todos mis versos que he publicado, y a que muestre que he volado en ajeno Pegaso.

De modo, pues, que desde este año 1898 datan mis trabajos en pro de los menesterosos y contra las injusticias sociales. Visité fábricas, talleres, suburbios, cárceles, hospitales, todos los lugares de horror, dolor y muerte, y en vez de sentirme anonadado ante el convencimiento de mi impotencia y de la inutilidad de mis clamores, pedí justicia en prosa y verso, en la prensa y en los comicios públicos. Soñaba con hacerme oír, quise —¡oh locura!— ser como un profeta y alcanzar así la inmortalidad de la fama. El amor a las clases obreras y proletarias tuvo entonces en *La Ley* una voz constante, la voz de una campana dolorida, ora tocando piedad, ora tocando rebato. Y esa voz era la mía, que se quejaba por las propias y ajenas angustias, y clamaba en el desierto.

Mi prosa se modifica en un sentido notable; es ágil, nerviosa, satírica y mordaz en artículos de temas políticos; casi bíblica en otros de tendencias sociales y trascendentales. En éstos últimos el lirismo ponía una suavidad piadosa o un cambiante de moaré a la amargura de mis frases revolucionarias y dolorosas. Viento de tempestad y de indignación sopla por ahí, y también de castigo y de venganza. Hoy, al recorrer mis centenares de apóstrofes y clamores me conmuevo y me admiro de mí mismo, y me extraño de no haber muerto en aquel tiempo apedreado como San Esteban, vaya por caso. Adquirí cierto prestigio en la camaradería periodística, entonces; pero no lograba derrumbar del todo la muralla maciza que oponían a su manera lírica mis compañeros. Aplaudí a Dublé Urrutia y a otro y no encontré correspondencia en ningún ánimo gentil o caballeresco. —Escribe muy bien en prosa —decía de mí un tonto grave— pero en verso no se le entiende. —De propósito hice artículos de un crudo naturalismo; de los cuales hoy no me arrepiento. No fui jamás hipócrita; aunque conocí después a muchos que mientras predicaban la moralidad y el decoro, en la plaza pública, vivían sumergidos en la crápula y el vicio.

Una profesión de fe lírica hacía yo cada vez más acentuada en cuanto yo escribía. En una alabanza a uno de mis amigos estampaba, así al desgaire y contestando por adelantado observaciones futuras: “¡Y qué! El poeta no puede limitarse única y exclusivamente a cantar las bellezas ubérrimas de la naturaleza; tiene que predicar la justicia sobre la tierra, la reivindicación de los derechos de los pobres y de los buenos, la liberación de los oprimidos; porque él es un sacerdote de paz y de justicia, el sembrador evangélico de la buena simiente que dará sus sacrosantos frutos de bendición en tiempos no lejanos, sin que sea menester para ello que sea regada con la sangre en el exterminio de las bombas, ni alumbrada por la maldita luz de las antorchas que tienen una lengua de incendio...”. Quiero citar tan sólo lo anterior para que se vea cómo ya en los campos de mi reino interior se está preparando la que ha de ser después la humanitaria y misericordiosa, “La Floresta de los leones”.

Al mismo tiempo defendía yo la Enseñanza del Estado, que entonces estaba amenazada de muerte. La Universidad Nacional, el Consejo de Instrucción Pública, los liceos, las escuelas normales, el profesorado, tuvieron en mí su más abnegado defensor. Los Ministros complacientes con la reacción fueron vigorosamente impugnados por mí. Y no hago aquí caudal de todo ello en espera de recompensa, sino únicamente para que quede constancia de que he sido, en

medio de todas las contrariedades de la vida, un factor, aunque humilde, nunca de mínima cuantía, en el mantenimiento y en la evolución, de la cultura liberal de la República, precisamente cuando la reacción pedía, y estuvo a pique de conseguirlo, la supresión de los liceos y su reemplazo por las lidias de toros, como afirmaba el ilustre sociólogo don Valentín Letelier. Hubo un Ministro de Instrucción Pública, liberal, que quería junto a cada escuela una iglesia. Hoy yo pediría lo mismo. Pero desde aquel tiempo se aumentó el presupuesto del culto, para la fábrica de templos.

La recompensa por tal defensa de la cultura la recibía yo abundantemente en centenares de cartas y telegramas de aprobación y felicitación. ¿Qué más? Quedaba contento y ya no me importaban un ardite los ataques, muchas veces groseros, de la baja prensa reaccionaria... Y, con todo, hay de estos días versos sentidos y tristes, fiel reflejo de mis angustias, no publicado en ninguno de mis libros anteriores. Son de entonces:

INSULARES

*-Hijo mío... ¡Pobre niño!
Vas a marchar de mi lado.
Guarda tu alma como armiño,
como armiño immaculado.*

*El alma es un ángel. Sus galas
enloda una falta leve.
Mira: son blancas sus alas
como la espuma y la nieve.*

*Lleva la virtud por norma,
la dignidad por ejemplo.
Es la virtud quien transforma
la conciencia en santo templo.*

*Siempre altivo, siempre honrado;
no des incienso a los hombres;
humilde, mas no menguado;
si te burlan, no te asombres.*

*Cruza el mundo a la ventura.
Dios alumbró tu sendero...
Si ha de ser tu vida impura,
yo cadáver te prefiero.*

*Juro por Dios que me ha visto
cruzar el desierto yermo,
y con mi cruz como Cristo,
débil, exangüe y enfermo,*

que he seguido los consejos
de mi santa madrecita
que he dejado allá tan lejos,
allá en la Isla bendita...

Y mientras triunfa el protervo
solo yo no tuerzo el rumbo.
¡Siempre altivo, nunca siervo!
¡Bien! ¡Dios mío! ¡Ya sucumbo!

Frente a esta sencillez sentimental, publicaba otros, como *Las Neblinas en Marcha*, que están en *Campo Lírico*, y que provocaban el ridículo de mis mismos compañeros de *La Ley*. Después, el vuelo desplegado, no he oído, debajo de la esplendidez del sol, la vacua vocería graznadora.

¿Que esto es inmodestia? Es esta verdadera modestia una cualidad soberbia de la cual están dotados los espíritus superiores en su fortaleza de seres superiores o no vulgares. Figurémonos una especie de dalmática transparente que a manera de gasa sirve para suavizar, no para ocultar, el resplandor majestuoso de la pedrería de una clámide de rey o de caudillo, de guerrero o de cruzado, coraza o defensa, para que la pedrería refulgente no irrite ni ciegue la mirada del que va al lado tuyo, a la siga tuya. En un momento dado puedes quitarte la gasa para que la pedrería dé su puro resplandor, y verás cómo las pupilas mediocres irritadas te exigirán con fieros modos, por el dolor de la envidia, que vuelvas a ponerte, no gasa, sino una caparazón de curtiduría o de alcornoque, y te gritarán que no debes lucir así no más, sin que ellos consientan, el inocente resplandor. Y mira, en seguida, lo que hacen ellos, los que no tienen ni una perla que mostrar: aparentan encenderse e inflamarse en fuegos fatuos; y en la misma mezquindad del pantano en que nacen las luces pestilentes, se encogen, se amenguan y aparentan un pudor desvergonzado en su flaqueza, y encogiéndose y estirándose dicen a la joya soberana que fue pulida, brillantada por los dioses en el corazón del planeta: ¡Tú debes imitarme; no debes tener la insolencia de tu brillo, del sol delante, sino esperar la noche, la desolada noche sin estrellas! Mientras estés aquí abajo procura que aunque seas estrella, no seas el diamante que está arriba. Es realmente una desgracia el brillo de la estrella.

No hay, pues, que confundir la excelsitud del don orgulloso con un caparazón de tortuga. Esta es la modestia de los más; la caparazón que oculta una ruindad o un arrastramiento. Puede ser la triple cualidad de los patos que son de los tres elementos, tierra, agua y aire, y en los tres son miserables, misérrimos. Tengamos la seguridad de que las aves domésticas y rastreras declararían que el águila o el cóndor son demasiado insolentes en su inmodestia de atreverse a volar tan cerca del sol; debían ser iguales a ella las modestísimas aves de corral. ¡Qué despreciable es el grito ansarino!

—El cóndor es soberbio. ¡Odiémosle! ¡El cóndor debe tener la modestia, la admirable modestia del anadón!

Y en aquel tiempo de los tranvías con caballos, que no era llegada la Compañía eléctrica, cuyo terrible monopolio agobia hoy a Santiago, conocí al poeta Pedro N. Préndez en la imperial de un carrito de la calle Vergara. ¿Quién me lo presentó? ¡Qué noble y arrogante facha de poeta! Barbilla y chambergo zorrillescos; despreocupado el ademán; traje claro; gran cigarro habano oloroso; mirada majestuosa y cariñosa; sonoridad un poco inflada en la palabra, recio apretón de manos y dulzura en la voz ronca y solemne al decirme:

—Ya conocía su nombre de poeta...

—No lo soy todavía —le contesté—. Pero trabajo por serlo, y lo seré seguramente.

Mientras corrían los caballitos en la claridad de la luna verdosa, pensaba yo en la obra de este poeta tan discutido, tan sonora y tan elocuente. Su fervor poético, admirable; sus éxitos en certámenes, merecidos; su elocuencia tribunicia en el verso... Simpaticé. No sé qué aire de caballero de capa y espada salido de los predios calderonianos yo le encontraba. Le hallé un parecido con un retrato de don Isidoro Errázuriz, que mi padre tenía en su escritorio. Y cuando le vi erguido, con la copa en la mano, el cigarro en la otra para decirme salud, en el mesón del restaurante del Parque, me preguntaba interiormente por qué este hombre grande, macizo, férreo no era un caudillo o un domador de muchedumbres. Creo que de esta vez aprendí algunas presentaciones oratorias y efectistas.

Andando el tiempo, me pidió unos versos para el álbum de sus hijitas, flores de hermosura que yo sabía, sin conocerlas. Los hice. Están en mi *Campo Lírico*. Después conocí que don Pedro era un formidable improvisador. Recuerdo muchas ocasiones en que lo oí, y junto con González, que no atribuía gran importancia a esta facultad para mí sorprendente en aquel tiempo. Por ella le aplaudían maravillados sus amigos en el Club. En algún modesto pero honrado salón, fui testigo del triunfo que el poeta obtuvo por una feliz y larga improvisación: una joven y hermosa señora deshojó varias rosas y en una lluvia perfumada, blanca y roja las dejó caer sobre la cabeza del inspirado, mientras los circunstantes aplaudían entusiasmados y gozosos...

En este mismo año encontramos, unos cuantos poetas y escritores, a una señora que nos recibió en la más amable y fastuosa hospitalidad. De ella he hablado varias veces en artículos que van por ahí desparramados en diarios y revistas. Por lo menos una vez por semana nos congregaba en ágapes fraternales. Las viandas y los vinos eran de lo mejor del Restaurante Santiago. Marcial Cabrera y yo, los amigos más antiguos de la hermosa señora, invitamos a los nuestros, con el alegre beneplácito de ella. Muchas veces nos sentamos en torno de la mesa, en aquella simpática mansión. Pedro Antonio González, Pedro Nolasco Préndez, el pintor Ernesto Molina, M. Cabrera Guerra, Ricardo Prieto M., Roberto Vera Calvo, Gustavo Vallerod Sánchez, Carlos Varas M., Federico Gana Gana, Ventura Fraga, los centroamericanos Roberto Brenes Mesén y Arturo Ambrogí, Ricardo Fernández Montalva, Ángel C. Espejo y yo.

Y nosotros, en cambio de los placeres gastronómicos y espirituales que teníamos en aquella agradabilísima morada, nos esmerábamos en rendir a la señora nuestros homenajes de cortesía y respeto agradecido. Eran aquellos ágapes verdaderos, fraternales. Nunca en la charla alada y ligera se deslizó una sola palabra maligna o perturbadora de cordialidad. Esa espiritual señora tenía la gracia de hacernos olvidar nuestras pequeñas rivalidades de cenáculo o de camaradería, y distinguiéndonos a todos, tenía especiales atenciones para cada uno, con una admirable pulcritud de tacto. Y no era ella una literata, ni presumía de cosa alguna; ni aun de su simpático don de gentes. Nos manifestaba cariño con una ingenuidad encantadora. Para ella un poeta, un escritor, por minúsculos que fuesen, eran acreedores a toda clase de consideraciones. No tenía ni más ni menos ilustración que la que adquirieron las señoritas todas de su tiempo, y sin embargo, con una fineza exquisita nos sorprendía con sus observaciones y pareceres, aun en nuestros graves coloquios de arte y poesía. Esta dignísima señora merece, pues, un lugar muy señalado en esta historia de literatura que voy tejiendo a mi manera: doña Rita Aguilera de la Maza, de una de las más nobles familias, de antigua prosapia, de la ciudad de Los Ángeles.

Al final de mi "Memorándum" encuentro la poesía que recité en la tumba del poeta don Guillermo Matta:

*Así como a un golpe de hacha cae el alto pino,
súbitamente ha caído este cantor divino.*

*Era un gran poeta lírico este noble anciano
con la unción bíblica de la lengua y el rostro huguiano.*

*Cuando vibraba esta voz gran silencio se hacía
y le escuchaba la noche y le escuchaba el día,
en medio del silencio de un respeto profundo,
como si el verbo de Dios cayera sobre el mundo.*

*Su lira era de un noble roble de la montaña
indígena y tenía una armonía extraña,
soberbiamente épica, soberbiamente ruda,
que vibró suprema sobre la frente desnuda
de un gran pueblo, sobre la frente de una gran raza
que cantó su primer verso al golpe de su maza
sobre los fuertes cráneos de aquellos hombres blancos
que llenaron las fauces de los negros barrancos
de la tierra araucana; su regia lira brava
que tanto más sacra fue porque nunca fue esclava...*

*Cuando el viejo trovador pulsó sus cuerdas sordas
sentimos como un rumor ruidoso de cien hordas
marchando a las batallas, delante a los volcanes,
al compás de sus sangrientos y roncos peanes,
debajo y a la sombra de su pabellón de guerra,
mordiendo con sus lanzas los pechos de la tierra.
Su poderosa y vibradora voz se alzó entonces*

*con el fragor de unas montañas de recios bronces
 martillados en el yunque de una gigante fragua
 puesta sobre la altiva cumbre de Aconcagua.
 Subieron sus acentos más altos que los montes
 y poblaron sus notas los amplios horizontes.
 Y fue como un fiero lidiador de empuje fiero.
 Bien pudo ser de Arauco el trovador primero.
 Tuvo el brillo y el choque del yelmo y la coraza
 Por estro y la figura fue un poeta de raza.
 Este noble trovador tuvo el soberbio empuje
 de un vuelo de cóndores... cuando su verso ruga
 parece que gritaran en sus roncacos acentos
 las cóleras tonantes de los australes vientos.
 Cuando cantó su lira la libertad sagrada
 tuvieron sus estrofas la audacia de la espada.
 En él se confundieron apóstol y profeta:
 Es que este soberbio lírico era el gran poeta
 de un Evangelio. Por esto su Pean de lucha,
 del uno al otro extremo la América lo escucha.*

En el año 1899 continuó con mayor empeño, si cabe, mis labores literarias. En el anterior había terminado un poema dramático, *La Epifanía de la Quimera*, que fue muy aplaudido por don Eduardo de la Barra, poema que guardo inédito. En marzo de este año compongo otro poema dramático, "Amorosa Vendimia", que publicó en números sucesivos *La Revista Nueva*, posteriormente, la revista de Enrique Matta Vial.

En Abril del mismo año se me ocurrió dirigir una carta, en *La Ley*, a don Eduardo de la Barra, sobre los ritmos castellanos. Le decía —barbaridad de la que entonces no me percataba— al conocedor profundo, hasta en lo más recóndito de nuestra Métrica, que era necesario reformarla e inventar nuevas combinaciones y desdeñar los antiguos metros y estrofas, que había que atender a la orquestación rítmica y que había que inventar una nueva cláusula, la tetrasilábica. También le hablaba del tripentálico de Pedro Antonio González y a éste lo proclamaba yo, no muy disimuladamente, el primer poeta de Chile. Tal vez esto fue lo que más irritó a don Eduardo, porque inmediatamente me administró una contestación muy merecida, *suaviter in modo fortiter in re*. Salté como con el dolor de un pinchazo y llevé a la imprenta mi réplica, atrevida, virulenta, que se alcanzó a componer; pero que el director del diario tuvo la feliz ocurrencia de retirar de las cajas. Conservo las pruebas de los originales y en el margen se lee esta nota: "Esta contestación está corregida, para suavizarla, pero contra mi voluntad, por Marcial Cabrera. El Director de *La Ley* la hizo retirar estando ya en prensa, don Manuel Vicuña". ¡Qué acertada medida la de don Manuel! Si se hubiese publicado, gran pesar habría tenido el grande hombre que fue don Eduardo de la Barra, honra no sólo de Chile sino de América. ¡Y cuán arrepentido estaría yo y con qué perdurables remordimientos!

Hay que recordar ahora el "Anexo" de *La Ley*. La idea fue exclusiva de Marcial Cabrera Guerra. Una vez a la semana, al número ordinario se le agregaban ocho páginas, formato Mercurio, de amena literatura, poesías y prosas de americanos, de artes y propaganda científica. El éxito fue completo: el "Anexo" era esperado con ansias y de provincias se pedían centenares con dicha anticipación. Sirvió de una manera decidida al resurgimiento de la literatura nacional. Admitía toda colaboración en que el autor demostrara talento, y dio a conocer a los mejores poetas y escritores de América. A tal "Anexo" dedicaba Cabrera todas sus energías y por esto él hizo un gran bien a la cultura de este país, y combatió de una manera indirecta, pero no por eso menos efectiva, el cretinismo imperante. Hizo conocer que la renovación literaria se verificaba en todas partes, en toda tierra hispanoamericana, que la idolatría por Núñez de Arce y Campoamor había pasado, que la trompetería lírica era molesta a los oídos modernos, que a la ramplonería de poetas hueros y versificadores melencidos había sucedido un sentido poético nuevo, una inspiración elevada y una renovación ideológica completa en materias artísticas. Las gentes vieron en este "Anexo" la importancia tan grande que tenía en otros países el tañedor de lira, y comenzaron a comprender que no solamente de pan vive el hombre. También se principió a ver que no tan sólo entre los de mi "aljama literaria Rubén Darío era gran rabino", como me escribía don Eduardo de la Barra.

Ahora, por qué fue efímera la duración del "Anexo" benéfico, no lo sé; pero puedo decir que en los compartimentos inferiores de la nave habían empezado a diseñarse mal encubiertas vías de agua.

¡Y qué excelente persona era don Manuel Vicuña! Parece que le estoy viendo, bajito, gordo, blanco y rosado, con su cabellera blanca, bien plantado, *bien gallo*. El fue el que dio rumbo recto a la barca que andaba al garette. Su voz de mando era ronca, y en sus charlas y anécdotas de su vida, intensamente vivida en medio de América, afectuosa y emocionante. Con sus aventuras del Perú y Bolivia, en distintas épocas, se hubiera podido hacer un libro voluminoso y muy interesante. Permanecía en la imprenta hasta media noche, y muchas veces, después de terminar las tareas del diario, nos invitaba a su casa a tomar el té, y este se convertía en una buena cena, fiambres, vinos, dulces exquisitos; y todo con amabilidades varoniles nos lo servía él mismo porque la señora y la servidumbre estaban ya descansando a esa hora. El primer redactor, Cabrera Guerra y yo éramos los invitados en su casa de la calle Cienfuegos, a un paso de la Alameda.

Me parece que fue en Junio de este año 1899 cuando apareció la primera revista modernista en Santiago, costeadada y dirigida por un estudiante de medicina. León Garcin (Lautaro Ponce en la matrícula de la Escuela Médica). Tenía un bello nombre dicha publicación: *Lilas y Campánulas*. Buen papel; elegantemente impresa, edición de lujo, según los últimos modelos de París. El primer número en que aparecía una hermosa profesión de fe modernista, con el título de *Zafarrancho* y que firmaba Alejandro Parra, fue comentado con airadas protestas. ¿Quiénes eran esos muchachos insolentes que se atrevían a tanto, contra

los dómines, contra los consagrados por la mediocridad imperante? ¡Oh! la grita partía de la Universidad, del Instituto, hasta herir los tímpanos. Pero lo más irritante era que esos mozos audaces no eran simplemente unos aparecidos, de esos que pueden encontrarse en cualquiera escalinata de imprenta, tartajosos, farsantes y garrapateadores de papel en blanco. No, que demostraban una superior ilustración, no poco talento, y lo que es de más precio, valor para pensar libremente, independencia de criterio. Fue esa revista *Lilas y Campánulas* una revelación y una reafirmación de la existencia en Chile de un núcleo de juventud sedienta de renovación artística, anhelosa de respirar el aire puro, de hacer obra propia, después de haber guardado con cien llaves, para que no dieran voces, como decía el otro, cánones y dogmatismos que no tenían razón de ser alguna.

¡Y qué prosa esa de la peregrina revista! Alada, ligera y tornasolada como las alas de una mariposa en ondulante y veleidoso vuelo. En el *Zafarrancho*, vibradora, tonante, con chasquidos de acero que se cruzan; en los cuentos, polífona y multimatizada, con una novedad sorprendente. Y mis versos que no podían fallar, sencillos, o con las tristes dulcedumbres de mis nostalgias de la ínsula nativa, deliberadamente sencillos para mostrar que ya entonces podía yo hacer lo que quería con mi instrumento lírico. Sólo en el último número de *Lilas y Campánulas*, publiqué mi "Aquelarre", que tanto dio que hablar, como veremos.

Y más versos seguí publicando en otras revistas y diarios, incansable y tenaz, con el laudable propósito de hacer resaltar mi personalidad.

Por este tiempo que voy recorriendo rápidamente, por intrigas, por deleznales intereses, los del entresuelo de *La Ley*, se sublevaron contra el patrón y la oficialidad superior del barco, digo, del diario; hurtaron el título, los libros de Caja, los tipos, y se fueron a poner casa aparte en la calle Serrano. Don Manuel Vicuña, el primer redactor, Cabrera Guerra, el jefe de informaciones, Pedro Rivas V. (Berdica) y no recuerdo quiénes más, fuimos a *La Tarde*, hospitalaria a sacar *La Ley*, que contó, desde luego, con la adhesión entusiasta de toda la gente honrada, Galo y Alfredo Irarrázabal prestaron entonces a los radicales un gran servicio, cuando nos recibieron con los brazos abiertos y nos ayudaron a salvar del naufragio la obra de Palazuelos... Mas esta incidencia dolorosa para el gran diario radical no quiero puntualizarla aquí, por piedad para algún sobreviviente de aquella iniquidad abominable. Eso sí que no la podré olvidar porque fue la primera manifestación de la gangrena que comenzaba a corroer el poderoso organismo, causa de su aniquilamiento en toda su virilidad... Inolvidables serán esas noches de *La Tarde* en que hacíamos *La Ley Chica*, como dio en llamarla el público. Ninguno dejaba la gran sala de redacción hasta que no se entregaba al Regente la última línea de material. No nos faltaba algo que cenar y rica chicha, obsequios de don Manuel o de Galo Irarrázabal.

Tanto éxito tuvo *La Ley Chica*, que entre serio y festivo el Presidente Errázuriz decía a este respecto —así nos lo contaba alguno de sus contertulios:

—He partido a *La Ley*, pero como la culebra partida... me han salido dos culebras.

Por algún tiempo, días muy largos para los buenos radicales, se publicaron dos hojas diarísticas con el mismo nombre supradicho.

En estos mis recuerdos no he hablado aún de mis caricaturas. La primera es la que más estimo, tal vez por su origen.

Escribí una vez, a fines del 97, me parece, una carta al poeta Préndez, en el diario, y entre otras cosas le decía que yo no quería seguir los caminos trillados en literatura, porque me sentía con fuerzas para abrirme una senda, y agregaba: *Yo no quiero ser hiedra, porque soy árbol. Voy por mi camino mío al Arte*, frase que llegó a tener mucha circulación entre mis émulos. Bien. En el N°6 de febrero de 1898 de *La Revista Cómica*, ifijarse bien! —en la revista a la que con mis colaboraciones continuadas y gratuitas había contribuido a que ganara dinero— apareció en una página, arriba, el retrato de la Srta. Teresa Mac-Clure Besa, y abajo mi caricatura: actitud tribunicia, melena desordenada, que jamás he usado, al frente de dos señores que miran espantados, y con esta leyenda en verso:

—¿Qué yo soy del cenáculo? Mentira!— A mí nada me arredra—, ora empuñe la lira —ora la trompa emboque —yo seré yo; el árbol, no la hiedra... — ¿Y qué árbol es éste? — Un alcornoque.

Contemplo, ahora, en mi mamotreto el viejo recorte y leo en una esquina, casi con pena o conmiseración, lo que escribí hace veinte años: *La Revista Cómica* de Luis F. Rojas, dibujante, y Abelardo Varela. Otro sapo más que hay que aplastar. El pobrecito Abelardo Varela hace muchos años que se suicidó por no sé qué contratiempo amoroso. Era un versificador muy estimable y traductor de poesías brasileras. Era bajito de estatura. Hablaba también en voz baja, con cierto roce sibilante interdental. Tenía el aire y la color del rostro japoneses. Siempre se me manifestó muy amigo mío. ¡Ahí está la prueba! Por esto yo lo saco del olvido en que se había ahondado para siempre.

De la veintena de caricaturas que me ha hecho la buena o la aviesa intención, recordaré también, porque me agradó, la que dio *El Fígaro*: Llevo gran chambergo, perilla quevedesca y desciendo del tren en la *estación de Rengo*. Acompañábala Bel Ami (Carlos Varas M.) con estas líneas que me complazco en copiarlas:

“BÓRQUEZ SOLAR”

Nuestra envidiada Bohemia tiene en él su genial poeta. Es nuestro amado Verlaine que en las horas del placer desparrama sobre el llameante ron de nuestras cenas, en triunfal derroche, la lluvia de oro de sus versos. Parece tener lleno el corazón de estrofas y la mente de quimeras.

Su alma blanca de poeta hecha de miel humana como el alma de Macbeth, encuentra en cada corazón un amigo y un confidente.

Es nuestro *alter ego*, el otro yo de cada uno de nosotros, el que se embarca en nuestros sueños y el que nos acompaña con sus efusiones de poeta en los momentos de infortunio y de dolor.

Está siempre a nuestro lado, alegre cuando reímos y triste cuando lloramos. Es el amable compañero a quien vamos a pedir el consuelo en las horas enlutadas de nuestra vida.

En un día de invierno, uno de esos días aciagos en que sobre el corazón se abaten todos los dolores, fui a visitarle a su palacio de verano.

Yo llevaba el alma enferma. Una secreta pena llenaba de sombras mi espíritu. El poeta soñó a mi lado, evocó con su ardiente inspiración todas las grandes alegrías de la vida, las supremas, y radiantes ilusiones y me hizo de ellas el obsequio como en su alma, una alondra cantó en la mía alzando el vuelo".

Hoy aún me conmuevo agradecidamente al leer tan amables palabras, collar de perlas preciosas para mí en aquellos dolorosos días de orfandad y de combates.

Recuerdo que en el año 1899 se publicaron tres libros:

Eros de Alejandro Parra, *Última Esperanza* de Emilio Rodríguez Mendoza y *Sepias* de Pedro Rivas Vicuña.

Eros, un hermoso libro de cuentos que revelaban una fogosa imaginación poética, tenía un prólogo con este título corto y sonoro como una palmada en un carrillo de filisteo: Yo. Y era incisivo en su forma alada, ligeramente burlón, hiriente a las veces, para los menospreciadores, por incultura mental o ceguera de espíritu, de la Belleza y de sus fueros. Fue muy comentado ese prólogo y su autor tuvo que oír, sonriente, más de un ladrido de quiltro sarnoso. En una hermosa invectiva decía el autor de *Eros*: "Desde Homero hasta mí todos los poetas", etc... ¡Oh! esta franqueza, esta altivez provocaron un escándalo entre toda la multitud hipócrita que no puede tolerar el talento que se conoce a sí mismo y que se luce.

Con la más pura delectación leí este bello libro de una mente privilegiada, de un espíritu valeroso, de un corazón ardiente. Y es preciso declarar en razón de justicia que desde entonces acá no han sido superados por otro alguno, en Chile, tales cuentos de tan claro resplandor hialino, emocionantes, mariposeantes en su vuelo tornasolado. Era la prosa nueva que exigía el espíritu nuevo, obra de orfebrería y de lógica a un tiempo mismo; tenía la gracia del ala y la audacia refulgente de la espada. Pues por esto su autor también fue regalado con el mote, no de modernista, sino de *decadente*. Se comprenderá ahora el motivo de mi delectación. No estaban entonces justificados mi regocijo y mi entusiasmo. Sólo muchos años después se publicó un libro que lucía en su portada el título yo. Su autor, al igual que Parra, nos mostraba su espíritu orgullosamente. Pero Alejandro Parra era el primero en la cronología.

En este mismo año don Manuel Vicuña dejaba la dirección de *La Ley*. No quise seguir con el que llegó a reemplazarle y me fui a *La Alianza Liberal* de aquel gran patricio que fue don Claudio Vicuña. Aquí serví gratuitamente. También colaboré en *El Figaro*, que ya he nombrado, y que me pagaba *dos pesos cincuenta centavos* por una prosa o versos humorísticos que yo perpetraba terriblemente. No sé si las musas benignas me habrán perdonado estos atentados. Pero al fin yo tenía vergüenza de firmarlos, y dicen que la necesidad tiene cara de hereje.

Después entré en *La Tarde* de los hermanos Galo y Alfredo Irrarrázaval. Recuerdo que la primera mañana que llegué, fui recibido por el mismo Galo con las más vivas muestras de simpatía. Entre otras cosas me dijo:

—Aquí, amigo mío, vivimos trabajando en la más alegre camaradería y todos de capitán a paje vivimos de lo que da la venta del diario. De modo que no podré darle más de veinte pesos a la semana. Si mejora la venta, naturalmente le aumentaré...

Yo acepté.

—Escriba entonces sobre lo que Ud. quiera... Aunque no... ¿Puede Ud. hacer un cuentecito?

Dije que sí y me puse a trabajar con el temor muy explicable de hacerlo malo o mediocre. Una hora, no más, corrió mi pluma en las blancas praderas y llené cinco carillas de letra menuda y azul. Me levanté contento de mí mismo a leerlas al Director. Él me aplaudió y añadió:

—Me felicito y lo felicito. Veo que he hecho una buena adquisición, una magnífica adquisición.

El cuento tenía por título *Pelete el Tambor*, que ha sido reproducido muchas veces en diarios y revistas nacionales y extranjeras.

Mis nuevos compañeros me manifestaron sus complacencias por mi ingreso al diario. Estos eran: Emilio Rodríguez Mendoza, otro emigrado de *La Ley* el infortunado colombiano Juan Coronel, Miguel A. Gargari, Roberto Alarcón y Oscar Sepúlveda. Gargari dirigía "Los Lunes" de *La Tarde* y a poco de llegar yo a Santiago a la conquista de la fama, me había saludado burlescamente, primero, y en seguida me había espetado todo una grosería porque yo rechazara la burla, en el diario, en forma seria y digna: publicó "Los Lunes" mi caricatura: sobre una vasija mi cabeza, deformada por un enorme chambergo y en el vientre de la vasija la palabra *Hiel* ¡Yo! que tengo el alma melificada con las mieles de las infinitas abejas de los bosques y vergeles insulares. ¡Yo! que había dejado sin dulzuras el Archipiélago por haberlas traído todas conmigo para mis versos y para deleite de los demás!

Al entrar yo en *La Tarde*, perdonando todo, generosamente, estreché con fuerza la mano que él me tendía, lo mismo que la de Roberto Alarcón que había parafraseado sarcásticamente una de mis poesías. Los dos ya cayeron en la terrible sombra; los dos apagaron para siempre el resplandor de sus pupilas, y yo no quiero que se mueran del todo, yo que perdono y estampo aquí sus nombres para que no los olvide la posteridad.

No se debe tampoco dejar en el olvido a Juan Coronel, periodista y orador que pasó entre nosotros como un bólide fugaz. Se presentó en *La Ley* y comenzó a escribir. Yo le anuncié, primeramente, en un corto artículo. Pronto sus "Crónicas del Cable" llamaron la atención y se hicieron famosas. Era su erudición internacional no vulgar; su estilo, aunque amazacotado, rimbombante en la forma, tenía facilidad, a la antigua usanza y con influencias del genio castelarino. Personalmente, en él resaltaba el tipo africano puro. Tenía el cabello corto y crespo, en motas retintas; cejas espesas; la color casi negra; boca grande y belfos. Su estatura, regular y curvada la espina dorsal, arriba, hacia

las vértebras cervicales, lo que le obligaba a andar en forma muy poco airosa. Desgraciada figura de hombre; pero tenía talento grande.

Desterrado de su país, en forzada peregrinación en tierras extrañas, llegaba de Centroamérica. Se decía que en Colombia había sido flagelado y recibido tormentos que lo habían descoyuntado.

El nombre de Juan Coronel sonó aquí de repente como un trueno, con honda y redoblada repercusión. Una noche subió a la tribuna del Ateneo y peroró con tan fecunda verba, tan brillantemente, electrizó de tal modo a la concurrencia, que ésta que había sonreído despectivamente al verle ascender tan desgarrado la tribuna, le aplaudió a cada respiro que tomaba el orador, entusiasmada, loca, en delirio. Al final le tributó la más grandiosa ovación que se haya tributado en el Ateneo. Las señoras le aplaudían de pie. Al salir él a la calle, aquella distinguida concurrencia le siguió entre un sonoro y largo batir de palmas. Al día siguiente todos los diarios dieron cuenta del orador y de su triunfo magno. Juan Coronel se hizo desde entonces popular. Gente aristócrata le abrió sus salones. Se hizo de relaciones entre los políticos y triunfó verdaderamente. Poco tiempo después iba como secretario privado de la Comisión de Chile a la Conferencia Internacional Panamericana en México.

No recuerdo cuánto tiempo después de su regreso se volvía loco, con delirio de grandeza, en su alojamiento del Hotel Francia de la Plaza de Armas. Fui a visitarlo apenas tuve noticias de su desgracia. Estaba en cama, sentado, con la cabeza amarrada con una toalla de manos y pedía a Cheyre, dueño del Hotel, que le aplicara paños empapados de Agua de Colonia, en el cerebro. Al verme y apretarme la mano me dijo:

—Bórquez, ahora se acabaron las pobreza. Soy rico, poderosamente rico.

Y luego dirigiéndose a su paciente cuidador:

—Mire, Cheyre, extiéndame a favor de Bórquez Solar un cheque por dos millones de pesos... ¡Ah! ¿salió ya el vapor de Valparaíso que lleva esa barbaridad de plata y de lingotes de oro para mi madre?... Bueno. En la próxima semana me caso con su hijita mayor, y hay que comprar el mejor yatch de Estados Unidos para nuestro viaje de novios... Póngame más Agua de Colonia aquí... aquí en el cerebro...

Trasladado a la casa de Orates, falleció a los pocos días después.

VIII

Si no me falla la memoria, en noviembre de este año funda el pintor Alfredo Melossi la revista *Luz y Sombra*. Me llamó a colaborar en buenas condiciones. Él regentaba el hotel de su propiedad que todos conocimos en la Estación de la Alameda. Aquí también llamó a Augusto Thomson y lo protegió de manera decidida y eficaz. *Luz y Sombra* dio una vez un gran banquete en su hotel a todo su personal de redacción, dibujantes, fotógrafos, etc. Al final fueron retratados todos los asistentes.

Esta revista tuvo la virtud de abrir camino a las tendencias nuevas en el Arte; del arte modernista sin exageraciones; educó al público con las más variadas colaboraciones. Después, fusionándose con *Instantáneas*, otra revista que no había conquistado mucha popularidad, la revista de Melossi hizo labor más intensa y proficua. No hay, pues, motivo para que el pintor Alfredo Melossi sea olvidado en la literatura de mis mocedades floridas.

Más o menos por este mismo tiempo Marcial Cabrera Guerra toma bajo su patrocinio una humilde revista que un señor Ramos editaba con el nombre de *Santiago Cómico*, y publica "Linos", versos del poeta González, a Santa Teresa, y su caricatura con hábito de fraile y con la capucha vuelta. Al poco tiempo la pequeña revista se transforma en manos del Chico Cabrera y se hace *Pluma y Lápiz* famosa. Una pléyade de escritores y poetas, todos jóvenes, colaboran en ella y los mejores dibujantes ilustran sus páginas. La capital de Chile se asombra con esta revelación de una juventud mental vigorosa, moderna y sana, libre de prejuicios. Después comienza a pasar lista de presente en la revista la más prestigiosa falange espiritual de Hispano América. De este modo *Pluma y Lápiz* educa el gusto artístico, ejerce una misión pedagógica de belleza, hace una labor social honrada y provechosa, y es en Santiago guía y enseñanza permanente. Su fama pronto fue a provincias y toda persona ilustrada o de buen gusto hizo de ella su lectura favorita.

La revista del pintor Melossi dejó de publicarse y entonces la demanda de *Pluma y Lápiz*, fue mayor. Parecía, pues, asegurado el porvenir de la bella publicación y el advenimiento a corto plazo de una mayor cultura. Mas, por desgracia, paralelamente, dos hebdomadarios que tenían pretensiones literarias, destruían en la capital toda labor artística, propagaban el virus maléfico, explotando la cursilería reinante en la más variada forma, fabricando literatura para modistillas, horteras y chimberos, la única que podían hacer sus infelices compaginadores. ¡Oh! nunca podrá ser abominada lo suficiente la obra de esos buhoneros literarios, desenfadados y audaces que no tenían más objetivo que ganar dinero, sin nociones de Arte, sin gramática y sin decoro.

Pluma y Lápiz se imprimía en la Imprenta Barcelona y salía a la venta, y empaquetada para provincias, desde la calle San Carlos, casa 746, entre Santa Rosa y San Isidro, que entre *santos* vivíamos Cabrera y yo.

A pesar de estar excomulgados como escritores de *La Ley*:

Cabrera dedicaba a su revista toda su actividad, toda su vida, en un trabajo abrumador que me asombraba. Los días viernes y sábado más aún, cuando había que repartirla en los distintos puntos de venta en Santiago y provincias. Esos días se levantaba antes de las cinco de la mañana a empaquetar y se acostaba a las doce de la noche, o más tarde, fatigado, rendido y siempre contento, con una broma en los labios para mí o para el muchacho que le ayudaba. Este, que es hoy jefe de policía por ahí, me dijo en días pasados al encontrarme:

—Don Marcial ¡Qué gran caballero! Si hubiera vivido él, yo sería una gran cosa. Me quería mucho.

En *Pluma y Lápiz*, nacieron a la vida literaria varios ingenios, entre los más sobresalientes Carlos Pezoa Véliz, prematuramente fallecido, lo mismo que el joven poeta Jorge Prieto Lastarria, Víctor Domingo Silva, Pedro E. Gil, Alían Samady, Francisco Contreras y varios otros.

Experimento en estos mismos días una grandísima evolución espiritual. Mi fe en la bondad de los hombres, de parientes y amigos se había evaporado. El egoísmo más brutal y agresivo se me mostraba en todas partes. El mismo Marcial, que había sido bueno a las veces conmigo, se me revelaba en una forma desusada: su carácter se había agriado de repente. Y después cuando *Pluma y Lápiz* no daba toda la utilidad que él soñaba, se hizo malo y fue cruel. Todo le ha sido perdonado por lo mucho que sufrió.

Entonces yo visito los suburbios, vago solo por los alrededores de la ciudad para hartar mi vista con los cuadros misérrimos de las vidas desamparadas y miserables. Voy amargado en busca de mayores amarguras que las mías, en busca de historias tristes, de historias dolorosas, de muertes trágicas, y se me presenta la vida en todas sus formas más irritantes. Y no por convencimiento libresco sino por haberlo visto y palpado, creo firmemente que todos los hombres se dividen en dos clases: la de los lobos y la de los corderos eterna y terriblemente devorados por aquellos; que no veo sino explotados y explotadores.

En medio de estas tribulaciones que daba a conocer en cuentos amargos que publicaba en *Luz y Sombra*, que me daba por ellos una magnífica pensión, y en ocasiones con champaña, vino el poeta González a disuadirme de *hacer tonterías*, cuando yo quería hacerme apóstol del proletariado, organizarlo en partido de clase para reivindicar sus derechos a una vida más fácil y más buena. El poeta, que tenía un profundo buen sentido, después de reírse compasiva y bondadosamente de mis quiméricos propósitos, me decía:

—Con razón te dice el Chico (Cabrera) que eres un tonto. Tú no eres hombre de acción, ni político explotador de la ignorancia popular. Si vas de buena fe, primero el pueblo se reirá y después te disparará piedras. Eres incapaz de engañar a nadie; eres poeta y nada más. ¿Qué es muy amarga la vida? Pues hay una manera de no sentirla. Esta... (Y bebía hasta el concho su copa roja). Por cada dolor que veas o sientas haz una poesía y ganaremos todos. Ahora si quieres ir preso, yo mismo te puedo mandar.

Y una semana siguiente estuve a punto de ser llevado a una comisaría por culpa de él. Voy a contar el caso ligeramente:

Después de un *Machitún*, una comida, ágapes cordiales entre escritores y artistas, pasamos al Club. Hasta las doce de la noche estaría yo con González, oyendo improvisar a Préndez. Ya he dicho que éste era un admirable e infatigable improvisador. González me rogó que lo acompañase hasta su casa. Vivía en la calle del Manzano, una paralela a Recoleta, a la derecha, pasado el Mapocho.

¡Hombre! —me dijo— Por el puente he notado que andan bandidos y que me acechan ahí, de noche... Y ahora que no pasan tranvías, peor. ¿Vamos?

Le acompañé. Hicimos antes de llegar al jardinillo de Recoleta dos altos, para observar, según él indicaba, que nadie nos seguía. Y contento por haber

pasado el peligro que yo no creí, golpeó en un restaurante cuyas puertas estaban cerradas.

—¿Quién?— dijeron de adentro.

—Yo— repuso el poeta. Y se abrieron las puertas como si le esperaran.

Entramos. Cerraron. Pidió una botella de chicha. Mientras la bebíamos, observé cuatro jugadores de dominó, serios, taciturnos, y tras el mesón una mujer joven aún, de grandes ojos verdes. Salimos. De repente, al llegar a la calle Andrés Bello, se paró en seco González y quedó mirándome de una manera extraña y murmurando palabras ininteligibles.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué te importa, bandido?

—Pero, hombre. Te ha hecho mal...

Pasaba a caballo en ese instante un oficial de policía y le dio voces, llamándole. Acudió éste y el poeta le dijo:

—Este hombre me sigue ya dos cuadras y no quiere apartarse de mi lado. Yo creo que quiere robarme. Hágame el favor de llevarlo preso.

Me quedé estupefacto y no menos extrañado el oficial que veía muy bien por mi flamante indumentaria que salía de un banquete y no de la hampa. Pero González insistió en que me llevara preso y que si no él mismo iría a reclamar contra el oficial, en la comisaría cercana. Entonces me alarmé porque creí que el poeta se había vuelto loco. Le hablé con las palabras más cariñosas. Noté que chupaba su cigarrillo con más fuerza y más aprisa. El policía ya se disponía a hacernos marchar adelante, al cuartel. Gracias a que se me ocurrió una idea salvadora:

—Señor oficial —díjele.— El poeta González, este que Ud. ve, ha perdido el juicio, y Ud. puede hacer el favor de acompañarnos hasta que yo lo deje en su casa, que está aquí muy cerca. Accedió y González también, lo que me admiró. Verdaderamente, yo pensaba que el poeta había perdido el juicio. Sin hablar más palabra llegamos a su casa. Al abrir, empujándome hacia adentro, decía:

—¡Entra ligero, hombre!

Cerró tras de sí la puerta con violencia y mientras se reía del susto que me había hecho pasar oímos que el oficial decía desde afuera:

—¡Buenas noche, don Pedro Antonio. Si lo conozco!...

IX

CAMPO LÍRICO

Ahora ven aquí, adorado libro escarnecido y aplaudido, tú que eres cifra y compendio de una juventud atormentada del mundo, del demonio y de la carne. Eres lo único que no se ha ido con el tiempo fugaz. Por tus páginas pasa palpitante un profundo aliento vital. En ti se han cristalizado mis sueños de antaño, mis esperanzas, alegrías, tristezas, amores; pero nunca los odios. Por todo esto te amo, libro ingenuo, libro bueno, libro revelador de una forma nueva y de bellezas incógnitas.

Pagó de su peculio la edición de este mi primer libro de versos, mi amigo Marcial Molina S., a quien había conocido yo en Los Ángeles como cajero del Banco de Chile. Desde el primer día fue un entusiasta de mi labor y fue mi compañero obligado en mi vida seria de visitas sociales. Tenía para mí el gran mérito: atendía con su trabajo al sustento del hogar lejano en Chillan. Llegado a Santiago muy poco tiempo después de mi arribo, activo y diligente él, entró en unos negocios mineros y como la suerte le favoreciera, un buen día me dijo:

—¿Tienes juntas y guardadas tus poesías? ¿Se podría formar un volumen?

Después de mirarle con extrañeza le repuse:

—Dos volúmenes, que no uno solamente.

—Bueno. Voy a costearle una edición; pero de las mejores. Vamos a la imprenta de "El Globo". Esta es mi imprenta, la de mis libros mineros, talonarios, cartas, membretes. Tú elegirás el papel, y ordenas.

No trataré de pintar mi asombro. Le estreché la mano fuertemente sin hablar. Al fin iba a ver realizado mi más ferviente deseo, lo que me había parecido una quimera bajo mi Palacio de Verano. Llegamos a "El Globo", que estaba en Agustinas al lado del templo de los religiosos de esa advocación. Se hizo el trato facilísimamente:

—Señor Ruiz (de la firma Borchet, Ruiz y Cía.) presento a Ud. al poeta... Va Ud. a hacer una hermosa edición de un libro de versos, en buen papel y como mi amigo ordene. Yo pago. No repare en gastos.

—Muy bien, don Marcial. Lo serviremos lo mejor que podamos. Y creo que nos haremos una buena reclame.

Nervioso de alegría salí de la imprenta a copiar pronto para entregar mis originales a los chivaletes, después de haber abrazado a mi joven Mecenas, quien lo único que me había recomendado era que prologara el libro nuestro común amigo Cabrera Guerra. Y con tanto ardor emprendí la tarea que en dos días di todo el material necesario para el primer pliego.

El prologuista fue tardo por causa de sus dos grandes preocupaciones, las diarísticas y las amorosas que le absorbían la mayor parte del día y no pocas horas de la noche. ¡Qué furor de hombre! Al fin salió aquello, en lo que han mordido tantos y tontos, desdichado prólogo del que nunca supe si llevaba encubierta alguna mala intención; pero que muchos han repetido en partes, tomándolas como verdades de fe, sin tratar de comprobarlas, diciéndolas por boca de ganso.

El *Título* de mi libro, que hasta esto fue criticado, lo encontré de improviso, una mañana, al levantarme. Al pasar por el cuarto de Cabrera, que estaba ya en pie, por excepción, a las siete, me dijo:

—Me he levantado tan de madrugada sólo para escribir el prólogo... ¿Y has pensado qué título tendrá tu libro?

—No; pero se me ocurre ahora el de *Campo Lírico*.

—¿Sabes que no es vulgar? —me repuso. Y le puedes agregar, porque es tu primera obra, el subtítulo *Primera Siega*. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! —contesté—; se verá hermoso en la portada blanca opalina, que ya tengo elegido el papel, así en un cuadrículo, a la izquierda y con tinta azul:

CAMPO LÍRICO
(PRIMERA SIEGA)

Antonio Bórquez Solar

De este modo tan sencillo encontramos tal nombre, tan llevado y traído, en aquel tiempo en que las lenguas tartajosas lo declararon rebuscado y decadente.

La casa de Campo Lírico. Vivíamos en ese tiempo Marcial, Florencio Navarrete, que era un capitán de ejército, y el muchacho doméstico, en la calle San Carlos, entre Santa Rosa y San Isidro.

—Tres diablos en un santuario —había dicho Ricardo Prieto.

La casa era propiedad del padre de nuestro inspirado músico compositor Próspero Bisquert. Valía el arriendo cuarenta pesos y tenía toda comodidad, hasta pieza de baño. Eran tiempos todavía fáciles y no de sordidez. Aquí visitaban al Chico Cabrera muchas personas, sobre todo las del pelo suave, diputados, dibujantes, escritores, poetas, trajinantes de aquel escándalo del fierro viejo de los Ferrocarriles.

Teníamos una vecina muy simpática, española, blanca, madrileña, digna de ser morena y sevillana. A poco de haberla visitado en su casa para oírla al piano, que lo sabía muy donosamente, supe que daba lecciones del instrumento a un macizo español. De esta noticia fue portador Navarrete y con ella, como por efecto de una ducha, disminuyó considerablemente la temperatura de mis afectos nacientes. Y me retiré.

*Más triunfos, más coronas dio al prudente
que supo retirarse, la Fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.*

Muy poco tiempo después se casaron la Simpatiquísima Dora y el español.

Nos visitaba entonces un joven poeta muy simpático, modesto y de mucho talento, Jorge Prieto Lastarria, que murió tan prematuramente en la altiplanicie boliviana, adonde había ido por las exigencias de la vida, empleado en una empresa industrial. Muchas de sus poesías se publicaron en *Pluma y Lápiz* y ellas demuestran su inspiración delicada y exquisita. Era él un joven moreno, espigado, miope, de negro y sedoso bozo y su habla era afectuosa y tranquila. Caballero andante de la poesía, era de suyo muy enamorado y muy tímido. Mucho padeció cuando le entró la amorosa pestilencia, que dice Cervantes.

También llegaba a la casa del Chico el poeta Francisco Contreras, que ya había publicado un año antes su librito *Esmaltines*, que había pasado casi completamente inadvertido. Recuerdo muy bien que los que escribían entonces no lo consideraban en serio, a él, personalmente, y si por un acaso hablaban de sus poesías lo hacían con tal desdén que daba pena y con una punta de malevolencia que me indignaba hasta el rojo blanco. Indudablemente, él fue un cruzado decidido de la renovación artística en este país y merece ser citado, no por haber sido un espíritu fervorosamente combatido, como yo lo fui, sino por

haberse alistado uno de los primeros junto a mi oriflama. Cuando comenzó a publicarse *Pluma y Lápiz*, él fue uno de sus colaboradores en verso y prosa. Pero sus "Sonetines", así como su estatura también diminutiva, dieron motivo para que algunos chistosos le llamaran *Contreritas*. Hay todavía quien le recuerde con el mismo apodo, cariñosamente. Y para esto fue menester que Rubén Darío lo consagrara en París, en donde hace ya veinte años que reside...

En esta casa de la calle San Carlos, en la que dispuse y ordené mis poesías para mi primer libro, viví durante el tiempo todo que pertenecía a la redacción de *La Tarde* de los hermanos Irrázaval. En esta casa de *Pluma y Lápiz* di también todo a la revista, hasta como empaquetador para provincias, faena esta última en la cual me era forzoso ayudar a su colérico director, el fauno Cabrera.

EL LIBRO PRIMIGENIO

Al fin apareció hermosamente presentado e impreso, un primor, un lujo de edición en aquel tiempo, en un buen día primaveral, en pleno mes de octubre de 1899. Evidentemente, nada igual había salido antes de los talleres litográficos de Chile, nada igual en todo sentido. Con qué íntima emoción vuelvo a tomar y contemplar el único ejemplar que me queda, el obsequiado por Carlos Newman y encuadernado en París de Francia, pasta de cuero finísimo, dorado a fuego, título y nombre de autor en letras de oro también, regalo en fin de un hombre rico, que es al mismo tiempo un espíritu superior y una inteligencia excepcional. He aquí la historia de este regio presente: apareció en el diario *La Tarde* el suelto que la refiere con brevedad:

"Desde el desierto de Sahara. Al autor de *Campo Lírico*. Como una curiosidad damos a nuestros lectores, previo el permiso del propietario de la carta, la que el señor Carlos Newman, el raro intelectual de Valparaíso, que hoy anda de viaje por aquellas lejanías, le ha dirigido a Santiago de Chile al autor de *Campo Lírico*, nuestro compañero de *La Tarde*:

"A don Antonio Bórquez Solar, Santiago de Chile. —Distinguido señor: por giro postal envío a Ud. la suma de francos para que se sirva remitirme por correo y certificados... ejemplares de su volumen de poesías, recién publicado y que se intitula *Campo Lírico*. Mi residencia es la indicada en la adjunta tarjeta.

"Yo, que no soy artista ni intelectual, he leído no obstante todas las poesías de Ud. que se han publicado en los diarios y revistas de Chile y ellas hanme procurado emociones agradables. Y en esta vida, que es un eterno dolor, se mira con estima, con afecto, aquello que, aunque sea por un minuto, ha contribuido a aminorar su intensidad.

"Por eso aquí, en un oasis lejano del desierto de Sahara —que aquí estaré cuando llegue a mis manos su libro— leeré con más penetrante e íntima emoción esos versos suyos.

"Lo saluda afectuosamente,

K. NEWMAN

"kbur-er Rumia, 16 de diciembre de 1899".

Esta carta está escrita con ortografía fonética, y no la he copiado con ella porque se me va la vista.

Envié al señor Newman dos o tres ejemplares de mi obrita, y no muchos meses después recibí el lujoso ejemplar en la pasta valiosa a que me refiero.

Dedicatoria. —Como era de ritual, dediqué el libro a Marcial Molina S., y en las palabras liminares que me salieron del corazón, afirmé lo que nadie jamás fue osado a contradecir, entre otras frases, estas rotundas:

"Porque tuyo fue el primer aplauso que escuché yo en las fatigas de mi labranza, cuando en la hora solemne de mis insurrecciones guié sólo las cuadrigas de mis arados, como ninguno antes que yo en esta Zona del Arte lo Hiciera..."

Así también debía entenderse por todos que protestaba por anticipado de seguir a otros poetas, que mi modo y manera eran sólo míos, que como ya lo había declarado en otras ocasiones, *iba por mi camino mío al Arte* y que así en ciertos aspectos era yo original.

TEMPRANERAS

Empieza *Campo Lírico* con esta colección así titulada. Son las mejores de las primeras hechas en la ciudad de Los Ángeles, y recuerdo de todas ellas muchos detalles. La que se titula "Cuadro", por ejemplo, fue inspirada por una pintura que vi en la hacienda "Quilales" en que trabajaba Jorge del Río Plummer, mi excelente amigo en aquella lejanía, antes y después de sus nupcias con la linda dama Adriana Morel. Recuerdo que iba yo en mi caballo Osor hasta una vez por semana, solo y galopando por aquellos campos hermosos, cada sábado, en la tarde, para volverme el lunes de madrugada. En dos horas hacía la jornada, sin apurar al noble animal, tan manso y tan inteligente. Los dueños del fundo extremaban conmigo sus amabilidades.

Las flores, el ánfora, el abanico y la calavera del cuadro en referencia, me atraían la mirada. Todo ello me hablaba de la juventud, de las mujeres hermosas con que soñaba, cuando de repente saltaban a mi vista las cuencas y la risa siniestra de la calavera, final obligado, ineluctable y fatal, de todos los goces, de la belleza y del amor. Hoy, cuando ya ha comenzado a nevar en mi cabeza tan renegra, como tinta china, otrora, revivo esos instantes y comprendo mejor toda la filosofía amarga que el pintor expresó tan donosamente con sus pinceles.

"El Himno de los Andes", que aquí también aparece, es mi primera poesía a la magnificencia de la gran Cordillera, después del viaje que hice hasta el otro lado de ella y que queda referido más adelante, y que había de celebrar con más bríos en toda su majestad, años andando, en otro libro lírico, *Laudatorias Heroicas*, cuando canté sus volcanes, sus ríos, sus torrenteras y riscos.

Aún pienso que esta inmensa belleza de nuestros Andes, está apenas desflorada, y eso que ella cada día parece mostrarse con mayores esplendores en cada hora, la cordillera de los cóndores y de las águilas majestuosos y rapaces, y en cuyos faldeos, entre los festones y guirnaldas que son selvas, anidan las

pequeñas ciudades, los montañeses laboriosos, tenaces, robustos y sencillos, las mujeres hermosas y prolíficas, las vírgenes garridas y discretas, puras y amorosas como las palomas torcaces que arrullan perennemente entre los copihues de la tierra araucana. Nuestra cordillera que guarda en su entraña los metales más preciados del mundo, oro rubio y negro, debe ser señalada por los poetas al esfuerzo de todos, al brazo de la industria, al combo del minero; porque en ella se contiene cuánto es necesario para sustentar, enriquecer y magnificar, en los dilatados tiempos futuros, a los chilenos que la poseen.

Como me he propuesto ser parco en mi relato, no diré sino de otra más de estas poesías tempraneras, de la que se titula "Página de Álbum". No me puedo arrepentir de haber escrito ésta en el libro de la señorita Parmenia Burgos, que fue una de las primeras palmas admirativas que me saludaron en los comienzos de la jornada. La recuerdo blanca y agraciada como una azucena, de ojos grandes y claros, de andar solemne y airoso, al lado de la prima Carmela que era morena porque la había besado el sol... ¡Cuántas almas buenas de niñas hay en las provincias, que aman la poesía con fervor, que sueñan en medio de todos los afanes caseros, o junto a sus jardines y macetas en flor salen a la ventana, mirando la soledad de la calle, al raro transeúnte, o bordando o tejiendo; cuántas que con una poesía se sienten conmovidas hasta el desfallecimiento y que pueden llamarse en verdad hermanas gemelas del alma del poeta! Por eso yo decía al final de esa paginita lírica:

*Y si otra alma a la mía compadece,
amo la vida y el placer y el beso.
y me estremezco con los goces grandes
del que tiene en la tierra todo el cielo.
Entonces canto en mi soberbia lira
el magnífico verso
que celebra con ritmo poderoso
la comunión de dos almas en lo eterno.*

FLORA INSULAR

Esta sección de mi *Campo Lírico* se inicia con una forma lírica de mi inventiva. "Preludio" comienza así:

*De las tierras lejanas del Sur vecinas al polo
donde soplan su ronco clarín las tropas de Eolo,
trovador incansable del gris, yo traigo en mi lira
una virgen brumosa canción que llora y suspira.*

En todas estas poesías ya se demuestra el afán innovador, la persecución de la armonía constante en la forma, en concordancia con la melodía interior. Se oye como un mandato la voz de Verlaine: *avant tout la musique*, y se logra, como se puede, con el magnífico instrumento castellano. La palabra rara o el vocablo

exótico, con el fin de enriquecer la lengua lírica relucen como medallas nuevas y tintinean como el oro; las *palabrejas* que hacían rugir, entonces, de rabia impotente a los hidrocéfalos, eternos enemigos, no sólo de lo que no comprenden, o les está vedado, sino de toda riqueza mental. Hasta el mismo verso endecasílabo, tan sobajeadó y envilecido por los vulgares copleros, recobra su antiguo señorío, aparece como remozado, o se reviste de un tinte de melancolía en el tono de languidez y de nostalgia de la composición en general.

Aquí está la que se titula "Las Sirenas de las Islas", que la quiero porque fue portadora de un rayo de luz en las oscuridades de una cárcel y dio un minuto de alegría a un pobre corazón torturado, que así me lo declaró con su firma al pie de su carta publicada en *El Progresista* de Los Ángeles, Jorge Day. En la parte final de esta poesía cantan las Sirenas una en pos de otra:

*Con las mórbidas formas sin velos,
descubiertas de nácar las pomas
que semejan dos albas palomas
que han bajado a anidar de los cielos:*

*—Yo soy hecha de forma de sueños
que acarician y besan las sienes;
y yo tengo los ojos risueños
y yo tengo encantados Edenes.*

*—Y yo tengo el relámpago de oro
condensado en mi blondo cabello,
y yo guardo de amor un tesoro
y me rindo a lo grande, a lo bello.*

*—Y yo soy hija de Tetis, la diosa
que desdeña al rendido Neptuno,
y no envidio las prendas ni el rango
con que brilla la olímpica Juno.*

*—Soy la pálida virgen enferma,
la que arranca el melódico Scherzo
de la lira zafir de las olas
a compás del erótico verso.*

*—Y yo soy cual la Venus de Milo,
la de formas erectas y cálidas.
Y yo llevo en el labio intranquilo
las errantes libélulas pálidas.*

*—Yo me baño en la cresta espumosa
que remeda un encaje de Flandes,
y morena y ardiente y ansiosa
quiero goces intensos y grandes.*

Una novedad es también "Día Gris" en que el verso se entremezcla con la prosa en una forma bastante inusitada:

I. -Un día nublado, nublado y opaco, parejo desde el Orto blanco al ocaso; así con un cielo de leche muy turbia como un mar de plomo quieto en una gran angustia.

II. -Así yo lo quiero porque estoy enfermo. Que traiga a mi mente los vagos recuerdos de mi Isla lejana, de mis Islas Pálidas, tristes princesas pálidas que están encantadas.

III. -El día brumoso que anuncia a la Tromba que va por el bosque sembrando sus cóleras, rajando los troncos con golpes de hachas, con las hachas de sus hacheros bien afiladas.

IV. -Un día de Otoño monótono y triste, sin que haya ni un soplo que en el aire vibre; silente y pesado como un Campo Santo con sus lóbregos cipreses altos, altos, altos.

V. -Así quiero el día y escribir mis versos pensando en las cosas distantes y antiguas de allá del lejano país de los hielos, de mis turbios cielos de tristezas místicas; soñar con las garzas que pasan volando, manchadas las plumas de sus flojas alas, tendido el cuello a lo largo, muy largo... manchadas las plumas tal vez en las charcas; soñar con las focas grises que dan sus lamentos cruzando las planchas de aquel mar plumizo, y con las balandras que marchan al puerto, pesadas, tardías, al vecino puerto.

VI. -Soñar así, mientras mi perro aquí a mis plantas se sueña cambiado en hombre y se cree que tiene un alma... En días nublados pensamos en cosas vagas: debe esto tener su origen en cosas lejanas.

VII. -Triste está el árbol en el Otoño porque sabe que en el Invierno le azotarán furias salvajes... Hombres, las causas de las tristezas que os afligen aquí en otro estado en que habéis vivido tienen su origen.

VIII. -Hay que empapar en whisky la tristeza del día; pero si no hay whisky mojadla con vuestras hieles, acordándoos de los días de la infancia, cuando en los labios florecía la plegaria y tenáis un padre.

IX. -También hace falta la mujercita que os lea una página de amor. ¿No tenéis ni una hermana? Echaos a dormir, entonces, como este perro y dormid mucho. Mejor si no despertáis más.

Nos encontramos en esta sección del libro con "Las Neblinas en Marcha", que cuando se publicó en *La Ley* con la firma de *Príncipe Azur*, fue parodiada por Ventura Fraga, que hacía de todo en el diario, hasta críticas musicales con la mayor alevosía. Creo que tocaba el violín. Alcanzó posteriormente a ser cónsul en Salta. Los cantantes de la ópera del Municipal en aquella época que voy historiando, le temían y lo agasajaban. Pero todo podía disculpársele porque era una víctima de la explotación diarística: sus artículos eran medidos con un cáñamo y se los pagaban a razón de diez pesos columna, postergados, mondados terriblemente, acortados y corregidos de una manera infame, de tal modo que no los conociera ni el mismo padre que los había engendrado. ¡Lo mismo que hacían con los míos esos viles filisteos y mercachifles!... Mas ya todo está perdonado.

En la mañana del día en que apareció publicada la tal parodia, me encontré en la oficina del Cajero, que era Rogelio Ugarte, que había ascendido paso a paso desde simple ayudante en la Administración, con el autor del desaguisado literario, el señor Fraga. Lo increpé rudamente, lo injurié. Me respondió en el mismo tono y quise apalearlo. El cajero y otros me separaron cuando yo llevaba la ventaja. Como yo quedé sumamente irritado, vi que era menester hacer algo sonado para que escarmentaran todos los parodiadores y reté a duelo al ofensor, al inofensivo Ventura Fraga. Le envié mis padrinos; uno de ellos fue Espejo, que hasta compró los revólveres en la mercería Despazier. Los padrinos del violinista y crítico fueron el capitán poeta Ricardo Prieto y el salvadoreño Ambroggi. Se tramitó con tal ligereza el lance, que a las veinticuatro horas debía verificarse. Pero mi buena suerte quiso que mi contendor diera por escrito toda clase de explicaciones que, como músico al fin, cantara la palinodia antes del tiempo señalado. Alcancé, sin embargo, a un banquete que, como despedida para el otro mundo, me diera aquella discretísima señora Rita A. de la Maza, de quien ya he hablado, Ángel C. Espejo y Carlos Varas M., que sobreviven de aquella falange, se regocijarán recorriendo estas líneas. El primero debe conservar todavía la documentación del caso tan coruscante y delicioso...

(*Atenea*, noviembre y diciembre de 1925;
marzo, abril, mayo, julio y septiembre de 1926;
marzo y mayo de 1927).

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE LOS ORIGINALES DE ENRIQUE ARAYA*

*Clara Budnik S.***

La Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos recibe un obsequio valioso en la tarde de hoy. Gracias a la generosidad de la familia Araya Monge, y en especial, a la Sra. Teresa Monge viuda de Araya, el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional podrá contar con numerosos originales del escritor Enrique Araya. Todos estos textos y dibujos que se unirán a nuestro patrimonio literario estarán resguardados en el Archivo del Escritor para el conocimiento de futuros investigadores. Contaremos con las obras de un escritor asociado a nuestra historia, identidad y vivencias nacionales, porque las obras de Enrique Araya forman parte de nuestros cotidianos referentes culturales de la segunda mitad del siglo xx. Encontramos en ellas una visión sobre el hombre y su relación con el entorno a través de personajes paradigmáticos y cercanos, propios de un mundo urbano y anónimo. En todos estos variados textos, acogidos con gran entusiasmo por infinidad de lectores nacionales y extranjeros, se destaca la mirada sorprendida, entre lúdica e irónica, de los personajes. Esta perspectiva hizo posible darle un nuevo sentido a las contradicciones en que se debate el hombre contemporáneo. Tal como se dijo en su momento, los personajes de Araya aportan a la literatura chilena un guiño chaplinesco desconocido entonces y entregan una perspectiva que desentraña cierta realidad oculta, buscando entender así las transformaciones de una sociedad que cada vez se distancia más de un verdadero sentido humano. Es una literatura que propone, a su vez, la razón de ser de la existencia en la comprensión y expresión del mismo contrasentido que conforma y caracteriza a la existencia.

Para la DIBAM la preservación del patrimonio cultural es una política nacional que pretende entregar valores permanentes, presentes en obras de otros tiempos, y que crean un espacio material o intangible de la expresión del ser humano. En esta zona protegida, compuesta por infinidad de obras tangibles o inmateriales, aparecen variadas respuestas a los intereses intelectuales y artísticos que hoy nos mueven. Por lo mismo, todo patrimonio nacional y también mundial es un complejo diálogo de seres humanos que rompen sus límites del pasado y llegan hasta nuestro presente mostrándonos determinadas obras, conocimientos y búsquedas por embellecer la vida y el mundo.

La Biblioteca Nacional fue creada en 1813 y se inauguró con ella el valor público de los bienes culturales. Desde su origen, la Biblioteca se formó y contó con las donaciones. Los grandes tesoros bibliográficos de esta Biblioteca son regalos generosos de muchos chilenos que consideraron que éste era el lugar propicio para que sus obras, colecciones y grandes bibliotecas privadas, alcanzaran su mayor sentido de servicio público y aportaran al desarrollo cultural del país.

* Sala Ercilla, 7 de diciembre de 2001.

** Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Hoy día se mantienen vigentes las necesidades que dieron origen a la Biblioteca Nacional y las donaciones, junto con estimularnos en nuestro trabajo, nos apoyan en áreas que nunca superarán en respuestas a las interminables inquietudes intelectuales y creativas de escritores e investigadores actuales y futuros.

Enrique Araya escribió novelas, obras de teatro, cuentos y poesías. Con los escritos que hoy recibimos comprenderemos mejor su obra y la historia cultural de Chile. Tuvo formación jurídica a la que se sumó su experiencia como funcionario del Estado y como diplomático. Desde esos contextos personales creó mundos nacionales imaginarios que expresaban una condición humana universal y que nos recuerdan a personajes de los cuentos de Chejov y Gógol, autores admirados por Araya.

Los textos que recibimos nos acercarán a los lenguajes y a las variantes de diversas inquietudes, a ensayos, a borradores de conferencias y a ejercicios rescatados en forma de "Inventos". Encontramos otra mirada a la realidad, donde la vida cotidiana y la creación literaria están unidas a una curiosidad permanente por el descubrimiento. Inquietudes que abordan diversidad de preguntas, desde las que se refieren a nuevas tecnologías que solucionen el problema del rechazo provocado por los trasplantes, a la creación de materiales que sustituyan al petróleo o a la creación de novedosos objetos basados en el movimiento de traslación y rotación. Enrique Araya fue un hombre con gran curiosidad por desentrañar la realidad, incorporando multiplicidad de facetas, desde aquellas miradas que buscaban cómo superar la abrumadora rutina burocrática a otras dirigidas a entender, con originalidad, la velocidad de origen magnético en la naturaleza.

La obra literaria vive, como sabemos, en su peculiar y variado contexto de autor y luego de lector. Los mundos privados de su autor, con sus alegrías, emociones, angustias laborales y natural precariedad económica, son el tema de numerosas cartas originales que también hemos recibido en donación. Contaremos con la correspondencia de sus amigos de la Cancillería, de sus traductores en Estados Unidos, de sus amigos de Chile y de los países donde viviera, textos constantemente matizados de opiniones literarias, familiares y existenciales. Gracias a estos escritos, tenemos la experiencia de otros ritmos vitales, donde el tiempo se asociaba a la intensidad de gozar el lenguaje en la lectura y en la escritura.

El más trascendental de los aportes recibidos hoy por la Biblioteca Nacional podemos precisarlo en los originales de la primera novela de Enrique Araya: *La luna era mi tierra*. Esta obra marcó todo un periodo, con sus entusiastas lectores y sus sorprendentes ediciones. Ha sido uno de los textos más leídos y queridos de los chilenos.

Eleazar Huerta, gran académico de literatura, escribió en *Revista de Occidente* a comienzos de la década del cincuenta: "Para Araya, la raíz de la vida es contrasentido. El fracaso es éxito y el éxito es fracaso ... La ambivalencia de

todo acto está sentida con tal energía que el humorismo brota, por lo mismo, inevitablemente”.

La actual donación a la Biblioteca acercará más aún sus textos, con sus impresiones y emociones, con su personal grafía, a sus heterogéneos, desconocidos y queridos lectores del Chile de hoy y de mañana.

Domingo Araya

Es para mí un honor y un privilegio poder recordar junto a ustedes la figura magnífica de Enrique Araya. Me gustaría trazar un bosquejo de algunos rasgos sobresalientes de su personalidad y de su visión del mundo. Para hacerlo, me baso sobre todo en vivencias personales que, como hijo, tuve la suerte de experimentar aunque también se encuentran dispersas en sus obras.

Para hablar de mi padre ante un público amplio de amigos y familiares, tomaré la distancia necesaria para no caer en lo excesivamente privado e íntimo, en lo puramente subjetivo e intentaré, desde un amor lúcido, acercarme a su persona. Lo haré no sólo con el cerebro, sino también con el corazón, desde la "razón cordial", el mejor instrumento de aproximación y de interpretación para este caso.

Enrique es —y lo digo en presente ya que él sostenía, con los antiguos hindúes, que el tiempo es una ilusión, una parte del velo de Maya, del mundo de las apariencias y que, por lo mismo, en el fondo, sólo existe un Ahora Eterno, con lo cual toda nuestra percepción espacio-temporal habitual, es errónea e incompleta—, es, digo, un hombre dotado con una sensibilidad especialmente aguda —lo que le llevó a sentir, positiva y negativamente, con extrema nitidez, la vida. También le dio la Naturaleza, Dios, o como queramos llamar al Misterio, y en esto somos fieles a su concepción spinozista del mundo, un entendimiento penetrante y rápido, capaz de intuir y de deducir ideas, de pensar con agilidad y osadía. Era un filósofo nato, dado a la meditación y a la reflexión. Pero la más notable de sus facultades es, sin duda, la imaginación, la tantas veces denostada capacidad poética de crear mundos, de soñar despierto, de rebelarse contra la implacable, y tantas veces cruel, realidad. Fue esta bella posibilidad la que le permitió explorar ese ámbito, no por imaginario menos real e importante, que él llamó "luna". Como hombre y artista, hizo de la luna, su tierra. Ese fue su drama y también su salvación. Drama porque el mundo no tolera fácilmente a los rebeldes que no se someten a sus leyes; salvación porque pudo refugiarse en otro ámbito, menos duro y menos chato.

Sigamos dibujando el perfil de ese hombre excepcional que tengo la suerte de tener como padre. La ternura, esa cualidad por la que se revela la fragilidad y la vulnerabilidad de nuestro ser corporal, es una propiedad de su alma. Es Enrique de una ternura tal que debe luchar para ocultarla, debido a ese absurdo pudor que nos lleva a avergonzarnos de nuestros sentimientos más propios. La encubre con una coraza de estoica imperturbabilidad que, sin embargo, no logra su cometido: la ternura aparece permanentemente, muchas veces disfrazada de su contrario, pero no es difícil, para los que lo conocemos y queremos, detectarla en su forma pura. Pero esa sensibilidad para el dolor que acarrea la muerte, origen y sentido de todas las actividades humanas, lo llevará a la creación artística y —¿por qué no interpretarlo así?—, a la creación de materia espiritual, de hijos de carne y hueso. Su respuesta a la finitud de la existencia, a pesar

de cierto escepticismo, de una moderada misantropía y de cierto pesimismo que lo caracterizan, es, no lo dudemos ni un instante, la alegría de la creación y de la procreación. Apuesta, con viril resolución, por la vida en sus dos formas humanas predilectas: la real y la imaginaria. A pesar del sufrimiento que significa para él la muerte de su primera esposa, su amada Inés, mi madre, no abdica de la vida, supera las tentaciones que le invitan a desear la muerte y, tras un angustioso duelo, con firmeza, se decide a volver a amar y a engendrar, con Teresa, aquí presente, mi otra madre. Con ese acto nos dice: *¡Da capo!* ¡Otra vez! ¡Repitamos, volvamos a vivir, eternamente! También lo dirá con su trabajo artístico, con ese esfuerzo amoroso que nos impulsa a escribir, a dejar una huella en la carne del ser, esfuerzo que nos exige inhibir el disfrute espontáneo de la vida, superar la inercia perezosa que nos llama a la inactividad y al abandono, y que, por el contrario, nos invita a autodeterminarnos y a imponer nuestra lúcida voluntad sobre la ciega fatalidad. Enrique no para de escribir a lo largo de su vida, y aunque él cree que lo hace por alcanzar un éxito mundano, en realidad lo hace por cumplir con su destino y vocación de artista: caminar hacia el infinito.

Al hablar de Enrique, no podemos olvidar, como nota distintiva central de su personalidad, el humor. Nada tiene que ver éste con la risa fácil de los que no toman en serio la existencia. Por el contrario, el humor al que nos referimos es una respuesta a la tragedia de existir, a las contradicciones insolubles que nos desgarran. Es la respuesta de los que se han asomado al abismo y han mirado de frente a la horrible Medusa y, sin embargo, no se arredran ante semejante espectáculo y, más aún, se enfrentan a él, pero sin pretender cambiar lo incambiable, tan sólo con un gesto de burla, como quien da un paso de danza en la cuerda floja, un ligero ademán al borde del precipicio. Enrique prefiere reír a llorar, pero su risa está muy cerca del llanto y con su risa contagiosa se subleva contra lo grave y necesario. No es la carcajada del chiste vulgar, es más bien la leve sonrisa del Buda, la que nos descubre la futilidad de lo que nos atormenta y nos libera del sufrimiento derivado de creer en el mundo de las apariencias. Enrique se ríe de lo que nos esclaviza, sea placentero o doloroso, de lo que nos preocupa sin merecerlo y en el fondo nos dice: no sufras ni goces en exceso, modérate, aplica una dosis de escepticismo en tu pasión, ríete de ti mismo y de tus ídolos, disuelve tus creencias y tus certezas, nada es como tú crees, no te engañes. Esta es la lección del humor más auténtico.

Enrique, a través de su vida y de su obra, nos hace reír. El ingenioso humor, don natural que no podemos aprender, por más empeños que pongamos en ello, le permite enfrentarse al problema metafísico fundamental: el de lo uno y lo múltiple, el de la esencia y la apariencia, el de la eternidad y el tiempo. Su respuesta es: en verdad, sólo existe el Uno primordial, del que emergemos por breve tiempo, como personajes de un teatro de sombras. La risa disuelve las apariencias engañosas y deja ver el trasfondo inefable. Su humor, su graciosa ligereza brota del encuentro de lo real y lo irreal. Sin embargo, a pesar de este planteamiento místico y de su unamuniano anhelo de inmortalidad, Enrique

no reniega del mundo de las apariencias, se vincula a sus formas y gusta con fruición todos los frutos terrestres, trabaja, actúa y ama como si este mundo fuera lo más real, aunque sabe que no lo es.

Sin profesar ninguna religión específica, se mantuvo abierto a lo sagrado, reverente ante el Misterio que nos envuelve, luchando por penetrar en el cerco hermético, piadoso sin caer en la superstición, religioso sin fanatismo. Pensaba que, tras la muerte, la persona —la máscara—, se encuentra y fusiona con el Infinito. Este pensamiento, presente en sus obras más serias, aunque no carentes de humor, como *Franca* o *Condenado a vida perpetua*, lo puso a prueba en su último momento en el mundo de las apariencias, cuando, tras ir desprendiéndose de todas y cada una de ellas, con ánimo sereno y fuerte, entró en lo desconocido como un sabio.

Su gran empeño era ver el mundo *sub specie aeternitatis*, desde la eternidad, como Spinoza, y para ello imagina fórmulas matemáticas que expresen la inmensa complejidad de lo real. Una de ellas, la más simple, $1=1$, pretende entregarnos el enigma insondable. Otra frase que le gustaba repetir, sacada de un antiguo maestro, era “lo que es arriba es abajo y lo que es abajo es arriba”, con la cual quería mostrar la relatividad de todo. Le gustaba Bergson por sus imágenes y metáforas, por su intuición poética y supraconceptual del mundo. Amaba la claridad de expresión y sostenía que un buen filósofo debe ser entendido por cualquier “labriego de sana inteligencia”. Cuando leía una frase oscura, así fuese de algún famoso pensador, decía: “A mí nadie me engaña, éste no es un buen filósofo”.

De la teosofía de Ouspensky y de Gurdjieff, a quienes leyó y admiró, sacó la idea de que todo fragmento es un aspecto, una perspectiva, entre la multitud infinita, del conjunto total. Micro y macrocosmos coinciden y se interrelacionan. Todo acto, hasta el más ínfimo, influye sobre todo el universo.

Quiero finalizar esta caracterización de Enrique, señalando algunos rasgos de su personalidad, propios de lo que Aristóteles entendía por magnanimidad o grandeza de alma: la dignidad, la actividad y la independencia. Tanto en la fortuna como en momentos de infortunio, conservó su amor propio, sin caer nunca en la altivez ni en la soberbia. Siempre huyó de la vulgaridad, de las modas y de la masa y jamás despreció al humilde ni el saber popular. Su carácter soberano es, para los que le conocimos, profundamente educador.

Uno viene y viene por el Mundo y la Biblioteca Nacional sigue aquí como cuando vine la primera vez a los dieciocho años y subí a saltos las gradas de allá afuera. Seguro que se espantaron las palomas. A ver qué hay aquí, y entré de golpe al servicio del Fondo General. Pedí un libro de Novalis.

Mi trato con los anaqueles y las fichas venía de mucho antes cuando mis siete largos años —de los nueve a los dieciséis en aquel internado espartano, medio alemán, medio chileno del riquero del sur con epicentro en Concepción, me exigieron ser galeote de leer para no morir de pena. Aún me veo leyendo y releyendo los cincuenta y más volúmenes de la Colección Rivadeneira, unos tomos enormes como bueyes, por donde también entró en la clasicidad áurea el mismísimo Darío. De ahí me vendrá la música torrencial, las variables del ritmo y la memoria memoriosa, sin la cual no germinan los poetas. Mnemosyne, la madre de las musas, enloquece a los locos y los locos somos hijos de Dios. Me lo aprendía todo de memoria, no entendía gran cosa; por pura fascinación, por puro encantamiento me lo aprendía todo. Era como si Dios me entrara por la nariz y ya no saliera más: *La Ilíada*, la *Odisea*, las tragedias de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides, los acordes de Píndaro, las novelas de Swift, de Julio Verne, los horrorosos versos de don José Zorrilla, la patética becqueriana, los mitos, los teoremas, la clasificación de las especies. Camello, camello, había que echarlo todo por la joroba.

Y vendría el tiempo del león. Lector desmesurado, atendí por igual el gran ritmo del cuerpo: garrocha, pesas, los 400 metros corriendo desolado, natación, sobre todo natación. Se explicará el hartazgo de ese confinamiento por soledad tanta, por tanta austeridad.

Pero no se moldean los caracteres en la tibieza de las sábanas. Hice el clásico giro de 180° y me embarqué lloviendo en Talcahuano. Lo he contado, anclé en Iquique. Mi experiencia de Humberstone fue la gran experiencia al cierre de la primera pubertad. Porque no hay una sola y siguen funcionando las pubertades cíclicas. Por lo menos en los poetas. Somos tierra y debiéramos como ella ser rotación y traslación, danza y mudanza, pero nos cuesta. Adoramos la costumbre, la cama costumbre, la certeza costumbre, la respiración costumbre como si eso durara. Por eso a los disidentes de la estabilidad nos llaman locos. Todo por terrestres, por maniáticamente terrestres: polvo (los romanos decían *humus*, de ahí hombre y humildad), polvo y enigma al mismo tiempo: eso somos.

Bien, ya en Iquique insistí en la adicción y me leí entera la Biblioteca Cervantes de la calle Vívar: todos los jónicos, mucho Ortega, todo el Lorca de entonces y la generación del 27, la *Revista Sur* de Buenos Aires, *El Sol* de Madrid, la *Revista de Occidente* hasta la fecha, pero a la vez nadé largo en Cavancha, vagué por las salitreras, podé cuanto villorrio mental o físico hubiera habido en

* Sala América, 17 de agosto de 2001.

mí, dormí con putidoncellas, fui Mundo, me hice Mundo en la ventolera. Volví al sur en otro barco de carga y ya por esas fechas empecé a escribir. A escribir, *a escribir por escribir*, con paciencia de estrella. Hasta que por primera vez, ya el 37, vine a dar al roquerío de Santiago. A Santiago, capital de no sé qué, mi primera conjetura.

Déjenme decirles que reconozco mi dispersión y que debiera concentrarme en otra cosa que no sea yo. Los viejos apestamos.

LOS VERDADEROS POETAS SON DE REPENTE

Los verdaderos poetas son de repente:

*nacen y desnacen, dicen
misterio y son misterio, son niños
en crecimiento tenaz, entran
y salen intactos del abismo, rien
con el descaro de los 15, saltan
desde el tablón del aire al roquerío
aciago del océano sin
miedo al miedo, los hechiza
el peligro.*

*Aman y fosforecen, apuestan
a ser, únicamente a ser, tienen mil ojos
y otras mil orejas, pero
las guardan en el cráneo musical, olfatean
lo invisible más allá del número, el
vaticinio va con ellos, son
lozanía y arden lozanía.*

*Al éxtasis
prefieren el sacrificio, dan sus vidas
por otras vidas, van al frente
cantando, a cada uno
de los frentes, al abismo
por ejemplo, al de la intemperie anarca,
al martirio incluso, a las tormentas
del amor, Rimbaud
los enciende:*

*"Elle est retrouvée
Quoi? L'Éternité"*

Pero la Eternidad es esto mismo.

Me gustaría ser Borges por ejemplo para hablar del libro, me gustaría ser Ezra Pound, pero yo no soy Borges ni soy Pound. Ellos dos sabían y los dos

están sembrados –sembrados enterrados– en dos patrias que no fueron las suyas: uno en Ginebra, el de Buenos Aires; y el de Idaho en Venecia.

Los dos sabían, yo no sé. Claro, habré publicado unos veinticinco libros en México, en Madrid, en Caracas, en Viena, en Salamanca, en Bogotá, en New York, en Berlín, sin olvidar a mi Valparaíso y a mi Santiago, pero de escribir, no he pasado de uno, y eso, ¡El mismo de los mismos! *La miseria del hombre* que empecé a armarlo en las cumbres de Atacama allá por el 42 del otro siglo y lo dejé dormir, dormir, dormir, hasta que vino a ser leído por un jurado presidido por Mariano Latorre en virtud de un premio que consistía en la edición del mismo y finalmente no cumplieron. Total, yo mismo terminé siendo mi editor al precio de mil cuatrocientos pesos de la época, con letras de 140 al mes y tuve que pagar con mi salario exiguo de aprendiz, más que de profesor, en Valparaíso, ese libraco impreso en papel estraza.

¿Quién cumple en Chile qué, cuándo? ¿No hubiera sido preferible el callamiento? ¿No está lleno de libros este mundo? Y ahora con el Internet y sus prodigios: ¿dónde iremos a parar? ¿Qué pasó con el aroma del libro, con la diástole y la sístole del libro, con el misterio del libro?

La pregunta es otra: ¿quién leerá qué?, ¿cómo? Alguna vez escribí ese viejo poema que no me atrevo a releer aquí: “Uno escribe en el viento”. No explico nada, no aclaro nada. La poesía se defiende sola, si es que se defiende. Lo más que puedo decir es que nunca estuve con la fanfarria de la consigna y sí con el oxígeno libérrimo. No con el libertinaje vanguardero ni el experimentalismo que lo mismo que las modas envejecen de un día para otro y se arrugan al menor descuido, ni con el humoresque, Dios me libre.

Definitivamente no sé lo que es el libro. Los que sabían fueron Borges y Pound y –antes que ellos– Stéphane Mallarmé. ¡Esos sí que sabían! Y no es que fueran letrados o doctos en la altísima hermenéutica sino más bien herejes y transgresores del canon.

Si no tienen tiempo para un viaje tan considerable como el libro que les señalo de Guglielmo Cavallo y sus asesores, léanse otro más intenso escrito con el ángel de su ceguera. Me refiero a las páginas del libro *Borges oral* impreso en 1979, donde figura el célebre ensayo que lleva justamente el nombre de El libro. Son apenas doce páginas. ¡Qué les cuesta! El ciego Borges sabía la cosa como ninguno. Porque, hablando en serio, cuando pensamos con pensamiento sobre el libro en nuestra América, se nos aparece Borges como de golpe, ese animal mitológico de nuestras letras que por ni un momento se nos ha muerto. Él creía hasta la evidencia en el paraíso-biblioteca y así lo dijo tantas veces. Lo vio todo, lo leyó todo por dentro, y la biblioteca del padre fue su gran juego desde niño. Después –ciego y todo– lo siguió viendo todo. Porque no fue un bibliófilo, ni ese letrado memorioso que tanto admira el mundo, sino algo más: un vidente. “Pienso que el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres”, apuntó esa vez el 24 de mayo de 1978. Y agregó “le debemos tanto a las letras. Yo he tratado más de releer que de leer. Creo que releer es más importante que leer, salvo que para releer se necesita haber leído.

Se habla de la desaparición real del libro. Yo creo que es imposible, aseguraba. ¿Qué son las palabras acostadas en un libro? ¿Qué son esos símbolos muertos? Nada absolutamente. ¿Qué es un libro si lo abrimos? ¿Un cubo de papel y cuero con hojas? Pero si lo leemos ocurre algo raro: creo que cambia cada vez". Y nosotros cambiamos si somos. Eso lo agregó yo.

Sí; leamos el Mundo. Releámoslo de Homero a Borges, esos dos ciegos saben más.

Me honro con hablar hoy en esta Biblioteca Nacional de Chile. Aunque no más sea balbucear y difariar. De veras lo he amado al libro como lo dije alguna vez, lo he respirado y lo he vivido en ejercicio desigual; unas veces como naciendo página a página, línea a línea, sobre todo en el caso de la poesía visionaria, del pensamiento jónico o de la física de hoy, y otras también como desnaciendo. El tiempo fluye en ellos —en los libros— como ese río incesantemente resurrecto de que nos habla Heráclito. Me gusta el ruido del papel cuando rasgo esas hojas donde alcanzo a oír todavía el arcángel del papiro, pero me consta que mucha lectura envejece la imaginación del ojo, y nunca he confundido información con sabiduría. Volviendo a lo del ojo, lo que me importa es ver, transver e intraver, hasta la videncia. Así desde niño fui un comelibros insaciable hasta el amanecer, pero no se me secó el "celebro", como dicen nuestros paisanos —que son de suyo cervantinos— antes bien; la poesía se me hizo conducta y —mucho más genealógico que lárlico— asumí el desafío fundacional que me enseñó Sarmiento. El hombre es hijo de sus obras y uno mismo va hilando su propio libro, de la contemplación a la acción. Los errores son míos, pero las erratas no: ésas las ponen los tipógrafos y en este caso los tipógrafos son esos "escribas" frustrados, de mala fe y habrá que ventilarlos para que se aireen.

Vuelvo a Borges para cerrar y leo con ustedes su brevísimo poema "Límites":

LÍMITES

Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar,

Hay una calle próxima que está vedada a mis pasos,

Hay un espejo que me ha visto por última vez,

Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.

Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)

Hay alguno que ya nunca abriré.

Este verano cumpliré cincuenta años;

La muerte me desgasta, incesante.

Pocos seres han alcanzado la transparencia como Borges. Él mismo es un libro transparente. Por eso no se nos ha muerto ni un minuto y por eso hablé de él y no del libro. No tuvo el Nobel y eso es sello de salud. Sartre lo tuvo y lo tiró al estiércol. Pero hablando de libros y de premios, Dios cuide largo a mi hermano de México Juan García Ponce que el otro día ganó su Rulfo con gran-

CHILE Y LAS SOCIEDADES LATINOAMERICANAS
EN UN MUNDO GLOBALIZADO.
CONFERENCIA INAUGURAL DE LA CÁTEDRA
DE ESTUDIOS CHILENOS PABLO NERUDA

Manuel Antonio Garretón

Es un honor para mí ser el primer profesor invitado de la Cátedra de Estudios Chilenos creada por el Ministerio de Educación francés en la Universidad La Sorbonne Nouvelle Paris 3, en el Instituto de Altos Estudios de América Latina y un enorme honor y alegría inaugurarla hoy en la presencia del Ministro de Educación, Jack Lang, a quien hay que reconocerle, entre otras cosas, su preocupación por nuestro país y la importante influencia que ha tenido su gestión tanto como Ministro de Educación como de cultura en la elaboración de nuestras propias políticas culturales. Gracias Sr. Ministro por su decisión de crear esta cátedra y por estar hoy día, en medio del tráfago de su trabajo, presente con nosotros. No puedo dejar de mencionar la importancia que tiene para mí y para la inauguración de esta Cátedra la presencia de la Ministra de Educación chilena, por quien siento admiración y una gran amistad y cariño, Sra. Mariana Aylwin, Ministerio del cual hasta hoy depende también la política cultural. Junto a ellos, quiero saludar la presencia del Sr. Embajador de Chile, Don Marcelo Schilling, de cuya solicitud y preocupación por la instalación de esta cátedra y por los contactos académicos e intelectuales entre Francia y Chile quiero dejar constancia. Un reconocimiento especial al Presidente de la Universidad de Paris III Sorbonne Nouvelle, que ha fortalecido institucionalmente al Instituto de Altos Estudios de América Latina, y a mi amigo y colega Jean Michel Blanquer, Director del Instituto, que ha puesto tanta energía para la institucionalización de esta iniciativa. Saludo, asimismo, a todo su equipo y a los colegas y estudiantes del Instituto que han hecho lo posible para que la estadía de los profesores de esta cátedra, que me toca representar hoy, sea no sólo agradable sino al mismo tiempo útil y fructífera. Del mismo modo, un reconocimiento al predecesor de Jean Michel Blanquer en la dirección del Instituto, Georges Couffignal, hoy Consejero Cultural de Chile en Francia; a Jean-Michel Gaussot, Director de las Américas y a su equipo en el Ministerio d'Affaires Etrangères y a los equipos y personas que en el Ministerio de Educación, en la Universidad y en el Instituto han hecho posible la creación de la Cátedra de Estudios Chilenos Pablo Neruda. Un reconocimiento muy especial a la amistad y permanente preocupación de Alain Touraine y la expresión de la gran alegría que me da ver tantos antiguos amigos de este país y la presencia hoy día de uno de mis hijos, Antonio.

Y permítaseme en una ocasión en que celebramos el intercambio cultural y educativo entre Chile y Francia, rendir un sentido homenaje a dos grandes de la cultura chilena fallecidos, uno a comienzos del 2001 y el otro hace muy pocos días, ambos muy ligados a la vida e instituciones culturales francesas. El primero, el reconocido científico Francisco Varela. El segundo, el gran director de teatro Andrés Pérez.

Hay pocas formas de cooperación e intercambio cultural tan adecuadas entre dos países como la creación de una instancia de estudios, enseñanza o extensión en uno de ellos para referirse al otro. Una Cátedra de Estudios Chilenos en París es la culminación de una relación no sólo entre Francia y Chile, sino entre Europa y América Latina. Es también la expresión de la globalización de la cultura. Que un país como Chile sea objeto de estudio y enseñanza regular en el sistema universitario francés y que desde ahí se proyecte a otros ámbitos distintos al académico y a otros países de Europa, que aquí pueda pensarse y enseñarse la sociedad chilena no sólo por chilenos sino por quienes hacen de este país en cualquiera de sus esferas, la científica-tecnológica, la artística y literaria, la antropológica, la económica, la política o sociológica, el objeto de su trabajo y que desde Francia pueda pensarse el mundo de los países de América Latina, que podamos entender cuanto hay de diversidad enriquecedora, pero también de enormes problemáticas comunes, es algo de enorme significación hoy día. Ello es posible cuando nos damos cuenta que, desde diversos ángulos, enfrentamos los mismos problemas del futuro y que la reflexión y experiencia de cada sociedad y cada país es fundamental para la de otros, aun cuando los aportes puedan o no ser asimétricos.

Y la aspiración de todos quienes de una u otra manera participamos de esta iniciativa e institución, es, precisamente, contribuir en el campo propio de una cátedra a la profundización de los conocimientos comunes, de modo que nuestros trabajos sirvan para unos y otros de los que estamos a más de diez mil kilómetros de distancia "como signos de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmentos de piedra o de madera en que alguien, otros, los que vendrán, puedan depositar los nuevos signos".

Y he partido citando a Neruda para definir el sentido profundo de nuestro trabajo porque éste es el nombre con que se quiere simbolizar la creación cultural e intelectual chilena. No es fácil en una sociedad como la nuestra, encontrar un nombre en el cual todos, más allá de las opciones políticas e ideológicas que siempre han sido el sello de las identidades en nuestro país, se sientan reconocidos como habitantes de una misma tierra, como partes, en uno u otro bando, en uno u otro oficio, lugar o experiencias personales, de una misma comunidad nacional, de un país. Neruda es este nombre. Y el que se distanció de su poesía por su política, se reencontró con él al comer, al besar, al trabajar, al amar y al sentirse solitario, al naufragar o al crecer, al pisar la tierra o tocar las piedras, o enredarse en la lluvia o los árboles. De todas las experiencias nos habló Neruda, a la vez como residentes en la tierra de la humanidad y en la patria americana y chilena. Quien no comparta su política y las desviaciones que le fueron propias, y nadie negará el stalinismo y sectarismo de ciertos momentos, no dejará sin embargo, por ejemplo, de compartir el profundo sentido ético que tuviera el acto que aquí desde Francia, como Cónsul, hiciera en beneficio de aquella parte de la humanidad que aparecía como los perdedores de la

historia y la esperanza (para citar a Malraux en estas mismas circunstancias): el Winnipeg, barco que llevara miles de refugiados españoles a Chile con ocasión de la guerra civil en España.

Neruda fue la conciencia poética más potente del tiempo histórico de varias generaciones. Fuimos adolescentes solitarios buscando el amor y obsesionados con que todo rosal nos perteneciera, nos desesperamos de la banalidad de la existencia, vivimos la épica exaltante de las luchas de los pueblos americanos y nos inspiramos en ellas para decir el amor de un capitán, aunque no fuéramos más que oscuros militantes. Nos volvimos a interrogar sobre nuestra subjetividad, sobre lo que hoy llamamos identidad, en muchas de sus obras. En fin, no hay prácticamente nada que hayamos vivido u objeto que hayamos tocado o lugar que hayamos recorrido que no haya tenido alguna referencia en Neruda. Cada cual tiene a su propio Neruda y cada cual lo vivió de manera diferente. A veces nos inventó la vida y el argumento. Es esta inmensidad nerudiana, su omnipresencia en las cosas y la vida de las gentes y de un país, lo que recogemos como herencia para la tarea intelectual.

Y es "en este cruce de caminos" que los intelectuales de las ciencias y de las ciencias sociales debemos aprender de los intelectuales de la literatura y las artes (y recordemos la importancia que para la teoría de Foucault tuvo la famosa clasificación que hiciera Borges de los animales) y ellos de los primeros. No hay ni puede haber un discurso ni un paradigma únicos: ¡qué bueno que ellos sean diversos y hasta contradictorios! Es cierto que un psicólogo o un psiquiatra pueden volverse locos si el paciente le confiesa que ya no la quiere, es cierto, pero que tal vez la quiere y que el filósofo puede confundirse con una metafísica cubierta de amapolas, que el antropólogo no entenderá que de la tierra se extrajo al hombre y que un historiador o un analista socio-político no aceptarían que América existiera desde siempre y que todos nos diremos que si hay un olvido largo es porque el amor no fue tan corto, a lo que Borges nos dirá que lo único que no existe es el olvido. Pero todos aprenderemos mucho si no somos sordos ni al discurso poético, ni al discurso analítico y si los aceptamos como necesarios y contradictorios a la vez.

Por mi parte, en los últimos años, he estado trabajando el tema de la modernidad y la identidad latinoamericanas en la poesía de Neruda, desde la perspectiva de las ciencias sociales. Y quiero atreverme, en esta ocasión a introducir desde aquí el tema que nos convoca, sin otra pretensión que precisamente, avanzar en el cruce de caminos de diversas disciplinas y miradas que nos permita comprender mejor nuestra complejidad como personas y como sociedades. A partir de ello, volveré a los caminos que he recorrido muchas veces antes, para analizar la situación de nuestras sociedades en el mundo globalizado.

EL TIEMPO CLARO DE NERUDA Y DE LA POLÍTICA LATINOAMERICANA

El tiempo de Neruda fue el tiempo en que las verdades y los sentidos se imponían, aunque fuera en luchas violentas y desgarradas entre ellos, como la

cordillera, las rocas o los bosques de Temuco. La identidad, la patria, la aventura colectiva, los proyectos, estaban ahí y no cabía interrogarse por su existencia o su naturaleza, sino sobre la suerte que sufrirían en la lucha entre las causas justas y sus enemigos. América Latina vivía el tiempo de lo que los sociólogos llamamos la época nacional popular, terminada con los regímenes militares de los sesenta y setenta. Persistían también dictaduras oligárquicas y se vivían en otras partes guerras civiles. Pero había la respuesta: el desarrollo o la modernización, las luchas revolucionarias y anti-imperialistas, la integración popular y los populismos. Todo ello en permanente fermentación, era vivido como épica personal y colectiva. Existían los países, estos eran hijos de una historia y una tradición. Existían los Estados, se luchaba por su control y transformación y su independencia. Existían proyectos que le daban sentido a las luchas y a la reflexión. Y había un sujeto, o un discurso sobre él, que encarnaba la esperanza de emancipación: el 'pueblo, con partidos, movimientos o sindicatos, ya en su forma de trabajadores industriales, de campesinos, de estudiantes, de militantes de partidos o grupos insurreccionales. Esta visión esperanzada del destino de América Latina se encontraba también en el más valioso análisis de las Ciencias Sociales de los sesenta, realizado por CEPAL y expresado por Medina Echavarría como "América Latina hará da se".

En la poesía de Neruda ello se expresa principalmente en el *Canto General* pero también en muchas otras de sus obras:

En el principio eran la naturaleza, la tierra y la piedra luego las vegetaciones y animales.

*Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales:
fueron las cordilleras, en cuya onda raída
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:
fue la humedad y la espesura, el trueno
sin nombre todavía, las pampas
planetarias.*

*El hombre tierra fue, vasija, párpado
del barro trémulo, forma de la arcilla,
fue cántaro caribe, piedra chibcha,
copa imperial o sílice araucana.*

*Como la copa de la arcilla era
la raza mineral, el hombre
hecho de piedras y de atmósfera,
limpio como los cántaros, sonoro.*

Para el poeta esto ya es la patria, esto ya es América, esto ya es Chile.

*Pero, América, también eres
nocturna, azul y pantanosa:*

*ciénaga y cielo, una agonía
de corazones aplastados
como negras naranjas rotas
en tu silencio de bodega que la hora
llegue a su horario en el instante puro,
y el pueblo llene las calles vacías
con sus frescas y firmes dimensiones.*

*Toda la sombra preparaba sombra.
Era la tierra una oscura cocina,
piedra y caldera, vapor negro,
muro sin nombre, pesadumbre
que te llamaba desde los nocturnos
metales de tu patria.*

*En el fondo de América sin nombre
estaba Arauco entre las aguas*

*Así nació la patria unánime:
la unidad antes del combate.*

La identidad americana y chilena, natural, telúrica, es femenina, es un útero ("Arauco fue un útero frío, /hecho de heridas, machacado") del cual saldrán los hombres como prolongación y emanación de ella (Así, "la tierra extrajo al hombre", Lautaro era "una flecha delgada ... luz repentina"; Bolívar era "aéreo ... metálico", Juárez "pan y piedra, horno y producto de la estirpe oscura"; Martí, "una almendra pura"; Zapata, "tierra y aurora"; Sandino, "un árbol que se enroscaba" o "una tortuga que dormía" o "un río que se deslizaba"). La epopeya humana es una metáfora de la naturaleza.

Esta patria será avasallada por los conquistadores que se prolongarán más adelante en las clases dominantes

*Los carniceros desolaron las islas.
Los hijos de la arcilla vieron rota
su sonrisa golpeada
su frágil estatura de venados,
y aún en la muerte no entendían.*

Pero la identidad permanecerá incólume y será rescatada por el sujeto pueblo y su expresión política

*De combate en combate tu esperanza
se convirtió en precisas herramientas
la solitaria lucha se hizo rama,
el llanto inútil se agrupó en partido.*

Y después de tantas luchas, desgarros y sufrimientos, la promesa propia de la modernidad expuesta ya por el primer moderno, Rimbaud, a quien Neruda cita en su discurso del Premio Nobel: "*A l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides Villes*". (Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos a las espléndidas ciudades)". Neruda que había ya asignado esta tarea al pueblo ("pueblo innumerable / junta raíces acumula espigas, / y en la tormenta desencadenada / sube a la claridad del universo") agregaba: "sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres". La gesta del individuo moderno pasaba a ser una utopía colectiva de la humanidad y de los pueblos.

Hay aquí uno de los componentes o vertientes de lo que los sociólogos llaman la teoría de la modernidad o la identidad, el que abandonado a sí mismo puede llegar a caer en fundamentalismos, pero que se aloja sin duda en algún rincón remoto de los cromosomas culturales de América Latina.

Pareciera no haber espacio para el individuo y su subjetividad, o la soledad, el amor, el abandono o la nostalgia, que en algún momento fueron el principal objeto poético. Ahora quedan al margen del discurso épico y portador del sentido colectivo histórico ("yo vengo a hablar por nuestra boca muerta"). La identidad ontológica, esencial, telúrica —la naturaleza— de la que sale el ser humano, y la identidad histórica —el pueblo— se confunden. La subjetividad es absorbida por la épica.

*Eres el mismo sólido retrato
de quien no tiene padre sino patria,
de quien no tiene novia sino aquella
tierra con azahares
que te conquistará la artillería.*

La grandeza de la obra de Neruda, sin embargo, estriba en su totalidad. Porque habrá otros espacios para la pregunta por el sentido y por el sufrimiento ("Sucede que me canso de ser hombre...", "buscador perdido, todo en ti fue naufragio", "es la hora de partir, oh abandonado").

Y la fusión de ambas dimensiones se hará en beneficio de la épica o la causa:

*Ay, gran amor, pequeña amada!
No me detuve en la lucha
No dejé de marchar hacia la vida,
hacia la paz hacia el pan para todos,
pero te alcé en mis brazos
y te clavé a mis besos*

*Cuando miro la forma de América en el mapa,
amor, a ti te veo.
Y así mi patria extensa me recibe,
pequeña América en tu cuerpo*

*Bésame de nuevo querida,
limpia tu fusil, camarada*

Curiosamente no hay una especificidad del dolor o sufrimiento latinoamericano como lo expresan los tangos, boleros o rancheras, sino una visión escindida en que, por un lado, están el dolor y amor universales, por otro lado la subjetividad épica. De la identidad telúrica a la identidad histórica, esto es sólo una parte de la modernidad nerudiana. Porque esta visión de una identidad ontológica e histórica fundida en la épica, que deja la subjetividad enteramente aparte o la transforma en un instrumento del proyecto colectivo, está permanentemente asediada por la duda sobre sí mismo, por la duda sobre la identidad:

*Ahora me doy cuenta que he sido
no sólo un hombre sino varios
y que cuantas veces he muerto,
sin saber cómo he revivido,*

*De tantos hombres que soy, que somos,
no puedo encontrar a ninguno:*

*Hasta cuándo este yo, me preguntaba a todos,
qué cansado está uno
de ser el mismo ser.*

*La muerte cae
sobre la identidad y al fin descansan
no sólo las rodillas y las venas
sino este nombre nuestro.*

*Lo sucesivo que tiene la vida
es este ir y venir de los iguales:
Muerte a la identidad, dice la vida:
cada uno es el otro, y despedimos
un cuerpo para entrar en otro cuerpo.*

La visión nerudiana consiste, entonces, en que hay un sujeto trascendente colectivo —natural o histórico—, por un lado. Hay, por otro, el mundo privado expresado en el sufrimiento amoroso. Pero ese sujeto en su expresión colectiva o individual, en el fondo está siempre atravesado y cuestionado por la pregunta por el sentido, un sentido del cual ya no está seguro. Todos los temas del debate sobre la modernidad a la vez presentes y ocultos.

Y es la pregunta por el sentido y la inseguridad del horizonte, lo que nos saca del tiempo histórico del que Neruda fue la conciencia poética y nos pone en el corazón de nuestro tiempo actual. Ya no puede decirse que el futuro es nuestro ni que entraremos en la espléndidas ciudades, que más bien se nos deshace, o en una aurora que no vislumbramos. Ya no hay proyecto claro que

elegir, la idea de país está en cuestión, las fuerzas irracionales de mercado parecen sustituir a los Estados y no hay sujetos sino un conjunto de poderes fácticos, la subjetividad no se reconoce en un proyecto histórico o colectivo.

EL TIEMPO AMBIGUO DE LA GLOBALIZACIÓN, LA DEMOCRACIA Y EL NEO-LIBERALISMO

América Latina: sale del tiempo nerudiano y del modelo de modernidad nacional popular a través de la globalización, los autoritarismos y democratizaciones y las reformas que han llevado a un nuevo modelo de desarrollo. Y entra a este mundo sin haberse constituido nunca como una verdadera sociedad industrial de Estado nacional en cada uno de sus países ni tampoco, con excepciones, haber vivido verdaderas experiencias democráticas enraizadas en sus sociedades.

Por primera vez en el continente, luego de guerras civiles, ciclos de democracia y autoritarismo, regímenes militares brutalmente represivos, y procesos de fundación democrática como en América Central, transiciones como las del Cono Sur y reformas como México, parecen consolidarse regímenes con pronta democrática e institucionalizarse procesos políticos que permiten la solución de conflictos y la constitución de coaliciones partidarias que superen la clásica polarización centrífuga de las fuerzas políticas. Pero la paradoja estriba en que tales democracias, aunque estén consolidadas, es decir, sin riesgo de vuelta al pasado de las dictaduras militares, en muchos casos están demasiado impregnadas de herencias institucionales y éticas de tales dictaduras: las violaciones de derechos humanos y crímenes que quedaron sin verdad y justicia. Y en todos los casos, no logran enraizarse en el conjunto de una vida social que las transformaciones económicas han desarticulado hasta el punto de imposibilitar una acción efectiva del Estado, aumentar la pobreza y las desigualdades, limitar seriamente los derechos mínimos a la vida digna, aunque ya no haya represión del aparato estatal y prácticamente liquidar las posibilidades de acciones colectivas estructuradas. Los casos de Paraguay, Ecuador y aun Perú muestran la situación de regímenes post-autoritarios aún no consolidados; México y Chile, el de transiciones y reformas incompletas; Colombia, un caso de descomposición del Estado mismo; Venezuela, la búsqueda incierta a través de una fórmula caudillista de nuevas relaciones entre el Estado y la gente, saltándose las mediaciones políticas; Brasil, la ausencia de un verdadero sistema partidario que medie entre Estado y regiones y uno de los casos de mayor desigualdad económico-social del mundo. La crisis argentina ilustra la situación de una sociedad que, habiendo reconquistado la democracia política y obtenido una legitimación inmensa de ella pese a la crisis económico-social, ha sido incapaz de reconstituir una clase política y empresarial que dé cuenta de las nuevas realidades económicas, encerrándose en el juego político muchas veces mafioso y en la especulación económica y la corrupción. A su vez, esta crisis muestra la importancia de una sociedad civil para movilizarse reactivamente imponiendo frenos a la acción independiente de la clase política y el mundo

especulativo, pero también sus limitaciones y debilidades para intervenir en el contenido de las soluciones. En todos los casos, la solución militar ha estado ausente o en algunos sometida al poder político y ello es absolutamente nuevo en América Latina.

De modo que la cuestión planteada ya no es la regresión autoritaria sino la capacidad de las democracias de expresar a sus sociedades y de establecer una nueva relación de autonomía, fortalecimiento y complementariedad entre el Estado, el sistema partidario, los actores sociales y la economía. Si en otra época la política subordinó a la economía en América Latina, los experimentos neoliberales, pese a algunas correcciones, la independizaron de tal manera que han dejado a la sociedad sin su referente estatal y político y al Estado y la política girando en torno a sí mismos, perdiendo relevancia y legitimidad. En este marco, la democracia alcanzada, conquista valiosa e irrenunciable, arriesga perder sentido para las masas que han visto erosionada, a veces en forma dramática y aguda, sus calidades de vida.

La necesidad de refortalecer Estado, sociedad, actores sociales y política, reconociendo la autonomía de cada cual, se enfrenta a un nuevo contexto mundial caracterizado por la globalización.

En el nacimiento de la sociedad industrial no se conocía otra manera de hacerla que el capitalismo, de modo que la reacción contra los efectos perversos del capitalismo liberal se confundía necesariamente con la lucha contra lo propio de la sociedad industrial. De esta identidad entre industrialismo y capitalismo, surgieron reacciones iniciales que negaban la misma industrialización y con posterioridad —y ése será el valor, entre otros, del marxismo— se disociarían ambas dimensiones: el movimiento obrero asumirá la condición industrial como el modo de vida social a desarrollar, pero exigirá la reforma o la transformación radical del capitalismo, y el socialismo mostrará, más allá de perversiones históricas en algunas sociedades, cómo es posible hacer una sociedad industrial con otra forma de organización económica y social. Los movimientos sociales por la democracia social y política, obligarán tanto al reconocimiento de derechos al mundo afectado por el capitalismo industrial —trabajadores, pobres, excluidos— como a la participación de la sociedad en las decisiones públicas en una determinada sociedad, lo que llamamos ciudadanía.

Del mismo modo, la globalización entendida como interpenetración a escala mundial de economías, culturas y decisiones políticas que atraviesan los Estados nacionales, pareciera ser un fenómeno irreversible, como lo fue el industrialismo. Pero de nuevo, ella parece asociada a un tipo particular de dominación capitalista, esta vez el neo-liberalismo. Y por ello las luchas contra el neo-liberalismo se confunden con las luchas contra la globalización.

Hay que separar ambas dimensiones para no quedar fuera de la historia. Y ello supone, en primer lugar, fortalecer los Estados y las democracias nacionales, con su dimensión local y regional, y las formas supra nacionales de organización política a niveles continentales y mundial. La justicia a nivel internacional es una prueba de ello. Sin gobiernos representativos y participativos fuer-

tes en todos estos niveles, la globalización seguirá avanzando, pero en su dimensión desigualizante y destructora. Sólo con comunidades locales organizadas, Estados sólidos e integrados en bloques, podrá pensarse en gobiernos y ciudadanía democráticas a nivel mundial. Y ello es lo que le falta a la globalización neo-liberal, que deja todo el proceso a merced de los poderes fácticos. Precisamente la lucha democrática en todos los niveles es la que puede permitir el control de los poderes fácticos. Y es por ello que lo que se llama el movimiento anti-globalización deberá politizarse en los diversos niveles (local, país, bloque regional, mundial), lo que significa dar una orientación general a las luchas de los diversos movimientos e identidades sociales sin alterar su diversidad, así como participar en el campo institucional.

La gran cuestión que enfrentan los países latinoamericanos en el mundo globalizado de hoy es si podrán constituir un proyecto de país con el cual insertarse en este mundo y si lo podrán hacer en una proyección con otros países, constituyendo un bloque geo-cultural, un modelo de modernidad diversificado internamente. Para poder controlar la economía y la tecnología, que les es externa y desgraciadamente no les pertenece, los países latinoamericanos deberán recomponer y actuar sobre la política y la cultura.

De modo que el futuro dependerá, por un lado, de la recuperación de proyectos nacionales, y por otro, de la conformación de un bloque, de un espacio cultural y político latinoamericano.

LA SOCIEDAD CHILENA Y LA RECUPERACIÓN DE UN PROYECTO NACIONAL

Es en este marco que se plantea la especificidad del caso chileno. Chile no fue sólo un paisaje, como diría el pintor Roberto Matta, sino también un país. La pregunta es hoy no sólo por la vigencia de su paisaje amenazado —más que por fenómenos naturales, por la acción de las transnacionales en la costa y los bosques o en Santiago con los edificios en forma de publicidad que ocultan la cordillera— sino por su viabilidad como país.

Una abundante literatura, en parte debida al horizonte del segundo centenario de nuestra vida independiente, ha puesto en el centro la cuestión de la identidad chilena. Lo cierto es que la particularidad de Chile en el continente ha sido la centralidad de la política institucionalizada y el papel del sistema de partidos en el conjunto de la sociedad y, más precisamente, la vigencia a lo largo del siglo veinte de proyectos nacionales con representación social y con formas institucionales de opción entre ellos.

Las actuales discusiones sobre nuestra identidad giran de algún modo en torno a la pregunta por la naturaleza de la sociedad en que estamos hoy. Es decir, si ella es la misma de siempre o si es el resultado de una modernización y democratización exitosa que sólo deja como problemas pendientes algunas cuestiones puntuales no resueltas, o si ella es el resultado ambiguo de procesos que no han superado las grandes cuestiones del pasado y donde lo que está en juego es el modelo socio-económico y político-cultural.

Detrás de esta pregunta está la interrogante más fundamental a la que nos hemos referido respecto de si en el mundo globalizado de hoy sigue siendo pertinente plantearse la idea de un proyecto nacional o, al contrario, de si es posible la existencia de países que no cuenten con ello. Se trata de responder si es posible pensar en un proyecto o tarea nacionales, tal como lo fueron el proyecto nacional-popular, el desarrollo desde el segundo cuarto del siglo pasado, las reformas estructurales de los sesenta y principios de los setenta o la recuperación de la democracia en los ochenta y principios de los noventa.

En diversos trabajos he insistido que Chile se constituyó como sociedad histórica, como comunidad política, en el siglo que recién ha terminado, en torno a lo que podríamos llamar la matriz o proyecto estatal-democrático, nacional-popular y político-partidario, en ciernes desde los veinte y, más propiamente desplegado desde los treinta, y que conoció diversas etapas con predominio de diferentes versiones y expresiones, hasta los setenta.

Una de las principales características de esta sociedad era que economía, cultura y organización social estaban de algún modo fundidas en la política. Esta era el sello principal de las identidades colectivas y desde ella surgían las principales orientaciones de las subjetividades individuales y grupales. La política y, especialmente a diferencia de otras sociedades latinoamericanas, la política partidaria, era el principal cemento de la sociedad: ella permitía el acceso a los bienes y servicios que directa o indirectamente ofrecía el Estado y también, sobre todo desde los sesenta, ella era la principal fuente de sentido para los proyectos individuales y colectivos. Esta forma de estructuración del país no estuvo exenta de problemas como la dependencia e inestabilidad de la economía, las exclusiones estructurales de campesinos y pobres urbanos hasta los sesenta, la polarización de la vida política y la debilidad de las organizaciones de la sociedad civil y de sus manifestaciones culturales.

Contrariamente a lo que se dijo en otra época, el período de la Unidad Popular se acerca más a una continuidad exacerbada de la sociedad chilena de aquel entonces que a una ruptura con ella, por importantes que fueran los esfuerzos de transformación en el sentido de la democratización social y la generación de una economía fuertemente estatal. Es cierto que la memoria histórica de los chilenos está dividida respecto de aquel período, pero no pueden dejar de rescatarse dos grandes cuestiones legadas por él. La primera es que, más allá de los errores de conducción del aparato estatal, se trataba de un proyecto que quería reconciliar la democracia política con la democracia y la justicia sociales y que esa utopía está anclada en los genes socio-políticos del país. Lo segundo, es que ninguna transformación radical de una sociedad puede realizarse en democracia sin una mayoría socio-política institucional y que en Chile esa mayoría sólo se obtiene, aún hoy, a través de los partidos políticos. La coalición gobernante actual en Chile es la mejor prueba de una lección aprendida.

La dictadura militar de Pinochet en 1973 implantó, a su vez, un contraproyecto cuyo objetivo era precisamente la destrucción y reemplazo del

proyecto nacional-popular y su institucionalidad democrática. En una primera dimensión propiamente política, el proyecto autoritario-neoliberal mantiene la idea de nación y de sociedad, en una visión que no puede ser sino represiva en la medida que apunta a enemigos internos que hay que eliminar. Pero junto a esta dimensión esencialmente militar y autoritaria, surge otra desde la economía y que penetra la sociedad, la cultura y la política, y que va en el sentido inverso a la idea de una sociedad o comunidad nacional: la sociedad es un espacio puramente económico, es un mercado al que se accede según los recursos y la población es simplemente un agregado de individuos consumidores: la sociedad no existe, el país es una ficción. Este doble proyecto logró dismantelar la matriz nacional popular y dejó al país sin un cemento, sin un principio de vertebración y unidad. No sólo se destruyó una determinada forma de convivencia e institucionalidad, un determinado proyecto nacional, sino que se deslegitimó la idea misma de un proyecto nacional, de reconstrucción de una comunidad o sociedad a partir de ciertos principios en torno a los cuales se organiza la sociedad, sus debates, luchas y conflictos.

El proceso de democratización política que se inicia con la derrota de la dictadura en el plebiscito de 1988 y se consolida con la inauguración del primer gobierno democrático en 1990, recuperó para el país la vigencia de las libertades públicas y la libre elección de los gobernantes, pero en un contexto de fuertes herencias institucionales y ético-simbólicas de la dictadura, así como de presencia de poderes fácticos militares y civiles que limitan la expresión de la voluntad popular. Pese a ello, el país ha mantenido una estabilidad y crecimiento económicos y ha logrado corregir algunas de las perversiones del modelo socio-económico heredado, sobre todo la disminución de la pobreza, aunque no ha logrado reducir las desigualdades.

En los últimos años, asistimos a procesos contradictorios de erosión de lo que quedaba del componente del proyecto nacional popular democrático, como, por ejemplo, la desaparición sociológica de la clase media y su reemplazo por un agregado de estratos o segmentos, o el reemplazo de los movimientos sociales por opinión pública, poderes fácticos o grupos de presión corporativa, y a procesos de recomposición de los jirones que mantienen viva aún la idea de comunidad nacional, entre los cuales se encuentra la recuperación democrática, pero ello con una institucionalidad que le quita relevancia y calidad y puede transformarla, a la larga, en una mera formalidad. Algunos celebran este cambio como modernización y mayor libertad de los individuos, sin reparar que se trata precisamente de una desmodernización de lo que ha sido la modernidad chilena y su reemplazo simplemente por la ley del más fuerte o del más oportunista.

En todo caso, parece haberse invertido la tesis clásica de Aníbal Pinto, Premio Nacional de Ciencias Sociales. Recordemos que él sostenía que en Chile se daba una atrofiada economía y un muy débil desarrollo económico junto a un alto nivel de desarrollo socio-político institucional. La situación hoy se presenta al revés: una economía dinámica, que se quiere moderna y competitiva, pero

desamarrada y demasiado independiente de la sociedad y un pobrísimo sistema político institucional, partiendo por una Constitución impuesta y llena de enclaves no democráticos, que abarca también la descentralización, las dimensiones laboral, medio-ambiental, cultural, la educación superior y comunicaciones, por citar algunos ejemplos. El gran problema es, entonces, cómo se reconstituye la idea de una sociedad o comunidad política tanto frente a las transformaciones estructurales y culturales que provienen de los fenómenos de globalización, como a las herencias del proyecto militar y neo-liberal, lo que el regreso a una democracia incompleta no ha resuelto aún, pese a los indudables avances logrados por los tres gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Es evidente que ya no puede hablarse de una doble transición exitosa: a la democracia y a la economía de mercado, como ha sido señalado por muchos dentro y fuera del país. Si la democracia alcanzada es incompleta y de débil calidad, ya no estamos más en situación de transición y el modelo de economía de mercado neo-liberal está agotado como base de un desarrollo nacional integrado y auto sustentable, aquí y en todas partes del mundo. El mundo se mueve dificultosamente hoy entre las tendencias globalizadoras y la necesidad de reponer el papel orientador de los Estados nacionales y sus alianzas.

Sin volver a la antigua subordinación de la economía a la política, lo que, además, sería prácticamente imposible, cabe pensar en fórmulas alternativas a las actuales que pasan por devolver al Estado, a nivel nacional y de los bloques supra nacionales, un rol dirigente en el desarrollo, establecer marcos normativos regulatorios sobre las fuerzas del mercado y asegurar el control ciudadano sobre tales marcos y fuerzas.

Dicho de otra manera, lo que está en juego en los próximos años es la existencia del país como comunidad con un sentido colectivo en el que se expresa su pluralidad y diversidad. El proyecto de país, sus formas de convivencia, las identidades que lo constituyen y su inserción autónoma, y a la vez integrada en algún bloque, en el mundo globalizado, son el núcleo de la política hoy día.

Ello tiene varias dimensiones.

LA DIMENSIÓN HISTÓRICO-MORAL

La reconstitución del país como comunidad histórico-moral pasa por el enfrentamiento de los dos grandes estigmas heredados. El primero, desde la dictadura, y se refiere a las violaciones de derechos humanos ocurridas bajo ella. El segundo, desde su existencia como país independiente y es la cuestión indígena, principalmente del pueblo mapuche.

La cuestión de la reconciliación nacional consiste en la reconstrucción de la unidad elemental y básica de una sociedad –necesariamente diversa pero que apunta a cierto destino común aunque en debate y disputa por su sentido y dirección– cuyos desgarros la convirtieron en una suma de enemigos o de indi-

viduos y grupos que no se reconocen efectivamente como parte de un mismo país. No es posible reconstruir esta unidad mínima, cuestión no del pasado sino del futuro, sin el término de la impunidad y de la ley del más fuerte, sea éste individuo o poder fáctico. Y por eso la cuestión de la justicia, castigo y reparación por los crímenes, y las violaciones de derechos humanos cometidos por la dictadura militar con el apoyo de civiles, es decir, el acto institucional por el que se reconoce que ciertas cosas nunca debieron pasar y no volverán a ocurrir, son una condición *sine qua non* para que el país pueda tener futuro como tal.

Sin dejar de reconocer los avances simbólicos y las verdades parciales a que se ha llegado, así como la existencia de juicios a algunos militares, hay aún pendientes tres grandes cuestiones en materia de reconciliación. La primera es la verdad completa, con la información y paradero de los detenidos desaparecidos. La segunda es la justicia, reparación y castigo de todos los crímenes y violaciones cometidos. La tercera cuestión, estrictamente vinculada al punto anterior, se refiere a una dimensión simbólica y es el reconocimiento por una parte de la población civil y por los militares de los crímenes cometidos.

Sobre este tema de la memoria, retomemos unas palabras de Neruda,

*Por eso te hablaré de estos dolores que quisiera apartar,
te obligaré a vivir una vez más entre sus quemaduras,
no para detenernos como en una estación, al partir,
ni tampoco para golpear con la frente la tierra,
ni para llenarnos el corazón con agua salada,
sino para caminar conociendo, para tocar la rectitud
con decisiones infinitamente cargadas de sentido,
para que la severidad sea una condición de la alegría,
para
que así seamos invencibles.*

Y en este plano de reconciliación histórica, cabe también ubicar la cuestión mapuche y su integración como pueblo autónomo en un Estado multinacional. Hoy no se trata de una demanda campesina, sino ancestral, étnica, basada no en un principio económico social, sino que se funda en una rebeldía ante una injusticia histórica que se busca reparar. No es lucha por un pedazo de tierra para trabajar, sino de un territorio que les fue arrebatado por la fuerza o el engaño económico. Se trata de buscar solución al más antiguo problema histórico pendiente, aceptando un proyecto de sociedad multinacional reconocida institucionalmente.

LA DIMENSIÓN INSTITUCIONAL-POLÍTICA

Chile se ha dado Constituciones desde muy temprano en su historia independiente, las que han sido de larga duración desde 1833, y consideradas legítimas por la comunidad nacional, independientemente del modo como fueron

aprobadas. Esta trayectoria fue interrumpida por la Constitución impuesta por la dictadura de Pinochet en 1980. Dicha Constitución implantada en un plebiscito fraudulento imponía una forma autoritaria de gobierno, buscaba perpetuar un determinado modelo económico social, le daba poderes de veto a las Fuerzas Armadas, no aseguraba la representación adecuada de mayorías y minorías, restringía la soberanía popular y hacía imposible su modificación. La oposición a la dictadura de entonces aceptó participar en el Plebiscito de 1988, porque era el mecanismo que, eventualmente, permitiría separar a Pinochet del poder e iniciar un proceso de transición que permitiera reformar la Constitución íntegramente. Los gobiernos democráticos se limitaron a intentar algunas reformas a los llamados enclaves autoritarios, en general, fracasadas, pero no han puesto la cuestión constitucional como centro del debate y movilización de la opinión pública, como fue el caso brasilero.

Pero no sólo se trata de una reforma constitucional, Y ello ha sido recogido por el Presidente Ricardo Lagos en su Primer Mensaje Presidencial del 21 de Mayo del 2000. En él se afirmaba que debían, desde ahora e ineludiblemente, superarse los enclaves autoritarios de la actual Constitución. Pero que, al mismo tiempo, había que pensar en la nueva Constitución para el siglo XXI, que reflejara un verdadero consenso en torno a lo que constituye al país como comunidad política en el mundo globalizado. Lo que significa repensar no sólo todas las instituciones del Estado y del gobierno sino también las nuevas formas de ciudadanía.

Sin un cambio institucional no sólo la mayoría no podrá gobernar como corresponde y la minoría y los poderes fácticos impondrán un veto permanente, sino que, además, la gente sentirá como inútil su participación y como irrelevante la expresión de la voluntad popular, con lo que la política se irá deslegitimando irreversiblemente.

Pero, a esta desvalorización y deslegitimación contribuyen también las visiones inmediatistas de vastos sectores de la clase política, que se saltan el debate de ideas y que convierten a la política en una suma de ofertas concretas para ganar apoyos inmediatos, totalmente desvinculadas de ideas y proyectos que den sentido a la vida de un país.

Desde el punto de vista de la conducción política del país, reafirmemos que la Concertación es el gran logro de la transición o democratización política chilena y la única alternativa de gobierno estable visible, en la medida que su futuro no depende de la derecha, sino de su propia capacidad para resolver problemas pendientes. Si el diario *El País* fue la gran creación de la transición española, la Concertación lo es de la chilena. El futuro de la Concertación depende menos de cuestiones ligadas a las luchas interpartidarias que de la elaboración de un proyecto que perfile mucho más la diferencia con las propuestas de oposición, y tenga un sello que corresponda más a la visión progresista que a la pragmática, que ha primado hasta ahora. Ello no sólo es un aporte al éxito del actual gobierno, sino la condición para el futuro de la Concertación como coalición de gobierno.

LA DIMENSIÓN SOCIO-ECONÓMICA

Es cierto que Chile se ha destacado en el último decenio entre sus pares latinoamericanos por ser una notable economía emergente de la región. En su discurso en el Encuentro Nacional de la Empresa, el Presidente Lagos destacaba la alta ubicación de la economía chilena en los índices internacionales de libertad, competitividad, opacidad y corrupción, habiéndose duplicado el producto en los últimos diez años, mediante vigorosas expansiones en el ingreso promedio y en el consumo, y teniendo uno de los "índices de desarrollo humano" más altos de la región. Al mismo tiempo, el país ha avanzado con fuerza en la agenda social, habiendo reducido la incidencia de la pobreza y la indigencia.

Sin embargo, hay algunos problemas en la dimensión socio-económica que no sólo erosionan el dinamismo del crecimiento, sino que ponen en peligro los avances realizados y la existencia misma del país como comunidad en el plano social.

El primero de estos problemas se refiere a la naturaleza del modelo de desarrollo económico. Se ha planteado la meta de ser un país desarrollado en el 2010. Pero no está claro si con el ritmo de crecimiento previsto, el que tampoco es seguro debido a cuestiones no siempre manejables de la economía mundial, se podrá alcanzar esa meta. Más aún, ser un país desarrollado sería tener un nivel de vida como el de España hoy. Pero quizás ese nivel de vida en diez años más no sea suficiente para considerarse desarrollado. Y es aquí, entonces, donde se plantea el problema de fondo. El modelo de crecimiento del mundo sobre la base del papel principal de las fuerzas transnacionales de mercado y de lo que se ha llamado la nueva economía, ha dejado de ser un modelo de desarrollo. Crecimiento y desarrollo ya no van de la mano y el problema estructural del empleo es la mejor ilustración al respecto, lo que exige intervenciones directas del Estado y la sociedad en la economía.

Es cierto que desde el Estado se han dado algunas señales interesantes que tocan a la preservación de los recursos del Estado y a su papel en el desarrollo económico. Pero el debate abierto por el Presidente en su Mensaje del 21 de Mayo del 2000 sobre el tipo de economía y de sociedad del futuro, no ha tenido continuidad y no se ha expresado en términos operativos en los grandes temas de la agenda económica. Asimismo, la discusión en torno a la naturaleza misma del modelo de crecimiento basado en exportaciones sin alto valor agregado y con una tasa desempleo que parece estructural, apenas ha tenido esbozos que muy luego son apagados, por cuanto en todos los ámbitos parece que las únicas voces que influyen y que fijan incluso la agenda de los organismos públicos son las de los grandes grupos y organismos empresariales, sus organizaciones gremiales y sus medios de comunicación. Sin duda, a este respecto, la ausencia de una clase empresarial desideologizada y con vocación de proyecto nacional es una de las graves herencias del modelo económico implantado bajo el régimen militar.

Subsiste, asimismo, una cierta timidez respecto del papel más activo del Estado en su capacidad dirigente y movilizadora. Es cierto que en una econo-

mía altamente globalizada como la chilena, en comparación, se hace muy difícil la formulación de políticas económicas activas. Pero también es cierto que en lo referente al rol regulador e incentivador en la economía, protector en lo social, y promotor de áreas indispensables, el Estado está aún atrasado y presa de las auto-limitaciones que la ideología neo-liberal ha impuesto como sentido común. Reinstalar el papel dirigente, regulador y protector del Estado sigue siendo una tarea prioritaria. Por supuesto que el Estado deberá ser controlado por los sistemas de representación y de partidos, así como por la participación ciudadana.

En el plano de las desigualdades socio-económicas, hay que recordar que éste es el principal talón de Aquiles de la sociedad chilena, en la medida que la pobreza, al menos en la dimensión estadística se ha reducido significativamente, como lo hemos indicado, en gran parte debido al crecimiento y a políticas sociales eficaces del Estado, pero en ningún caso debido propiamente a un proceso redistributivo. Si los pobres son hoy menos pobres, lo cierto es que los ricos son más ricos. Negando o postergando la necesidad imperiosa de igualdad tanto para el desarrollo económico como para la subsistencia de un país como comunidad, se ha ido desplazando el eje central que distinguía la campaña y el proyecto del presidente Lagos de todos los demás. Cuando hablamos de igualdad, nos referimos a la mínima distancia razonable, ética y posible entre categorías sociales: se trata que la distancia entre ricos y pobres, entre débiles y poderosos, no implique la existencia de más de un país en un mismo espacio territorial, como ocurre hoy, lo que Rosanvallon ha llamado la secesión masiva. Sin igualdad socio-económica mínima, aunque con máxima diversidad cultural, no hay comunidad nacional. Pero la igualdad supone redistribución, la que no puede hacerse por métodos coercitivos o revolucionarios, sino a través de mayorías políticas y de una relegitimación y transformación profunda del Estado y de la política.

Uno de los rasgos intrínsecos al modelo socio-económico de crecimiento es su capacidad de desestructurar toda forma de acción colectiva que no sea la de los poderes fácticos o corporativos empresariales. El descontrapeso entre organizaciones sociales, especialmente de los sectores más vulnerables, y los actores más poderosos que actúan en la economía, los poderes fácticos, no sólo parece no haber disminuido sino que se ha agudizado. Esto hace que los actores sociales debilitados, se vean obligados a poner como única tarea de su acción sus propios problemas particulares, con lo que disminuye su preocupación por las grandes cuestiones nacionales y aumenta su dimensión puramente corporativa, lo que se refuerza al no contar con un sistema partidario en el que los sectores sociales se sientan escuchados e incorporados por la clase política.

A ello hay que agregar la ausencia de una institucionalidad adecuada tanto en el sentido de normas y regulaciones como de organización del Estado, para procesar los conflictos y demandas. El caso de los temas medio ambientales es un ejemplo acuciante. Pero también lo son la descentralización, y los conflictos laborales donde las regulaciones y sistemas arbitrales son el resultado de la imposición dictatorial apenas corregidos durante el período democrático.

Todo lo anterior obliga a darle prioridad en el futuro a las tareas de regulación y control político y social del modelo. Ello implica el fortalecimiento tanto de actores sociales y políticos como de la institucionalidad estatal frente al mercado y poderes fácticos.

LA DIMENSIÓN CULTURAL

Una de las herencias culturales aún presentes de la dictadura es la impunidad. La falta de responsabilidad para asumir los costos de lo que se hace, y la seguridad que se puede hacer lo que se quiere sin ser sancionado cuando se violan las normas morales y de convivencia. Sin duda que el origen de ello es la percepción que los grandes crímenes cometidos por quienes se tomaron el poder a sangre y fuego en 1973 no serán castigados. Por lo tanto, esta orientación irá declinando a medida que efectivamente se vaya terminando la impunidad de esos crímenes.

El modelo socio-económico vigente refuerza este principio de la impunidad a través del instrumentalismo, la motivación al éxito rápido, el individualismo como base de la acción y la desconfianza de las instituciones y acciones colectivas. Por otro lado, la incorporación de valores de eficiencia instrumental para obtener lo que se quiere, para ser "emprendedor", como señalan algunos ideólogos, implica una co-existencia de una capacidad de innovación, frente a situaciones inmediatas, con un alto nivel de conservantismo valórico más profundo, de tipo atávico y reforzado por instituciones como la Iglesia, respecto de principios éticos y modelos de convivencia y comportamiento.

Los estudios muestran, sin embargo, que estas orientaciones no logran penetrar enteramente a los chilenos, conviviendo contradictoriamente con otro tipo de preocupaciones, como, entre otras, la búsqueda de la igualdad, la valoración de la educación para ser y no sólo para ganar dinero, la crítica al inmediatismo, el rechazo a una vida chata y sólo orientada por el cálculo del interés, la demanda de un Estado activo, la protección de identidades y del medio ambiente, la valoración y nostalgia de acciones colectivas, la búsqueda de un sentido más trascendente para la sociedad.

Así, el rasgo principal es una fusión contradictoria entre estas diversas orientaciones valóricas, como forma a la vez de adaptarse y de protegerse contra el avasallamiento del mercado, las comunicaciones y los poderes fácticos.

La ausencia de debate serio fortalece la tendencia contextual a la hipocresía, a no decir lo que se piensa, a adaptarse para sacar ventaja, a tejer un "tupido velo" sobre las cosas que nunca se llaman por su nombre. Un ejemplo de esta hipocresía institucional es la "nulidad matrimonial", en que todos mienten alegremente sabiendo que lo hacen, pero no se aprueba aún una ley de divorcio. Por otro lado, la falta de espacios y de medios de comunicación plurales inhibe muy fuertemente el debate político-cultural. Hoy en día, el mundo democrático tiene menos espacios y medios propios que los que tuvo en la dictadura, aunque tenga más libertad para expresarse.

Quizá el cambio más significativo en la cultura chilena sea que la política, que fue el cemento cultural de la sociedad chilena, hoy tiende a perder su centralidad en la construcción tanto de la identidad nacional como de las identidades particulares dentro de ella. El sustrato o base propiamente cultural en otros ámbitos es muy débil y, contra las opiniones vertidas desde todos los lados del espectro político a propósito de las elecciones presidenciales últimas, sigue habiendo un fuerte sustrato cultural político, sólo que referido específicamente a la esfera política y no abarcando ya otros ámbitos. Por la política y la economía pasa sólo una parte de las identidades personales y colectivas, y que ellas se juegan más hoy día en los sentidos de vida individual y social. En el modo de enfrentar estos problemas de sentido se van a constituir principalmente las identidades, pero ello implica el debate sobre ellos y los espacios consiguientes, y no su mera adaptación a un determinado modelo económico. Y en esto, el Estado y la política son insustituibles. Ya no como constructores únicos de identidades, sino generando los espacios en que ellas se construyen. En todos los ámbitos y espacios (familia, regiones, educación, etc.) ya no basta con la adaptación a modelos externos o la simple mantención de los tradicionales. Es necesaria la creación y en esto la clase política y el mundo intelectual han quedado muy retrasados y carentes de energías e instituciones para abordarla.

Detrás de estas cuestiones está el gran tema de la relegitimación y mejoramiento de la calidad de la política. Este tiene una dimensión hacia el pasado que tiene que ver con la eliminación de los enclaves autoritarios y la reforma de la Constitución y una dimensión hacia el futuro que exige que la sociedad invierta en política: inscripción automática y voto obligatorio, financiamiento de partidos y campañas y control de gastos, elecciones primarias, gobiernos regionales electos directamente, por citar algunos ejemplos. Revalorizar y relegitimar la política, es una condición *sine qua non* para que el país deje de ser un agregado pretencioso de poderes fácticos e individuos, que no se reconoce en un pasado y que, por lo tanto, no tiene futuro como comunidad en un mundo globalizado.

LA SOCIEDAD CHILENA Y LA GLOBALIZACIÓN

Es evidente que la sociedad chilena ha sido impactada por la globalización de una manera más fuerte que otras del continente, en parte por su propia dependencia histórica de los fenómenos externos en todos los planos, pero también por la naturaleza de su economía más abierta; en parte porque la apertura y los ajustes se hicieron antes que la globalización se impusiera como el fenómeno central de fin de siglo. Y si miramos más allá de la economía y pensamos en lo que para la reconciliación y recomposición de la sociedad chilena significó la detención de Pinochet en Londres y el aprendizaje de la idea de una justicia que no puede reducirse a las fronteras de los Estados cuando se trata de crímenes como los cometidos por las dictaduras, no podemos dejar de pensar en los aspectos positivos que puede tener la globalización, cuando ella se escapa de la modalidad neo-liberal dominante.

La discusión, entonces, no es globalizarse o no, lo que ya está ocurriendo independientemente de las voluntades, sino cómo controlar y orientar este proceso de modo que se limiten sus costos y el país lo aproveche como una oportunidad para su desarrollo no sólo económico, sino social y cultural.

La realidad ineluctable de la globalización, ha llevado a dos grandes visiones en esta materia. Por un lado, quienes piensan que Chile puede encarar este desafío solo, para lo cual, dada la realidad de su economía ya globalizada en gran parte, debe buscar negociaciones económicas con quienes sea y por su propia cuenta. Ello está en la base de las acciones encaminadas a un tratado de libre comercio con los Estados Unidos, con otros países de América Latina y con la Unión Europea. Por otra parte, hay quienes piensan que esta tarea no puede realizarse aisladamente y que hay que privilegiar la inserción en un bloque regional latinoamericano para desde ahí asumir en conjunto las tareas de globalización. Ello está en el origen de las posiciones que privilegian las negociaciones con el Mercosur.

La posición oficial de Chile busca combinar ambas visiones, afirmando que se trata de buscar acuerdos de libre comercio con el mayor número de países, de ahí el privilegio a negociaciones por su cuenta con muchos de ellos y de construir la integración, económica, política y cultural con el conjunto de América Latina, de ahí su participación, aunque no como miembro pleno, en Mercosur. Es evidente que se navega aquí en campos contradictorios, lo que puede afectar la viabilidad de la estrategia —pese a que pueda ser conveniente o necesaria en el corto plazo—, en la medida que la pertenencia a uno genera obligaciones que limitan la acción respecto del otro.

Las divergencias entre Chile y los otros países del Mercosur no son tanto un problema ideológico, sino reflejo de estructuras productivas y orientaciones de desarrollo profundamente distintas que no se modificarán en el corto plazo. Chile ha basado su crecimiento en el aumento de las exportaciones mientras que en Argentina y Brasil el mercado interno es fundamental y las exportaciones son relativamente marginales.

Pero más allá de la cuestión económica, hay que retomar una visión más compleja de la globalización donde se hace entrar en juego los factores sociales, políticos y culturales y la idea de bloques geo-económico-político-culturales en el mundo globalizado. Lo más probable es que la inserción de los países no se haga en forma aislada —lo que sólo podría lograr una gran potencia y aun así— sino que a través de la conformación de grandes bloques, no sólo económicos, sino, sobre todo político-culturales. Ya hemos dicho que América Latina debería ser uno de ellos, lo que significa ir mucho más allá de acuerdos de libre comercio, significa pensar en una lógica de integración en todos los planos y aspirar a ser uno de los modelos de modernidad del mundo que se está formando. Y ello es un proceso gradual en el tiempo pero también que necesariamente operará por parcialidades, a través de sub-bloques o sub-espacios. La conformación de un gran bloque económico-político-cultural latinoamericano se irá construyendo, probablemente, en torno a tres grandes ejes, más allá de

las crisis que hoy puedan apreciarse. Uno es el eje mexicano-centroamericano. El otro es el configurado por los países andinos, que enfrenta la situación más problemática hoy en día. Y el tercero es el constituido por los países del Mercosur, donde juega una posición preponderante Brasil. No tiene sentido de futuro pensar a Mercosur fuera de esta perspectiva.

Chile no tiene más alternativa que formar parte, junto con Argentina, del conjunto de países en que el polo aparece siendo Brasil, y esto hoy por hoy es el Mercosur. Su rol no será jamás el de liderazgo, como pretenden ingenuamente algunos, pero sí puede ser crucial como bisagra, modesta pero imprescindible, entre estos tres polos: acercar México a América del Sur, interlocutar con los países andinos a los cuales ha estado históricamente ligado y jugar junto con Argentina y los otros países el rol necesario de contraparte en el espacio liderado por Brasil.

Pensar la sociedad chilena frente a la globalización es no sólo pensarla como economía o mercado, lo que también hay que hacer. Es pensarla en su inserción en América Latina. Se trata de viabilizar desde ahora el objetivo principal de constituir un bloque latinoamericano en el mundo globalizado.

En este bloque, el aporte chileno será lo que ha sido siempre su única ventaja comparativa históricamente: una institucionalidad político democrática. Chile no tendrá nunca la envergadura de la tradición mexicana, ni la diversidad y potencialidad de Brasil, ni la fuerza étnica de Perú o Bolivia ni ciudades como Buenos Aires, ni los carnavales, o la riqueza cultural de la sociedad civil de otras sociedades latinoamericanas. Su aporte será político-institucional como lo ha sido siempre. Y paradójicamente, como hemos visto, es esto lo que le falta aún por construir.

CONCLUSIÓN: LA RESPONSABILIDAD INTELECTUAL

Nuestra hipótesis fundamental ante la cuestión que nos convoca, el porvenir de las sociedades chilenas y latinoamericana en el mundo globalizado, es que éste no existe sino en la medida que se ponga en el centro de las preocupaciones y acciones de las clases dirigentes, de los precarios movimientos sociales, de la opinión pública y los medios de comunicación, la cuestión de un proyecto nacional y supranacional al nivel latinoamericano. Hemos intentado mostrar las dificultades y perspectivas de ello en el caso chileno y también lo que puede ser un conjunto de campos de investigación y reflexión.

Porque en esta tarea, la responsabilidad de los intelectuales y de los sistemas educacionales es enorme. Es cierto que en los casos que conocemos, entre ellos la Unión Europea, la cuestión económica ha sido central y que también lo está siendo ya en el caso latinoamericano. Pero si no hay una idea detrás, un proyecto de sentido que fortalezca a la vez cada comunidad nacional y un sistema multinacional, serán las mismas fuerzas económicas las que se encargarán de destruir y fragmentar las sociedades y también sus posibles alianzas. Y en esto el mundo intelectual y de los creadores parece fundamental al pensar un espacio cultural latinoamericano.

Pertenezco a una generación que ligó siempre el trabajo intelectual en el campo de las ciencias sociales a la preocupación social y política; el conocimiento, las ideas y la búsqueda de transformación del mundo. A veces demasiado cerca de las orientaciones ideológicas y de las opciones políticas concretas. A veces seducidos por el poder o contra poder políticos, sin la distancia necesaria. Quizás nunca se produjo una más fructífera cercanía entre la elaboración de ideas y la producción de conocimientos y un proyecto nacional, aunque limitado, que en el mundo intelectual de la oposición a la dictadura militar.

El lado débil de la relación entre intelectualidad y política es que se ha buscado la legitimación del trabajo intelectual fuera de él y la búsqueda de conocimientos ha sido, a veces, sólo instrumental. Hoy día el trabajo intelectual ya no tiene una legitimación externa ni en la ideología ni en la posición política. Tampoco las universidades han recuperado la capacidad institucional destruida por la dictadura. El mercado y la carrera, así como la cercanía del poder en cuanto consultor de un príncipe en la economía o la política o en el mundo mediático son las actuales tentaciones para la legitimación del trabajo intelectual.

La globalización y la recomposición de las sociedades nacionales replantean el trabajo intelectual de hoy, más distante de las ideologías de antaño pero más peligrosamente cercano al mercado y en un marco debilitado de instituciones académicas. ¿Podrán reconstituirse comunidades intelectuales en cada país y a nivel latinoamericano, a la vez autónomas de todos los poderes y cercanas a las cuestiones que se plantean los seres humanos, preocupadas tanto del conocimiento como de las ideas, pero también de la lucha de sus sociedades por una vida mejor?

Esperamos que la Cátedra de Estudios Chilenos que hoy inauguramos, pueda contribuir a esta comunidad de intelectuales y creadores, parafraseando a García Lorca sobre Neruda, cerca a la vez de la inteligencia y de la sangre, y cuyos trabajos sean, en palabras de este último, "como panes u objetos útiles, parte de una colosal artesanía, de una construcción simple o complicada, que es la construcción de la sociedad y la transformación de las condiciones que rodean al (hombre) ser humano".

El título de este libro *La ilusión de la técnica* alude a una desilusión pues, al igual que los engaños, las ilusiones aparecen tras los desengaños. Sin embargo, la promesa de nuevos inventos no está en absoluto agotada. La desilusión se refiere no a las expectativas sino al significado atribuido a la técnica.

El siglo XIX se conoce como el siglo del progreso, aunque el XX fue quizá más prolífico en inventos. Pero sus logros se vieron ensombrecidos por los descalabros. La Primera Gran Guerra mostró que las armas de destrucción masiva podían hacer que las matanzas se volvieran recíprocas. La Segunda Guerra cambió una vez más la escala de los perjuicios e inició prácticas de guerra irregular, en cierto modo premonitorias de las que ahora conocemos. La fabricación y uso del arma atómica y más recientemente de las químicas y biológicas, muestra un perfeccionamiento en el diseño de la muerte, que confirma un principio o imperativo técnico bien conocido: todo lo experimentable es experimentado y todo lo realizable tiende a ser realizado.

A eso también alude Barret cuando habla de "ilusión" técnica: "Todo lo que conocemos como cultura moderna ha estallado como un maremoto de negación. Por todas partes sus trabajos y triunfos nos han ido despojando de todas nuestras ilusiones" (pág. 270).

El subtítulo del libro reza: "la búsqueda de sentido dentro de una civilización tecnológica". Se trata, en efecto, más de una desilusión en cuanto al significado atribuido a la técnica que no en cuanto a sus posibilidades y performances, que siguen siendo enormes.

Desde Descartes y Bacon, se tiende a consagrar la técnica como expresión de un saber racional y benéfico, susceptible de ser universalmente aplicado. La ciencia, ella, busca el conocimiento y la verdad: no podría apartarse de la moral, el bien y la felicidad. Debe incluso, gracias a sus "aplicaciones", "liberar al hombre de los apremios y servidumbres naturales" (Descartes). Tal era el significado asignado a la tecno-ciencia en los inicios de la edad moderna. Pero a fines del XIX, Nietzsche ya advertía algo mucho más sombrío: "un siglo de barbarie se avecina y las ciencias estarán a su servicio".

El carácter "técnico" de la ciencia moderna había sido puesto de manifiesto por Bacon en la exposición del método de la nueva ciencia. Barret lo reafirma a la luz de la simbiosis entre ambas producida posteriormente: "estamos equivocados si pensamos que la tecnología es solo una aplicación externa e incidental de la ciencia, porque la tecnología habita el corazón mismo de la nueva ciencia" (pág. 321)

Entonces, la "desilusión" se refiere sobre todo a que la técnica no nos ayuda en la búsqueda de sentido, antes bien, la obstaculiza. Ella caracteriza esta civilización, precisamente porque suplanta la pregunta por el sentido y tiende a convertirse ella misma en la fuente de dotación de sentido, orientando la vida en su conjunto con un sesgo cada vez más exclusivamente instrumental.

El paisaje que aparece en la portada del libro puede ilustrar quizá esta idea. Lo primero que llama la atención es que sea un cuadro de vida rural, cuando el tema del libro es la civilización técnica. El terreno sembrado del primer plano

muestra un campo de girasoles. El nombre de esta flor viene de que la planta sigue con su corola el periplo solar en su desplazamiento por la bóveda celeste. La flor misma tiene todo el aspecto de un sol y quizá por eso se le llama también "maravilla", porque sigue a su modelo como un Narciso fascinado con su imagen. En la tradición metafísica occidental el sol es la metáfora para el Bien, la Idea Suprema que orienta la acción y le procura justamente sentido a la existencia cuando ella se encauza hacia él. Para Aristóteles, por ejemplo, la buena vida consiste en eso.

La civilización técnica está, pues, signada por un predominio de la razón instrumental, que tiende progresivamente a erradicar de la existencia todo vestigio de gratuidad. La época moderna en general ha vivido de dos grandes mitos o utopías: en primer lugar, el mito del progreso. Según él, con el desarrollo tecno-científico se logrará un cabal señorío sobre la naturaleza, que redundará en la superación del atraso y la erradicación de la pobreza. De allí ha de surgir una sociedad más armónica, más segura y estable, una humanidad, en suma, más plena y feliz. En el lenguaje y orden de preocupaciones actual, eso es lo que anticipaban Bacon, Descartes y Galileo.

El otro gran mito del imaginario moderno consiste en la idea de una sociedad regulada científicamente, donde el "gobierno de los hombres" sea reemplazado por "la simple administración de las cosas", según la célebre fórmula de Saint-Simon, retomada luego por Engels. Es decir, una sociedad liberada de la política, la "tragedia moderna" como la llama Napoleón. La sociedad automatizada supone, en efecto, el Estado "técnico", cuya dirección corresponde a las tecno-ciencias de la administración.

Tanto el liberalismo como el marxismo clásico vieron el Estado respectivamente como un estorbo que es preciso reducir, o como un aparato de opresión que es necesario suprimir. Si la sociedad ha de ser racional, se debe abolir la política. Se trata, pues, no sólo de sacudir las cadenas de la penuria material sino de suprimir el Estado mismo e imponer en la acción la regla de una instrumentalidad omnívora. Las ciencias de la administración, la Economía Política en particular, como las ciencias exactas en el dominio de la naturaleza, serían los agentes responsables de llevar a cabo estas dos grandes demandas del imaginario moderno.

Notemos que Barret emplea a menudo la palabra *technique* y no la más corriente de *technology*. Se puede entender que lo hace para evitar que se comprenda lo técnico como sinónimo de apertrechamiento de artefactos, máquinas y útiles, en lugar de como una orientación de la razón. La técnica sería, más que un producto externo de la razón, lo que Hegel llamaba "espíritu objetivo" u objetivado, un principio de estructuración interno que informa el conjunto de la existencia, lo que Heidegger llamó *armazón*, *Gestell*.

Esta interpretación se ve reforzada por el hecho de que Barret dedica tres de las cuatro secciones de su libro al análisis del pensamiento. Lo hace a través de sendos autores que él estima especialmente significativos: Wittgenstein, Heidegger y William James. Aunque este último, a mi juicio, no *está* a la altura de los otros dos.

En la primera parte, Barret hace una luminosa exposición del itinerario que condujo a Wittgenstein desde el periodo inicial del *Tractatus* hasta sus *Investigaciones filosóficas* de madurez, enfatizando la crítica del filósofo austríaco a la propuesta fundamental de Bertrand Russell de convertir la lógica matemática en el método de la filosofía.

Wittgenstein comparte hasta cierto punto la reserva de Russell frente a la metafísica, pero rechaza su prurito logicista y su concepto de las matemáticas. Él piensa que las dificultades y embrollos de la metafísica se pueden resolver con ayuda del lenguaje común, el verdadero instrumento de la crítica, según él.

Algo equivalente ocurre en el caso de Heidegger, quien se formó inicialmente en el método fenomenológico de Husserl. Este propone suspender imaginariamente la validez del mundo común, para crear un espacio de idealidades o esencias puras. El conocimiento ha de limitarse a la descripción de lo que aparece a la conciencia reducida, lo que garantizaría la certeza. Heidegger, en cambio, repone el mundo suspendido y lo postula como consustancial a la realidad humana. El hombre *se* define precisamente como "ser en el mundo", de modo que éste no es para él un agregado que se pueda suprimir o recuperar a voluntad. La mundanidad, lo mismo que el lenguaje en que habitamos, es inherente a nuestra existencia. Su revocación es un artificio del entendimiento, que procura sólo un mundo artificial de certezas, o sea, una certeza artificial. No es ése, en todo caso, el sentido originario y más hondo del saber.

Se puede establecer una relativa proximidad en las propuestas de Heidegger y de Wittgenstein respecto al método y la pretensión cientista de allí derivada. Ellos se apartaron, cada cual a su manera, de esa pretensión de sus respectivos antecesores. Por eso Barret puede caracterizar la "civilización tecnológica" a través de tres filósofos, cuando solo uno de ellos, Heidegger, dedicó una reflexión especial a la cuestión de la técnica. Barret mira a través de ellos y junto con ellos, en un lenguaje propio suyo, más accesible al no especialista, hace su propio arreglo de cuentas con la época.

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA

MARÍA INÉS ZALDÍVAR, *Ojos que no ven*, Ediciones RIL, 2001, 110 págs.

A la hora de establecer filiaciones en *Ojos que no ven* de María Inés Zaldívar con otras poéticas de la tradición chilena o de afuera, uno se queda algo perplejo. Esto debería conducir a la afirmación de que esta poeta ha formado lo que se llama un lenguaje propio. Hay eso sí guiños intertextuales con poetas, en particular, de la tradición en lengua hispana. Están San Juan de la Cruz y Fray Luis de León en "Deus ex machina", Lope de Vega en el epígrafe de la primera parte, y Vallejo en el tremendo poema final.

Fuera de esos guiños explicitados por la autora, no se perciben rasgos o huellas claras de otros poetas, de esta o de otra tradición, lo cual debería ser un halago para María Inés Zaldívar. No cualquiera es capaz de lograr una voz distintiva al interior de una polifonía abrumadora de voces que apenas se dejan escuchar las unas a las otras, me refiero a una poesía chilena que ya parece haber abordado todas las formas y todos los tonos imaginables. Y esto lo logra la poeta, sin recurrir a fórmulas rupturistas novedosísticas a ultranza, sino que a través de una cuestión sumamente inasible, indefinible, pero claramente distinguible por los ojos y los oídos de la tincada, y que es la autenticidad. La poeta se sustrae por completo al yugo de la influencia genuflexiva. Es muy ella, su poesía no denota ni un tributo ni una diatriba a ningún poeta de la tradición que le precede. En otras palabras, libertad, humildad, austeridad, y otra vez libertad.

Hay un impulso (que tiene mucho que ver con la cosmovisión del niño) y que se da con profusión a lo largo de este poemario y que es la voluntad de fusión del sujeto con la naturaleza, uno podría hablar aquí de un cierto resabio panteísta. En esta línea se despliega uno de los poemas más brillantes del libro ("El sueño del durazno"). Aquí, la materia del lenguaje se confunde con la materia a la que se refiere, la palabra se hace pulpa, uno la puede oler, palpar, el durazno se hace palabra, la palabra se hace durazno, la poeta se adurazna. El poema es una enorme letra D chorreando...

*soñé que era semilla
de una olorosa pera de agua
soñé que era cuesco chorreante
de durazno amarillo y rojo
no de los priscos sino los otros
de esos que lo tienen pegado
y que se chupa fuerte
para desnudarlo de la dulce carne
soné que era inexpugnable
semilla cuesco abrigado
dulcemente por la pulpa
en el mismo centro de la tierra.*

Esto es algo notorio y notable en este libro. Ver cómo el lenguaje se transforma y se funde en la materia a la que está refiriendo, lo que algún poeta llamaría la facultad de imitar con las palabras la naturaleza esencial de las cosas. En el poema "Contra la viruela", cito "costra por fin, costra grande, dorada primero, crujiente, reluciente de suero amarillo por los bordes", la costra se hace palabra, la palabra se hace costra. Otro ejemplo de lo mismo, el poema "Pañito de cocina". Aquí la bordadora hace del poema mismo una labor de bordado; el ritmo de alguna manera reproduce el ritmo del bordado, la sintaxis misma reproduce la sensación de las palabras entrelazándose como hilos en la textura del texto bastidor. El lenguaje visto como un bastidor en manos de una niña lúcida y lúdica, perdonando la redundancia. Lo mismo se podría decir del texto "Chalequito de guagua": "Rosa, celeste o amarillo pálido/ niña, niño o unisex, lana/ tres hebras o dos, suave/ palillos del tres y del dos y medio". Para denominar esa facultad hermosa el diccionario nos ofrece la palabra talento.

Algo así también sucede en el poema "Uvas Rosadas":

*y correr y sentir que el mundo es perfecto
perfectamente dulce rosado y cristalino
que te entra por la boca grano a grano
y te chorrea por los codos
hasta convertirte en un gran racimo
devorador y devorado por el deseo
de fundirte con la tierra
y detener el tiempo para siempre.*

Dentro de esta mirada relacionadora todo tiene su prolongación en la naturaleza. Las hilachas del pañito de cocina que está bordando la niña hablante resultan ser "locas raíces del jardín". Aparte de éste, abundan los ejemplos.

Respecto a dos alusiones (descuajeringadoras) a la muerte que me impresionaron mucho y que tienen como centro o símbolo a la abuela. El primero está en el poema "Pañito de cocina" referido como el "primer regalo para la abuela/ un hilo invisible en la tela para siempre" (qué fina ironía). Entonces la niña se transforma en una de las parcas, y el aparentemente inocente pañito de cocina (y el diminutivo se hace irónico también) se transforma en el pañuelo blanco de la abuela del poema "Galería de Espejos", que suponemos es la misma del poema anterior, es decir se transforma, durante el paso entre la página 36 a la 41, en la propia mortaja de esta abuela.

Quiero señalar el primer poema de este libro y que no está al interior del mismo, sino en la portada y que está compuesto por el título y la fotografía que ocupa el centro de la cubierta. A mi modo de ver es este un poema visual de gran maestría. Voy a intentar explicarme a la luz de esos ojos que no ven y que son los ojos de los fotografiados que no ven y no pueden ver lo que está fuera de los marcos de la fotografía, y que ni siquiera sospechan que nosotros los

estamos observando, ni que forman parte de eso que yo he llamado poema visual y que en estos momentos yo me estoy explicando.

Voy a intentar explicarme a la luz de esos ojos que no ven ese poema "Cuatro ojos" (o las piedras son chanchos, afirmo yo), de cómo los niños ven lo que los adultos no ven, es decir, de cómo los niños ven las cosas como realmente son, y no como parecen ser. Estoy convencido que no es que las piedras o las rocas (vistas a la distancia) parezcan chanchos. No es que parezcan chanchos. Son chanchos. Otra cosa es que los adultos aseguren que son rocas, para tranquilizarse. Del mismo modo, no es que las piedras parezcan caminar, al observarlas desde un auto en movimiento por la carretera de la costa. No parecen caminar. Caminan. Es así, por muy subversivo que suene. Es entendible, pues, que los adultos (alarmados por esta anomalía en la percepción visual de la niña hablante del poema "Cuatro ojos") la obliguen a usar anteojos (léase logos) para corregir dicha anomalía, entre comillas. Junto con matar la anomalía se mata el delirio hermoso de la niñez, con el resultado lamentable de que al final del poema se termine afirmando "los chanchos no son chanchos, son piedras", para tranquilidad de los adultos. (De lo contrario se vuelven locos, lo que sería, por cierto, más que afortunado para el negocio de la industria nacional de lentes ópticos).

Es este, de alguna manera, un álbum de fotografías. Fotografías que se revelan y que revelan, y también como fotografías veladas, donde como en el cuento de Cortázar "Las babas del diablo", aparecen cosas que el fotógrafo no sospechó que iban a salir: fantasmas, intrusos velados, sombras, intrusiones en la memoria.

Cito al respecto el poema "Agitando un pañuelito blanco", "recítanos a todos niña, recita de una vez, ¡se acabó!/ a ver si aparece esa palabra que no quiere salir/ en el poema", donde esa palabra fantasma es justamente esa sombra velada (esa falla del fotógrafo) que no tenía que aparecer en la fotografía, pero que al aparecer por obra y gracia del más allá (que está más acá de lo que pensamos) le otorga un valor insospechado, el valor de la revelación.

En esta dirección me voy a referir a este texto. Creo que es el poema que me produjo el mayor desacuajeringamiento (usando un término de Carlos Germán Belli para referirse al descuajeringamiento) quiero decir que me emocionó vallejamente, en la misma medida en que me tomó por asalto, digamos, cortazarianamente:

*Te veo desde lejos,
te llamo,
te hago señas,
gestos,
ruidos
y
te veo desde tan lejos
que casi no te veo
casi.*

*Ven,
ven a ver si puedes,
un momento
ven a completar este cochecito sin muñeca
este negro charol al que le falta el botón del lado izquierdo
este blanco lazo de delantal inútil con vuelos de angelito
esa risa sin dientes escondida bajo la almohada*

*Ven
ven si aún puedes y
dale un último saludo a las tías y un beso a las visitas
luego a dormir, a dormir, a dormir.
Pero antes,
en poco tiempo, en sólo unos segundos,
recítanos,
recítanos a todos niña, recita de una vez, ¡se acabó!
a ver si aparece esa palabra que no quiere salir en el poema.*

Al parecer aquí adquiere vida la niña de una fotografía (la propia poeta, se supone que en blanco y negro), quien se dirige a la propia poeta pero ya adulta. Imagínense el terror que experimentaría María Inés Zaldívar, poeta ya adulta, revisando esa foto, al percatarse, de súbito, de que la niña dulce que es ella misma pero con algunos años menos, mueve su mano y le dirige la palabra instándole a entrar en el espacio de la fotografía e incidir de alguna forma en su propio pasado, todo esto con una naturalidad Kafkiana, con una inocencia terrible. Todo ángel es terrible, dice Rilke. Y perdón por la cita: "La inocencia en manos de la inteligencia es igual que la ingenuidad en manos de la sospecha". En otras palabras, la propia autora.

Me llama la atención la forma en que la poeta corta los versos, podría en principio parecerme algo arbitrario, una // llamémosla así // licencia poética. Pero como, modestamente, no creo en la existencia fáctica de tales licencias en los poetas en serio, donde todos los recursos nacen de la necesidad y no de la arbitrariedad, tendría que concluir que las cosas son como tienen que ser, o sea que me gusta como esta poeta corta los versos, o sea que le encuentro pleno sentido. La poeta maneja (como una niña directora de orquesta) las aceleraciones, las desaceleraciones del ritmo, la inspiración y exhalación de un instrumento musical. Como que aparte de captar imágenes, estas fotografías también captasen sonidos.

Finalmente, debo aclarar que me parece que todo lo que se escriba sobre y respecto a la obra de un poeta o del libro de un poeta no es nada más que música ambiental. Estos *Ojos que no ven* (y que a mi modo de ver, ven demasiado) hablan por sí solos, como si fueran los ojos de un mudo. No me perdono la retórica. Estoy seguro que Rimbaud habría llorado de vergüenza y de espanto al leer todo lo que se ha escrito sobre su poesía. Sabemos que a la poesía de verdad no se le puede responder con palabras. Para eso están los gestos, las

gesticulaciones. La poesía pide acción, pide actos, no retórica. Y frente a estos ojos que no ven lo que otros ven, este es el único gesto verdaderamente genuino con el que puedo expresar lo que ni diez páginas de análisis deconstruccionista podrían analizar.

RAFAEL RUBIO

CRISTIÁN HUNEEUS, *Artículos de Prensa (1969-1985)*, Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, recopilación y edición; Roberto Merino, prólogo, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2001, 149 págs.

El año 2001, el Centro de Estudios Diego Barros Arana de la DIBAM, publicó una recopilación de la labor periodística del fallecido escritor chileno Cristián Huneeus (1937-1985). Estos artículos reunidos –que en su totalidad suman noventa y nueve– corresponden a diversas crónicas, columnas y ensayos aparecidos entre 1969 y 1985, en cinco medios donde Huneeus desempeñó su escritura: las revistas *Cormorán*, *Mensaje y Hoy* y los diarios *La Tercera de la Hora* y *La Razón: vocero de la provincia de Petorca*. En el libro, estos escritos aparecen ordenados cronológicamente y dispuestos en cinco secciones, según las revistas y diarios mencionados.

El artificio de ubicar estos textos privilegiando el vaivén intelectual de este escritor por sobre la agrupación temática o crítica, reconstruye el trabajo del cronista o documentalista que archiva sin una lógica determinada, más bien mostrando que “el vuelo de la fantasía se transforma en una luminosa operación de recopilación y resumen” (47). Dentro de este orden de lo caótico, la lectura se torna dinámica, en cuanto participa estableciendo vínculos entre los diversos artículos seleccionados, los que con marcada intención mantienen entre ellos un evidente diálogo intertextual. Así, la escritura de Huneeus recorre un sinnúmero de temas, que van desde comentarios locales –tales como las influencias de la televisión en el público chileno, el mal funcionamiento del reloj de la plaza de La Ligua, la situación del desarrollo agrícola del país–, pasando por referencias al ámbito internacional –como el viaje a Nueva York o a Buenos Aires– hasta llegar al análisis e investigación sobre literatura. No obstante lo anterior, ciertas nociones y figuras intelectuales se reiteran a lo largo de sus ensayos, prodigando a sus ideas una continuidad que se superpone a la aparente ruptura. En todo caso, el punto de encuentro, la clave que reúne toda su escritura, la encontramos en el interés manifiesto de Huneeus por la contingencia: la palabra que motiva su pensamiento es el *hoy*.

En este contexto, Cristián Huneeus se posiciona como un cronista, en cuanto recopila y busca en las historias particulares, permitiendo que su yo parezca “carecer de límite en su capacidad de sentir y absorber el universo natural” (26). Respecto de dicha observación, se hace pertinente para su propio quehacer la interrogante que elabora en el ensayo “Sobre *Cien años de Soledad*”: “¿Cuál es el crédito que García Márquez otorga a su propio punto de vista?” (48). La respuesta la encontramos plasmada a lo largo de todo el libro: “Leer una novela se transforma entonces en un aprendizaje, en arduo empeño y aventura intelectual erizada de peligros, entre los cuales el mayor es el temido peligro del fracaso” (53). O tal como señalaría Nicanor Parra, citado por Huneeus a partir de un interés personal: “La tarea del poeta (...) pasaría a ser una especie de trabajo de entomólogo que sale a cazar bichos” (30).

La prosa periodística de Huneeus delata en estas frases y en muchas más, su mayor secreto. El interés por lo cotidiano y por exhibir el "reconocimiento de lo desconocido" (10), no tiene otro objetivo que lograr señalar y reunir cada hecho aislado, cada equívoco y cada pequeña partícula que construye paradójicamente la historia (tanto de uno mismo como la de todos):

Es extraño. Uno vive sin ver las plantas. Las encuentra una vez y luego las encuentra en todas partes. Sucede con los libros, con el arte, con las ideas y con las personas. Sucede, principalmente, con esa persona tan importante para la propia historia que es uno mismo. El proceso de ver y ver de nuevo o ver por primera vez no tiene término. Y menos en aquello paradójicamente tan visible que son las formas y colores naturales (69).

Una vez acogida esta idea, vemos que en los pocos ensayos literarios recopilados en este libro, se proyecta esa misma idea obsesiva de Huneeus por llegar a descifrar ese movimiento contradictorio de quiebre y continuidad que, en este caso, posibilita la constitución de una historia de la literatura. Por ejemplo, en la monografía "Sobre la poesía de Parra", analiza, llevando hasta el límite de la referencia, la construcción de su poesía. Rigurosamente, revisa los antecedentes, convocando para ello al Neruda de *Residencia en la Tierra*: "me resultó difícil pensar en Parra sin hacerlo primero en Neruda. Porque es un hecho público y notorio que toda pregunta americana pasa en primera instancia por Neruda: las *Residencias*, ayer y hoy, son un punto de origen y encuentro de las alternativas fundamentales del idioma" (26).

En este ejercicio, concluye que para conocer la obra de un poeta es necesario remitirse y conocer a los poetas anteriores. En el encadenamiento literario, señala Huneeus, los discursos cargan palabras pasadas; esto es, las obras dialogan, consciente o inconscientemente, con algún antecesor. De este modo, sin Neruda no habría Parra, del mismo modo que sin Neruda no existiría Neruda —"Neruda autor de las *Odas* se ríe y sonrío de Neruda autor de las *Residencias*" (27)—.

Ahora bien, su estudio literario atraviesa los límites de su propia teoría y descubre que en *Los Artefactos* de Parra tal programa no se aplica. En este punto, Huneeus notablemente nos revela el quiebre que inauguró algo totalmente nuevo en la poesía chilena. Es aquí, cuando nuestro cronista se retracta y propone una nueva lectura para el análisis literario, a su vez que replantea una relectura de sus propios escritos: "Sin embargo, la costumbre de ver en la continuidad el único modo de planteamiento posible retarda la comprensión de la potencialidad expresiva contenida en la discontinuidad, o para ser más exacto, la comprensión de la discontinuidad como forma de superar lo falsificador del discurso" (34).

A esto, agrega más adelante: "el quiebre se vuelve continuidad —que no es absoluto, lo mismo que repetición— y en vez de alejarnos hacia la luna, nos acercamos al centro de la tierra" (47).

Lo interesante de todo este planteamiento reside en que, finalmente, dilucidamos que los artículos de Huneeus esconden tras su aparente simplicidad, poderosos manifiestos personales. De esta manera, en una lectura minuciosa —que desarme lo visible— es posible explorar y recopilar los diferentes aspectos de su subjetividad. Una subjetividad que, en la recopilación de hechos, da forma, finalmente, a su propia obra artística.

Por otra parte, buscando entre líneas, encontramos que en sus ensayos el objetivo final está en poder articular una noción de la identidad cultural chilena. Es por esto que, incansablemente, describe y clasifica los actores intelectuales que han transcurrido por la senda cultural de la nación. En este camino, rescata a un Vicente Pérez Rosales y su identidad de aventurero y documentalista; a un Blest Gana, el padre y referencia de la novela chilena; a Enrique Lihn, Parra, Neruda, Vicente Huidobro, Eugenio Dittborn y Carlos Leppe, entre otros, como personas que renovaron las prácticas artísticas y supieron vincular, por medio de “una actitud crítica y renovadora”, sus trabajos con el discurso cultural y nacional.

Finalmente, en un ámbito más formal, un aspecto revelante de esta recopilación surge a partir del criterio editorial aplicado al agrupar los artículos. El ordenamiento intencionado —donde los textos literarios son instalados como primera lectura y luego se ubican los otros artículos—, revela que cualquier distancia o diferencia entre los medios que sustentaron su escritura, más que poner fronteras a su despliegue expresivo, son el soporte que da prueba de la consistencia de sus ideas.

KARLA ELIESSETCH FONCILLAS

DANIEL FUENZALIDA (comp.), *Jorge Teillier Entrevistas (1962-1996)*, Santiago, Quid Ediciones, 2001, 175 págs.

... Eco de palabras que no recordamos
pero que nos duelen
como si las fuéramos a decir de nuevo.

Jorge Teillier

“Un lujo —dice Leonardo Sanhueza en el prólogo de *Jorge Teillier Entrevistas (1962-1996)*—: sentarse a la mesa con un poeta que es además buen conversador”. Un lujo además, poder compartir estas conversaciones. Conversaciones, ideas dichas al ¿aire?, bares, molinos e higueras, una suerte de pequeña historia de la poesía chilena narrada por uno de sus integrantes, la función de la poesía y su relación con la belleza, las utopías. Historias de bar, de box, de Billy the kid, de trenes, de gatos, del joven sureño y del poeta bohemio, de quien se define como “un solitario sociable” y para quien “la poesía es la verdadera vida”.

Daniel Fuenzalida recopila estas 29 entrevistas, aparecidas entre los años 1962 y 1996, en distintos diarios y revistas de difusión nacional (*El Mercurio*, *La Época*, *Simpson Siete*, *En Viaje*, *Apsi*, *Cultura Urbana*, entre otras), y genera así un correlato no tanto para la poesía de Teillier, sino para la vida del hombre, del poeta, que por una parte se enfrenta al mundo y por otra, al oficio de la poesía. Treinta y cuatro años abarcados, ideales que cambian, que se complejizan o se simplifican, pero que no por eso pierden su coherencia. Dos son los escenarios básicos de las entrevistas, los bares (*La Unión Chica*, *El Parrón*, etc.) y el fundo El Molino del Ingenio, cerca de La Ligua. Dos también, las facetas que creemos percibir, la del poeta bohemio, hombre de bar, que se identifica con la soledad de los hípicas, los jubilados y los jugadores, y la del ya no tan joven sureño que cree que se debe buscar el lugar donde está la propia curación. Al parecer la suya la encontró junto a su mujer, sus 16 gatos —entre ellos Pedro—, el Molino de La Quintrala y una higuera. Sin importar cual sea el escenario, nos aprontamos a participar en estas conversaciones, ágiles y plagadas de referentes, tanto culturales y específicamente literarios, como también profundamente personales. Somos partícipes de graciosas anécdotas y de dolorosos recuerdos, de profundas reflexiones y de “sutiles” ironías: “Soy un suicida como toda persona respetable. Los patanes no se suicidan ni son alcohólicos”(35).

Una suerte de pequeña historia de la poesía chilena se desprende de estas entrevistas, una historia oficial y una historia marginal. La primera se desenvolverá en torno a Pablo Neruda, Pablo de Rokha, Vicente Huidobro y Nicanor Parra, entre muchos otros, al mismo tiempo que corresponderá a una crítica y a una reflexión sobre las instituciones literarias —si pueden ser llamadas de este modo—, a saber, la Sociedad de Escritores, el Premio Nacional de Literatura, la empresa editorial, etc. La segunda, en tanto, se articulará como una revisión de todos aquellos poetas que de algún modo fueron o han sido olvidados, así por ejemplo se hace recurrente la presencia de Rolando Cárdenas, Romeo

Murga, Alberto Rojas Jiménez, Teófilo Cid, Omar y Jorge Cáceres, Pablo Guíñez y Alfonso Alcalde, entre otros. Reflexiones que ciertamente llevan implícito un replanteamiento de la supuesta actitud autodestructiva de él mismo y de otros poetas... "Uno cree que la poesía es una religión. Sin saberlo los poetas son muy religiosos. La poesía reemplaza lo que llamamos religión, nuestra manera de comunicarnos con los demás, nuestro amor al prójimo y nuestro mensaje. Entonces el poeta llega a ser profeta y de repente se encuentra solo. No tiene salud física y no sabe cómo enfrentarse con la realidad. La realidad es un peso muy doloroso" (77) y luego agrega: "Lo que pasa es que la poesía es tan fuerte que te puede aniquilar" (78). Y él —aparentemente— no aniquilado, se niega a aceptar que lo llamen maldito o *beatnik*... porque "poeta maldito, según el término de Baudelaire, es aquel un poco lumpen, que casi no se dedica a escribir, sino más bien a la vida de cafés y bares; es el poeta que voluntariamente se margina de la sociedad" (38) y *beatniks* son los "poetas golpeados" y él —según dice— se golpea solo. Lo que sí acepta es que lo llamen poeta de los lares, aclarando eso sí que la poesía lárca —o como él mismo dice— poesía del hogar, fue un término tomado de Rilke para quien la única patria es la infancia y la provincia. Recuerda que este término fue un acierto intuitivo al verse enfrentado a la necesidad de escribir un artículo para *El Boletín de la Universidad de Chile*. No teniendo una idea muy clara del tema a tratar, comenzó a pensar en todos aquellos autores que centran sus obras en el motivo de la infancia y de la provincia. También señala que la poesía lárca no es solamente del sur, sino de toda la gente que respeta sus tradiciones (119).

Entre anécdotas, datos, críticas morales y urbanas, llegamos, más tarde o más temprano, a uno de los motivos —que tal como propone Sanhueza— nos harán "volver una y otra vez sobre los libros de Teillier". Para el poeta la "poesía es la verdadera vida, es vivir" (42), agregará más adelante, que corresponde a una "afirmación de un ser, frente a una sociedad que le impone modelos de destrucción o desesperanza" (161). Después de estas —y de muchas otras afirmaciones— llegamos a la responsabilidad que le otorga al oficio poético. La responsabilidad del poeta —a juicio de Teillier— pasa por el desarrollo integral como persona, con tal de articularse como testigo de algo, para así dar un testimonio que alguien en el mundo pueda recibir... "Cuando yo comencé a escribir, escribía imitando como casi todo el mundo escribe. Cuando me puse a escribir lo que veía, o mejor dicho, lo que soñaba, me di cuenta de que yo era otro, de que era un poeta" (123). Y el poeta cree que la belleza es la verdad y que "la poesía es bella por sí misma" y que "resplandece y luce sin ninguna nube" (119). Llegamos así a uno de los ejes del sujeto creador, la poesía como acceso y como belleza, el arte concebido como una manera de vivir, cuyo compromiso —de ser tomado con seriedad— implicará un cambio en la vida del que lo experimenta y permitirá la posibilidad de cambiar las vidas de los demás, o al menos una parte de ellas.

DANIELA SCHÜTTE GONZÁLEZ

TÍTULOS PUBLICADOS

1990-2002

BIBLIOTECA NACIONAL

- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 465 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 378 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 49, primer semestre (Santiago, 2001, 458 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 50, segundo semestre (Santiago, 2001, 424 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 51, primer semestre (Santiago, 2002, 372 págs.).
Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
La época de Balmaceda. Conferencias (Santiago, 1992, 123 págs.).
Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).

- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juvencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Alfredo Matus y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago 1998, 106 págs.).
- Mario Andrés Salazar y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza* (Santiago 1998, 147 págs.).
- Consuelo Valdés Chadwick, *Terminología museológica. Diccionario básico, español-inglés-español* (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Ludovico Antonio Muratori, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones*, 1999, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.), tomo I.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.), tomo II.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.), tomo III.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.), tomo IV.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 412 págs.), tomo V.

- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 346 págs.), tomo VI.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 415 págs.), tomo VII.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 446 págs.), tomo VIII.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 271 págs.), tomo XVI.
- Gonzalo Piwonka Figueroa, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Cristián Gazmuri, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, 172 págs.), vol I.
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, 201 págs.), vol II.
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, 143 págs.), vol III.
- Guillermo Feliú Cruz, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 213 págs.), vol IV.
- Rafael Sagredo Baeza, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio, (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Pablo Moraga, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago 2001, 180 págs.). Maximiliano Salinas, Daniel Palma, Christian Baeza y Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 292 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA

- Vol. I Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronación sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas y proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX *"...I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda. Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Uliánova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, Recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira. (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2000, 458 págs.).
- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, Recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Eskvide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibañez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 2ª edición, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuestas. Sino e imprevisión, tomo I, "Los primeros doscientos años. 1541-1741"* (Santiago, 1999, 480 págs.).

- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. x María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México, D.F., 2001, 565 págs.).
- Vol. XXVII Jaime Valenzuela, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago 2001, 492 págs.).

COLECCIÓN ESCRITORES DE CHILE

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Juan Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón y recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón, recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 326 págs.).

Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).

COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA

Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).

Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile*. (Santiago, 1995, 225 págs.).

Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).

Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

COLECCIÓN IMÁGENES DEL PATRIMONIO

Vol. I Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DEL FOLKLORE

Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

COLECCIÓN ENSAYOS Y ESTUDIOS

Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Vol. III Clara Zapata, *Las voces del Desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).

Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).

